

**EL
LIBRO ROJO**



**Manuel Payno
Vicente Riva Palacio**



El libro rojo también podría llamarse *El libro negro de la Colonia*, pues en sus páginas se relatan sucesos trágicos, flagrantes injusticias y dramáticas epopeyas que tuvieron lugar durante el periodo de la conquista y del virreinato en la Nueva España.

En esta serie de relatos firmados por Manuel Payno y Vicente Riva Palacio, los principales protagonistas son la sangre y la muerte «Corre sangre enrojeciendo sus páginas» se dice en el prólogo, «Sangre que brota como un cárdeno grito de vencidos y torturados». Y la muerte como el recurso infalible para eliminar opositores políticos o como el medio para escalar posiciones de dominio; la muerte para suprimir amenazas (reales o imaginarias) contra la estabilidad social. La muerte causada por las diferentes creencias religiosas y, en fin, la muerte para cortar de tajo cualquier peligro o riesgo de perder el poder que se detenta.

De esta manera *El libro rojo*, más entretenido que un texto de historia pero a la vez con mejor documentación que una novela de capa y espada, nos permite conocer aquella época a la luz de hechos generalmente desconocidos o inciertamente conocidos, pero que forman una parte importante de las luchas, intereses, pasiones y cotidianidad de entonces.



Manuel Payno & Vicente Riva Palacio

El libro rojo

ePub r1.0

Titivillus 20.05.18

Título original: *El libro rojo*
Manuel Payno & Vicente Riva Palacio, 1870

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



PRÓLOGO

I

Este es el libro de la muerte en México. El libro de la sangre que ha enrojecido la tierra, las plazas, los ríos, las piedras de México. El libro de la muerte que no quedó en los dibujos de Posada ni de Diego Rivera, que no quedó en el azúcar ni en la dulce amarilla harina del pan, sino en la brutalidad, en la cárcel, en la codicia, en la miseria humana que se ha abatido sobre México. En sus páginas se mantiene la memoria de cómo ha sucumbido la vida entre nosotros.

Por la sangre, la traición, el crepúsculo de la vida de traidores y de héroes; por el crepúsculo de la vida de sometidos, de esclavos, de víctimas, enrojece; corre sangre enrojeciendo sus páginas, sangre que lo hace un cárdeno grito de vencidos o torturados, un *Libro rojo*. En él, se revela que no proviene de nuestra sangre indígena la tradición del sacrificio humano, sino de la que llegó de España. Que la traición, el sacrificio de los mejores, la barbarie en las ciudades, nació de las blancas manos de los españoles contra sí mismos, contra indígenas, contra negros, contra Dios, contra la verdad, contra la dignidad; que hicieron del sacrificio humano en México otro de sus legados más profundos, más desoladores. Este libro espanta por la revelación de todo lo que ha sido posible en México, de toda la muerte que ha sido posible padecer en México.

II

En 1870, a tres años del restablecimiento de la República, Manuel Payno y Vicente Riva Palacio firmaron los relatos incluidos en este libro. Manuel Payno, nacido en 1810, había recorrido ya para entonces el pináculo de su vida pública y literaria. Había sido meritorio en la Aduana de México y contador en la Aduana Marítima de Matamoros, que fundara con Guillermo Prieto; en 1840, secretario del general Mariano Arista, en el Ejército del Norte, y posteriormente jefe de sección, como teniente coronel, en la Secretaría de Guerra; a partir de su nombramiento como administrador general de la Renta Estancada del Tabaco y después como contador de la Fábrica Nacional de Tabacos, comenzaría a participar en el ramo de Hacienda, en donde posteriormente serían más importantes sus servicios públicos. En 1842 fue diplomático en América del Sur; luego se le envió a Nueva York y a Filadelfia a estudiar su sistema penitenciario, de donde regresó para advertir al gobierno de la inminente expedición militar de Taylor contra México; al ocurrir esa ocupación estadounidense le tocaría establecer, mientras participaba en las guerrillas, un servicio de correo secreto desde el mismo puerto de Veracruz, en ese momento ocupado por los invasores. En 1850 fue secretario de Hacienda, logrando entonces magníficas medidas en la negociación de la deuda externa, de la que pudo reducir los intereses. Después del destierro y al triunfo del Plan de Ayutla volvió, en 1855, a ocupar el puesto de secretario de Hacienda hasta el año de 1858. En 1863 fue encarcelado por las fuerzas conservadoras y a la llegada de Maximiliano, puesto en libertad. Al restaurarse la República lo eligieron diputado por Tepic, puesto para el que lo reelegirían tres veces.

En literatura había publicado ya dos de sus obras más importantes: *El fistol del diablo* y *El hombre de la situación*; también sus *Memorias e impresiones de un viaje a Inglaterra y Escocia*.

De temas históricos había publicado el *Compendio de la historia de México* (de uso oficial en escuelas primarias), y varios opúsculos sobre Iturbide, las relaciones entre Estados Unidos y México, la ocupación estadounidense y el golpe de Estado de 1857. De asuntos económicos ya era autor de *Cuentas, gastos, acreedores y otros asuntos del tiempo de la intervención francesa y del imperio* (1861-1867) y *México y sus cuestiones financieras con la Inglaterra, la España y la Francia*.

Si Manuel Payno era ya, a sus 60 años, una figura notabilísima en el momento en que redactaba *El libro rojo*, Vicente Riva Palacio, a los 38, había desplegado también, por su parte, una enorme labor como militar y escritor durante las álgidas convulsiones civiles en México. Nacido en 1832, y nieto por línea materna de Vicente Guerrero, concluyó sus estudios de derecho en 1854; en la lucha contra la intervención había iniciado su brillante carrera militar, primero, armando por su cuenta un grupo junto al cual entabló lucha de guerrillas y, luego, en 1863, como gobernador del Estado de México y triunfante defensor de la plaza de Zitácuaro ante los embates de los ejércitos enemigos. En 1865, durante la resistencia al imperio, fue nombrado gobernador del estado de Michoacán y luego, por la muerte del general Arteaga, jefe del Ejército del Centro. Cuando el territorio de Michoacán fue recuperado por la República, entregó el mando del Ejército del Centro y organizó una nueva brigada con la que recuperó la plaza de Toluca en el año de 1867; poco después, durante ese mismo año, participó con los ejércitos que comandaba el general Escobedo en el sitio a la ciudad de Querétaro, último reducto del imperio. Tocó a Vicente Riva Palacio conducir prisionero a Maximiliano desde el convento de la Cruz hasta la ciudad de Querétaro; curiosamente su padre, don Mariano Riva Palacio, sería designado días más tarde por el propio Maximiliano, al lado de otros juristas, su abogado defensor en el proceso que le siguieron como prisionero de guerra. Una vez restaurada la República, renunció a sus cargos militares y al gobierno del estado de Michoacán y retornó a la ciudad de México. Fue entonces cuando se entregó a una labor intensa de investigación que fructificó en varios libros y en el inmenso influjo de su actividad intelectual en el México de su tiempo. Tal labor, plasmada en el periodismo, la literatura y la historia, se vería interrumpida aun varias veces por sus responsabilidades políticas e incluso por el encarcelamiento. Llegó a magistrado en la Suprema Corte de Justicia, secretario de Fomento y diplomático en Madrid.

Para 1870, Vicente Riva Palacio era ya autor de un buen número de obras que aparecieron en los tres o cuatro años inmediatos a la publicación de *El libro rojo*. En 1868 había publicado la novela histórica *Calvario y Tabor*, así como dos de sus primeros trabajos sobre la Inquisición: *Monja y casada, virgen y mártir*, y *Martín Garatuza*. En 1869 aparecieron *Las dos emparedadas* y *Los piratas del Golfo*. En 1870 publicó otra novela histórica, *La vuelta de los muertos* y, al año siguiente, junto con *El libro rojo*, sus obras dramáticas en verso, *Las liras hermanas*.

La idea de *El libro rojo*, constituía pues, un paso en la evolución de su pensamiento histórico y narrativo. Su literatura, fuertemente vinculada con la pasión histórica y con el desentrañamiento de México, le permitiría recoger, con gran claridad selectiva, ciertos momentos cruentos de la historia de México. No se trataba, como aclararemos más adelante, de un libro que registrara los hechos más atroces, sino aquellos que ilustraran sólo la evolución que esos sacrificios significaron en la historia de México. Podemos vislumbrar, ya en ese momento, al Vicente Riva Palacio que cuatro años más tarde fundaría el célebre diario político *El Ahuizote* (desde el que atacaría al gobierno de Lerdo de

Tejada), o al historiador que concertaría espíritus y lograría concretar la obra magna de *México a través de los siglos* (de cuyo segundo tomo, el dedicado al virreinato, sería el autor) antecedente, por supuesto, de la tarea que, exactamente un siglo después, emprendería entre nosotros con la historia moderna, Daniel Cosío Villegas.

III

La posición literaria y política de Manuel Payno y de Vicente Riva Palacio en 1870 puede permitirnos, pues, una comprensión muy amplia de *El libro rojo*; fundamentalmente, la *intención* de situarlo entre los años límites de 1521 y 1867, y la *intención* de su estructura y contenido. A menudo el remate de cada texto contiene la voluntad expresa, la razón explícita de por qué fue seleccionado ese hecho; en otros, aunque pareciera más difícil entender su inclusión, podemos apreciarlos también (en el contexto general del libro), dentro de una visión progresiva de la civilización en México.

Manuel Payno y Vicente Riva Palacio podían sentirse, en ese año de 1870, a tres años de la muerte de Maximiliano y del restablecimiento de la República; después del proceso de disensiones civiles que supuso la Reforma; de la Constitución de 1857 y de la ocupación y movilidad política de los cuadros dirigentes de ese siglo; de haber resistido la invasión estadounidense y la invasión francesa; de haber visto derrumbarse en un mismo siglo dos voluntades europeas queriendo dominar México; y después de toda esa larga lucha social y personal; repito, Manuel Payno y Vicente Riva Palacio podían sentirse testigos del primer momento, en realidad consistente, de la independencia de México. Podían creer, quizá gozar del raro privilegio de ver, desde esa recién adquirida libertad del país, como una inmensa, inacabable llanura que ya había traspuesto toda su historia. Podían creer que la historia del yugo había terminado, que era el momento de volver a mirar el camino recorrido, hacer un recuento de los muertos, de los sacrificios, de los reveses. *El libro rojo* aparecería como un registro singular de la muerte que México vivió durante ese proceso de su civilización.

Su talento de narradores fue primordial para la excelencia de sus textos. Su idea directriz y la visión totalizadora de la obra en la historia mexicana, les llevó a afirmar, como Manuel Payno lo hizo en Alonso de Ávila, que «en estos estudios no hacemos sino animar a los personajes y ponerlos en un instante de bulto ante el lector, pero conservando en todo la verdad histórica».

Esta confluencia con la historia debe explicarse también por la que tuvo el romanticismo de origen inglés en la novela histórica. El costumbrismo y la novela en Payno y en Riva Palacio marcaron especialmente su inclinación por dichos géneros, que de por sí son difíciles de distinguir a fondo: el relato de un hecho histórico y el relato de un hecho no histórico, pero verosímil. Es claro que «poner a los personajes por un instante de bulto» es más que una adaptación de fuentes documentales: es una creación literaria. Estas fronteras móviles darán cuenta, después de la evolución paulatina hacia el realismo y el naturalismo que enriquecerá la literatura mexicana y dará origen al despertar, de una idea de mexicanidad en las letras, a un planteamiento de literatura nacional ante corrientes universalistas. No podemos dudar que en México se efectúa un ejercicio literario ligado a una base histórica, y por ello, emparentado con el arte de Payno y Riva Palacio, podríamos confundir incluso la calidad testimonial de varias obras con la significación literaria que *per se* tienen, como fue el caso de Heriberto Frías, gran parte de la obra de Martín Luis Guzmán y,

para citar uno específicamente, *La conjura de Xinum*, de Ermilo Abreu Gómez.

De esta manera, como en muchos otros periodos románticos y de gestación del realismo, también en México el cultivo de esta literatura histórica o de esta historia literaria ha sido persistente y fundamental para el desarrollo de nuestra literatura, en especial para la que se vincula con el realismo y con la literatura de compromiso político. *El libro rojo* es parte de esa tradición y deben verse esos «artículos», así llamados por sus autores, como una muestra de lo mejor del género del cuento histórico en el siglo XIX.

IV

Hemos dicho que las obras dramáticas de Vicente Riva Palacio se publicaron en el mismo año que *El libro rojo*. Tales dramas son interesantes porque explican gran parte de la capacidad de Riva Palacio para concertar el trabajo en equipo. Escribió dichos dramas en colaboración con Juan A. Mateos, un escritor menos talentoso, apenas un año mayor que él, seguidor también del Plan de Ayutla y al igual que Payno, regidor del ayuntamiento bajo el imperio, secretario en la Suprema Corte de Justicia y titular de otros cargos públicos tanto administrativos como de elección popular. Por invitación de Riva Palacio, *El libro rojo* contiene tres buenos relatos suyos sobre Leandro Valle, Santos Degollado y Nicolás Romero.

También por iniciativa de Riva Palacio, *El libro rojo* contiene una colaboración de Rafael Martínez de la Torre, abogado defensor de Maximiliano en el juicio a que se le sometió durante su prisión en Querétaro. Por la imparcialidad, por la dignidad, por la admirable capacidad de los autores, se le permitió a Martínez de la Torre escribir el texto con que se cierra *El libro rojo*: el dedicado a Maximiliano, texto retórico y pomposo, pero que ha dejado hablar a los vencidos.

V

En el relato dedicado a Comonfort, Payno afirma que en *El libro rojo* se propusieron consignar «el funesto fin de hombres célebres y distinguidos en las edades de nuestra historia». En el texto dedicado a Leandro Valle, Juan A. Mateos dirá que es una galería de retratos históricos. Si bien el carácter histórico es siempre innegable, en algunos casos no se consigna el fin de hombres distinguidos, pues, a veces, el libro se vuelca hacia el campo de la leyenda, hacia la nebulosa zona romántica que los escritores de la novela histórica y del costumbrismo buscaban. De cualquier manera, mucho podemos aprender de este libro. En especial, dentro de un cierto maniqueísmo esquemático, que la nobleza se ha unido en México a menudo a la ingenuidad, y por ello a la muerte.

Dentro de las historias de figuras propiamente individuales, la de Moctezuma, Xicoténcatl y Cuauhtémoc ponen de relieve que los dos últimos monarcas de México murieron bajo la brutalidad y traición del español, pero que el primer caudillo que luchó por la libertad, Xicoténcatl, fue ahorcado en sus propios dominios.

Son especialmente importantes los relatos que Vicente Riva Palacio dedicó a Rodrigo de Paz, «el primer revolucionario de México..., víctima, como todos, de la ingratitud de los mismos hombres que le debían el poder de que gozaban», y a Los dos enjaulados, Gonzalo de Salazar y Peralminde

Chirino, «los primeros tiranos que tuvo México después de la conquista». Rodrigo de Paz fue la primera víctima española de las rencillas, deslealtades, corrupción política y codicia desenfrenada de los españoles. Fue vilmente, horrorosamente sacrificado, atormentado, torturado por sus verdugos; quienes después serían enjaulados y humillados; luego puestos en libertad; y posteriormente rehabilitados; luego otra vez traicioneros con Hernando de Soto, y nunca su fin a la medida de la crueldad que desplegaron. Ante estos dos relatos comprendemos que en México perdonamos la vida al tirano, pero que castigamos a quien nos defiende.

De la vida turbia del poder virreinal ilustra La Sevillana, Alonso de Ávila y Don Martín Cortés, El tumulto de 1624, El tapado y El licenciado Verdad. Dos de ellos, los que tratan de la conjura de Martín Cortés, son especialmente notables. Se ve en ellos que la primera señal de conjura independentista, el primer intento de soltar los lazos de la corona española para independizar a la Nueva España, partía del sentimiento de propiedad que tenían los hijos de los conquistadores, no de la defensa del país mismo. El visitador Muñoz, sin duda «el segundo tirano de México después de la conquista», fue un segundo Salazar. Concertado con los oidores desató la rapacidad española sobre los propios españoles, para vencer incluso al tercer virrey de México, don Gastón de Peralta, que había querido «salvar el nombre histórico de los españoles», según Payno, al no enviar al patíbulo a la descendencia de Cortés. Ejemplo de la atrocidad, de la ferocidad carnicera española en México, es El tapado, relato que describe los tormentos increíbles que padeció don Antonio de Benavides, visitador del rey, apresado en Puebla y torturado, sacrificado y mutilado en la ciudad de México.

El tumulto de 1624, por su parte, es un relato que ilustra sobre la larga tradición del antagonismo entre la Iglesia y el Estado, sobre la lucha por el poder entre el arzobispado mexicano y el gobierno civil; un ejemplo de la religión como sedición. En El licenciado Verdad, veremos, por ejemplo, como el arzobispo bendice (después de provocarlos) a los oidores de la audiencia que asaltan armados el palacio virreinal, aprehenden al virrey Iturrigaray y finalmente, asesinan al licenciado Primo de Verdad, «el primer republicano de México», apunta Riva Palacio, quien expresó entre nosotros que la soberanía reside en el pueblo y no en los monarcas.

Los treinta y tres negros es un espantoso relato de una masacre ocurrida doce años antes del tumulto de 1624, resultado de la represión brutal, de la salvaje furia española contra el pueblo negro, esclavizado en México. Dicha masacre, perpetrada después de una lucha pacífica por la libertad, por la dignidad; después de haber concertado la paz con un reducto de negros fugitivos, ilustra perfectamente que la brutalidad en nuestro suelo mexicano, que los sacrificios de grupos, de masas, de niños, de mujeres, no son una herencia de costumbres indígenas, de muertes rituales indígenas, sino de la pasión destructora europea. El odio, la crueldad, han sido de las más arraigadas vocaciones que dejó el conquistador en México.

En tres capítulos presenta Vicente Riva Palacio el caso inquisitorial de la familia Carabajal, torturada y asesinada por su fe judaica. Lo sanguinario, la crueldad de sus métodos, la increíble ceguera religiosa de los inquisidores, se despliega en los documentos presentados. Después de leer esos capítulos, la ejecución de las víctimas del Santo Oficio aparece como un nuevo «pan y circo» de la nueva Roma. Los conceptos devotos del Auto de Fe de 1601 son aberrantes en muchos momentos, como el considerar a San Pedro el primer inquisidor de la Iglesia, o al elogiar «la mucha compostura y quietud de la gente» que contemplaba la incineración de las víctimas.

De la época colonial *El libro rojo* incluye otros relatos de contenido quizá menos político. El de Fray Marcos de Mena, por ejemplo, sobre el único sobreviviente de la masacre que perpetraron tribus de las costas de Florida sobre los náufragos de una expedición, Payno tuvo buen cuidado en decir de esas tribus que quizá había llegado «a su conocimiento la conducta atroz de los conquistadores con la raza indígena», y que, por ello, «deseaban una sangrienta y señalada venganza». Por otro lado, Don Juan Manuel refiere que la leyenda de aquel hombre que antes de matar a sus víctimas les preguntaba la hora, encubría, tal vez, una persecución política. En La familia Dongo se da cuenta del asesinato más espeluznante de que se tuvo memoria en la colonia; muy útil es que Payno aclare que no se debió a hombres de condición humilde, sino a «tres españoles, de una condición y clase no común».

En La peste, Vicente Riva Palacio halla ocasión de celebrar justificadamente la solidaridad y abnegación que las órdenes religiosas mostraron durante la peste en 1577. Se trata, sin duda, de los primeros religiosos de la evangelización de México (a los lectores de nuestro tiempo, esa solidaridad posiblemente les recuerde la de la sociedad civil en los días que siguieron al terremoto de la ciudad de México en 1985).

VI

Hasta aquí, los relatos del México novohispano. Poco menos de la otra mitad del libro se dedicó a episodios del siglo XIX, en especial a víctimas de la guerra de Independencia y de Reforma. La traición, la villanía, la crueldad, como circunstancia fatal de hombres magnánimos, es una constante en esta parte. Protagonistas notables del tiempo a que corresponden los episodios registrados —especialmente Vicente Riva Palacio, quien tuvo bajo sus órdenes importantes y en ocasiones decisivas brigadas bajo su mando— señalan a menudo cómo los próceres liberales perdonaban la vida a los prisioneros conservadores para años después verse victimados por las órdenes de aquellos a quienes habían protegido, como ocurrió con Valle y con Santos Degollado. Pero, en otros casos, los próceres cayeron abatidos por hombres que les debían no sólo gratitud, sino respeto: como Iturbide y Vicente Guerrero. En efecto, si bien algunos próceres de la Independencia murieron luchando contra los ejércitos de la corona española, precisamente los que consumaron la independencia, Iturbide y Guerrero, murieron a manos de los mismos mexicanos. Singular destino, pues, el de México: matar a sus propios libertadores. Singular destino que parecería repetirse en los casos de Rodrigo de Paz, de Gastón de Peralta o de Xicoténcatl. Singular destino que parecería provenir, como a veces escuchamos en nuestros días, de la tradición indígena del sacrificio ritual; pero no olvidemos que fueron criollos quienes les dieron muerte, ascendidos al poder, criollos que impondrían toda tradición posible, pero no, ciertamente, la indígena. Fue la tradición de letrados criollos, el agravio de nuevos políticos, el desagrado de revolucionarios de burocracia, el deseo de poder, la disputa civil de corredores, la que derrotó a Guerrero.

Algunas observaciones son importantes en estos textos sobre el siglo XIX. Por ejemplo, la de que sacerdotes del bajo clero —quizá los más semejantes a aquellos evangelizadores y enfermeros de la peste de 1577 que Riva Palacio elogió— luchaban por la independencia, mientras que los jerarcas eclesiásticos lo hacían por el poder y sus privilegios, como se narra en El tumulto de 1624 y en El

licenciado Verdad. Interesante es también el señalamiento de Payno de que en la sangrienta toma de Granaditas era como si el pueblo se vengara, hasta entonces y de manera inaudita, de las matanzas de los conquistadores.

El carácter cruel y traicionero de estos episodios del siglo XIX tiene como protagonistas, en manos de Riva Palacio, de Payno y del invitado Juan A. Mateos, a los últimos defensores de la corona española y después, a los conservadores que propugnaban por el establecimiento del imperio de Maximiliano. La increíble barbarie de los conservadores alcanza su clímax, no en asesinatos de próceres liberales, sino en la masacre de decenas de civiles y de médicos de guerra (caso insólito en la historia del mundo y, sin duda, una de las páginas más brutales y sanguinarias del orbe) como la de Los mártires de Tacubaya.

Finalmente, como notables liberales que fueron, el episodio que cierra el libro, el menos literario y de menor calidad, es un buen ejemplo de la libertad de espíritu de Riva Palacio y de Payno. Debía corresponder, el último sacrificio consignado en *El libro rojo*, a Maximiliano, pues, según ya hemos dicho, con él consideraron cerrado el periodo del yugo extranjero en México. En lugar de que los liberales redactaran ese episodio, abrieron la galería del libro a Rafael Martínez de la Torre, defensor de Maximiliano en su enjuiciamiento de Querétaro. Bravo ejemplo que habrían aplaudido, como hicieron en vida con sus prisioneros conservadores, Leandro Valle o Santos Degollado.

El amor por México hizo posible que Payno y Riva Palacio se propusieran escribir este libro. El amor por la historia de México, por el dolor de México. Fueron escritores hondamente comprometidos con el curso de su país; y de ninguna manera sometidos al deseo de ser universales por su actualidad europea o norteamericana, por su actitud desdeñosa de lo escrito por mexicanos o de lo vivido por nosotros. A escritores como ellos deberemos, algún día, un segundo *Libro rojo*: el que consigne la traición a Carranza, a Francisco Serrano, a Rubén Jaramillo, o que describa episodios dolorosos como la Decena Trágica, la masacre de Tlatelolco en 1968, el asalto al cuartel de Madera o el terremoto de 1985. Páginas enrojecidas por sangre que aún no ha dejado de correr entre nosotros, por la ardiente, humeante sangre que nos cubre con otras páginas, que asciende cubriendo la luz de México como si clamara su crepúsculo mortal, como si clamara su lejana aurora.

Carlos Montemayor
México, 1986

MOCTEZUMA II ^[1]

I

Era la media noche. Un profundo silencio reinaba en la gran capital del imperio azteca, y las estrellas de un cielo limpio y despejado se retrataban en las tranquilas aguas de los lagos y en los canales de la ciudad.

Un gallardo mancebo que hacía veces de una divinidad, y que por esto le llamaban *Izocoztli*, velaba silencioso y reverente en lo alto del templo del dios de la guerra.

Repentinamente sus ojos se cierran, su cabeza se inclina, y recostándose en una piedra labrada misteriosa y simbólicamente, tiene un sueño siniestro. Abre los ojos, procura recordar alguna cosa, y no puede ni aun explicarse confusamente lo que le ha pasado. Sale a la plataforma del templo, levanta la vista a los cielos, y observa asombrado en el oriente una grande estrella roja con una inmensa cauda blanca que cubría al parecer toda la extensión del imperio. Apenas ha mirado este fenómeno terrible en el firmamento, cuando cae con la faz contra la tierra, y así, casi sin vida, permaneció hasta que los primeros rayos del sol doraron las torres del templo. Alzó entonces el *Izocoztli* la vista a los cielos, y la estrella había desaparecido. ^[2]

II

Izocoztli al medio día se dirigió al palacio del emperador. «Señor temible y poderoso —le dijo—, anoche he visto una grande estrella de fuego en los cielos.»

Moctezuma dudó, pero quedó pensativo todo el día. En la noche él mismo permaneció en observación en la azotea de su palacio, y a cosa de las once vio aparecer repentinamente la fatal estrella roja.

Al día siguiente mandó llamar a todos los adivinos y hechiceros de la ciudad. Ninguno había visto nada. Nadie se atrevía a interpretar la aparición misteriosa de los cielos.

Moctezuma mandó llamar a los justicias.

Encerrad —les dijo—, a todos estos adivinos y astrólogos en unas jaulas, y no les daréis de comer ni de beber. Es mi voluntad que mueran de hambre y de sed.

Marchad después por todos los lugares de mi reino y haced que las casas de los hechiceros y adivinos sean saqueadas y quemadas, y traedme arrastrando del cuello por las calles a todos los que teniendo la obligación de observar los cielos y de interpretar las señales de los dioses, nada han visto, ni nada han dicho a su rey.

La orden se ejecutó. Los hechiceros de México murieron rabiosos de hambre y de sed en las jaulas, y a los pocos días los muchachos de las escuelas arrastraban de unas sogas amarradas al cuello a los adivinos de las provincias, que dejaban contra las esquinas de la ciudad los pedazos sangrientos de sus miembros. Así se cumplió la voluntad del muy grande y poderoso señor Moctezuma II. ^[3]

III

Una tarde, quizá con la intención de ir a la corte de Texcoco, el emperador se dirigió al lago; pero en el mismo momento espesas nubes cubrieron el cielo, los rayos atravesaron el horizonte, iluminándolo de una luz siniestra, y las aguas del lago comenzaron a agitarse y a hervir, como si tuviesen una gran caldera de fuego en el fondo.

555 Moctezuma se retiró a su palacio más triste y abatido. Imaginó aplacar la cólera de los dioses y mandó traer una gran piedra de sacrificios que había ordenado antes se labrase con mucho esmero. Al pasar la piedra por el puente de Xoloco, construido de intento con fuertes maderos, crujió repentinamente, y la enorme piedra se hundió en las aguas, llevándose consigo al sumo sacerdote y a la mayor parte de los que la conducían.

En ese día un temblor hizo estremecer como si fuese la hoja de un árbol, el templo mayor, y un gran pájaro de forma extraña atravesó por encima de la ciudad, dando siniestros graznidos. Otra vez una negra tempestad descargó sobre la ciudad. Un rayo incendió el templo.

Moctezuma no pudo ya dominar su inquietud y su miedo, y mandó llamar al sabio rey de Texcoco. Los poderosos y magníficos reyes de México y de Texcoco tuvieron una entrevista solemne.

Netzahualpilli era un rey anciano lleno de justicia, de bondad y de sabiduría, e interpretaba los sueños y los fenómenos de la naturaleza, y tenía el don de la profecía. Llegó ante Moctezuma, tomó asiento frente a él, y largo rato permanecieron los dos taciturnos y silenciosos.

—Señor —dijo Moctezuma interrumpiendo el silencio—, ¿has visto la grande estrella roja con una inmensa ráfaga de luz blanca?

—La he visto —contestó el rey de Texcoco.

—¿Anuncia hambre, peste o nuevas guerras?

—Otra cosa todavía más terrible —dijo gravemente el rey texcocano.

Moctezuma, pálido, casi sin aliento, temblaba sin poder articular ya una palabra.

—Esa señal de los cielos ya es vieja —continuó con voz solemne el rey de Texcoco—, y es extraño que los astrólogos nada te hayan dicho. Antes de que apareciera la estrella, una liebre corrió largas horas por los campos hasta que se entró en el salón de mi palacio. Esta señal era precursora de la otra más funesta.

—¿Qué anuncia, pues, la estrella? —preguntó Moctezuma con una voz que apenas le salía de la garganta.

—Habrá en nuestras tierras y señoríos —continuó el de Texcoco—, grandes calamidades y desventuras; no quedará piedra sobre piedra; habrá muertos innumerables y se perderán nuestros señoríos, y todo será por permisión del Señor de las alturas, del Señor del día y de la noche, del Señor del aire y del fuego.

Moctezuma no pudo ya contener su emoción, y se echó a llorar, diciendo: ¡Oh, Señor de lo creado!, ¡oh, dioses poderosos, que dais y quitáis la vida!, ¿cómo habéis permitido que habiendo pasado tantos reyes y señores poderosos, me quepa en suerte la desdichada destrucción de México, y vea yo la muerte de mis mujeres y de mis hijos? ¿Adónde huir?, ¿adónde esconderme?

—En vano el hombre quiere escapar —contestó tristemente el rey de Texcoco— de la voluntad de los dioses. Todo esto ha de suceder en tu tiempo, y lo has de ver. En cuanto a mí, será la postrera vez que nos hablaremos en esta vida, porque en cuanto vaya a mi reino moriré.

Los dos reyes estuvieron encerrados todo el día conversando sobre cosas graves, y a la noche se

separaron con gran tristeza. [4] Netzahualpilli murió en efecto el año siguiente. [5]

IV

El 8 de noviembre de 1519 fue un día de sorpresa, de admiración y de extraños sucesos en la gran ciudad de México.

A eso de las dos de la tarde, una tropa de europeos, a caballo los unos, a pie los otros, y todos revestidos de brillantes armaduras y cascos de acero, y armados de una manera formidable, hacían resonar las piedras y baldosas de la calzada principal con las herraduras de sus corceles, y el son de sus cornetas y atabales se prolongaba de calle en calle. En el viento ondeaban los pendones con las armas de Castilla, y a la cabeza de esta tropa, seguida de un ejército tlaxcalteca, venía el muy poderoso y terrible capitán don Hernando Cortés.

Las azoteas de todas las casas estaban cubiertas de gente, las canoas y barquillas chocaban en los canales, y en las calles se agolpaba la multitud, estrujándose y aun exponiendo su vida por mirar de cerca a los hijos del sol y tocar sus armaduras y caballos.

Moctezuma, vestido con sus ropas reales adornadas de esmeraldas y de oro, acompañado de sus nobles, salió a recibir al capitán Hernando Cortés y le alojó en un edificio de un solo piso, con un patio espacioso, varios torreones y un baluarte o piso alto en el centro. Era el palacio de su padre Axayácatl. Moctezuma, después de haber cumplimentado a su huésped, se retiró a su palacio. Al día siguiente mandó que se hiciese en la montaña un sacrificio a los dioses *Tlaloques*. Se sacrificaron algunos prisioneros, que estaban siempre reservados para estas ocasiones; pero los dioses se mostraban más irritados. Se estremeció la *Mujer Blanca*, y desde la azotea de su palacio pudo contemplar asustado el emperador azteca los penachos de nubes negras y fantásticas que cubrían la alta cima de los gigantes del Anáhuac.

V

A los ocho días de estar Hernando Cortés en México, los aztecas, irritados con la presencia y orgullo de sus enemigos los tlaxcaltecas y con las demasías que cometían los soldados españoles, dieron muestras visibles de hostilidad y de disgusto. Cortés no sabía si permanecer, si abandonar la capital o situarse en las calzadas. Dos días estuvo sombrío y pensativo, y al tercer día llamó a sus capitanes. «He resuelto prender al emperador Moctezuma —les dijo—, y traerle a este palacio. Su vida responde de la nuestra; lo demás que siga, está encomendado a la guarda de Dios y de Santiago.»

A la mañana siguiente, después de oír toda la tropa española una misa, de rodillas y con ejemplar devoción, Cortés tomó la palabra y dijo:

Vamos a acometer hoy una de nuestras mayores hazañas, y es prender al monarca en medio de todo su pueblo y de sus guerreros. Los españoles somos un puñado que con el soplo de los indios podemos desaparecer; pero están Dios y la Virgen con nosotros. He escogido a vuestras mercedes para que me ayudéis a dar cima a esta arriesgada aventura.

Esto diciendo, señaló a Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lujo, Velázquez de León y Alonso de Ávila, y estos caballeros, seguidos de algunos soldados, cubiertos todos de armaduras completas, se dirigieron al palacio del emperador de México.

VI

Moctezuma procuraba aparecer tranquilo y afable ante sus súbditos, pero no pensaba sino en los medios de que quedasen contentos los españoles, y de que saliesen prontamente de la ciudad.

El salón en que estaba era espacioso, tapizado con mantas finas de algodón, bordadas de colores variados y con dibujos exquisitos. El suelo estaba cubierto de finas esteras de palma. En el fondo el monarca estaba reclinado entre cojines, y a su derredor había algunos nobles y una muchacha como de dieciséis años, de ojos y cabellos negros, de tez morena, y que sonreía alegremente dejando ver entre sus labios rojos dos blancas y parejas hileras de dientes.

Los españoles se presentaron en ese momento.

Las pisadas recias de los capitanes que hacían resonar sus espuelas en el pavimento, el aire feroz e imponente que tenían, y el verlos seguidos de algunos soldados, inspiró temor a Moctezuma; se puso algo pálido, pero dominó su emoción y saludó a Cortés y a sus capitanes con la sonrisa en los labios. «Voy a ensayar el último arbitrio», pensó entre sí; y dirigiéndose a Cortés, le dijo:

—*Malinche*, tenía gran deseo de que tú y tus capitanes me visitaran, y pensaba en ello, porque tenía preparadas algunas joyas y preciosidades de mi reino para ofrecértelas.

Los ministros y magnates que estaban cerca, presentaron a Cortés unas bandejas pintadas de colores, muchas figuras de oro, como sapos, serpientes y conejos, primorosamente labradas, y además, esmeraldas, conchas, mosaicos de pluma de colibrí y otras maravillas del arte indígena.

Cortés, preocupado, apenas miró los objetos e inclinó la cabeza maquinalmente.

Moctezuma, que observaba la fisonomía del capitán español, cada vez estaba más alarmado.

Olid, Sandoval y Alonso de Ávila examinaron con más atención los presentes; los demás guardaban silencio, y al disimulo requerían el puño de sus espadas.

El monarca dominó su orgullo.

—Malinche —dijo—, tengo para ti reservada una joya de más valor que el oro de todo mi reino. La joya que te voy a dar es mi corazón.

Y al decir esto se levantó, tomó por la mano a la linda muchacha y la presentó a Cortés. —Es mi hija, Malinche, una hija que los dioses han hecho hermosa, y que te doy para que sea tu mujer y tengas en ella una prenda de mi fe y de mi cariño.

Los ojos de Cortés se clavaron en la muchacha. Su mirada expresaba la ternura que le inspiraron las palabras del rey, pero reflexionó un momento y cambió de resolución.

—Señor y rey —dijo el capitán inclinándose respetuosamente—, mi religión me permite tener una sola mujer y no muchas, y ya soy casado en Cuba. Os doy gracias y os devuelvo a vuestra hermosa hija.

Moctezuma quedó triste y corrido; la niña se cubrió de rubor al verse rechazada, y Cortés, después de un momento, hizo un esfuerzo y cambió bruscamente de tono.

—He venido, señor —le dijo con semblante torvo—, a deciros que mis soldados han sido asesinados en la costa, y mi capitán Escalante herido de muerte, y todo por la traición de *Cuauhpopoca*, que es vuestro súbdito, y así he resuelto que entretanto viene ese traidor y se le impone el castigo que merece, os llevaré a mis cuarteles, donde permaneceréis bajo mi guarda.

Moctezuma se puso pálido; pero a poco, acordándose que era rey, encendido de cólera se levantó

y exclamó con energía:

—¿Desde cuándo se ha oído que un príncipe como yo, abandone su palacio para rendirse prisionero en manos de extranjeros?

Cortés se dominó y trató con suavidad de persuadir al monarca de que no iba en calidad de prisionero, y que sería tratado respetuosamente; pero Velázquez de León, impaciente de tanta tardanza, dijo:

—¿Para qué perdemos tiempo en discusiones con este bárbaro? Hemos avanzado mucho para retroceder ya. Dejados prenderle, y si se resiste le traspasaremos el pecho con nuestros aceros.

Todos entonces pusieron mano a la espada o al pomo del puñal. [6]

Cortés los contuvo.

Moctezuma bajó los ojos, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Vamos —dijo a Marina que le había explicado, aunque suavemente, las amenazas de los españoles.

Al día siguiente el monarca mexicano era prisionero de Cortés.

VII

Un día con un sol resplandeciente y hermoso, en medio de las calles llenas de tráfico y de bullicio, apareció una inmensa comitiva. Era un cacique ricamente vestido, que traía en unas andas unos esclavos. Seguíanle su hijo y quince nobles de la provincia. Este cacique era Cuauhpopoca, el mismo que había matado a los soldados españoles y derrotado a Juan de Escalante.

La comitiva se dirigió al palacio de Moctezuma, y a poco salió y entró con la misma pompa al palacio de Axayácatl, donde Cortés tenía todavía sus cuarteles.

Cortés y sus capitanes recibieron al cacique, que ya iba triste, cabizbajo y vestido de una grosera túnica de henequén.

—Cacique —le dijo Cortés con voz terrible—, ¿eres tú súbdito de Moctezuma?

—¿A qué otro señor podía servir? —contestó el cacique.

—Basta con eso —contestó secamente Cortés; y dirigiéndose a los soldados, les dijo—: Atad a esos paganos y preparad las hogueras. Las flechas, jabalinas y macanas depositadas en el templo mayor servirán de leña.

Los soldados ejecutaron prontamente las órdenes y a poco diez y siete hogueras estaban preparadas en el patio del palacio. Sobre cada hoguera había uno de los nobles, amarrado de pies y manos. El cacique estaba enfrente de su hijo.

Los indígenas, mudos de espanto, ni procuraron defenderse ni profirieron una sola palabra. Con una resolución estoica se dejaron colocar en el horrendo suplicio.

Cortés se dirigió entonces a la pieza donde estaba Moctezuma.

—Monarca —le dijo con acento feroz—, mereces la muerte; pero quiero castigar siempre tu crimen, pues eres el autor principal de la infamia cometida con los españoles. Soldado, ejecuta la orden que te he dado.

Un soldado que había seguido a Cortés, se acercó a Moctezuma y le puso bruscamente un par de grillos en los pies.

Ahogados sollozos se escaparon del pecho del monarca. Sus sirvientes derramaban lágrimas. Cortés volvió las espaldas al rey y salió del aposento.

Cuando llegó al patio, gruesas columnas de humo se levantaban de las hogueras. Se oía el crujido de las carnes y de los huesos que se tostaban. Algún lúgubre quejido salía del pecho de aquellos infelices.

Los españoles con el arma al brazo, y los artilleros con mecha en mano, presenciaban el suplicio. Cuando el viento disipó las negras y hediondas columnas de humo, se pudieron ver diez y siete esqueletos retorcidos, deformes, negros, calcinados.

VIII

A este fúnebre acontecimiento siguieron otros; pero el más grave de todos fue la llegada de Pánfilo de Narváez a Veracruz.

Cortés, como en todas ocasiones, tomó una resolución extrema; dejó la guarda de Moctezuma y de la ciudad a Pedro de Alvarado, *Tonatiuh* (el sol), como le llamaban los indios, y marchó violentamente al encuentro de su rival.

En el mes de mayo los aztecas acostumbraban hacer una solemne fiesta, que llamaban *Téxcatl*, en memoria de la traslación del dios de la guerra al templo mayor. Se dirigieron a Tonatiuh, quien les dio licencia, con la condición de que no llevasen armas ni hiciesen sacrificios humanos.

Cosa de seiscientos nobles concurrieron a la ceremonia, ataviados con sus más ricas vestiduras cubiertas de oro y esmeraldas. Bailaban sus danzas y *areitos*, como les llamaban los españoles, y se entregaban descuidados a la alegría, cuando entró Alvarado al templo, seguido de cincuenta soldados armados.

—¡Tonatiuh cae sobre nosotros; Tonatiuh nos mata! —exclamaron varias voces. Todos echaban a huir y querían salir; pero eran recibidos por las picas de los soldados que guardaban las puertas. Alvarado y los suyos mataban a diestra y siniestra, hasta que no quedó ninguno. La sangre corría y bajaba como una cascada roja por las escaleras del templo. Los españoles arrancaban las joyas de los miembros destrozados y sangrientos de la nobleza azteca. Alvarado se retiró con trabajo a sus cuarteles. Toda la población se levantó en masa, furiosa y desesperada, resuelta a acabar con sus asesinos.

IX

Hernando Cortés, después de haber vencido a Narváez, hécholo prisionero e incorporado a sus tropas, regresó a México y salvó a Alvarado, que estaba ya a punto de sucumbir.

Los combates siguieron sin interrupción. Los españoles hacían salidas, barrían con la artillería a las masas compactas de indígenas, que volvían a cerrarse y a cargar con hondas, maderos y piedras, cada vez con más furor. Los cadáveres amontonados interrumpían el paso de las calles, los heridos daban lastimosos gemidos, y las mismas mujeres corrían frenéticas ayudando al ataque. Al cabo de algunos días los españoles volvieron a encontrarse en la última extremidad. No podían salir de la ciudad, ni capitular, ni rendirse, porque hubieran sido sacrificados a los ídolos, y sus esfuerzos para

pelear se agotaban. Todos comenzaban a desconfiar, a murmurar contra su capitán.

Cortés requirió a Moctezuma para que se interpusiera con sus súbditos y cesara la guerra.

—¿Qué tengo que hacer yo con él, Malinche? —respondió despechado, dejándose caer sobre sus almohadones.

Marina, Peña y Orteguilla, que eran sus favoritos, el padre Olmedo y Olid interpusieron su influjo y le persuadieron a que se mostrase y hablase a su pueblo. Moctezuma accedió, revistióse de su más rico traje real, y subió al baluarte o piso principal del palacio, y se dejó ver en la parte más saliente. Apenas la multitud notó la presencia de su monarca, cuando cesó el ruido y la gritería; los guerreros suspendieron el ataque, y muchos se prosternaron y cayeron con el rostro en tierra. Hubo un silencio profundo. Moctezuma habló, pero tuvo que disculparse, que manifestarse el amigo de los españoles, que interceder por ellos. Esto cambió súbitamente al pueblo; su furor redobló, y le gritaron con rabia:

«Vil mujer, monarca indigno, azteca degradado, vergüenza de tus antepasados, no queremos ya que nos mandes, ni siquiera verte un solo momento.»

Un noble azteca, vestido fantásticamente como un ave de rapiña, se acercó al baluarte, blandió airadamente su arco, y disparó una flecha al rey. Ésa fue la señal del nuevo combate. Un alarido aterrador salió como por una sola boca de todo el pueblo; una nube de flechas, de piedras y de dardos nublaron por un momento el aire, y Moctezuma, herido en la nuca por una piedra, cayó desmayado en la azotea.

X

Moctezuma fue recogido por dos soldados del terrado del cuartel y conducido a su habitación, donde permaneció sin conocimiento algunas horas. Cuando volvió en sí, su desesperación y despecho no conocieron límites. Las afrentas que había recibido de los españoles eran poca cosa cuando pensaba en la que le había hecho su pueblo, desconociéndole como su señor y volviendo contra él sus armas. Arrancóse de la cabeza una venda que le habían puesto, y buscó un arma con que acabar con sus días; pero los nobles que le acompañaban trataron de calmar los dolores físicos y morales que le atormentaban, y a poco cayó en un abatimiento sombrío; sus ojos erraban sobre las paredes del aposento y sobre las tristes fisonomías de los que le acompañaban; cerró después sus labios, que se habían abierto para pedir únicamente la muerte a los dioses, y no volvió a proferir una palabra, rechazando resueltamente los alimentos que le presentaban y las insinuaciones que le hacía el padre Olmedo para que recibiese el bautismo.

En cuanto pasó el primer impulso del furor del pueblo azteca y vio llevar en brazos, muerto al parecer, al rey, su rabia cambió en pavor. Los oficiales que habían tirado sobre él arrojaron las armas, otros se prosternaron contra la tierra, y la multitud, silenciosa y sobrecogida, se fue dispersando lentamente por las calles.

Cortés se dirigió a Olid. «La muerte de Moctezuma —le dijo—, ha llenado de miedo a estos bárbaros. Es necesario aprovecharnos de los instantes y salir de la ciudad. Reunid inmediatamente un consejo de guerra.»

Olid convocó a todos los oficiales, y mientras quedaban unos a la guarda de la fortaleza, otros

entraron en el salón que habitaba Cortés.

El consejo fue tumultuoso, como el que tiene una tripulación en una nave que va a naufragar. Se discutió con calor si la retirada sería de día o de noche; todos voceaban y disputaban hasta el grado de poner la mano en el puño de las espadas. Cortés tuvo que imponer silencio y que dirigir una mirada fiera a los más insolentes oficiales.

En un momento de silencio el soldado Botello, llamado el astrólogo, levantó la voz: «Señor capitán —dijo—, os anuncio que os veréis reducido al último extremo de miseria; pero después tendréis grandes honores y fortuna. En cuanto al ejército español, digo que es necesario que salga cuanto antes de esta ciudad maldita, pero precisamente deberá ser de noche.» La disputa cesó desde el momento que se oyó la opinión del astrólogo, y aquella gente fiera, pero supersticiosa, obedeció la voluntad del simple soldado.

—Saldremos esta noche precisamente —dijo Cortés—. Haced, pues, vuestros preparativos, y armaos de la resolución que siempre habéis tenido para acabar los más apurados lances. Tomad todo el oro y joyas que queráis; pero cuidado, que podréis ser víctimas del mismo peso del oro que carguéis.

Apenas los oficiales y soldados oyeron esta orden, cuando corrieron al tesoro; y encontraron el oro amontonado en el suelo, comenzaron a llenar sus alforjas y maletas con cuanto pudo caber en ellas.

XI

En la tarde, el horizonte se fue nublando gradualmente, y una masa de nubes negras y amenazadoras vino al parecer expresamente de la cumbre de los volcanes. El silencio profundo que reinaba en la ciudad aumentaba más el pavor, y todo anunciaba una tormenta en el cielo y una matanza en la tierra. Así llegó la noche imponente y sombría. Los pechos de los españoles, fuertes y templados como sus aceros, se estremecieron sin embargo. Todos pensaron que quizá no verían el sol del nuevo día.

Moctezuma, mudo, silencioso, moría entre sus cojines, más del despecho, más del dolor de haber visto el fin sangriento de su reinado, que de la herida que tenía en la cabeza. Los nobles que le acompañaban de pie a su derredor, observaban los preparativos de los españoles, y casi adivinaban la suerte que les estaba reservada. Cortés, que creía que Moctezuma había causado realmente la situación tremenda en que se hallaba, había cambiado la afición que concibió al principio, en un odio profundo.

La tempestad que se cernía hacía ya algunas horas sobre la ciudad, descargó por fin. Gruesas gotas de agua y granizos comenzaron a caer en los terrados. Los relámpagos con su azufrosa y blanca luz, herían las armaduras de los caballeros, iluminaban sus fisonomías terribles, y entraban instantáneamente por una ventana estrecha a dar un lívido color al triste cuadro que presentaban el emperador y sus caciques, esperando silenciosos que se cumpliera su inexorable destino.

El padre Olmedo dijo una misa, a la que asistieron todos los capitanes y soldados; acabada, Cortés organizó la marcha, y a las doce de la noche del 1º de julio de 1520, en medio de una horrible tempestad, se abrieron las puertas de la fortaleza y abandonaron los españoles aquellas murallas, testigos de sus horribles padecimientos y su indómito valor. [7]

XII

—¿Qué haremos con los prisioneros? —preguntó uno de los oficiales a Cortés.

—Nunca será bien, si aun Dios nos tiene reservado el acabar esta empresa, que quede con vida el que ha sido el rey de estos idólatras, ni ninguno de los que se llaman nobles o caciques. ^[8]

Tonatiuh con un semblante torvo se presentó en el salón donde estaba Moctezuma y sus nobles, alumbrado escasamente y a intervalos por una hoguera de ocote medio apagada.

—Acabad con estos bárbaros que tratan todavía de sacrificarnos, y echadlos por la azotea a la calle, sobre la Tortuga de piedra, para que toda la ciudad se entretenga, y cerciorados los indios de que están muertos, no nos estorben el paso.

Los indios se estremecieron y quisieron huir; ¿adónde? Se pusieron en pie y esperaron la muerte resueltamente. El emperador apenas levantó la cabeza.

Los soldados sacaron los estoques y comenzaron a herir a todos los que allí estaban. A Moctezuma le dieron cinco puñaladas. ^[9] Concluida la matanza sacaron los cadáveres y los arrojaron por la azotea sobre la gran Tortuga, que estaba en la esquina de la fortaleza, y se incorporaron al resto de la tropa que avanzaba lentamente entre la lluvia y las tinieblas, resbalando en el lodo y en la sangre de las calles.

Manuel Payno

XICOTÉNCATL

Atravesaba el pequeño ejército de Hernán Cortés la soberbia muralla de Tlaxcala que defendía la frontera oriental de aquella indómita república.

Los soldados se detenían mirando con asombro aquel monumento gigantesco, que según la expresión de Prescott «tan alta idea sugería del poder y fuerza del pueblo que le había levantado». Pero aquel paso, aquella fortaleza, cuya custodia tenían encargada los otomíes, estaba entonces desguarnecida. El general español se puso a la cabeza de su caballería, e hizo atravesar por allí a sus soldados, exclamando lleno de fe y entusiasmo: «Soldados, adelante, la Cruz es nuestra bandera, y bajo esta señal venceremos»; y los guerreros españoles hollaron el suelo de la libre república de Tlaxcala. ^[10]

El ejército español y sus aliados los zempoaltecas caminaban ordenadamente; Cortés con sus jinetes llevaba la vanguardia; los zempoaltecas la retaguardia. Aquella columna atravesando la desierta llanura, parecía una serpiente monstruosa con la cabeza guarnecida de brillantes escamas de acero, y el cuerpo cubierto de pintadas y vistosas plumas.

Cortés caminaba pensativo: el tenaz fruncimiento de su entrecejo indicaba su profunda meditación: mil encontradas ideas y mil desacordes pensamientos debían luchar en el alma de aquel osado capitán, que con un puñado de hombres se lanzaba a acometer la empresa más grande que registra la historia en sus anales.

Reinaba el silencio más profundo en la columna, y sólo se escuchaba el ruido sordo y confuso de las pisadas de los caballos.

De cuando en cuando, Cortés se levantaba sobre los estribos y dirigía ardientes miradas, como intentando descubrir algo a lo lejos: así permanecía algunos momentos, nada alcanzaba a ver, y volvía silenciosamente a caer en su meditación.

¿Qué esperaba, qué temía aquel hombre que procuraba así sondear los dilatados horizontes? Esperaba la vuelta de sus embajadores: temía la resolución del gobierno de la república de Tlaxcala.

Cuando Cortés determinó pasar con su ejército a la capital del imperio de Moteuczóma, vaciló sobre el camino que debía llevar; era su intención dejar a un lado la república de Tlaxcala y tomar el camino de Cholula, país sometido al imperio de México y en donde esperaba encontrar favorable acogida, por las relaciones de amistad que le unían ya con el emperador Moteuczóma.

Pero sus aliados los zempoaltecas le aconsejaron otra cosa. Tlaxcala era una república independiente y libre; sus hijos, belicosos e indomables, no habían consentido nunca el yugo del imperio azteca, vencedores en las llanuras de Poyauhtlan: vencedores de Axayácatl, y vencedores después de Moteuczóma, el amor a su patria les había hecho invencibles y les constituía irreconocibles enemigos de los mexicanos: los zempoaltecas aconsejaron a Cortés que procurase hacer alianza con los de Tlaxcala, abonando encarecidamente el valor y la lealtad de aquellos hombres.

Comprendió Cortés que sus aliados tenían razón, y tomó decididamente el camino a Tlaxcala, enviando delante de sí como embajadores a cuatro zempoaltecas para hablar al senado de Tlaxcala,

con un presente marcial que consistía en un casco de género carmesí, una espada y una ballesta, y portadores de una carta en la que encomiaba el valor de los tlaxcaltecas, su constancia y su amor a la patria, y concluía proponiéndoles una alianza, con objeto de humillar y castigar al soberbio emperador de México.

Los embajadores partieron; Cortés continuó su camino, atravesó la gran muralla tlaxcalteca y penetró en el terreno de la república, sin que aquéllos hubieran vuelto a dar noticias de su embajada.

El ejército español avanzaba con rapidez; el general seguía cada momento más inquieto: por fin no pudo contenerse, puso al galope a su caballo, y una partida de jinetes le imitó, y algunos peones aceleraron el paso para acompañarle; así caminaron algún tiempo explorando el terreno: de repente alcanzaron a ver una pequeña partida de indios armados que echaban a huir cuando vieron acercarse a los españoles: los jinetes se lanzaron en su persecución, y muy pronto alcanzaron a los fugitivos; pero éstos, en vez de aterrorizarse por el extraño aspecto de los caballos, hicieron frente a los españoles y se prepararon a combatir.

Aquel puñado de valientes hubiera sido arrollado por la caballería, si en el mismo momento un poderoso refuerzo no hubiera aparecido en su auxilio.

Los españoles se detuvieron, y Cortés envió uno de su comitiva para avisar a su ejército que apresurase la marcha. Entretanto los indios, disparando sus flechas, se arrojaron sobre los españoles, procurando romper sus lanzas y arrancar a los jinetes de los caballos; dos de éstos fueron muertos en aquella refriega, y degollados para llevarse las cabezas como trofeos de guerra.

Rudo y desigual era el combate, y mal lo hubieran pasado los españoles que allí acompañaban a Cortés, a no haber llegado en su socorro el resto del ejército: desplegóse la infantería en batalla, y las descargas de los mosquetes y el terrible estruendo de las armas de fuego que por primera vez se escuchaba en aquellas regiones, contuvieron a los enemigos que retirándose en buen orden y sin dar muestra ninguna de pavor, dejaron a los cristianos dueños del lugar del combate.

Sobre aquel terreno se detuvieron los españoles, acampando, como señal del triunfo, sobre el mismo campo de batalla.

Dos enviados tlaxcaltecas y dos de los embajadores de Cortés se presentaron entonces para manifestar, en nombre de la república, la desaprobación del ataque que habían recibido los españoles, y ofreciendo a éstos que serían bien recibidos en la ciudad.

Cortés creyó o fingió creer en la buena fe de aquellas palabras: cerró la noche y el ejército se recogió, sin perderse un momento la vigilancia.

Amaneció el siguiente día, que era el 2 de septiembre de 1519, y el ejército de los cristianos, acompañado de tres mil aliados, se puso en marcha, después de haber asistido devotamente a la misa que celebró uno de los capellanes.

Rompían la marcha los jinetes, de tres en fondo, a la cabeza de los cuales iba como siempre el denodado Cortés.

No habían avanzado aún mucho terreno, cuando salieron a su encuentro los otros dos zempoaltecas, embajadores de Cortés, anunciándole que el general Xicoténcatl les esperaba con un poderoso ejército y decidido a estorbarles el paso a todo trance.

En efecto, a pocos momentos una gran masa de tlaxcaltecas se presentó blandiendo sus armas y lanzando alaridos guerreros.

Cortés quiso parlamentar, pero aquellos hombres nada escucharon, y una lluvia de dardos, de piedras y de flechas, vino a rebotar, como única contestación, sobre los férreos arneses de los españoles.

«Santiago y a ellos», gritó Cortés con ronca voz, y los jinetes bajando las lanzas arremetieron a aquella cerrada multitud.

Los tlaxcaltecas comenzaron a retirarse: los españoles, ciegos por el ardor del combate, comenzaron a perseguirlos, y así llegaron hasta un desfiladero cortado por un arroyo, en donde era imposible que maniobrasen la artillería ni los jinetes.

Cortés comprendió lo difícil de su situación, y con un esfuerzo desesperado logró salir de aquella garganta y descender a la llanura.

Pero entonces sus asombrados ojos contemplaron allí un ejército de tlaxcaltecas, que su imaginación multiplicaba: era el ejército de Xicoténcatl que esperaba con ansia el momento del combate.

Sobre aquella multitud confusa se levantaba la bandera del joven general; era la enseña de la casa de Tittcala, una garza sobre una roca, y las plumas y las mallas de los combatientes, amarillas y rojas, indicaban también que eran los guerreros de Xicoténcatl.

Sonaron los teponaxtles, se escuchó el alarido de guerra y comenzó un terrible combate.

Era Xicoténcatl, el jefe de aquel ejército, un joven hijo de uno de los ancianos más respetables entre los que componían el senado de Tlaxcala.

De formas hercúleas, de andar majestuoso, de semblante agradable, sus ojos negros y brillantes parecían penetrar, en los momentos de meditación del caudillo, los oscuros misterios del porvenir, y sobre su frente ancha y despejada no se hubiera atrevido a cruzar nunca un pensamiento de traición, como un pájaro nocturno no se atreve nunca a cruzar por un cielo sereno y alumbrado por la luz del día.

Xicoténcatl era un hermoso tipo; su elevado pecho estaba cubierto por una ajustada y gruesa cota de algodón sobre la que brillaba una rica coraza de escamas de oro y plata; defendía su cabeza un casco que remedaba la cabeza de un águila cubierta de oro y salpicada de piedras preciosas, y sobre el cual ondeaba un soberbio penacho de plumas rojas y amarillas: una especie de tunicela de algodón bordada de leves plumas, también rojas y amarillas, descendía hasta cerca de la rodilla; sus nervudos brazos mostraban ricos brazaletes, y sobre su robusta espalda descansaba un pequeño manto, formado también de un tejido de exquisitas plumas.

Llevaba en la mano derecha una pesada maza de madera erizada de puntas de *iztli*, y en el brazo izquierdo un escudo, en el que estaban pintadas como divisa las armas de la casa de Tittcala, y del cual pendía un rico penacho de plumas. Xicoténcatl, con ese fantástico y hermoso traje, hubiera podido tomarse por uno de esos semidioses de la mitología griega: todo el ejército tlaxcalteca le obedecía, y era él el alma guerrera de aquella república, la encarnación del patriotismo y del valor; y era él, el que despreciando las fabulosas consejas que hacían de los españoles divinidades invencibles e hijos del sol, conducía las huestes de la república al encuentro de aquellos extranjeros, despreciando los cobardes consejos del viejo Maxixcatzin que quería la paz con los cristianos, y sin intimidarse de que éstos manejaban el rayo y caminaban sobre monstruos feroces y desconocidos.

El choque fue terrible: un día entero duró aquel combate, y Xicoténcatl, que había perdido en él

ocho de sus más valientes capitanes, tuvo que retirarse, pero sin creer por esto que había sido vencido, y esperando el nuevo día para dar una nueva batalla.

Cortés recogió sus heridos, y sin pérdida de tiempo continuó su marcha hasta llegar al cerro de Tzompatchépetl, en cuya cima un templo le prestó asilo para el descanso de aquella noche.

Los soldados cristianos y sus aliados celebraban la victoria. Cortés comprendió lo efímero del triunfo. La inquietud devoraba su pecho.

Se dio un día de descanso a las tropas.

Xicotécatl acampó también muy cerca de Cortés, y se preparaba, lo mismo que los españoles, a combatir de nuevo.

Sin embargo, el general español quiso probar aún la benignidad y los medios de conciliación, enviando nuevos embajadores a proponer a Xicotécatl un armisticio.

Los embajadores volvieron con la respuesta del joven caudillo: era un reto a muerte y una amenaza de atacar al siguiente día los cuarteles.

Cortés reflexionó que su situación era comprometida, y decidió salir a buscar en la mañana siguiente a los tlaxcaltecas.

Brilló la aurora del 5 de septiembre de 1519. El sol apareció después puro y sereno, y a su luz comenzaron a desfilar peones y jinetes.

Su marcha era ordenada y silenciosa como de costumbre: cada uno de los soldados esperaba el combate de un momento a otro, y todos sabían ya que su valeroso general los llevaba a atacar resueltamente el campamento del ejército de Xicotécatl.

Apenas habrían caminado un cuarto de legua, cuando aquel ejército apareció a su vista en una extendida pradera.

El espectáculo era sorprendente.

Un océano de plumas de mil colores que ondulaban a merced del fresco viento de la mañana, y entre el que brillaban como las fosforescencias del mar en una noche tempestuosa, los arneses de oro y plata y las joyas preciosas de los cascos de los guerreros tlaxcaltecas heridos por la luz del nuevo día.

En el horizonte, perdiéndose entre la bruma las banderas y pendones de los distintos caciques otomíes y tlaxcaltecas, y dominándolo todo, orgullosa, el águila de oro con las alas abiertas, emblema de la indómita república.

Al presentarse el ejército de Cortés, aquella multitud se estremeció, y un espantoso alarido atronó los vientos, y los ecos de las montañas lo repitieron confusamente.

El monótono sonido de los teponaxtles contestó aquel alarido de guerra: los guerreros indios se agitaron un momento, y después, como un torrente que se desborda, aquella muchedumbre se lanzó sobre los españoles.

No hubo uno solo de aquellos valientes pechos castellanos que no sintiera un estremecimiento de pavor.

El ejército de Xicotécatl avanzaba rápidamente levantando un inmenso torbellino de polvo, que flotaba después sobre ambos ejércitos, como un dosel, al través del cual cruzaban tristes y amarillentos los rayos del sol.

Aquella era una hirviente catarata de hombres, de armas, de plumas, de joyas y de estandartes.

Levantóse un rugido como el de una tempestad: los gritos de los combatientes que se miraban a cada momento más cerca, se mezclaban con el estrépito de las armas de fuego, el silbido de las flechas, los sonidos de los teponaxtles y de los pífanos y de los atabales.

Los dos ejércitos se encontraron, y se estrecharon y se enlazaron como dos luchadores.

Pasó entonces una escena espantosa, indescriptible.

Ni los caballos ni los infantes podían maniobrar.

Se escuchaban los golpes sordos de los aceros de los españoles sobre el desnudo pecho de los indios, y como el ruido del granizo que azota una roca, el golpe de las flechas sobre las armaduras de hierro de los soldados de Cortés.

Aquella carnicería no puede ni explicarse ni comprenderse.

Las balas de los cañones y de los arcabuces se incrustaban en una espesa muralla de carne humana, y la sangre corría como el agua de los arroyos.

Era una especie de hervor siniestro de combatientes que se alzaban y desaparecían unos bajo los pies de los otros, para convertirse en fango sangriento.

La traición vino en ayuda de los españoles, y un cacique de los que militaban a las órdenes de Xicoténcatl huyó llevándose diez mil combatientes, y la victoria se decidió por los cristianos.

El pueblo y senado de Tlaxcala se desalentaron con la derrota. Xicoténcatl sintió en su corazón avivarse el entusiasmo y el amor a la patria.

Las almas grandes son como el acero: se templan en el fuego.

Xicoténcatl contaba con el sacerdocio, y los sacerdotes dijeron al pueblo y al senado que los cristianos protegidos por el sol, debían ser atacados durante la noche.

Y el pueblo y el senado creyeron.

Llegó la noche, y Xicoténcatl condujo sus huestes al ataque de los cuarteles de los españoles.

Cortés velaba, y entre las sombras miró las negras masas del ejército tlaxcalteca que se acercaban, y puso en pie a sus soldados.

Xicoténcatl llegó hasta el campo atrincherado de los españoles: un paso los separaba ya, cuando repentinamente una faja de luz ciñó el campamento, y el estampido de las armas de fuego despertó el eco de los montes.

Los tlaxcaltecas atacaban con furor; pero en esta vez como en otras, los cañones y los arcabuces dieron la victoria a Cortés.

El senado de Tlaxcala culpó la indomable constancia del joven caudillo, y le obligó a deponer las armas.

Los españoles entraron triunfantes a Tlaxcala.

El águila de aquella república lanzó un grito de duelo y huyó a las montañas.

El senado de la república, que nada había hecho en favor de la independencia de la patria, temeroso del enojo de los conquistadores, destituyó al joven caudillo; pero el espíritu grande de Hernán Cortés sintió lo profundamente ingrato de la conducta del senado, e interpuso su valimiento para que Xicoténcatl fuese restituido en sus honores.

Eran los primeros días de marzo de 1521. Cortés volvía sobre la capital del imperio azteca, de donde había salido fugitivo y casi derrotado en la célebre Noche Triste, con un ejército poderoso

compuesto de españoles y aliados, como se llamaban a los naturales del país.

En las filas de los tlaxcaltecas circulaban noticias alarmantes. Xicoténcatl había desaparecido del campo, y según la opinión general, aquella separación era proveniente del maltrato que los españoles daban a sus aliados, y sobre todo del odio que Xicoténcatl profesaba a esta alianza.

Diose la orden para que los tlaxcaltecas se dirigieran para Tlacopan con objeto de comenzar las operaciones del sitio, y los tlaxcaltecas emprendieron el camino, dejando a la ciudad de Texcoco, en donde sin saber para quién, pero con gran terror, habían visto preparar una gran horca.

Estamos en Texcoco.

El sol se ponía detrás de los montes que forman como un engaste a las cristalinas aguas del lago: la tarde estaba serena y apacible.

Por el camino de Tlaxcala llegaba un grupo de peones y jinetes conduciendo en medio de sus filas a un prisionero, que caminaba tan orgullosamente como si él viniera mandando aquella tropa.

Atravesaron sin detenerse algunas de las calles de la ciudad, y se dirigieron sin vacilar a la gran horca colocada cerca de la orilla del lago.

El prisionero miró la horca: comprendió la suerte que le esperaba, pero no se estremeció siquiera.

Porque aquel hombre era Xicoténcatl, y Xicoténcatl no sabía temblar ante la muerte.

Los españoles le notificaron su sentencia: debía morir por haber abandonado sus banderas, por haber dado este mal ejemplo a los fieles tlaxcaltecas.

Xicoténcatl, que comenzaba ya a comprender el español, contestó la sentencia con una sonrisa de desprecio.

Entonces se arrojaron sobre él y le ataron.

La pálida y melancólica luz de la luna que se ocultaba en el horizonte, rielando sobre la superficie tranquila de la laguna, alumbró un cuadro de muerte.

El caudillo de Tlaxcala, el héroe de la independencia de aquella república, expiraba suspendido de una horca, al pie de la cual los soldados de Cortés le contemplaban con admiración.

A lo lejos, algunos tlaxcaltecas huían espantados, porque aquel era el patíbulo de la libertad de una nación.

Vicente Riva Palacio

CUAUHTÉMOC

I

LOS TRES REYES

Poco tiempo después de la salida de los españoles en la memorable Noche Triste, se comenzó a notar en los barrios de la ciudad una horrorosa enfermedad, antes desconocida entre los aztecas. Los médicos hacían uso de cuantas plantas benéficas conocían, y de cuantos sortilegios les sugería la superstición, y todo era ineficaz. Los jóvenes y los niños eran atacados repentinamente de unas pústulas rojas que se sobreponían en el cuerpo las unas a las otras, como los botones de una piña, y en breve tiempo los ojos, las narices, la boca, los carrillos no formaban sino un conjunto deforme, rojo y candente, como si con un fierro ardiendo hubiesen los verdugos marcado a la víctima. La mayor parte morían a los cuatro o cinco días devorados por una fiebre ardiente, y dejando en el lecho los pedazos de sus carnes. Eran las viruelas, que como el primero y más funesto presente de Europa, regalaba a la raza indígena, un negro que vino entre las gentes de Pánfilo de Narváez.

Después de la catástrofe de Moctezuma, los mexicanos se apresuraron a elegir emperador, y recayó el mando en su hermano Cuitláhuac, bravo joven que había reasumido el mando de las fuerzas aztecas desde la matanza que hizo Alvarado en el templo mayor, y vencido a Hernán Cortés, arrojando a los enemigos de la ciudad. Cuando se proponía levantar un gran ejército y marchar tal vez al encuentro de los españoles, que desalentados y casi perdidos se habían refugiado en la república de Tlaxcala, fue atacado de las viruelas y murió después de un corto reinado. Igual suerte le tocó al rey de Tlacopan. Los aztecas lloraron sobre los cadáveres de sus soberanos y les tributaron los honores fúnebres que eran de costumbre. La población estaba verdaderamente consternada.

A estas circunstancias y al indomable valor que había mostrado en los últimos combates, debió Cuauhtémoc su elevación, y fue elegido emperador. Era hijo del rey Ahuízotl y de una princesa heredera del señorío de Tlatelolco. Tenía de 20 a 23 años; era gallardo y bien proporcionado; sus ojos negros y rasgados denotaban a la vez que una dulce melancolía una fuerza y una energía indomables. Tenían algo de la belleza del ojo del ciervo y del orgullo y resolución de la mirada del águila. Su tez era aterciopelada y más blanca que morena; su cabellera, negra como el ébano, que le caía hasta los hombros, engastaba aquella fisonomía juvenil y guerrera, que era el tipo perfecto y acabado de la raza noble del Nuevo Mundo. A las funciones de general del ejército reunía Cuauhtémoc las de sumo sacerdote, y esto hacía que los aztecas le mirasen como una divinidad.

La noticia de su elección voló de boca en boca por toda la tierra mexicana, y olvidando por un momento la peste y las pasadas calamidades, la ciudad se cubrió de gente, todas las casas fueron adornadas con arcos de flores, y nadie pensó sino en la ceremonia de la coronación, creyendo también que los dioses habían ya mitigado su enojo y que la abundancia y la victoria habían de borrar en lo futuro las plagas que habían caído sobre la reina del Anáhuac con la venida de los terribles hijos del sol.

Una mañana, bajo un cielo azul y diáfano que dejaba ver los pueblos lejanos que se reflejaban en las aguas del lago, las altas montañas y los frondosos y alegres bosques de cedros de que estaba entonces circundada la capital, una numerosa procesión atravesaba la ancha calle principal y se

dirigía al templo mayor. Era este templo un conjunto de edificios, de torres y de capillas, cercado por una barda de piedra donde estaban enroscadas, formando una cornisa, horribles serpientes de granito, y las almenas coronadas con cráneos humanos, formando con los huecos oscuros de sus ojos y de sus narices, hileras fantásticas que parecían repentinamente animarse y devorar a los que pretendían poner el pie en el santuario de la sanguinaria deidad. En el centro se elevaba una gran pirámide orientada a los cuatro puntos cardinales, y una escalera casi vertical de cien escalones conducía a la plataforma. Cerca estaban unas grandes piedras convexas llenas de figuras deformes, y en una torre principal de madera, encerrada la imagen horrenda del dios de la guerra.

Los sacerdotes, vestidos con sus luengas capas de color sombrío, manchadas de sangre, y sus largos cabellos en desorden, iban delante. Seguían diez doncellas nobles con ramos de juncos rojos en las manos. Luego diez mancebos con incensarios, de donde se elevaban blancas columnas de humo oloroso. Después la nobleza y al último sobresalía, como la alta montaña entre las pequeñas colinas, el gallardo emperador de los aztecas, con la rica vestidura real, recamada de figuras de oro y de verdes y vistosos chalchihuites. En la cabeza llevaba la mitra o diadema real de los emperadores aztecas. A su derecha iba Cohuanacoxtzin, rey de Texcoco, y a su izquierda Tettlepanquetzal, rey de Tlacopan.

A los tres reyes seguían los prisioneros de guerra, españoles, tlaxcaltecas, cholultecas y huexotzingas, que habían sido cogidos en la Noche Triste y que estaban reservados para el sacrificio. Los españoles caminaban desnudos, con una corona de vistosas plumas en la cabeza y unos abanicos en la mano. Se distinguían por la blancura de su piel y por las barbas largas y espesas, que daban a su fisonomía un aire imponente. De tiempo en tiempo esta procesión se detenía, y se hacía danzar a los prisioneros. Cuando los españoles se resistían, se les obligaba hincando en sus carnes algunas espinas de maguey o puntas de pedernal. Así fue subiendo las difíciles gradas del templo toda la numerosa concurrencia, hasta que llegó a la plataforma. Los prisioneros se colocaron en dos hileras a los lados de la piedra de sacrificios. Los tres reyes entraron al templo de *Huitzilopoztli*, cuya fisonomía deforme estaba cubierta con una máscara de oro macizo.

Los sacerdotes desnudaron a los reyes, los vistieron con una especie de túnica (*xicolli*) que tenía figurados con pintura calaveras y huesos de muerto, les pusieron una calabaza llena de tabaco en las espaldas, con tres borlas verdes, en la mano izquierda un saco con incienso blanco y en la derecha un incensario. La cara y la cabeza se las cubrieron con un velo verde. Así se acercaron al dios, y los reyes comenzaron a incensarlo, mientras el numeroso pueblo reunido en la plataforma y en los patios, hacía un ruido disonante y confuso con cornetas, tambores y otros instrumentos. Acabada la ceremonia, los reyes vistieron de nuevo sus mantos reales, y acompañados de cuatro senadores y de los sacerdotes, descendieron las gradas y entraron en la casa que llamaban *Tlaco Chalco*, donde durante cuatro días deberían ayunar y hacer penitencia.

El sacrificio comenzó en seguida, pues era la costumbre en la coronación de un nuevo rey, ofrecer al dios de la guerra todos los prisioneros. Los españoles, cuando vieron aproximarse a los terribles sacerdotes, se estremecieron, se miraron significándose una despedida eterna, y algunas gotas de un sudor frío cayeron por sus mejillas moradas y huecas, como si la muerte hubiera ya arrojado su helado soplo en sus semblantes. Cuatro sacerdotes se apoderaron de un prisionero y le condujeron a la piedra convexa, acostándole en ella y sujetándole fuertemente los pies y las manos.

El sacrificador, con una navaja de obsidiana le hizo una profunda herida en el costado izquierdo, metió por ella la mano profunda y sacó entre borbotones de sangre el corazón caliente y humeante de la víctima, y entró a ofrecerlo al dios de la guerra, mientras los otros desbarrancaban el cadáver, que hecho pedazos era recibido en el patio por otros sacerdotes. Lo mismo que se hizo con un prisionero se hizo con todos los demás, y ya muy entrada la noche todavía le ofrecían corazones al incansable bebedor de sangre humana, que inmóvil, con su gran boca sombría, parecía entre la oscuridad alentar desde su frío altar de piedra el incansable furor de los sátrapas. A los españoles se les cortó en pedazos: las piernas y los brazos fueron enviados a las provincias, con estas palabras, que pronunciaban como una amenaza los oficiales aztecas: «Estos son los hijos del sol.» Sus cabezas fueron clavadas en las almenas de las torres, y aquellos ojos abiertos y contraídos al tiempo de morir por el dolor, parecían volverse a Tlaxcala, reclamando el amparo del conquistador. Luego que el joven emperador salió de la casa de retiro y cumplió con todas las ceremonias religiosas, se dirigió a su palacio, y allí con los reyes, los senadores y los ancianos caciques tuvo un solemne consejo.

—El Malinche y nuestros eternos enemigos de Tlaxcala se preparan a hacernos de nuevo la guerra —les dijo—, y yo, el día que he recibido la corona del imperio, he prometido en mi corazón defender la tierra de mis padres y de mis dioses, y morir antes que sufrir el yugo de los extranjeros.

Los reyes y los nobles prorrumpieron en un grito de entusiasmo y juraron también ayudar al monarca y perecer en la guerra.

A los ocho días la peste había disminuido sus estragos; la tristeza y la zozobra habían desaparecido; algunas palomas blancas que habían atravesado por los terrados del palacio, habían infundido el ánimo y la alegría en la ciudad. Más de cincuenta mil hombres trabajaban de día y de noche, los unos construyendo flechas, macanas y escudos, los otros profundizando los canales, los demás estableciendo fortificaciones en la ciudad. El emperador personalmente recorría las maestranzas, mandaba reparar los daños hechos en la anterior campaña por los españoles, ordenaba que se limpiasen los canales y se quemasen los muertos y que se hiciese un gran acopio de maíz en los almacenes reales. Mandó embajadores y oficiales a todas las provincias, con proposiciones de paz y promesas lisonjeras, manifestando que si la raza azteca no se unía para arrojar a los enemigos extranjeros, todos serían víctimas y esclavos. En poco tiempo el reino, abatido y casi al perecer, volvió a cobrar ánimo y se dispuso a recibir resuelta y valientemente a los enemigos.

II EL SITIO Y EL ASALTO

Dos fuerzas, dos voluntades, dos derechos, dos razas iban próximamente a chocar, y de este choque debería resultar un río de sangre humana donde hubiera podido navegar un bergantín. La fuerza de Europa auxiliada por los descubrimientos del genio, contra la fuerza indígena sostenida por el indomable carácter del monarca; el derecho bárbaro de conquista contra el derecho eterno de la independencia; la raza caucásica contra la raza india, nueva hasta ese momento en la historia humana; el carácter de acero de Cuauhtémoc, contra el carácter de fierro del capitán más valiente del siglo. Tales eran los elementos que iban a entrar en acción y en un combate a muerte.

Ni la sangre ya vertida, ni la fuerza de los caballos, ni el estampido de la artillería, ni los

presagios, intimidaron el ánimo fuerte de Cuauhtémoc, como tampoco hicieron ni la más leve mella en el corazón valiente del conquistador español, ni los desastres de la Noche Triste ni los riesgos y aventuras de la empresa... Era la lucha nunca vista en la historia de dos hombres de tal tamaño, que parecía que su sombra imponente era más alta y de mayor volumen que los gigantes inmóviles de la cordillera del Anáhuac.

El día alegre y sagrado para todo el orbe cristiano, del nacimiento del Salvador del mundo del año de 1520, Cortés salió de nuevo con sus fuerzas de la república de Tlaxcala y se dirigió rumbo a México. El día último del año, al caer la tarde, las tropas invasoras entraban por las calles solas y tristes de Texcoco. Sus fuerzas se componían entonces de 86 caballos, 118 arcabuceros, 700 infantes, 3 cañones gruesos de fierro, 15 más pequeños y 18 quintales de pólvora, cosa de 25 mil hombres que la república de Tlaxcala había puesto a sus órdenes y 20 o 25 mil cholultecas y huexotzingas. Estas fuerzas, en el curso del tiempo se aumentaron a 200 mil hombres, y con esta tropa emprendió el sitio formal, y finalmente el asalto de la ciudad. Cuauhtémoc por su parte tenía cosa de 200 mil hombres de guerra dentro de la ciudad, y 150 mil en diversos pueblos que fueron o vencidos antes por los españoles o defecionaron por el influjo de Ixtlilxóchitl, bravo y terrible auxiliar, que fue, como se dice, el brazo derecho de Cortés en esta guerra. Luego que el capitán español tuvo listos sus bergantines y reconoció que podían obrar bien en el lago, comenzó formalmente el sitio cortando el agua de Chapultepec, impidiendo la entrada de víveres y atacando las calzadas para penetrar en la ciudad. Fue a los cinco meses de su llegada a Texcoco cuando ya decididamente organizó sus columnas. La primera división que debía ocupar Tlacopan, la confió al terrible Pedro de Alvarado. La segunda, que debía operar desde Coyoacán al centro, la mandaba Cristóbal de Olid, y la tercera, que debía situarse en Ixtapalapa, la confió a Gonzalo de Sandoval. Él se reservó el mando de la marina, pero después lo confirió a Rodríguez Villafuerte. La fuerza naval al servicio del conquistador se componía de 13 bergantines y cosa de 16 000 canoas. ^[11]

El primer combate de importancia fue en las aguas. Cortés pasó en un bergantín cerca de un gran peñón de piedra color de sangre que se levantaba solitario e imponente en medio del lago (el Peñón Viejo). Un alarido terrible se escuchó repentinamente, y una nube de dardos y de piedras cayeron en la embarcación. Cortés hizo anclar el bergantín, desembarcó con la tripulación y comenzó a subir por el escarpado cerro. Gruesas piedras rodaban arrastrando a los asaltantes, y las flechas y otras armas arrojadas no los dejaban avanzar. Después de una cruda fatiga y de perder mucha gente, los españoles subieron hasta la cumbre y mataron a todos los soldados, perdonando a las mujeres y a los niños que se habían refugiado allí creyendo que ese punto era inexpugnable. Cuando Cortés volvió a bordo, el lago estaba cubierto de canoas tripuladas por los mejores guerreros aztecas que avanzaban remando resueltamente. Un viento fresco hinchó las velas de la escuadra española, y los pesados barcos, surcando rápidos las aguas, echaron a pique las canoas. La artillería y la fusilería completaron la obra de destrucción, y pocos momentos después flotaban en las ondas los cadáveres y los restos y destrozos de las piraguas. Los indios que se cogieron prisioneros fueron ahorcados en los palos y en la jarcia de los bergantines que se retiraron a su fondeadero, balanceándose entre las brumas del crepúsculo los cadáveres de los guerreros aztecas, todavía adornados con sus vistosos penachos de plumas y sus vestiduras bordadas de vivos colores. Alvarado y Olid por su parte penetraron por las calzadas, tomaron varias albarradas y destruyeron algunas casas.

Cuauhtémoc era incansable, no dormía de noche, y en medio del silencio reparaba todos los daños que en el día habían hecho los enemigos, y procuraba sorprenderlos en las horas de silencio y de reposo. Cortés, que tenía acampadas sus tropas a la intemperie, resolvió dar un asalto, y en esta ocasión tuvo la condescendencia de dejarse guiar por un plan que le propuso el tesorero Julián de Alderete. Las columnas se organizaron, y Cortés, pie a tierra, se puso a la cabeza de la infantería. Atacadas sucesivamente por los españoles las fortificaciones aztecas, cedían después de una corta resistencia. Así fueron penetrando hasta el interior, y Alderete el primero estaba cerca del gran mercado de Tlatelolco. Cortés reflexionó y se alarmó: era una celada en que habían caído sus tropas, y no había ya remedio. En efecto, repentinamente se escucha la corneta terrible de Cuauhtémoc, que sonaba desde lo alto de un *teocalli*. Los mexicanos, como la avalancha de un volcán, como las olas de un mar enfurecido, se precipitaban sobre los enemigos, pelean cuerpo a cuerpo, se revuelven, se matan, se arrojan a los canales, y desde las azoteas las mujeres, lanzando alaridos terribles, arrojan piedras y proyectiles sobre los combatientes. Una masa sangrienta y confusa de hombres, empujada por otra, caía en el lago, y así sucesivamente, sin que fuera posible ya ni huir ni resistir, ni aun pelear contra masas tan compactas que eran lanzadas con una fuerza irresistible. Cortés fue cogido por seis guerreros y derribado por tierra; procuraban asegurarlo para presentarle como el más grande trofeo al emperador. Cristóbal de Olea y un jefe tlaxcalteca acudieron y salvaron al capitán. Olea murió en el combate, y Cortés con mil peligros y trabajos logró llegar al extremo de la calle de Tlacopan, donde ordenó se hiciese un vivo fuego de artillería para proteger la retirada y reunir los dispersos. Los españoles quedaron completamente derrotados.

En la tarde, con la viva luz de un crepúsculo rojo y gualda, los españoles pudieron ver desde su campamento una larga procesión donde se distinguían sesenta y dos españoles desnudos que subían las gradas sangrientas del templo para ser enseguida sacrificados. En la noche se encendieron luminarias en las plataformas de los templos y en las azoteas de las casas, y una multitud frenética recorría las calles con teas encendidas, bailando y entonando cantos de guerra.

Los españoles veían mudos, llenos de espanto y con la mecha encendida en la mano estas escenas, y su corazón fuerte temblaba pensando que quizá tendrían igual suerte que sus compañeros.

Cuauhtémoc permanecía grave, callado, triste quizá, en lo alto de su palacio. Había rechazado todas las propuestas de paz que le había hecho Cortés. La guerra no estaba concluida con esta derrota. Cortés estaba vivo, y la hambre y la peste devoraban ya a la ciudad. Los cadáveres estaban amontonados y hediondos en las casas y calles: las gentes vivas discurrían a los pocos días de esta victoria como sombras en las calles, arrancando las cortezas de los árboles, cazando a las sabandijas para mantenerse, y saciando la sed que les producía la fiebre y las heridas en las aguas cenagosas y sangrientas de los canales.

Los grandes y negros ojos de Cuauhtémoc se humedecieron un momento: su corazón vaciló ante los ruegos de unos nobles a quienes Cortés había enviado a rogarle con la paz, pero se repuso inmediatamente, y con voz resuelta dijo: «No, no; todos debemos perecer defendiendo nuestro honor, nuestros dioses y nuestra ciudad.» La guerra y el hambre continuaron.

Cortés por su parte, repuesto de la derrota y con auxilio de nuevos aliados, se propuso terminar el largo sitio y apoderarse, si no de la ciudad, al menos de los escombros.

Un día Cuauhtémoc vio desde la torre del templo de Tlatelolco su ruina; pero su ánimo no

desfalleció ni un momento.

Cincuenta mil hombres se ocupaban de demoler calles enteras. La artillería las batía primero, y después los aliados con grandes maderos acababan de destruir las casas, derribando los techos sobre los heridos, los niños y las mujeres que estaban dentro, y robando las telas y objetos que encontraban. Los lloros y los alaridos subían a los cielos. El ruido hueco y retumbante de la artillería acallaba a intervalos los lamentos. Cuauhtémoc personalmente salía a combatir y a contestar la destrucción: los soldados, sin fuerzas por el hambre y la sed, se arrojaban sobre los enemigos, pero eran recibidos por las espadas y lanzas de los destacamentos españoles que protegían esta destrucción. Así que con los escombros se llenaron los canales, y Cortés concibió que tenía terreno donde retirarse y donde maniobrarse la caballería, emprendió un ataque simultáneo y terrible. Cuauhtémoc recibió nuevas propuestas de paz, y resuelto a defenderse hasta la última extremidad, no contestó sino con atacar de nuevo a los enemigos. Tomados los templos y los palacios y destruida en su mayor parte la ciudad, se retiró al barrio de Coyoacaxco y se embarcó allí en una gran canoa llamada la *Papantzin*, llevando a la princesa su mujer y a los reyes de Texcoco y Tlacopan. El tamaño de la embarcación, las ricas vestiduras de los que iban en ella y la velocidad con que remaban, llamó la atención. García de Holguín, que mandaba el más velero de los bergantines, dio caza a la canoa real, y en poco tiempo y ayudado del viento la abordó. Cuauhtémoc en pie dijo su nombre con voz entera, tiró sus armas y se entregó prisionero. «Haced de mí lo que queráis, pero respetad a la princesa», dijo a Holguín, y subió sereno y arrogante a la nave española. El 13 de agosto de 1521, día de San Hipólito y a la hora de vísperas, fue llevado ante el conquistador el último emperador de los aztecas, y ese día terminó para siempre la monarquía y la nacionalidad indígena, y comenzó la dominación de los reyes españoles. Los grandes sucesos de la historia mexicana han sido marcados por terribles fenómenos de la naturaleza. Esa noche comenzó a soplar un violento huracán, el *viento del infierno*, como le llamaban los aztecas. Los edificios demolidos acababan de caer, los fragmentos de las torres eran arrancados, y el lago furioso se salía de su seno, inundaba los barrios, y sus olas venían a estrellarse contra las ruinas. Los relámpagos alumbraban a la ciudad desolada, a los muertos sangrientos y los templos derribados, y después todo volvía a entrar en la oscuridad y el silencio. Cortés y Cuauhtémoc permanecieron mudos y aterrados ante esas fuerzas tremendas de la naturaleza que completaban la ruina de la más grande y más hermosa ciudad del Nuevo Mundo.

III

EL TESORO Y EL TORMENTO

Al día siguiente de la rendición de la capital, Cortés se retiró a Coyoacán, y los oficiales y soldados solemnizaron con un banquete donde hubo vinos y tocino que habían recibido, la espléndida pero sangrienta victoria que alcanzaron. En esa orgía tormentosa donde bebieron y jugaron y donde no faltaron las mujeres que habían robado en la ciudad saqueada y enteramente aniquilada por los aliados, se relajaron los resortes del respeto y de la subordinación, y la sed del oro se encendió con el estímulo de los licores. Deseaban oro y más oro y piedras preciosas a montones, y lo que habían recogido y tomado de las casas no era bastante. Supusieron que Cortés, de acuerdo con Cuauhtémoc,

a quien tenía prisionero en Coyoacán, había ocultado todos los tesoros para apropiárselos y defraudar a la tropa su parte y al rey el quinto que le correspondía. Al día siguiente amanecieron pasquines insultantes escritos en las paredes de las casas, y Julián de Alderete, con el carácter de tesorero de la Corona tomó la demanda por su cuenta.

—¿Sabéis, señor, lo que se dice entre nuestra gente? —dijo a Cortés antes de saludarle.

Cortés fingió no comprender nada y preguntó fríamente: «¿Qué se dice?»

—Se dice —prosiguió Alderete con firmeza y encarándose a Cortés—, que vuestra merced, de acuerdo con el Guatemuz, ha ocultado los inmensos tesoros de la corona azteca, y que...

—¡Por Santiago! —exclamó Cortés como buscando una arma—; yo cortaré la lengua a quien tal diga.

—Vos podéis cortar la lengua a vuestros soldados, pero no al tesorero del rey de España —contestó secamente Alderete descubriéndose y haciendo una profunda reverencia.

Cortés se dominó y replicó con una afectada amabilidad:

—Lo que se dice en efecto es grave; ¿pero qué hacer para acallar esas murmuraciones?

—Hay un medio que os justificará a los ojos de vuestros soldados y de su majestad. El Guatemuz debe tener escondidos esos tesoros. Pedídselos, y si no los entrega sujetadlo al tormento, y en último caso mandadlo ahorcar.

—No, nada de eso —contestó resueltamente Cortés—. Es mi prisionero y le he dado mi palabra, y un castellano jamás falta a ella.

—Se cumple la palabra que se da a un castellano, pero no la que se ofrece a un infiel y a un bárbaro. Acordaos del martirio de los sesenta y cuatro castellanos sacrificados en las aras del demonio.

—No —replicó Cortés secamente.

—Como gustéis —dijo Alderete cubriéndose la cabeza y retirándose—; pero acordaos de que un amigo os ha venido a tender una mano cuando estabais en el borde del abismo. Perderéis vuestra gloria y vuestra conquista, y apareceréis en España como un defraudador del rey, como un ladrón.

Cortés se puso pálido, se mordió los labios, y volviendo las espaldas dijo:

—Os entrego al Guatemuz, haced con él lo que os agrade.

Alderete salió con los ojos llenos de alegría, participó esta orden a los soldados, y no tardaron en encontrar el género de suplicio que debían dar al infortunado prisionero.

Llamaron al conciliábulo al *maestre* Juan que era el médico, a Murcia que era el boticario, al barbero Llerena y a otro llamado Santa Clara, y dispusieron una grande vasija de barro con aceite hirviendo. Fueron a la habitación que ocupaban los prisioneros, y sacaron a Cuauhtémoc y al rey de Tlacopan y los llevaron al patio de una casa donde había dispuestos unos maderos.

—¿Adónde está el tesoro de los emperadores? —les preguntó Alderete.

Cuauhtémoc vio aquel aparato aterrador, comprendió de lo que se trataba, sonrió tristemente y no contestó ni una sílaba a las interpretaciones de Alderete, el cual, furioso con este desprecio, ultrajó con palabras soeces al monarca. Los soldados se apoderaron de los reyes, los ataron fuertemente a los maderos, y el barbero comenzó a bañarles los pies con aquella resina hirviendo, mientras otro les acercaba unas teas encendidas.

—Señor, ¿no veis cómo sufro? —gritó retorciéndose el rey de Tacuba.

—¿Estoy acaso en un lecho de rosas? —contestó con firmeza el emperador azteca.

El rey de Tacuba se fortificó con esta heroica resolución de Cuauhtémoc, y los dos sufrieron el tormento sin exhalar un quejido. Tanta firmeza conmovió el pecho de los soldados, y los mismos que habían pedido el suplicio comenzaron a murmurar contra Alderete.

—No os canséis —dijo Cuauhtémoc—, que el que ha resistido la hambre, la muerte y la cólera de los dioses, no es capaz de humillarse ahora como una débil mujer: el tesoro de los reyes de México lo he hundido en la laguna cuatro días antes del asalto de la ciudad, y no le encontraréis jamás.

El padre Olmedo, a quien se había llamado para exhortar y amonestar a los reyes aztecas, no pudo contenerse, y salió, volviendo a poco en compañía de Cortés.

El capitán español contempló un momento aquellas nobles víctimas, dirigió una mirada terrible a los verdugos, y dijo con un acento que no admitía réplica: «Desatad a esos hombres y conducidlos con cuidado a su habitación. Que nadie sea osado de contradecir lo que yo mando.»

El tesoro se buscó en vano, y sólo se recogieron algunas frioleras en la laguna, y un sol de oro en un estanque. Cuando el poético lago de Texcoco se seque enteramente, el gran tesoro se encontrará. La sombra de los emperadores aztecas parece que le cuida todavía.

IV LOS TRES AHORCADOS

El año de 1525, Cristóbal de Olid se rebeló en las Hibueras. Cortés envió un oficial con alguna tropa; pero impaciente al no recibir ninguna noticia, se puso en camino con una fuerza, resuelto a castigar severamente al infiel capitán.

Atravesó el istmo de Tehuantepec, se dirigió por un camino lleno de ríos, de barrancas, de bosques oscuros donde no penetraban los rayos del sol, y de pantanos intransitables donde los caballos se hundían con todo y jinete. El hambre, la sed, los insectos y las eternas y desconocidas soledades acababan con las fuerzas físicas y con el ánimo de los soldados. Muchos exhalaban el último aliento en aquellas sombrías encrucijadas. Cortés no quería volver atrás, y la esperanza le anunciaba que pronto podría encontrar una población donde guarecerse y tomar guías que le condujesen a su destino. Su humor, sin embargo, no era de lo mejor, y él mismo sentía la fatiga y el desaliento algunas veces.

Así llegó al territorio de un reino que llamaban Acallan. Llevaba como siempre a su lado a Cuauhtémoc y a los dos reyes de Tacuba y Texcoco.

Una tarde, después de una fatigosa jornada, hicieron alto en un pueblecillo que nombraban Izancaxac. No había más que unas cuantas chozas sin techo y un teocalli arruinado. Ni un solo habitante ni un animal doméstico. Un bosque umbrío de altas ceibas aumentaba la tristeza de ese sitio. A Cortés le formaron una habitación en las ruinas del templo, y los reyes se alojaron a poca distancia en una choza de palmas. El resto de la tropa acampó como pudo en el bosque.

Cortés trató de recogerse, y sin saber la causa, no pudo conciliar el sueño, y se levantó y escuchó que los reyes platicaban alegremente, procurando consolarse de sus penas y fatigas. Esta alegría le hizo mal, le irritó de una manera terrible. Un bulto casi arrastrándose como si fuera un animal

deforme se deslizó por entre aquellas ruinas. Cortés fijó los ojos en aquella aparición y puso la mano en el puño de su espada, pero al sacarla reconoció a Cristóbal Mexicalcín.

—¿Qué quieres a estas horas? —le dijo severamente Cortés.

—Señor, los caciques y Cuauhtémoc tienen urdida una trama infernal: vos y todos los españoles que hay en la tierra, perecerán.

—¡Por Santiago! Esta era la plática y la alegría de esos perros —exclamó Cortés lleno de cólera; y lanzándose fuera de las ruinas penetró en la choza donde estaban los reyes, Cerván Bejaraño y Rodrigo Mañueco, que eran sus servidores y habían permanecido despiertos, se lanzaron detrás de él.

—Llamad —les dijo— al padre Varilla. Voy a ahorcar a estos bárbaros que han urdido una trama para matarnos, y no quiero que se pierda su alma.

Marina, que también le había seguido, quiso interceder por ellos, pero vio los ojos de Cortés llenos de furia y no se atrevió. Era nada más que una esclava.

Cuando Cuauhtémoc fue sacado de la cabaña por los soldados que Cortés había llamado para la ejecución, se volvió con una firmeza increíble y le dirigió la palabra. «Bien sabía, Malinche, lo que valían tus promesas, y tenía por seguro que recibiría la muerte de tus manos. Dios te pedirá cuenta de mi muerte.»

Los verdugos pusieron una cuerda al cuello del rey, y lo mismo hicieron con los de Tacuba y Texcoco, y los colgaron en unas altas ceibas.

Eran las tres de la mañana del segundo día de carnaval del año de 1525. La noche estaba serena y apacible, y las estrellas solas con sus tímidos rayos alumbraban melancólicamente esta misteriosa ejecución. Cortés se retiró cabizbajo y pensativo a su aposento. Allí permaneció un momento fijo y de pie como una estatua; pero le vino repentinamente un raptó de locura, de arrepentimiento quizá, midió a largos pasos la estancia y salió con la espada desenvainada a cortar los lazos corredizos donde pendían los cuerpos de los reyes. Era ya tarde: Cuauhtémoc y el rey de Tacuba estaban muertos. El de Texcoco cayó al suelo todavía con vida.

Al abandonar el pequeño ejército de Cortés al día siguiente el solitario pueblecillo, dos cadáveres se balanceaban al impulso de las brisas de la mañana. Los buitres formaban en la atmósfera círculos fantásticos, clavando sus ojos redondos y colorados en los cadáveres de los dos más poderosos monarcas del Nuevo Mundo.

Manuel Payno

RODRIGO DE PAZ

I

EN EL QUE SE REFIERE QUIÉN ERA RODRIGO DE PAZ, Y QUÉ PAPEL DESEMPEÑABA EN MÉXICO

El muy magnífico señor Hernán Cortés, gobernador y capitán general de la Nueva España, tenía necesidad de salir de México, con el objeto de sofocar y castigar la rebelión de Cristóbal de Olid.

Aquel viaje debía de ser largo y penoso: la distancia a que iba a encontrarse de la antigua capital del imperio azteca, haría muy difíciles las comunicaciones, y se necesitaba establecer un gobierno provisional que los intereses del rey, y la paz de la nueva colonia, atendiese y vigilase.

Incierto estuvo por algún tiempo el gobernador y capitán general, sobre a quién elegiría para encargo tan delicado, y sin poder fijarse definitivamente, porque conocía que entre los que le rodeaban había muchos, más afectos a las riquezas y a la tiranía, que amigos del buen gobierno y de la felicidad de los pueblos.

Por fin, urgido de la necesidad y apremiado por las circunstancias, hizo llamar al licenciado Alonso de Zuazo, al tesorero Alonso de Estrada y al contador Rodrigo de Albornoz, y los nombró gobernadores durante su ausencia.

El licenciado Zuazo era un antiguo amigo de Cortés y su asesor en los negocios del gobierno de la Nueva España, y Estrada y Albornoz habían llegado a México en 1524, enviados por el rey de España para componer el Tribunal de Cuentas, en unión de Gonzalo de Salazar, factor, y de Peralmindes de Chirino, veedor.

Cortés determinó llevar consigo a la expedición de las Hibueras, a Chirino y Salazar.

Una vez organizado el gobierno, quiso Hernán Cortés cuidar de su hacienda y dejarla encomendada a persona para él de toda confianza, y para esto eligió a Rodrigo de Paz, primo suyo, hombre de gran espíritu y de mucha influencia con el pueblo, y a quien invistió también con los cargos de regidor y alguacil mayor de la ciudad.

Rodrigo de Paz admitió con gusto las comisiones que le confiaba su primo, seguro de que esto le daría mayor prestigio y aumentaría el poder de que entonces gozaba.

Partió Cortés, y el licenciado Zuazo, Estrada y Albornoz tomaron posesión del gobierno como tenientes-gobernadores, asistiendo por primera vez al cabildo con el carácter de tales, el día 4 de noviembre de 1524. ^[12]

II

DE CÓMO LAS COSAS DEL GOBIERNO DE LA NUEVA ESPAÑA IBAN MAL, Y DE CÓMO CORTÉS LAS PUSO PEORES

Apenas se había alejado Cortés unas cuantas jornadas de México, cuando Estrada y Albornoz, que ya desde antes tenían entre sí motivos de rencor, se disgustaron completamente.

El nombramiento de un alguacil fue el aparente motivo de encenderse una disputa, en la que los ánimos predispuestos se exaltaron, y siguiendo la costumbre de aquellos tiempos en que las armas

entraban como parte de la razón en las cuestiones de los hombres de honor, los dos tenientes gobernadores echaron mano a los estoques, y en poco estuvo que la espada hubiera dirimido la competencia.

Logróse contenerlos, pero el escándalo había sido muy grande; y luego partieron correos avisando a Cortés las desavenencias que ocurrían en la ciudad.

Chirino y Salazar que acompañaban a Cortés, supieron casi al mismo tiempo que él lo ocurrido en México, y vieron en esto un medio de separarse de su lado y tornar a la capital.

Habían llegado a Coatzacoalcos, pero el camino era en extremo penoso y sembrado por todas partes de peligros.

Inmensas selvas, en donde los árboles seculares crecían tan cerca unos de otros que se confundían sus ramajes; traidores pantanos cubiertos con una engañosa capa de verdura, pero que estremeciéndose al soplo nomás de los vientos, tragaban al desgraciado que ponía en ellos su imprudente planta: vertiginosos precipicios en cuyo fondo se creía mirar de nuevo el firmamento, y que parecían a los espantados ojos de los españoles, como insondables vasos de roca, llenos de nubes y de tempestades: serpientes y monstruos hasta entonces desconocidos, esto era lo que encontraban por todas partes los que acompañaban a Cortés.

Las tempestades pasaban algunas veces sus alas de fuego sobre aquella naturaleza exuberante, y los robustos troncos de las ceibas se estremecían como una caña cimbradora, al soplo de los huracanes.

Por las noches aquellas selvas se poblaban de habitantes misteriosos; salían de ellas en espantoso concierto, aullidos siniestros, rugidos pavorosos, silbos y gritos aterradores y desconocidos, y cruzaban por los aires y entre las ramas y bajo la yerba, con fosfórica luz, millones de insectos de todos tamaños y figuras.

El melancólico rumor del viento entre las hojas se mezclaba algunas veces durante la noche al eco lejano de los torrentes, al mugido de la tormenta que se alzaba en el horizonte, a los sonoros tumbos de los mares.

Aquello era más sublime que lo que podían soportar las almas ruines de Salazar y de Chirino.

Anhelaban separarse de allí, y la nueva de los disturbios vino a presentarles una favorable oportunidad.

Instaron, rogaron y suplicaron a Cortés pidiéndole volver a México, representándole lo oportuna que sería su presencia en la capital, y los servicios tan importantes que podían prestar a los intereses de su majestad.

Cortés meditó aquella petición y accedió a la solicitud de Chirino y de Salazar.

Estrada, Albornoz, Salazar y Chirino, aunque eran en apariencia amigos de Cortés, le aborrecían secretamente, y procuraban desprestigiarle en la corte y hacerle caer de la gracia del emperador. Cortés lo sabía y lo conocía, por eso no sólo no puso dificultad ninguna en la vuelta de Chirino y de Salazar, sino que por el contrario les dio mandamiento asociándoles también al gobierno de la Nueva España.

Aquellos dos hombres que caminando de mala fe con Cortés, eran imprudentes testigos de sus acciones, dieron la vuelta para México, satisfechos y orgullosos de lo que habían conseguido, creyendo en su fatuidad acabar con el poder de su favorecedor, y no comprendiendo que sus

desavenencias y torpezas en el gobierno debían dar el más completo triunfo al esforzado conquistador.

Salazar y Chirino llegaron a México y presentaron en el cabildo de 29 de diciembre de 1524, la provisión del muy magnífico señor Hernán Cortés que los autorizaba para tener parte en el gobierno del reino.

El ayuntamiento les reconoció sin dificultad, pero ellos no se conformaron con eso, sino que excluyeron a Estrada y a Albornoz y se apoderaron de la administración, no admitiendo en su compañía más que al licenciado Zuazo.

La división entonces se hizo más profunda. Estrada y Albornoz se unieron para derribar a sus nuevos enemigos, y con objeto de conseguirlo quisieron y lograron atraer a su bando al alguacil mayor Rodrigo de Paz, que ejercía tan decisiva influencia en el cabildo y en la ciudad.

En aquel tiempo el ayuntamiento de México tenía una grandísima importancia: «ante él presentaban sus nombramientos los gobernadores, prestaban ante él juramento; él decidía las cuestiones graves que entre ellos se suscitaban, calificaba sus derechos y facultades, e imponía la pena de muerte a los que desobedecieran las providencias que de él mismo emanaban».

Por eso Rodrigo de Paz que deseaba favorecer a Estrada y a Albornoz, se presentó al cabildo en 17 de febrero de 1525, manifestando que Salazar y Chirino no tenían derecho de excluir a sus colegas del gobierno, porque el mismo Cortés los reconocía aún como tales tenientes gobernadores, en cartas que de él se habían recibido.

El ayuntamiento escuchó a Rodrigo de paz, y acordó que el licenciado Zuazo resolviera en este negocio. ^[13]

III

DE CÓMO CINCO ENEMIGOS COMULGARON CON UNA SOLA HOSTIA CONSAGRADA, DIVIDIÉNDOLA EN CINCO PARTES

El licenciado Zuazo resolvió que Estrada y Albornoz volvieran a ser reconocidos como tenientes gobernadores, y el cabildo aprobó esta resolución.

Salazar y Chirino protestaron, y para infundir el terror decretaron pena de muerte y perdimiento de bienes contra el alcalde o regidor que se «entrometiese» a aprobar lo que el licenciado Zuazo había determinado.

Aquellos hombres tenían un temple de alma tal, que era indudable que tales penas se llevarían a efecto; pero en cambio tenían que luchar con hombres de corazón altivo, y Estrada y Albornoz asistieron al cabildo y fueron reconocidos sin dificultad.

Esto acaecía el 25 de febrero de 1525.

Salazar, hombre ambicioso e inquieto, no podía estar tranquilo en aquella situación: quería mandar, y mandar solo. Estrada y Albornoz le estorbaban, y los creía fuertes porque contaban con la protección y apoyo de Rodrigo de Paz, el hombre entonces más audaz y más poderoso; Salazar necesitaba dividir a Paz de Estrada y Albornoz, y hacer de él un instrumento para sus miras.

Entonces, como por una inspiración diabólica, concibió el plan que debía darle el resultado apetecido, y convenció hipócritamente a sus colegas a decretar la prisión de Rodrigo de Paz.

Un día repentinamente circuló en México una noticia alarmante: el alguacil mayor estaba preso en la casa de Salazar de orden de los tenientes gobernadores.

En efecto, Rodrigo de Paz estaba preso, y se paseaba tristemente en uno de los salones de la casa de Salazar, con esposas de hierro en las manos y arrastrando una larga y pesada cadena. Salazar entró y le contempló un rato en silencio.

—Duéleme de verte en esa situación —le dijo—, que a tal no habrías llegado, si como la causa de Estrada defendiste, de la mía hubieras sido partidario.

—Holgárame de estar libre —contestó Rodrigo—, si mis amigos hubieran triunfado, pero sigo la suerte a ellos reservada.

—¿Crees por ventura en tus amigos Estrada, Albornoz y Zuazo?

—De creer tengo, porque no hay motivos para lo contrario.

—Mira —dijo Salazar mostrándole la orden de prisión firmada también por Albornoz, Estrada y Zuazo.

Rodrigo de Paz leyó aquella orden con espanto. No podía dudar, sus amigos le abandonaban y le traicionaban.

Leyó la orden, inclinó la cabeza y quedó meditabundo. Salazar respetó aquella meditación y después, acercándose, le dijo:

—Mira el premio de tus favores y servicios; esos hombres están conjurados contra ti y ansían tu muerte; ¿quieres libertad, venganza?

—Sí —contestó sordamente Rodrigo.

—Júranos amistad, y Peralminde de Chirino y yo te pondremos libre y te vengaremos de tus enemigos.

—Os juro leal amistad por la hostia consagrada...

Al día siguiente Rodrigo de Paz concurría al cabildo.

Estrada, Zuazo y Albornoz conocieron la intriga que tramaban Salazar y Chirino, y no eran hombres para callar sus rencores.

Estalló un disgusto terrible en el cabildo, y Salazar, que tenía para sí que aún no llegaba el momento de obrar, apeló al engaño y la hipocresía.

Nada le importaba, dijo, la amistad de Rodrigo de Paz, cuyo pernicioso influjo era necesario combatir, y para esto debían ellos de unirse estrechamente, y como señal de unión y para acallar los rumores que había en el público, concluyó proponiendo que todos los tenientes gobernadores comulgasen públicamente, dividiendo la hostia consagrada en cinco partes.

Aceptaron los otros, y aquel pacto, aconsejado por la más negra falsía y cubierto sacrílegamente con el manto de la religión, se cumplió en la iglesia del convento de San Francisco.

Tan engañosa amistad debía desaparecer muy pronto y así fue en efecto.

El día 19 de abril, Rodrigo de Paz se presentó en el cabildo e hizo reconocer a sus nuevos amigos Salazar y Chirino como gobernadores, con entera exclusión de todos los demás.

En vano protestó con energía el licenciado Zuazo; repitióse el acuerdo y se impusieron doscientos azotes de pena y perdimiento de bienes a cualquiera que se atreviese a oponerse a lo dispuesto.

Estrada y Albornoz, lejos de conformarse, pensaron excitar al pueblo, suscitáronse graves

dificultades, los dos bandos estuvieron a punto de llegar a las manos, y sólo se impidió el conflicto porque el alcalde Francisco Dávila prohibió que se acudiese con armas en pro de uno u otro partido.

Conducta tan prudente costó al alcalde ser maltratado y verse conducido a la cárcel, de donde tuvo que huir para salvar la vida.

IV

DE LO QUE HICIERON SALAZAR Y CHIRINO CON ZUAZO, ESTRADA, ALBORNOZ Y PAZ

Las alarmas en la ciudad eran de todo el día, y de todos los días; a cada momento querían llegar a las manos los partidarios, y el fuego de la discordia se encendía más y más a cada momento.

El 23 de mayo, con pretexto de conservar la tranquilidad y evitar desgracias, pero más bien con objeto de expeditar el camino que se habían trazado los gobernadores, ordenaron que nadie en la ciudad llevase armas.

Todo parecía haber terminado; pero aquel mismo día Rodrigo de Paz aprehendió al licenciado Zuazo, que vivía en la casa de Cortés, y se dio orden para enviarle inmediatamente a la isla de Cuba.

Alarmóse la gente de la ciudad con esta prisión, y Rodrigo de Paz ocurrió, para calmarla, al engaño de que por orden del rey iba a la isla a dar allí su residencia.

Estrada y Albornoz pensaron entonces en alejarse de sus enemigos, y aparentando obediencia pidieron a los que habían sido sus colegas, licencia para ir hasta Medellín a conducir una cantidad que enviaban a su majestad.

Los gobernadores concedieron sin dificultad aquel permiso.

Salieron Estrada y Albornoz, pero aún iban cerca de México, cuando Salazar tuvo noticia de que de las Hibueras venían Gil González de Ávila y Francisco de Las Casas, y temeroso de que se unieran y volvieran sobre México, hizo salir a Chirino con una tropa, en persecución de Estrada y Albornoz.

Chirino alcanzó a los que habían sido sus colegas, y aunque ellos pretendieron resistirse, unos frailes de San Francisco, que se encontraron allí, impidieron el conflicto, y Chirino volvió a México con los prisioneros.

Dueños absolutos del gobierno Salazar y Chirino, sintieron la necesidad de deshacerse de Rodrigo de Paz, echando por tierra su poder.

Salazar era fecundo en todo género de maldades, y no podía menos de encontrar un modo para atacar a Paz, y fue sin duda tan ingenioso como los anteriores.

Difundió la noticia de la muerte de Hernán Cortés.

Aquella noticia debía estar apoyada en todas las apariencias. Celebráronse solemnes honras por el alma del *conquistador*, en las que se predicó un sermón, moderando las alabanzas a Cortés por no ofender a Salazar.

Procedióse a la venta de los bienes de todos los que habían acompañado al gobernador y capitán general, por considerárseles difuntos, y sus mujeres fueron autorizadas para pasar a segundas nupcias; y Juana Mancilla, mujer de Juan Valiente, fue azotada porque afirmó que Cortés vivía.

Rodrigo de Paz administraba los bienes de Cortés, y no creyó tan fácilmente la noticia, pero

como Salazar y Chirino sostenían que Cortés debía al rey setenta mil pesos, e insistían, con objeto de asegurarlos, en tomar posesión de aquellos bienes, Rodrigo de Paz apeló a las armas y se hizo fuerte en la casa de Cortés.

El asalto iba ya a darse, y todos preveían grandes catástrofes, cuando el mismo Estrada, que estaba en calidad de prisionero, y los frailes de San Francisco, que ejercían muy grande influencia en México, lograron convencer a Paz que se rindiese.

Salazar y Chirino ofrecieron a Paz todas las garantías para su persona, y así lo juraron ante los capitanes José de Alvarado y Andrés de Tapia.

Paz abrió las puertas del palacio de Cortés y las gentes de Salazar se entraron. Allí robaron cuanto les fue posible, e insultaron gravemente a muchas indias nobles que Cortés tenía allí recogidas para educarlas y casarlas.

Paz determinó huir de la ciudad e ir en busca de Hernán Cortés a las Hibueras.

V

REFIÉRESE CÓMO MURIÓ RODRIGO DE PAZ

«Si los conquistadores eran crueles con otros —dice don Lucas Alamán en sus disertaciones—, no eran por lo menos más benignos entre sí mismos.»

En efecto, así lo probó la conducta de Salazar y de Chirino.

Rodrigo de Paz, a pesar de las promesas y juramentos de los gobernadores, no gozó mucho tiempo de libertad, y el día 4 de agosto de 1525 asistió por última vez al cabildo.

Al calce de la acta de aquel día, se lee una nota del célebre don Carlos de Sigüenza y Góngora, que dice:

«Esta es la última firma de Rodrigo de Paz en este libro, porque después lo ahorcó su gran amigo Gonzalo de Salazar.»

Terrible ironía encierran estas cortas líneas del ilustre historiador, porque a pesar de esa gran amistad, el alguacil mayor volvió muy pronto a ser reducido a prisión.

La codicia desenfrenada de Salazar no conocía límites, ni su ambición encontraba obstáculo, por sagrado que fuese, que no atropellase con violencia.

Religión, leyes, amistad, gratitud, todo en sus manos era arma emponzoñada que esgrimía contra sus enemigos sin escrúpulo de ninguna clase; todo era en su camino sombra despreciable sobre la cual cruzaba con indiferencia.

Aquella alma era el aborto espantoso de la codicia y de la ambición; la compañía de aquel hombre, era como la sombra venenosa de esos árboles que se encuentran en nuestras montañas: convidan dulcemente durante los ardores del día, y matan al que busca allí un refugio y un consuelo.

Demasiado tarde lo comprendió Rodrigo de Paz.

Preso y encadenado esperaba de un momento a otro que Salazar le enviara desterrado, o que la Providencia le deparara un momento oportuno para huir e irse en busca de Cortés, en cuya muerte, como muchos, no había creído ni un momento.

Como todos los prisioneros, Paz no pensaba sino en la libertad.

Una mañana, Salazar se presentó en su calabozo; había en el semblante del fiero gobernador una

sonrisa de amabilidad y un aire de benevolencia tan extraños, tan forzados, que Rodrigo de Paz se estremeció.

Bajo aquella hipócrita bondad se descubría el fondo de una intención negra; era como un abismo cubierto con un cristal, era como el hacha de un verdugo envuelta en un crespón azul.

La sonrisa del hombre de bien no podía amoldarse sobre el rostro del malvado; era un consorcio sacrílego; de la franqueza simulada y de la perfidia debía resultar una cosa horrible, la hipocresía, el monstruo.

—Rodrigo —dijo Salazar—, haste empeñado en labrar tu ruina, a pesar de que yo procuro salvarte.

—No te comprendo —contestó Rodrigo de Paz procurando ocultar su indignación—, ¿qué puedes reprochar de mi conducta?

—Rodrigo, tú tienes ocultos grandes tesoros que pertenecían a Cortés; tú nos has engañado.

—¡Tesoros! —exclamó Rodrigo de Paz, comprendiendo adónde podía ir a parar todo aquello—. ¡Tesoros!, nada tengo, y cuanto tenía está ya en tu poder.

—No me engañes, Rodrigo; ¿por ventura cuanto tenía Cortés me has entregado?

—Todo absolutamente: ¿no se han inventariado los bienes?, ¿no se han almonedado?, ¿no habéis ya extraído el oro que depositado se hallaba en San Francisco?, ¿no habéis dispuesto de los bienes de Gonzalo de Sandoval y de otros capitanes? Entonces, ¿qué más queréis?

—No vengo a dar contigo mi residencia —contestó fríamente Salazar—, sino a amonestarte que entregues esos tesoros.

—Y yo te contesto que mal pudiera entregar tesoros que no existen.

—¿No?

—No, lo he dicho.

—Bien, tú lo has querido.

Y Salazar salió violentamente del calabozo.

Rodrigo le miró salir con terror, comprendiendo que algo espantoso se preparaba contra él.

Y no se engañaba: un momento después, hombres siniestramente cubiertos con capuchones y antifaces, penetraron en el aposento: mudos y sombríos se acercaban al preso, y sin contestar a sus preguntas, y sin escuchar sus razones, le sentaron en un sitial, y le ataron allí por los brazos y la cintura.

Rodrigo creyó que había llegado para él el último instante, cerró los ojos y comenzó a murmurar una de esas oraciones, que perdidas muchas veces entre los vagos recuerdos de la niñez, vuelven puras y fervientes a la memoria y a los labios del hombre, en los momentos de la suprema tribulación.

Los verdugos con una destreza increíble, quitaron el calzado y las calzas a Rodrigo, que esperaba la muerte y como para no verla venir cerraba los ojos con obstinación.

De repente el infeliz lanzó un grito agudo y desgarrador: aquellos hombres vertían sobre sus desnudos pies aceite hirviendo.

—¡Jesús me ampare! —exclamaba—. ¡Infames!

—Confiesa en dónde tienes ocultos esos tesoros —dijo con una calma infernal el gobernador.

—He dicho la verdad —contestó con energía Rodrigo.

—Pues adelante.

Entonces siguió aquella espantosa operación; tras el aceite vino el fuego, el fuego que hacía hervir aquellas carnes; las llamas lamían como con placer aquellos pies ungidos, y sobre los que se tenía cuidado de seguir vertiendo aceite.

—¡Salazar! ¡Salazar! —gritaba Rodrigo—, no seas cruel, todos sus tesoros se los ha llevado Cortés a las Hibueras... ¡Déjame, déjame... te lo juro!

—Mientes —contestaba Salazar.

Y el tormento seguía, y aquellos pies habían perdido su forma, y en algunas partes ardían, y levantaban llamas, y se desprendía de ellos un líquido sangriento, espeso, que caía algunas veces encendido, y la piel se tostaba, y se levantaba y se arrollaba, y los músculos se retorcían, y las carnes se hinchaban rápidamente, y se abrasaban produciendo un ruido débil, pero horroroso.

Después de esto seguían los huesos, que crujían y que estallaban como si fueran de cristal, y los dedos comenzaron a desprenderse y a caer, como informes masas, negras, hinchadas, fétidas.

Y todo esto en medio de un humo denso, nauseabundo, y entre los gritos y los aullidos, y las quejas y las maldiciones del infeliz Rodrigo.

Los pies habían desaparecido; Salazar nada había logrado descubrir. Rodrigo se desmayó por fin, y cesó el tormento.

La tarde de aquel mismo día, Rodrigo de Paz era sacado de su prisión y conducido hasta el pie de una horca que había en la plaza.

Rodrigo no podía caminar, porque el fuego le había consumido los pies hasta los tobillos, y le llevaban entre cuatro hombres.

Al llegar al patíbulo, y en el momento en que el verdugo iba a colocarle el dogal, Salazar se apareció.

—Aún es tiempo —le dijo—, confiesa y vivirás.

—¿Vivir? —contestó Rodrigo con voz desfallecida y levantando una manta que cubría sus mutilados pies— ¿y para qué quiero vivir así? —y luego, dirigiéndose a los que le rodeaban, gritó:

—Señores, si alguno de vosotros vuelve a ver a Cortés, decidle que me perdone, por haber dicho que él se había llevado sus tesoros a las Hibueras; el dolor del tormento me hizo mentir.

Salazar, enfurecido entonces, hizo a los verdugos una señal; tendióse la cuerda, crujió el motón, y Rodrigo de Paz quedó suspendido en la horca.

Así murió el primer revolucionario de México, víctima, como todos, de la ingratitud de los mismos hombres que le debían el poder de que gozaban.

Vicente Riva Palacio

LOS DOS ENJAULADOS

I

EL EMISARIO

Era el domingo 28 de enero de 1526.

Las campanas de las iglesias y monasterios de la ciudad de México llamaban a los fieles al sacrificio de la misa, y la multitud se agrupaba a las puertas de los templos.

Los mexicanos recién convertidos eran los primeros y más solícitos en acudir a la misa; y era que había castigo de azotes para el que faltase.

Permitirán nuestros lectores que se interrumpa por un momento el hilo de nuestra comenzada narración, para referir, a propósito de la asistencia a la misa, una anécdota de la vida de Hernán Cortés.

Luego que se establecieron en México, después de la toma de su capital, los primeros templos católicos, Hernán Cortés publicó una ordenanza disponiendo que ninguno fuese osado de no asistir a la santa misa los domingos y días de fiesta, desde antes del *Canon*, bajo la pena de azotes al que a dicha prevención faltase.

Un domingo comenzó la misa, y la gente extrañó que el general no se hubiera presentado en la iglesia; pero conocida su piedad religiosa y lo severo de sus ordenanzas, que a nadie exceptuaban, calcularon todos que enfermo estaría de gravedad.

De repente oyóse un rumor por la puerta de entrada, y todos los rostros se volvieron para mirar al que tan tarde llegaba exponiéndose así al castigo, y encontraron con asombro que era el mismo señor Hernán Cortés que atravesó el gentío y fue a arrodillarse devotamente delante del altar.

Concluyó la misa, y allí mismo, delante de aquel concurso, Cortés fue despojado de la ropilla y de la camisa y azotado en las espaldas desnudas por un sacerdote, conforme a lo dispuesto por su ordenanza.

Conservóse el recuerdo de este suceso notable en una pintura que existió muchos años en una capilla que estaba situada en el cementerio de catedral, y fue ejemplo saludable para todos los habitantes de la ciudad.

Por eso apenas se escuchaban los primeros tañidos de las campanas, todo el mundo salía con precipitación de su casa.

En el domingo a que nos referimos había también en México una gran novedad: el gobernador Gonzalo de Salazar daba un banquete a sus amigos en una casa de su propiedad en el barrio de San Cosme.

Lúcida comitiva acompañaba a Salazar y le cortejaba: damas y caballeros de la naciente nobleza de México, empleados superiores, caciques amigos, y detrás de todos una escolta de más de doscientos hombres de toda su confianza, perfectamente armados.

Aquella comitiva salió de la casa de Cortés, en donde vivía Salazar, y se dirigió por la calle o calzada de Tacuba, para San Cosme; los transeúntes se detenían para contemplar tanto lujo, y las damas salían a los balcones para mirar aquel soberbio acompañamiento: eran los primeros albores de la corte de los virreyes.

En este mismo momento, por otro lado de la ciudad entraba un hombre que trazas tenía de haber atravesado un largo y difícil camino.

De aquel hombre no podía decirse con seguridad si era un soldado o un paisano, porque lo parecía todo, aunque examinando detenidamente su destrozado traje nada podía inferirse de él.

Sin embargo, en lo que no podía caber duda era en que caminaba de prisa y procuraba recatarse de las gentes.

Atravesó sin detenerse por las calles de Iztapalapa, como se llamaban las que hoy son del Rastro, llegó a la plaza mayor y se dirigió sin vacilar al monasterio de San Francisco.

En estas calles había muy pocos transeúntes, porque todos se habían ido para la de Tacuba con objeto de ver al gobernador.

El hombre misterioso aprovechó esta circunstancia, apretó el paso y muy pronto se encontró en el monasterio de San Francisco.

Aquel monasterio parecía una ciudad según el número de personas que dentro de él estaban.

Chirino y Salazar, apoderados absolutamente del mando después de la muerte de Rodrigo de Paz, comenzaron a perseguir con tal encarnizamiento a los amigos de Cortés, que todos ellos no encontraron otro medio de libertarse que buscar asilo en San Francisco.

Por eso el recién venido se encontraba allí, con aquella gran multitud: pero sin duda aquel hombre tenía ya conocimiento de lo que ocurría, porque siguió allí con la misma conducta que en la calle: con nadie se detuvo ni a nadie habló hasta haber encontrado a Pedro de Paz, hermano de Rodrigo de Paz.

—Deseo hablar con vuestra merced a solas —dijo el recién llegado.

Pedro de Paz le miró sin poderle reconocer.

—Pero esto ha de ser ahora mismo —continuó el hombre.

Pedro le miró con desconfianza, y luego exclamó como resolviéndose:

—Vamos.

Dos horas después Pedro de Paz refería a algunos de los refugiados de San Francisco que había llegado Martín Dorantes, lacayo del muy magnífico señor Hernán Cortés, con cartas de su amo, en las que destituía a los gobernadores, nombrando en su lugar a Francisco de Las Casas.

Mostráronse las cartas, pero durante todo el día aquello permaneció con el carácter de un secreto, y nada se supo fuera de las tapias del convento.

II EL PREGÓN

Llegó la noche, y en el azul purísimo del cielo de México se elevó majestuosamente la luna, plateando con sus rayos los edificios aztecas que se demolían para no volverse a reconstruir jamás, y las casas y los templos que levantaban los conquistadores sobre aquellos escombros.

Porque en aquellos días la Tenoztitlan de Moctezuma desaparecía para dar lugar al México de Cortés.

Serían las once de la noche, reinaba en la ciudad el más profundo silencio; ni un hombre se veía transitar por las calles, parecía que todos los habitantes dormían el sueño de la muerte; ni un ruido en

las plazas, ni una luz en las ventanas, ni un eco siquiera de esas canciones o de esas músicas que se escapan, en las altas horas de la noche, del interior de las habitaciones en todas las ciudades populosas.

El lánguido rumor del viento entre los pocos árboles que entonces había en México, y el lejano ladrido de los pocos perros que entonces había, esto era todo.

Sin embargo, ni en la casa de Hernán Cortés dormía Salazar, ni en el convento de San Francisco los allí retraídos.

La vida toda de la ciudad parecía haberse concentrado a esos dos lugares.

En San Francisco se preparaba el ataque; en la casa de Cortés la defensa.

Los retraídos en San Francisco habían citado al ayuntamiento, y no habían conseguido que fuera más que un alcalde y algunos regidores, pero de la nobleza y los particulares reunieron más de cien personas.

Cortés en su carta nombraba para gobernador a Francisco de Las Casas; pero Francisco de Las Casas no estaba en México, y era urgente proveer a la necesidad y colocar a otro en su lugar.

Mil arbitrios se propusieron, y no faltó quien llegara a opinar que podía borrarse el nombre de Casas en la provisión de Cortés y sustituirle con otro más a propósito.

La incertidumbre seguía, y la noche avanzaba, y todos sabían ya que el gobernador Salazar algo había maliciado y aprestaba sus tropas para atacar o resistirse.

—El tiempo vuela —dijo Jorge de Alvarado— y la indecisión es ahora nuestro mayor enemigo; resolución, y adelante.

—Y bien, ¿qué hay que hacer? —preguntó Andrés de Tapia, que hasta aquel momento se consideraba como el jefe de los amigos de Cortés perseguidos por Salazar.

—Ante todo, prender a ese hombre —contestó Alvarado—, quitarle el poder, impedirle que se fortalezca y pueda resistirnos.

—¿Tienes algún plan?

—Sí.

—Pues dile.

—Escuchadme —dijo con solemnidad Alvarado—; en este momento no tenemos aquí más que cien hombres de combate, pero decididos a morir o a castigar la perfidia y la tiranía de ese monstruo: ¿es verdad?

—Sí —contestaron los presentes con una especie de rugido.

—Bien; tú, Andrés de Tapia, ¿tienes en el convento armas y caballos para estos hombres?

—Y para otros más —contestó Tapia.

—¿Y hasta qué número puedes armar?

—Con lanzas, picas, ballestas, arcabuces y otras armas, hasta quinientos.

—Con quinientos hombres resueltos me comprometo a batir a Salazar.

—Es que cuenta, según sabemos, con mil castellanos.

—Y nosotros con la justicia de nuestra causa, que vale por un ejército: quinientos hombres me bastan.

—Pero aunque hay armas faltan brazos que las esgriman.

—Dios nos ayudará: dispón que me sigan en este momento treinta jinetes escogidos.

—¿Qué piensas hacer?

—Ya lo verás, yo saldré con esos treinta jinetes; tú entretanto te pones en son de defensa con el resto de la gente, por si Salazar intentase algo contra el convento: fía en Dios, y mañana a la madrugada, armas serán las que falten para darlas a nuestros partidarios.

Andrés de Tapia salió de la estancia en que hablaban, y media hora después volvió diciendo a Jorge de Alvarado:

—Los jinetes están listos.

Alvarado estrechó la mano de sus amigos, montó en un soberbio caballo que un escudero tenía de la brida en el patio del convento, y salió a la calle, en donde esperaba encontrar a los que acompañarle debían.

En efecto, allí estaban. La luz de la luna reflejaba sobre las brillantes armaduras de treinta jinetes que como estatuas de hierro aguardaban inmóviles las órdenes de su capitán.

Seguía reinando en la ciudad el silencio más profundo, y de repente el tropel de la caballería, y gritos y pregones inusitados despertaron a los habitantes, y las ventanas y las puertas se abrieron casi simultáneamente y se llenaron de gente ansiosa de conocer la novedad.

Aquel extraño rumor lo causaba Jorge de Alvarado y los suyos que recorrían las calles de la ciudad pregonando: «que los que quisiesen servir al rey acudiesen inmediatamente a San Francisco, en donde les mostrarían cartas del señor Hernán Cortés».

Pesaba tanto sobre la ciudad la tiranía de Salazar y de Chirino, y tanto se había sentido la fatal noticia de la muerte de Cortés, que aquel pregón causó una verdadera alegría, y en muy poco tiempo toda la ciudad se puso en movimiento.

Los mozos se reunieron inmediatamente a Jorge de Alvarado, los hombres se dirigieron luego a San Francisco, y las mujeres y los ancianos quedaron en guarda de las casas y rogando a Dios por los suyos.

Cuando la aurora hizo palidecer la luz de la luna, Alvarado había cumplido su promesa.

Faltaban armas a Tapia y le sobraban combatientes.

III

LA ARREMETIDA

Mil castellanos y doce piezas de artillería eran la defensa de la casa de Hernán Cortés, en la cual se había encerrado el gobernador Gonzalo de Salazar.

En cuanto a su compañero Peralminde Chirino, había salido de México hacía ya algún tiempo, a sofocar una sublevación de los naturales de Oaxaca, que se habían levantado y dado muerte a cincuenta españoles y a diez mil esclavos que trabajaban allí en las minas.

Peralminde Chirino, que era, a lo que parece, tan mal gobernante como inepto general, salió burlado en aquella empresa, porque rodeados los enemigos en un gran peñón adonde se habían refugiado, escaparon durante la noche con todos sus tesoros, con mengua de la vigilancia de Peralminde.

Por esta causa Salazar se encontraba solo en México la noche en que los amigos de Cortés determinaron atacarle.

Las noticias de cuanto pasaba en las calles y en San Francisco le llegaban a Salazar por momentos; podía haber salido con sus tropas en busca de sus enemigos y haberlos derrotado, porque eran aquéllos inferiores en número y no contaban con artillería; pero nada hay tan tímido como una conciencia manchada.

Salazar revisaba personalmente la artillería, las avanzadas y las tropas de combate y las reservas, animaba a los soldados y a los capitanes, y procuraba infundirles el odio y el rencor de que estaba poseído.

En la mañana, un hombre que llegaba del rumbo de San Francisco se acercó a Salazar.

—Señor —le dijo—, el enemigo se pone en movimiento.

—¿Y crees tú que se atreverán a atacarme?

—Tal creo, señor, porque reina entre ellos el mayor entusiasmo: han nombrado por capitanes a Jorge Alvarado, Alvaro Saavedra y Andrés de Tapia, y han sido electos gobernadores interinos Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz.

—¡Miserables! ¿Y cuánta gente tienen?

—Gran número de plebe, pero sólo quinientos hombres listos para el combate.

—¡Que vengan! —dijo Salazar sonriéndose y dirigiendo una mirada de satisfacción a sus tropas y a sus cañones.

—¡A las armas!, ¡a las armas! —gritó a ese tiempo uno de los centinelas—. ¡El enemigo!

—¡A las armas! —repitieron todos, y como estaban prevenidos, en un momento se coronaron las azoteas de gente, y los artilleros, con los mecheros encendidos, se colocaron al lado de los cañones.

En efecto, por las calles del monasterio de San Francisco caminaba con dirección a la plaza mayor una columna a la cabeza de la cual iba Andrés de Tapia.

Salazar hizo salir a la calle y formar enfrente de la casa de Cortés gran parte de sus tropas y de su artillería.

La columna de los sublevados se detuvo antes de desembocar a la plaza, y allí se adelantó gallardamente Tapia hasta ponerse al habla con Salazar.

—Señor factor y vosotros los que con él estáis —gritó esforzando su robusta voz—. Sed testigos de que deseo la paz; me habéis perseguido, pero estoy sin pasión: vos, factor, habéis dicho y a mí me dijisteis, que teníades orden del consejo del rey para matar o prender al gobernador don Hernán Cortés: mostrad esa instrucción, y os seguiremos; si no la hay, ¿para qué tenéis engañada tanta gente? Y vosotros, señores, pues habéis servido al rey, dad agora ocasión a vuestros amigos, que roguemos al gobernador interceda con el rey para que os haga merced, antes que él venga y os haga cuartos.

Tal instrucción del rey no tengo, ni a vos la mostraría —contestó Salazar con orgullo—; mas cuanto hago, bueno está, y antes moriré o saldré con ello.

Tapia escuchó con asombro aquella insolente respuesta, y sin reflexionar en lo que hacía, dando espuelas a su caballo se lanzó sobre Salazar gritando:

—Caballeros, prendedle, si no queréis ser traidores.

—¡Calla, o doy fuego! —exclamó Salazar arrebatando un mechero y precipitándose sobre un cañón.

—Retirémonos a la casa, señor —gritó en este momento el jefe de la artillería don Luis de Guzmán, tomando a Salazar de un brazo—, el enemigo nos ataca por la retaguardia.

Salazar volvió el rostro con espanto, y en efecto, por la calle de Tacuba desembocaba otra columna.

—¡A la casa! —gritó Salazar retirándose el primero.

Entonces hubo una terrible confusión: los soldados, imitando a sus jefes, procuraron refugiarse dentro del edificio; pero el terror que se había apoderado de ellos era tan grande, que los primeros que penetraron, creyendo que tenían muy cerca al enemigo, cerraron las puertas dejando a los demás afuera.

Lo que era natural sucedió entonces: los que habían quedado fuera comenzaron a gritar: «Viva Cortés», y se unieron a los asaltantes.

Desde este momento la derrota de Salazar fue inevitable.

Reunióse luego el ayuntamiento, pregonáronse los nombramientos de Estrada y Albornoz y la destitución de Salazar y Chirino.

Pero Salazar no se rendía, y sus soldados comenzaron a hacer fuego sobre los que pasaban acompañando a Tapia que publicaba aquellos nombramientos.

—¡Santiago y cierra España! —gritó Tapia arremetiendo a la casa.

El grito de guerra fue repetido, y comenzó el asalto.

Tapia cayó herido de una pedrada en la cabeza, pero en un momento sus soldados derribaron las puertas y entraron a la casa.

Jorge Alvarado fue el primero que encontró a Salazar y le aprehendió; pero apenas se supo que estaba preso, cuando toda la gente se lanzó sobre él para asesinarle.

Apenas Alvarado podía defenderle; pero llegaron en su auxilio el mismo Tapia, Saavedra y muchos de sus amigos, y con gran esfuerzo lograron salvarle, haciéndole salir por una puerta excusada.

IV LAS FIERAS

Hombres, mujeres, muchachos y viejos, todos salían a las ventanas y corrían por las calles con gran alborozo para contemplar una extraña procesión.

En medio de un grupo de soldados, entre la burla y la rechifla del populacho, caminaba un hombre a quien llevaban casi arrastrando de una gruesa cadena que tenía atada al cuello.

Aquel hombre, a quien agobiaban más que el peso de su cadena los insultos de la multitud, era Gonzalo de Salazar.

Los ancianos le ponían como ejemplo de la vanidad de las glorias humanas; las mujeres le compadecían, pero no deseaban su libertad; los hombres se reían de él, y los muchachos le arrojaban lodo y cáscaras de fruta a la cara.

Aquel hombre, o más bien dicho, aquella fiera sombría y silenciosa, fue paseada así largo tiempo por todas las calles de la ciudad.

Llegó después el caso de ponerle en una prisión, pero ninguna se consideró bastante estrecha, ni nadie quiso recibir en su casa a aquel *excomulgado*.

—Haremos una jaula —dijo el carpintero Hernando de Torres que se encontraba allí.

—Sí, una jaula —dijeron todos.

Hernando de Torres salió y comenzó a trabajar con una actividad increíble, ayudado de muchos.

Cuatro horas después, frente al palacio de Cortés había ya dos fuertes jaulas formadas de vigas.

—¿Para quién es esa otra? —preguntó Tapia mostrando la jaula que estaba cerca de la de Salazar.

—Para Chirino, que viene en auxilio de su compañero —contestó Hernando de Torres.

—Tienes razón.

Salazar quedó encerrado en su jaula, y atado en ella del cuello con una cadena.

Todos los días los muchachos rodeaban aquella jaula, y se divertían en arrojar piedras y cieno a Salazar.

Muy pronto Chirino, hecho prisionero por Tapia, vino a ocupar el puesto que le había destinado, y comenzó para aquellos monstruos la época de la expiación.

Sin embargo, no les faltaron amigos que pretendiesen libertarlos, y se formó para ello un complot, y los conjurados intentaron cohechar a los guardianes y abrir las jaulas con llaves falsas.

Descubrióse la conspiración, y un Escobar que hacía cabeza en ella fue ahorcado, y a sus cómplices se les cortaron las manos y los pies.

Salazar y Chirino, como dos fieras encadenadas y enjauladas quedaron allí sin esperanza de libertad en mucho tiempo.

V

DOS GOTAS EN EL MAR

Cortés volvió a México al saber cuanto ocurría en la ciudad, pero sus enemigos no dejaban de trabajar contra él en la corte, y así es que no quiso volver a recibirse del gobierno; y después de mil peripecias, Alonso de Estrada fue reconocido como gobernador.

Entonces Salazar fue sacado de la jaula, y esto aconteció en agosto de 1527.

Su prisión había comenzado en enero de 1526: cerca de veinte meses estuvo encadenado y enjaulado.

Chirino había sido puesto en libertad un poco antes.

Salazar quedó aún en la Nueva España intrigando con los visitantes y gobernadores que el rey enviaba.

Pasó después a España, donde se le confió el mando de una flota que venía a México, en compañía de la armada que mandaba don Hernando de Soto; pero al salir de Cuba, Salazar desobedeció a Soto, y en poco estuvo que Soto no le hubiese ahorcado.

Desde entonces los nombres de Salazar y de Chirino se pierden en la oscuridad, y desaparecen como dos gotas de agua que caen en el mar.

Sin embargo, algunos dicen que Chirino murió a manos de los indios de Jalisco.

Tal fue la suerte de los primeros tiranos que tuvo México después de la conquista.

Vicente Riva Palacio

LA SEVILLANA

I

LA TEMPESTAD

En una hermosa tarde del mes de octubre del año de 1550, una barca pequeña se desprendió del embarcadero de Veracruz y se hizo mar afuera. Iban en ella dos bogas, un viejo piloto manejando el timón, y un grueso personaje vestido con un largo gabán o pelliza oscura, y un sombrerillo arriscado sin plumaje alguno, al estilo de los que usaban los que no se consideraban como hijodalgos. Cuando hubieron pasado los arrecifes, el piloto hizo señal a los remeros de que bogaran más despacio, y se dirigió al hombre gordo.

—¿Piensa vuesa merced que en esta cáscara de nuez lleguemos a Cádiz o al Puerto de Palos?

—Yo te lo diré, Antón, antes de cinco minutos.

El hombre gordo se puso en pie, sacó de un estuche de vaqueta un anteojito, lo graduó a su vista y se puso a registrar el horizonte. A los cinco minutos justos se volvió a sentar en la barca y le dijo al piloto:

—Adelante, Antón, porque no tardaremos media hora en descubrir los palos de la *Covadonga*.

—¿Qué horas son? —preguntó el piloto.

—Las cinco —contestó el hombre gordo alzando la vista al sol.

—Pues a las seis o a las seis y media tendremos una tempestad.

La mar estaba tranquila, el sol brillante; de vez en cuando se sentía un viento caliente como si viniese del desierto de África, y en el horizonte se aglomeraban algunas nubes de formas caprichosas. Los bogas volvieron a tomar aliento, y la barca volaba como un alción en la superficie de las aguas.

Después de un cuarto de hora el hombre gordo volvió a ponerse en pie, a tomar su anteojito y a registrar el horizonte; y volviéndose después al piloto le dijo:

—Creo haber descubierto en el horizonte alguna cosa como un palo, pero tan delgado que más bien parece una espiga de trigo. ¿Qué dices, Antón?

—Digo, mi señor don Jerónimo, que lo que vuesa merced ve con el anteojito, lo he visto yo con mi vista natural. O la *Covadonga* está ya subiendo la última escalera de las aguas, o yo no me llamo Antón de Peralta: pero antes que nosotros lleguemos a la *Covadonga*, y la *Covadonga* al puerto, ya soplará recio, y muy dichosos seremos si Dios y sus santos nos dejan llegar a los arrecifes.

—¿Y en qué te fundas para tan triste pronóstico?

—Conozco mucho estos mares, y nunca he visto en el horizonte rayas amarillas, sin que a poco no haya soplado lo que se llama entre nosotros borrasca desecha. Mirad.

El hombre gordo miró con cuidado el horizonte. Las nubes de un amarillo opaco y triste como el fuego cuando va perdiendo su color rojizo con la luz del sol, formaban unas rayas uniformes y que parecían, más bien que naturales, formadas o arregladas de intento. Las ráfagas de viento caliente se hacían sentir con más frecuencia, y de vez en cuando se oía un ruido como si fuese el lejano disparo de un cañón.

—Ni una sola vez, cuando el cielo está así a la hora de ponerse el sol, ha dejado de haber

tempestad —dijo el piloto—. Si tenéis grande interés en hablar a la *Covadonga*, vamos, porque un viejo piloto español jamás retrocede ni ante las ondas ni ante los vientos. Los marinos sabemos que nuestra sepultura es ancha y profunda, y nos horroriza la idea de ser machucados y encerrados debajo de la tierra; pero vuesa merced preferiría mejor cenar esta noche un buen pescado en su casa y remojarlo con una bota de tinto, en vez de exponerse a que los pescados se cenén el vientre de vuesa merced.

—Tenía yo mucho interés en saber si viene en la *Covadonga* un alto personaje, porque mi amigo el alcalde de Mesta, Ruiz de la Mota, tiene ya sus barruntos de que el rey mandará un visitador con cartas y provisiones amplias; y quién sabe si la pasarán mal ciertos personajes. Este es un negocio que puede valerme unos cuantos pesos de oro, además de los que gane en el fierro y en el azogue que me vienen en el navío.

—Entonces no hay que tener miedo, y hasta encontrar a la *Covadonga*, que el comerciante, como el soldado y como el marino, debe morir en su oficio.

—No, no, Antón —dijo el hombre gordo—; tampoco a mí me gustan ni esas nubes ni ese ventarrón caliente. Aquí en la Veracruz, cuando sopla caliente a poco sopla frío, y vale más, como dices, cenar muy quietos en casa. Volvámonos, y me acompañarás cuando lleguemos, a tomar un trago de vino. Desde tierra veremos mejor los movimientos de la *Covadonga*.

Antón, sin responder palabra, viró la barca y dirigió la proa a Veracruz. El mar tomaba un aspecto singular; la luz amarillenta del sol, combinándose con el verde de las aguas, formaba un ancho campo donde parecía que comenzaba o se apagaba un incendio; el viento irregular soplabá por intervalos al sur y al sudeste, las ondas se iban bordando de una franja de espuma, y de las fatídicas rayas amarillas parecía que brotaban gruesas nubes de un aspecto amenazador.

—Si no llegamos en media hora no llegaremos nunca —dijo el piloto.

—Al puerto, bogas, al puerto —dijo don Jerónimo—, y tendrá cada uno un tonel de vino.

Los bogas redoblaron su esfuerzo, el mar se hinchaba por momentos, y cuando la barca pasó los arrecifes y puso la proa al embarcadero, multitud de gente en la playa veía aterrorizada aquella cáscara de nuez que se hundía y volvía a aparecer entre la espuma como si fuera arrojada por el soplo de un monstruo desde el fondo del abismo. Por fin atracó al lado del embarcadero de madera, y el hombre gordo, el piloto y los bogas saltaron a tierra llenos de agua y de sudor. La *Covadonga* estaba ya visible y se adelantaba resueltamente en medio de la tempestad que había estallado al entrar en el puerto.

En instantes el aspecto del cielo cambió, las líneas amarillas, moribundas y enterradas al parecer en un horizonte morado oscuro, despedían un opaco y siniestro brillo, el resto del cielo estaba oscuro, el viento nordeste desencadenado silbaba, las barcas amarradas danzaban y chocaban entre sí, y gruesas y estrepitosas olas iban a estrellarse y a hacer crujir los débiles tablados que entonces formaban el embarcadero.

La atención de todos los espectadores estaba fija en el barco atrevido que así desafiaba la tormenta; y el hombre gordo, sin sentir ni la agua ni la fatiga, ni el cansancio, estaba fijo y mirando las maniobras de la embarcación.

Cuando cerró la noche, la *Covadonga* encendió una luz a proa y tiró un cañonazo. Si el cañonazo era de socorro, era inútil, pues la mar estaba de tal manera furiosa, que cualquiera barca se hubiera

hecho mil pedazos.

II DOÑA BEATRIZ

La *Covadonga*, juguete de las ondas, empujada más de una vez a los arrecifes, estuvo a pique de ser hecha mil pedazos, pero el bravo marino español logró entrar al puerto, y frente del islote de San Juan de Ulúa dio fondo, amarrando su barco con dos gruesas y pesadas anclas. Continuó el recio viento parte de la noche, y el barco se mantuvo flotando y resistiendo el azote de las corrientes que se estrellaban contra sus costados, a pesar de las predicciones de todos los marinos y habitantes de Veracruz, que creían que de un momento a otro vendría a la costa; y se aprestaban a dar todo el socorro posible a los naufragos. Don Jerónimo cenó su pescado, bebió su vino en compañía del piloto, y volvió a la playa, donde permaneció toda la noche esperando de un momento a otro ver hundidos sus botes de azogue y sus almadanetas de fierro, y sobrenadando el cadáver del importante personaje que esperaba.

El día siguiente de esta cruel noche amaneció puro y brillante, el viento había caído y las ondas poco a poco fueron disminuyendo, de modo que a medio día se pudo barquear, y todos los botes que dejó en buen estado la tormenta volaron por la bahía, y como una parvada de pájaros que caen sobre los granos, rodearon a la nave española.

No es por cierto hoy Veracruz tan concurrido ni tan activo como otros puertos del Golfo y de las Antillas; pero en los tiempos a que nos referimos, la llegada de un barco era un verdadero acontecimiento: así, en cuanto la autoridad lo permitió, la cubierta se llenó de curiosos, y uno de los primeros que subió la escala fue nuestro conocido don Jerónimo, procurando indagar si venía su cargamento de fierro y azogue y el personaje distinguido a quien buscaba.

—Viene nada menos —contestó el piloto—, que un visitador; pero su esposa ha sufrido mucho en el temporal, y está desmayada o tal vez muerta en la cámara.

Nuestro hombre gordo, bien relacionado por una parte con todas las autoridades, y pesado y exigente por otra, se abrió paso por entre la muchedumbre, y saltando por sobre los cables y estorbos que había en la cubierta, logró penetrar en la cámara, y lo primero con que encontró su mirada fue a una mujer, y quedó como pasmado, sin poder articular palabra ni moverse en algunos minutos.

Era por cierto una mujer hermosa; y nada hay comparable a una mujer española cuando es joven y positivamente bella. La criatura que causó la admiración de don Jerónimo estaba medio acostada en un banco de la cámara, y su cabeza caía descuidadamente en unos cojines. Era de un blanco limpio, grandes ojos cerrados que sombreaban unas rizadas pestañas y coronaban dos arqueadas y sedosas cejas. Su boca entreabierta dejaba ver entre sus labios algo pálidos una dentadura fuerte y no muy pequeña, pero cincelada y lustrosa, y su largo y negro cabello ligeramente rizado, caía en un armonioso desorden realizando la admirable regularidad de sus facciones. El pecho, los hombros, todo ello formaba ondas y contornos suaves que dejaba adivinar un traje de seda, algo maltratado y húmedo, pero que parecía colocado de intento por un hábil artista. La casualidad, la fatiga, el peligro, su estado de dejadez y de abandono, todo cooperaba a aumentar la belleza de esa mujer.

Cuando don Jerónimo volvió de la admiración, procuró dirigirse al personaje que estaba cercano

a esa Venus que parecía que había dormido entre las blancas espumas y las verdes ondas de la mar.

—Señor —dijo—, veo que vuestra esposa ha sufrido mucho; y yo, sabiendo hace meses que debería venir de la corte un personaje tan alto, estoy encargado por mi primo Jerónimo Ruiz de la Mota, de ofreceros mi casa, mi persona y mis servicios.

El visitador se inclinó con dignidad. Era lo que podía llamarse un hombre, y no representaba más de cuarenta años; de tez un poco morena, de ojo pequeño y vivo, grandes entradas en la frente, y un pelo negro echado hacia atrás con desorden pero con gracia, daba a su fisonomía un aire de audacia y de superioridad que no dejaba de imponer. Sin contestar a don Jerónimo se acercó con afección a la dama desmayada, le compuso un poco los vestidos, le tomó el pulso, le puso la mano en el corazón, y después le acarició suavemente la frente.

—Es sólo un desmayo —dijo dirigiéndose al hombre gordo—. El temporal ha sido fuerte, y hemos estado a punto de naufragar. Los peligros y las aventuras se han hecho para los hombres, pero la naturaleza débil de las mujeres no puede sobreponerse al horror de una muerte próxima. Quizá en tierra recobrará sus sentidos, porque el olor de un barco no es el más a propósito...

—Es mi sentir, y vuestra señoría puede disponer de una buena barca que se portó ayer muy bien, pues salí con ella a encontrar a la *Covadonga*, y de verdad que sin Dios y mi piloto Antón, no tuviera hoy la honra de hablar con...

—El licenciado Vena, visitador de México.

—Por muchos años —contestó inclinándose el hombre gordo—; y su señoría dispondrá lo que hacer se debe.

En esto, la hermosa dama pareció volver en sí, abrió los ojos y se incorporó. Nueva admiración de don Jerónimo. Aquellos grandes ojos negros como el azabache despedían rayos de amor y de luz. Don Jerónimo se mordía los labios, mientras el licenciado envolvía en unas ropas a la encantadora mujer que había llegado a las Indias en medio de la más deshecha tormenta.

III EL VISITADOR

El licenciado Vena y doña Beatriz, que así se llamaba la dama, se hospedaron en la casa de nuestro don Jerónimo, que era un rico comerciante y que aventajaba mucho en sus negocios, agasajando cada vez que podía a los empleados y personajes influyentes que llegaban de España a la colonia.

Doña Beatriz volvió a caer en un desmayo al llegar a la habitación; pero los cuidados que le prodigaron dos criadas negras que tenía don Jerónimo, y más que todo, una buena taza de vino y algunos alimentos, la volvieron a la vida, pues lo que realmente tenía era que en cerca de treinta horas, por el mareo y el miedo no había comido. Así que estuvo repuesta y se encontró segura en una amplia y bien ventilada habitación, desde donde se veía el mar quieto, azul y brillante, sonrió y se dirigió al licenciado Vena, cuyas facciones denotaban una profunda tristeza.

—Es un placer, un placer que no tiene igual en la tierra, verse libre y segura después de una tormenta. ¡Qué noche, qué noche! Creo que si pienso más en ella me volveré loca.

El licenciado no le contestó, y continuó mirando distraídamente al mar. Beatriz, que lo observaba, cambió inmediatamente; bajó los ojos, y dos lágrimas silenciosas rodaron por aquellas

mejillas suaves, deteniéndose un instante en el suave vello que las hacía parecer como un terciopelo al través de la luz.

—No sé por qué —dijo—, daría yo la mitad de mi vida por verme en mi casa de Sevilla, al lado de mis flores, de mi madre, de Pilar mi hermana. La América nos ha recibido con una tormenta, y yo no puedo ver estas playas secas y arenosas, y estos arrecifes terribles, sin que se me cierre el corazón.

—Todo esto pasará, Beatriz —le contestó el licenciado saliendo de su distracción y procurando poner un semblante muy afable—. Dentro de pocos meses estaremos en Sevilla, en Granada, en Italia; pero no me hagas creer que te has arrepentido, porque eso sí me pondría de veras triste.

—Arrepentida, no; pero qué quieres; yo preferiría...

—Con mi marido no, nunca. Esta señal que tengo en el carrillo es una garantía segura de que nunca volveré ni a mirarle. Una sevillana ama, pero no perdona.

Beatriz tenía, en efecto, una pequeña señal en el carrillo izquierdo.

—Bien, bien —dijo Vena—, no hay que traer a la memoria recuerdos amargos. Pensemos en el porvenir, y es lo que nos toca.

—¿Traes tus cartas y tus provisiones? —le preguntó Beatriz.

—Precisamente las cartas del rey, no; pero bastan por ahora las instrucciones; y sobre todo, ¿quién puede dudar...?

Don Jerónimo tocó suavemente la puerta y anunció que el ayuntamiento quería felicitar al visitador y ponerse a sus órdenes. En menos de media hora el licenciado y doña Beatriz salieron elegantemente vestidos a la sala a recibir a la concurrencia.

Los miembros del ayuntamiento le presentaron un gran azafate de plata.

Una comisión del comercio que llegó después, le presentó a doña Beatriz, en una bandeja de oro, una sarta de gruesas perlas.

Las visitas y las comisiones se sucedieron unas a otras, y cada persona llevaba al visitador o a su esposa un objeto de valor o alguna curiosidad. Terminó la ceremonia, y el visitador y Beatriz pasaron al comedor, donde nuestro grueso y buen don Jerónimo tenía dispuesta una succulenta mesa.

Un correo se despachó a México avisando que el licenciado Vena, con *cartas y provisiones* del rey, muy importantes y secretas, había llegado a Veracruz, y dentro de pocos días pasaría a la capital.

En esa época era virrey don Antonio de Mendoza, hombre que poseía la confianza de la corte, que había gobernado perfectamente la Nueva España y que no tenía de esos enemigos tenaces y secretos que perdieron a Cortés más de una ocasión en el ánimo del soberano; así, la llegada de un visitador no dejó de chocarle; pero puesto que era un hecho que estaba en Veracruz, no había otro remedio sino recibirle y obedecer.

En cuanto a la audiencia, era otra cosa. Los oidores quizá no tenían tan limpia su conciencia, la noticia los puso en cuidado, y lo primero que trataron y convinieron entre sí, fue ganarse la confianza y protección del personaje.

IV LA AUDIENCIA

Vena y doña Beatriz salieron al cabo de ocho días de la Veracruz, llenos de plata, de oro y de valiosas alhajas, custodiados por cuarenta lanzas jinetas. El camino fue una perpetua ovación. Los caciques, los justicias, los vecinos principales salían a recibir a los nobles personajes, y los banquetes y los obsequios eran continuados. Llegado a México se alojó en una de las casas principales que los oidores le habían preparado, y a los tres días le mandaron respetuosamente pedir sus provisiones para darles cumplimiento.

El licenciado contestó con la mayor franqueza y naturalidad, que él no había traído las provisiones, porque el virrey Velasco que estaba para llegar, las tenía, y entonces serían vistas y cumplidas por todos los vasallos de su majestad.

La audiencia se dio por satisfecha: llamó al licenciado Vena a sus estrados, le dio asiento en ellos, y con la mayor escrupulosidad le estuvo dando cuenta e instruyendo de todos los negocios graves que había pendientes, procurando inspirarle una resolución favorable.

Las horas en que el licenciado acababa esos importantes quehaceres las empleaba en su casa en recibir a las personas más distinguidas. Los encomenderos y todas las muchas gentes interesadas en la *visita* le llevaban cuantiosos regalos de oro y plata para él, y de alhajas y perlas para doña Beatriz. A la segunda semana de haber llegado el visitador a México ya tenía un valioso tesoro, que reunido al de Veracruz, formaba un respetable capital bastante para vivir con independencia el resto de la vida.

Beatriz estaba rica: su hermosura deslumbró y causó sensación en México; pero cada vez estaba más triste, y raro día no dejaba de acordarse de su Sevilla y de derramar algunas lágrimas. El licenciado Vena la tranquilizaba y le aseguraba que antes de dos semanas estarían de vuelta en Veracruz y se embarcarían en la misma *Covadonga* que aún no se daba a la vela.

Un día, como de costumbre, el licenciado se fue a los estrados de la audiencia, y allí llegó un correo expreso enviado de Veracruz, que avisaba que el virrey don Luis Velasco había llegado.

Al escuchar esta noticia el licenciado se puso pálido, y un ligero temblor se observó en sus labios; pero los oidores nada advirtieron, y él tuvo tiempo de reponerse.

—Qué me place —les dijo—, que el buen don Luis haya llegado, y sin la tormenta que a mí me trajo a tierra. Quiera Dios que yo sin tormenta vuelva, y con el permiso de vuestras señorías mañana partiré a encontrar al virrey y a tomar las cartas y provisiones que me traerá, para que podamos continuar la visita para bien de su majestad y de sus reinos.

Los oidores ofrecieron sus servicios al visitador, y despidiéronse de él cordialmente, pues creían que con tanto presente que le habían hecho le tenían enteramente de su parte.

El licenciado salió de la audiencia precipitadamente, se dirigió a su casa y entró buscando a Beatriz.

—¡Estás demudado! ¿Qué te ha sucedido? ¿Estás enfermo? —le preguntó Beatriz.

—Más me valiera haber muerto —contestó el licenciado—. Corremos un gran peligro, y esta noche es necesario que salgamos de la ciudad. Nada me preguntes ahora, y recojamos nuestras joyas y nuestros tesoros.

LOS AZOTES Y LA LOCA

Don Antonio de Mendoza, que había siempre desconfiado, hizo regresar violentamente el correo a Veracruz para que preguntara al nuevo virrey lo que había.

Don Luis de Velasco contestó que no había tal visitador, que a su salida de España la corte no había tratado de mandar persona alguna, y que así ese licenciado Vena no era más que un impostor y un aventurero, y que él no traía para tal personaje cartas ni provisiones algunas.

Cuando los oidores supieron esta noticia, se mesaban los cabellos y pateaban de rabia. ¡Unos hombres tan severos, tan respetables como ellos, burlados y robados por un miserable!

El virrey Mendoza, tranquilo y sin darse por enojado, pues él jamás fue víctima de tal superchería, dictó enérgicas disposiciones, y las circuló a los justicias de la tierra para que aprehendiesen al falso visitador.

Don Gonzalo de Vetanzos, gobernador de Cholula, prendió en el momento de marcharse al licenciado Vena y a la linda sevillana, y los trajo a buen recaudo a México. El licenciado fue encerrado en la cárcel; la dama en una casa de confianza, y se recogieron las joyas, oro y plata que les habían regalado, devolviéndose a sus dueños.

En breves días se instruyó la causa, y el licenciado Vena fue condenado a diez años de galeras, y a recibir antes cuatrocientos azotes.

La misma multitud indolente y curiosa que se agolpó a ver la entrada solemne de la noble e interesante pareja, llenó las calles y los balcones para presenciar la cruel ejecución.

Un hombre, que se podía llamar hermoso, iba montado y atado en una bestia con albarda: llevaba las espaldas desnudas, pero su semblante era altanero y fiero, y desafiaba las miradas insolentes de la multitud.

El pregonero se detenía en cada esquina, y gritaba tres veces: Esta es la justicia que el rey manda hacer en el licenciado Vena, *por embaidor, por embaidor*.

Apenas acababa aquel funesto grito, cuando los verdugos descargaban con todas sus fuerzas diez varazos, contándolos con una especie de complacencia.

Cuando hubo la tumultuosa comitiva y el infeliz licenciado pasado cuatro esquinas, su brío se había acabado, la sangre corría escurriendo al suelo, y algunos pedazos de carne se levantaban de sus espaldas.

El pregón continuó, y los azotes también. En la sexta esquina una hermosa mujer apareció, encontrándose frente a frente con el azotado. Abrió los ojos, llevó la mano a los cabellos, y empujando a la multitud corrió por las calles dando lastimeros gritos. El licenciado la miró espantado, hizo un esfuerzo por romper sus ligaduras, pero un terrible azote del verdugo le hizo lanzar un gemido de dolor.

La historia no dice si el licenciado Vena murió en el suplicio o fue al fin llevado a galeras. Tampoco se sabe la suerte que corrió la hermosa sevillana, víctima de un extravío y de un amor desgraciado.

Pasados algunos años de este suceso, se refería por el vulgo que a las doce de la noche se aparecía la sevillana y corría por las calles dando gemidos tan dolorosos, que partían el corazón.

ALONSO DE ÁVILA

I PRÓLOGO. LA CONFESIÓN

En una noche oscura y lluviosa de fin de julio de 1564, víctima el virrey don Luis de Velasco de los más acerbos dolores que le ocasionaba una aguda enfermedad, entregaba su alma a Dios. A ese mismo tiempo, y entre las tres y cuatro de la mañana, un hombre envuelto en un raído y pardo ferreruelo, escurriendo por todas partes la agua que había mojado su sombrero y vestidos, tocaba con grande estrépito la portería del convento de Santo Domingo de México, y los golpes duros y compasados producían un eco triste en las calles solitarias y en las bóvedas y estrechos corredores del monasterio. Parece que el lego portero, que estaba dormido profundamente, era el único que no oía este ruido que sin interrupción continuaba, hasta que al fin una voz ronca y gruñona se escuchó del otro lado de la puerta, y al mismo tiempo una ventanilla se abrió y dejó pasar por sus pequeñas pero espesas barras de hierro un manojo de rayos de luz que fueron a iluminar las espesas y mojadas barbas del que tocaba.

—¿Quién es el imprudente que turba a estas horas el reposo de este convento, y qué quiere? —preguntó desde adentro el lego portero con visible mal humor.

—Su paternidad perdone. Soy Pero Ledesma, criado de mi señor Fortún del Portillo, que está en la agonía, y su alma no espera más que al muy reverendo padre fray Domingo de la Anunciación para irse al otro mundo.

—Eso es otra cosa, Pero —dijo el lego—, y todo lo que sea para la salud de la alma de tu amo que es bienhechor de nuestro convento, debemos hacerlo. Espera un poco y arrímate al marco de la puerta, pues parece que llueve fuerte.

El lego sonó un gran manojo de llaves, metió una de ellas en la chapa, y en pocos minutos el rechinado de la enorme puerta anunció que el criado de don Fortún tenía expedita la entrada del sombrío e inmenso monasterio.

—No hay que perder tiempo —dijo el lego, acomodando en la cintura el manojo de llaves y tomando en la mano una linterna que despedía una luz rojiza—; cuando se trata del alma de un cristiano y de un buen español, no hay que dormirse ni que perder tiempo.

Los dos personajes subieron la escalera y se internaron por los corredores oscuros, dejando el uno un rastro de agua y el otro una nube de humo denso que despedía la mecha del farol. Llegaron a la celda de fray Domingo, tocaron, y al escuchar el reverendo padre el nombre de Fortún del Portillo, se levantó resignado, se puso una montera que le cubría las orejas y los ojos, y envuelto en una especie de turca o sayal negro salió en compañía del criado, que encendió una tea de resina y le guió por las calles oscuras y llenas de charcos y de lodo, hasta la casa del moribundo y penado caballero.

Fortún del Portillo era hombre como de más de cincuenta años, cara larga, barba cerrada y cana. Los ojos eran hundidos, pero las enfermedades se los habían retirado casi hasta el cerebro. Sufría un ataque agudo del hígado y estaba ya sin aliento ni fuerzas tendido en su lecho y en los últimos instantes de su vida. La recámara estaba iluminada con velas de cera que ardían delante de diversas

imágenes de santos, y el cuello del paciente cubierto de reliquias y de escapularios. Luego que fray Domingo entró, todas las mujeres que asistían al enfermo y rezaban oraciones en coro se agolparon a su derredor y le besaron la mano. El reverendo mandó apagar algunas de las velas y retirar a todas las rezanderas.

—Vamos, señor Fortún, ¿qué es eso? Os creía, al contrario, muy aliviado... quizá Dios todavía hará un milagro —dijo fray Domingo acercándose a la cama del enfermo.

—¿Traéis los santos óleos? —respondió el enfermo con una voz trabajosa.

—No; y a fe que no os creía tan grave, y quizá...

—Dios me ha permitido —interrumpió el enfermo— que viva el tiempo necesario para que oigáis mi confesión, y ha querido salvar mi alma del infierno. Bendita sea su divina misericordia.

—Confiad en Dios —replicó fray Domingo; y quitándose su negra capa, arrimó junto a la cama un tosco sillón y se dispuso a oír la confesión del enfermo, el cual, por su parte y con mil esfuerzos, se incorporó y se acercó lo más posible al confesor.

—¿Creéis que su divina majestad me perdonará? —preguntó el enfermo después de haber confesado sus culpas.

—Si os arrepentís sinceramente, tendréis el cielo seguro, pues Dios perdona los más grandes pecados.

—¿Creéis, padre, que haría bien, para descargo de mi conciencia, en dejar para concluir la fábrica de las capillas, alguna parte de lo poco que Dios me ha dado en esta tierra?

—Seguramente —contestó fray Domingo—. Todo eso es grato y meritorio a los ojos de Dios.

—Es que —continuó el enfermo con una voz que con esfuerzo le salía ya de la garganta— tengo otro pecado tan grande, tan horrendo, que dudo que Dios me lo perdone aun cuando dejara todo mi caudal al convento.

—No hay que blasfemar ni dudar un solo instante de la misericordia de Dios, que es infinita —interrumpió el padre con entusiasmo—. Vamos, no hay que tener empacho ni vergüenza a la hora de la muerte. Decid, depositad vuestro secreto en este Santo Tribunal.

El padre se acercó de nuevo al enfermo, y éste le habló un momento en voz muy baja.

—¡Jesús! —exclamó fray Domingo dando involuntariamente un salto del sillón—; ¿y todo ello es verdad?

—Tan verdad, padre, como que dentro de poco he de comparecer ante la presencia de Dios.

—Es muy grave, muy grave todo eso, y no hay que perder tiempo —y en esto buscó su sayal negro y caló de nuevo la montera.

—¿No me absolvéis? ¿Me cerráis las puertas del cielo? ¿He de morir así como un hereje, sin esperanza ninguna? —dijo el enfermo con las lágrimas en los ojos.

—Es verdad, es verdad —dijo fray Domingo—; pero os absuelvo con una condición.

El padre se acercó al enfermo y mediaron algunas palabras. Después con toda solemnidad le dio la absolución, y apenas hubo tiempo, pues Fortún del Portillo hizo un gesto supremo, se volvió del otro lado, sus ojos se cerraron y su alma voló a la eternidad.

Fray Domingo, preocupado con las últimas palabras que le dijo el moribundo, apenas acertó a rezarle las últimas oraciones de la Iglesia, avisó a los deudos, que entraron arrojando lastimosos lamentos, mientras el reverendo salió a la sala y se comenzó a pasear hablando solo y haciendo

diversas señas y ademanes con las manos. Parecía que se había vuelto loco.

Luego que amaneció se envolvió en su turca, y sin despedirse de nadie salió precipitadamente a la calle, se dirigió al palacio y encontró allí una multitud de gente que lloraba y se lamentaba amargamente. Era que el virrey había muerto casi a la misma hora que Fortún del Portillo.

—No hay otro remedio —dijo en voz baja fray Domingo—, sino dirigirse inmediatamente al visitador Valderrama. Y sin entrar en su convento tomó el rumbo donde vivía este célebre e importante personaje.

II EL MARQUÉS DEL VALLE

En la época en que va a comenzar la acción del drama histórico que en compendio vamos a referir, la muerte y el tiempo habían ya arrebatado y reducido a polvo a los personajes que por un momento hemos animado en nuestros primeros capítulos y presentado como figuras principales en el gran acontecimiento de la conquista. Los reyes aztecas y texcocanos habían sido inhumanamente matados por sus conquistadores, y los conquistadores matados también por ese secreto impenetrable que se llama muerte, y que a cierto tiempo nivela al opresor y al oprimido, a la víctima y al verdugo. El gran *Tonatiuh* había muerto desbarrancado en Mochitilte, y su mujer ahogada el mismo día por un volcán en Guatemala; el conquistador don Hernán, aislado y despreciado de la corte, había exhalado como cualquier miserable su postrer suspiro en un pueblacho solitario y oscuro de España; en una palabra, la generación terrible de los primeros conquistadores se había extinguido en cosa de cuarenta años, y sus hijos y deudos eran los que se disputaban los honores, el mando supremo y las más bellas porciones del territorio mexicano. [14]

En principios del año de 1563 un grande acontecimiento ocupó a los habitantes de la nueva colonia, y aun no dejó de alborotar también a los indígenas, que esperaban siempre con la llegada de un nuevo gobernante, que empeorase su situación. En esta vez se trataba de una persona cuya tradición era respetada de los indios mexicanos.

Don Martín Cortés, hijo del conquistador y de la noble señora doña Juana de Zúñiga, después de haber servido al sombrío monarca que tenía el nombre de Felipe II, y de haberse salvado de grandes peligros en la batalla de San Quintín, regresaba a su patria a disfrutar de los honores y de las riquezas que le había dejado su padre. Era señor de Tlapacoya y de Cuilapa, de Mexicapa, de Coyoacán, de Cuernavaca, de Charo, de Toluca, de Tuxtla, y a tantos bienes y vasallos reunía el título de marqués del Valle de Oaxaca. Sus riquezas, entonces inmensas, el favor de que gozaba en la corte, sus aventuras novelescas de la juventud, su figura imponente y arrogante que recordaba la del gran conquistador, y el estar enlazado con doña Ana Ramírez de Arellano, señora de muchas prendas y clara nobleza, le dieron tal prestigio, que México le vio, si no como el verdadero monarca de este reino, al menos como su más fiel y respetable imagen.

El marqués puso además de su parte cuanto le fue posible para sostener esta reputación y esta grandeza. Su casa era a la vez un palacio y un castillo. Pajes con ricas y doradas libreas, criados negros, indígenas y españoles vestidos de diferentes y vistosos trajes, y damas hermosas e indias nobles que servían a doña Ana con el mismo respeto que a una reina. El aspecto militar era todavía

más imponente. Muchas piezas de artillería se veían en el espacioso patio, compañías de jinetes y de arcabuceros estaban continuamente de facción, como si fuese una plaza de guerra, y en las noches se veían brillar entre las almenas, con los rayos de la luna, los cascos de los soldados que con una enorme lanza hacían la guardia. Cuando el marqués salía a la calle lo hacía regularmente en un soberbio caballo de Andalucía enjaezado con seda, oro y terciopelo. Se hacía preceder de un paje con la celada en la cabeza y una gran lanza enarbolada, y era seguido de muchos caballeros que eran sus amigos, cada uno de los cuales llevaba su servidumbre, y el conjunto formaba una brillante cabalgada que levantaba torbellinos de polvo, hacía resonar las toscas piedras de las pocas calles que había entonces empedradas, y pecheros y nobles y caciques salían de sus habitaciones a contemplar con una mezcla de curiosidad y de miedo al rico y poderoso marqués del Valle. Tales eran los espectáculos y las cosas que llamaban la atención en esos tiempos en la noble y leal ciudad de México, a medio reedificar todavía, y muy distinta de lo que es hoy, según más adelante diremos para la inteligencia de nuestros amables y benévolo lectores.

III LOS HERMANOS

Era un espacioso salón tapizado de seda color de grana hasta la altura de dos varas. Pesados escaños y toscos sillones cuyos brazos y pies se formaban de cabezas y garras de leones, y labrados de oloroso bálsamo, estaban colocados contra las paredes y cubrían todo el espacio donde no había balcones o puertas. En el fondo había una imagen de Cristo crucificado, y del techo pendían tres arañas enormes de plata. El suelo estaba cubierto con alfombras venecianas y con mantas bordadas de fuertes colores, testimonio todavía patente de la industria y civilización de la raza indígena. Al entrar en esta pieza no se sabía acertivamente lo que era; pero más tenía trazas de templo que de habitación profana dedicada a los saraos y banquetes.

En este salón se hallaba el marqués paseándose de un extremo a otro, con la cabeza baja, un dedo en la boca, y con muestras de que una idea fija le preocupaba. A pocos momentos se presentó don Martín Cortés, hijo del conquistador y de la hermosa doña Marina, llevando en su ferreruelo la roja Cruz de Santiago. Detrás de don Martín Cortés se entraron silenciosamente en el salón dos caballeros: el uno era don Luis Cortés, hijo también del conquistador y de doña Antonia Hermosilla, y el otro Alonso de Ávila. Era éste un mancebo de cosa de veinticinco años, hermoso y gallardo, de ojos negros y chispeantes, de frente ancha, de nariz larga y de boca grande, sombreada por un negro bigote con las puntas retorcidas hacia arriba. Hablaba con entusiasmo y viveza, era pronto y rápido en los movimientos, accionaba mucho, y su mano derecha la llevaba frecuentemente al pomo de su larga espada, porque era pendenciero y calavera, y manejaba con garbo y destreza las armas y el caballo: vestía un capellar de damasco encarnado bordado de plata, que tenía una capucha a la usanza morisca para cubrir la cabeza, un corpezuelo de una tela de seda tejida con plata y oro, y unas calzas de terciopelo negro.

Los tres caballeros, que como hemos dicho llegaron casi al mismo tiempo, observando la distracción del marqués se quedaron en pie y guardaron silencio; pero éste, al volver del extremo de la sala los miró, y desarrugando su faz sonrió y les tendió la mano.

—¡Hermanos! ¡Alonso! ¿Sabéis ya la buena noticia?

—Precisamente nos han dicho...

—Que la marquesa acaba de dar a luz con toda felicidad dos gemelos, ¿no es verdad?

—Me habían dicho que uno sólo —interrumpió Alonso.

—Dos, por el beneficio de Dios —contestó el marqués—, y ya veremos para después como son tan grandes como su abuelo y tan ricos como su padre. Lo que me preocupaba ahora enteramente, eran las solemnidades del bautismo. Quiero que haya unas fiestas verdaderamente reales, y que...

—*Reales* son todas vuestras cosas, marqués —interrumpió Alonso de Ávila—, y *reales* las hemos de volver de tal manera, que las majestades *reales* queden asombradas de lo que aquí va a pasar.

—Quedo, quedo —dijo el marqués poniéndose un dedo en la boca y cerrando la puerta; y luego, dirigiéndose a los caballeros, continuó—: Sentaos y evitemos las ceremonias, pues que todos somos hermanos, y por tal tendréis siempre a mi fiel amigo Alonso de Ávila.

Los caballeros, llamándose hermanos y estrechándose las manos, se sentaron a departir con la mayor confianza.

—¿Sabes, marqués —dijo Alonso—, que tengo un gran cuidado?, es decir, de los cuidados que me dan risa y que a veces torno en placeres con mi espada.

—¿Algún duelo, alguna dama infiel, algún amor nuevo? —preguntó el marqués.

—Nada de eso, pero quizá otra cosa más grave. No sé por qué tengo idea de que el juego de pelota, de dados y de naipes que he puesto en mi casa con el intento de crearme partidarios y disimular nuestras reuniones, ha sido denunciado al visitador Valderrama, y tiene ya los hilos de la conjuración.

—Nada es más cierto —repuso el marqués—, pero no te inquietes por eso; mi enemigo el virrey es ya muerto, y Valderrama no ha dado importancia a la denuncia y todo me lo ha confiado. Por mi parte, y como que vive en mi casa, tengo que hablarle frecuentemente; lo he tranquilizado de tal manera que ni se acuerda del asunto.

—¿Y la audiencia, sabrá algo? —preguntó el hijo de doña Marina.

—Por la mirada torva y la maliciosa sonrisa que observé en el oidor Ceynos cuando lo encontré ayer, creo que nada ignora de cuanto está pasando —interrumpió don Luis Cortés.

—Y qué tenemos que cuidarnos de semejantes antiguallas —exclamó don Alonso—. ¡Por Santiago! Que entre mi hermano Gil y yo acabaremos a estocadas con esos viejos pergaminos.

—Calma —contestó el marqués—, y ocupémonos del bautismo de los gemelos, porque precisamente en medio de las festividades organizaremos de tal manera nuestros negocios, que la tierra quede por nuestra, y libre de la tiranía de España y del despotismo de los oidores y visitantes. Lo que el padre quiso dar al rey, el hijo no lo quiere confirmar.

—No hay que perder momentos —dijo don Luis Cortés—, y sepamos cómo tienen de pasar esas fiestas del bautismo.

—En primer lugar —contestó el marqués...

En esto se escuchó en la calle el ruido seco y estridente de espadas que se chocaban, y llegaron al salón gritos descompasados de los que pedían favor.

Oír el rumor y correr los tres caballeros con tizona en mano, todo fue uno. El marqués tomó su

sombrero y su espada, y los siguió de lejos hasta la calle de Martín de Aberraza, donde ya reñían furiosamente los dos hermanos Bocanegra y Hernando de Córdova de una parte, y Alonso de Cervantes, Juan Valdivieso, Nájera, Juan Juárez y Alonso Peralta de la otra. La justicia había acudido y levantaba en ese momento a Cervantes que había caído atravesado de una estocada. El marqués tomó la defensa de los Bocanegra, y la pendencia habría comenzado de nuevo, a no ser porque los alguaciles rogaron al marqués y a los amigos que evitasen un disgusto en los días de un acontecimiento tan fausto. Envainaron todos las tizonas, los corchetes cargaron al herido, y el marqués y sus hermanos, sin ocuparse ya del suceso, regresaron tranquilamente a la casa, y se dedicaron a discutir y fijar lo que ahora llamaríamos el programa de las solemnidades para el bautismo de los recién nacidos.

IV EL BAUTISMO

Es necesario decir algunas palabras para explicar al lector cómo estaba la parte de la ciudad donde pasan las escenas que hemos referido y las que aún falta que contar.

El palacio actual fue edificado por Cortés en el mismo lugar donde estaba la casa de Moctezuma. Tenía cuatro torreones, dos puertas al frente y su balconería. No tenía añadidos, como hoy, ni la casa de moneda ni los cuarteles. Don Martín Cortés lo vendió al rey de España en cosa de treinta y cinco mil pesos, y poco antes de que pasaran los sucesos de que nos ocupamos, el virrey, la audiencia y otras oficinas se habían trasladado al palacio, pues antes residían en las casas que se llamaban del Estado.

La Diputación no tenía portalería. Era un edificio sólido y triste con dos baluartes. En la plaza que es hoy del mercado, había una construcción de paredes altas sin balconería y con raras y estrechas ventanas, propiedad del conquistador, y donde se alojaban los indios de Coyoacán cuando venían a verle. El lugar que ocupa hoy la Universidad era un pantano inmundo, y un canal venía pegado al costado del palacio y se prolongaba hasta el callejón de Dolores, donde está hoy la casa de Diligencias. Los portales de las flores, el de la fruta y otros dos pequeños, estaban edificados y tenían unas escaleras que descendían al canal, y allí las canoas y piraguas desembarcaban sus efectos. Las casas de Cortés ocupaban todo lo que hoy se llama el Empedradillo, y daban vuelta por Tacuba, donde se encontraba la tapia de una huerta inmensa. El frente de estos palacios era como el de un castillo, con torres en las esquinas y almenas en las azoteas.

La catedral actual se comenzó a edificar posteriormente, y entonces había un templo pequeño que llamaban la Iglesia Mayor, y en la esquina frente al castillo del marqués parece que había una torre aislada que llamaban la Torre del Reloj. En la esquina de la primera calle del Reloj, y que se llamaba de Ixtapalapa, donde ahora está la botica de Cervantes estaba la casa de Alonso de Ávila, formada en su mayor parte con las piedras labradas y con los ídolos de los templos mexicanos que estaban situados a poco más o menos en donde es hoy la calle de Santa Teresa. La plaza mayor se formaba con estos edificios y estaba despejada y con un piso de tierra, con excepción de algunos tramos cercanos a las casas, que estaban cubiertos con los restos de las losas y piedras de los templos aztecas. Esta topografía, enteramente distinta de la que nos presenta hoy la plaza y sus

cercanías, nos permitirá tener una idea más aproximada del carácter de las festividades que se dispusieron para el bautismo de los dos gemelos.

El aparato real que combinó el marqués con sus hermanos y amigos, se desplegó en toda su magnificencia el 30 de junio de 1566, que fue el señalado para el bautismo. Se construyó un primoroso tablado de cuatro varas de alto y seis u ocho de ancho, por donde podía pasar todo el acompañamiento desde el interior de la casa del marqués hasta la Iglesia Mayor. Los padrinos fueron don Luis de Castilla y doña Juana de Sosa su mujer, y echó la agua a los gemelos el deán don Juan Chico de Molina. Al salir la comitiva se disparó toda la artillería que se había sacado a la plazuela, y al regresar se repitió la descarga. En seguida, doce caballeros armados de punta en blanco hicieron sobre el tablado un torneo y lucharon valerosamente, dejando asombrada a la multitud por el brillo y riqueza de sus armaduras y por su destreza en manejar las armas.

La plaza mayor se convirtió, como por encanto, en un espeso bosque donde se veían altos cedros, encinas y otros árboles de la montaña; cerróse completamente con altas cercas de césped, y allí se pusieron venados, liebres, codornices y cuanto animal se pudo recoger, y diestros cazadores vestidos a la usanza indígena organizaron una partida de caza que divertía a todo lo más granado de la nobleza que en los balcones gozaba de la extraña novedad de este espectáculo. En la puerta principal de la casa del marqués, había de un lado un enorme tonel lleno de vino tinto, y otro de vino blanco en el extremo opuesto. Dos criados negros daban de beber a todo el pueblo, que entrando al patio cortaba en seguida grandes rebanadas de un toro asado, que entero y de pie estaba colocado en el centro. Este banquete se renovó constantemente durante ocho días. Excusado es decir que el pueblo ocioso entusiasmado y sorprendido con festividades que antes no se habían visto y que no se volverán a ver otra vez, pasó una semana entre la borrachera, la alegría, el juego y el amor, pues la situación entonces de la ciudad, los tablados y bosques artificiales y la holganza extraordinaria, favorecían toda clase de desvarios y de ilícitas alegrías. En medio de esta continua orgía solían aparecer tres bultos silenciosos envueltos en negros ferreruelos, que todo lo observaban y que de vez en cuando se descubrían un poco, y arrojaban con sus ojos, luminosos como los de las hienas, amenazantes miradas a la juventud alegre, bulliciosa y elegante que rodeaba al marqués. Cuando se buscaba con más empeño a estas tres sombras entre la multitud, desaparecían como si una hechicera invisible los arrebatara repentinamente por los aires.

V

LA ORGÍA Y LA CONSPIRACIÓN

Mientras el pueblo se divierte sin apercibirse del verdadero motivo de tanta bulla y de tanta fiesta, es necesario que entremos otra vez al interior de la casa del marqués y asistamos a uno de los espléndidos banquetes en que se regalaba la nobleza, mientras el pueblo comía sus trozos de toro asado.

El comedor era un salón que tenía más de veinticinco varas de largo y siete de ancho, con los techos formados con vigas labradas de oloroso cedro; pero al entrar en la noche, era necesario ponerse la mano en los ojos para no cegar con los reflejos de tantas vasijas, platos y vasos de plata y oro como estaban colocados en los aparadores que cubrían la pared, casi hasta el labrado artesón.

Entraron al comedor en una de esas noches, don Martín y don Luis, que eran hombres por temperamento quietos, pero que a la sazón tenían que seguir la corriente de los acontecimientos, y no veían tampoco con indiferencia que su hermano llegase a ser el rey y señor de la Nueva España. Tras de ellos fueron entrando sucesivamente don Luis y don Lorenzo de Castilla, don Lope de Sosa, don Hernán Gutiérrez de Altamirano, don Diego Rodríguez Orozco, don Bernardino Pacheco de Bocanegra, don Fernando de Córdoba y otra multitud de caballeros, todos amigos y partidarios del marqués. Aún no se acababan de reunir y se saludaban y dábanse las manos, cuando entró éste.

—Extraña sorpresa —dijo, echando una mirada a la espléndida mesa que estaba ya puesta y aderezada.

—Seguramente es invención de Alonso de Ávila —dijo don Martín—, y no sabemos cómo completará esta festividad tan extraña.

—Por Dios —exclamó don Hernán Gutiérrez—, que esta vajilla con ser de tierra no es menos curiosa que la de plata.

El marqués y sus amigos se pusieron a examinar la vajilla que por orden de Ávila se había construido, y era toda de barro tan primorosamente labrado, que cada pieza era curiosidad digna de un museo. Este servicio de mesa, hecho por los indígenas mexicanos, había sido sustituido al de plata del marqués que se hallaba distribuido en los aparadores, con excepción de una primorosa taza de oro que tenía la forma de una corona, y que estaba intencionalmente colocada en el lugar preferente de la mesa en que debía sentarse el marqués del Valle.

Cada uno decía algo a propósito del servicio indígena, cuando se presentó un paje que habló al oído del marqués y salió inmediatamente.

—Por mi fe, caballeros —dijo el marqués—, que no sé lo que Ávila tiene dispuesto; pero sea lo que fuere, él nos manda la orden de que nos sentemos a la mesa, y debemos obedecerle.

Todos los caballeros que hemos mencionado, el deán Chico de Molina y otros más que habían entrado tomaron sus asientos y comenzaron a comer y a catar los ricos y exquisitos vinos españoles de que tan bien provistas estaban las bodegas del palacio.

Escuchóse el ruido del teponaxtle y de otros instrumentos indígenas, y casi al instante fue entrando al comedor el emperador Moctezuma, los reyes de Texcoco y Tlacopan y multitud de caciques nobles vestidos con tal propiedad, que si don Hernán hubiese resucitado, trabajo le habría costado reconocer a los españoles bajo el disfraz indígena. Alonso de Ávila desempeñaba el papel del emperador azteca, y sus amigos el de los reyes y nobleza mexicana.

Saludaron al marqués con la ceremonia indígena, se confesaron sus vasallos, le reconocieron como a su único y legítimo soberano. El fingido Moctezuma puso en el cuello del marqués un sartal de flores y de joyas de gran valor, y los reyes colocaron en la cabeza del marqués y de la marquesa que se hallaba en una pieza inmediata, unas coronas de laurel, y luego en coro toda aquella loca y alegre mascarada azteca dio un grito diciendo: «¡Oh! ¡Qué bien les están las coronas a vuestras señorías!»

Acabada esta ceremonia se incorporaron a los convidados y se sentaron a comer. El vino circuló con profusión, los brindis comenzaron y las conversaciones no tuvieron freno.

—No hay que perder un momento más —dijo Ávila—; días y semanas han transcurrido, y nosotros llenos de miedo por tres viejos estantiguas.

—Al infierno con ellos —interrumpió Gutierre.

—¿Todos son de los nuestros? —preguntó don Luis de Castilla.

Alonso de Ávila se levantó, recorrió uno a uno a los convidados, y luego volvió a sentarse diciendo: podemos hablar; todos somos los de la familia del marqués.

—¿Por fin se ha convenido en algún plan? —interrogó Nuño de Chávez.

—Está definitivamente fijado, y voy a explicarlo en dos palabras, pero con la copa en la mano y brindando por el legítimo y futuro soberano de México.

Todos se levantaron, y un grito de aprobación y de júbilo se escuchó en el palacio. El marqués se puso un poco encendido, sonrió, bajó los ojos y dijo a su compadre Castilla que estaba junto de él:

—Es todo una chanza, un juego, una diversión de mis amigos...

—Veamos el plan —dijeron varios.

—Silencio —dijo Ávila—, y caiga la maldición de Dios y la excomunión de la Iglesia sobre el que revele a los enemigos una sola palabra de lo que aquí va a decirse.

Los caballeros se pusieron en pie y llevaron la mano al puño de su espada.

Alonso de Ávila hizo sentar a los convidados, y él en pie comenzó a hablar:

—Los encomenderos todos están en nuestro favor, porque van a ver perdidas sus riquezas con las nuevas leyes de España; los indígenas veneran la memoria del conquistador y aman al marqués; la juventud y la nobleza adora al que es el modelo de la caballería: conque si con tales cosas contamos, ¿por qué hemos de sufrir por más tiempo el yugo y la dependencia de España? Hagámonos *señores de la tierra* que nuestros padres conquistaron con su sangre, dictemos leyes para nuestra felicidad, sacudamos la tiranía y arrojemos a todos esos virreyes, oidores y visitadores que vienen a poner el pie en nuestros cuellos. ¡Viva la independencia, viva el marqués del Valle, nuestro señor!

Alonso bebió hasta la última gota del vino que tenía en un gran jarrón, y lo mismo hicieron todos los demás, secundando el brindis con estrepitosos aplausos.

—Aún no he concluido —gritó Alonso de Ávila así que se hubo restablecido el silencio—. Todo está fijado para el día de San Hipólito mártir, en que sale del palacio la procesión del Pendón. Se está construyendo un gran navío que se colocará en la plazuela como una de tantas cosas de la solemnidad de la toma de México; pero ese navío estará como el caballo de Troya, preñado de soldados, y también meteremos unas cuantas piezas de artillería. Cuando los oidores pasen por la esquina de esta casa donde está la torre, don Martín descenderá como para atacar a los del navío, y en medio de esta farsa caeremos sobre los oidores, y matándolos echaremos sus cadáveres al canal o a la plaza. Una campanada del templo mayor avisará a los hombres de armas que tendremos en la calle y se encargarán de dar muerte a don Luis y a don Francisco de Velasco, a los oficiales reales y a todas las personas que se opongan a la rebelión. Una capa encarnada que moverá en la azotea del palacio el licenciado Espinosa, será la señal para el toque de las campanas, y a ese mismo tiempo se pondrá fuego al archivo y a todas las oficinas para que no quede ni el nombre del rey de Castilla.

Los convidados quedaron mudos; el prospecto de incendio, de sangre y de asesinatos había hecho pasar alguna cosa como un viento frío en sus frentes ya ardorosas por el licor.

—¿Tendremos miedo? —preguntó fieramente Alonso de Ávila encarándose con los convidados.

La palabra miedo pronunciada entre hidalgos españoles hizo cambiar la escena.

Todos llenaron sus vasos, bebieron y brindaron de la manera más terrible. Realmente hacían

bien; el único poder armado en México era el marqués. ¿Qué podían hacer tres viejos hurones metidos en sus casas y retirados del centro de la ciudad?

El deán Chico de Molina se levantó, y pidiendo la atención y el silencio, tomó solemnemente la taza de oro y la puso en la cabeza del marqués, diciéndole: «¡Qué bien que le está a la cabeza de vuestra señoría!»

—Chanzas, chanzas todas —dijo el marqués dirigiéndose de nuevo a su compadre don Luis de Castilla, y quitándose modestamente la taza de la cabeza, la llenó de vino y bebió.

—A las chanzas pesadas —dijo don Luis de Castilla, y bebió también.

El entusiasmo no tuvo límites, los brindis siguieron hasta la media noche, pero al fin se levantaron los manteles, y los caballeros que tenían sus escuderos y sus corceles en los patios, montaron a caballo y formaron una rica y costosa *Encamisada* recorriendo y alborotando la ciudad con hachas encendidas y combatiendo y tirándose con *alcancías*, que eran unas bolas de barro rellenas de harina o ceniza.

De en medio de este torbellino de borrachos alegres y de atrevidos conspiradores, se deslizaban de vez en cuando unas figuras negras y misteriosas que desaparecían apenas alguno fijaba en ellas sus ojos. El marqués observó algo de esto una ocasión, y sintió, sin saber por qué, un ligero calosfrío.

VI LOS OIDORES

Terminadas las espléndidas fiestas del bautismo de los dos gemelos, la ciudad volvió a su estado aparente de quietud y monotonía, el bosque desapareció de la plaza, y la casa del marqués era únicamente visitada por sus hermanos y por uno que otro caballero de su intimidad. Los conspiradores se reunían de noche en la casa de Alonso de Ávila. Su hermano Gil González apenas había tomado parte en todo esto, y permanecía fuera de México la mayor parte del tiempo cuidando una encomienda.

Los únicos que todo lo sabían, que todo lo observaban, eran los oidores, que eran en ese tiempo el doctor don Francisco de Ceynos, don Pedro de Villalobos y don Jerónimo de Orozco. Reuniéronse un día en la audiencia, que era un departamento oscuro y sombrío del palacio, cuyas ventanas daban a los sucios albañales que había donde después se construyó el mercado y la Universidad.

—Supongo que todo lo sabéis —dijo el doctor Ceynos arrugando las cejas, despidiendo al alguacil que estaba en la puerta y cerrándola.

—Todos los fieles vasallos de su majestad hemos presenciado el escándalo de los desleales y traidores que quieren alzarse con la tierra —dijo Orozco—; pero ¿cómo hacer, cuando ellos tienen las armas y la fuerza, y a los encomenderos y a los mismos indios de su parte? Nosotros realmente somos impotentes y estamos odiados.

—No hay más remedio que ahorcarlos a todos —interrumpió Villalobos.

—Es lo mismo que yo había pensado, y todavía más, lo he dispuesto así, y salvo la opinión de vuestras señorías, lo haré como lo digo —contestó el doctor Ceynos—. Desde que el reverendo fray Domingo de la Anunciación me reveló la confesión de Fortún del Portillo, que era nada menos que el

encargado de asesinarlos, he seguido los pasos del marqués y de los Ávila, y hoy puedo decir todo lo que está preparado para el día de San Hipólito mártir. Aquí tenemos también la denuncia de Velasco y de Villanueva.

—Nosotros lo sabemos también todo, quizá lo hemos oído a esos insolentes borrachos que se regalaban en casa del marqués; pero repetimos, ¿cómo hacerlo?

—Voy a decirlo; y si tenéis valor, fe en la justicia y amor a nuestro soberano, no se necesita más sino que juguemos la partida. Bien sé que se corre riesgo, pero también es nuestra única salvación, porque de lo contrario, un día u otro seremos asesinados.

—Seguiremos la suerte de nuestro presidente —dijeron los dos oidores.

—Ha llegado un navío a Veracruz con pliegos de España.

—Lo sabemos.

—Pues no hay más camino, sino llamar al marqués hoy mismo a la audiencia, diciéndole que el rey manda que ciertos pliegos se abran en su presencia. Una vez que esté aquí, le prenderemos.

Los dos oidores se levantaron de su silla, sorprendidos de tanta audacia.

—Y le degollaremos en seguida, lo mismo que a todos los demás. Aquí tenéis la lista de los conjurados, todos deben reducirse a prisión en un mismo día y a una misma hora; de lo contrario somos perdidos: uno solo que quede, alborotará la ciudad, sacará la artillería de la casa del marqués, y sus criados bastarán para arrollarnos.

—¿Tenéis gente dispuesta? —preguntó Villalobos.

—Poca, pero decidida y bien pagada —contestó Ceynos— y además cuidan del lance enemigos personales de los Ávila, de los Bocanegra y del marqués; no nos faltarán.

—Entonces manos a la obra —respondió Villalobos— y no hay que pensarlo mucho.

Un atento recado al marqués del Valle hizo que éste, o ajeno de la celada que se le tendía, o demasiado confiado, acudiera inmediatamente.

Luego que se presentó en la sala le ofrecieron con mucha cortesía un asiento, mientras otro de los oidores mandó ocupar las puertas con la gente armada, que de antemano había preparado Ceynos.

Villalobos se dirigió al presidente, diciéndole:

—Mandad lo que deba hacerse.

El doctor Ceynos se volvió resueltamente al marqués, y le dijo con voz amenazadora: «Dáos preso por el rey.»

—¿Por qué tengo de ser preso? —contestó don Martín levantándose de su asiento y mirando a las puertas.

—Por traidor a su majestad —replicó Ceynos.

—¡Mentís! —interrumpió el marqués ciego de ira y echando mano a su estoque—; yo no soy traidor al rey, ni los ha habido en mi linaje.

Villalobos y Orozco se sobrecogieron creyendo que había llegado el último trance de su vida; sólo el doctor Ceynos clavó una mirada fija y fiera en el marqués, e hizo seña a los soldados que se acercasen.

El marqués reflexionó, envainó el estoque, y pálido como la muerte, entregó sus armas.

—Un momento —dijo—, y estoy a vuestras órdenes.

Retiróse a un rincón de la pieza y murmuró algunas palabras como una plegaria. Fue la promesa

que hizo, si escapaba con vida, de dar de comer a un número de presos ese mismo día de cada año. El marqués fue llevado a una pieza que en el palacio estaba dispuesta de antemano por Ceynos.

A la misma hora fueron aprehendidos don Martín y don Luis Cortés y todos los convidados alegres a quienes hemos conocido en el magnífico comedor de las casas del Empedradillo. No escapó, ni por su carácter sacerdotal, el deán Chico de Molina, que fue reducido a una estrecha prisión en la torre del arzobispado.

VII LOS DEGOLLADOS

El 3 de agosto de 1566, víspera de Santo Domingo, a las siete de una oscura y lúgubre noche, una comitiva fúnebre se dirigía a la plaza mayor. Alonso de Ávila iba montado en una mula con unos grillos en las manos; estaba vestido de negro, y una ropa o turca de damasco pardo, con gorra de terciopelo con una pluma negra, y una gruesa cadena de oro en el cuello. Su hermano Gil González, ajeno a la conspiración, como hemos dicho, iba vestido de pardo y montado en otra mula. Eran seguidos de muchos guardias armados y de alguaciles con teas encendidas, y el verdugo, enmascarado, con una enorme hacha en el hombro, precedía muy de cerca a los presos.

Junto a las casas de cabildo estaba un tablado cubierto de paño negro, y alumbrado con la trémula y escasa luz de algunas hachas; lo custodiaba la gente de la audiencia, y al derredor la población entera, amigos y enemigos confundidos en la dudosa sombra, aguardaban mudos y sombríos el desenlace del terrible drama. Ayudados por sus confesores, los Ávila subieron al tablado. Alonso confesó allí ser cierta la conspiración, con palabras que revelaban la proximidad de la muerte, y las últimas oraciones no terminaban cuando el verdugo levantó en el aire su terrible hacha, la que zumbando trozó la cabeza del apuesto y gallardo joven, y lo mismo pasó con el inocente Gil González, quedando aquel paño fúnebre humedecido con la sangre de los dos alegres y bravos convidados del marqués del Valle.

Los cuerpos mutilados se llevaron por un sacerdote y dos hombres, a la luz de un opaco cirio, a la iglesia de San Agustín, y las cabezas amanecieron al siguiente día clavadas en unas picas en lo alto de los torreones de la Diputación.

Manuel Payno

DON MARTÍN CORTÉS

Mandaré decapitar
a todos los sospechosos,
con suplicios espantosos
haré a México temblar.

Rodríguez Galván, *Muñoz*

I LA FLOTA

En alguno de los artículos anteriores hemos dicho que la entrada de un barco al puerto de Veracruz, que era el único por donde se hacía el comercio en la Nueva España, era un acontecimiento. La llegada de las flotas que comenzaron a venir con regularidad desde 1561, llenaba de júbilo a los habitantes. Las noticias no se circulaban en todo el vasto territorio por telégrafo, como hoy, pero sí por medio de correos indígenas que atravesaban en pocas horas distancias prodigiosas, de manera que podemos considerarlos como los telégrafos humanos; y difícilmente en cualquiera otro país del mundo las comunicaciones han de haber sido tan rápidas y tan seguras como en México desde el tiempo de los reyes aztecas, que tenían sistemado de una manera notable el servicio de los correos.

Luego que a todo escape llegaba el correo a las poblaciones con la noticia de que la flota había llegado con toda seguridad a Veracruz, el corregidor, subdelegado o justicia mayor del pueblo, se vestía con todo el lujo posible, el ayuntamiento se reunía en cabildo pleno, el cura aseaba y llenaba de gallardetes y de cirios la iglesia, y los comerciantes y labradores salían llenos de júbilo de su casa y se reunían en la plaza a referirse mutuamente las noticias que sabían, ya de la salud de los reyes, ya de las aventuras que habían corrido los barcos en una tan larga y peligrosa navegación, ya de las mercancías que tenían que recibir. Se cantaba una misa solemne, las campanas se repicaban a todo vuelo, y los viejos vinos de España circulaban con profusión entre los buenos y honrados mercaderes. El día era de holgorio y de completa alegría. En México, por supuesto, todo se hacía con más pompa y solemnidad, aunque algunas personas, en vez de alegrarse, temblaban a la llegada de cada flota, porque las provisiones de la corte no siempre eran conformes con los deseos de los que aquí gobernaban.

La alegría en la época a que vamos a referirnos fue mayor para la generalidad de los habitantes de México, aunque al mismo tiempo inspiró el más grande sobresalto a la audiencia y a sus partidarios, que como hemos visto en la narración anterior, habían mandado degollar a los hermanos Ávila, y tenían reducidos a prisión y encausados al marqués del Valle y a la mayor parte de los nobles y caballeros ricos e influyentes de la ciudad.

Un día, y cuando menos se esperaba, se anunció que el muy noble y bravo general don Pedro de las Roelas había llegado a Veracruz con la *Capitana*, diversos barcos de guerra y muchas naves mercantes, llenas de los más valiosos y exquisitos efectos. En la *Capitana* venía un alto personaje, que era nada menos que don Gastón de Peralta, marqués de Falces, nombrado virrey de la Nueva España.

Los amigos del marqués que veían su vida en peligro no economizaban ningún medio para

salvarlo, por artero y peligroso que fuese, así que mientras unos trabajaban en México para proporcionarle la fuga o embrollar la causa, otros habían secretamente dirigiéndose a Veracruz con el fin de trasladarse a España.

Al tiempo que la flota llegó, dos jóvenes amigos del marqués y de los Ávila se hallaban en Veracruz. Inmediatamente fletaron una embarcación pequeña, se disfrazaron de mercaderes, y con pretexto de navegar para Campeche, se dieron a la mar y abordaron antes a la *Capitana*, logrando ser recibidos por el general Roelas y por el marqués de Falces.

—¿Qué noticias me dais del reino? —les preguntó el marqués, pasadas las ceremonias y saludos de costumbre.

—No podemos darlas muy buenas —dijo uno de ellos quitándose con sencillez y respeto el sombrero—. La tierra toda anda revuelta, y los oidores han ultrajado a la mitad de la nobleza, han degollado a los Ávila, que eran los jóvenes más apuestos y más queridos de México, van a degollar al noble marqués del Valle, y van a degollar a los Bocanegra, y van a degollar a Castilla, y van a degollar a los Sotelo, y van a degollar al deán Chico de Molina, y van a degollar a doce padres de San Francisco y a dos de Santo Domingo, y van...

—Esos monstruos —interrumpió el marqués— van a degollar a toda la Nueva España; pero, ¿es cierto? ¿O tratáis de burlaros del virrey?

—¡Dios nos defienda! —dijeron los dos muchachos—; nosotros somos mercaderes que hacemos viajes a Yucatán, y no nos atañen ninguna de estas cosas; pero hemos visto caer las cabezas de los Ávila y sabemos todo esto. Su señoría hará bien de no salir de la *Capitana*, porque es muy posible que también los oidores quisieran...

—Degollarme a mí también, ¿no es verdad? —interrumpió el marqués retrocediendo un paso.

—Salvo el parecer de su señoría —contestó el más atrevido de los muchachos que llevaba la palabra, y agachó humildemente la cabeza.

Don Pedro de las Roelas, que había escuchado en silencio toda la conversación, dio una patada en la cámara y echó uno de esos juramentos españoles que hacen estremecer una torre, y volviéndose al marqués.

—Creo —le dijo— que esos oidores son una vil canalla, y en el fondo quizá estos muchachos dicen la verdad: será mejor que permanezcáis a bordo hasta recibir mejores noticias.

—Id con Dios, muchachos, y buen viento de popa —les dijo el marino, y los despidió.

El marqués de Falces se quedó efectivamente a bordo, y allí recibió cartas que confirmaban las noticias funestas del estado que guardaba el reino. Al cabo de seis días se decidió a ponerse en camino para México, adonde no llegó sino después de un mes, acompañado de veinticuatro alabarderos y de doce de sus sirvientes armados de lanzas jinetas.

II

DE LO VIVO A LO PINTADO

Don Gastón de Peralta, marqués de Falces, tercer virrey de México, era hombre generoso, franco, enemigo de las violencias y de las persecuciones, y sobre todo respetaba la memoria del conquistador y estaba dispuesto a perdonar cualquier falta que sus descendientes hubiesen cometido.

Cuando llegó a México, los oidores, asustados con su propia obra tenían la artillería abocada contra la ciudad, tercios armados recorrían los barrios, y la policía vigilaba hasta las acciones de los muchachos que andaban en la calle. Todas las noches temían que estallase una nueva conspiración y que ellos corrieran la misma suerte que habían deparado a los simpáticos jóvenes a quienes degollaron.

Don Gastón mandó retirar inmediatamente la artillería y las guardias, comenzó a conocer en todas las causas pendientes, calmó la cólera de la nobleza y volvió a los ánimos de los moradores su perdida tranquilidad.

El proceso del marqués del Valle se seguía por los oidores con actividad, el fiscal Céspedes de Cárdenas pidió la confiscación de los bienes, el virrey la negó; pero el miedo, que los hacía más crueles, los inclinaba a sentenciarle a muerte. El marqués del Valle, el hijo más querido de Cortés, podía ser degollado frente de la Diputación, en el mismo patíbulo que los Ávila.

Don Gastón recibió, al sentarse a la mesa, informe del estado de las causas; no acabó de comer, sino que se retiró silencioso y pensativo a su cuarto. Cosa de las ocho de la noche llamó a su secretario Gordián Casasano.

—Id a la prisión del marqués con esta orden, sacadle de ella y traedle a mi presencia. Vuestra cabeza me responde de todo.

El secretario volvió antes de una hora con un hombre embozado hasta los ojos en un ferreruelo negro. Era el marqués del Valle.

—Don Gastón —dijo conmovido—, jamás mi casa olvidará lo que os debe.

—Guardad, marqués, para otra ocasión esos cumplidos —le contestó el virrey tendiéndole la mano—, y tratemos de concluir definitivamente todos estos enojosos procesos. ¿Sabéis que los oidores os condenarán a muerte?

—Me habrían ya degollado, a no haberlo impedido tan oportunamente el noble don Gastón.

—Es verdad, marqués, es verdad; esos hombres están sedientos de sangre. Han condenado a muerte a don Luis Cortés.

—¡Villanos! —dijo el marqués exaltado—; el más inocente, el mejor de los hijos de mi noble y valiente padre. ¡Pero eso no es posible!

Don Gastón sonrió tristemente y contestó al marqués:

—Todo es posible en esta tierra y con estos hombres. Escuchad. Lo que voy a hacer en este momento me puede costar la vida, o cuando menos el virreinato. No importa. Quiero salvar el nombre histórico de los españoles. Tres viejos miserables, llenos de odio y de rencor, no deben enviar al patíbulo a los hijos del capitán más grande que ha tenido la Europa. Os salvaré...

—Don Gastón —interrumpió el marqués del Valle—, os explicaré...

—Nada tenéis que explicarme... *traidores no los ha habido en vuestro linaje*, vos lo habéis dicho... tampoco quiero obligaros. Cumplo con mi conciencia y mi fe de hidalgo y de español. Firmaré la sentencia de don Luis, pero en revisión será condenado sólo a la confiscación y a servir a su costa diez años en Orán. En cuanto a vos, partiréis para España en la flota de Juan de Velasco. Si el rey os mata allá, morid como cristiano y como caballero, que el rey sabrá por qué mancha su manto con la sangre del que dio a Castilla el vasto reino de Nueva España: si os perdona, buena pro os haga. Todo está dicho, y ni una palabra más.

Don Gastón tocó la campanilla y el secretario entró.

—Iréis a casa de los oidores y los traeréis al palacio, diciéndoles que el servicio de su majestad los llama inmediatamente.

El secretario salió y el marqués del Valle y el virrey quedaron platicando familiar y amistosamente de las cosas de la tierra y de las cosas de España.

Los oidores llegaron y se sorprendieron de encontrar al marqués del Valle en palacio, en vez de estar encerrado en su prisión.

—No podemos tratar ni hablar —dijo Ceynos indicando al marqués—, mientras una persona que debía estar en la prisión se halla en...

Don Gastón tomó todo el aire resuelto e imperioso de quien tiene fijada en la conciencia una resolución irrevocable.

—El virrey sí puede hablar, y hablará pocas cosas, pero serán decisivas —dijo encarándose, y sin darles asiento—. La sentencia de muerte de don Luis está firmada, pero en revisión sólo tendrá la pena de servir diez años a su costa en Orán, y quedará confirmada la confiscación de sus bienes.

—Su señoría reflexionará —murmuró Ceynos...

—He reflexionado ya, señor licenciado Ceynos —contestó el virrey secamente; y continuó:

—El marqués del Valle saldrá para España donde continuará su causa, y uno de vosotros le custodiará hasta entregarle al comandante de la flota. ¿Lo entendéis? Y vuestra cabeza responde de la seguridad del prisionero. Id con Dios.

—Señor virrey —dijo Ceynos—, yo no me encargaré por todo el oro de las Indias, de conducir a un preso semejante. Sus muchos partidarios nos atacarían en el camino y nos matarían.

—Ni yo —dijo el otro oidor.

—Ni yo —interrumpió el tercero.

—Entonces yo me encargaré —dijo el virrey—, y ya veréis de qué manera.

—Marqués del Valle —continuó—, vos saldréis de México el día que yo os diga, os embarcaréis en la nao de Felipe Boquín, llamada la *Esterlina*, iréis a San Lúcar de Barrameda o a otro puerto de España, y a los cincuenta días os presentaréis al consejo de Indias, avisándome de todo esto por los primeros navíos de la próxima flota. Dadme la mano y prestad *pleito-homenaje* ante mi secretario Gordián Casasano y el caballero de Calatrava don Pedro Bui, y que Dios os ayude y os guarde.

—Señor virrey —dijeron los oidores—, el reo se fugará sin remedio; protestamos que...

El marqués del Valle, lleno de enojo quiso contestar al inicuo Ceynos, pero el noble don Gastón le contuvo, y dijo con una dignidad y una admirable firmeza: «Príncipes, galeras, fortalezas y oficios se entregan a caballeros con pleito-homenaje. Id con Dios, señores oidores, y sabed que con el marqués va también don Luis su hermano y el deán Chico de Molina.»

El virrey saludó con dignidad a los oidores y dijo a su secretario Gordián: acompañad al marqués a la casa y hacedle los honores debidos. Los demás presos fueron puestos en libertad al día siguiente; la ciudad quedó tranquila.

El virrey siguió después ocupándose con afán de los asuntos de la colonia, y particularmente de componer y embellecer el palacio, donde mandó pintar la batalla de San Quintín, en la cual había tal número de figuras que según las gentes decían, pasaban de *treinta mil*.

Los oidores furiosos escribieron cartas a España acusando al virrey de complicidad con los

conjurados y diciendo, que tenía treinta mil hombres para alzarse con la tierra, y otras muchas calumnias de esa especie, al mismo tiempo que procuraron, por medio del soborno, que los despachos que el mismo virrey remitió a España, fuesen robados y no llegasen por consiguiente al conocimiento de Felipe II. Todas las gentes, al ver la mudanza que se originó en el reino, se deshacían en elogios al virrey, y decían comparándole con la audiencia. Esto *sí que es de lo vivo a lo pintado*; pero los oidores, cuando platicaban entre sí regocijándose del triunfo que iban a obtener en la corte, decían también: todos los soldados que ha mandado pintar don Gastón en el palacio, los hemos considerado como de carne y hueso en el informe que hemos dado a España. Esto sí es verdaderamente de lo vivo a lo pintado.

III EL VISITADOR MUÑOZ

Felipe II, alarmado con las noticias que recibió de la audiencia de México y con el silencio de don Gastón de Peralta, le removi6 del virreinato y mand6 de visitadores a los licenciados Jarava, Carrillo y Muñoz. Eran tres fieras y no tres hombres; Jarava muri6 afortunadamente durante la navegaci6n. Carrillo y Muñoz llegaron a México repentinamente. Don Gast6n de Peralta, sorprendido de las bruscas disposiciones de la Corte, levant6 una informaci6n y se retir6 a San Juan de Ulúa.

El licenciado Alonso de Muñoz era hombre de m6s de 65 a6os; alto, seco, acartonado, de color de aceituna, de ojos torvos y hundidos, de una boca tosca y antip6tica; sus facciones todas salientes y duras, sus barbas gruesas como las cerdas de un jabalí, y que le salían en desorden por toda la cara hasta cerca de los ojos, lo hacían parecer m6s bien un animal feroz que un ser humano; todo, en fin, revelaba su altanería, su crueldad y su orgullo.

Luego que descans6 un par de días se present6 en la audiencia, y toda la hostilidad que los oidores hacían al buen marqués de Falces, se convirti6 en bajeza y adulaci6n tratándose de Muñoz.

—Mil perdones tenemos que pedir6s humildemente —le dijeron—; quiz6 el alojamiento no ha sido digno de una tan grande persona.

—Yo no he venido aquí a alojarme bien o mal, sino a castigar a los traidores. ¿Qu6 habéis hecho para defender el trono de nuestro monarca Felipe y para atajar la cobardía, o quiz6 tambi6n la traici6n de ese virrey d6bil?

—Se6or, nosotros degollamos...

—Ya lo s6; degollasteis a dos mancebos calaveras. ¡Gran cosa, vive Dios! Pero no tuvisteis valor para degollar al marqués y a sus hermanos.

—Se6or...

—Ya veréis: vengan acá esos papeles que llamáis procesos, y esta noche temblará México.

El secretario, sin poder andar de miedo, y con la boca seca de manera que no pudo responder una palabra a las diversas interpelaciones de Muñoz, llev6 unas resmas de papel escrito que contenían las causas que les habían instruido a los conjurados con motivo del bautismo de los gemelos del marqués del Valle.

Muñoz cal6 unas grandes gafas, tosi6 estrepitosamente hasta hacer estremecer la sala; hizo recorrer los estoques y armas contra su acerada cota de malla interior, para dar a conocer que a todo

estaba prevenido, y comenzó a hojear las causas. Durante una hora ni las moscas turbaron el silencio.

—Que entre el fiscal Sande —dijo Muñoz después de cerrar los legajos con una especie de cólera.

El fiscal Sande entró.

—Cobardía, infamia, traición, eso es lo que saco en limpio de estos papeles. Las causas, enredadas con tantas declaraciones y alegatos, no acabarán nunca, y nosotros tenemos de acabarlas, señor fiscal, y tengan vuestra señoría y vosotros, señores oidores, mucho cuidado con vuestras cabezas.

Todos guardaron silencio, y el fiscal Sande se sentó y se puso a escribir.

—¿Qué escribís, Sande? —le preguntó Muñoz.

—Vuestra señoría tendrá la paciencia de esperar un cuarto de hora, y leerá, pues creo haber adivinado su intento.

Muñoz bajó la cabeza y quedó sumergido en una especie de somnolencia.

Cuando Sande acabó presentó a Muñoz lo que había escrito.

Muñoz abrió su gran boca; sus ojos brillaron como los de una hiena en la noche.

—Se decreta —dijo Muñoz— la confiscación de bienes del marqués del Valle, de don Martín su hermano, de Arias Sotelo, de Pacheco Bocanegra, de Nuño Chávez, de Luis Ponce de León, de Agustín de Soto Mayor, de Francisco Pacheco, de Hernando de Córdova, de Diego Rodríguez, de Hernando Bazán, de Antonio Carvajal y de Gómez de Cáceres. Todos estos quedarán reducidos a una estrecha prisión.

—Volved la hoja —le dijo el fiscal.

Muñoz volvió la hoja y preguntó al secretario de la audiencia:

—¿Tendremos cárceles bastantes para más de doscientas personas?

—Con perdón de su señoría, después de los que se hallan en prisión, apenas habrá para veinte.

—Entonces, sin dilación, es menester construir todas las prisiones que sean necesarias. Serán estrechas, incómodas, y se colocarán en los lugares más malsanos, porque debemos estar entendidos que no se trata de regalar a los traidores a su rey. ¿Me entendéis? Quiero que tengan fama en la historia, y que todos se acuerden en México, dentro de dos siglos, de *los calabozos de Muñoz*.

Muñoz se levantó, y sin quitarse la gorra ni saludar, salió de la audiencia.

En la noche, los justicias, desde las doce hasta la madrugada, recorrieron la ciudad; asaltaron por las azoteas, por las huertas, por los corrales, todas las casas designadas, y arrancaron de su lecho y de los brazos de sus esposas a las víctimas, secuestrando la ropa, los papeles, la plata labrada, los caballos y carruajes.

Amaneció el día siguiente, y la consternación y el llanto se veían en todos los semblantes. Nadie se atrevía a hablar, y todos temblaban cuando veían pasar a los siniestros satélites del visitador de México.

Una vez infundido el espanto y el pavor con este golpe que hirió a las más principales y nobles familias, Muñoz fue el dueño y el árbitro de la ciudad de México. En las siguientes semanas este hombre feroz se encerró en su habitación sin dejarse hablar ni ver más que por sus secuaces. Las causas caminaban con espantosa rapidez, y los presos, aturdidos, no acertaban ni en las respuestas ni en la manera de defenderse.

El día 8 de enero de 1568, al caer la tarde, fueron ahorcados Gómez de Victoria y Cristóbal de Oñate. Esa noche ninguna de las familias de los presos durmió, y la pasaron en angustias, llorando y encendiendo cirios a los santos para que libertasen de la muerte a sus deudos.

El ayuntamiento, entretanto, aterrorizado y temiendo ser ahorcado en cuerpo y solemnemente, dispuso alegres festividades para celebrar la llegada del visitador y la justicia que hacía en nombre del rey.

El día 9 recorrió las calles una fúnebre procesión. Dos nobles ricos y principales caballeros, don Baltasar y don Pedro de Quesada, atados de pies y manos, en sendas mulas, aparecían custodiados por numerosos y feroces esbirros. En cada esquina el pregonero se detenía y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones: «Esta es la justicia que manda hacer su majestad a este hombre, por traidor; mándanle degollar por ello; quien tal hace que tal pague.» Llevados de este modo hasta el centro de la plaza pública (donde hoy están los jardines) el verdugo les cortó la cabeza.

Diego Arias, Baltasar de Sotelo, Pero Gómez de Cáceres, Juan Valdivieso, Antonio Ruiz de Castañeda, y García de Albornoz, fueron sacados violentamente, de noche, y conducidos a Veracruz para ser embarcados para España. A la mayor parte de los ricos se les exigieron gruesas sumas de dinero, que a título de sueldos se repartían Muñoz, Carrillo, los oidores y los demás satélites del tirano. Carrillo firmaba todo lo que Muñoz decretaba.

La consternación y el miedo se cambió en rabia. Aseguran las tradiciones que una buena parte de la gente principal se reunía en un barrio que se llamó por esto de los Rebeldes, y en unas casas en ruina que había (donde hoy es la imprenta de don Ignacio Cumplido) conspiraban, resueltos a matar a Muñoz, a Carrillo y a los oidores, y a liberarse a toda costa de la más horrenda y sangrienta tiranía.

IV EL TORMENTO

Martín Cortés, actor principal después de su hermano en este sangriento drama, era el mejor y más amable de los hombres. Hijo de la hermosa Marina y del conquistador don Hernando, por un error de la naturaleza no había heredado ni la fortaleza y brío personal de su padre, pero sí la melancolía y la dulzura de la raza indígena, representada en los ojos, en la fisonomía, en las maneras de la mujer más bella y más célebre que pueda registrar la historia. Débil, extenuado, enfermizo, condescendiente por carácter, fiel y amante con su hermano, había seguido pasivamente todas las aventuras que ya hemos referido, resignado como un hidalgo a sufrir heroicamente todas las consecuencias. Ya que el marqués había escapado, Muñoz quería vengarse en el hermano.

Mientras que pasaban en la plaza mayor las ejecuciones que hemos referido, en el interior de las casas reales tenía lugar uno de esos actos bárbaros inventados por los hombres en nombre de la justicia.

Don Martín Cortés había sido condenado a sufrir el tormento *de la agua y de los cordeles*, y los españoles pagaban así en el hijo los servicios que la madre había prestado en la obra laboriosa y difícil de la conquista.

A pesar de una reciente y dolorosa enfermedad que había padecido, fue llevado a la pieza destinada para el tormento en el palacio, que era húmeda y sombría, pues recibía una escasa luz por

una alta ventana guarnecida con gruesas barras de hierro.

Juan Navarro y Pedro Baca le desnudaron y le colocaron en el potro del tormento, que era un tosco caballete de madera con unos agujeros por donde pasaban las cuerdas y unos tornos para apretarlas.

Don Martín, silencioso, pero digno y firme, miraba fieramente a sus verdugos. Le amarraron ambos brazos con un cordel que apretaron gradualmente para arrancarle una declaración.

No habiendo dicho nada, le amarraron con seis cordeles los brazos, muslos y espinillas, y le colocaron otros dos en los dedos pulgares de los pies, y todo este aparato era terriblemente apretado por el torniquete hasta el punto que las cuerdas se le entraban en la carne y los dedos de los pies estaban a punto de arrancársele.

En esto entraron don Francisco de Velasco y el obispo de la Puebla don Antonio Morales, pues siendo don Martín caballero del hábito de Santiago, conforme a los estatutos de la orden debían asistir dos caballeros al suplicio.

Don Martín volvió indignado la vista hacia el obispo, y nada contestó.

Entonces Muñoz, que desde la puerta vigilaba la ejecución del tormento, mandó que se le echase un jarro de agua.

Nada dijo tampoco don Martín.

Muñoz ordenó otro jarro de agua.

Don Martín estuvo a punto de ahogarse, e hizo, a pesar de su debilidad, un esfuerzo para romper las ligaduras que le martirizaban.

Muñoz dispuso que se le echase otro jarro de agua.

Don Martín volvió la vista y amenazó con una terrible mirada a Muñoz y al obispo.

—Otro jarro de agua —gritó Muñoz.

Con esfuerzo, porque don Martín se ahogaba, le echaron el cuarto jarro de agua, lastimándole la boca que pretendía cerrar a pesar de tener una trabilla que se lo impedía.

—Confesad —le dijeron los verdugos.

—He dicho la verdad en la causa, y nada tengo que añadir —dijo el desgraciado.

—Otro jarro de agua —gritó Muñoz.

—Puede morir —observó el verdugo.

—Otro jarro, otro jarro, y aunque muera —replicó Muñoz.

Otro jarro fue administrado en efecto, pero el infeliz don Martín moría, y con voz desfallecida exclamó: *Ya he dicho la verdad, y por el sacratísimo nombre de Dios que se duelan de mí, que no diré más de aquí que me muera.*

El paciente cerró los ojos, y los verdugos, creyéndole muerto, suspendieron el tormento y le condujeron en ese estado a su prisión. Algunos días después don Martín fue condenado a destierro perpetuo de todas las Indias; y enfermo y maltratado, y lleno de despecho y de tristeza por el ultraje que había recibido, se embarcó para la península, donde murió a poco tiempo a consecuencia de sus martirios y pesares.

La tiranía de Muñoz no conoció ya límites desde que empuñó definitivamente las riendas del gobierno, y la tierra se hubiera perdido desde entonces para España, si el rey, escuchando las muchas y justas quejas de sus vasallos de México, no hubiese puesto un remedio. Los licenciados Villanueva y Vasco de Puga, oidores que había dispuesto y mandado a Castilla el visitador Valderrama, vinieron comisionados y con amplias facultades para remediar todos los males que a causa del gobierno de Muñoz aquejaban a la Nueva España.

El martes santo entraron secretamente a la ciudad, con sus *cartas y provisiones* que mostraron únicamente a la audiencia; pero los oidores estaban ya tan aterrorizados, que ninguno quiso aceptar la comisión de notificar a Muñoz la cédula de su majestad.

Villanueva y Vasco de Puga tuvieron que apechugar con todo el lance.

Muñoz, para darse más importancia y para hacer alarde de un acto de hipócrita devoción, se había retirado a pasar la semana santa al convento de Santo Domingo, y en la iglesia había mandado poner un alto tablado con un dosel de terciopelo carmesí, todo recamado de oro, un sitial y un cojín. Allí asistía a los oficios y ceremonias, rodeado de una compañía de alabarderos. Los mismos frailes, poderosos e influyentes entonces, se llenaron de tal espanto, que muchas veces pasaban tres o cuatro hojas del misal en vez de una, y cantaban los salmos de una manera extraña. Acabados los oficios, Muñoz atravesaba con una estudiada gravedad los corredores del convento, y se encerraba en su celda a pensar a quiénes robaría los bienes y a quien encerraría en sus inmundos calabozos.

Puga y Villanueva tuvieron, como quien dice, que echarse la alma a las espaldas, y el miércoles santo muy de mañana, acompañados del secretario Sancho López de Agurto y del alguacil mayor, se presentaron en el convento. Encontráronse con el paje del servicio, pero rehusó formalmente despertar a Muñoz, por más instancias que le hicieron; así, tuvieron que esperar más de una hora hasta que otro paje se resolvió, y de puntillas y vacilando, como quien va a cometer un crimen, avisó a su amo que unos caballeros con negocios de mucha importancia pretendían besarle la mano. Muñoz despidió al audaz paje con una torva mirada, y no se dignó contestar.

Pasó otra media hora, y entonces Muñoz se vistió e hizo entrar a su dormitorio a los licenciados. Estaba sentado en uno de esos sillones antiguos, de que hoy nos quedan algunas muestras, con la gorra puesta y las piernas negligentemente tendidas sobre unos cojines de terciopelo galoneados de oro.

Puga y Villanueva se descubrieron, saludaron cortésmente, y como se acostumbraba, preguntaron por su salud.

—La noche fue mala —contestó Muñoz sin darles asiento ni quitarse la gorra—, y la salud no es buena; pero sería mejor si gente atrevida e importuna no viniese desde la madrugada de Dios a turbar el sueño y el descanso en días tan santos y tan solemnes.

Estas palabras encendieron la cólera de los oidores, que se cubrieron al instante la cabeza. Muñoz quería levantarse a reprenderles sin duda, pero le hicieron una señal imperiosa con la mano, y Villanueva, que era el más resuelto, sacó del seno la provisión real, y dijo con firmeza:

—Señor secretario, leed esta cédula y notificadla al licenciado Muñoz.

Agurto, alentado y colérico también, tomó el papel, se acercó al visitador, desviando con el pie los cojines que le estorbaban, y comenzó a leer. A los primeros renglones Muñoz se quitó la gorra; a los segundos recogió sus piernas y se puso en una postura decente; a la mitad de la cédula perdió el

color; al fin de ella el hombre estaba tan abatido, tan humillado, tan cobarde, cuanto antes había sido soberbio, altanero y cruel.

—Señor Muñoz —le dijo Villanueva—, están sonando las ocho en el reloj del convento. Dentro de tres horas saldréis de la ciudad.

—Asistiré a los oficios —murmuró Muñoz, queriendo ganar un poco de tiempo.

—Dentro de tres horas —repitió Villanueva.

—Dentro de tres horas —dijo Puga.

—¡Dentro de tres horas! —gritóle Agurto, y los tres, seguidos de su alguacil, volvieron la espalda a Muñoz, y sin saludarle salieron de la celda.

Muñoz, sobrecogido de miedo, y temiendo que los oidores le mandaran degollar, recogió el oro que pudo, y disfrazado, a pie, sin custodia ninguna y acompañado sólo de Carrillo, que era su favorito, abandonó por la puerta excusada el convento de Santo Domingo, antes de que sonaran las once en el reloj, y tomó el camino de Veracruz.

Cuando los reverendos padres entraron a la celda a ofrecerle sus servicios y oraciones, encontraron la cama deshecha, papeles rotos, y ropas y muebles en desorden. El visitador se había marchado, y difundida la noticia en un momento, la ciudad se llenó de júbilo, y las gentes salían de sus casas como si se hubiesen repetido las espléndidas fiestas del marqués.

Don Gastón de Peralta, marqués de Falces, que estaba, por falta de un buque, detenido en Veracruz, tuvo que hacer junto con Muñoz el viaje de mar. Una sola vez trató Muñoz de saludarle y de trabar conversación con él, sin embargo de las esperanzas que tenía de que su conducta fuera aprobada.

—Un caballero y un hidalgo no puede atravesar una palabra —dijo el de Falces con dignidad— con un asesino y con un hombre vil. Si mis palabras os mortifican, os haré la merced, llegando a España, de daros razón con la punta de mi espada. Muñoz devoró el insulto, pensando vengarse más adelante.

Una vez que llegaron, solicitaron audiencia del rey. Falces fue muy bien recibido, se escucharon con benevolencia sus explicaciones y se retiró a su casa contento y satisfecho.

Cuando llegó su turno a Muñoz, Felipe II estaba sentado, y ni lo saludó, ni alzó siquiera la vista para mirarle. Muñoz comenzó a hacer la relación de sus servicios y de sus méritos. Felipe se levantó entonces, le miró fijamente, y le dijo con enfado: «No os envié a las Indias a destruir, sino a gobernar», y volviéndole las espaldas, se retiró a otro aposento.

Muñoz quedó petrificado como una estatua; a poco pudo moverse, y salió de los aposentos reales. Con dificultad llegó a su casa, vacilante y como ebrio, y apenas acertó a cerrar la puerta para que nadie le viese.

Al día siguiente, los pajes que entraron a servirle el desayuno le encontraron muerto, sentado en un sillón, con una mano en la mejilla y la fisonomía descompuesta y hundida; parecía la de un cadáver que después de una semana se hubiese sacado de la tumba.

Así se cumplió la justicia de Dios y del rey.

PEDRO DE ALVARADO

I

EL COMENDADOR

Entre la alegre turba de jóvenes aventureros que llegaban de España a las ricas islas del mundo de Colón, se distinguía en el año de 1510 uno a quien sus compañeros daban el sobrenombre de *el Comendador*.

Contaría este mancebo cuando más veinticinco años de edad, y había nacido en Badajoz. Alto, esbelto, fornido, parecía destinado por su naturaleza a la guerra, y se hacía notable por la blancura de su cutis y por su hermosa cabellera, tan rubia como la que los poetas le atribuían al mismo Apolo.

Este joven se llamaba Pedro de Alvarado.

Al llegar Alvarado a la América, ostentaba orgullosamente un viejo sayo, único regalo quizá de un su tío, caballero de la orden de Santiago.

Pero aquel sayo había servido mucho tiempo a aquel tío, y aquel tío había llevado en el mismo tiempo la insignia de la orden; cuando Pedro de Alvarado se hizo el propietario de la prenda, quitó de ella la cruz de Santiago, pero no consiguió borrar la señal del lugar que había ocupado, y la indeleble huella fue denunciando por todas partes la historia del sayo, y la categoría de su primer poseedor. Esto no era posible que escapara a las perspicaces miradas de los audaces aventureros que pasaban a las Indias, y para burlarse de Pedro y de su sayo, muy pronto convinieron en llamarle, y le llamaron por burla el Comendador.

Entre soldados o estudiantes, los sobrenombres se popularizan inmediatamente, y ni la resignación ni el enojo son poderosos para hacerlos olvidar. Pedro de Alvarado tuvo que conformarse con el apodo, ofreciendo nada más que algún día llegaría por sus hechos a alcanzar verdaderamente aquella condecoración.

II

EL CAPITÁN

Los colonos de la isla de Cuba estaban conmovidos con las noticias que circulaban entre ellos.

El gobernador Diego Velázquez, había recibido nuevas de la expedición que por orden suya emprendió Juan de Grijalva en busca de nuevas tierras.

El portador de aquellas noticias, uno de los más famosos capitanes de la escuadrilla de Grijalva, era el que mandaba uno de los cuatro buques de que aquélla se componía, y ese capitán, que volvió cargado de riquezas a presentarlas a Diego Velázquez, y que había dado ya su nombre a un río caudaloso en las tierras nuevamente descubiertas, no era otro que Pedro de Alvarado.

Pedro de Alvarado no era ya el pobre mozo que llevaba la vieja ropa de su tío, no era ya el joven desvalido a quien llamaban satíricamente el Comendador, no; Alvarado, salió con Grijalva en 1518, y entonces, y al volver a Cuba, se titulaba «el capitán Pedro de Alvarado».

Las nuevas que de su boca escuchó el gobernador Diego Velázquez, no podían ser más satisfactorias. Juan de Grijalva había costado la gran península de Yucatán descubierta por

Francisco Hernández de Córdoba, y encontrando allí señales de una civilización muy adelantada dio a aquella tierra el nombre de Nueva España; llamó «de San Martín», con el nombre del primer soldado que la descubrió, una sierra; nombró «de Alvarado» al río de Papaloapan, en el que entró Pedro de Alvarado con su buque, «Grijalva» a otro de Tabasco, y después de haber recorrido un extenso litoral, y haber llegado hasta Ulúa el día de San Juan, determinó enviar un mensajero al gobernador.

Para esta misión Juan de Grijalva eligió al más distinguido de sus capitanes. Y el más distinguido era sin duda Pedro de Alvarado.

La ambición se despertó con estas relaciones, y bien pronto, el 1º de febrero de 1519, once buques se desprendían de La Habana.

Era la expedición que caminaba a la conquista de la Nueva España, bajo las órdenes de Hernán Cortés.

Pedro de Alvarado y cuatro hermanos suyos formaban parte de esta expedición. ^[15]

III TONATIUH

Triunfante el ejército de Hernán Cortés, entró a la capital de la república de Tlaxcala el 22 de septiembre de 1519; los habitantes de la ciudad recibieron a los españoles más que como a vencedores, como amigos y como hermanos.

Mil muestras de cariño se dieron por el senado y por el pueblo a los conquistadores, y entre ellas, y no sin duda la menor, fue entregar a las hijas de los principales señores, al amor de los capitanes de Cortés, después de hacerlas bautizar.

El viejo Xicoténcatl, el padre del esforzado y bizarro general de los ejércitos de Tlaxcala, tenía una hija que recibió también las aguas del bautismo, y fue llamada desde entonces doña Luisa.

Doña Luisa era la más hermosa de las doncellas tlaxcaltecas; sus formas mórbidas y graciosas se adivinaban al través de la rica túnica de algodón bordada de plumas, que bajaba desde sus hombros dejando descubierto su cuello y sus torneados brazos; su boca pequeña, fresca y nacarada, ligeramente entreabierta, mostraba las rojas encías y los hermosos dientes que caracterizan a la raza indígena de México, y sus ojos ardientes parecían iluminar aquella encantadora fisonomía.

Negra como el ala de un cuervo la cabellera de la doncella, estaba entretejida con sartas de cuentas de oro y de coral, y en sus pies perfectamente modelados llevaba ligeros cacles de pieles ricamente adornados, y sujetos por cintas bordadas de oro que subían entretejiéndose hasta cerca de la rodilla.

Aquella fantástica hermosura debía estar destinada para el más famoso de los capitanes de Cortés, porque aquella joven era la perla y la flor de las bellas de Tlaxcala.

Al volver doña Luisa de las ceremonias del bautismo, y cuando iba ya a ser entregada al hombre que debía ser su dueño y su amante, todas las miradas de los españoles se clavaban en ella, y por ella se encendían todos los corazones, y todos esperaban con ansia el momento de saber quién sería el feliz mortal que iba a poseer a la Venus de Nueva España.

Doña Luisa caminaba majestuosamente, pero con los ojos bajos y encendida por el rubor,

conducida de la mano por uno de los señores de Tlaxcala.

Así llegaron hasta el lugar en que estaba el favorecido.

—¡Tonatiuh! (el sol) —dijeron los tlaxcaltecas.

—¡Pedro de Alvarado! —exclamaron los españoles.

En efecto, Alvarado o Tonatiuh, que quiere decir sol, como le llamaban los indígenas, por el color rubio de su pelo, era el dueño de doña Luisa, la hija del viejo Xicoténcatl.

Y quizá nadie merecía como él el amor de aquella mujer. En la batalla de Tabasco, y en las grandes batallas que el pequeño ejército español había tenido que sostener contra los ejércitos tlaxcaltecas mandados por el indomable Xicoténcatl, el joven Pedro de Alvarado se había distinguido entre todos por su arrojo y serenidad; ni contaba a sus enemigos, ni calculaba sus fuerzas, ni desconfiaba de su victoria y de su brazo.

Capitán unas veces, soldado otras, allí donde más se empeñaba la pelea se encontraba siempre Pedro de Alvarado, siguiendo a los más audaces cuando le tomaban por una casualidad la vanguardia, o conduciéndolos al peligro si así le presentaban lugar de hacerlo las peripecias del combate.

Alvarado era más un proyectil que un hombre, se abría paso entre las compactas masas del enemigo, y dejaba tras de sí como una estela de sangre y de exterminio.

Sin embargo, ese mismo ardor, esa impetuosidad no refrenada de sus pasiones, le arrastró algunas veces a la imprudencia y a la tiranía, como sucedió en la isla de Cozumel, en donde aterrorizó a los habitantes, y como aconteció después en México; pero Cortés, que era entre aquellos hombres de corazón de acero, como el sol en medio de sus planetas, refrenó los violentos ímpetus del osado capitán.

Los naturales del país llamaron a Pedro de Alvarado desde los primeros días, Tonatiuh (sol), y el nombre de Tonatiuh se hizo célebre, y fue durante mucho tiempo el terror de aquellas comarcas.

Tonatiuh siguió a Hernán Cortés a la capital del imperio de Moctezuma, y ya hemos referido cómo ayudó a la prisión del infeliz emperador, y la horrible matanza que en el mes *Téxcatl* de los mexicanos (mayo de 1520), hizo Alvarado en el atrio del templo mayor.

En la célebre Noche Triste, Alvarado sostenía la retaguardia del ejército español, y a tal peligro se vio expuesto, que dio su nombre a una de las calles principales de esta ciudad.

Cortés volvió a sitiar a México, y como siempre, Tonatiuh fue el más esforzado de sus capitanes, distinguiéndose sobre todo en el asalto del gran Teocalli de Tlatelolco.

IV EL GOBERNADOR

El virrey de México don Antonio de Mendoza ambicionaba descubrir y conquistar nuevas tierras en las costas del océano Pacífico.

Las fantásticas relaciones de fray Marcos de Niza hacían aparecer aquellas comarcas como un paraíso, en el que una tierra, maravillosamente férax, ocultaba en sus entrañas ríos de plata, y en que los arroyos llevaban arenas de oro.

Dios derramaba allí todas las riquezas que podían ambicionar los hombres, y los metales y las

perlas, y cuanto era capaz de cautivar el corazón o los sentidos, todo se encontraba allí en fabulosa abundancia.

El virrey Mendoza quiso ponerse de acuerdo y contar con el auxilio del gobernador y capitán general de Guatemala, y el gobernador vino, por tierra, a conferenciar con el virrey, y envió a las costas de Nueva Galicia una escuadra compuesta de doce naves.

El capitán general y gobernador de Guatemala, que tan poderoso se mostraba, y que disponía tan fácilmente como un rey, de un ejército y de una escuadra, era el pobre aventurero de la isla de Cuba, el capitán de la escuadrilla de Juan de Grijalva, era Tonatiuh, era don Pedro de Alvarado, caballero del hábito de Santiago y gobernador y capitán general de Guatemala.

No más que entonces Alvarado estaba cojo, de resultas de un flechazo que había recibido en Soconusco.

Don Antonio de Mendoza y Alvarado conferenciaron, según dicen algunos autores, en el pueblo de Maravatio, y de allí partió Alvarado para la costa, con objeto de embarcarse y emprender su expedición.

Eran ya los momentos en que la tropa iba a embarcarse, cuando un correo llegó precipitadamente y se presentó a Pedro de Alvarado.

Las noticias que traía no podían ser peores.

Los naturales de Nueva Galicia se habían sublevado, los españoles habían sido derrotados en el Mixtón, y la ciudad de Guadalajara estaba en grande aprieto, y el gobernador Cristóbal de Oñate imploraba el auxilio de Alvarado.

Pedro de Alvarado no vaciló ni un instante, suspendióse el embarque, la tropa se puso en marcha, y pocos días después el gobernador de Nueva Galicia y el de Guatemala se encontraban en Tonalá.

Pero los dos gobernadores pensaban acerca del éxito de la campaña, de distinta manera.

Alvarado, orgulloso con sus antecedentes, con sus hazañas, con sus riquezas y su poder, con su nombre y con su gloria, despreciaba a los sublevados, como enemigos a quienes estaba acostumbrado a vencer.

Cristóbal de Oñate, más cauto con la derrota de Mixtón, y conociendo las inexpugnables posiciones de los insurrectos, aconsejaba la prudencia y desconfiaba del éxito.

Como sucede siempre en tales casos, prevaleció entre ambos pareceres el más desacertado, y el capitán general de Guatemala no sólo determinó salir inmediatamente sobre el enemigo, sino que quiso no llevar más tropas que las que él había traído.

—Dispongámonos al socorro —dijo Oñate cuando le vio partir—, que discurro necesario para los que nos le han venido a dar.

Aquellas palabras fueron como una profecía que no tardó en cumplirse.

Los indios se habían fortificado, según algunos historiadores, en las barrancas Mochitiltic, y según otros en Nochistlán, y esperaron resueltamente a los españoles.

Alvarado no se intimidó, y dando la señal del asalto, se puso al frente de los suyos, decidido a tomar a viva fuerza aquella posición.

Empeñóse el combate y los asaltantes empezaron a trepar por la pendiente con raro denuedo; pero los otros se resistieron con brío, y comenzaron a rodar grandes peñascos, que chocando contra los árboles, los hacían estallar como si fueran de cristal, y arrastrando en su caída cuantos obstáculos

encontraban, infundían el pavor entre los españoles, atemorizados por el estrago y el ruido de aquella corriente no interrumpida de rocas.

Pedro de Alvarado comprendió que había acometido una empresa superior a sus fuerzas, y dio la orden de retirada.

Trocáronse los papeles, y los indios, de perseguidos se convirtieron en perseguidores, que saliendo de sus atrincheramientos al observar el movimiento de los españoles, procuraron cortarles la retirada.

La situación era crítica. Alvarado, pie a tierra, procuraba cubrir la retaguardia de su tropa, conteniendo con mucha dificultad al enemigo, que a cada momento le acometía con mayores ímpetus. El terreno era quebrado y resbaladizo, y la abundancia de las aguas hacía casi intransitables aquellas angostas veredas.

Lograron por fin subir a terreno más firme, y los enemigos aflojaron en su persecución. Sin embargo, como el pánico de una derrota no se disipa con facilidad, los soldados seguían trepando con precipitación por aquellas cuestas, que eran casi inaccesibles.

En un caballo flaco y por demás cansado, aguijándole sin compasión, y queriendo comunicarle con el deseo brío y ligereza, un soldado llamado Baltasar Montoya, escribano del ejército, trepaba por aquellas fragosidades, pareciéndole sin duda que el enemigo le alcanzaba de un momento a otro.

Alvarado marchaba a pie detrás de él, y mirando su afán le dijo:

—Sosegaos, Montoya, que parece que los indios nos han dejado.

Pero el escribano no se dejaba convencer tan fácilmente, y seguía aguijando con furor al pobre animal.

De repente, el caballo tropezó, Montoya lanzó un grito y el animal despeñado comenzó a rodar por la pendiente.

Pedro de Alvarado advirtió lo que estaba pasando casi sobre su cabeza, y quiso evitar el choque, pero fue imposible; el animal cayó sobre él con todo su peso, y dejándole sin sentido, lo arrastró también en su caída.

Los soldados volaron al socorro de su capitán. Alvarado volvió en sí, y antes que todo, pensó en sus soldados; y queriendo evitar una completa derrota, tuvo la bastante serenidad para despojarse de su armadura y hacerla vestir a uno de los que con él estaban, a fin de que se creyese que él iba bueno y que aún estaba en el combate.

Uno de sus capitanes preguntóle qué le dolía.

—El alma —contestó Alvarado—; llévenme donde la cure con la resina de la penitencia.

Esto acontecía el 24 de junio de 1541.

Cristóbal de Oñate llegó a verle, lleno de sentimiento, y Alvarado le confesó que de nadie sino suya era la culpa, por haber desoído los consejos prudentes de Oñate.

Llevaban a Pedro de Alvarado para Guadalajara, y en el camino encontraron al bachiller Bartolomé de Estrada, y allí mismo se confesó, y otorgó su testamento ante los escribanos Diego Hurtado de Mendoza y Baltasar Montoya, el mismo que había causado su desgracia. El 4 de julio de 1541, el famoso Pedro de Alvarado había dejado de existir.

Su cadáver fue transportado después a Guatemala.

EPÍLOGO

Era la noche del 11 de septiembre de 1541. La noticia de la trágica muerte de Pedro de Alvarado acababa de llegar a Guatemala, y su viuda doña Beatriz de la Cueva lloraba sin consuelo tamaña desgracia, en la ciudad de Santiago, donde estaba radicada.

Varias damas de las principales familias de la población habían ocurrido a hacer compañía a la afligida esposa del capitán general.

Serían las dos de la mañana, cuando se estremeció terriblemente la tierra, por una, dos y tres veces, y se escuchó un pavoroso ruido subterráneo, que venía como de las montañas.

La cima de uno de aquellos montes se desprendió cayendo hacia la parte opuesta de la ciudad; pero de allí mismo brotó un torrente impetuosísimo, que arrastrando inmensos peñascos, se precipitó sobre las habitaciones, sepultando a seiscientas personas.

Doña Beatriz de la Cueva y doce señoras que la acompañaban, perecieron aquella noche entre las ruinas de un oratorio en donde se habían refugiado. ^[16]

Vicente Riva Palacio

LA PESTE

35. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.

Evangelio según San Juan, cap. XIII

Pasaba tranquilamente el año del Señor de 1575.

La Nueva España, gobernada a la sazón por don Martín Enríquez de Almansa, cuarto virrey, presentaba un cuadro en verdad halagüeño para su metrópoli.

Los habitantes parecían olvidar sus penas y sus deseos de independencia, y comenzaban a sufrir, sin murmurar, el yugo de sus conquistadores; el comercio era activo, las minas anunciaban ya grandes bonanzas, y las artes y las ciencias empezaban a tener su asiento en la capital de la colonia. Estaba ya fundado el colegio de los jesuitas, que después se llamó de San Gregorio, se abrió el Seminario de San Pedro y San Pablo, que luego tuvo el nombre de San Ildefonso, y el canónigo tesorero don Francisco Santos estableció un colegio de pasantes nobles, que fue el conocido por colegio de Santos, y estuvo situado en la calle de la Acequia, célebre por más de un título, y sobre todo, por lo extraño de sus constituciones y porque en él vivieron muchas personas ilustres en México por su ciencia.

Nada, pues, parecía turbar la paz de la colonia, y don Martín Enríquez escribía satisfecho al rey, pintándole la felicidad de que se disfrutaba en toda la Nueva España.

Una noche, sobre el oscuro cielo de México, puro y tachonado de estrellas, apareció repentinamente un cometa. ^[17]

Aquella era una terrible señal de grandes males para los sencillos descendientes de Moctezuma, que no podían aún olvidar que un cometa había también anunciado a sus padres la llegada de los españoles, la caída del poderoso imperio de los aztecas y la esclavitud de su raza.

Los ánimos comenzaron a turbarse, negras y siniestras preocupaciones se apoderaron de los hombres más audaces, y una nube de tristeza y desconsuelo pareció envolverlo todo desde aquel momento.

El cometa era para todos el mensajero de grandes calamidades; sólo que todos se perdían en conjeturas, creyendo unos que anunciaba guerras sangrientas, otros pensando que indicaba hambres, y otros suponiendo que traía la peste.

No hubo desde entonces un corazón tranquilo ni un espíritu sosegado; el presentimiento de la desgracia era unánime.

Duró el cometa algunos días sobre el horizonte, y luego desapareció, pero no con esto tornó la calma.

Una mañana, a cosa de las ocho, brillaron repentinamente también en el firmamento tres soles.

Tres soles, pero iguales; tres soles que caminaron por el cielo, causando el más terrible espanto a los mexicanos, hasta la una de la tarde, en que dos de ellos se apagaron.

El terror y el sobresalto no tuvieron entonces límites, y aquellos fenómenos se interpretaban ya, como el anuncio de un cataclismo universal, y como el aviso celeste del próximo fin del mundo.

Así, en medio de angustias y de temores, concluyó el año de 1575. ^[18]

Entrada apenas la primavera de 1576, y sin preceder causa alguna manifiesta, se desarrolló entre los naturales de la Nueva España la peste más terrible y desoladora de cuantas se registran en los anales de la historia.

Los síntomas de aquella espantosa enfermedad nada tenían de extraños, y sin embargo, ninguno de los atacados llegaba a salvarse, ni había médico ni remedio alguno que pudiera darles alivio.

Anunciábase el mal por un fuerte dolor en la cabeza, e inmediatamente sobreveníala fiebre; pero una fiebre voraz, que agitaba de tal manera a los infelices epidemiados, que no les permitía cubrirse ni con el vestido más ligero.

Aquellos desgraciados, como huyendo del fuego interior que los devoraba, salían con horror de sus habitaciones, y así desnudos y como locos, vagaban por los patios de sus casas o por las calles, y allí expuestos a la inclemencia, y sin auxilios de ninguna clase, y en medio de una constante e inexplicable inquietud, expiraban, después de nueve días de padecimientos, en el último de los cuales tenían una gran hemorragia por las narices.

Aquella calamidad cundía de una manera espantosa, sin que nada bastara a contenerla, y «tenía—dice el padre Cabo— tan maligno carácter, que no se puede explicar... teniendo la singularidad de que contagiándose casi todos los naturales, los españoles e hijos de ellos gozaban de salud».

Con la peste llegó también el hambre; el contagio había penetrado en todas las casas de los mexicanos; los que quedaban libres huían con horror de los apestados: una tristeza profunda y un terror pánico se apoderaron de todos los corazones; ni había quién atendiese a los enfermos, ni quién procurase llevarles algunos alimentos: el que no sucumbía por la fuerza de la enfermedad, moría víctima del hambre y del abandono, y el miedo hizo también morir a muchos infelices.

Los alrededores de la capital, los barrios que estaban fuera de la *traza*, que era el centro de la ciudad, destinado exclusivamente para las habitaciones de la colonia española, presentaban un cuadro de muerte y desolación imposible de describir.

En las puertas de las casas y en las calles, montones de cadáveres; cadáveres en los patios, cadáveres en los canales, en las canoas, en los campos, en los caminos, cadáveres por donde quiera y en todas partes.

Familias enteras morían agrupadas, hijos expirantes que se abrazaban con el inanimado cuerpo de sus padres, madres moribundas que tenían sobre su regazo las cabezas yertas de tres o cuatro de sus hijos, niños inocentes que se arrastraban entre los cadáveres de sus padres buscando el abrigo y el alimento.

Aquello era horrible; aquella confusión de sexos y de edades en los cadáveres; aquella desnudez expuesta a la luz del sol; aquel hacinamiento de cuerpos en repugnantes posturas, cubiertos de sangre, pero demacrados, pálidos, contraídos, aquella soledad ante la muerte; aquella raza que moría toda y quedaba insepulta, todo, todo era sombrío y espantoso.

Algunas veces los moribundos tenían que hacer un esfuerzo sobrenatural para ahuyentar a los perros, a los lobos y a las aves que se arrojaban ansiosos sobre el cadáver del hijo, a presencia de la expirante madre, y sobre los restos de la esposa, al lado mismo de su agonizante prometido.

El virrey don Martín Enríquez y el arzobispo don Pedro Moya de Contreras pensaron al principio en establecer hospitales; pero muy pronto la peste se hizo tan general, que fue imposible usar de este arbitrio, tanto por el número de los enfermos como porque no había ya quien los asistiese.

En vano se apeló al auxilio de la ciencia; en vano el doctor don Juan de la Fuente, uno de los médicos mas célebres de aquellos tiempos, procuró en el hospital real estudiar en los cadáveres de los apestados, y descubrir algo que le indicase el origen y la causa del mal. El diagnóstico era imposible; pero seguro el pronóstico, la muerte.

Cuanto a un enfermo producía momentáneamente alivio, causaba a otro la muerte con más violencia; y ya en aquellos momentos era un devaneo pensar en dar asistencia a los contagiados; apenas se podía conseguir personas que estuvieran cavando constantemente sepulturas para impedir que los cadáveres se corrompieran en las calles y en los campos, o fueran pasto de los animales.

Los mexicanos creían ya que su raza iba a desaparecer de la tierra, y los españoles miraban con espanto que iban a quedar solos en medio de aquel inmenso desierto.

En el extenso territorio de México se encuentran todos los climas, todas las temperaturas, y se hallan pueblos situados casi a la altura de las eternas nieves, y pueblos que viven bajo el ardiente sol de los trópicos.

Y sin embargo, la peste se cebaba implacable lo mismo en los habitantes de las costas del Atlántico y del Pacífico que en los que vivían en los fríos valles de Toluca y de Puebla, o en las faldas del Tancítaro, del Ixtazíhuatl o del Citlaltépetl.

Pero donde aquellos estragos se hacían más espantosos era en la capital, tanto por el mayor número de habitantes, como por la triste condición a que habían quedado reducidos después de la conquista.

Llegó un día en que no había quien siquiera viese a los apestados.

Entonces, el arzobispo don Pedro Moya de Contreras llamó a los superiores de las religiones y comunidades, y les encomendó el cuidado de los enfermos.

Desde este momento el purísimo sol de la ciudad iluminó aquella tierra, sobre la que Dios hacía pesar una calamidad tan espantosa.

La historia de aquellos días de llanto y de tribulación para los desgraciados indígenas, es la inmortal página de gloria para el clero mexicano, es la aureola de luz con que aquellos santos y apostólicos varones se presentaron a pisar los umbrales de la eternidad para reclamar sus puestos entre los elegidos del Hombre Dios.

Dominicanos, jesuitas, agustinos y franciscanos se distribuyeron por las calles y los barrios, llevando las medicinas, los alimentos, las ropas, los auxilios de la religión, y sobre todo, el santo y sublime consuelo de la caridad.

Unos curaban con sus mismas manos a los enfermos, otros escuchaban sus confesiones y les administraban el viático y la extremaunción, otros sacaban de las casas y recogían de las calles los cadáveres para darles sepultura, y todos, llenos de ese admirable espíritu de amor a sus hermanos, que no pudo ser comprendido en el mundo hasta que el Cristo mismo vino a explicarlo, todos prodigaban consuelos y esperanzas, e inspiraban la resignación entre aquellos millares de víctimas que sucumbían diariamente.

La noche negra de la desolación hizo brillar la estrella pura de la caridad; aquella era una terrible batalla que se daban la desgracia y la reina de las virtudes.

El triunfo de la caridad se debió entonces a las comunidades religiosas.

El ejemplo de los clérigos y de los frailes de la capital fue seguido con entusiasmo por el clero

de las provincias y por las familias de los españoles.

Las damas más principales andaban en las chozas de los infelices, curando a los enfermos y llevándoles ropa y alimentos.

Los curas de los pueblos no descansaban tampoco un instante en sus evangélicas tareas.

Cuando se escribe una obra como *El libro rojo*, en que a cada paso se tropieza con un crimen o con un acontecimiento originado por las malas pasiones de los hombres, se tiene un inexplicable sentimiento de bienestar al encontrarse con acciones nobles y con hechos dignos de memoria eterna, porque hay un verdadero placer en describir ciertos rasgos en que la humanidad se muestra a nuestros ojos, no tal como es, sino como debiera ser, llena de abnegación, de amor, de caridad.

El año de 1577 comenzó, y la peste seguía asolando a la Nueva España; pero como incansables, como invencibles gladiadores, los frailes y los clérigos seguían luchando con la desgracia brazo a brazo.

En aquel año las estaciones parecían haberse conjurado también contra los desgraciados indígenas, porque aconteció que desde principios de abril, cosa hasta entonces nunca vista, la estación de las aguas comenzó con toda su fuerza.

Pero esto no era un obstáculo para los que velaban por los apestados. Durante aquellas noches tempestuosas, cuando la tormenta descargaba su furia sobre la ciudad, cuando el agua caía a torrentes, y se iluminaban fantásticamente el valle y las serranías con la roja luz de los relámpagos, y el trueno se repercutía en las cañadas y entre las selvas, por los lejanos y oscuros callejones, inundados y peligrosos, se podía continuamente distinguir la incierta luz de un farolillo que ya avanzaba, ya retrocedía, ya se perdía en una casa para volver a brillar de nuevo, ya bajaba hasta el nivel de la tierra, deteniéndose allí como para alumbrar algo, dibujando con su indecisa claridad algunas sombras en las negras paredes de las casas.

Eran los frailes que buscaban a los enfermos para curarlos, a los moribundos para auxiliarlos, a los cadáveres para darles sepultura, a los niños huérfanos y abandonados para recogerlos, para evitar que muriesen de hambre y de frío.

Misión heroica, que debió hacer llorar de ternura a los mismos ángeles.

En los canales de la ciudad se representaban escenas terribles y patéticas.

Las canoas cruzaban por todas partes, y en la mayor parte de ellas los frailes remaban. Unas conducían esperanzas para los vivos, otras llevaban montones de cadáveres.

Pero aquella lucha debía tener también sus mártires entre los soldados de la caridad, y los tuvo.

El rector de los jesuitas y un gran número de dominicanos, de agustinos y de franciscanos, sucumbieron, no por la peste —con la cual no se contagiaron— sino de resultas de la terrible fatiga y de la afección moral causada por la continua presencia de escenas tristes y conmovedoras.

La historia no nos ha transmitido ninguno de los nombres de aquellos héroes y de aquellos mártires al referirnos sus hazañas, y nosotros al recordarlas sólo podemos repetir las sublimes palabras del Crucificado:

«En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.»

Aquella horrible peste, a la cual algunos llaman el matlatzáhuatl, que dejó desiertas y tristes grandes ciudades y floridas campiñas, cesó casi repentinamente a fines de 1577. El virrey, que por conducto

de los gobernadores y corregidores se había informado escrupulosamente de cuanto acaecía, hizo que se guardara en el archivo de la ciudad el testimonio del número de muertos, y eran... más de *dos millones*. ^[19]

Vicente Riva Palacio

FRAY MARCOS DE MENA

PRIMERA PARTE

Lo que vamos a referir sería para novela exagerado, y sin embargo es exactamente cierto. Nuestra historia antigua, relegada por muchos años a las polvosas librerías de los conventos, tiene episodios que darían materia para escribir muchos y divertidos volúmenes. Conocida y popular, si se quiere, es la historia de los conquistadores españoles, pero están olvidadas las aventuras verdaderamente románticas de los muchos religiosos que, movidos del espíritu evangélico y de esa rara heroicidad de convertir a la fe cristiana a los idólatras, no conocían ni distancias, ni temían a las tormentas, ni les asustaba ningún género de peligro, y cuando les sobrevenían algunos de esos contratiempos tan comunes en los largos viajes en tierras desconocidas y sembradas por todas partes de peligros, todo lo referían a Dios, y morían, no con el indómito orgullo de los sanguinarios capitanes, sino con la tranquila serenidad del verdadero creyente que ve en su última hora abiertas las eternas y diamantinas puertas de los cielos.

Hemos hablado de las flotas, y tendremos que volver más de una vez a este tema, porque las flotas que de la península española venían a México y regresaban, eran las más veces o el principio o el fin de sucesos importantes o de raras aventuras.

Cincuenta años después de la conquista, el comercio era ya muy activo en México, grandes cargamentos transitaban desde Veracruz hasta Chihuahua, y cada cierto periodo los comerciantes de todas las ciudades españolas ya fundadas, se reunían y emprendían con sus criados, y muchas veces con sus familias, un viaje al puerto para vender los frutos de la agricultura y comprar los de ultramar. Algunas de las minas que después han sido célebres, comenzaban a derramar sus raudales de plata, y aunque La Santa Hermandad había limpiado los caminos de ladrones, los aventureros que venían en busca de la fortuna, y funcionarios de la corona que eran enviados de España, o regresaban, atravesaban los caminos seguidos de escuderos y de criados armados con grandes lanzas, y a veces con armaduras de acero como en los tiempos de la guerra. Todo este movimiento se aumentaba con la llegada o con la salida de una flota del puerto de Veracruz.

A mediados del año de 1553 una flota estaba para darse a la vela. La *Capitana* era el navío de mayor porte, ya armado en guerra, o ya perteneciente a la marina real. Además de la *Capitana* había siempre otros barcos con algunos cañones y tropa, y ellos servían de custodia a todos los buques mercantes que se reunían para hacer entonces una larga e incierta navegación, ya porque así sucede siempre en barcos de vela de muy poco porte, y ya también porque los marinos españoles, aunque atrevidos y resueltos, no conocían como hoy se conocen con tanta precisión las corrientes, los cayos y los arrecifes de que está sembrado todo ese mar que se llama de las Antillas, peligroso por demás en la cruel estación del invierno.

Quizá en ninguna otra época como esta vez bajó tanta gente a Veracruz. Pasaban, entre amos, criados, cargadores y comerciantes, de cuatro mil personas, que tenían por principal objeto comprar, vender y cambiar mercancías. Los que tenían conocimientos se alojaron en las casas, gozando de esa franca hospitalidad española, que tan generosamente sabían dar a sus amigos los comerciantes de

Veracruz, regalándolos con excelente pescado y con los más exquisitos vinos. La gente de menos relaciones y valía formó barracas y campamentos en las afueras de la ciudad. Era una verdadera feria.

Durante el día, el calor devorante mantenía a todos los huéspedes dentro de sus improvisadas habitaciones, y otros también ocupaban en la ciudad su tiempo en los negocios; pero cuando caía el sol, cuando las ondas mansas comenzaban con un monótono ruido a lamer aquellas arenas de fuego, y cuando la brisa arrojaba, por intervalos esas ráfagas perfumadas y consoladoras que dan la vida en las regiones tropicales, todo comenzaba a animarse y a tomar un aspecto de alegría y de movimiento. Las luces se encendían en todas las barracas, y comenzaba la música, el baile, el juego y la conversación, y los ruidos misteriosos de la naturaleza formaban un extraño acompañamiento al bullicio y al ruido de los hombres. Las noches se pasaban así, hasta que la flota aparejada anunció que sólo esperaba un buen viento para darse a la mar. No hemos podido averiguar en la historia quién era el general de ella. En algún autor hemos leído el nombre de *Corso*; pero poco interés tiene esta indagación histórica para lo demás de nuestra narración.

Después de esperar varios días amaneció uno hermoso y despejado; a poco sopló un viento favorable. Las anclas se comenzaron a levantar, las velas blancas se hinchaban, y aquella multitud de barcos que habían estado sombríos y tristes, balanceándose junto a Ulúa con el impulso de la marea, parecía que repentinamente se transformaban en una alegre y blanca parvada de aves marinas.

La agitación en el puerto fue sobre toda ponderación. Más de mil personas de todos sexos y edades, que hacían viaje, ocurrieron al muelle con el resto de sus equipajes, y casi exponiéndose a caer en el agua saltaban en los botes, pateando y echando ternos cuando no lo podían hacer, y creían, porque tal era su ansia, que si perdían un minuto podían quedarse en tierra. Los deudos y amigos ocurrieron a despedirse a los embarcaderos, y no faltaron, como es de suponerse, lágrimas, y caricias y abrazos, promesas y bendiciones, porque mil gentes que se van, siempre dejan en tierra lo menos otras tantas que las amen y se interesen por su suerte.

Entre las personas que había en la playa casi todos fijaron su atención en una dama. Se presentó al embarcadero vestida lujosamente de seda, como si fuese a asistir a un baile, la garganta y los dedos de sus manos llenos de diamantes y piedras exquisitas de colores. Era alta, morena, de cabeza orgullosa y levantada. Su labio superior, un poco grueso y desdeñoso, estaba sombreado con un ligero bozo, y sus grandes ojos negros parecía que mandaban y exigían la sumisión y el respeto. Esta dama iba seguida de una doncella indígena y de cuatro negros. Llegó, separando imperiosamente con la mano a los que le estorbaban el paso, a una lancha grande que sin duda estaba preparada para ella, y los marineros, que también eran negros, en cuanto la vieron se pusieron en pie y saludaron, saltando algunos a tierra para despejar el campo y ayudarla a embarcar. La doncella entró primero, teniendo en la mano un pequeño cofrecillo de sándalo, en seguida la dama dio resueltamente un paso, a pesar de los balanceos de la lancha, y saltó con firmeza a uno de los bancos, quedando en pie un momento, paseando su mirada por toda aquella multitud que cubría la playa y que también se fijaba en ella por su agilidad, por su hermosura y por la riqueza de sus joyas. Cuando los bogas se acomodaron y desviaron la lancha del muelle la dama se sentó en la popa, y tomando el timón dijo en voz alta: «A la nao de Farfán.» La materia de la conversación recayó, por el momento, sobre las maneras y la hermosura de la dama. Unos creían conocerla, otros equivocaban su nombre, otros manifestaban que

la amistad y ciertas consideraciones los obligaban a guardar silencio. Sin saberse el origen y el motivo se esparció la voz de que aquella mujer, tan arrogante y tan resuelta, podía ser muy bien el diablo disfrazado, y causarles algún mal en el viaje. Muchos rieron; pero otros llevaron a bordo de las naves esa idea supersticiosa y la comunicaron a los demás pasajeros.

El toque solemne de una campana en la plaza y un cañonazo que disparó la *Capitana* anunciaron que la flota partía, y en efecto, poco a poco y una tras otra fueron saliendo las naves del canal, tomando el largo y alejándose, hasta que al caer la tarde se perdieron entre las brumas rojizas del crepúsculo.

En la noche, el campamento alegre de la víspera estuvo silencioso y oscuro. Los vecinos y comerciantes de Veracruz, fatigados y tristes, se recogieron más temprano, y al día siguiente multitud de viajeros que regresaban a México cubrían los caminos. En esa flota iban cuantiosos tesoros de oro, plata y perlas, y quizá en ninguna otra se embarcó tal número de gente de caudal y de una posición notable. Entre los pasajeros iban cinco religiosos, que eran fray Hernando Méndez, fray Diego de la Cruz, fray Juan de Mena, fray Juan Ferrer y fray Marcos de Mena, todos del convento de Santo Domingo de México.

Mientras que navegan los bajeles rumbo a La Habana, tenemos que decir dos palabras de la dama en quien también habremos probablemente fijado nuestra atención.

La dama altiva, linda y orgullosa que hemos visto embarcarse en Veracruz, se llamaba doña Catalina. Hemos en vano procurado hallar su apellido y su patria en las narraciones antiguas. Parece que era natural de la misma ciudad de México, y producto de uno de los matrimonios de los conquistadores con las hermosas indias nobles, y esto no se podía dudar al fijarse en el color de su tez, en sus ojos rasgados y negros, y sus manos y pies de una pequeñez exagerada. Esta joven casó, no sabemos en qué época, con Juan Ponce de León, español de bastantes relaciones e influjo en la ciudad, y rico con los productos de una encomienda en Tecama.

En la apariencia los esposos vivían en paz y felices, en una de las casas principales; se les servía por negros y negras, en vajillas de plata, tenían la mejor colección de muebles de Flandes y unas grandes pantallas de Venecia; cataban buenos vinos, asistían a todas las festividades y ceremonias, y su casa era visitada por los caballeros más principales de México. Entre las visitas más constantes y más íntimas se contaba la de don Bernardino Bocanegra, caballero noble, rico y principal, medio calavera y guapo, que portaba siempre, como la mayor parte de los hijos de los conquistadores, filoso estoque y luenga daga. Este personaje, inquieto y atrevido por carácter, fue muy amigo del marqués del Valle y tomó una parte activa en todos los lances y conjuraciones de que hemos dado una idea en los artículos anteriores. Malas lenguas decían que las visitas de Bocanegra a la casa del encomendero de Tecama no eran muy inocentes, y además los hijos que Ponce había tenido antes en otra mujer, según se infiere de las leyendas, no veían de buen ojo a doña Catalina. Sea de esto lo que fuere, el caso es que así vivía esta familia, y que tal vez durante los años de 1550 a 1553 ningún incidente notable pasó, y cada quien se quedó con sus conjeturas y sospechas.

Una noche que ni Ponce de León estaba en su casa, ni Bocanegra ni ninguna otra visita había llegado, doña Catalina llamó a un negro esclavo que tenía, de bastante viveza, y digamos malicia. Se llamaba Francisco, nombre común que se ponía a los africanos en México, y era de toda su confianza.

—Te voy a hacer un encargo —le dijo—; y a ningún otro lo haría más que a ti, porque sé cuánto me quieres.

—Yo querer mucho mi ama —contestó el negro—; mi ama mandar y Francisco dar vida y todo por ella.

—Quizá no se necesita de tanto, pero sí de que, suceda lo que suceda, y aunque llegue el caso de que te pongan en la cárcel y te den tormento, no digas ni una sola palabra.

El negro, al oír la palabra tormento que tenía llenos de terror a los habitantes, se quedó callado.

—Toma —le dijo doña Catalina dándole un puño de monedas de plata—; quería únicamente probar si de verdad me querías; pero para nada te necesito, y puedes retirarte.

Doña Catalina volvió la cara con muestras de enojo, y el negro, conmovido y guardando al mismo tiempo su dinero, se arrodilló ante su ama.

—Francisco querer mucho. Francisco dejar matar. Francisco no decir nada. Mi ama mandar, y Francisco hacer todo.

—Levántate y no hay que asustarse, pues se trata de una verdadera bobada. Cuando don Bernardino Bocanegra esté de visita, tu estarás pegado a la puerta del zaguán, no dejarás entrar a nadie si yo no te lo mando, y cuando yo te lo diga abrirás prontamente y dejarás salir a Bocanegra. ¿Has entendido?

—Mi ama mandar, yo hacer todo; mi ama confiar en Francisco.

—Si por algún motivo te preguntaren en alguna ocasión algo de esto, nada dirás, y cuenta con que te daré tu libertad y todo el dinero que quieras; pero ten entendido que ni aun en el tormento deberás de confesar nada.

El negro prometió de nuevo a su ama que haría cuanto le tenía mandado, y se retiró siempre un poco triste, pensando en el tormento; pero no alcanzando cómo pudieran en ningún caso ponerle en la cárcel y darle tormento por solo abrir y cerrar la puerta de la casa de su ama.

Pasaron dos y tres semanas y Francisco cumplía con una minuciosa exactitud las órdenes de doña Catalina. Si alguno tocaba la puerta, Francisco inmediatamente decía:

—Mi amo y mi ama dormir y yo no abrir.

Apenas doña Catalina le hablaba cuando Francisco, listo, abría la puerta a don Bernardino Bocanegra, y lo único que le llamaba la atención y le recordaba el tormento, era que su amo don Juan Ponce de León entraba a su casa apenas daban en las iglesias el toque de ánimas, mientras que don Bernardino Bocanegra salía a las dos o las tres y a veces a las cuatro de la mañana. Francisco hacía mil cuentas y cálculos en su cabeza, y al último se tranquilizaba diciendo:

—Dormir dos, pues dormir o platicar tres.

Una noche, poco después de las doce, doña Catalina salió al corredor y gritó a Francisco con una voz visiblemente temblorosa y cortada: «Francisco, abre con cuidado y sin ruido, y registra si alguien pasa por la calle.» Francisco, que ya otras noches había recibido igual orden, abrió el postigo suavemente, asomó su negra cabeza en una todavía más negra noche, examinó por todas partes y luego se retiró y volvió a cerrar, diciendo:

—Calle sola y negra.

—Abre, pues, a don Bernardino.

Francisco abrió y don Bernardino salió embozado hasta los ojos y vacilando como si hubiese

bebido vino.

—Don Bernardino emborrachar —dijo el negro; pero sintiendo alguna cosa húmeda en su mano que se tropezó al abrir con la de Bocanegra, se acercó a un farolillo que ardía en el descanso de la escalera, delante de la imagen de una virgen, y notó que era sangre.

—Dar tormento a Francisco —dijo espantado el negro—. De tres, morir uno. Ama no, don Bernardino no. Amo Ponce sí —y sin poder articular una palabra se sentó para no caer, en un escalón de la escalera.

La casa, excepto esa luz vacilante del farol, estaba lóbrega y oscura. Los demás criados relegados y encerrados en el extremo opuesto, como de costumbre, dormían profundamente. Francisco tuvo miedo, y tan pronto pensó gritar, como salirse y dejar abandonada la casa; pero sus ideas tuvieron que cambiar repentinamente. Doña Catalina, medio vestida, medio desnuda, con su gran cabellera suelta y tendida como un manto de terciopelo negro en las espaldas, con sus grandes ojos amenazantes, se presentó ante Francisco con un largo estoque en la mano.

—Mira, esclavo de Lucifer —le dijo blandiendo el estoque—, si gritas o si no haces ciegamente lo que te mande, te hago pedazos el corazón; por el contrario, si me obedeces te daré dinero, mucho dinero.

Francisco quiso arrodillarse y no pudo, quiso hablar y la palabra se le anudó en la garganta. Doña Catalina, que observó a la escasa luz del farol que Francisco estaba anonadado, varió de tono.

—No hay que asustarse, levántate; ten calma y óyeme lo que te voy a decir.

Francisco, más tranquilo, pudo incorporarse y escuchó.

—El amo está muerto. Es menester decir que los ladrones le han matado y que a ti te han herido.

—No herir a mí.

—Sí; lo verás —dijo doña Catalina, y le rajó con el estoque una mejilla. El negro dio un grito y llevó la mano a la cara.

—No es nada, y calla. Te he cortado apenas lo bastante para que te salga sangre. Después te curaré y te daré dinero; pero por ahora aquí te has de quedar tirado y te has de fingir desmayado.

La cortada no era grave ni profunda; pero el negro no tuvo necesidad de fingir, sino que con el susto y la pérdida de la sangre se desmayó efectivamente.

—Bien —dijo doña Catalina mirando al negro y tirando en un escalón la arma, que era un estoque común y ordinario, sin marca alguna—. Ahora lo demás —y esto diciendo, se dirigió a la puerta, la abrió un poco y se asomó a las espesas tinieblas de la noche, comenzando a dar gritos y a pedir el favor de la justicia.

En esos años había materialmente una plaga de ladrones tal, que no se podía, a las ocho de la noche, andar en la población sino provisto de hachas de brea y seguido de media docena de criados armados.

Los alguaciles recorrían las calles y la justicia vigilaba; así es que antes de media hora los gritos de doña Catalina habían sido escuchados, y un puñado de alguaciles precedidos de un alcalde llegaban a la puerta.

—Mi marido asesinado y mi esclavo también, mis alhajas robadas, ¡favor, favor, señores! —gritó doña Catalina; y como hemos dicho que su traje era muy parecido al de nuestra primera madre, los alguaciles se apresuraron a favorecerla y a creer cuanto les dijese. Entraron a la casa y

encontraron en el descanso tirado a Francisco en un charco de sangre. Subieron y notaron los trastos, las ropas, todo en desorden y con señales visibles de haber sido manejado y revuelto. Penetraron a la recámara y encontraron en la cama a Juan Ponce de León cosido a puñaladas y nadando en sangre. Una espada y un estoque tirados en el suelo, demostraban que Ponce había tratado de defenderse.

Doña Catalina les contó lo que le pareció conveniente, lleváronse el cadáver de Ponce, y lo mismo hubieran hecho con el del negro; pero habiendo observado que se movía y que su herida no era grave, le dejaron de pronto al cargo y responsabilidad de doña Catalina, que como dama hermosa y principal, fue tratada con las mayores consideraciones.

Lo que pasó efectivamente lo supieron Bocanegra, doña Catalina y Dios. ¿Riñeron Ponce y Bocanegra, o entre el amante y la dama mataron al marido? Eso fue lo que nunca se quiso ni se pudo averiguar.

Como Ponce era rico y muy relacionado, el suceso causó grande impresión en la ciudad, doña Catalina vistió de luto a todos los criados, y ella se encerró sin dejarse ver de nadie. Francisco, restablecido de su cortada, quedó en la casa por súplicas de doña Catalina, obligado sólo a presentarse a la justicia cuando fuese llamado. Se comenzaron a hacer pesquisas, y durante muchas semanas todo fue inútil.

Ocurrióle al alcalde que dio auxilio a doña Catalina, preguntar por Bocanegra, y resultó de las indagaciones, que desde la noche del suceso no se le había vuelto a ver en la calle. Diose orden de prenderle, y no se le encontró ni en su casa ni en ninguna parte. Entonces se mandó por el negro Francisco, se le puso en la cárcel, y no queriendo confesar nada se le dio tormento, y durante él confesó lo que había pasado con relación a la puerta, pero nada más. La justicia comenzó a obrar con actividad; pero como entonces y ahora las leyes no se aplican a los poderosos, doña Catalina, a fuerza de dinero, consiguió que terminara la causa, sentenciándola a destierro de las Indias, y a entregar diez mil pesos a cada uno de los hijos de Ponce, que la historia no dice cuántos eran. Doña Catalina arregló sus negocios, levantó su casa, reunió sus alhajas, que llevaba la doncella en el cofrecillo de sándalo. El esclavo Francisco, con su señal en la cara y medio desquebrajado por el tormento, pero libre, tuvo también que hacer el viaje. Tal era la dama que con dirección a España se embarcó en la nao de Gonzalo de Farfán.

Seguramente el viaje de la flota fue en los terribles y peligrosos meses de septiembre u octubre. Al día siguiente se cubrió de nuevo el tiempo, y así con una mar gruesa, con un cielo de plomo y bordeando con trabajo, pues soplabá por lo común viento de proa, la escuadra llegó después de catorce días a La Habana. Allí permaneció una semana, desembarcaron unos pasajeros, se embarcaron otros, y a las grandes riquezas que llevaban los barcos se añadieron algunos tesoros de los ricos especuladores que poblaban entonces las islas.

Antes de salir la flota de La Habana, Farfán se entró al camarote de la dama.

—Doña Catalina —le dijo—, desde que salimos de Veracruz hemos traído un tiempo de perros. Los marinos somos así, y yo declaro que no os llevaré más a bordo. No me obliguéis a deciros los motivos. Vamos, es una idea.

Doña Catalina, colérica, insistía en quedarse en la nave; pero el marino fue inflexible, y llegó a decirle que si al volver a la mar continuaba el tiempo malo, si ella estaba a bordo la mandaría arrojar al agua. La orgullosa mujer mandó a uno de sus negros a buscar pasaje, y en dos o tres

embarcaciones le fue rehusado, hasta que a ruego de los cinco padres dominicos fue admitida en el mismo barco en que ellos iban.

SEGUNDA PARTE

Salió por fin la flota de la hermosa bahía de La Habana sin que el tiempo mejorase; dio vuelta al peñasco que hoy se llama el Morro, y hasta los cuatro días logró entrar en el canal de la Florida; tanto así eran los vientos que la empujaban al Golfo de México, de donde trataba de salir. El quinto día el cielo se puso más terrible y amenazador. Gruesos, amaratados y espesos copos de nubes parece que salían de las aguas y llenaban el horizonte de una siniestra oscuridad. El mar tenía, al parecer, poco oleaje, pero hervía como si tuviese una caldera en el fondo, y sin saberse por qué, los barcos se estremecían repentinamente, como si pasase por su quilla el lomo de una ballena. Este es un fenómeno quizá peculiar del Golfo y de todo el mar de las Antillas, de modo que algunas veces se experimentan fuertes sacudimientos, a la vez que las olas apenas se levantan media vara en la movable superficie. La *Capitana* hizo señales, y todos los barcos, que eran quizá treinta y que caminaban en conserva, comenzaron la maniobra; unos arriaron completamente sus velas y quedaron cabeceando, arrastrados por las aguas rápidas del *Gulf stream*, otros se quedaron con la vela mayor, y otros atrevidos largaron, como dicen los marinos, todos los trapos, y rápidos como los alciones comenzaron a hundirse y a salir sucesivamente de los abismos que ya con el recio del viento comenzaban a formarse. El canal de la Florida está lleno de cayos, de islotes, de arrecifes, de costas bajas y engañosas, y el peligro era, que cerrando la noche y arrastrados por las olas y el viento, viniesen los barcos a dar en algún escollo. La noche llegó, no sólo oscura, sino llena de esas tinieblas flotantes que tanto pavor causan en la mar, y que no se sabe si son los vapores que salen del agua, o los vapores que caen del cielo; el caso es que materialmente se ve que el barco tiene que abrirse paso en esa profunda e interminable oscuridad que cada vez es más negra y más pavorosa. La *Capitana* encendió un farol a popa y otro a proa, los demás barcos sólo encendieron uno a proa, y un cañonazo anunció que cada momento se aproximaba más el peligro.

La noche borrascosa y amenazadora pasó, sin embargo, sin novedad, y los pasajeros saludaron con una especie de frenesí los primeros rayos del sol. Un momento el astro del día se abrió paso por entre las capas de nubes e iluminó la superficie agitada del océano, de ese océano inmenso que azota con sus olas las orillas frondosas y fértiles de la América, y las arenas abrasadoras de la costa de África. Todos los barcos habían conservado hasta cierto grado una distancia conveniente, y se podía con el antejo reconocer que la escuadra estaba completa. La mayor parte de los capitanes, aunque el viento marcaba un cuarto al nordeste, y era fuerte, aprovecharon el sol y comenzaron a desplegar sus velas. Sólo la nave de Farfán conservaba únicamente la vela de foque y capeaba el viento. El día se pasó así, pero al ponerse el sol, unos reflejos entre amarillos y sangrientos que se notaban en algunas partes del horizonte, alarmaron a los capitanes y determinaron amainar las velas y esperar el viento a palo seco. La nave de Farfán ganaba el largo, mientras el barco en que iban los padres dominicos parecía visiblemente empujado a los arrecifes. Otros barcos seguían sin poderlo evitar el mismo rumbo. Cosa de las once de la noche el viento se desencadenó y comenzó a soplar con una furia nunca vista. Todos los barcos encendieron las luces, y los que estaban armados comenzaron a poner

señales y a tirar, conforme a las ordenanzas de marina, cierto número de cañonazos, para advertir a los demás el peligro.

No es fácil describir ni la confusión, ni las lágrimas, ni el espanto de los que estaban a bordo de cada barco. Ya hemos dicho que había más de mil personas distribuidas en buques que hoy llamaríamos miserables barquichuelos, y entre ellas se encontraban muchas mujeres, niños, esclavos, y también algunos indios que en calidad de sirvientes acompañaban a sus amos a España. En la nave en que iban los religiosos dominicos pasaba una escena todavía más terrible. Los pasajeros y marineros, que tenían la idea fija en la cabeza de que doña Catalina era el diablo en persona, o al menos la causa de la tormenta, bajaron al camarote y encontraron a la dama presa del mareo y del terror de una muerte próxima. Se apoderaron de ella y la subieron a cubierta, resueltos a arrojarla al mar. La mujer, que al principio no sabía de qué se trataba, se dejó conducir, pero advertida por el negro Francisco del peligro que corría, y recobrando sus fuerzas y energía, derribó a los que la conducían y corrió a buscar refugio cayendo a los pies y abrazando las rodillas de fray Marcos de Mena, que sereno y resignado en medio de la tempestad rezaba y encomendaba su vida y la de sus compañeros al Señor que aplaca los mares y calla el ruido temible de los vientos.

Fray Marcos acogió con bondad a doña Catalina, con palabras suaves y persuasivas calmó los temores y la cólera de los marinos, y les dijo que todos estaban entregados a la voluntad divina, y que ningún influjo maléfico ejercía doña Catalina ni nadie en los vientos y en la mar. La furia de la tempestad no dio por lo demás lugar a más conversación. Una ola, estrellándose contra el costado del barco, azotó contra la cubierta a fray Marcos, a doña Catalina y a cuantos estaban cerca, y destrozando una parte de la obra muerta, se llevó cuantos trastos encontró. A esa sucedió otra, y otra, y una lluvia como si se abriesen las cataratas del cielo, hizo que todos los pasajeros bajasen a la estrecha cámara. Allí los religiosos comenzaron a rezar, y todos cayeron de rodillas implorando el perdón de sus pecados y la misericordia de Dios.

Las corrientes, el viento, el terror que se había apoderado de los marinos después de tres días de un tiempo tan duro, hizo tal vez que gobernaran mal; el caso fue que las naos cada vez se juntaban más, y se podían oír los lamentos, los juramentos y los gritos que daban mutuamente los pilotos para evitar el que los barcos se estrellasen los unos contra los otros. Una nao venía derecha con una rapidez tal, que parecía empujada por Satanás a estrellarse contra la de los dominicos, pero en el tránsito se atravesó otra, arrojada por una ola, y las dos se chocaron, se oyó un traquido, y antes de cinco minutos el océano se había tragado naves, palos, pasajeros, todo, como si la garganta oscura de algún monstruo se hubiese abierto y vuelto a cerrar devorando la presa. Los religiosos que habían subido un momento a cubierta, lanzaron un grito de horror y comenzaron a absolver a los naufragos y a encomendar sus almas a la clemencia de Dios.

El viento era cada vez más recio y las olas más altas y amenazadoras. La escena que acabamos de referir se repitió, y se destrozaron mutuamente las naves, otras se hicieron pedazos contra los arrecifes, y otras fueron a embarrancar en medio de las tinieblas y de los horrores de esta tremenda noche, a las costas de la Florida. La nave de Farfán, la de Corso y otras cuatro o cinco pudieron ganar la alta mar, maniobrando con destreza y energía, y se salvaron.

Parece que la tempestad no había tenido más designio que hacer perecer la flota, pues así que todos los buques o habían encallado o se habían hecho pedazos y hundido, el viento calmó, las olas fueron

disminuyendo, y las corrientes alborotadas y contrariadas tomaron su curso natural. El sol del nuevo día alumbró a los náufragos que habían sobrevivido, y encontráronse a poca distancia de la tierra. Con el auxilio de las cuerdas, clavos y tablazón destrozada de los mismos barcos varados, pudiéronse hacer algunas balsas, y como la mar estaba ya mansa, fueron desembarcando sucesivamente los pasajeros con parte de los equipajes, aunque mojados, y una cantidad más que suficiente de provisiones. De más de mil y quinientas personas que iban en la flota, sólo se salvaron cosa de trescientas y las que iban en las naves de Farfán, y las demás que como hemos dicho escaparon del desastre. Entre los trescientos que tocaron tierra, contamos a los cinco religiosos dominicos, a doña Catalina y a su doncella que no abandonó el cofrecillo de sándalo. En cuanto al pobre negro Francisco, seguramente se lo llevó en la noche alguna ola sin que nadie lo advirtiera; el caso fue que no se encontró entre los pasajeros.

El peligro de la mar que era más próximo, no dio tiempo a que reflexionaran los desgraciados náufragos; pero cuando se vieron salvos, se presentó a su imaginación otro riesgo, en el que no habían pensado. Aquellas tierras deberían estar llenas de tribus bárbaras e indomables, y no tardarían en ser atacados por ellas. La costa estaba desierta: sin embargo, muchos se internaron y reconocieron el país, y no encontraron huellas ni señales de que hubiese ningunos habitantes. Esto tranquilizó de pronto a la desventurada colonia arrojada de improviso por las olas en aquella costa inhospitalaria, y pensaron, antes de tomar resolución alguna, en establecer una especie de campamento. Las mujeres se dedicaron a reunir los jamones, el bizcocho, las cajetas y otras provisiones que habían salvado y que les arrojaba la marea. Los hombres examinaron todos los destrozos del naufragio, para aprovecharse de las maderas y jarcia y formar unas barracas, y los religiosos procuraban conservar el orden haciendo que las provisiones se repartiesen con igualdad y que no se ocasionaran en el campamento disputas ni desorden alguno. En estos trabajos pasó una semana tranquila hasta donde era posible, y los que habían perdido sus riquezas comenzaban a consolarse con que harto habían ganado con la vida salva y los miembros íntegros y completos. La esperanza y la felicidad reinó, pues, entre aquellos desgraciados, porque el país era pintoresco y fértil, y el clima suave había influido en reponer sus fuerzas y su salud. Una mañana, al concluir la semana, se presentó a gran distancia una numerosa reunión de indios. La colonia se alarmó naturalmente, pero a medida que se fueron acercando se pudo conocer que venían en son de paz, pues traían los arcos rendidos, y muchos pescados en las manos, que ofrecían a los náufragos con visibles muestras de contento. Con temor, pero con agrado, fueron recibidos por la colonia, y las mujeres se apresuraron a tomar los pescados, y haciendo lumbre comenzaron a guisarlos y a tostarlos en las brasas, e indios y blancos en la mejor armonía se sentaron a regalarse con este repentino banquete de mariscos frescos y sabrosos. El general de la flota, cuyo nombre, repetimos, nos ha sido imposible indagar, desconfiando sin embargo, reunió al disimulo a los hombres más animosos, les dio las armas que se habían salvado, que consistían en dos ballestas y algunos estoques y espadas, y esperó el resultado. Cuando los náufragos estaban más confiados y saboreaban los pescados que les parecían deliciosos, los indios se levantaron repentinamente, lanzaron un alarido terrible y dispararon sus flechas contra aquella reunión de mujeres y de niños inermes. El general, a la cabeza de los españoles armados, arremetió briosamente contra los indios, hiriéndolos con las espadas y ballestas, y hasta las mujeres, armadas de palos y de lo que encontraban, cooperaron a la defensa. Después de

cerca de una hora de combate en el que todo fue gritos y confusión, los salvajes huyeron y se internaron en las selvas, dejando maltratadas a varias personas, y cargando ellos con sus heridos y muertos.

Este incidente arrojó la consternación en el campamento, y todos comenzaron a pensar y a discutir seriamente en el partido que deberían tomar, y resolvieron, pues, ponerse en camino y seguir la costa hasta Pánuco (Tampico), que creían firmemente que estaría a tres días de camino, y hoy se puede juzgar bien, conocida la distancia que hay desde la Florida hasta nuestra costa de Tamaulipas, de su grave error geográfico. El pánico se había apoderado de la colonia. Cada ruido en el bosque, cada silbido del viento, cada ola que se estrellaba en la playa, les parecía el alarido fatal de los bárbaros, y lo que querían era huir a toda costa de aquel sitio donde tenían por segura una desastrosa muerte. Al amanecer del día siguiente, la desatentada gente, sin precauciones ningunas, sin tomar una parte de los víveres que todavía existían, sin recoger la madera que habían arrojado las aguas, echaron a huir, medio desnudos y descalzos, cargando unos sus niños pequeños, y otros llevándolos a pie, sin que de nada valieran las órdenes del general ni los ruegos y exhortaciones de los religiosos dominicos. El maestro Agustín Dávila Padilla dice:

Todos iban a pie, los más descalzos, muchos casi desnudos, y algunos del todo. Las mujeres y niños sentían más el camino, y la ocasión les obligaba a que alargasen todos el paso. Sentíanse la hambre y el cansancio, afligía el calor de la arena, y *había fuego en la cabeza y fuego en los pies*. Lloraban los niños, enternecíanse sus madres y todos marchaban con grandes lástimas, procurando remediarlas descubriendo tierra de cristianos y dándose prisa para descubrirla.

Cinco o seis días caminaron así, y poco hay de pronto que añadir a la patética narración que hemos copiado y que hace de este suceso el apostólico varón autor de la *Historia de la provincia de Santiago de México*. Los indios, que estaban ya cerciorados que la gente blanca no tenía armas de fuego, salieron de las selvas y comenzaron a perseguir a los desventurados tirándoles de flechazos e incomodándolos de cuantas maneras podían. El general de la aniquilada flota, que conservaba todavía algún imperio sobre su gente, ordenó la marcha. Los religiosos dominicos tomaron la delantera y exploraban el camino, recogiendo algunos mariscos, yerbas y cuanto creían que podía servir de alimento. Buscaban también los depósitos de agua dulce; cavaban pozos en la arena y disponían para la noche el campamento en el lugar más cómodo. Trabajaban todo el día, alentaban a los cansados, consolaban a las desgraciadas mujeres, cargaban en brazos a los niños largos trechos, ponían troncos de árboles para pasar los bayucos y riachuelos; en una palabra, eran los ángeles protectores de aquella mísera gente abandonada en los infinitos desiertos de la América del Norte. Fray Marcos de Mena, más joven, más fuerte, más activo que los otros religiosos, fue investido de autoridad por todos los peregrinos, de manera que después del general era el único a quien obedecían y respetaban. En el centro se colocaron a las mujeres, niños y ancianos, y la retaguardia la cubría el general, llevando los hombres más fuertes las ballestas y las armas. Los negros e indígenas mexicanos que formaban parte de la expedición, armados de una especie de mazas formadas con troncos de árbol, servían como de exploradores ágiles para correr, para nadar y para reconocer las astucias de los enemigos, prestaban a todos servicios de mucha consideración. Era necesario sostener en el día un continuo combate con los salvajes, y en la noche se hacía necesario que la mayor parte de los hombres de armas permaneciesen en vela para no ser sorprendidos. Cualquiera, con sólo la lectura de estos renglones, en que se refiere simplemente esta desastrosa peregrinación,

puede figurarse el terror y los sufrimientos de aquellas gentes en las noches lóbregas, tempestuosas, rendidos de la fatiga, temblando con el frío y la humedad, heridos algunos de las flechas, y rabiosos todos de hambre, y sobre todo de sed; pues las más veces tenían que contentarse con las aguas salobres que encontraban.

Así, en medio de estas penas infinitas, llegaron a las orillas de un caudaloso y turbio río, que arrastrando sus pesadas aguas por entre remolinos y orillas bajas y tristes, parecía impedirles la marcha de una manera definitiva. Llamaron a este río *Bravo*, y seguramente no puede ser otro más que el Mississippi; y la creencia de que una vez pasado ese río encontrarían a poca distancia el Pánuco, les dio nuevo vigor y esperanza. Acamparon en las orillas, saciaron su sed con aquella agua dulce y saludable, bien que algunos, según el maestro Dávila, murieron de tanto beber; se bañaron y curaron las heridas, y con un vigor extraño, alentados por el general, y sobre todo por fray Marcos de Mena, comenzaron la construcción de una gran balsa, aprovechando algunas hachas, instrumentos y cuerdas que había recogido el marino más cuerdo y más previsivo que los demás. Cerca de dos semanas emplearon en cortar los árboles, en labrarlos, en formar, en fin, un par de balsas sólidas en que atravesar el río, y durante ese tiempo vivieron escasamente poniendo trampas a las aves y recogiendo algunos mariscos y dividiéndose económicamente estos recursos. Los indios hacía algunos días que habían desaparecido, y los peregrinos concibieron la idea de que hallándose ya muy cerca de Pánuco habrían prescindido sus enemigos de la idea de molestarlos. Con esta lisonjera esperanza pasaron el gran río; pero les aconteció la irreparable desgracia de que un clérigo que iba en la balsa, por echar al agua una ropa sucia y vieja que no le servía, arrojase el paquete donde estaban las ballestas, quedando así reducidos a unas cuantas hojas de espadas despuntadas y melladas por los diferentes servicios que habían hecho.

Al día siguiente de haber pasado el río, y continuando siempre la dirección de la costa, observaron que más de cien indios les seguían a distancia, y era que mientras ellos habían pasado en las balsas, los salvajes lo habían hecho en sus canoas.

Durante dos días los enemigos se mantuvieron a cierta distancia, pero cuando se cercioraron que los españoles no tenían las ballestas, se acercaron y dispararon sus flechas durante más de una hora sin interrupción. Varias mujeres y niños fueron heridos, y tres españoles que quisieron con tan escasas armas detener la furia de los indios, cayeron heridos en su poder. Apenas se apoderaron de ellos cuando lanzaron un grito de feroz alegría, y llevándolos a una mota de arbustos que cerca había, los ataron con correas de piel que desenredaron de su cintura, y comenzaron a martirizarlos. Era ya muy entrada la tarde, y la noche vino pronto. Encendieron los indios lumbradas al derredor de las víctimas, y se pusieron a bailar haciendo gestos y contorsiones diabólicas. Fatigados del baile, los más jóvenes lanzaban sus flechas, sirviéndoles de blanco los ojos y la boca de los españoles. Volvían a cabo de un rato a comenzar su baile infernal y a atizar las hogueras, y terminado el baile intentaban cortar la lengua o los brazos de sus prisioneros con toscos cuchillos de pedernal, cicatrizando la sangre y las heridas con tizones ardiendo. Esto pasaba a la vista de los peregrinos que, presa del terror, no se atrevían ni a moverse ni a proferir una palabra.

Doña Catalina, a quien por contar estas raras aventuras hemos olvidado, durante todo el viaje hasta el paso del gran río, había conservado su energía y su orgullo. Habiendo salvado alguna parte de su rico equipaje, aparecía vestida siempre de seda y bien que los vestidos estuviesen mojados y

maltratados, les daba cierto aire de elegancia, de manera que muchos de los que podían conservar el resto de buen humor, la llamaban la reina, mientras otros que la consideraban siempre como la causa de todas las desgracias, le rehusaban todo género de auxilios y hasta el escaso alimento que se repartía. Doña Catalina sufría con un valor verdaderamente heroico el cansancio, la lluvia, el frío, y en cuanto a los alimentos, quizá era la que mejor lo había pasado. El cofrecillo de sándalo que llevaba siempre la doncella, había sido su tabla de salvación, pues encerraba sus alhajas. Un día dio un diamante del tamaño de un garbanzo por dos cangrejos, otro un hermoso rubí por un pescado y un puñado de yerbas, otro una esmeralda por unos cuantos camarones, otro una hermosa sarta de perlas por una poca de agua salobre. Entre los peregrinos, como debe suponerse, había personas que procuraban, a cambio de las piedras preciosas, servir a doña Catalina al pensamiento, esperando siempre llegar con vida y con valiosas joyas al suspirado Pánuco. Cuando doña Catalina abriendo sus grandes ojos que parecía penetraban con su luz los lejanos bosques, observó los crueles tormentos de los españoles, la abandonó su energía y su resolución, y anegada en lágrimas cayó a los pies de fray Marcos, le confesó todos sus pecados e hizo voto solemne, de si escapaba con vida, dar todos sus bienes a los pobres, tomar el hábito de religiosa, y dedicar el resto de sus días a la penitencia y a la oración.

—Dios dispone todas las cosas y es dueño de nuestra vida —le dijo con una voz suave fray Marcos dándole la bendición—. Si está determinado que suframos el mismo martirio que nuestros compañeros, sufrámonle con resignación, ofrezcamos al Señor nuestras almas, y se abrirán para nosotros las puertas del cielo.

Otras muchas personas imitaron el ejemplo de doña Catalina, y aquellos buenos religiosos, sin tener en cuenta sus fatigas y sus propias penas, estuvieron oyendo la confesión, absolviendo y animando aquellas desconsoladas criaturas, mientras los prisioneros, atados en los matorrales, morían en medio de los más crueles dolores; y los indios bailaron y bailaron hasta que las hogueras se apagaron y la luz del nuevo día vino a alumbrar este cuadro de horror y de desolación.

TERCERA PARTE

Los salvajes, arrojando gritos y soltando diabólicas carcajadas, se internaron en la selva; pero desde aquel momento el ánimo de los peregrinos quedó de tal suerte abatido que no tenían aliento ni para proporcionarse el preciso sustento. Las madres estrechaban contra su seno a sus hijos, y muchas de estas criaturas, heridas, sedientas, presas de la fiebre, arrojaban lastimosos quejidos. Tuvieron todos que continuar su marcha porque no había otro remedio, y un resto de ilusión y de esperanza les hacía ver, como si fuera la gloria celestial, la suspirada ranchería de Pánuco. Los salvajes volvieron a aparecer a los dos días con unas fisonomías risueñas y placenteras. Se apoderaron de dos hombres que por la fatiga se habían quedado atrás, y en vez de atarlos y conducirlos al martirio los comenzaron a desnudar, y así que los dejaron como Adán los despidieron, sin hacerles otro daño. Fue una luz, una inspiración para los desdichados. Ofrecer las ropas en cambio de la vida, no era nada.

Los indios se acercaron de nuevo y los peregrinos les hicieron señas de si querían la ropa, a lo que también por señas contestaron afirmativamente, y entonces entraron al campamento. Dieron de

pronto con un tartamudo vizcayno, el cual con visible repugnancia se quitó los pantalones; pero no fue posible que de grado les entregara una *jaqueta* encarnada que tenía. Los salvajes se pusieron furiosos, le dispararon muchos flechazos y le dejaron hecho pedazos muerto en el suelo, haciendo trizas la jaqueta y repartiéndose los fragmentos. Con este ejemplo por una parte, y amagados por los salvajes que tendían su arco, hombres, mujeres, niños, hasta los religiosos tuvieron que desnudarse, no permitiendo sus enemigos que conservasen ni siquiera un harapo ni un pañuelo con que cubrirse.

Qué lástima tan extraña [dice el maestro Dávila Padilla], sería ver aquella pobre gente perseguida, hambrienta, desnuda, avergonzada, herida y con tanto tropel de males, que apenas hay oídos cristianos para poderlos oír sin mucho sentimiento. Algunas mujeres se caían muertas, y aunque había otras causas para esto, debió de ser mucha parte la vergüenza de verse tan faltas del honesto abrigo que con tanta fuerza les enseña la naturaleza.

Los indios rieron, burlaron y festejaron la invención así que vieron completamente desnudos a todos los peregrinos, y comenzaron a vestirse con los trajes españoles. Doña Catalina tuvo que entregar sus vestidos de seda a una india que a su vez se desnudó y se engalanó de una manera ridícula con el traje de la rica dama. La doncella tuvo igual suerte, pero pudo ocultar entre la arena el cofrecillo de sándalo, y las alhajas que encerraba les sirvieron para vivir algunos días más.

Los indios, de pronto, se retiraron no sin disparar algunas saetas, y los náufragos tuvieron que continuar su doloroso camino en demanda de Pánuco, que parecía que siempre se les alejaba y estaba en la extremidad de la tierra.

Parece que desde que salieron de la Florida los náufragos, hasta el punto en que aconteció la cruel aventura que acabamos de referir, habían pasado quizá sesenta días. La crónica no puntualiza la manera como pasaron los ríos de Tejas y el que se llama hoy Bravo del Norte, y señala una jornada fatal en el río de las Palmas, refiriéndola, a poco más o menos, de esta manera: La infortunada gente atravesó un país enteramente desprovisto de agua potable, y la sed era ya tan grande que apenas alguno solía divisar un escaso manantial en una peña, cuando corría como un furioso, devorando la poca agua con todo y el lodo, las arenas y las piedrezuelas. Su esperanza para no morir de la muerte más espantosa, era la lluvia; pero o no caía del cielo, o cuando caía les era imposible recogerla, y veían con espanto que las arenas ardientes sorbían las gotas que a ellos darían la vida. Así pudieron llegar al río de las Palmas los más fuertes y animosos, pues los débiles y enfermizos habían quedado regados en el camino muertos los unos de hambre y de sed, y los otros de las heridas y de las llagas que los piquetes de los insectos y el sol habían hecho en sus cuerpos; pues es menester no olvidar que esta última parte de la peregrinación la hicieron completamente desnudos. Cuando vieron un ancho, dulce y cristalino río, se arrojaron voraces a beber sus frías aguas, y fatigados y sudorosos encontraron la muerte donde creyeron hallar la vida. A esto se agregó otro y más terrible ataque de los indios, que no se sabe si eran los mismos que los habían perseguido desde la Florida, u otros, pues toda esa costa estaba llena de tribus cazadoras y feroces que los españoles nunca pudieron ni conquistar ni reducir a la vida civilizada. La descarga de flechas y de golpes fue tal, y la debilidad de las mujeres tan extremada, que a orillas de este río perecieron todas ellas, y hubo casos en que los niños quedaron abandonados, llorando junto al cadáver sangriento de sus madres, y después murieron probablemente matados por los indios, o de hambre y de desamparo. Difícilmente en naufragio alguno se puede contar una serie de aventuras tan horrorosas. Además de las mujeres, pasaron de cincuenta hombres los que también murieron y los pocos que quedaron, ya sin ser posible el orden ni

servir de nada los mutuos auxilios, desesperados y frenéticos se desperdigaron por los bosques, tratando de salvar su vida o de acabar con ella prontamente.

No pudiéndonos ocupar, por falta de pormenores, de todas las personas y sufrimientos individuales, no omitiremos decir lo que alcancemos de los personajes que más han figurado en esta narración.

Los cinco religiosos que hemos dicho se embarcaron en la flota, iban a España a asuntos que podemos llamar espirituales, es decir, a agenciar las facultades y los medios de convertir a los infieles y de civilizarlos. La providencia quiso poner a prueba su fortaleza, y sufrieron su destino y su suerte sin murmurar, y bendiciendo hasta la última hora la mano de Dios.

Fray Diego de la Cruz era español, y fray Hernando Méndez era mexicano, joven robusto, buen estudiante y dotado de las sencillas y admirables virtudes que inspira el cristianismo. Cuando los salvajes atacaron a los peregrinos en las orillas del río de las Palmas, los dos religiosos quisieron defender a las mujeres y especialmente salvar, al menos del martirio, a los niños; así, con un valor que no lo da más que la verdadera virtud, se arrojaron a contener y a exhortar a los bárbaros; pero todo fue inútil, porque aquellos hijos de las selvas no entendían el idioma, y por otra parte parece que, trasmitida a su conocimiento la conducta atroz de los conquistadores con la raza indígena, deseaban una sangrienta y señalada venganza. Los religiosos fueron heridos gravemente, y con las flechas encajadas en la carne y dejando un reguero de sangre, se apartaron de aquel campo de desolación y pudieron llegar a un lugar solitario donde morir.

—Hermano —dijo fray Hernando Méndez—, tenemos pocas horas de vida. Es necesario resignarnos con la voluntad de Dios y confesar nuestros pecados, y los míos son muy grandes, porque en esta triste jornada, última de nuestra breve vida, he murmurado algunas veces de Dios y he dudado de su clemencia y amparo.

—La vida, hermano —contestó con una voz apagada fray Diego—, es un valle de lágrimas. No hemos venido a ella para gozar, sino para sufrir, y los dolores y los martirios que estamos pasando nos abrirán las puertas del reino celestial, si en este trance bendecimos al Señor nuestro Padre que está en los cielos y confiamos en su misericordia infinita.

Los dos religiosos, medio recostados en el tronco añoso y arrugado de un árbol corpulento, comenzaron a derramar lágrimas de arrepentimiento y a sacarse las jaras y los pedernales que tenían en las llagas dolorosas de su cuerpo.

Después tuvieron fuerza para arrodillarse, escuchar mutuamente su confesión y abrirse con el perdón las puertas del cielo.

—Hermano —dijo fray Hernando Méndez—, mientras que nuestras fuerzas lo permitan, cavaremos nuestras sepulturas y las bendeciremos. La tierra consagrada con nuestra sangre recibirá nuestros cuerpos, y Dios nuestras almas.

Los dos religiosos, en silencio y con unos palos de árbol que encontraron en la selva, hicieron un esfuerzo supremo y comenzaron a cavar sus sepulturas.

El día estaba espléndido, las aves cantaban, saltaban en las ramas, y algunas veces, curiosas y alarmadas, revolaban al derredor de aquellos dos sangrientos y mudos esqueletos que continuaban con trabajo y silencio cavando sus sepulcros.

Las fuerzas de fray Diego de la Cruz no le permitieron concluir la última tarea de su vida, y cayó

en la tierra moribundo. Fray Hernando Méndez, más joven y más fuerte, acudió, tomó a su hermano en brazos, le rezó las últimas oraciones, le cerró los ojos, le bendijo, le depositó suave y tiernamente como si fuese un niño dormido en la sepultura que ya él había acabado de cavar, le cubrió de arena, cortó algunas flores silvestres y las arrojó sobre la tumba de este santo, y volvió al nudoso tronco, ya sin fuerzas, a esperar su última hora. Repentinamente apareció en aquella soledad el semblante de un amigo; era Francisco Vázquez, natural de Villanueva en España, hombre rico y considerado en México, y amigo íntimo de los religiosos, y que, como ellos, había participado de los desastres de la expedición. El religioso recibió esta visita como si hubiese bajado un ángel del cielo. Vázquez extrajo con cuidado las astillas y los pedernales de sus heridas, le lavó la sangre coagulada y le curó con yerbas medicinales que él conocía, llevándosele a otro lugar que le pareció mejor. Anduvieron los dos algunos días, dice el maestro Dávila, sustentándose de raíces y de hojas de árboles, hasta que poco después la fuerza de las llagas acabó la vida del religioso, y el seglar le enterró como pudo.

Vázquez, después de haberle sepultado y derramado las lágrimas que arranca la común desgracia sobre aquella santa e ignorada sepultura, en vez de continuar su camino hacia el Pánuco, donde todos encontraban la muerte, tuvo la increíble energía de emprender el regreso hasta el punto del naufragio. El cielo premió su constancia y su excelente corazón, pues a los dos o tres días, un barco, enviado por el gobierno de México para socorrer a los naufragos, le recogió y le condujo a Veracruz, desde donde se dirigió a la capital. De las narraciones de este personaje está sacada, en parte, la triste historia que hemos puesto ante los ojos del lector. Fray Juan de Mena, fray Ignacio Ferrer y fray Marcos de Mena, consultaron lo que debían hacer, y resolvieron seguir la suerte de las gentes que habían sobrevivido, resueltos a auxiliarlas hasta que las fuerzas les faltasen. Se dirigieron, pues, a un río que está antes del Panuco, dice la crónica, y es bien difícil, en una costa tan llena de esteros y de corrientes diversas, designar con exactitud los lugares; pero realmente no es esto de importancia para aumentar el triste y sangriento colorido de estos cuadros donde el desierto, el hambre, los enemigos y hasta los insectos contribuían a aumentar el horror.

Llegados al río, al caer una tarde, los religiosos se sentaron en una orilla, y mirándose unos a otros con su cuerpo lleno de llagas, con sus pies destrozados y sin más fuerza y apoyo que el que les inspiraba su alma enérgica y religiosa, comenzaron en silencio a derramar lágrimas. Miraban la corriente ancha e impetuosa del río, y no concebían cómo lo pasarían. Fray Marcos de Mena se apartó un poco, recorrió alguna parte de la orilla, y en un recodo oculto, y entre plantas acuáticas, encontró una barca con dos remos que sin duda habían los indígenas dejado allí. Túvolo y con razón en aquel trance como un milagro, y dando aviso a sus compañeros, todos se embarcaron y comenzaron a bogar con dirección a un peñón negruzco que estaba en medio de las aguas y que les pareció una isla. Abordaron a ella, tratando de desembarcar para tomar aliento y pensar a qué punto de la orilla opuesta se dirigirían, para evitar un nuevo encuentro con los salvajes. Fray Ignacio Ferrer desembarcó; pero apenas puso el pie, cuando la isla se movió y gruesos chorros de agua brotaron de aquello que habían tomado por una roca.

Eran dos ballenatos que habían entrado de la mar, y tenían, como asienta el maestro Dávila,

las cabezas cubiertas con el agua, y el resto del cuerpo descubierto, que parecían isletas; cuando sintieron gente hacia sí, levantaron las cabezas, y arrojando gran golpe de agua por los colodrillos, se fueron río abajo a la mar.

Fray Ignacio fue socorrido por sus compañeros que le tendieron un remo antes de que se hundiera, y

pasado este incidente continuaron su navegación hasta que dieron en una verdadera isleta donde pasaron la noche. Temprano al siguiente día llegaron a la orilla del río, y dejando la embarcación emprendieron explorar el terreno hasta encontrar a la desventurada gente en cuya demanda iban. A poco andar tropezaron con un cadáver, después con otro y otros, y algunos heridos y traspasados de flechas, que apenas tenían ánimo para pedir agua.

Aquella noche [dice nuestro cronista], quedaron los tres religiosos entre los muertos y heridos, esperando por horas la muerte. Después de media noche comenzaron a caminar con gran prisa, siguiendo cerca de la playa todo el día, hasta la noche que descubrieron a los demás españoles que se habían adelantado y excusado por eso, hasta entonces, de la muerte. Prosiguieron su camino todos juntos, la playa siempre en la mano, sustentándose de sólo el marisco muy miserablemente. Casi veinte días llevaron este paso sin ver indios, aunque hallaban algunos españoles flechados y otros muertos, porque como el aprieto era grande, cada uno procuraba su remedio lo mejor que podía, y unos se apartaban de otros procurando cada cual adelantarse por verse más presto en tierra de cristianos. Llegaron al fin los frailes y la demás gente a un río grande que está antes del de Pánuco, y comenzaron a dar orden cómo pasarle en balsas, muy descuidados ya de ver indios; pero ellos no lo estaban de los españoles, y antes aprovecharon el tiempo de su ausencia en rehacerse de flechas, y por ganar el tiempo que los españoles les llevaban de ventaja.

El resultado de esta maniobra de los indios fue un combate terrible y tenaz. De los españoles unos trataron de huir y de esconderse, otros con las escasas armas, que no podían ser otras más que troncos o ramas nudosas de árboles, se defendieron, y otros sucumbieron. Los religiosos, sin tener ya posibilidad de salvar ni aun de auxiliar a sus compañeros, trataron de ocultarse entre unos matorrales. El primer espectáculo que se presentó a la vista de fray Marcos fue doña Catalina, traspasado su cuerpo de flechas, y sus hermosos ojos y su seno carcomidos por los buitres. Apartó la vista el religioso de este espectáculo horrible, y en unión de sus compañeros se refugió en un espeso matorral donde no pudiesen los indios descubrirlos, aunque dando voces y alaridos pasaron muy cerca. Al cabo de una hora comenzaron a sentir agudos piquetes de hormigas, y un momento después estos animales voraces acudían en un número tal, que cubrieron el cuerpo de los religiosos, y no bastaba el continuo esfuerzo que hacían para quitárselas con ramas y hojas de las plantas. Las mismas plantas estaban cubiertas también de gruesas capas de estos animales. Su martirio llegó a tal grado, que prefirieron entregarse a las flechas de los indios, y salieron de aquel matorral, ganaron corriendo la orilla del río, y se echaron a la agua, único medio posible de desembarazarse de los voraces insectos. Cuando salieron del baño encontraron inmediatamente una bandada de indios que los habían espiado y los esperaban. A fray Juan de Mena le dieron un flechazo que le traspasó el pulmón y cayó muerto en el acto; a fray Ignacio Ferrer le mataron dándole en la cabeza con un tronco grueso de árbol, y a fray Marcos de Mena le asestaron siete flechazos, entre ellos uno en el lagrimal del ojo derecho. Los tres, nadando en sangre, cayeron en tierra, y los salvajes los dejaron ya muertos, y continuaron buscando a los demás españoles que se habían ocultado por las cercanías, matando a todos los que encontraron.

Así pasó ese funesto día, y los salvajes se retiraron creyendo haber acabado su misión sangrienta.

El instinto de la propia conservación hizo que algunos de esos infelices se ocultasen, ya dentro del agua en la orilla del río, ya en alguna otra parte; el caso fue que todavía escaparon algunos de la matanza, y cerca de la noche, observando que los salvajes se habían retirado, salieron cautelosamente a explorar el campo, y se horrorizaron de verlo cubierto de cadáveres. Fijaron la atención en los tres religiosos, y como les tenían no sólo veneración sino una inmensa gratitud por los

servicios que les habían prestado, no pudieron menos sino derramar abundantes lágrimas y resolvieron enterrarlos. Cavaron ligeramente unas sepulturas, porque no tenían tiempo ni instrumentos para hacerlas profundas, y depositando allí aquellos cuerpos sangrientos y venerados, les echaron una leve capa de tierra encima, rezaron una oración y encomendándose ellos mismos a Dios, continuaron su peregrinación, en demanda siempre de Pánuco, que era para ellos la tierra de promisión.

En el resto de la noche cayó un fresca lluvia. La mañana siguiente fue pura y hermosa. Cuando salieron los primeros rayos del sol, fray Marcos de Mena se creyó presa de una pesadilla. Sentía que tenía un gran peso en su cuerpo y que un negro velo cubría su rostro; pero en vez de sentir dolores, experimentaba, por el contrario, una especie de consuelo como si hubiesen ungido su cuerpo con un bálsamo. Hizo un esfuerzo, levantóse y con facilidad pudo sacudir la poca de tierra con que le había cubierto la piedad de sus amigos. Miró a todos lados y no observó sino cadáveres sangrientos y desfigurados que comenzaban a ser ya pasto de las aves de rapiña. Se encomendó a Dios, hizo un esfuerzo supremo y se levantó alentado con la idea de que muchos, como él, podrían estar todavía con vida, y él ayudaría a que se alejasen de aquel fúnebre cementerio. La tierra y arena en que había estado enterrado, refrescada con la lluvia, había servido sin duda de medicina para mitigar la inflamación de las heridas y de los piquetes de los insectos, y de pronto parece que un vigor desconocido y sobrenatural animaba a su ya descarnado y sangriento esqueleto. Uno por uno examinó a sus tendidos e insepultos compañeros, entre los cuales encontró algunas madres que de hambre, de miedo y de cansancio se habían quedado muertas estrechando a sus hijos en sus brazos. Aquel desierto donde acababa de desaparecer todo vestigio de existencia humana, aquellos cadáveres desfigurados e insepultos a quienes la muerte sorprendió en las siniestras posiciones que causan el dolor y la desesperación, habrían infundido miedo a cualquier otro hombre. Nuestro religioso, por el contrario, animado del sentimiento sublime de la caridad, cumplió en aquel remoto páramo con los últimos deberes, y dio sepultura a cuantos pudo, para que los restos de los cristianos no fuesen devorados por las fieras. Buscó en seguida algunos alimentos, sin poder encontrar más que raíces, y juntando trozos de leña los encendió llegada la noche, y permaneció velando aquellas fúnebres y solitarias tumbas.

Al siguiente día se alejó de aquel sitio y tomó la orilla de la playa para proporcionarse algunos mariscos; pero el sol que tostaba su desnudo cuerpo, los movimientos que tenía que hacer para proporcionarse que comer, y la falta de cuidados, ocasionaron que sus llagas volviesen a inflamarse hasta un grado tal, que le era imposible moverse. Haciendo un esfuerzo se retiró de las orillas del mar y buscó más al interior del país un sitio donde exhalar el último suspiro.

Se detuvo en una especie de gruta, formada casualmente por la vegetación exuberante de aquella costa. Había un mullido lecho de musgo, y algunos árboles que parecían colocados de propósito, formaban una cabaña. Cerca se escuchaba el ruido apacible de una fuentecilla de agua, y las aves habían escogido aquel lugar para la mansión de sus amores. Ya porque el sitio era agradable y pintoresco en extremo, ya porque el religioso no podía dar un paso más, resolvió quedarse allí, y dio gracias al Señor porque le había llevado a aquel paraje, donde bendiciendo las obras de la naturaleza podría entregarle tranquilamente su alma. Pudo llegar a la vertiente de agua, sació su ardiente sed y se recostó en seguida en un lecho de hojas, el que se habría creído preparado por el

ángel de la guarda del maltratado solitario. Tenderse en el lecho y apoderarse de sus párpados un sueño dulce y bienhechor, todo fue uno. Quién sabe cuántas horas estuvo así nuestro fraile, y recordaba que durante este tiempo, tan pronto había creído oír en la gloria melodías dulcísimas y desconocidas, como tener delante de sí al demonio «proponiéndole, con locos pensamientos, no ser verdadera la divinidad del Redentor, sino engaño de los cristianos».

Cuando despertó de su sueño vio delante de sí una figura extraña, y de pronto creyó que era una terrible realidad. Se frotó los ojos, reflexionó un poco, y entonces observó que una negra, hincada de rodillas, con los ojos anegados de lágrimas, le contemplaba llena de veneración y de ternura. Era esta criatura una de tantas víctimas del naufragio, que huyendo descarriada había escapado de la ferocidad de los salvajes y podido vivir en los bosques. La excelente mujer contó al religioso sus aventuras, que eran parecidas a las de los demás. Hambre, frío, llagas, fatigas infinitas, calor abrasador, peligros con los salvajes, con las fieras, con los torrentes, con la soledad misma. De esta serie de incidentes se había compuesto la vida de todos los náufragos, hasta que sucesivamente fueron muriendo. Jamás el buen religioso, había experimentado un placer igual al que le produjo la vista de aquella fea negra, todavía más monstruosa por el desorden de su lanuda cabellera, y por lo extenuado y flaco de sus miembros.

La negra corrió a la fuente, y en la corteza de una fruta silvestre trajo agua, lavó las llagas del religioso y le aseguró que conocía ya varios lugares donde encontraría yerbas y raíces propias para comer, y que también podría, con la ayuda de Dios, proporcionarle algunos mariscos. En efecto, durante doce o quince días la negra aparecía con exactitud provista de algunos alimentos, acompañaba al solitario algunos ratos, rezaba con él, le curaba, y volvía a desaparecer, ocupándose, en las horas de su ausencia, en procurarse los auxilios que, a duras penas, podía arrancar a aquella naturaleza salvaje.

Un día llegó la hora, que era por lo regular el medio día, y la negra no apareció. Fray Marcos esperó lleno de ansiedad, y así llegó y terminó la noche sin que la negra se presentase. A los dos días, perdiendo toda esperanza, fray Marcos, urgido por la hambre y por los dolores e inflamación de sus llagas, que se habían llenado de gusanos, se resolvió a tentar el último y supremo esfuerzo, y se puso en camino con dirección a Pánuco, a ese Pánuco fabuloso que había visto cerca desde el día de su naufragio, y al cual casi ninguno había podido llegar. Pudo más bien arrastrarse, que no andar, hasta la orilla de un río, y allí perdió las fuerzas y cayó en tierra, encomendando su alma a Dios. Abrió en aquellos momentos los ojos, para cerrarlos sin duda para siempre, y observó dos hermosos mancebos de alta estatura y gallardo porte, que, aunque estaban desnudos, no tenían arcos ni flechas.

Hízoles una señal, último esfuerzo de que fue capaz, y clavó su rostro en tierra, no pudiendo ya ni aun soportar la fuerza de la luz. Los mancebos saltaron a una barca que estaba en el río, sacaron de ella una sábana blanca, levantaron del suelo a fray Marcos, le envolvieron en ella y le colocaron suavemente en la embarcación, remando ágiles con dirección a un pueblo de españoles que estaba a trece leguas de distancia en la orilla opuesta. Allí le sacaron con el mismo tiento, le dieron agua y una «torta delgada del pan de la tierra, muy blanca y muy bien sazonada», le cubrieron bien con la sábana, e indicándole la población, que distaba solamente algunos pasos, le dijeron: «Tampico, Tampico» y desaparecieron dejándole absorto y persuadido de que sólo por la intervención de los ángeles pudo haber salvado su vida.

Fue acogido el religioso con un entusiasmo difícil de pintarse, en la pequeña ciudad española. Él refirió sus aventuras y bendijo a las familias. Las familias le agasajaron, le curaron, le mimaron con un cariño singular, hasta que estuvo en estado de emprender su camino a México, adonde llegó a tocar a las puertas de su santo convento, dejando a los religiosos asombrados con la narración de sus raras aventuras, y a todos persuadidos de que sin la especial intervención de la providencia, era imposible que hubiese podido resistir tanta fatiga y sobrevivir a las peligrosas heridas en el desamparo de la infinita soledad de los desiertos que había atravesado.

Algún tiempo después tuvo que sufrir una dolorosa operación, pues las heridas habían cerrado en falso, y tenía dentro del cuerpo trozos de jara y de pedernal, que los médicos tuvieron que extraerle. Sobrevivió veintitrés años, aunque siempre descolorido, flaco, y sufriendo diversos males, resultado de sus inauditos padecimientos. Cuando el virrey don Martín Enríquez salió de Nueva España para el virreinato del Perú, le acompañaron el maestro fray Bartolomé de Ledesma y fray Marcos de Mena. El primero fue electo obispo de Oaxaca, fray Marcos de Mena no quiso ya hacer otro nuevo viaje, y se quedó en el convento de la ciudad de los Reyes, donde murió santamente en el año de 1584.

Manuel Payno

LA FAMILIA CARABAJAL

PRIMERA PARTE

La historia de la familia Carabajal; las terribles persecuciones que sufrió por la Inquisición; las revelaciones curiosas que ante aquel tribunal hicieron las diversas personas de dicha familia, acerca de la observancia y ceremonias de la ley de Moisés, y el fin trágico de todas esas personas, daría motivo a escribir, no dos o tres artículos, sino un gran libro.

Nosotros uniremos al laconismo, necesario a los estrechos límites de esta publicación, la mayor claridad posible, insertando al pie de la letra algunas diligencias, tales como existen en las causas originales; y aunque esto algunas veces parezca cansado, sin embargo, hará formar a nuestros lectores la idea más perfecta del carácter y procedimiento de esa terrible institución que se llamó el Santo Oficio.

Don Luis de Carabajal, nativo del reino de Portugal, hombre de 45 años, llegó a Tampico, nombrado por el rey de España gobernador del Nuevo Reino de León, por el año de 1583.

Don Luis de Carabajal trajo en su compañía a su cuñado don Francisco Rodríguez de Matos y a su hermana doña Francisca Núñez de Carabajal, y a los hijos de éstos doña Isabel, viuda de Gabriel Herrera y la mayor de todos los hermanos, de 26 años de edad, doña Catalina, doña Mariana, doña Leonor, don Baltasar, don Luis, Miguel y Anica, que eran muy niños; además don Francisco Rodríguez de Matos y su mujer tenían un hijo llamado don Gaspar, religioso, en el convento de Santo Domingo de México, que había llegado allí poco tiempo antes.

Un año después de la llegada de esta familia a la provincia del Pánuco, fueron de México dos comerciantes españoles, Antonio Díaz de Cáseres y Jorge de Almeida, y casaron, el primero con doña Catalina, y el segundo con doña Leonor. Esto motivó el viaje de toda la familia para la capital de la colonia, adonde pasaron todos a establecerse, viviendo al parecer cristiana y tranquilamente, y haciendo algunas veces viajes al mineral de Taxco, en donde el marido de doña Leonor tenía una negociación de minas.

En el año de 1587 la mano de hierro de la Inquisición cayó sobre doña Isabel, la mayor de los hermanos, por denuncia que contra ella se había hecho como observante de la ley de Moisés. El fiscal doctor Lobo Guerrero presentó su acusación, y los inquisidores Bonilla y García decretaron la prisión de doña Isabel, y el secuestro (o secresto) de sus bienes, como se acostumbraba en aquel tribunal. Aquí dieron principio los infortunios de aquella familia, porque la Inquisición, voluntariamente, o por fuerza del tormento, obligaba a los desgraciados reos a decir cuanto supiesen, o para hablar en los términos propios, a *testificar* a los hijos contra los padres, a los padres contra los hijos, a los hermanos contra los hermanos, a la mujer contra el marido, y a éste contra aquélla.

Y no bastaba que el reo confesase lisa y llanamente la culpa, cargando con todo el peso de ella, sino que se le atormentaba para que confesara lo que de otros sabía, que era lo que se llamaba tormento *in caput alienum*, porque en la compilación de instrucciones del Oficio de la Santa Inquisición, hecha en Toledo en el año de 1561, e impresa en Madrid en 1574, dice el párrafo 45:

«Si el reo estuviere negativo de sí y de otros cómplices, dado caso de que haya de ser relajado, podrá ser puesto a cuestión de tormento, *in caput alienum*, y en caso de que el tal venza el tormento, *pues no se le da para que confiese sus propias culpas.*»

Doña Isabel de Carabajal confesó ante los inquisidores que era observante de la ley de Moisés; y al principio no quiso declarar que la había aprendido sino de su marido, que ya no existía, y de su madre doña Francisca de Carabajal. Entonces los inquisidores determinaron que se procediera a la diligencia de tormento. Copiaremos íntegra la parte relativa de esta diligencia, hasta el momento en que los dolores obligaron a confesar a aquella desgraciada, que no tenía entonces, según su declaración, más que 30 años de edad.

Pronunciación de la sentencia de tormento

Y luego vista la negativa de la dicha doña Isabel, mandaron leer y pronunciar la dicha sentencia de tormento, de suso contenida y por ellos rubricada, la cual dieron y pronunciaron estando en la dicha su audiencia de la mañana, presente para ello el doctor Lobo Guerrero, fiscal de este Santo Oficio, y por testigos Arias de Valdez, alcaide, y Pedro de Fonseca, portero; en cuya presencia se notificó a las partes, y luego se salieron de la audiencia.

Notificación

Y siendo leída y notificada la dicha sentencia a la dicha doña Isabel.

Dijo: vaya sobre quien le hace padecer, porque ella ha dicho la verdad, y plegue a Dios que esto pare en bien.

Y con esto fue mandada llevar, y fue llevada a la cámara del tormento, adonde fueron luego los señores inquisidores, a hora de las nueve y cuarto de la mañana.

Cámara del tormento

Y estando en ella fue tornada a amonestar que por reverencia de Dios diga la verdad si no se quiere ver en tanto trabajo.

Dijo: justicia del Cielo venga sobre quien tanto mal le hace, y que ella ha dicho la verdad, padecerá por Dios que padeció por ella en una cruz.

Entró el ministro

Fue mandado entrar y entró el ministro, y que la desnude. Desnudóse ella mesma diciendo, que ya ha dicho la verdad, y que primero morirá que decir lo que no sabe.

Desnuda

Y estando desnuda, en camisa baja, las carnes de fuera, fue tornada a amonestar que por reverencia de Dios diga la verdad, y no quiera padecer tanto trabajo.

Dijo: que ningún tormento pudiera haber para ella mayor que hacerla desnudar, y mostrar sus carnes de fuera, gran afrenta y dolor para ella.

Y con esto le fueron mandados ligar los brazos flojamente, y estando ligados, amonestada que diga la verdad, dijo: que ya la ha dicho y no la quieren creer, y que aquí ha de morir.

Y mandóse dar una vuelta de cordel a los brazos: antes de dársela dijo: que esta es la verdad, que también doña Francisca su madre, y Baltasar y Luis de Carabajal, sus hermanos de ella, le dijeron y enseñaron todo lo que tiene dicho de la ley de Moisés, y la ratificaron en ella, aquí en México, y su madre la maldecía si descubría nada, la cual y ellos, la enseñaron en toda la ley de Moisés que hoy tiene confesado, y con ellos la guardó, y no hay otra cosa, ni sabe más, y no se acuerda del tiempo en que la enseñaron y trataron, más de que ésta la guardó en veces, los ocho meses que tiene confesados, y Dios es testigo que ha dicho la verdad, y dijo al ministro la dicha, haga su oficio, que no hay más; y porque no dijo otra cosa.

Vuelta de cordel a los brazos

Amonestada que diga la verdad, se le dio la dicha vuelta de cordel, y dio grandes gritos y voces, ay desventurada, que la he dicho y me atormentan; vaya por amor de Dios: es Dios testigo que la he dicho, y vive Dios que me castigan sin culpa.

Segunda vuelta

Amonestada que diga la verdad, se le mandó dar y dio segunda vuelta de cordel, y dio grandes gritos que la dejen, que la matan...

Doña Isabel no pudo ya resistir por más tiempo, y allí, en medio del tormento, comenzó una larga declaración, denunciando a todas las personas de su familia y a un gran número de personas, de hombres y de mujeres, observantes de la ley de Moisés.

Sólo a la mitad de la declaración consintieron los inquisidores en que se aflojaran los cordeles.

Después de las confesiones arrancadas a doña Isabel por el tormento, vinieron las causas de todas las personas testificadas por ella, las cuales a su turno denunciaron a otras, y un número increíble de reos entró a la Inquisición por esta causa.

Toda la familia Carabajal, incluso el gobernador del Nuevo Reino de León, toda fue presa, a excepción de don Baltasar, que logró fugarse en Taxco, y contra quien se siguió sin embargo, el proceso, hasta sentenciarle a ser quemado en estatua.

Doña Francisca, madre de todos los jóvenes Carabajal, debía ser, y fue en efecto la que más resistencia opuso para declarar en contra de sus hijos; pero el tormento la hizo faltar a los sentimientos de su corazón, y en las agonías de su dolor testificó contra sus mismos hijos.

He aquí pintado con las sencillas palabras del proceso, el terrible trance en que aquella desgraciada mujer fue obligada a dar su confesión.

Cristi Nomine Invocato

Sentencia

Fallamos atentos los autos y méritos de este proceso, indicios y sospechas que de él resultan, contra la dicha doña Francisca Núñez de Carabajal, que la debemos de condenar y condenamos a que sea puesta a cuestión de tormento, sobre las disminuciones que de su probanza y confesiones resultan conforme a lo en esta causa votado, en el cual mandamos que esté y persevere, tanto tiempo cuanto nuestra voluntad fuere, para que diga y confiese enteramente la verdad, según y como ha sido amonestada, con apercibimiento y amonestación que le hacemos, que si en dicho tormento muriere o fuere lisiada, o de él se le siguiere efusión de sangre, o mutilación de miembro, sea a su culpa y cargo, y no a la nuestra, por no haber querido confesar enteramente la verdad, y por estar negativa.

Juzgando así lo sentenciamos y mandamos. (*Dos rúbricas.*)

Pronunciación

La cual dicha sentencia de tormento fue dada y pronunciada por los dichos señores inquisidores, y el dicho señor inquisidor licenciado Bonilla, con los dichos, haciendo veces así mesmo de ordinario estando en la dicha su audiencia de la mañana presentes el doctor Lobo Guerrero, fiscal de este Santo Oficio, y la dicha doña Francisca Núñez de Carabajal, y siéndole leída y notificada y dado a entender el efecto de ella a la susodicha, habiéndose hallado presentes a la dicha pronunciación Arias de Valdez, alcaide, y Pedro de Fonseca, portero, que luego se salieron de la audiencia. La susodicha, llorando, dijo: que ya dice que creyó derechamente en la ley de Moisés, y esta es la verdad, y que se duelan de ella y de los huérfanos de sus hijos, de quien tiene pena, más que de su propia vida, y que no la afrenten por amor de Dios.

Cámara del tormento

Y con esto fue llevada a la cámara del tormento por el dicho alcaide, a la cual fueron luego los dichos señores inquisidores, a hora de las ocho y media de la mañana, poco más o menos.

Y estando en ella fue tornada a amonestar que por reverencia de Dios diga la verdad, y no se quiera ver en este trabajo y peligro.

Dijo: que la verdad es que ella creyó derechamente en la ley de Moisés, por enseñanza del licenciado Morales, y por librarse de los señores inquisidores, ha dicho que creía en ambas leyes, pero que es burla; que no creía en la ley de Jesucristo sino en la de Moisés, y que lo demás se lo levantan, y que miren que es mujer, y no la afrenten y desnuden,

porque aquí ha de morir, y sus hijos quedarán huérfanos, y clamarán delante de Dios, y ella morirá aquí mártir, y afrentada, y su alma irá a gozar de Dios, porque no saldrá de aquí viva.

Y con esto amonestada, fue mandada entrar, y entró el ministro, y que la desnude.

Y dijo: que la maten o den garrote luego, y no la desnuden ni afrenten, aunque la den mil muertes. *Lo cual dijo de rodillas llorando mucho*. Y que miren que es mujer y viuda y honesta, y con quien no se sufre hacer esto en el mundo, en especial donde hay tanta santidad, y que ya ha dicho que creía en la ley de Moisés y no en la de Jesucristo, y no hay más que decir, ni sabe de más de que es triste desconsolada y viuda con hijos que clamarán a Dios.

Desnuda

Y estando desnuda, con sólo unos zaragüelles, y la camisa baja, en carnes de la cintura arriba, fue tornada a amonestar que diga la verdad, con aperebimiento de que se pasará con el tormento adelante.

Dijo a voces, que todo es maldad, y que vaya en remisión de sus culpas.

Brazos ligados

Fuéronle mandados ligar los brazos flojamente, y estando ligados, fue vuelta a amonestar que diga la verdad, y no dé lugar a que se pase adelante.

Dijo que la verdad toda ha dicho, y que miren que quitan la madre a los hijos, y que nunca tal entendió que tal se usara con una mujer, y que ella encomienda su alma y ofrece este martirio al que en el libro de Espejo de consolación ha leído que adoraron los Macabeos. Porque no dijo otra cosa.

Vuelta primera

Amonestada que diga la verdad le fue mandado dar y apretar una vuelta de cordel a los brazos; diósele, y dio muchos gritos diciendo: tanta crueldad, tanta, ay, que me muero; apretósele más, y dijo lo mesmo muchas veces, con muchos gritos, y que vaya en remisión de sus pecados, que está libre; que todo lo ha confesado, y que no la quieren creer.

Vuelta segunda

Amonestada, se le dio segunda vuelta de cordel a los dichos brazos en la mesma forma, y dio muchos gritos, que se muere, que se muere y que le den la muerte junta, porque la descoyuntan del todo y le acaban la vida, que no lo puede sufrir, y si más supiera lo dijera.

Vuelta tercera

Y porque no quiso decir otra cosa, amonestada que diga la verdad, le fue mandada dar tercera vuelta de cordel en la mesma forma; diósele y dijo, ya ha dicho que creía y adoraba la ley de Moisés y no la de Jesucristo, porque no la guardaba, sino la de Moisés, y dio muchos gritos, y que hayan misericordia de ella, que ha dicho toda la verdad, y que se muere.

Vuelta cuarta

Amonestada que la diga, se le mandó dar y dio otra cuarta vuelta de cordel, en la mesma forma; y dio grandes voces que se muere y no lo puede sufrir, y que ya, ya se les acabó a sus hijos su triste madre.

Vuelta quinta

Diósele otra quinta vuelta de cordel a los brazos, y dijo lo mesmo muchas veces, y no se le pudo sacar otra cosa, sino gemir echada la cabeza sobre los brazos y cordeles, y luego dijo, que ya ha dicho la verdad y no la quieren creer, ni tiene que decir más de que lo hacen con ella cruelmente, y que se duelan de este martirio por amor del Señor, que se muere.

Monición

Y habiéndosele dado las cinco vueltas de cordel en la dicha forma, fue mandada tender y ligar en el potro, amonestada que diga la verdad, y no dé lugar a que se prosiga en el tormento con tanto riesgo de la vida, como le es, quedándole tanta parte del que pasar y padecer, lo cual todo es a su cuenta y riesgo por no la querer decir, con que excusaría los dolores y martirios que dice.

Potro

Y estando tendida en el potro fue vuelta amonestar en la mesma forma, y que por reverencia de Dios diga ya la verdad, y

se duela y compadezca de sí propia. Y dijo: no tengo que decir sino testimonios, y esos no quiera Dios que los diga, ni los he de decir, ni los sé; sea él bendito que aquí me tratan con tanta crueldad nunca oída jamás a mujer, y es posible que esto se hace aquí con las mujeres; y diciendo esto, se levantó sobre el potro, y amonestada dijo: no sé qué decir, sino que triste nació del vientre de mi madre, y desdichada fue mi suerte, y mi triste vejez. Y vuelta a tender en el potro, y mandada ligar brazos, muslos y espinillas, y que se le pongan los garrotes y se prosiga al tormento, la susodicha se volvió a levantar, y levantada, de rodillas, arrimada al potro, dijo...

La fuerza del ánimo no pudo resistir por más tiempo a los dolores del cuerpo, y después de aquella lucha, la desgraciada doña Francisca, desnuda y maltratada, hizo allí una larga confesión, declarando contra todos sus hijos e hijas. Consta la diligencia en la que se suspendió la confesión, y dice así:

Y con esto y por parecer que la dicha doña Francisca estaba fatigada y afligida, y con gran dolor de estómago, de que se quejaba por estar desnuda, y al parecer con frío que le dio. Mandaron cesar en el tormento con protestación que le hicieron de que no la teniendo por suficientemente atormentada, lo continuaran hasta que enteramente confiese verdad, y así la mandaron desligar las vueltas de los brazos, y que sea curada.

Y que luego fue desligada y puesta en una cárcel cerca de la cámara del tormento, y curada con cuidado los brazos y su persona. Acabóse esta diligencia y audiencia a las once, antes de medio día, poquito más o menos.

Las declaraciones arrancadas por el tormento a la desgraciada madre, dieron el resultado que deseaban los inquisidores, y en la ratificación que ante *honestas personas* hizo cuando le fueron leídas estas declaraciones, dijo:

Habiéndolo oído y entendido, dijo: que está bien escrito, y es la verdad, y en ello se ratifica y afirma, y siendo necesario, lo dice ahora de nuevo como testigo, contra todas las personas que de lo que en las dichas audiencias tiene depuesto puedan resultar culpadas en cualquier manera, y particular y nombradamente

Contra

Luis de Carabajal, su hijo.
Francisco Rodríguez de Matos (difunto), su marido.
Baltasar Rodríguez de Carabajal, su hijo.
Doña Catalina, mujer de Antonio Díaz de Cáseres.
Doña Leonor, mujer de Jorge de Almeida.
Doña Mariana, doncella.
Doña Isabel, viuda, todas sus hijas, y
Doña Catalina de León, mujer de Pérez Ferro.

Y contra cada una de ellas: presentes las dichas honestas personas, y que no lo dice por odio, ni enemistad, etc. Pasó ante mí. *Pedro de los Ríos*.

Siguieron adelante los procesos, y en general todos los hijos e hijas de doña Francisca confesaron con tal espontaneidad todo cuanto sabían, que con ellos no tuvieron los inquisidores ni necesidad de ocurrir al tormento.

Luis de Carabajal, el mozo, no el gobernador, en una de las audiencias pidió un pliego de papel para escribir y presentar a la Inquisición unas oraciones en verso que él y su hermano Baltasar habían compuesto para los días de ayuno, según la ley de Moisés. Presentólas en efecto, y entre muchas se encuentra este soneto:

Pequé, Señor, mas no porque he pecado
de tu clamor y clemencia me despido;
temo, según mi culpa, ser punido,
y espero en tu bondad ser perdonado;

recelóme, según me has aguardado,
ser por mi ingratitud aborrecido,
porque hace mi pecado más crecido
el ser tan digno tú de ser amado.

¿Si no fuera por ti, de mí qué fuera?
Y a mí ¿de mí, sin ti, quién me librara
si tu mano la gracia no me diera?

Y a no ser yo, mi Dios, ¿quién no te amara?
Y a no ser tú, Señor, ¿quién me sufriera?
Y a ti sin ti, mi Dios, ¿quién me llevara?

Ninguna dificultad se presentó en lo de adelante a los jueces para la terminación de la causa, y los inquisidores pronunciaron sus sentencias que se leyeron en el auto de fe el 24 de febrero de 1590. He aquí la sentencia de doña Francisca, a la que son iguales las pronunciadas, contra todos sus hijos, a excepción de la de don Baltasar, que fue condenado por ausente, lo mismo que don Francisco Rodríguez, su padre, difunto, a ser quemados en estatua.

Cristi Nomine Invocato. Fallamos atentos los autos y méritos de este proceso, el dicho promotor fiscal haber probado bien y cumplidamente su acusación y querrela, damos y pronunciamos su intención por bien probada, por ende que debemos declarar y declaramos la dicha doña Francisca Núñez de Carabajal haber sido hereje, judaizante, apóstata, fautora y encubridora de herejes, y haberse pasado y convertido a la ley muerta de Moisés y sus ritos y ceremonias, creyendo salvarse en ella, y por ello haber caído e incurrido en sentencia de excomunión mayor y en todas las otras penas e inhabilidades en que caen e incurren los herejes que debajo de título y nombres de cristianos hacen y cometen semejantes delitos, y en confiscación y perdimiento de todos sus bienes, los cuales aplicamos a la cámara y fisco del rey nuestro señor y a su receptor en su nombre, desde el día y tiempo que comenzó a cometer los dichos delitos, cuya declaración en nos reservamos. Y como quiera que con buena conciencia la pudiéramos condenar en las penas en derecho establecidas contra los tales herejes; mas atento a que la susodicha en las confesiones que ante nos hizo y mostró señales de contricción y arrepentimiento, pidiendo a Dios Nuestro Señor perdón de sus delitos, y a nos penitencia con misericordia, protestando que de aquí adelante quería morir y vivir en nuestra santa fe católica, y estaba presta de cumplir cualquier penitencia que por nos le fuese impuesta y abjurar los dichos sus errores, y hacer todo lo demás que por nos le fuese mandado, considerando: que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, si así es que la dicha doña Francisca Núñez de Carabajal se convierta a nuestra santa fe católica, de puro corazón y fe no fingida, y que ha confesado enteramente la verdad, no encubriendo de sí ni de otras personas vivas ni difuntas cosa alguna; queriendo usar con ella de piedad y misericordia, la debemos de admitir y admitimos a reconciliación, y mandamos que en pena y penitencia de lo por ella hecho y cometido, hoy día de la pronunciación de esta nuestra sentencia, la salga a oír a este presente auto con los demás penitentes, en cuerpo, con un hábito penitencial de paño amarillo, con dos aspás coloradas de señor San Andrés y una vela de cera en las manos, adonde le sea leída, y allí públicamente abjure los dichos sus errores que ante nos tiene confesados, y toda cualquiera otra herejía y apostasía, y hecha la dicha abjuración, la mandamos absolver y absolvemos de cualquier sentencia de excomunión en que por razón de lo susodicho ha caído e incurrido, y la unimos y reincorporamos al gremio y unión de la Madre Santa Iglesia Católica, y la restituimos a la participación de los santos sacramentos y comunión de los fieles católicos cristianos de ella, y la condenamos a cárcel y hábito perpetuo irremisible, la cual guarde y cumpla en la parte y lugar que por nos le fuere señalado, y el dicho hábito lo traiga públicamente encima de todas sus vestiduras, y guarde y cumpla las demás penitencias espirituales que por nos le serán declaradas. Y declaramos la susodicha ser inhábil e incapaz para poder traer sobre sí ni en su persona, oro, plata y seda, y serle defendidas las demás cosas y honras que por derecho común, leyes y pragmáticas de estos reynos e instrucciones del Santo Oficio de la Inquisición a los semejantes inhábiles son prohibidos. Todo lo cual mandamos que así guarde y cumpla, so pena de impenitente relapsa, y por esta nuestra sentencia definitiva, juzgando así lo pronunciamos y mandamos en estos autos y proceso.

Lic. Bonilla. Lic. Santos García.

Pronunciación

Dada y pronunciada fue esta dicha sentencia de suso por los señores inquisidores que en ella afirmaron sus nombres, y el dicho señor inquisidor licenciado Bonilla con las veces así mesmo de ordinario del arzobispado de México que están en la

cámara del secreto de este Santo Oficio; estando celebrando auto público de fe dentro de la Iglesia mayor y catedral de esta ciudad de México, sobre un cadalso y tribunal alto de madera que en ella había, sábado, día de San Matías, 24 del mes de febrero de 1590, presente el doctor Lobo Guerrero, fiscal de este Santo Oficio, y la dicha Francisca Núñez de Carabajal con las insignias en la dicha sentencia contenidas, siendo a todo ello presentes por testigos Diego de Ibarra, don Francisco de Velasco, don Rodrigo de Vivero y Rodrigo del Río, caballero del hábito de Santiago, y Fernán Gutiérrez Altamirano, don Juan Altamirano, y otras muchas personas eclesiásticas y seculares. Pasó ante mí. *Pedro de los Ríos*.

Como aun cuando muchas personas han oído hablar de las abjuraciones públicas, no todos conocen la fórmula de ellas, copiaré la de doña Francisca Núñez de Carabajal, para dar una idea de esa clase de documentos.

Abjuración

Yo, Francisca Núñez, por otro nombre doña Francisca de Carabajal, natural de la Villa de Megodori, en Portugal, viuda de Francisco Rodríguez de Matos, difunto, que presente estoy, de mi libre y espontánea voluntad abjuro, y detesto, y renuncio, y aparto de mí toda y cualquier herejía, en especial esta de que soy infamada y testificada, y que he confesado de la ley vieja de Moisés, ritos y ceremonias de ella. Y confieso por mi boca con puro y verdadero corazón la santa fe católica que tiene y predica, sigue y enseña la Santa Madre Iglesia de Roma, y aquella tengo y quiero tener y seguir y en ella permanecer y morir y nunca me apartar de ella, y juro a Nuestro Señor Dios y a los santos cuatro Evangelios y a la señal de la Cruz, de estar y ser sujeta a la obediencia del bienaventurado San Pedro, príncipe de los apóstoles y vicario de Nuestro Señor Jesucristo, y de nuestro muy santo padre Sixto V, que hoy día rige y gobierna la Iglesia, y después a sus sucesores, y de nunca me apartar de esta obediencia por suación o herejía, en especial por ésta de que soy infamada y acusada, y de siempre permanecer en la unidad y ayuntamiento de la santa Iglesia, y de ser en defensa de esta santa fe católica, y de perseguir a los que contra ella fueren o vinieren y de los manifestar y publicar y no me ayuntar a ellos, ni con ellos, ni los receptor, ni guiar, ni visitar, ni acompañar, ni dar, ni enviar dádivas, ni promesas, ni pres, ni los favorecer, y si contra en algún tiempo fuere o viniere que caiga e incurra en pena de impenitente relapsa, y sea maldita y excomulgada; y pido al presente secretario testimonio de esta mi confesión y abjuración, y a los presentes ruego que de ello sean testigos. Siendo testigos los dichos, y con esto la dicha doña Francisca Núñez de Carabajal fue absuelta en forma, y porque dijo no sabía firmar, lo firmó por ella uno de los señores inquisidores. *Lic. Bonilla*. Pasó ante mí. *Pedro de los Ríos*.

Iguales a esta sentencia y abjuración fueron las de todos los individuos, varones y hembras de la familia Carabajal, y que salieron como penitenciados en el auto público de fe celebrado en México el año de 1590.

Terminado un proceso en la Inquisición, al reo si no era relajado, y por consecuencia entregado al brazo secular, y quemado, se le exigían bajo de juramento dos cosas: primera, que revelase cuanto había oído hablar en las cárceles del Santo Oficio; y segunda, que sobre lo que allí había visto u oído, guardase el más profundo secreto.

He aquí cómo se ejecutaban estas diligencias:

Juramento

E luego fuele recibido juramento en forma debida de derecho a dicha doña Francisca Núñez de Carabajal, so cargo del cual prometió decir verdad.

Aviso de cárcel

Preguntada sobre el secreto y avisos de cárcel, dijo: que en el tiempo que ha estado presa en las cárceles secretas de este Santo Oficio, no ha sabido ni entendido que en ellos se haya hecho ni dicho cosa que daba manifestar contra su recto y libre ejercicio, ni contra sus ministros, ni que se hayan llevado ni traído recados algunos de fuera ni de dentro, ni ella los lleva, e que el alcaide la ha tratado bien y ha hecho bien su oficio.

Secreto

Fuele mandado debajo del juramento que tiene hecho, y so pena de excomunión mayor, y que será gravemente castigada, que tenga y guarde secreto de todo lo que en su negocio, causa y proceso ha pasado, y de todo lo demás que hubiere visto y entendido en las cárceles de este Santo Oficio durante su prisión, y que no lo revele ni descubra en manera alguna directa ni indirectamente, y así prometió de lo cumplir, sin exceder.

Así terminó el primer proceso de la familia Carabajal, y sólo agregaré la sentencia que recayó contra don Baltasar, que, como hemos dicho, huyó sin que la Inquisición hubiera podido encontrarle nunca.

Cristi Nomine Invocato. Fallamos atentos los autos y méritos de dicho proceso, el dicho promotor fiscal haber probado bien y cumplidamente su acusación, tanto cuanto de derecho ha sido necesario para haber victoria en esta causa, en consecuencia de lo cual que debemos declarar y declaramos el dicho Baltasar Rodríguez de Carabajal, haber sido y ser hereje, apóstata, judaizante, domatista, fautor y encubridor de herejes, y por ello haber caído e incurrido en sentencia de excomunión mayor, y en todas las otras penas en que caen e incurren los herejes apóstatas, las cuales mandamos que sean ejecutadas en su persona y bienes, y relajamos la persona del dicho Baltasar Rodríguez, pudiendo ser habido, a la justicia y brazo seglar para que en él sea ejecutada la pena que en derecho tal caso requiere, y porque al presente el dicho Baltasar Rodríguez no puede ser habido, mandamos que en su lugar sea sacada a este presente auto una estatua que represente su persona con una coraza de condenado y un sambenito con las insignias y figura de tal condenado, y un letrero de su nombre, la cual esté presente al tiempo que se leyere esta nuestra sentencia. Y acabada de leer, la dicha estatua sea entregada a la justicia y brazo seglar para que la manden quemar e incinerar. Y declaramos sus bienes, muebles y raíces ser confiscados y pertenecer a la cámara y fisco del rey nuestro señor, y por esta nuestra sentencia, se los aplicamos, y a su receptor en su nombre, desde el día y tiempo que comenzó a cometer los dichos delitos, y declaramos por inhábiles e incapaces a los hijos e hijas del dicho Baltasar Rodríguez y a sus nietos por línea masculina, para poder haber ni poseer dignidades, beneficios ni oficios, ansí eclesiásticos como seglares, y otros oficios públicos e de honra, y no poder traer armas, oro, plata ni seda, ni andar a caballo, ni usar de las demás cosas que por derecho común, leyes y pramáticas de estos reynos e instructivos del Santo Oficio a los semejantes inhábiles, son prohibidos. Y por esta nuestra sentencia definitiva, juzgando así lo pronunciamos y mandamos en estos escritos y por ellos. *Lic. Bonilla. Santos García.*

Esta sentencia se ejecutó al pie de la letra, y don Francisco Rodríguez de Matos, difunto, marido de doña Francisca, fue también relajado y quemado en estatua, en el mismo auto de fe.

Como cárcel perpetua se señaló a don Luis Carabajal, el joven, el hospital de dementes de San Hipólito, y a doña Francisca, doña Isabel, doña Leonor, doña Catalina y doña Mariana, una casa aislada que estaba frente al Colegio de Santiago Tlaltelolco.

Don Luis Carabajal, el gobernador, fue desterrado de las Indias.

Así concluyó esta primera persecución que sufrió la familia de Francisco Rodríguez de Matos.

SEGUNDA PARTE

El domingo 8 de diciembre de 1596, en la plaza mayor de México, y delante de las casas de Cabildo, celebraba la Inquisición un auto público de fe, y a este auto público salían como penitenciados doña Francisca Núñez de Carabajal y sus hijos don Luis, doña Leonor, doña Isabel y doña Catalina.

Vamos a ver por qué estaban allí y cuál es la suerte que les esperaba.

Por el mes de enero de 1595, el fiscal de la Inquisición, que lo era en aquella época el doctor Martos Bohórquez, acusó formalmente ante los inquisidores doctor Lobo Guerrero y doctor Alonso de Peralta, a doña Francisca de Carabajal y a sus hijos, por observantes de la ley de Moisés, con la agravante circunstancia de que todas estas personas habían sido ya procesadas y reconciliadas por el

mismo delito en el año de 1590.

Los inquisidores, como era natural, ordenaron la prisión de los reos, que fueron conducidos inmediatamente a las cárceles secretas del Santo Oficio.

Diose principio a las causas, cuyos procedimientos, siendo en todo semejantes a los que dejamos explicados en el capítulo anterior, no es necesario explicarlos ni repetirlos.

Como de costumbre, unos individuos de la familia declararon contra los otros: volvieron a aparecer multitud de personas complicadas, y se acumularon testimonios sobre testimonios.

Hay, sin embargo, en el proceso de don Luis Carabajal, curiosas diligencias, de las que no queremos privar a nuestros lectores, para que se formen mejor idea del carácter de los ministros, y modos de enjuiciar en el Santo Oficio, en cuyo tribunal no se despreciaba medio alguno para conocer los pensamientos del acusado y para examinar su conciencia, por más que estos medios parezcan reprobados e ilícitos, ahora que está prohibido a los jueces hasta hacer preguntas capciosas a los acusados.

Los secretarios del Santo Oficio y los alcaides andaban constantemente escuchando en las puertas de los calabozos de los presos, para saber sus conversaciones y delatarlas a los inquisidores; y los presos eran encerrados juntos para que unos vinieran a delatar las pláticas y conversaciones de los otros. Así consta en muchas diligencias; por ejemplo, en la siguiente:

Declaración del secretario Pedro de Mañosca

En la ciudad de México, a 16 días del mes de octubre de mil y quinientos y noventa y cinco años, estando en su audiencia de la mañana los señores inquisidores doctor Lobo Guerrero y licenciado don Alonso de Peralta, pareció en ella de su voluntad, Pedro de Mañosca, secretario de este Santo Oficio, del cual siendo presente fue recibido juramento en forma debida de derecho, so cargo del cual prometió de decir verdad, y dijo de ser de edad de 32 años, poco más o menos, y dijo: que por descargo de su conciencia viene a decir y manifestar lo que oyó a los tres, cuatro, cinco y seis de este presente mes y año, hallándose en todos estos cuatro días desde las siete horas hasta las ocho por la noche, a la puerta de la cárcel, donde estaban juntos Luis de Carabajal, preso en este Santo Oficio y reconciliado que ha sido por él, y Luis Díaz, clérigo, habiendo ido allí en compañía y juntamente con Pedro de Fonseca, notario de los secretos de este Santo Oficio, y de Gaspar de los Reyes, alcaide de las cárceles secretas de él, por orden y mandado de los dichos señores inquisidores. Y lo que pasa es, que habiendo hallado al dicho Luis de Carabajal, que es muy conocido en la voz, cantando en voz alta un romance en que parece alaba a Dios y a sus grandezas, que por haber durado poco no pudo prevenir éste ni entender cosa de él para decirlo por sus palabras. Oyó que el dicho Luis Díaz, clérigo, dijo al dicho Luis de Carabajal: deje agora de cantar; dígame, ¿San Pedro en el infierno está? y respondió el dicho Luis de Carabajal: Sí, y no quisiera yo tener tanto fuego como él en la trasera, diciéndolo sucitamente, y que también estaban en el infierno Juan Garrido y su madre María Fernández, diciéndole por nuestro señor Jesucristo y nuestra señora la Virgen.

Por este estilo fueron las declaraciones de Fonseca y de Gaspar de los Reyes, y de los presos que sucesivamente fueron encerrando con Luis de Carabajal; conviniendo todas sus declaraciones, sin embargo, en que Carabajal estaba resuelto a vivir y morir en la ley de Moisés.

El 17 de marzo de 1595, Gaspar de los Reyes Plata se presentó en la audiencia de los inquisidores y dijo:

que por descargo de su conciencia viene a decir y manifestar que el sábado en la noche, 13 del presente mes y año, llevando a cenar a Luis de Carabajal, preso en este Santo Oficio, le dio un melón comenzado que éste le había dado para comer, y le dijo que llevase aquel melón a doña Leonor de Carabajal, su hermana, la cual, por lo que el dicho Luis de Carabajal muchas veces ha dicho a éste, entiende que está presa con las demás y su madre; y luego dijo: que entiende el dicho Luis de Carabajal, que están presas las dichas doña Leonor y su madre, porque ha dicho a éste, nombrándolas, que

tenga cuenta con ellas y las regale. Y éste después miró dentro en el melón y halló entre las pepitas y al cabo de él, un hueso de aguacate envuelto en un pedazo de tafetán como morado, de que hizo demostración, y luego como lo vio envuelto en dicho tafetán, lo llevó al dicho señor inquisidor doctor Lobo Guerrero para que lo viese, el cual le mandó que lo guardase para presentarlo en el tribunal, y las letras que están escritas en dicho hueso, que se pueden leer, dicen de esta manera: *Paciencia como Job*; y las letras que se siguen no se pueden leer, porque con el tiempo que ha pasado se han revenido en el dicho hueso de aguacate, y otras letras que están en el mismo hueso, que se pueden leer, dicen de esta manera: *Almas de mi corazón, visíteos A.N.S.*, que al parecer quieren decir las dichas letras *Adonay Nuestro Señor*, y en el dicho hueso hay otras letras que dicen: *yo la tengo gloria a Dios con grillos estoy por mi D.*

Y así mismo, y el dicho Luis de Carabajal, el domingo siguiente, 14 días del mismo mes y año, le dio a éste un plátano para que diese a la dicha doña Leonor su hermana, en el cual plátano con mucha sutileza, en medio de él, sacada la carne que bastaba para poner un hueso de aguacate, estaba metido el dicho hueso envuelto en un tafetán y de la misma color morada, y en el dicho hueso escrito las letras siguientes: *albricias, que los ángeles y santos de Adonay en el paraíso nos esperan, mártires mías, benditas de Adonay. Yo pensé ir solo, bendita mía, envíame señas si estás sola o no, acuérdate Adonay de la madre Santa, y a ti y a ella tengo en el corazón.*

Muchos recados escritos en huesos de aguacate siguió presentando el alcaide, y en todos ellos se descubre el tierno cariño que Luis de Carabajal profesaba a su madre y hermanas, y la fe ardiente que tenía en su religión.

Hay uno de estos recados que no podemos menos de copiar; iba también escrito en un hueso de aguacate y dirigido a doña Leonor, y decía así:

Ángel mío, albricias, qué mejor viaje es el del paraíso que el de Castilla; bienaventurado el pan que comiste, y el agua que bebiste, y la tierra que pisaste, y el vientre en que anduvimos, que de aquí a poco hemos de ir a profesar la religión sacra de los ángeles y santos, y a ver la tierra suya de Adonay. ¡Oh qué ricos jardines, músicas y fiestas nos esperan!; lindos torneos se han de hacer en el cielo cuando Adonay nos corone por su firme fe; nadie desmaye, que su vida con ayuda de Adonay mi Señor nos dé, la cuesta de esta cárcel es la gloria; ¡quién pudiera contaros todo lo que el Señor me ha mostrado!; mas con su ayuda, presto nos veremos; tres semanas estuve en un calabozo; ya me sacó Adonay mi Señor, y me puso donde veo el cielo, día y noche; una Biblia, con milagro, tuve ocho días aquí; benditas de Adonay, por acordarme de vos, de mí me olvido.

Aún sigue más adelante esta carta, y parece increíble que tanto pudiese escribirse en un hueso de aguacate. Sin embargo, así consta de los autos originales.

Los inquisidores mandaron al alcaide, no solamente que admitiese esos recados de don Luis para sus hermanas, sino que con objeto de saber lo que se escribía, encargaron al dicho alcaide que como al descuido llevase las correspondencias a quienes iban dirigidas, y dejase en los calabozos pluma, tinta y papel; así consta en el expediente original.

En una de esas declaraciones, dice: «Y para que el dicho Luis de Carabajal pudiese escribir, visto que escribía en los huesos de aguacate, le dejó un tintero muy al descuido, por mandado de los dichos señores inquisidores.»

Más adelante hay una diligencia en que dice, hablando de los papeles que como resultado de esta intriga traidora escribió Luis de Carabajal, y entregó el alcaide Gaspar de los Reyes Plata:

Y vistos los dichos papeles por los señores inquisidores, doctor Lobo Guerrero y licenciado don Alonso de Peralta, mandaron se le entreguen al dicho alcaide para que entre algunas frutas y muy al descuido y con mucha disimulación, los dé a la dicha doña Leonor, juntamente con una de las peras (en estas peras venía escrito un recado), la mayor que hoy dicho día así mismo exhibió el dicho alcaide, como lo tiene declarado en su dicho, y que esté muy advertido de mirar con mucho cuidado si le diere la dicha Leonor para su hermano don Luis de Carabajal algún recado de frutas o en otra cualquier manera, y antes de entregarlo lo traiga al tribunal, y con la mayor disimulación en algún plátano o plátanos, envuelto en algún lienzo, le dé también a la dicha doña Leonor un pliego de papel blanco y pluma para ocasionarla a que responda al dicho su hermano, para que se descubra la verdad y se administre justicia.

Don Luis y sus hermanas cayeron inocentemente en la red que les tendían aquellos hombres sin corazón, y sostuvieron una larga correspondencia por medio de cartas que, antes de llegar a su destino, se copiaban íntegras en el proceso.

Muchas de ellas, sin embargo, se agregaron originales a la causa, y se experimenta una extraña sensación al recorrer aquellas líneas trazadas por la vacilante mano de los que, viviendo en tan dura prisión rodeados de enemigos y de traiciones, y próximos ya a expirar en una hoguera, mostraban una fe tan ardiente en sus doctrinas y una tan grande entereza de alma.

Según las reglas de procedimiento, dadas para el Santo Oficio por el célebre Torquemada, el más terrible de los inquisidores de España, jamás el acusado debía conocer a los testigos ni saber su nombre, observándose tanto cuidado en esto, que si alguna circunstancia había en la declaración, por donde el reo pudiera adivinar o venir en conocimiento de quién era el testigo, debía suprimirse esta parte de la declaración al notificársela al reo; y como última precaución se observaba por regla general que las declaraciones de los testigos, al comunicarse al reo, se pusieran en tercera persona, aun cuando el testigo hubiera hablado en primera; así, si éste decía que el reo le había dicho tal cosa, al leerle a aquél la declaración, se decía que un testigo declaraba que el reo *había dicho a cierta persona* aquello mismo, para que ni aun por esto pudiese venir en conocimiento de quién era el testigo.

Uno de los testigos en la causa de la familia Carabajal, y denunciado por ellos, fue llevado a la Inquisición y procesado.

Confesó sus propias culpas; pero cuando fue requerido como testigo, se negó enérgicamente a declarar. Víctima de su lealtad, no quiso descubrir nada que pudiera perjudicar a los mismos que le habían traído a aquella situación, y esto provenía sin duda del misterio con que se guardaba el nombre de los testigos. Quizá si Manuel Díaz, que así se llamaba este infeliz, hubiera sabido que los Carabajal habían tenido la debilidad de denunciarle, no habría sufrido tan terribles tormentos en la Inquisición.

En efecto, increíble parece la energía de este hombre en el sufrimiento; y su constancia venció la crueldad de los inquisidores. Por esta circunstancia notable se hace preciso copiar la diligencia de tormento, que puede dar una idea completa de la heroica resolución de aquel hombre y de la saña de sus jueces.

Cámara del tormento

Y con tanto fue mandado llevar a la cámara del tormento, donde fueron los dichos señores inquisidores y ordinario como a las ocho horas y tres cuartos de la mañana.

Monición

Y estando en ella fue vuelto a amonestar que diga la verdad por reverencia de Dios, y no se quiera ver en tanto trabajo, en que tiene tanto que pasar y padecer, como entenderá en el discurso del tormento: dijo que él ha dicho la verdad.

Entró el ministro

Y con esto fue mandado entrar y entró el ministro, y que lo desnude.

Desnudo

Y estando desnudo, en carnes, con unos zaragüelles de lienzo, fue tornado a amonestar que diga la verdad y no dé lugar a que se pase adelante. Dijo: que si él no dijera la verdad, que no viniera aquí, y como él defiende su verdad, le ayude su Dios y le dé esfuerzo para pasar este trabajo.

Fuéronle mandados ligar los brazos flojamente, y ligados, amonestado que diga la verdad, dijo que él ha dicho la verdad.

Vuelta de cordel a los brazos

Amonestado que diga la verdad, se le mandó dar una vuelta de cordel a los brazos; diósele y apretósele; dijo con voz muy baja: misericordia, que él ha dicho la verdad y callaba.

Vuelta segunda

Amonestado que diga la verdad, se le dio la segunda vuelta de cordel; dio grandes voces, ay, ay, ay de mí, que ya la he dicho, y quejábase mucho: Dios, habed misericordia de mí.

Vuelta tercera

Amonestado que diga la verdad, se le dio tercera vuelta de cordel a los brazos; dijo: ay Dios de mi alma, ay de mí, que me matan, que me matan, muchas veces y con grandes voces, que no puedo decir lo que no hice, quítenme la vida.

Vuelta cuarta

Amonestado que diga la verdad, se le dio cuarta vuelta de cordel a los brazos, dio grandes voces, que me muero, que me muero, que yo no puedo decir lo que no hice, mátenme, mátenme.

Vuelta quinta

Amonestado que diga la verdad, se le dio quinta vuelta de cordel a los brazos; dijo: Dios, que sabe la verdad que yo defiendo, me ayude; quítenme la vida, ay de mí. Ay de mí, quítenme la vida, ya he dicho la verdad, ya he dicho la verdad, con grandes voces.

Vuelta sexta

Amonestado que diga la verdad, se le dio la sexta vuelta de cordel a los brazos: dio voces, que ya la he dicho, que ya la he dicho, miren que tengo cinco hijos, ay de mí, ay de mí, que no he de decir lo que no hice.

Vuelta séptima

Amonestado que diga la verdad, se le dio séptima vuelta de cordel: ay, ay, señores míos, que no puedo decir lo que no hice, mis señores, que tengo cinco hijos, acábame de una vez, hermano.

Vuelta octava

Amonestado que diga la verdad, se le dio octava vuelta de cordel a los brazos, y decía muchas veces, acábame de una vez, no sea parte el dolor para que yo diga lo que no hice, acábame de una vez la vida.

Vuelta nona

Amonestado que diga la verdad, se le dio nona vuelta de cordel en los brazos: hayan misericordia de mí, que yo holgara cien mil veces que fuera verdad, para no me ver en esto, que no permitan que yo diga lo que no hice.

Vuelta décima

Amonestado que diga la verdad, se le dio décima vuelta de cordel, dio voces y dijo: que pluguiera a Dios que hubiera hecho lo que le levantan.

Preguntado qué es lo que había de ser verdad y qué es lo que le levanta, dijo que eso que está en ese proceso, y no se le pudo sacar más, y que no sabía lo que estaba en él; acábame, acábame, lo cual dijo a grandes voces, y pluguiera a Dios que fuera verdad, porque mi cuerpo no padeciera.

Preguntado qué había de ser verdad.

Dijo: qué sé yo, eso que está en ese proceso, que yo guardo la ley de Moisés porque no padezca mi cuerpo.

Preguntado si es mejor guardar la ley de Moisés y padecer el alma, que padezca el cuerpo.

Dijo: que dijo que fuera verdad para pedir misericordia.

Potro

Y habiéndosele dado las dichas diez vueltas de cordel, fue mandado tender y ligar en el potro, y que se le pongan los garrotes a los muslos y espinillas y molledos.

Monestación

Y habiéndose tendido, ligado y puestos, fue muy amonestado diga la verdad, con apercibimiento que se proseguirá el tormento, dijo: señor ilustrísimo, pluguiera a la sacratísima Virgen que fuera verdad cien mil veces para que yo no padeciera.

Garrotes. Primero

Amonestado que diga la verdad, se le dio y apretó el garrote del molledo derecho, y dijo llorando: quítenme la vida, que ya la he dicho; quíébranme el brazo: acábase la vida de una vez.

Segundo

Amonestado que diga la verdad, se le apretó el garrote del molledo del brazo izquierdo. Ay, hermano, que me matáis; la verdad digo, así ella me valga, acábenme de una vez.

Tercero

Amonestado que diga la verdad, se le dio y apretó el garrote del muslo derecho, y decía con voz baja muchas veces: acábame ya, hermano, que ya la he dicho.

Cuarto

Amonestado que diga la verdad, se le apretó el garrote del muslo izquierdo, y decía con voz baja: ay, ay, ay, acábame la vida; quedaos con Dios, hijos.

Quinto

Amonestado que diga la verdad, se le apretó el garrote de la espinilla derecha, y dijo con voz baja, que la ha dicho: ya se acabó la vida, muchas veces.

Sexto

Amonestado que diga la verdad, se le apretó el garrote de la espinilla izquierda, y con voz muy baja dijo, que la ha dicho; ya se acabó la vida, hijos míos, quedaos con Dios: ya he dicho la verdad, señor, ya mi vida se me arranca, no permitan que yo muera aquí.

Séptimo

Amonestado que diga la verdad, se le dio y apretó el molledo del brazo derecho, y dijo algo más alto: señores, acábenme la vida de una vez; acábenme la vida de una vez, el que lo padece lo sabe.

Apriétanse más los garrotes

Amonestado que diga la verdad, se mandaron apretar todos los dichos garrotes, dándosele vuelta: ay, Dios de mi alma, ya la he dicho; lo cual dijo con voz alta, y quejábase mucho, como llorando: que ya la he dicho; ay, ay, que ya he dicho la verdad, así ella me valga.

Jarros de agua. Primero

Pasósele la toca sobre la boca, metida hasta la garganta con un palo, y echado un jarrillo de agua, que hacía un cuartillo, dijo: sáquenme de aquí, no permitan que muera aquí, no permitan que diga lo que no hice.

Segundo

Echósele otro jarro de agua, la mesma forma.

Tercero

Echósele otro jarro de agua, la mesma forma.

Cuarto

Echósele otro jarro de agua, la mesma forma, y quitada la toca dijo que ya ha dicho la verdad.

Quinto

Echósele otro jarro de agua, la mesma forma.

Sexto

Echósele otro jarro de agua, la mesma forma.

Séptimo

Echósele otro jarro de agua, la mesma forma, y quitada la toca dijo que ya ha dicho la verdad.

Octavo

Echósele otro jarro de agua, la mesma forma.

Noveno

Echósele otro jarro de agua, la mesma forma.

Décimo

Echósele otro jarro de agua, la mesma forma.

Undécimo

Echósele otro jarro de agua, la mesma forma, y quitada la toca dijo que ya ha dicho la verdad.

Duodécimo

Echósele otro jarro de agua, la mesma forma, y quitada la toca dijo que ya ha dicho la verdad.

Quitada la argolla de hierro de la garganta, y preguntado si quiere decir algo, dijo que la verdad ha dicho, así ella le valga, y quejábase con voz baja, y que más valiera que fuera verdad.

Fue mandado quitar los garrotes y desligar del potro, y levantado, sentado sobre el potro, amonestado que diga la verdad, dijo que ya ha dicho la verdad.

Amonestado que diga la verdad, fue tendido en el potro: dijo que no se permita que diga lo que no es verdad: señores, no muera yo aquí.

Amonestado que diga la verdad, se le tornó a poner la argolla de hierro en el cuello, y dijo en voz algo alta: ay, señor ilustrísimo, que ya la he dicho, así Dios se acuerde de mi alma.

Lo cual todo visto por los dichos señores inquisidores y ordinario, mandaron cesar en el tormento, no lo habiendo por suficientemente atormentado y con protestación de lo continuar cada y cuando que convenga. Y así se le notificó y dijo que lo oía.

Y con esto fue desligado de los brazos y llevado a su cárcel, donde curado y mirado a lo que pareció, aunque lastimado, no había lesión ni quebradura.

Acabóse esta diligencia del tormento como a las diez horas y media de la mañana.

Pasó ante mí. *Pedro de Mañosca.*

A pesar de todo, a este testigo le fue dado garrote, y fue quemado en el auto de fe del día 8 de diciembre de 1596, en cuyo auto corrieron la misma suerte la mayor parte de las personas de la familia Carabajal, como se verá más adelante.

Isabel Rodríguez, mujer de este desgraciado y madre de sus cinco hijos, sufrió también el tormento, soportando nueve vueltas de cordel en los brazos, nueve garrotes en el potro y tres jarros de agua, después de lo cual confesó y salió también al auto de fe mencionado, condenada a cárcel perpetua.

El marido tenía 36 años de edad, y la mujer 32.

Don Luis de Carabajal siguió en la prisión, y siguiéronse los procesos de su madre y hermanas, sólo que ya entonces Luis de Carabajal fue conocido con el nombre de José Lumbroso, porque declaró

que Lumbroso tomó por un sueño que soñó, estando preso en esta cárcel agora cinco años, y fue que soñó que vía una redoma llena de un licor muy precioso, metida en una fundilla como de sombrero, y que le decía Dios a Salomón: toma una cuchara de este licor y métela en la boca de este muchacho; y Salomón le metió una cucharada de aquel licor en la boca de éste, y entonces éste despertó, y quedó tan consolado, que no sentía la prisión de allí adelante tanto como antes, y entendió éste que aquel sueño fue una lumbré que Dios le quiso dar para que guardase la ley de Moisés y entendiese la Sagrada Escritura.

Luis de Carabajal no tuvo fuerzas ni para sostener la fuerza del tormento, porque era tal el terror que le causaban los inquisidores, que en una de sus declaraciones dijo: «que no se haye en ella el señor inquisidor licenciado don Alonso de Peralta, porque le tiemblan las carnes en verle».

Un día, al salir de la audiencia Luis de Carabajal, y conduciéndolo a su cárcel Gaspar de los Reyes y Pedro de Fonseca, aquel infeliz, cansado ya de sufrir y no teniendo más porvenir que la hoguera, hizo acabar de una vez con su vida, y arrancándose violentamente de las manos de sus conductores, se arrojó al patio desde el corredor de la audiencia.

Pero aun en esto le fue adversa la suerte, y fue conducido a su calabozo sin haber sufrido daño alguno de consideración.

Por fin, Luis de Carabajal fue condenado, no sin que antes se hubiera procurado, conforme a lo dispuesto por las leyes que regían en la Inquisición, convencerle de sus errores, haciéndole abjurar de la ley de Moisés y convencerle de la de Jesucristo, para lo cual se echaba mano en dichos casos de los maestros más notables en la teología. Consta en el proceso esta razón:

En la ciudad de México, sábado 24 días del mes de agosto de mil y quinientos y noventa y seis años, día del glorioso y bienaventurado apóstol, estando en su audiencia de la tarde los señores inquisidores doctor Lobo Guerrero y licenciado don Alonso de Peralta, presentes los maestros fray Pedro de Agurto y fray Diego de Contreras, de la orden de San Agustín, calificadores de este Santo Oficio, mandaron traer de su cárcel al dicho Luis de Carabajal, y siendo presente, le fue dicho cómo habían venido los dichos maestros fray Pedro de Agurto y fray Diego de Contreras, para satisfacerle de las dudas que tiene, y que por amor de Dios esté atento a lo que le dijeren, para satisfacerle de ellas, y habiendo estado con él tres horas y media, satisfaciéndole sus dudas y diciéndole después qué era lo que quería creer y tener, dijo: que quería tener y creer, vivir y morir en la ley que Dios Nuestro Señor dio al santo Moisés.

Y visto lo susodicho, los dichos señores inquisidores lo mandaron llevar a su cárcel, con lo que cesó la audiencia y se salieron de ella, y a los dichos calificadores se les mandó que guarden secreto debajo del juramento que tienen hecho.

A 121 ascendió el número de las personas testificadas o acusadas por Luis de Carabajal en su proceso, y contra todas ellas se siguió causa. La sentencia definitiva contra Luis de Carabajal, fue la siguiente:

Cristi Nomine Invocato

Fallamos atentos los autos y méritos del dicho proceso, el dicho promotor fiscal, haber probado bien y cumplidamente su acusación, según y como probarle convino, damos y pronunciamos su intención por bien probada; en consecuencia de lo

cual, que debemos de declarar, y declaramos que el dicho Luis de Carabajal haber sido y ser hereje, judaizante, apóstata de nuestra santa fe católica, autor y encubridor de herejes, judaizantes, ficto y simulado confitente, impenitente relapso, dogmatista pertinaz, y por ello haber caído e incurrido en sentencia de excomunión mayor, y estar de ella ligado y en confiscación y perdimiento de todos sus bienes, los cuales mandamos aplicar y aplicamos a la cámara y fisco real de su majestad, y a su receptor en su nombre, desde el día y tiempo que comenzó a cometer los dichos delitos de herejía, cuya declaración en nos reservamos, y que debemos de relajar y relajamos la persona de dicho Luis de Carabajal a la justicia y brazo seglar, especialmente al licenciado Vasco López de Bivero, corregidor de esta ciudad, al cual rogamos y encargamos como de derecho mejor podemos, se hagan piadosamente con él, y declaramos los hijos e hijas del dicho Luis de Carabajal, y sus nietos por línea masculina, ser inhábiles e incapaces, y los inhabilitamos para que no puedan tener ni obtener dignidades, beneficios ni oficios, así eclesiásticos como seculares, ni otros oficios públicos o de honra, ni poder traer sobre sí ni sus personas, oro, plata, perlas, piedras preciosas ni corales, seda, camelote, ni paño fino, ni andar a caballo, ni traer armas, ni ejercer, ni usar de las otras cosas que por derecho común, leyes y pragmáticas de estos reynos e instrucciones y estilo del Santo Oficio, a los semejantes inhábiles son prohibidas. Por esta nuestra sentencia definitiva, juzgando así lo pronunciamos y mandamos en estos escritos, y por ellos. *El Dr. Lobo Guerrero. El Lic. D. Alonso de Peralta. Mr. D. Juan de Cervantes.*

Esta sentencia se pronunció estando celebrando auto público de la fe, en la plaza mayor de esta ciudad, en las casas de Cabildo de ella, sobre unos cadalsos y tribunal alto de madera que en ellas había, domingo, día de nuestra señora de la Concepción, 8 días del mes de diciembre de mil y quinientos y noventa y seis años.

Entregado Luis de Carabajal al brazo secular, acto continuo, se pronunció la sentencia siguiente:

En la ciudad de México, domingo, 8 días de diciembre de mil y quinientos y noventa y seis años: estando en la plaza mayor de ella, en las casas del Cabildo, haciéndose y celebrándose auto público de la fe, por los señores inquisidores apostólicos de esta Nueva España, fue leída una causa y sentencia contra Luis de Carabajal, reconciliado que ha sido en este Santo Oficio, que está presente, por la cual se manda relajar a la justicia y brazo seglar por relapso, impenitente pertinaz, y vista por el licenciado Vasco López de Bivero, corregidor de esta dicha ciudad, por su majestad, la dicha causa y sentencia y remisión fecha, y la culpa que resulta contra dicho Luis de Carabajal, y que se le entregó personalmente, pronunció contra él estando sentado en su tribunal, adonde para este efecto fue llevado, la sentencia del tenor siguiente:

Fallo, atenta la culpa que resulta contra el dicho Luis de Carabajal, que lo debo de condenar y condeno a que sea llevado por las calles públicas de esta ciudad, caballero en una bestia de albarda y con voz de pregonero, que manifieste su delito, sea llevado al tianguis de San Hipólito, y en la parte y lugar que para esto está señalado, sea quemado vivo y en vivas llamas de fuego, hasta que se convierta en cenizas y de él no haya ni quede memoria. Y por esta mi sentencia definitiva, juzgando, así lo pronuncio y mando. *El Lic. Bivero.*

Cumplióse la dicha sentencia, y la misma suerte cupo a la madre y hermanas de Luis de Carabajal.

Y en el auto de fe celebrado el 8 de diciembre de 1596, murieron en la hoguera, según la relación original de dicho auto, doña Francisca de Carabajal y sus hijos doña Isabel de Carabajal, doña Catalina de Carabajal, doña Leonor de Carabajal y Luis de Carabajal. Además de éstos, fueron también relajados en persona, y murieron en el mismo día, Manuel Díaz, Beatriz Enríquez, Diego Enríquez y Manuel de Lucena. Sólo doña Mariana de Carabajal quedó por entonces libre, en atención a que estaba demente; pero como se verá más adelante, fue también quemada en el año de 1601.

Doña Mariana de Carabajal, sin duda por el terror que le causaron los procesos seguidos contra su familia, perdió la razón.

Los inquisidores esperaron con paciencia a que la recobrara; recobróla en efecto, y fue juzgada y sentenciada a relajar, y entregada al brazo seglar en el auto de fe del 25 de marzo de 1601. La sentencia del corregidor dice así:

Fallo atenta la culpa que resulta contra la dicha doña Mariana de Carabajal, que la debo de condenar y condeno a que sea llevada por las calles públicas de esta ciudad, caballera, en una bestia de albarda, y con voz de pregonero que manifieste su delito, sea llevada al tianguis de San Hipólito, y en la parte y lugar que para esto está señalado, se le dé garrote hasta que

muera naturalmente, y luego sea quemada en vivas llamas de fuego, hasta que se convierta en ceniza y de ella no haya ni quede memoria. Y por esta mi sentencia, etc. *El Lic. Monforte.*

En este mismo auto salió entre los penitentes, Anica, la más pequeña de todas las hermanas, y que era entonces, verdaderamente, una niña; única persona que, a lo que parece, logró escapar con vida de las garras del sangriento tribunal.

El auto de fe de 1601, en el que murió doña Mariana, fue sin duda en el que más lujo desplegaron los inquisidores. Sería difícil hacer una descripción de él sin que pareciera exagerada; para evitar este inconveniente, y para que los lectores de *El libro rojo* tengan una noticia exacta de aquel auto, en el número próximo publicaré una relación de todo lo acontecido en aquel día, escrita por orden del Santo Oficio, y que logré encontrar en los revueltos archivos de ese tribunal.

AUTO DE FE DE 1601

Relación muy verdadera del triunfo de la fe, y auto general que se celebró por el Santo Oficio de esta Nueva España, y real corte de México, en 25 de marzo de 1601, años, siendo inquisidores los señores licenciados don Alonso de Peralta y Gutierre, Bernardo de Quiroz, y promotor fiscal de sus causas, el doctor Martos de Bohórquez, en la cual se da cierta y caval noticia de todo lo que por orden de estos señores se puso en obra para el aparato solemne y suntuoso del dicho auto, cuyo testimonio darán las personas que en esta ciudad se hallaron desde el día de la publicación hasta el de su celebración, a la cual se añadirá la memoria y lista de los penitenciados que salieron a él, con las particulares penitencias que les fueron impuestas, y el efecto que hubo el cumplimiento de ellas.

La primera prevención que tuvo efecto, fue dar principio a este auto, y tratar de su publicación, la cual se puso en obra, jueves, antes del mediodía, que se contaron, 15 de febrero de este año, para cuya solemnidad salieron este día de las casas del Santo Oficio y bastante número de familiares, y el corregidor y regimiento, y otras muchas personas de lo más ilustre y noble de esta ciudad, los cuales con el ornato que semejantes publicaciones suelen llevar de libreas, trompetas, y atabales, paseando lo más cercano y público de la plaza, publicaron con voz de pregoneros el dicho auto, dando el primer pregón a las puertas del Santo Oficio, y el segundo a las de Palacio, y el 3º, 4º, 5º, junto a las casas del Cabildo, calle de San Francisco, y junto a su convento; y el último a la entrada de la calle de Tacuba, señalando de término el que había de este día hasta 25 de marzo, domingo felicísimo, en que el divino Jesús, bajando del seno de su Eterno Padre al profundo valle de humildad de la purísima Virgen María, vino a darnos nueva ley de gracia, escrita en dos tablas de piedra incorruptible de su palabra, y obras, tiempo acomodado a la ocasión en que su santa ley de fe católica hollaba los cuellos de los que dejaban la luz y ley de gracia, por las sobras de la ley escrita, la figura por lo figurado, y por la casa del mal labrado ébano, la columna de nevado marfil y terso mármol, así que para mayor solemnidad se eligió este día tan acomodado y nacido para el acto que en él se había de celebrar.

En el cual para el seguro de que no hubiese fuga en ausencia por los presos habían de ser penitenciados, se distribuyó por los señores inquisidores, las noches de cada semana, entre los familiares, para que en cada una de ellas velasen por su orden las calles, cuadras, y prisiones de su

casa, hasta el día del auto, lo cual hizo y cumplió muy cabalmente, haciendo cuerpo de guardia en el zaguán de la Inquisición, donde cada familiar procuró aventajarse la noche que le cupo llevando en su compañía gente lúcida y noble, de donde a la luz de muchos fuegos que se hacían se repartían a hacer su vela, estorbando el paso a la gente que iba con armas no conocida.

No causó poca admiración a la ciudad, ver que eran ya 10 de marzo, y no se trataba de hacer el cadalso, entendiéndose por esto, que no sería tan suntuoso ni para tanta gente como después pareció, y la causa de esto fue, porque dentro, en las casas del Santo Oficio, en una de sus plazas, la más secreta, había gran número de oficiales, así de carpintería como de pintura, obrando lo más esencial y de momento, para su ornato, a la sombra de una sala grande que para su guarda se había edificado con acuerdo y parecer de los señores inquisidores, por excusar costas y gastos que en semejantes ocasiones se podía ofrecer adelante, y aprovechar en ellas las que el presente les había causado, de donde a su tiempo se iban llevando al cadalso según era necesario, el cual cadalso se comenzó hacer a los 12 de este mes, casi en el comedio y arrimado a los portales de los mercaderes y senderos en la plaza pública de esta ciudad.

Y luego el segundo domingo de cuaresma, que fue de la transfiguración del Señor, 18 de marzo, se publicó el edicto de la fe en la catedral de esta ciudad, al cual ocurrió la más gente que sufrió la capacidad de la Iglesia, y la autorizó con su presencia el ilustrísimo conde de Monte Rey, virrey de esta Nueva España, teniendo el sitio en la capilla mayor de ella, asiento el Santo Oficio de la Inquisición, y habiéndose sentado comenzaron los oficios divinos, y antes del sermón, se leyó el edicto, y predicó el provincial de los franciscos, fray Buenaventura de Paredes, hombre doctísimo y digno del sermón, por su mucha cristiandad y erudición y elocuencia en alabanza de la festividad y ensalsamiento de las obras del Santo Oficio, para gran confusión de los enemigos de nuestra santa fe católica.

El sábado siguiente, 24 de marzo, a mediodía, se acabó la obra del cadalso y su ornato, el cual era dividido en dos partes iguales, de 60 varas en largo y 30 de ancho, aunque la primera parte era más alta que la segunda cantidad de una vara, respecto de que la gente pudiese ver y gozar de todo lo que en ella hubiese y esta división hacían una calle de ancho de 10 varas, para que la gente pudiese pasar de un lado a otro: esta primera parte tenía de alto 4 varas, y la segunda tres, y ambas se formaron sobre gruesos pilastrones de madera, fortificados con otros atravesados, que hacían labor de claraboyas y sobre las puntas sus traviesas de buenas vigas, en las cuales se hizo el planice por cuyos lados en circuito hacían los tablados una ceja de ancho de una vara, porque la gente no subiese arriba por los pilastrones, y ambas partes cercaban por lo alto unas muy lucidas barandas pintadas sobre campo blanco de amarillo, oscurecido con pardo y negro. Y a esta primera parte se subía por una escalera cercada, juntas vigas a modo de aposento, de ancho de 2 varas, que tenía 18 gradas muy fuertes y bien labradas, a la cual se entraba por una puerta grande y fuerte, adornada de buena clavasón, y por la parte dentro con su cerrojo y llave, y a este modo tenía otro el tablado de la segunda parte, salvo que la escalera tenía 14 gradas, ambas hacían frente a la calle de Santo Domingo, y a los lados de estas escaleras se formaron dos aposentos de madera, debajo de la primera y segunda parte, cada uno: algo espacioso, con sus puertas, y lovas que habían de servir de cárceles para la gente descomedida y descompuesta que se prendiese el día del auto.

Desde la puerta de la primera parte se hizo un palenque que de 80 varas de largo y seis de ancho,

porque la gente no estorbese su entrada, y a los lados de la puerta había hechos poyos para en que se apeasen en él, Santo Oficio, virrey, audiencia y demás gente de a caballo que los acompañase, porque los caballos no se estorbasen al apearse unos con otros, se hizo al lado de los portales un apartamiento, por donde saliesen, y al modo de este palenque se hizo otro a la puerta de la segunda parte, que su largo será de 80 varas, y el ancho de 6, por el cual se habían de entrar los penitentes a su tablado, y a los colaterales del cadalso se hicieron 2 tabladillos para cabildos eclesiástico y seglar, cada cual con sus asientos, muy bien aderezados, que con su compañía le hacía de muy gran majestad.

Al principio, y sobre esta primera parte que hacía muro con los portales de los mercaderes, hacia oriente, se levantó un medio teatro del ancho del tablado, cuya subida tenía 12 gradas divididas en tres partes y pendientes las unas de las otras, y las de su mitad sobrepujaban a las de las otras casi media vara y tenían de ancho 2 varas, por las cuales podían subir tres personas juntas, y por los lados subían unas barandas de 3 cuartas de alto y daban vuelta a las tribunas que serán de media vara, y el planicie tenía el largo de todas las gradas y 4 varas de ancho, en cuyos lados y extremos había 2 pedestales prolongados que cada uno recibía en sí dos columnas cuadradas de orden dórico, de alto de 4 varas, en cuyos lisos había pintados unos escudos de muy buen artificio con las armas que luego se dirán, y las basas y capiteles corría su cornisamento proporcionado a las columnas, y por ellas un bien labrado friso, en cuyo campo se leían en letras latinas grandes, estas palabras: *Veritas stabit et fides conualescet Esdras. Lib. 4º, cap. 7º, vers. 34*, que mostraban la majestad de este lugar, hablando con los herejes y penitenciados, como quien les decía: la verdad permanecerá, y será firme y estable, y prevalecerá la fe con triunfo glorioso para vuestra confusión y desengaño, en confirmación de la verdad que siguen los fieles.

Y los costados de este cornisamento se labraron costosamente, con mucho primor; y en este friso había puestos por su orden, cuatro escudos, en los cuales y en los de las columnas se pintaron las armas siguientes: En los primeros un cuchillo ensangrentado, que hacía forma de cruz con una hacha de armas, y entre ellos una palma, con tres coronas, doradas, armas del glorioso San Pedro Mártir, cuidadoso protector de la fe, y primer inquisidor de la Iglesia católica.

Los segundos, un brazo con sus brazaletes y grevas, y en la mano empuñada una cruz, por cuyo pie servía un globo de mundo, y empresa digna de las obras del Santo Oficio, y por orla un círculo redondo, en cuyo campo se leían en letras latinas *Exurje. Domine. Iudica. Causam. Tuam*. Los terceros tenían unas llaves cruzadas enseñando en el ángulo de arriba una tiara con 3 coronas, insignias debidas a la potestad apostólica. Los cuartos tenían las armas del glorioso padre Santo Domingo, todos ellos adornados de varios y agradables colores que hermoseaban con gran majestad.

Debajo del friso se formaba un buen espacio hueco de cuatro varas, el cual dividían en dos partes iguales, por su longitud, unos doseles de terciopelo negro y damasco amarillo, que hacían muralla hasta salir a recibir las columnas y el cielo abierto.

De los mismos doseles y en la frente del tribunal, estaba un dosel con su cielo de terciopelo negro, con cenefas de brocado de tres altos, bien guarnecido de oro y seda, en cuyo campo de sutilísimas y graciosas bordaduras descubría un muy gracioso escudo grande, adornado de oro y matices de sedas de colores que su grande primor hacía que a la vista parecían de pincel, y en su campo las armas reales, y en lugar de coronel una imperial corona, y a sus lados como por guarda y

por la suya, dos ángeles de muy prima y artificiosa labor, que con sus dos manos tenían asido el escudo, y en las otras dos, la derecha del uno tenía una oliva, y la izquierda del otro una espada, insignias de la justicia acompañada de la misericordia que este Santo Tribunal luce en sus causas, y sobre este escudo estaba otro algo más pequeño, y no de menos primor, con las armas del Santo Oficio, en cuya cruz estaba Cristo muy devoto, bordado; y este dosel se apreció de toda costa en cinco mil pesos, y se acabó para este día y ministerio, y su campo ocupaban tres sillas, sobre muy ricas alfombras.

La primera de mano derecha con guarnición de terciopelo negro, flecos, y franjones de oro y seda, y en su asiento un cojín de terciopelo y otro los a pies para el señor virrey.

Las dos guarnecidas de cordobán negro, para los inquisidores, con otras doce de lo mismo, repartidas seis en cada lado del dosel para la Real Audiencia, y todas con clavazón dorada.

Por los lados de este dosel se entraba a la otra mitad del hueco, en la cual había una escalera de cinco gradas, con varandas a los lados, por la cual se descendía a una ventana de las casas de los portales que para este efecto se abrió a modo de puerta, por donde se bajaba por otras tres gradas al suelo de tres salas grandes, que estaban muy costosamente aderezadas en esta manera.

La primera se aderezó con dosel de terciopelo y damasco carmesí, y el techo de lo mismo, cubierto el suelo de alfombras muy ricas de oro y seda, y en el comedio del lado principal estaba un dosel con su cielo de terciopelo carmesí, cenefas de brocado y guarnecido de oro y seda, en cuyo campo estaba una devota figura de Jesucristo nuestro señor, en una cruz de azabachado ébano, jaspeado a modo de taracea con clavos de oro, cubierto con un velo costosísimo, y a sus pies una silla guarnecida de terciopelo carmesí y clavazón dorada, flecos y franjas de oro y seda, y a un lado del dosel estaba un catre con colchones de damasco carmesí, cubierto con una sobrecama de damasco carmesí y cenefas de brocado, guarnecida con franjones, flecos y borlas de oro y seda, con almohadas y acericos de Holanda, labrados de labores muy primas y costosas con muchos matices de sedas para este efecto, el cual cubría una cama de damasco carmesí, cortinas dobladas de lo mismo, forradas de tafetán carmesí, cuyas fâces caían dentro y fuera con cenefas y rodapiés de brocado, guarnecida de alamares, flecos y botones de oro y seda, y a la cabecera un *Agnus Dei* grande guarnecido de chapas de oro de mucha estima, y a un lado de ella estaba un bufete con sobremesa de damasco carmesí, y cenefas de brocado bien guarnecida, y otro de la misma suerte al lado del dosel, y al de la cama estaba una caja de tres cuartas de alto y poco menos de ancho, forrada en terciopelo carmesí; por la parte de afuera y por la de dentro, en damasco: debajo de cuya tapa estaba otra forrada y colchada de raso carmesí, y en su mitad un círculo vacío que caía sobre un vaso guarnecido con pasamanos de oro, chapas, visagras, cerradura, tachuelas y llave dorada; y a su modo otro menor con un vaso de vidrio y la misma guarnición con cordones de seda y oro con sus borlas, que se hizo para prevención de la necesidad humana que se podría ofrecer en semejantes ocasiones. De mucha curiosidad y costo, junto a ella un bufete de plata, atravesado en él un paño de manos, labrado curiosamente de oro y seda carmesí.

Y la ventana de esta sala tenía un encerado curioso, porque la gente del tablado no las enseñorease, la cual sala se cerró con llave y se entregó a un paje de cámara del virrey, todo lo cual no se estrenó hasta este día.

La segunda sala se aderezó con doseles de terciopelo carmesí, como la primera, adornada de

cantidad de sillas imperiales y dos bufetes con sobremesa de damasco y cenefas de terciopelo carmesí, que será paso del virrey para la primera.

La tercera sala se aderezó de paños de corte de mucha estima, dejando por los lados principales unos vacíos angostos a la larga, en los cuales se formaron con doseles ocho retretes apartados, y cada uno ocupaba un vaso; y el suelo de estas dos salas estaba cubierto de alfombras muy ricas.

Y volviendo al cadalso por las gradas y planicie de la primera parte, que todo estaba adornado de alfombras ricas y puestas con mucho orden y concierto. Al lado derecho de él estaba una mesa de dos varas de largo y una vara y cuarta de ancho, desviada de las gradas otras dos varas, con una sobremesa de terciopelo negro y cenefas de brocado, bien guarnecida, correspondiente al dosel del tribunal, y en cada uno de sus cuatro lados tenía tres escudos, bordados de oro y seda de varios colores muy costosos sobre las cenefas en cuyos campos estaban bordadas las armas del Santo Oficio que la hermoseaban maravillosamente, y junto a ella un banco de espaldar, lugar y asiento para el secretario de este santo tribunal, y a su lado, en todo lo restante de la mitad de la primera parte, había puestos con buen orden veinte bancos grandes, a la larga, y los delanteros cubiertos de alfombras para los ministros mayores y abogados del Santo Oficio, y los demás para el consulado, oficiales reales, religiosos, caballeros y gente principal. Y al lado izquierdo había otros veinte bancos desviados de las gradas dos varas con la misma orden y compostura que los demás; lugar para los caballeros de la casa del virrey, y religiosos y gente principal. De suerte que la mesa y bancos por un lado y otro, formaban un pasadizo en frente de las gradas de subida del Tribunal, y del mismo ancho para si se ofreciese bajar uno de los señores inquisidores el día del auto a recibir alguna declaración de relajados, como suele acontecer y aconteció este día.

Llegaba esta calle hasta el fin de la primera parte, en cuyas esquinas y remates estaban puestos dos púlpitos cuadrados, de buena altura, guarnecidos con sus molduras y cejas, en las cuales recibían sobre bien labrados balaustres, unas cúpulas o medias naranjas, a fin de que la voz del relator no se fuese por alto y se oyese la pronunciación y lectura en lo bajo; pintadas por la orden de las varandas y columnas del tribunal que autorizaban y hermoseaban el cadalso maravillosamente, y el púlpito de mano derecha se aderezó con ornatos de terciopelo y brocado negro, bien guarnecido y bordado, para predicar en él la palabra divina el día del auto. Y desde el fin de esta primera parte se hizo un pasadizo correspondiente al que formaban los bancos; sobre fuertes pilastrones que atravesaban la calle que dividía estas dos partes del cadalso con sus varandas a los lados, de la misma pintura; que llegaba al principio y comedio de la segunda parte, de ancho de tres varas, en cuya mitad se levantó una peña de tres gradas, donde habían de subir los penitentes a oír sus sentencias, dejando espacio por los lados para que se pudiesen pasar de una parte a otra, sin ofensa de la peña. Al principio de esta segunda parte formaban las varandas del pasadizo, en cada lado, un hueco de vara y cuarta en cuadro: en el del lado derecho del Tribunal, estaba una silla, asiento para el alguacil mayor del Santo Oficio; y el del lado izquierdo ocupaba un banco más o asiento para los alcaides de las cárceles secretas y perpetua, a cuyo cargo era traer a la peña los penitentes como se iban llamando.

Y porque como está declarado, la primera parte era más alta que la segunda, una vara, lo restante al pasadizo hasta llegar al medio pirámide, que al fin de ella se formó de gradas para los penitentes, se hizo sobre bancos de poco más de 3 cuartas de alto, y 2 de ancho, por el cual proseguían las varandas, hasta una vara antes del pirámide, por cuyos lados había unas escaleras pequeñas, de 3

gradas, por donde se descendía al planicie del tablado, cuyos vacíos ocupaban veinte bancos grandes, asientos para los familiares padrinos de los penitentes; y 4 varas antes de sitio de esta segunda parte se formó un medio pirámide que hacía frente el Tribunal, y su largo atravesaba todo el ancho del tablado, dividido en 3 partes, a modo de las gradas del Tribunal, fijadas sobre fuertes pilastres con doce gradas que subían disminuyéndose hasta su extremidad, que será de vara y cuarta en cuadro, la cual hacía asiento sobre un grueso morillo que subía por el remate y comedio de esta segunda parte, y su hueco se cerró de tablas bien clavadas, a fin de que en él se había de encerrar vastimentos, agua y otras cosas, prevenciones para los penitentes, si de ellas tuviesen necesidad el día de auto, y por los lados de estas gradas subían hasta su extremidad, las varandas que cercaban el planicie de los tablados y las acompañaban; de suerte que hacían labor muy agradable a la vista, y en las esquinas y rincones de las barandas se pusieron unos pilastrones, que se ligaban con las molduras de las barandas y basas y cornisas pintadas, como lo demás; y a los remates de las escaleras del pasadizo en el antepecho del pirámide, había dos puertas de a vara por donde se entraba a su hueco.

Todo lo cual cubría la obra de una vela de anjeo nueva que los señores inquisidores mandaron hacer de 2 450 varas, para resistencia del gran sol que por este tiempo hace en esta ciudad, que su largo tenía 68 varas, y el ancho 34, obrada con gran primor y artificio, por manos de muy diestros maestros, hasta dejarla puesta y amarrada por fuertes presillas a 48 morillos altos y gruesos que con mucha igualdad y orden cercaban el cadalso, desviados de él por los lados 4 varas, y de morillo a morillo había 2 varas, la cual subieron por unos carrillos que igualmente tenía cada morillo, y por lo alto con muy fuertes sogas, duplicadas las unas para este efecto y las otras para amarrar sus cabezas a poco menos de la mitad del alto de otros 3 morillos, que por cada lado, y en frente de su comedio, a 50 pasos, se pusieron con el orden que los demás, porque el viento con la grandeza y fuga de la vela no los descompusiese de la igualdad y concierto que tenían; y fue cosa de ver, que aunque hizo muchos vientos durante el tiempo que estuvo puesta, estuvieron tan firmes, y la vela tan tirante, que causó admiración el gran ingenio y artificios con que se puso: la cual por lo alto del Tribunal tenía un encerado de anjeo de 15 varas de largo y 10 de ancho, y entre ella y el encerado se pusieron cantidad de esteras de palma, para dos efectos, el uno para más resistencia del sol al Tribunal, y el otro para defensa del agua si lloviese, y por grandeza y loor de este cadalso, y de su traza y compostura, digo que a dicho de muchas personas fidedignas que han andado mucha parte de la cristiandad, donde han visto gran cantidad de cadalsos, dicen no haber sido ninguno semejante a su mucha majestad y hermosura.

Este día mandaron a pregonar los señores inquisidores, que ninguna persona de cualquier estado o condición, no se atreviese a subir al cadalso el día del auto, sin su licencia, so pena de excomunión; y fue tanta la compostura y quietud de la gente (con esto), que no fueron menester las cárceles, y sólo el notario Pedro de Fonseca tuvo cargo de ambas puertas, y de dar asiento a cada uno, y de acudir a otras cosas menesterosas en el cadalso en el día del auto, que es una de las grandezas dignas que en este reyno se tienen a los mandatos del Santo Oficio.

PROCESIÓN

Entre las 3 y las 4 de la tarde, víspera del auto, se ordenó una procesión muy solemne, por mandato

del Santo Oficio, para entero y cabal aparato del venidero juicio de la fe, en el convento de Santo Domingo de esta ciudad, para lo cual se adornaron las calles por donde había de pasar, de telas y terciopelos, doseles, paño de corte, imágenes de pincel y retratos, lo más y mejor que sufría el caudal de los vecinos, en que había mucho que ver, para lo cual se juntaron en este convento, el clero y religiones con el mayor concurso de ellos que se pudo, a que asistió con su presencia el chantre de la capital de esta ciudad, el licenciado don Melchor Gómez de Soria, en nombre del Cabildo.

Y a esta hora comenzó a salir la procesión guiada por la plazeta de Santo Domingo, a la calle del Colegio de los Teatinos, torciendo a mano derecha por la de Palacio, llevando por principio un estandarte de tafetán negro bien guarnecido don Joan de Altamirano, caballero del hábito de Santiago, yerno que fue de don Luis de Velasco, virrey que fue de esta Nueva España, y al presente lo es del Perú, a cuyos lados venían en dos hileras catorce familiares del Santo Oficio con cirios blancos, de a cinco libras de cera, encendidos y en ellos pintadas las armas de Santo Domingo y San Pedro Mártir, en los cuales se pusieron porque según lenguaje de los que de más cerca han tratado las cosas de este auto, los señores inquisidores han fundado este año una cofradía de oficiales y familiares del Santo Oficio, debajo del amparo y título de San Pedro Mártir en este convento, y en su seguimiento venían en dos hileras el clero y religiones mezclados unos con otros, entre los cuales se repartieron por mano de personas fidedignas, y de crédito, más cantidad de 800 velas de cera blanca, de a media libra a cada uno la suya encendida, e iban con muy buen orden. Y a buen trecho de este estandarte se seguía una cruz de plata dorada con velo y manga de terciopelo negro, y a sus lados dos ciriales de plata con manguillas de terciopelo, que llevaban religiosos de la dicha orden, revestidos, y a sus lados catorce familiares con cirios encendidos como los primeros; y luego la capilla de la iglesia mayor de esta ciudad, cantando salmos acomodados a la ocasión en que iban, a canto de órgano, respondiendo en distinto coro y tono, el que formaban el clero y religiones en suave canto llano, y casi al remate de la procesión iban doce religiosos de este convento revestidos con albas y casullas de terciopelo y brocado negro, en cuyos hombros, remudándose de cuatro en cuatro venía el árbol de la vida, en que Jesucristo nuestro señor, vida de todo el género humano dio remedio al daño que nos causó el fruto del árbol de muerte, sobre el globo de un mundo dorado y plateado, sembrado de estrellas, fijado en una peaña guarnecida con frontaleras de brocado, y en las esquinas cuatro ángeles de bulto, hincados de rodillas, adorando la cruz, la cual era de buen tamaño, pintada de verde, con dos listas de oro por orla, con su rétulo y por toalla una vuelta de tafetán negro, guarnecido con puntas de seda y avalorio negro, y delante de ella en dos hileras sesenta familiares del Santo Oficio, con cirios encendidos como los pasados, y toda esta cantidad de familiares son de México, y de todas las ciudades, villas y lugares de esta Nueva España, que para este día se juntaron, y a las esquinas de la peaña iban cuatro capellanes del Santo Oficio, con sobrepellises y cirios encendidos como los de los familiares, y a los lados seis hombres con alabardas nuevas, guarnecidas de terciopelo negro y tachueladas con tachuelas doradas, y todas las orlas de los recasos de la cuchilla, media luna, cubo y varillas doradas, y detrás de la cruz iban los perlados de las órdenes, y en lo último el prior de este convento, fray Cristóbal de Ortega, con capa de brocado y una cruz de oro en las manos, muy curiosa, y dos religiosos graves de su orden revestidos de ornato de brocado negro bordado de oro y seda, y al lado derecho del prior iban el chantre, acompañándole a su lado el uno de los religiosos revestidos, e iban rigiendo esta procesión, el alguacil mayor del Santo Oficio

don Lorenzo de los Ríos, y Bernardino Vásquez de Tapia y el regidor Alonso de Valdez, caballeros de esta ciudad y familiares con septros de plata que en sus principios tenían unos escudos grabados en ellos las armas de Santo Domingo y de San Pedro Mártir, y el notario de la Inquisición Pedro de Fonseca, que llevaba en la mano una cruz de acero pavonada con sus tronquillos, el cual ponía en orden la procesión, entremetiendo el clero con las órdenes. Todo lo cual causó tanto silencio que hacía mudas las calles por donde pasaba, y esto en tiempo que iban llenas de infinita gente, y en tanto número que a juicio de personas experimentadas, en semejantes concursos dicen había en ellas y en las ventanas y azoteas y plazas, más de 50 mil personas. Y llegado que fue el estandarte junto a la puerta principal de Palacio, sobre la cual y en una de sus ventanas bien aderezada, con alfombras, cortinas, sillas y cojín de terciopelo negro, estaba el virrey, el cual le hizo su acatamiento debido, y luego dio la vuelta a mano derecha hacia el cadalso, llegada que fue la Santa Cruz al sitio de su señoría, la adoró con grande edificación del pueblo, y los pajes de su señoría salieron de Palacio en cuerpo, bien aderezados, con cirios de cera blanca, encendidos, con que recibieron la Santa Cruz, haciendo la adoración, levantando las hachas y humillando los cuerpos, según estilo de Palacio y corte, acompañándola hasta el cadalso donde la subieron, y allí dejaron la cera en medio del planicie de esta primera parte, junto al Tribunal y sus gradas sobre un altar que había hecho con muy rico ornamento, quedó puesto hasta las tres de la mañana del día del auto, por cuyo respeto y compañía se quedaron allí cuatro religiosos de cada orden, y cantidad de familiares, que a la luz de gran número de cirios y hachas velaron el divino lecho en que el reparador de nuestra caída murió, los cuales a esta hora la llevaron en procesión cantando himnos hasta lo más alto del medio pirámide y gradadas de penitentes, en cuya extremidad la pusieron, acompañada de los dichos religiosos y familiares hasta el día. Y esta noche a las ocho llevó Pedro de Fonseca, notario del Santo Oficio, y seis familiares, una cruz grande verde, y la puso cincuenta pasos desviada del quemadero que abajo se dirá, en su peaña alta de cantería, con la decencia y reverencia debida, y entre la una y las dos de la noche por mandado del Santo Oficio el dicho notario y familiares llevaron al brasero que está hecho de cantería en el tianguis que llaman de San Hipólito, entre la alameda y convento de los Descalzos Franciscanos de esta ciudad, cuatro maderos con sus argollas, en que habían de morir cuatro relajados, que este día salieron al auto, donde los fijaron puestos con guardia, y de allí se fueron juntos a las casas de Baltasar Mejía de Salmerón, alguacil mayor de esta ciudad, a quien le fue notificado por el notario, que conforme a los que habían de morir tuviese prevenida leña, pregoneros y verdugos para este día, el que respondió que estaba presto de cumplir lo que por el Santo Oficio se le mandaba.

Y a las dos de la mañana se comenzó a decir misa en la capilla del Santo Oficio, y en todas las parroquias y conventos de esta ciudad, por orden de los señores inquisidores, y con ser competente el tiempo para conseguir el entero precepto eclesiástico, apenas se vaciaron las iglesias, cuando estaban otra vez llenas, hasta que amaneció, que todos correspondieron a las obligaciones de buena cristiandad y virtud.

Este día, a las tres de la mañana, después de haber dado el alcaide de almorzar a los penitenciados, mandaron los señores inquisidores sacarlos de sus cárceles al segundo patio de las casas del Santo Oficio, adonde se les iba poniendo a cada uno las insignias de su penitencia y castigo, con una vela de cera verde en las manos, después de lo cual, entre las cuatro y las cinco, el

fiscal del Santo Oficio iba llamando por una memoria a los familiares elegidos para acompañar los penitentes, nombrándolos por sus nombres, de los cuales había ya gran número en el patio primero, donde se iban juntando; y a cada dos hombres les entregaban un penitente, y de esta suerte prosiguió hasta llegar a los relajados, que fueron tres hombres, y una doncella de las de Carabajal que quemaron en el auto pasado, y a cada uno acompañaban dos religiosos de las órdenes, los más doctos, y dos familiares por guarda; y después de ellos tres estatuas de difuntos, con hábito penitencial, y en su seguimiento otras 16 con corozas e insignias de fuego de los difuntos fugitivos y ausentes relajados, los que llevan escrito en los pechos, los nombres, tierra y delitos de cada uno, en cuyo remate los tres de ellos llevan tres ataúdes negros, pintados en ellos una calaveras, sembradas de fuego, y dentro los huesos de los difuntos, y la última con insignia retorcida en la corozca de maestro domatista de la ley muerta de Moisés que guardaba. Y a las seis de la mañana estaban ya puestos en orden de procesión, y en los corredores bajos y patio del Santo Oficio, y media hora después comenzaron a salir por su puerta principal, llevando por guía tres cruces de las parroquias, con velos y mangas de terciopelo negro, con los curas y capellanes de ellas, y en su seguimiento 124 penitentes, con las 19 estatuas, guiados al cadalso, por la calle de Santo Domingo; la cual, y sus ventanas y azoteas, y plazas, ocupaban el mismo número de gente que el día antes hubo en la procesión, y nunca más, de suerte que fue necesario que los familiares sobre bien aderezados caballos, fuesen con el alguacil mayor delante, y por los lados, haciendo campo a la procesión de penitentes: llegados al palenque de la segunda parte del cadalso, entraron por él sin ningún estorbo, y subieron a las gradas del medio pirámide, donde fueron puestos y sentados, en esta manera, en la grada más alta, al pie de la cruz, un relajado calvinista rebelde, y en otra más baja, la doncella; y a sus lados, otros dos relajados. Y luego, 50 personas con hábitos de reconciliación, por diversas sectas y leyes de Moisés, y luego otros por diversos delitos, dos veces casados, hechiceros, blasfemos: en los lados del pirámide, se repartieron en las barandas, las estatuas igualmente, de suerte que de lejos se podían leer los rótulos, y adornaban las gradas de penitentes, de modo que parecían muy bien, y los familiares padrinos se sentaron en sus bancos en la forma arriba dicha.

No estuvo con poco cuidado el virrey esta noche, antes del auto, pues se levantó a las 3 de la mañana con sus caballeros y gente de palacio a oír misa, donde estuvo en vela hasta el día, dando a entender con esto como tan cristianismo príncipe, que los tales la han de tener en semejantes ocasiones, y después de haber sacado los penitentes del Santo Oficio, salió luego con gran prisa, porque el día no alcanzase de cuarta a lo mucho que en él había que hacer en él, del real palacio de esta corte, su señoría, acompañado del audiencia real y de su guardia, cabildo y lo más ilustre de la ciudad, guiados por la calle arriba de Palacio, torciendo a la del Santo Oficio a mano izquierda, donde estaban ya a punto el Santo Oficio, y estandarte de la fe con el cabildo de la Iglesia. Y llegado que fue, se pusieron en orden en esta manera: delante de todos los alguaciles de corte y ciudad, y luego la caballería y familiares y detrás los cabildos de la Iglesia y ciudad, con la Universidad, entremetidos unos con otros, y al fin de ellos el secretario, el alguacil mayor y ministros mayores de la Inquisición, y en un buen caballo aderezado el alcaide de la cárcel perpetua, el cual llevaban de diestro dos personas, por causa de que llevaban asido con ambas manos sobre el arnés delantero de la silla, un cofre cerrado, y luego el fiscal del Santo Oficio que llevaba el estandarte de la fe, que es de damasco carmesí, con dos puntas, cordones y borlas de oro, y seda, que por ambas partes tienen

sembrados algunos escudos bordados con mucho artificio y primor, y en sus campos las armas del apóstol San Pedro, príncipe de la Iglesia, y los de Santo Domingo, y San Pedro Mártir, y a su lado el arcángel San Miguel, y sobre la vara de plata de este estandarte, iba la Santa Cruz de la fe, toda de oro, de honguillos, con sus franjillas al pie, de oro y seda, el cual es muy costoso y agradable a la vista, y a su lado izquierdo iba don Joan Altamirano, que llevaba las borlas del estandarte, en cuyo seguimiento venían el licenciado Vivero, y el doctor Rivera, consultores del Santo Oficio, y la audiencia real por sus antigüedades, y en lo último su señoría el virrey, que iba al lado derecho del inquisidor más antiguo, que iba en medio, y detrás sus pajes y criados, y con esta orden llegaron al cadalso a las siete de la mañana, en el cual, después de haber subido se asentaron en el Tribunal, y asientos, con el orden que habían venido; y al principio de las gradas del medio, por donde subieron al Tribunal, se sentó el fiscal del Santo Oficio, teniendo a su mano derecha, fijado en el tablado, el estandarte de la fe, y a su mano izquierda, don Joan Altamirano, y tres gradas más bajas, Bernardino Vásquez de Tapia y el regidor Alonso de Valdez, y en las tres últimas, el notario Pedro de Fonseca, a cuyo cargo era llevar las sentencias de los relatores, dadas por mano del secretario.

En las gradas de mano derecha del Tribunal, en la primera, junto a la baranda de en medio, se asentó el licenciado Vasco López de Bivero, corregidor que fue de esta ciudad, y consultor del Santo Oficio, que por no ser de la Real Audiencia se le dio este lugar, y a su lado los prelados de la órdenes provinciales, priores y guardianes, y más bajo los catedráticos de las órdenes, maestros y religiosos graves; y en las de mano izquierda, en la primera, calificadores, patrocinadores y comisarios de los obispados de este reyno, y más bajo, catedráticos y religiosos graves y caballeros; y al pie de las unas y otras gradas había repartidos 12 doctores de la Universidad, entremetidos unas personas graves con otras en bancos, porque el Santo Oficio ordenó que no hubiese lugares señalados, y en el banco de espaldas de la mesa el secretario con las llaves del dicho cofre, que era de ébano, y se puso sobre ella, que tenía media vara de alto, y media de ancho, forrado en terciopelo carmesí, todo guarnecido con visagras, chapas, cerradura, tachuelas y llave de oro, y en las esquinas de su asiento, cuatro leones de oro, fijados a él; cuya figura hace demostración feroz por su guarda, y dentro de él estaban las relaciones y sentencias de los culpados, y sobre la mesa, recaudo para escribir, con tintero y salvadera de plata, en que estaban grabadas las armas del Santo Oficio; y como se ha dicho arriba, se asentaron en los bancos, por su orden, los demás del acompañamiento. A todo lo cual se dio principio con su sermón breve, por el tiempo tan corto que restaba, el cual predicó con mucha acepción de los oyentes, el doctor don Juan de Cervantes, arcediano de la Catedral de México, catedrático de Escritura, calificador del Santo Oficio, y juez ordinario de las causas de la fe, después del cual, en el mismo púlpito del sermón, el secretario del Santo Oficio leyó el juramento que hizo el Tribunal y todo el pueblo, sobre un libro misal, de perseguir y arruinar por todas las vías a los enemigos de nuestra santa fe católica, y a su lado estaba el doctor Arangu- ren, capellán del Santo Oficio, que tenía el misal, revestido con un sobrepelliz, y muy rico. No estaba con poco cuidado el secretario en el sacar de las sentencias del cofre por su orden, las cuales iba entregando al notario Pedro de Fonseca, que las llevaba a los relatores, y leídas aquéllas las ponía en el cofre; y sacaba otras, y de esta suerte prosiguió como persona entendida, diestra, cursada en este ministerio, y muy necesaria en él. Y comenzando a leerse, llamaba a la gradilla del pasadizo, a cada uno de los penitentes, por su nombre y naturaleza, hasta que las causas de los relajados fueron leídas, y a las 5

de la tarde se entregaron al brazo seglar; y bajados del cadalso, los llevaron; y a la entrada de calle de San Francisco, donde estaba en un tablado puesto un sitial, adornado de alfombras, y sentado en él el doctor Francisco Muñoz Monforte, corregidor de esta ciudad, y a su lado izquierdo Juan Pérez de Rivera, familiar del Santo Oficio, y escribano público de ella, por los cuales les fueron pronunciadas sus sentencias, y notificadas, de donde los llevaron por esta calle con voz de pregoneros, que manifestaban sus delitos, hasta el quemadero, y en el discurso del camino, los religiosos que acompañaban a Simón de Santiago, alemán calvinista, ficto simulado, confitente rebelde, pertinaz, condenado a quemar vivo, a quien iban aconsejando y amonestando por los mejores medios y caminos que podían, se convirtiese a la ley evangélica y fe católica, el cual haciendo poco caso se sonreía como lo hizo en el cadalso, todo el día, comiendo lo que le daban, con demostración de contento, como si hubiera de ir a bodas, y con grande desvergüenza respondía *no cansa padres, que esto no es forza*. Y porfiando les decía *no des boses padres*, como enojado, y finalmente, sin querer tomar la cruz en las manos, murió quemado vivo, y siempre tuvo una mordaza en la boca, por las blasfemias que decía, y era tan torpe de entendimiento que no hallaron caudal en él los religiosos para argüirle, y con sus argumentos convencerle de sus errores, y con él murió Tomás de Fonseca Castellanos, el cual aunque hacía demostraciones de morir cristianamente, fueron con mucha tibieza.

Y luego doña Mariana Núñez de Carabajal, doncella, murió con mucha contrición, pidiendo a Dios misericordia de sus pecados; confesando la santa fe católica, con tanto sentimiento y lágrimas, que enternecía a los que la oían, diciendo mil requiebros a la cruz que llevaba en las manos, besándola y abrazándola, con tan dulces palabras, que ponían silencio a los religiosos que iban con ella, dando todos infinitas gracias a Dios nuestro señor, por la gran misericordia que con ella usaba, por donde se entiende que está en carrera de salvación, y para gloria de Jesucristo nuestro señor diré lo que dijo esta doncella en el cadalso, y muchos que allí estábamos, oímos razonando con una hermana (Anica) y sobrina, que también salió al auto con hábitos de la conciliación: *Voy muy contenta, a morir en la fe de nuestro señor Jesucristo*, que fue cosa de gran regocijo para los cristianos. Este día se reservó otro relajado, y se volvió al Santo Oficio no se sabe por qué causa.

Y prosiguiendo con las sentencias del cadalso hasta que quiso anochecer, que bastó a que se leyesen las causas de dos en dos, y cerrando el día con luces de hachas, de cuatro en cuatro, y fenecidas con nueva majestad y señorío, el inquisidor más antiguo tomó la estola y el libro que trajeron dos capellanes del Santo Oficio, en dos ricas fuentes doradas, y comenzó en tono grave la absolución, alumbrándole con una vela de cera blanca, puesta en un mechero de plata, respondiendo la capilla en canto de órgano con maravillosas voces que las hay en esta iglesia catedral, con un maestro diestrísimo, y acabada a las ocho de la noche, volvieron a la Inquisición, el Santo Oficio, virrey y audiencias con el demás acompañamiento, y por el mismo orden que habían llevado, y delante muchas hachas encendidas, de cuyas luces había mucha cantidad, en las ventanas y puertas de la calle desde el cadalso hasta la Inquisición, que en ella causaban gran claridad, y llegados se despidió el virrey y audiencia.

Y porque los familiares padrinos volviesen con su ahijados se subieron al pasadizo del cadalso, y puestos en él en dos hileras, arrimados a las barandas, pasaron por medio los penitentes con sus velas encendidas, y los padrinos conocieron sus ahijados, y por su orden fueron bajando a la puerta donde estaban las cruces de las parroquias, sin velos, con mangas de terciopelo carmesí, bordadas

de oro, y seda, adornadas de muchas flores, por el triunfo de la fe, guiando por la calle de Santo Domingo, se volvieron los penitentes al Santo Oficio, donde se entregaron al alcaide, presente el secretario y alguacil mayor, del número de los cuales volvieron menos las diez y siete estatuas y tres relajados que quemaron.

El lunes siguiente, martes, miércoles y jueves, se sacaron del Santo Oficio, en forma de justicia, a azotar por las calles públicas, con voz de pregoneros que manifestaban los delitos, a los que a ello estaban condenados, y los que iban a galeras, se llevaron con testimonio de sus causas, a la cárcel de corte, y se entregaron al alcaide y escribano de entradas de ella, y los negros a sus amos, y los de cárcel perpetua al alcaide, y los demás se llevaron a los lugares que se les señalaron por el Santo Oficio.

Y este día, la tarde, lunes 26 de marzo, el ilustrísimo señor conde de Monterrey, visorey de esta Nueva España, salió de Palacio, acompañado de su guardia y de la gente más principal de esta ciudad, con la cual hizo un general paseo por ella, demostrando la alegría que tenía, y todos deben tener, por el triunfo de la santa fe católica, y de la Iglesia romana, contra los herejes, y por la destrucción de los vicios, y pecados, lo cual hizo imitación de un paseo que por las mismas causas hizo el rey don Felipe II nuestro señor que sea en gloria, cuando el auto de Casaya, que se halló presente. Plegue a Dios nuestro señor que todo haya sido para nuevo ensalsamiento de su santa fe católica, confusión y abatimiento de nuestros enemigos, alabanza y gloria de Jesucristo nuestro señor, y de su bendita madre la Virgen María, y de su corte celestial, por cuyos méritos se sirva de amparar y ayudar y favorecer a tan santo y necesario Tribunal, y prospere los sucesos en la extirpación de las herejías, conservando el uso del Santo Oficio, como merece, y su divina majestad puede. *Amén. Laus Deo.*

Éste es el fiel trasunto del original y curioso manuscrito que encontré en los archivos del Tribunal de la Inquisición: en cuanto a la lista de penitenciados, que existe también, excuso ponerla por ser muy larga, pues ocuparía quizá un espacio igual a la preinserta relación.

Vicente Riva Palacio

LOS TREINTA Y TRES NEGROS

I

Casi en el mismo año de 1521 en que el imperio de Moctezuma fue derribado, y sometido el Anáhuac a la dominación de España, comenzaron a llegar a México esclavos africanos conducidos a la tierra nuevamente conquistada, por amos cuya sórdida codicia no se saciaba con el oro y la plata que los naturales del país podían extraer de sus minas.

Los mexicanos, bien por su aversión a los conquistadores, o bien por sus antiguas costumbres, no querían trabajar en el beneficio de las minas con la tenacidad y constancia que deseaban los españoles.

El emperador Carlos V había sido informado de que por el excesivo trabajo a que se condenaba a los mexicanos por los conquistadores, se habían producido sediciones y levantamientos más o menos graves, y que todo esto podía tener fatales consecuencias para la corona de España; ordenó, con audiencia de sus consejeros y teólogos, que los americanos fuesen libres de toda servidumbre, anulando los repartimientos de indios que había hecho Cortés.

De aquí vino para los españoles la necesidad de tener esclavos africanos, que trabajando día y noche en las minas, recibiendo una miserable retribución, y considerados como animales, pudieran enriquecer muy pronto a sus dueños.

En efecto, fue tan grande el número de los negros que se trajeron a la Nueva España, y tantas las ganancias que producían a sus amos, que ya en el año de 1527 Carlos V, entre otras ordenanzas que mandó a México, dispuso que los negros casados pudiesen redimirse pagando a sus amos *veinte marcos de oro*, y en proporción los niños y las mujeres.

En un principio los esclavos eran empleados únicamente en el laboreo de las minas, pero poco después se ocuparon en las siembras y cultivo de la caña de azúcar, cuya planta aseguran algunos autores que fue llevada a las islas de América desde las Canarias por el inmortal Cristóbal Colón, y que Cortés la hizo trasplantar a México.

Por el año de 1608 el número de los negros esclavos era ya tan crecido en la Nueva España, que apenas había una familia acomodada que no tuviera muchos de ellos a su servicio. ^[20]

A pesar de que la suerte de los indígenas de América era bien triste por el trato duro e inhumano que recibían de los conquistadores, era sin embargo muy dulce comparada con la de los infelices esclavos africanos.

En aquellos primeros años, los caballos, las mulas y los bueyes eran muy escasos en Nueva España, y el trabajo de estos animales se suplía con los esclavos negros, a los cuales se quería comunicar fuerza y vigor con el látigo de los mayordomos.

Necesariamente aquellos hombres pensaban en la libertad, no sólo porque el amor a la libertad es innato en el corazón, sino por huir de los bárbaros tratamientos a que estaban expuestos todos los días y todo el día.

Rescatarse conforme a las ordenanzas el emperador Carlos V, de que hemos hablado, era para ellos casi imposible; necesitaban para eso tanto oro, como no podían reunir con el asiduo trabajo de

toda su vida: entonces pensaron lo que era natural. La Nueva España estaba cubierta de bosques espesísimos e inexplorados; su tierra fértil podía cultivarse con poco trabajo; las selvas estaban formadas en muchas partes de árboles cuyos frutos podían dar a un hombre y a una familia la subsistencia. Las montañas convidaban a la libertad, las fieras que vivían en sus grutas eran más felices que los esclavos negros de los españoles, y además, en aquellos inmensos desiertos el fugitivo nada tendría que temer de sus perseguidores: la naturaleza ofrecía la independencia a los seres convertidos en esclavos por la civilización.

Los negros comprendieron que al lado de las ciudades de la colonia estaban las selvas en donde habitaban los ciervos, y los lobos y las serpientes; que al lado de la servidumbre y del látigo, estaban Dios, la naturaleza y la libertad.

Y los esclavos de las minas, de las casas y de los ingenios comenzaron a huir a los bosques.

Así estaban las cosas en el año de 1609, gobernando la Nueva España el virrey don Luis de Velasco.

II

Era la noche del 30 de enero de 1609: la luna, perdiéndose en el horizonte, apenas alumbraba las blancas nieves del soberbio Pico de Orizaba, conocido entre los naturales con el nombre de Citlaltépec, y las sombras envolvían la fértil cañada de Aculzingo.

Entre aquellas sombras se escuchaba apenas el rumor de los árboles agitados por los vientos de la noche, y el murmullo de los arroyos que bajan por las vertientes de las montañas.

Sin embargo, escuchando con atención podían oírse en medio de aquellos ruidos confusos, otros sonidos que no eran producidos ni por los vientos ni por las aguas.

Eran voces humanas, era sin duda el ruido que causaba la marcha de un gran grupo de hombres, que caminaban apresuradamente conversando entre sí, y rompiendo las malezas y los arbustos que se oponían a su paso.

La marcha de aquellos hombres no se interrumpía, y aquel grupo parecía caminar en dirección del lugar que hoy ocupa la villa de Córdoba.

Cuando los primeros reflejos de la aurora comenzaron a teñir de rosa el espléndido cielo de la costa de Veracruz, el grupo de hombres que se había sentido cruzar durante la noche por la cañada de Orizaba, seguía su camino trepando una encumbrada cuesta.

Era una tropa de negros, extrañamente vestidos y armados: llevaban los unos, gregüescos de terciopelo y calzas de seda hechas pedazos; los otros, calzones de escudero con sucias medias calzas de gamuza; cuál vestía una bordada ropilla de raso, cuál una loba de curial; éste cubría sus desnudas espaldas con un elegante ferreruelo, aquél iba encubierto con un balandrán, el otro abrigado con un justillo estrecho, de acuchilladas mangas; el de más allá en un tabardo de velludo; aquello parecía una mascarada, y podía asegurarse que aquellos trajes eran los despojos de los pasajeros del camino de México a Veracruz.

En cuanto a las armas de aquellos hombres, era curioso observar que había entre ellos flechas y arcos de los aztecas, arcabuces y espadas de los conquistadores, mazas, macanas, hondas, hachas, escopetas, ballestas, puñales, alabardas, y todo en el mayor desorden y en extraordinaria confusión.

Al lado de un negro que llevaba marcialmente una gran lanza de caballero al hombro y un carcaj lleno de flechas con su arco a la espalda, caminaba con gran desenfado otro que llevaba a la cintura pendiente de un talabarte bordado, una macana, y en la mano un pesado arcabuz de mecha: también aquel armamento parecía el producto de un saqueo parcial.

Aquella extraña tropa estaría compuesta de más de cien hombres, y a su cabeza, con todo el aire de un general en jefe, caminaba un negro alto, fornido, de abultadas y toscas facciones, que vestía con alguna más propiedad que los otros, y que estaba también mejor armado, pues mostraba una luciente coraza de acero, ceñía un largo estoque y empuñaba una buena escopeta.

Trepando por aquellas escabrosas veredas y atravesando angostos y peligrosos desfiladeros, llegó por fin la tropa a una espaciosa meseta que coronaba una de las más elevadas serranías.

Allí estaba situado un campamento de negros, era el cuartel general de todos los esclavos que habían huido de la crueldad de sus amos buscando la libertad que iban a defender con las armas y a costa de sus vidas.

La fuerza que llegaba había sido vista desde muy lejos; todo el campamento se había movido, y hombres y mujeres se apresuraban a recibirla.

Distinguíase en medio de todos ellos a un negro anciano pero robusto, a quien todos miraban con profundo respeto, y que parecía ser el patriarca de aquella tribu errante.

Cuando los recién llegados penetraron al campamento, los soldados se desbandaron sin esperar la orden de su jefe, y se mezclaron entre los grupos de los que les aguardaban, y sólo el que había venido a la cabeza se dirigió en busca del anciano.

—Buenos días, Francisco —dijo el anciano tendiendo al otro su mano con aire paternal.

—Dios te guarde, padre Yanga —contestó Francisco.

—¿Qué nuevas me trae mi hijo Francisco de la Matosa?

—Malas nuevas, padre Yanga, malas nuevas.

—¿Qué hay pues? ¿Algunos hermanos nuestros han muerto?

—No, los blancos quieren nuestra muerte: ayer se me ha presentado un hermano, que es también como yo, de Angola, ha salido de la Puebla y me ha contado...

—¿Qué te ha contado?

—Que de Puebla viene una expedición contra nosotros; mándala un capitán vecino de aquella ciudad, llamándose Pedro González de Herrera, y ha salido el día veintiséis...

—Estamos a los treinta días, muy cerca debe venir ya.

—Tal creo, y por eso me he replegado, a fin de disponer todas las tropas y prepararlas para el combate. Pedro González de Herrera trae cien soldados españoles, cien aventureros, ciento cincuenta indios flecheros, y cerca de doscientos más entre mulatos, mestizos y españoles que se le han reunido de las estancias.

—Es decir, cosa de quinientos cincuenta hombres: mucha gente es en verdad, y otros tantos no tenemos; pero no importa, Dios nos ayudará. ¿Por qué camino vienen?

—No han seguido ningún camino real, y se acercan extraviando veredas. ¿Hay vigilantes por todos lados?

—Sí, y es imposible que se acerquen sin ser sentidos... Allí viene corriendo uno; noticia debe traer.

—Sin duda la llegada del enemigo. Pon a tus gentes sobre las armas, y yo voy al encuentro del vigilante...

El viejo salió a encontrar al que llegaba, y Francisco comenzó a disponer sus tropas.

El trabajo no era grande, y en un momento se formaron cuatrocientos negros, todos armados.

Yanga volvió.

—Francisco —dijo—, es preciso escribir a ese don Pedro González.

—¿Y para qué? —preguntó Francisco con extrañeza.

—Para decirle que obedecemos a Dios y al rey, pero que queremos nuestra libertad; que si nos la conceden, si no nos vuelven a nuestros amos crueles, si nos dan un pueblo para nosotros, depondremos las armas; ¿te parece bien?

—Sí —contestó Francisco—. ¿Y quién llevará esa carta?

—El español que tenemos prisionero.

Una hora después salía del campamento de los negros un español que llevaba una carta de Yanga, caudillo de los sublevados, al capitán don Pedro González de Herrera.

El viejo Yanga era el espíritu de aquella revolución, que había meditado por espacio de treinta años, y el negro Francisco de la Matosa era el general de las armas, nombrado por Yanga.

Los negros estaban ya esperando la señal del combate.

III

Las tropas del capitán don Pedro González de Herrera caminaron muchos días, y acamparon a la orilla de un caudaloso río y enfrente de las posiciones que ocupaban los negros.

Esto acontecía el 21 de febrero de 1609.

Los dos campos enemigos podían observarse, y los dos pequeños ejércitos se preparaban para el combate, que indudablemente debía de darse al día siguiente.

Los soldados de González contaban en su abono con el número, la disciplina y la buena calidad de su armamento.

Los de Yanga confiaban en lo fuerte de sus posiciones y en la justicia de su causa.

Llegó la noche: poco a poco los contornos de los árboles y de las montañas se fueron como desvaneciendo en el oscuro fondo del espacio, y luego no fue todo aquello más que una niebla densa y misteriosa, en medio de la cual no se distinguía otra cosa que la lejana luz de algunas hogueras que parecían estrellas, o la vacilante claridad de algunas estrellas que brillaban como las hogueras. Cielo y tierra se confundían con sus sombras y con sus luces.

Entonces se pudo notar que en ambos campamentos se movían las tropas y se disponían los combatientes.

Yanga y Francisco de la Matosa arreglaban la defensa.

Don Pedro González de Herrera preparaba el asalto.

Los primeros albos de la mañana darían sin duda la señal de acometida, y Dios daría la victoria.

Así pasó toda la noche, y durante toda ella no hubo sin duda uno solo de aquellos corazones (que ahora hace ya más de dos siglos y medio que dejaron de latir para siempre), que no estuviera

conmovido con el peligro del día siguiente.

Brilló por fin la aurora, y las columnas de los asaltantes se pusieron en marcha, en medio de un silencio sombrío.

Don Pedro González iba a la cabeza de todos, procurando animar a sus soldados con su ejemplo; pero delante de él caminaba alegre y juguetón un perrillo de uno de los soldados.

Aquel animal no conocía que todos aquellos hombres, y entre los cuales iba su amo, caminaban al combate y a la muerte, y por eso jugueteaba entre la maleza, ya adelantándose, ya volviendo ligero a encontrar a la columna que seguía avanzando sin descansar.

Don Pedro le miraba casi sin pensar en él; pero de repente observó que el animal, que se había adelantado mucho, se detenía como espantado y ladraba dando muestras de cólera.

—¡Una emboscada! —gritó don Pedro comprendiendo lo que aquello significaba.

—¡Una emboscada! —repitieron los que le seguían, y la columna se detuvo repentinamente.

El capitán desnudó su espada, afirmóse el sombrero, y con robusta voz gritó, volviéndose a su tropa:

—¡Santiago, y cierra España! ¡A ellos!

—¡A ellos! —repitió la columna, y todos comenzaron a trepar velozmente por aquellos riscos, en dirección de la emboscada descubierta por el perrillo.

Los negros conocieron que la emboscada no surtiría ya efecto, y salieron a cortar el paso.

Trabóse entonces el combate, los mosqueteros comenzaron a disparar sus armas sobre los negros, ganando siempre terreno, y los negros haciendo fuego a su vez sobre los asaltantes, con las pocas armas de fuego que tenían, procuraban hacerlos huir o acabarles rodando en gran cantidad peñascos que para este objeto tenían ya preparados.

Pero nada contenía el brío de los asaltantes, que trepaban y trepaban ganando siempre terreno y lanzando a sus enemigos una verdadera lluvia de balas, de piedras y de flechas.

Muchas horas duró el combate, y la suerte favorecía a los soldados de don Pedro González, que al caer ya la tarde se apoderaron de las posiciones de los negros, no sin dejar el camino que habían recorrido, sembrado de cadáveres y de heridos.

Yanga y los demás que le acompañaban, viendo que no era posible resistir más, huyeron para los bosques, no dejando en poder de sus enemigos más que algunos cadáveres.

Aquello era un triunfo, pero un triunfo tan efímero como costoso. Los negros que habían huido volverían a hacerse fuertes en otro lugar, y sería necesaria una nueva batalla, que no daría más resultado que el que ésta había dado: conquistar a fuerza de sangre una posición que había necesidad de abandonar a poco tiempo, y con el temor de volverla a encontrar defendida al día siguiente; y aquella era una campaña tan penosa como estéril en sus resultados: los negros habían perdido alguna gente, pero en compensación lo mismo había sucedido a sus perseguidores: la proporción era perfecta.

Todo esto lo comprendió don Pedro González de Herrera, y quiso aprovechar los momentos de la victoria y dar otro sesgo a la campaña.

Ofreció el indulto a Yanga y a los suyos: fijáronse en los árboles por todas partes cédulas con este ofrecimiento, colocáronse en todas las alturas banderas blancas, y al fin Yanga escribió al virrey.

Proponía una especie de convenio, en el que había mucho de debilidad.

Protestaban no haber tenido intención de faltar a Dios ni al rey, de quien eran leales vasallos; se comprometían a entregar en lo sucesivo todos los esclavos fugitivos a sus dueños, mediante una remuneración, y pedían un pueblo en que vivir con sus hijos y mujeres, y en el cual recibirían al cura y al justicia que se les nombrase.

El virrey accedió a todo y les concedió terrenos para formar el pueblo, que se llamó de San Lorenzo.

IV

En el entretanto, en México había sido grande la alarma, y el virrey, para calmar los ánimos, mandó azotar públicamente a algunos negros que estaban presos por varios delitos.

Con esto pareció que todo había concluido, y en efecto, en esa confianza transcurrieron los años hasta 1612.

En este intermedio don Luis de Velasco el virrey, había sido llamado a España para el desempeño de un puesto de gran importancia en la corte: le sucedió en el gobierno de la colonia el arzobispo de México don fray García Guerra; pero duró muy pocos meses, porque un día al subir a su coche no pudo tomar bien el estribo, cayó, y como era muy anciano, murió de resultas del golpe.

Muerto el virrey-arzobispo, la audiencia tomó posesión del gobierno, y el oidor decano Otalora se trasladó al palacio de los virreyes.

Apenas comenzó a gobernar la audiencia cuando se volvió a hablar de la sublevación de los negros, y las gentes se aterrorizaron.

Mil noticias, o más bien dicho, mil consejas a cual más extravagantes circulaban por la ciudad de México y por las ciudades vecinas. El nombre de Yanga y de Francisco de la Matosa pasaban de una a otra boca pronunciados con espanto.

Quién aseguraba que en uno de los bosques del camino de México a Veracruz había un campamento en el que se contaban los negros por millares; quién decía que durante las frías noches de febrero misteriosas tropas rondaban al derredor de las ciudades como ejércitos de fantasmas evocados por un conjuro; algunos afirmaban que cuando todos los habitantes de México dormían, ellos desde los terrados de sus casas habían visto en las montañas de los alrededores, hogueras que no podían menos de ser contraseñas, y habían escuchado los salvajes aullidos de los negros *bozales*.

Todo esto se creyó, y todo esto dio margen a decir que los negros esclavos, ayudados por los bozales, trataban de alzarse, y hasta se fijó como plazo para esta sublevación el jueves de la semana santa.

La audiencia gobernadora participó también de aquel temor, y comenzaron entonces a dictarse medidas de seguridad que no producían más efecto que aumentar el miedo.

Como la sublevación debía verificarse el jueves santo, se suspendieron las procesiones y fiestas de la semana mayor, y en todos esos días a las oraciones de la noche no se encontraba en las calles un solo transeúnte.

Por casualidad, el jueves santo a media noche entró a México una piara de cerdos, y como todos los ánimos estaban preocupados y esperando el terrible acontecimiento, el primero que oyó el

gruñido de aquellos animales se figuró que eran voces de los negros que entraban a la ciudad, y esparció la alarma, y aquella alarma fue tan grande y tan espantoso el pánico que se apoderó de todos los vecinos, que nadie se atrevió a salir de su casa a cerciorarse de la verdad, hasta la mañana del día siguiente.

En estas zozobras se pasaron la semana santa y los días de pascua. [21]

V

No puede saberse con seguridad si la audiencia descubrió realmente alguna conspiración, o quiso con un ejemplar ruidoso calmar los ánimos y acobardar a los negros por si pensaban en rebelarse; lo cierto es que apenas pasó la pascua, México presenció una de las más horrorosas ejecuciones de que haya memoria.

Veintinueve negros y cuatro negras fueron ejecutados en el *mismo día y hora* en la plaza mayor de la ciudad.

El gentío era inmenso; plaza y calles, balcones y azoteas, todo estaba lleno, en todas partes había espectadores, desde todas partes se contemplaba aquella espantosa matanza.

La escena era capaz de hacer estremecer de horror al mismo Nerón.

Aquellos hombres, y sobre todo aquellas mujeres que caminaban al patíbulo, casi moribundos, cubiertos de harapos, a encontrar la muerte después de una vida de esclavitud y sufrimiento; los confesores que a grito herido encomendaban aquellas almas a la misericordia de Dios, una multitud inmensa que se agitaba como un mar borrascoso, y sobre todas aquellas cabezas treinta y tres horcas, de donde pendían media hora después treinta y tres cadáveres.

La ejecución había terminado, pero la gente no se retiraba, y era que aún había un segundo acto más repugnante.

Los verdugos comenzaron a bajar los cadáveres, y con una hacha a cortarles las cabezas, que se fijaban en escarpías.

Se estaban castigando cadáveres y derramando la descompuesta sangre de los muertos.

Aquella escena era asquerosa.

Las treinta y tres cabezas se fijaron en escarpías en la plaza mayor de la ciudad, ornato digno de la grandeza de la audiencia gobernadora.

Mucho tiempo estuvieron allí aquellos trofeos de civilización, hasta que la audiencia tuvo parte de que no era ya posible sufrir la fetidez, y las mandó quitar y que se enterraran.

Así se sofocó aquella soñada conspiración, en el año de 1612.

Vicente Riva Palacio

EL TUMULTO DE 1624

Pasó al virreinato del Perú el marqués de Guadalcazar, y le sucedió en el gobierno de México don Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, marqués de Gelves y conde de Priego, el cual llegó el 12 de septiembre de 1621.

El país estaba infestado de bandidos, de manera que no se podía salir ni a los caminos ni andar en las ciudades pasadas ciertas horas de la noche, sin ser atacado, robado y no pocas veces asesinado. Los frailes de las diversas órdenes religiosas, poseedores de grandes bienes y habiendo perdido las virtudes cristianas de que dieron ejemplo años antes los doce apóstoles de las Indias y sus sucesores, se entregaban a ruidosas cuestiones y a complicadas intrigas para obtener los puestos elevados en los conventos, la justicia no estaba de lo mejor administrada, y según las pocas narraciones de esos tiempos hay lugar para creer que el favoritismo y la venalidad, más bien que las leyes, decidían de los muchos y largos pleitos que en esa misma época se originaban entre los españoles, criollos e indígenas. El marqués de Gelves, enterado de la mala situación de la colonia a los pocos meses de llegado, quiso violentamente corregir todos estos males y comenzó a ahorcar a los ladrones, a poner a raya a los provinciales de los conventos, a destituir a los empleados infieles, a intervenir, poniéndose del lado de los pobres, en las inicuas sentencias de los jueces, y aun a refrenar el poder inmenso que el clero había adquirido mezclándose en los negocios civiles y decidiendo sobre las reyertas y cuestiones de las familias.

Al papel siempre peligroso de reformador, el marqués de Gelves añadió mucho de su carácter impetuoso y bravo y de su voluntad indomable; de manera que por medio del despotismo y de la arbitrariedad quería corregir los vicios que la arbitrariedad y el despotismo habían entronizado, y esto produjo un choque terrible con la autoridad eclesiástica representada en el arzobispo don Juan Pérez de la Serna que había venido desde el año de 1613, y que se había hecho de grande prestigio no sólo entre los eclesiásticos, sino también entre el pueblo.

El prelado, hombre también testarudo y aun poco escrupuloso, para elegir los medios de menguar la autoridad del virrey y dominarle, no dejaba escapar la oportunidad de arrebatarle la popularidad que había adquirido con las reformas que hemos indicado. Pronto se presentó la ocasión.

El marqués de Gelves que no tenía sin duda una idea fija sobre las obras del desagüe, no sólo mandó suspenderlas, sino que para dar una prueba de su inutilidad mandó romper el dique que contenía las aguas del río de *Acalhuacan* (Cuautitlán). La estación lluviosa fue benigna y pasó sin novedad y con gran contento del virrey, pero repentinamente en el mes de diciembre creció la laguna de Texcoco, se desbordó sobre la ciudad y la anegó completamente.

A esta calamidad siguió la de la carestía y aun escasez de maíz que llegó a valer cuarenta reales, siendo su precio común en esos tiempos el de doce reales. Esto indispuso los ánimos, y la exaltación llegó a su colmo cuando se supo que un caballero rico llamado Mejía, amigo íntimo del virrey, había monopolizado todo el maíz y el trigo y le vendía a precios exorbitantes sin que nadie pudiese competir con él. Malas lenguas dijeron que el marqués tenía compañía con Mejía y ambos se habían embolsado grandes ganancias, obtenidas a costa de la hambre y de la miseria del pueblo. Todo esto lo explotaba perfectamente el clero, mal avenido con el carácter tremendo del virrey, y no era necesario más que un pequeño incidente para que estallase abierta y descaradamente la guerra entre

las dos autoridades.

No tardó esto en suceder. Un personaje importante en esa época, don Melchor Pérez de Varáez, se hallaba procesado, y usando de los recursos que entonces como ahora se usaban, recusó a su juez. El virrey le nombró otro, y Varáez entonces se escapó del convento de Santo Domingo, donde estaba retraído. Sus jueces, ofendidos, decretaron el embargo de sus bienes y papeles, le aprendieron y le encerraron en una estrecha celda, tapando las puertas con cal y canto y poniéndole además una guardia de doce arcabuceros.

Varáez se dio trazas de elevar un memorial al arzobispo, reclamando la intervención eclesiástica, y como el prelado no deseaba sino el momento de ponerse frente a frente con el virrey, otorgó la protección al preso, y de pronto excomulgó a los arcabuceros que le custodiaban. El virrey ocurrió al delegado del papa en Puebla, y éste mandó al arzobispo que levantase la excomunión. Éste no obedeció, y el virrey recabó duras providencias en contra del prelado. Tal fue el principio y origen del terrible tumulto de 1624.

El virrey lo que quería era que sin resistencia dominase la autoridad civil, y estaba resuelto a emplear la fuerza y la violencia para conseguirlo. El arzobispo quería que la autoridad eclesiástica dominase sin contradicción y por su parte estaba resuelto a esgrimir todas las armas de la Iglesia.

Un día, después de muchos incidentes relativos al negocio de Varáez, y que sería largo el referir, el virrey mandó llamar a un clérigo, el cual, con consentimiento del arzobispo, vino el día siguiente acompañado de su secretario.

Luego que los vio el virrey, montado en cólera preguntó:

—¿Quiénes sois vosotros, y qué queréis?

—Soy el secretario de su ilustrísima, y esta otra persona es el eclesiástico que su señoría ha mandado venir.

—Salid de aquí al momento, que si he llamado al clérigo, para nada necesito al secretario, y no gusto de tener espías en mi palacio: salid antes que... y vos, clérigo, aguardad.

El secretario salió más que de prisa y fue a referir al arzobispo lo que había pasado. Eran las primeras horas de la mañana. El clérigo se sentó en la antesala a esperar que le llamase el virrey. Cerca de las ocho de la noche el virrey asomó la cabeza por una puerta. «¿Está todavía ese clérigo que mandé llamar esta mañana?», dijo a un ujier que hacía la guardia.

El clérigo se levantó, rojo como una cereza, pero con apariencias de resignación se acercó al virrey, el que le hizo señal, y ambos entraron en el gabinete secreto.

—¿Me responderéis como un cristiano y como un hombre honrado a todo lo que os pregunte? —le dijo el virrey con voz áspera.

El clérigo, lleno de miedo, hizo un signo de asentimiento con la cabeza, y entonces el virrey le hizo multitud de preguntas difíciles y capciosas, a las que contestó el eclesiástico de la mejor manera que pudo.

—¿Estáis dispuesto a que todo esto se ponga por escrito bajo de vuestra firma? —le dijo el virrey.

El clérigo tuvo que revestirse de energía y le contestó que por miramiento y respeto había satisfecho todas las interpelaciones, pero que nada firmaría sin licencia de su prelado.

—Por última vez, ¿no firmáis? —preguntó colérico el de Gelves.

El clérigo, con voz medio trémula pero perceptible, dijo:

—No, no señor, nada firmaré.

— ¡Armenteros! —gritó el virrey.

Don Diego de Armenteros, revestido de su cota de malla y con todas sus armas se presentó por la puerta del costado.

—Tomad un caballo, y con buena escolta y a buen recaudo mandad en el acto a este clérigo insolente al castillo de San Juan de Ulúa, y allí que le encierren en una bartolina hasta que yo mande otra cosa.

El capitán Armenteros con una garra como de león cogió al clérigo del brazo y le sacó del gabinete.

—Otro tanto he de hacer con el arzobispo, si se descuida —dijo entre dientes el marqués, mirando alejarse al clérigo y al oficial.

Al día siguiente el arzobispo, por medio de un notario, mandó reclamar a su clérigo, manifestando al virrey que había incurrido en las censuras de la bula de la cena.

—Decidle al arzobispo que mande por su clérigo a San Juan de Ulúa, y que si quiere ahorrarse pasos se entienda con mi capitán Armenteros.

El arzobispo, lleno de cólera, trató con muchos preladados la manera de aniquilar al virrey con las armas espirituales, y el virrey por su parte reunió a varios letrados para consultarles si podía ser excomulgado. Los oidores respondieron que no habían meditado el caso, y el virrey los echó de la sala: otros letrados opinaron, que siendo el virrey la imagen del rey, no podía ser excomulgado.

Pasaron algunos días. El 8 de diciembre de 1624, solemnidad de la Purísima, hubo gran festividad en la catedral. El Santísimo estaba descubierto, la misa era cantada y un grueso religioso comenzaba el sermón, cuando el escribano Tobar, saltando sobre la multitud de devotos que había en la iglesia, subió al altar mayor a notificar un auto del virrey al arzobispo. Éste resistió, los fieles se alborotaron, el padre predicador no pudo continuar, y la misa acabó a toda prisa. Figúrese el lector el escándalo que habría en los tiempos de que vamos hablando.

El virrey, observando que en nada cedía el arzobispo, acudió al juez legado de Puebla, y éste comisionó a un clérigo, sacristán de monjas, atrevido y resuelto, que vino a México, y empezó a ejecutar todas las órdenes del virrey, comenzando por entrar al arzobispado, echar a todos los familiares y clérigos y embargar los bienes y muebles que encontró.

El arzobispo mandó tocar *entredicho*, y el son pausado y grave de las campanas llenaba de terror a los habitantes de la ciudad, anunciándoles la discordia entre el príncipe de la Iglesia y el representante de su majestad el rey de España.

Las campanas no detuvieron ni un momento al padre sacristán, y antes bien dio a sus providencias un carácter más enérgico. El arzobispo, mirando sus muebles en manos extrañas, sus habitaciones cerradas y selladas, y casi echado de su palacio, se hizo conducir en una silla de manos ante la audiencia, y allí significó a los oidores que no se movería hasta obtener justicia.

Los oidores dejaron solo en el salón al arzobispo y se dirigieron a contar el caso al virrey, volviendo al cabo de tres o cuatro horas un escribano llamado Osorio, con este recado:

—El señor virrey me manda decir a su ilustrísima que se vuelva inmediatamente al palacio arzobispal, desde donde podrá pedir justicia; y si esto no hace, le notifique que incurre en una multa

de cuatro mil ducados, y saldrá además desterrado del reino.

El arzobispo contestó al escribano que no reconocía superioridad en el virrey, y que no había de obedecer ni sujetarse a tan atroz tiranía, y que no volvería a su palacio por no sufrir los ultrajes del sacristán poblano.

El virrey esperaba impaciente la respuesta, y luego que hubo escuchado la que le trasmitió el mismo escribano Osorio, gritó con voz de trueno:

—¡Armenteros!

Don Diego Armenteros se presentó por la puerta del costado, armado hasta los dientes.

—En esta vez, vos mismo con una partida de arcabuceros os apoderaréis, de grado o por fuerza, del arzobispo don Juan Pérez de la Serna, y le llevaréis a San Juan de Ulúa a que haga compañía al clérigo insolente.

—¿Le llevaré a pie, a caballo o en coche? —preguntó Armenteros.

—A pie, como se pueda, en una mula, de cualquier manera, con tal que demos una muestra terrible en este país desorganizado, del respeto que se debe a la autoridad; pero no... no deseo que vaya a morirse... Disponed mi coche de camino y partid en el acto.

Armenteros, en momentos, mandó disponer el coche y la escolta de arcabuceros, y acompañado del licenciado Terrones, alcalde del crimen, del alguacil mayor Martín de Zavala y del teniente Perea, se dirigió a la sala de audiencia, donde el arzobispo, sentado en su silla de manos, esperaba todavía que le hicieran justicia los oidores.

—Es desagradable —le dijo Terrones—, tener que ejecutar providencias tan duras; pero su ilustrísima deberá salir en este momento para San Juan de Ulúa, escoltado por el valiente capitán Armenteros.

—Espero que se me concederán dos o tres días para... pues... porque...

El arzobispo se ahogaba de la cólera.

—Ni una hora —contestó Terrones.

—Al menos me será permitido mandar por mi desayuno, pues el estómago y... mis males —murmuró el arzobispo.

—Ni un minuto —interrumpió Armenteros—. El coche está ya listo y los caballos de la escolta impacientes.

—Ni un segundo —añadió el teniente Perea, y tomando bruscamente por el brazo al prelado, le hizo bajar las escaleras, y cinco minutos después un coche a escape, envuelto en una nube de polvo y seguido de doce feroces y corpulentos arcabuceros, atravesaba las calles de la ciudad y conducía a su destierro al más temible y poderoso señor de Tenochtitlán. Los partidarios y amigos del arzobispo tuvieron modo de enviarle recados y cartas, manifestándole que lo que importaba era ganar tiempo y demorarse mucho en el camino; lo cual fácilmente logró con pretexto de sus enfermedades y tratando con la mayor dulzura a Armenteros, que era un soldado brusco, pero en el fondo buen hombre.

La audiencia entretanto, atemorizada, anuló el auto del virrey, el cual en el momento que lo supo mandó prender y poner incomunicados en el calabozo a los oidores, a los relatores y a los demás dependientes del tribunal, y envió un correo con instrucciones a Armenteros para que envolviere al arzobispo en un colchón o en un petate, supuesto que estaba enfermo, y en una mula, como si fuese un fardo le sacase violentamente de los límites del arzobispado.

En San Juan Teotihuacán se recibieron todas estas noticias la noche del 14 de enero, y en las que comunicaron sus partidarios a don Juan Pérez de la Serna eran más pormenorizadas e importantes, de manera que se resolvió a dar a su vez un golpe terrible y a jugar el todo por el todo. En la misma noche proveyó y despachó a México dos edictos. Uno de ellos excomulgaba al virrey, y el segundo intimaba la cesación *a divinis*.

En la mañana temprano y mientras Armenteros se ocupaba en organizar la marcha y procurarse caballos y tiros de remuda para que su viaje fuese tan acelerado como el virrey se lo había ordenado, el arzobispo logró escabullirse y entrar a la iglesia de San Francisco. Allí revistió los atavíos pontificales, colocó al Divinísimo Sacramento en una custodia de oro y pedrería, que tomó en sus manos, y se puso en actitud resuella en el altar mayor.

Armenteros buscó a su prisionero para acompañarle a que subiera al coche; pero en vez de encontrarle, le informaron que estaba en la iglesia decidido a desobedecer la autoridad del virrey.

El capitán, que era de genio atrabiliario y de fuertes ímpetus, desnudó la espada, y echando un terrible juramento se metió como un furioso al templo, resuelto a atravesar de parte a parte al prelado, y en efecto llegó hasta las gradas del altar mayor; pero la actitud imponente del arzobispo, su semblante sereno, aunque resuelto, y el temor y el respeto que le inspiraba el Sacramento encerrado en el resplandeciente relicario de oro, hicieron tal impresión en su ánimo, que bajó lentamente la espada que tenía dirigida al pecho de su prisionero, y cayó de rodillas suplicándole que encerrase la hostia sagrada en su tabernáculo, que de buen grado le siguiese, y que no comprometiese sus deberes de soldado, que tenía forzosamente que cumplir.

El arzobispo se mantuvo firme en la idea de no dejarse arrancar sino por la fuerza del altar, y alguno de los documentos antiguos dice que permaneció cincuenta horas con la custodia en las manos. Como la gente del pueblo, y especialmente los indígenas, comenzaron a dar muestras de disgusto tomando decididamente el partido del arzobispo, el capitán no se halló bastante fuerte con sus pocos arcabuceros para hacer frente a un motín popular, despachó un correo a México y prometió al prelado que con tal que sosegase a la gente, él mismo se interesaría para que el virrey le mandase volver a la capital en vez de continuar rumbo a Veracruz.

El 15 de febrero de 1624 fue uno de los más notables y terribles de que hay memoria en los anales de la colonia. El provisor don José Portillo, muy de mañana comenzó a cumplir punto por punto el edicto del arzobispo.

Los muchos fieles y buenos cristianos que había entonces extrañaron el toque de alba; pero creyeron que el sueño les había vencido o el diablo les había hecho algo sordos. Dirigiéronse a misa y encontraron una iglesia cerrada, y otra y otra, recorriendo así la ciudad llena de templos, todos mudos y clausurados, como si ese mismo día hubiese acabado la religión de Jesucristo. Los sacristanes apenas asomaban la cabeza por el cuadrante y decían a los conocidos palabras alarmantes y misteriosas, algunos clérigos y frailes con algo que llevaban oculto bajo de los hábitos atravesaban rápidamente las calles, las campanas continuaban guardando un obstinado silencio. La alarma de los cristianos crecía por momentos, y pronto se propagó la noticia de que el virrey estaba excomulgado y fijada la tablilla con el anatema terrible, en la puerta misma de la catedral.

La gente se agolpó a leer la excomunión, y las mujeres pedían con gritos y lamentos que se abrieran las puertas del templo. En estos momentos el escribano Osorio que tanta parte había tomado

en los acontecimientos, atravesaba la plaza mayor en su coche, seguido de algunos negros esclavos, y a ese mismo tiempo pasaban unos muchachos que venían del mercado con unas grandes canastas de verdura en la cabeza, y habiéndole reconocido le gritaron *¡Muera el hereje! ¡Muera el excomulgado!* grito que fue repetido por la multitud que ya llenaba la plaza, y que sabía ya lo que pasaba. Los esclavos de Osorio quisieron dispersar a los muchachos, y éstos pusieron en el suelo las canastas y comenzaron a tirar rábanos, zapotes y manzanas a la cara de los negros. Las demás gentes tomaron parte, la guardia del palacio salió con el sargento mayor a la cabeza, y entonces los amotinados, que ya eran muchos, acudieron al costado de la catedral, que estaba en obra, y apoderándose de gruesas piedras y guijarros hacían una descarga tan cerrada sobre el coche de Osorio y sobre los soldados, que éstos tuvieron que retirarse más que de prisa, refugiándose en el palacio y cerrando las puertas.

El virrey, furioso de cólera, revistió su armadura, empuñó su espada y quiso salir a castigar a los insolentes, pero le contuvo el almirante Cevallos que estaba a su lado y era hombre de prudencia y de juicio.

—Bueno, no saldré en este momento, pero, ¡voto a Dios! que he de castigar a todos estos malvados y rebeldes y he de poner más horcas que árboles hay en la montaña.

Esto diciendo salió a la azotea con un clarín que comenzó a dar toques que llamaban entonces *rebato*. La alarma se difundió por toda la parte de la ciudad que había permanecido quieta y que ignoraba los últimos acontecimientos, y pronto se vio la plaza y las avenidas principales llenas de gente que secundaba los gritos de *¡Muera el hereje, abajo el luterano, viva la fe de Jesucristo y viva la Iglesia!* Al toque siniestro del clarín, que quizá no había sonado de esa manera desde los días de la conquista, acudieron al palacio las autoridades, los empleados y una gran parte de la nobleza mexicana, y todos suplicaron al marqués, especialmente el oidor Cisneros, que se hincó de rodillas, que levantase el destierro al arzobispo y lo trajese a México, con lo cual todo quedaría sosegado. El virrey accedió, aunque con visible repugnancia, y el inquisidor mayor salió de palacio con un papel que contenía el perdón para todos los amotinados, y la orden de volver a su palacio al temible don Juan Pérez de la Serna, a quien hemos dejado en la iglesia de Teotihuacán, escudado con la resplandeciente y sagrada custodia.

Con esto habría terminado el motín, pero ni los sublevados se fiaban del virrey ni éste de ellos, así que permanecieron no sólo en una actitud hostil, sino haciendo cada fuerza sus preparativos para volver a la lucha.

El pueblo continuaba agitado, vociferando y jurando en la plaza y en las calles, exigiendo que la audiencia reasumiera el gobierno, que las iglesias se abrieran y que se diese libertad a los presos de la cárcel pública; el virrey, que a nada de esto podía acceder, mandó traer algunos quintales de pólvora de un depósito que estaba a media legua de la ciudad, sacó un suficiente número de arcabuces de la armería de palacio, armó a los criados y dependientes que pudo reunir, y a la cabeza de esta tropa subió a la azotea, y desde allí intimó sumisión y obediencia a los conjurados. Éstos, en vez de obedecer contestaron su amonestación con silbidos y mueras, y comenzaron a tirar pedradas a los balcones. El virrey, enfurecido, mandó hacer fuego a la tropa y más de cien personas cayeron muertas o heridas en la plaza mayor.

El marqués del Valle y el marqués de Villa Mayor habían hecho grandes esfuerzos por apaciguar la

sedición, y como un medio de conseguirlo ofrecieron que irían a encontrar al arzobispo, a darle parte de que estaba en libertad y a suplicarle que influyese en calmar las pasiones, ya bastante irritadas. Provistos estos dos personajes de excelentes caballos y de resueltos criados, atravesaron sin obstáculo la multitud reunida en las calles, y a galope tendido se dirigieron rumbo a San Juan Teotihuacán. En el camino encontraron ya al prelado de regreso, habiendo recibido la orden por conducto del alcalde Terrones, pero ya no era el intrépido Armenteros y los arcabuceros los que tenían preso al arzobispo, sino el arzobispo quien los traía no sólo presos sino anonadados de susto y de vergüenza. Armenteros se mordía los labios y casi se arrepentía de no haber sacado por el pescuezo al orgulloso pastor de la Iglesia.

Los pueblos todos del camino desde México hasta San Juan se habían levantado, como se dice vulgarmente, y en tropel corrían a arrojarse a las plantas del arzobispo implorando su bendición y besando sus manos y el extremo de las ropas, como si fuese un santo mártir. A cada momento era necesario que la comitiva se detuviese y que don Juan Pérez de la Serna persuadiese al pueblo que Armenteros era su amigo y que los arcabuceros no tenían ya más objeto sino tributarle los honores debidos a su clase. De otra suerte habrían todos perecido hechos mil pedazos.

Luego que se supo en la ciudad la proximidad del arzobispo, un concurso inmenso compuesto de las señoras y caballeros principales y de multitud de personas, salió con hachones a esperarlo a la Villa de Guadalupe, donde llegó a las once de la noche. A cosa de las doce llegó a la capital, y todas las ventanas y balcones estaban abiertos e iluminados, las campanas se soltaron con un repique general a vuelo, cohetes y bombas estallaban en los aires, y el populacho estusiasmado y tal vez embriagado, gritaba vivas a la religión, y los clérigos y todos se estrujaban y se lastimaban con tal de llegar lo más cerca posible del arzobispo para recibir su bendición.

Mientras que los marqueses, después de haber hecho esfuerzos por apagar el fuego que comenzaba en las puertas del palacio, corrían en busca de don Juan Pérez de la Serna, y éste lenta y pacíficamente regresaba de la manera que hemos explicado en el párrafo precedente, el tumulto se desarrolló en la ciudad de una manera terrible. El clamor de los heridos que cayeron víctimas de las balas disparadas por el virrey, y la vista de los cadáveres inanimados y sangrientos, despertó en el pueblo un furor hasta entonces desconocido, y los clérigos desarrollaron en ese momento oportuno toda la vasta trama de la conspiración, que no cabe duda habían tejido desde pocos meses después de la llegada del marqués de Gelves.

En menos de dos horas, el populacho, que no tenía más armas que las piedras de la obra de la catedral, reapareció imponente en la plaza, provisto de arcabuces y trabucos, y comenzó una acción entre el marqués subido con sus hombres en la azotea del palacio y el pueblo aglomerado en la plaza, atronando los aires con una vocería infernal, de la que formaban el tiple los infinitos muchachos que tomaron parte en esta refriega.

El gran recurso del marqués era el clarín, con cuyos toques de guerra esperaba el auxilio de algunos piquetes de caballería; pero se secó la garganta del trompetero antes que ninguna fuerza se acercase a dar auxilio al palacio que estaba ya completamente sitiado.

El virrey recurrió entonces al expediente supremo, que fue enarbolar la bandera real, y contra la cual nadie se atrevería, y en efecto, en cuanto vieron ondear en el balcón principal el glorioso y

temible estandarte de Castilla, cesaron las pedradas y el fuego de los arcabuces.

—Bien, muy bien, ¡voto a Dios! —exclamó el marqués luego que vio la actitud respetuosa del pueblo—; no se atreverán a atacar la bandera del rey, y entretanto tendremos la caballería que debe estar cerca, o llegará Armenteros, que con sola su lanza dispersaría a toda esta canalla.

Ya hemos visto que Armenteros venía realmente en el camino como prisionero del arzobispo.

La inacción y el respeto del pueblo no se escapó a un clérigo que dirigía desde los portales el movimiento de las masas que atacaban el palacio, y creyó que todo lo avanzado se perdería.

En un momento, y seguido de varios conjurados de una más alta categoría, entró a la catedral y sacaron a poco una grande escalera que aplicaron al balcón principal. El clérigo tomó en la mano un pequeño crucifijo, y gritando vivas a la religión comenzó con admiración de todos a subir los escalones.

El marqués, que en el acto adivinó el intento, grito con voz terrible:

— ¡Fuego! ¡Fuego al clérigo, que se atreve a asaltar el palacio del rey!

El clérigo no se intimidó y continuó subiendo.

Los arcabuceros del marqués apuntaron al clérigo.

El clérigo siguió subiendo, agarrándose con una mano de los escalones y con la otra presentando cada vez que podía el crucifijo.

— ¡Fuego, soldados! —gritó de nuevo el virrey.

Los soldados no se atrevieron a tirar, y el clérigo subió hasta el balcón y arrancó la bandera de Castilla y descendió con ella cayendo en brazos de la multitud.

El tumulto llegó en ese momento a su apogeo. Grandes partidas de conjurados desembocaron por las calles principales, acaudilladas por frailes o clérigos, que en una mano tenían un arcabuz o una espada y en la otra un crucifijo, y alentaban a la multitud al asalto. Gruesas piedras iban a estrellar con estrépito las vidrieras y puertas de los balcones, y con fuertes vigas tomadas de la obra de la catedral, trataban de romper las puertas del palacio. Los frailes, con una voz de estentor, alentaban a los combatientes y gritaban: *¡Muera el luterano! ¡Muera el hereje, y viva la religión de Jesucristo!*

Los únicos frailes que en nada se mezclaron fueron los de la Merced. Ni suspendieron las ceremonias el día que se fijó la excomunión, ni quisieron acaudillar ninguna de las numerosas partidas de revoltosos; cerraron en el momento del tumulto las puertas del convento, y aguardaron, provistos de algunas armas y con una despensa bien surtida, el resultado de esta ruidosa cuestión.

Las puertas de palacio no cedían a los golpes de las vigas y piedras, y entonces una voz gritó: *¡fuego al palacio!* Y todas las voces repitieron este eco siniestro, y las campanas de las iglesias hasta entonces mudas, comenzaron a tocar a rebato. El más horrible frenesí se apoderó de la multitud, y mil hachas de brea encendidas y chispeantes fueron aplicadas a las puertas, que pocos momentos después crujieron, comenzaron a arrojar columnas de humo y lanzaron por fin una llama rojiza que fue saludada con júbilo por la multitud.

El marqués de Gelves, lejos de acobardarse ni dar muestras de debilidad, echaba rayos por sus ojos.

«¡Miserables cobardes, que no habéis arrojado a balazos a ese infame clérigo! Aquí hemos de morir quemados todos antes de sucumbir, y el primero que dé muestras de ceder, le traspasaré con mi espada.» Los soldados, aterrorizados con el aspecto decidido y terrible de Gelves, comenzaron a

hacer fuego sobre toda la multitud, que asaltaba el palacio sin respetar ni a los frailes ni al crucifijo con que incitaban al exterminio y a la matanza.

El incendio, animado con un viento que comenzó a soplar, progresaba; las puertas abrían ya una boca de fuego y de humo, las campanas no cesaban en sus toques fúnebres, y la plebe rabiosa se echó dando gritos y alaridos por las calles, asaltando, prendiendo fuego y saqueando las casas de los que eran o suponían enemigos del arzobispo.

El marqués, firme y cada vez más resuelto, defendía palmo a palmo el terreno, pues los asaltantes habían penetrado en los patios y rompían y forzaban puertas para llegar adonde estaba el hereje y arrojarle a las llamas.

El clérigo Salazar, que era seguramente el director de toda la conjuración, con un arcabuz hacía fuego, y se le encontraba por todas partes guiando a los incendiarios. El fuego llegaba a la prisión, y los criminales iban a perecer quemados. Salazar, que conocía una puerta que comunicaba con el palacio, corrió a ella, exhortó a los criminales para que se liberaran, y éstos con la desesperación que da el peligro hicieron pedazos la puerta, salieron a los patios de palacio y se dispersaron por todas las habitaciones, rompiendo muebles, robando alhajas y destrozando cuanto encontraban.

El marqués de Gelves, ya sin soldados porque muchos se habían fugado, sin parque construido, con un depósito de pólvora cercano y sobre el cual volaban las chispas, lleno de humo y de polvo, y con el tronco de su espada en la mano, desafiaba impávido al incendio, a los criminales y al arzobispo, y no había medio de arrancarle del puesto del peligro. Probablemente el almirante Cevallos, que le acompañó en esta funesta jornada, le arrancó de aquel sitio donde no había ni triunfo que esperar, ni gloria que recoger, y ambos, embozados, salieron por la puerta excusada, y sin que, como buenos castellanos, les diese un latido más su corazón, atravesaron aquella furiosa y frenética multitud y se dirigieron al convento de San Francisco, donde el virrey permaneció retraído hasta que salió para España.

Manuel Payno

DON JUAN MANUEL

Pues oíd:
Cierta noche apareció
muerto de herida cruel,
don Fernando Pimentel
en la calle. ¿Quién le hirió?

Rodríguez Galván, *El privado del virrey*

Hay en México una calle formada de los más altos y suntuosos edificios, y donde hace años vive gente comerciante, acaudalada y principal. Colocada en lo más poblado, en lo más céntrico de la gran ciudad, es una calle que podríamos llamar aristocrática. Sin embargo, de día tiene un aspecto triste y de noche lúgubre.

Los grandes zaguanes de maderas antiguas y labradas parecen las entradas de unos castillos: en lo alto de las paredes de los edificios se proyectan las sombras y los alternados reflejos de los faroles de una manera singular, y parece que de las cornisas churriguerescas de los balcones se desprenden algunos fantasmas que tan pronto se incrustan y se esconden en los zaguanes, y tan pronto toman formas colosales y se suben a las cornisas de las azoteas y allí se asoman y ríen y muestran unos semblantes deformes y fantásticos a los que pasan.

Así se presentó a mi imaginación una noche oscura, ventosa y fría, la calle de Don Juan Manuel, una noche que se moría un amigo querido y que tuve que correr en busca de un virtuoso clérigo para que le echara la última bendición que el hombre cristiano apetece el día que parte para siempre de la vida.

Esa noche soplaban por intervalos unas ráfagas del viento helado de los volcanes, caían repentinamente algunas gruesas gotas de lluvia, que el aire arrebatava y azotaba contra las vidrieras oscuras de los balcones, no había más que un perro negro, flaco y macilento que roía los restos de un hueso arrojado por algún sirviente; las luces de aceite más bien daban sombras que luz, y la llama rojiza y pequeña temblaba siniestra en la alcuza negruzca de lata. El sereno dormía en la esquina arrebuñado en su capotón azul, y el eco de mis pisadas en las losas de la acera se repercutía en toda la extensión de esa lúgubre a la vez que majestuosa calle, y turbaba el silencio que también se interrumpía de vez en cuando con el graznido de alguna ave nocturna. Llegué en casa del sacerdote, que era un hombre blanco con la venerable aureola de las canas.

En el año de 1636 en que colocamos nuestra narración, la calle de Don Juan Manuel no se hallaba como ahora la encontrarán los viajeros. México estaba ya como quien dice trazado y formado; pero las calles, con pocas excepciones, no estaban completas. Había grandes y buenos edificios junto de otros de un solo piso y de una pobre y defectuosa construcción; otras casas tenían una grande y alta cerca que cubría las huertas o jardines, y en otras, como en la de Celada, que es hoy San Bernardo, y la de que hablamos, había muchos solares intercalados entre las casas y con una cerca de espinos secos, de adobes o madera. El propietario de los solares y casas de ese rumbo era un caballero llamado don Juan Manuel.

Era un personaje por todos capítulos rodeado de misterios y de sombras que no dejaban nunca verle en toda la verdadera realidad. Entraba de noche al palacio del virrey, embozado hasta los ojos

en una larga capa negra, y permanecía varias horas conversando. Nadie le veía salir, y algunos que por curiosidad le observaban al entrar, decían que antes de tocar la puerta excusada de palacio, don Juan Manuel se desembozaba, se persignaba tres veces, sacaba un estoque con puño de plata, le reconocía, examinaba la punta y le volvía a meter en la vaina. Los que alguna vez vieron esto, temían que el virrey amaneciese algún día asesinado en su cama.

Don Juan Manuel era hombre muy caritativo. Se contaba que una vez había ido a verle una viuda pobre que tenía dos niñas doncellas, muy jóvenes y bellas. Don Juan Manuel regaló cinco mil pesos a cada muchacha, y jamás quiso ni conocerlas.

Don Juan Manuel era celoso, y se decía que su esposa era una dama principal y de una rara hermosura; pero nadie la había visto, pues permanecía encerrada en su casa, y salía únicamente a misa a las cinco de la mañana cubierta con un mantón de lana negro. Nadie visitaba la casa, y sólo el confesor entraba de vez en cuando a tomar chocolate después de la misa.

Don Juan Manuel era valiente. Una noche le acometieron seis bandidos con puñales. Él sacó la tizona, se colocó de espaldas contra un zaguán y no dejó acercarse a ninguno de ellos hasta que por la esquina asomó una ronda que observó después los rastros de sangre, pues los cinco [*sic*] agresores habían sido heridos por el bravo caballero.

Don Juan Manuel era hombre no sólo virtuoso sino hasta santo, porque confesaba y comulgaba cada ocho días, se daba disciplina todas las noches en la iglesia más cercana, socorría a muchos pobres, asistía a las festividades de la virgen, y costeaba velas de cera y lámparas que ardían día y noche en los templos.

Todo esto decían de don Juan Manuel, pero en verdad era un hombre misterioso, y se podía asegurar que todos le conocían y ninguno le conocía realmente, porque si se preguntaba por sus señas, unos lo describían de alta estatura, muy derecho y arrogante, de fisonomía pálida y casi cetrina, con espesa barba negra y ojos centellantes pequeños y hundidos; otros, por el contrario, aseguraban que era de estatura regular, de semblante apacible y caritativo, de ojos expresivos y llenos de dulzura, y con sólo un corto bigote. Tampoco estaban todos conformes en cuanto a su traje, añadiendo los mejor informados que vestía siempre de negro, mientras otros le conocían riquísimos ferreruelos; pero los más convenían en que de noche se le encontraba por las calles más sombrías, entrando y saliendo en casas de mala apariencia, y envuelto en una luenga capa.

Estas eran lo que se llaman las hablillas del vulgo, que partiendo de un fondo de verdad, poetiza o trastorna las cosas y las figuras, dándoles el carácter raro, misterioso e indefinido que tanto halaga la imaginación humana, y de esto tienen origen la mayor parte de las leyendas y tradiciones de todos los pueblos.

Pasó y pasó el tiempo, y cada año se añadía alguna particularidad, algún nuevo rasgo al carácter de don Juan Manuel. Repentinamente el caballero se dio enteramente a la devoción, y de la devoción pasó a una melancolía tan negra y tan profunda, que nada podía consolarle. Sus mejillas se hundieron, al derredor de sus ojos apareció un círculo morado, y el color de su semblante blanco y limpio, tornóse en un amarillo opaco y lustroso, que revelaba desde luego que estaba devorado no sólo por una enfermedad moral, sino por terribles padecimientos físicos.

Por algún tiempo don Juan Manuel se encerró en su casa, y no se volvió a hablar de él. Después, en secreto, y con mil reservas, decían las viejas y las beatas: don Juan Manuel ha hecho pacto con el

diablo, y se santiguaban y ponían la cruz al enemigo malo. La verdad era tal vez que don Juan Manuel tenía celos de su mujer, de quien estaba locamente enamorado, y sin poder descubrir ni averiguar de una manera cierta quién era el que le robaba su honra, estaba a punto de volverse loco de rabia y desesperación.

Una noche se encontró el cadáver de un hombre asesinado; pero como había en esa época una falta absoluta de vigilancia y de policía, no había alumbrado en la ciudad, y los bandidos abundaban, se atribuyó a ellos esta desgracia; sin embargo, llamó la atención el que se encontrase en los bolsillos del vestido de la víctima bastante cantidad de monedas.

A los ocho días, otro cadáver tirado en las cercanías de la que hoy se llama calle de Don Juan Manuel; al día siguiente otro, y después periódicamente otros y otros más. La ciudad se llenó de terror porque algunos de los muertos pertenecían a familias conocidas y honradas de la ciudad.

Inmediatamente el vulgo inquirió quién era el autor de estos crímenes. Don Juan Manuel, seducido enteramente por el diablo y habiéndole entregado su alma con tal de que le señalase al amante de su esposa, salía todas las noches de su casa embozado hasta los ojos y con un agudo puñal desnudo en la mano. En el momento que en las cercanías de la casa encontraba a alguno, los celos le cegaban y suponía que era ese alguno de los muchos que trataban de ofender a su honra, y le preguntaba: *¿qué horas son?* Las once, contestaba inocentemente el transeúnte. *Dichoso tú que sabes la hora en que mueres*, respondía don Juan Manuel, y al mismo tiempo le clavaba el puñal en el corazón o en la garganta, y dejándole ya muerto y nadando en su sangre, regresaba a su casa, se oía el estruendo pavoroso de la pesada puerta que se cerraba, y todo quedaba después en las tinieblas y en el silencio. Las horas más críticas eran desde las once hasta las doce de la noche, y nadie, ni aun para pedir los santos óleos, se aventuraba en las calles desde las ocho en adelante, a no ser acompañados de dos o tres alguaciles. Sin embargo, había muchos que porque no creían en tan vulgares consejas o por absoluta necesidad, transitaban por los dominios de don Juan Manuel, y era seguro que esa noche, sabiendo exactamente la hora, morían víctimas del sanguinario furor que el demonio había inspirado a este extraño caballero.

El hecho era que los asesinatos se cometían con frecuencia, que los cadáveres se encontraban al día siguiente con todas sus ropas y prendas, y que aunque en secreto y con reservas se señalaba a don Juan Manuel como el autor de estos crímenes; pero en lo visible no había sino pruebas en contrario. Don Juan Manuel, aunque triste y sombrío como hemos dicho, concurría a la misa, daba sus limosnas y visitaba como de costumbre a su amigo el virrey. Quién había de atreverse a acusar a un hombre acaudalado y respetable, ni qué pruebas podían presentarse; así, todo el mundo callaba y cumplía con encerrarse en su casa desde que se escuchaba el toque de ánimas.

Había en la calle de Don Juan Manuel (probablemente donde hoy se encuentra la magnífica finca del señor Dozal) una casa de pobre apariencia y que era propiedad de una beata que tendría sus cincuenta años. Alguna de las faltas de que es víctima la juventud cuando es demasiado confiada en el otro sexo, hizo que la madre Mariana, que así la llamaban, tomara el hábito de beata y además hiciese la promesa de rezar un número de credos a la Preciosa Sangre, igual al día de cada mes, de modo que nunca se acostaba antes de la media noche, y el día 25, por ejemplo, empleaba más de media hora en rezar los veinticinco credos que le tocaban. En la calle oscura, sin empedrado, muda y completamente sola desde las ocho de la noche, no se veía más que una luz, como la de una sola y

lejana estrella en un cielo nebuloso. Era la luz que salía por un estrecho postigo de la casa de la beata Mariana que encendía una lamparita delante de una imagen de Jesucristo atado en la columna, y no cerraba el postigo sino después de haber acabado de rezar sus credos.

Las más noches oía cerrarse con estruendo una puerta, y este ruido casi a una misma hora le hizo ponerse en observación hasta que se cercioró que era la puerta de la casa que habitaba don Juan Manuel. Otra noche, hacia el fin de un mes en que tenía que rezar muchos credos y había permanecido de rodillas delante de la imagen, escuchó un quejido. Apagó en el acto su lámpara, de puntillas se dirigió al postigo y asomó la cabeza con precaución. Un hombre corrió, y otro detrás de él le alcanzó casi en la misma puerta de la casa de Mariana y le dio cuatro o cinco puñaladas. El hombre gimió dolorosamente y cayó a poca distancia. El asesino se alejó de allí, y a poco, en vez del estruendo de costumbre, la beata oyó que se abría suavemente una puerta y que un hombre embozado entraba en ella. Era la casa de don Juan Manuel, y no podía ser otro sino el mismo don Juan Manuel.

Mariana se acostó llena de terror, y al día siguiente, ya que habían levantado el cadáver, fue a referir al confesor lo que había pasado y le dio parte también de las vehementes sospechas que tenía. El confesor obtuvo una audiencia del virrey y le contó el suceso, pero el virrey se rió, dijo al padre que todas eran consejas del vulgo y que no había qué hablar ni qué hacer caso de todo ello. Mariana había, sin embargo, referido algo a las beatas, y desde este suceso el terror se aumentó y las apariciones fueron ya más terribles.

Se refería que de los muchos escombros y andamios de la obra de la catedral salía todos los viernes a las doce de la noche una procesión de monjes con unos largos sayales y unos capuchones negros que les cubrían la cara. Que las caras de esos monjes eran unas calaveras a medio descarnar, pues eran nada menos que todas las víctimas de don Juan Manuel que se levantaban de sus sepulcros. Esos cadáveres revestidos del hábito de los frailes, se dirigían en procesión por el cementerio de catedral con unos gruesos cirios en la mano y cantando con una voz que parece salía del sepulcro, el oficio de difuntos. Llevaban cargando un ataúd vacío, llegaban a la calle de Don Juan Manuel y volvían con el ataúd, ya con un hombre atado de pies y manos. En el atrio de la catedral había una horca, elevaban en ella del pescuezo al hombre, apagaban los cirios y cantaban el *miserere*. Cada semana se repetía esto, y los que por casualidad habían visto esta terrible procesión, regresaban a su casa con fiebre y morían a pocos días.

Así oí referir el cuento de don Juan Manuel, en la edad de las ilusiones y del mundo ideal de fantasmas, de espectros y de apariciones. Al calor del fogón de la cocina oímos cosas siempre maravillosas y nuevas, y nos dormimos en el seno maternal, o soñando en los príncipes generosos y las magas lindas y benéficas, o estremeciéndonos con los espectros y las sombras de los avaros y de los malvados que brotan del sepulcro para ejemplo y enseñanza de los mortales.

El hecho cierto fue que don Juan Manuel amaneció repentinamente ahorcado, y que el pueblo tenía razón, porque en el fondo había una historia terrible y verdadera.

Pasaron muchos años antes de que se supiera lo que había de verdad en todo lo que no parecía más que un cuento, hasta que don José Gómez de la Cortina, literato distinguido y además curioso indagador de todas nuestras antiguas crónicas, publicó un escrito con el título de la *Calle de Don Juan Manuel*, en cuya primera parte refiere la leyenda popular tal como se la contó su barbero, y que

difiere en algunos puntos de la que acaba de leerse. En cuanto a la parte exactamente histórica, no habiendo encontrado ningún otro dato ni documento nuevo, copio la que escribió el finado conde de la Cortina. Dice así:

Por los años de 1623 a 1630 vivía en México un caballero español muy principal, natural de Burgos, llamado don Juan Manuel de Solórzano, que había venido a esta América con la comitiva que trajo consigo el virrey don Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar, y ya disfrutaba de grandes bienes de fortuna y consideración, cuando tomó posesión del virreinato de Nueva España don Lope Díaz de Armendáriz, marqués de Cadereita. La privanza que logró don Juan Manuel con este personaje fue tanta que se le hicieron cargos de ella al virrey en la corte de España, y no contribuyó poco a la ruidosa desgracia con que fueron recompensados sus servicios. Hacia 1636 contrajo matrimonio don Juan Manuel con doña Mariana Laguna, hija única de un rico minero de Zacatecas, cuya dote aumentó considerablemente las riquezas de su esposo, y ambos consortes pasaron a habitar una casa contigua al palacio del virrey. Esta proximidad de habitaciones parece que estrechó mucho más las relaciones amistosas que existían entre el marqués y don Juan Manuel, llegando a tal grado que pasaban juntos la mayor parte del día, aunque no sin graves murmuraciones del público que no estaba acostumbrado a ver a los virreyes visitar las casas de los particulares. Aumentóse el desafecto hacia el virrey cuando se supo que daba a don Juan Manuel la administración general de todos los ramos de real hacienda, y por consiguiente la intervención de las flotas que venían de la Península; y como en estos ramos siempre había tenido gran parte la audiencia, pronto empezaron las quejas y representaciones al rey, pintando al marqués con los colores más odiosos, y amenazando con una revolución más violenta que la que pocos años antes había angustiado a la Nueva España en tiempo del marqués de Gelves. Los resortes que el virrey puso en movimiento debieron de ser muy poderosos, puesto que inutilizaron los efectos de las cuantiosas sumas de dinero que envió a Madrid la audiencia, y consiguieron que Felipe IV aprobase la conducta del virrey y confirmase a don Juan Manuel en el goce de sus nuevas concesiones. Por este tiempo llegó a México la noticia de las victorias obtenidas en Francia por el ejército español a las órdenes del príncipe de Saboya, que penetró hasta la ciudad de Pontoise y puso en la mayor consternación a la capital de aquel reino. En el mismo buque que trajo estas nuevas, plausibles entonces para los habitantes de México, llegó a Veracruz una señora española llamada doña Ana Porcel de Velasco, viuda de un oficial superior de marina, de muy ilustre nacimiento y de singular hermosura, a quien un encadenamiento de desgracias había puesto en la necesidad de venir a implorar el amparo del virrey, que en tiempos más felices para ella la había distinguido en la corte, y aún le había dedicado algunos obsequios amorosos. Luego que el marqués supo la llegada de esa señora, manifestó a don Juan Manuel el placer que tendría en alojarla en México de un modo correspondiente a su clase, y al punto don Juan, deseando corresponder a esta confianza, ofreció sus servicios al virrey, y no solamente le cedió la casa que entonces habitaba, sino que costeó con espléndida profusión todos los gastos que hizo doña Ana en su viaje desde Veracruz hasta la capital. Ignóranse los acontecimientos que mediaron desde esta época hasta que se supieron en México las noticias del levantamiento de Cataluña; pero según se ve, sirvió este suceso de pretexto a las autoridades de México para ejercer terribles venganzas. La audiencia, que desde la revolución del marqués de Gelves había permanecido contraria a los virreyes, no fue la que menos se aprovechó de esta circunstancia, y a fuerza de buscar

la ocasión de humillar al virrey y de perjudicar a don Juan Manuel, debió de hallarla, puesto que a fines del año 1640 permanecía éste preso en la cárcel pública, en virtud de mandamiento del alcalde del crimen don Francisco Vélez de Pereira. Don Juan Manuel sufría tranquilamente su prisión, esperando un cambio de fortuna, cuando supo que el mismo alcalde visitaba a su esposa con más frecuencia de la que exigía la urbanidad o el deseo de ser útil. Hallábase igualmente preso en la cárcel, y por el mismo motivo un caballero muy rico llamado don Prudencio de Armendia, que había sido traído a México desde Orizaba, en donde poseía inmensos bienes, y en donde el rigor de que había usado al desempeñar varios cargos públicos le había proporcionado la enemistad y el odio de todos los que aspiraban a vivir sin freno y a costa de las turbulencias públicas. Este sujeto, que era corresponsal de don Juan Manuel, y de quien se había valido este último para arreglar el viaje de doña Ana Porcel de Velasco, halló el modo de facilitar a su amigo el medio de salir de la cárcel y de poder examinar por sí mismo la conducta de su mujer. Don Juan Manuel salió varias noches, y en una de ellas dio muerte al alcalde don Francisco Vélez de Pereira, casi en los brazos de la adúltera esposa. Fácilmente pueden inferirse las consecuencias que debió tener este acontecimiento. El virrey dobló sus esfuerzos por salvar a don Juan Manuel; la audiencia por su parte no se atrevía a manifestar al público los pormenores del delito, y ya empezaba a creerse que don Juan Manuel saldría victorioso, cuando repentinamente amaneció su cadáver suspendido en la horca pública, un día del mes de octubre de 1641: suceso digno de la sombría y misteriosa política de aquellos tiempos... La calle en que acaeció la muerte del alcalde es la misma que hoy se llama de *Don Juan Manuel*, tanto por vivir éste en ella, como por haber construido la mayor parte de las casas que la formaban; así es que entonces tenía el nombre de *Calle Nueva*, y era una de las extremidades de la ciudad, pues concluía el caserío de aquel lado poco más allá del hospital de Jesús.

— ¡Qué reflexiones me inspira todo lo que acaba usted de referirme! —dijo mi amigo lanzando un suspiro de aquellos que acostumbra.

—Pues aún hay más —le contesté—. Creo que la conducta de la mujer de don Juan Manuel era en cierto modo disculpable, porque, a lo que parece, su debilidad fue el precio que puso el alcalde a la libertad de don Juan...

—Lo creo así, y vea usted la razón por que no se atrevieron los oidores a quitarle la vida públicamente... Y luego era preciso inventar lo del diablo, y lo de la horca, y hacérselo tragar al pobre pueblo... ¡Ah qué tiempos!

—Yo le aseguro a usted que desde hoy no vuelvo a entrar en mi casa sin acordarme de don Juan Manuel, y dar mil gracias a mi barbero.

Pues yo desde hoy miraré esa calle con toda la veneración que se debe a un monumento que nos recuerda los progresos de la ilustración del siglo en que hemos nacido.

Manuel Payno

EL TAPADO

I

El mes de mayo de 1683 fue de una gran agitación en México. La capital de la colonia, de ordinario tan tranquila y pacífica, había cambiado repentinamente de situación, y a la monótona quietud de otros días había sucedido una especie de movimiento febril, una animación extraordinaria, y una conmoción verdadera en todas las clases de la sociedad.

Era que los piratas habían desembarcado en la nueva Veracruz, y los piratas eran enemigos terribles para las colonias españolas.

Casi a mediados del siglo XVII se turbó repentinamente la tranquila posesión que tenían los españoles en las islas del mar de las Antillas, y en las costas de la tierra firme; el comercio se interrumpió, y las flotas que de la América salían para Europa cargadas de tesoros o ricas mercancías, necesitaban ir custodiadas por navíos de guerra, so pena de caer en manos de los piratas, y aun esta prevención fue inútil algunas veces, porque los piratas atacaron y vencieron a los almirantes españoles, como habían vencido a los gobernadores de las ciudades y de las fortalezas.

El mar de las Antillas, el seno mexicano y el golfo de Darien estaban constantemente cruzados por piratas, cuyas hazañas eran el asombro de los marinos del rey de España, y el dominio de aquellos mares perteneció sucesivamente a Mansveld, a Juan Morgan, a Lelonois, a Juan Darien, a Lorencillo, a Juan Chaquez, a Nicolás de Agramont, hombres todos de un valor, una audacia y una sagacidad sin ejemplo.

Los piratas no se contentaban con apresar los buques mercantes, atacaban a los de guerra, y hacían desembarcos con el objeto de saquear ciudades de importancia.

Casi siempre salieron triunfantes en sus empresas, y se hicieron sucesivamente dueños de Puerto Príncipe, de Maracaibo, de Porto Bello, de Veracruz, de Tampico y de otras ciudades de las islas y tierra firme.

Por esto se conmovió la población de México cuando el viernes 21 de mayo de 1683, a las tres de la tarde, se publicó un bando en el que prevenía el virrey que en el término de dos horas se presentaran a tomar las armas todos los hombres que tuvieran desde quince hasta sesenta años de edad.

Las noticias de Veracruz no podían ser más alarmantes; los piratas, acaudillados, según se decía, por Juan Chaquez y por el famoso mulato Lorencillo, habían desembarcado en número de ocho mil hombres, y se temía como seguro que se internasen en la tierra.

El virrey y la audiencia desplegaron entonces tanta energía y actividad, que al día siguiente, es decir, el sábado 22, estaban ya formadas las compañías de infantería y caballería, y salían para Veracruz con gente armada los oidores don Frutos Delgado y don Martín de Solís.

II

Sin embargo, en medio de la terrible alarma que produjeron en la ciudad estas nuevas, corría una noticia entre el pueblo, que no dejaba de ser de grande interés, sobre todo para el virrey y para la

audiencia.

Esta noticia era que poco antes de la llegada de los piratas a Veracruz había desembarcado allí don Antonio de Benavides, marqués de San Vicente, mariscal de campo, castellano de Acapulco, etc., nombrado visitador del reino por su majestad.

El marqués de San Vicente se puso en marcha inmediatamente para México, y como en los pueblos de su tránsito eran conocidos sus títulos y su investidura de visitador, a porfía y en todas partes se le asistía y obsequiaba espléndidamente.

La colonia, a pesar de su aparente sumisión y fidelidad, aborrecía a sus opresores, y siempre los *criollos*, como llamaban los españoles a los mexicanos, veían con una especie de placer la aparición de un visitador que venía a residenciar a los señores que en nombre del rey mandaban en la Nueva España.

Los oidores y los virreyes recibían por su parte la noticia de la llegada de un visitador como el anuncio de una calamidad, y mal disimulaban en los festejos de su recepción la ira y el despecho que ardía en sus corazones.

La venida, pues, de don Antonio de Benavides causó grandísima impresión, y más de dos corazones latieron de placer y más de un rostro palideció.

El vulgo comentó a su modo, lo mismo que los oidores murmuraron a sus solas; aquél se preparó a divertirse con la lucha que iban a emprender sus amos, y éstos se dispusieron a combatir y a poner en juego sus intrigas.

Entretanto, seguía armándose en México gente para salir en busca de los piratas a la Veracruz.

Había ya batallones de españoles, de criollos, de negros y de mulatos; los soldados se habían filiado por *castas* como se acostumbraba en aquella época, y se habían nombrado capitanes.

El conde de Santiago fue electo *maestre* de campo de aquel improvisado ejército.

Después de los oidores Delgado y Solís, el *maestre* de campo salió de la ciudad llevando más de dos mil hombres y cuatro carros de equipaje, y por capitanes de sus compañías a Miguel de Vera, al mariscal de Castilla don Teobaldo de Gorraes, al tesorero de la casa de moneda don Francisco de Medina Picazo, a Domingo de Cantabrana, a Juan de Dios y a Domingo de Larrea.

Pero estas tropas iban con demasiada lentitud para la actividad de los piratas, y apenas se habían alejado dos o tres jornadas de México cuando ya había llegado a la capital la noticia del saqueo de Veracruz y de la retirada de Lorencillo.

III

Casi al mismo tiempo que se supo en México la retirada de los piratas, se esparció la noticia de que por orden de la audiencia había sido preso en Puebla el visitador don Antonio de Benavides.

Qué causas habían movido a la audiencia para dar este paso, todo el mundo lo ignoraba, y a todos causaba esto un verdadero asombro.

La prisión de un visitador era en aquellos tiempos un atentado tan grande, un hecho tan escandaloso y de tan grave trascendencia, que se consideraba como ahora entre nosotros puede considerarse un golpe de Estado.

El visitador, investido con las facultades del soberano, representando su persona, era sagrado,

inviolable, y poner mano en él, equivalía a un sacrilegio, casi era un delito de lesa majestad.

El público comentaba así la prisión de don Antonio de Benavides, y había quienes muy por lo bajo murmuraban que el virrey y la audiencia pretendían alzarse con el reino, y lo que era natural, unos se ponían del lado de Benavides y otros ensalzaban las disposiciones del virrey.

Ni unos ni otros tenían en qué fundarse; pero como en toda división política, más parte tenían los afectos que las razones.

La efervescencia pública llegó a su colmo el viernes 4 de junio, porque desde el mediodía se supo que en aquella noche debía «entrar don Antonio de Benavides a México».

Tanto se había hablado de Benavides, tan misteriosa había sido su conducta, y tan impenetrables la misión que traía y la causa de su prisión, que la gente comenzó a llamarle *el Tapado*, y este sobrenombre se popularizó tanto y con tanta rapidez, que la noche del día 4 de junio multitud de curiosos se dirigían a las calles del Reloj, y entre todos ellos no se oía hablar de otra cosa que del Tapado que debía de llegar en aquella misma noche.

Mucho se hizo esperar aquella entrada para la multitud que impaciente aguardaba desde las oraciones de la noche, y sin embargo, nadie se retiraba, y por el contrario más y más personas iban llegando allí atraídas por la curiosidad; tanto interés causaba aquel personaje.

Por fin, después de las nueve de la noche, como eléctricamente, circuló esta voz:

—Ahí viene.

Las gentes se apiñaban, los de la primera línea luchaban por no perder el puesto, los de atrás intentaban pasar adelante, todos abrían desmesuradamente los ojos, todos alargaban el cuello, todos se ponían sobre la punta de los pies.

Diligencias inútiles; nadie, a pesar de la claridad de la luna pudo ver otra cosa que un hombre embozado en una gran capa negra, que caminaba montado en una mula y en medio de un grupo de alguaciles a caballo.

Ese hombre era el Tapado.

IV

Don Antonio de Benavides fue encerrado en un calabozo, y el día 10 de junio le tomaron su primera declaración y se le consignó a la sala del crimen para que le juzgase.

En vano se procuró obtener de él una contestación que diese alguna luz sobre sus antecedentes, sobre su misión, sobre el objeto que le traía a la Nueva España; los esfuerzos de los oidores se estrellaron contra la fría reserva de aquel extraño y misterioso personaje, a quien no arredraban ni los tormentos ni la muerte, y a quien no ablandaban promesas ni ofrecimientos.

Con una serenidad increíble, con una sangre fría que espantaba a sus mismos jueces, Benavides contestaba a las preguntas, ya con una sátira, ya con una sonrisa de desprecio, ya con palabras duras que demostraban que aquel hombre tenía una energía salvaje y una voluntad indomable.

Entonces los oidores desesperaron y el virrey tomó cartas en el asunto, y creyó ser más feliz en sus tentativas que la audiencia.

Gobernaba entonces en México el excelentísimo señor don Tomás Antonio Manríquez de la Cerda, marqués de la Laguna y conde de Paredes, vigesimooctavo virrey, y que había tomado posesión

del gobierno en 30 de noviembre de 1680, y a su prudencia y sabiduría confiaron los oidores el desempeño de una empresa en la que ellos habían comenzado con tan poco éxito.

El viernes 11 de junio el virrey bajó al calabozo de Benavides y se encerró con él.

Los pajes de su excelencia y los caballeros que le acompañaban quedaron en la puerta esperando el resultado de aquella conversación.

La curiosidad de todos aquellos hombres era terrible, y hacíanse allí comentarios a cual más absurdos, y se cruzaban apuestas acerca del éxito que tendría la visita del virrey al Tapado, y se acaloraban las disputas, y los ánimos se exaltaban fácilmente en la discusión, pero nada de cierto podía decirse.

Entretanto, la conferencia se prolongaba, y los de afuera con el pretexto de cuidar del virrey comenzaron a tomarse algunas libertades que ninguno desaprobaba, deseando, como todos estaban, saber algo.

El más audaz se acercó cautelosamente a la puerta caminando sobre la punta de los pies, quitóse el sombrero, apoyó sus manos sobre sus rodillas, inclinóse hacia adelante y aplicó el oído a la cerradura, teniendo en sus ojos esa mirada fija y perdida del hombre que reconcentra toda su atención para escuchar mejor.

Los demás guardaban el más profundo silencio mirando ávidamente el rostro del que escuchaba y procurando adivinar por los movimientos de su rostro sus sensaciones para inferir de allí lo que estaba oyendo.

Pero aquel hombre permaneció inmóvil por largo rato, y al fin se separó de la puerta con el rostro sereno.

—¿Qué hay? —preguntáronle todos en voz baja y casi simultáneamente.

—Nada —contestó moviendo la cabeza con cierta especie de disgusto— nada, murmullos incomprensibles... el aire que zumba...

De buena gana muchos habrían abierto la puerta con cualquier pretexto y entrado al calabozo, pero el respeto que tenían al virrey no se los permitía.

Por fin, después de cuatro horas aquella puerta se abrió, y el marqués de la Laguna, pálido y sombrío, salió del calabozo del Tapado.

Aquella conversación debía haberle afectado profundamente, porque sin hablar una sola palabra a los que le esperaban, con el entrecejo tenazmente fruncido y con la frente húmeda de sudor, tomó el camino de sus habitaciones, atravesando la cárcel y los corredores de palacio sin contestar a los ceremoniosos saludos que le dirigían los que a su paso le encontraban.

La curiosidad de sus acompañantes creció con la misteriosa conducta del virrey.

¿Qué había pasado en aquella conferencia? ¿Qué pudo decir el preso al poderoso marqués de la Laguna, que tendió sobre su frente aquella nube sombría?

Dios, el virrey y el Tapado lo supieron no más, y aquel fue siempre uno de los impenetrables misterios en esta causa.

El virrey se encerró en su estancia, y nadie le pudo hablar hasta el siguiente día.

La audiencia volvió a encargarse del Tapado.

En aquellos tiempos desgraciados la confesión se arrancaba a los acusados por medio del tormento, y como los oidores nada habían podido saber de Benavides, determinaron darle tormento.

El Tapado no era un hombre a quien arredaban el potro ni la garrucha; pero seguramente tenía la convicción de que la muerte era preferible al tormento, y pensó en el suicidio.

Una mañana el carcelero entró al calabozo del Tapado y se encontró con que, contra su costumbre, el preso estaba aún en su cama.

El carcelero creyó al principio que se habría dormido; acercóse a él y oyó que su respiración fatigosa era más bien el estertor de un agonizante.

¡Este hombre está enfermo! —exclamó acercándose más y mirándole el rostro.

¡Se ahoga! —dijo espantado mirando que el Tapado tenía el rostro cárdeno y que sus ojos parecían querer saltarse de las órbitas.

El asustado carcelero apartó violentamente la ropa de la rama que cubría el pecho de Benavides, y lanzó un grito.

¡Se está ahorcando este mal cristiano; Dios se lo perdone!

En efecto, Benavides había hecho un dogal con un pañuelo, y tiraba de ambas puntas desesperadamente.

El carcelero se arrojó sobre él, le quitó el pañuelo de las manos y luego se lo arrancó del cuello.

Ya era tiempo; un minuto más y don Antonio hubiera dejado de existir.

Llegaron entonces otros dependientes de la prisión, atraídos por los gritos, y comenzaron a auxiliar al Tapado hasta hacerle volver en sí.

— ¡Bravo susto nos habéis dado! —le dijo el carcelero— por poco os matáis; tened entendido que me debéis la vida.

—Dios te lo perdone —contestó el Tapado—, bien cruel ha sido tu caridad.

Y después de esto volvió a su tenaz silencio.

La noticia del suceso llegó a la audiencia, y los oidores, temerosos de que otra vez fuese más afortunado en su tentativa, determinaron practicar cuanto antes la diligencia del tormento.

¿Para qué describir lo que pasó en aquella bárbara ejecución? Los tormentos de la justicia ordinaria eran los mismos que usaba el santo Tribunal de la Inquisición, y sobre poco más o menos igual el modo de aplicarlos, y semejantes las fórmulas del interrogatorio y de las moniciones.

Los lectores de *El libro rojo* conocen ya demasiado estas bárbaras prácticas, que por fortuna de la humanidad han pasado ya para siempre.

Benavides sufría el tormento con una energía y presencia de ánimo que no se desmentía ni por un solo instante, y nada supieron los oidores de nuevo, y el dolor no arrancó al Tapado la confesión más insignificante.

Y sin embargo, espantoso debió haber sido el sufrimiento de aquel hombre, porque si la fortaleza de su alma venció al dolor, su cuerpo no pudo resistir tan duro tratamiento: nada confesó; pero al día siguiente todo México sabía que iban a sacramentar al Tapado que estaba moribundo a consecuencia del martirio que le habían hecho sufrir los señores de la sala del crimen.

El virrey nada decía de todo esto, parecía haberse olvidado completamente de don Antonio de Benavides, y se ocupaba sólo de los festejos que debían hacerse con motivo del bautismo de un hijo suyo que había nacido cinco o seis días antes del en que dieron tormento al Tapado.

VI

«Miércoles 14 de julio de 1683», dice el licenciado don Antonio de Robles en su diario, de donde hemos tomado estos datos,

día de San Buenaventura fue el bautismo del hijo del virrey, a las once y media; lleváronle en silla de manos la aya: bautizóle el señor arzobispo en la pila de San Felipe de Jesús; pusieronle José María Francisco *omnium Sanctorum*, asistió la real audiencia en la catedral, en la nave del altar del perdón, y todas las religiones; marcharon todas las compañías e hicieron salvas generales; túvole de padrino fray Juan de la Concepción, donado de San Francisco que su excelencia trajo de España; acabóse la función a la una; en la marcha anduvo el conde de Santiago, de *maestre* de campo, a caballo.

En la noche se quemaron delante de palacio doce invenciones de fuego grandes; hubo mucho concurso.

Cenaron en palacio esta noche los tribunales de audiencia.

Aquel día, pues, era todo de fiestas y de regocijo en la corte riel virrey, el palacio estaba iluminado profusamente, damas y caballeros atravesaban los corredores y se reunían en las estancias, o se asomaban a los balcones para divertirse con los fuegos, las ricas carrozas cruzaban la plaza mayor en todas direcciones, y una muchedumbre alegre y bulliciosa se apiñaba delante de la habitación del virrey escuchando las músicas de las serenatas y confundiendo sus gritos con el estallido de los petardos.

Y en aquellos mismos momentos, en el edificio del palacio, en uno de los más oscuros y tristes calabozos de la cárcel de corte, un humilde sacerdote, acompañado nada más de algunos devotos, administraba el sacramento de la extrema unción al misterioso marqués de San Vicente, al visitador don Antonio de Benavides.

El sacerdote murmuraba devotamente sus fervorosas oraciones en aquel apartado calabozo, en medio de un silencio que no interrumpían allí más que los débiles gemidos del moribundo y el chasquido triste de las hachas de cera con que alumbraban los asistentes, pero que formaba un pavoroso contraste con los perdidos ecos de las músicas y de los gritos de la multitud que gozaba.

Don Antonio de Benavides recibió los últimos sacramentos y dio al cura mil pesos de manípulo, que el cura se negó a aceptar, y que el virrey mandó después que se aplicaran a la compra de un palio para el Santísimo.

La historia del Tapado ofrece a cada momento incidentes que sólo sirven para aumentar más y más el misterio que envuelve siempre a este célebre personaje, y que nos inducen a formar mil conjeturas.

En efecto, ¿qué puede pensarse de un hombre sobre quien la justicia había ejercido tan rudamente su poder, que estaba moribundo a consecuencia del tormento, olvidado en un calabozo, en una ciudad y en un reino al que llegaba por la primera vez, y que hacía tan fácilmente un regalo de esa clase a la Iglesia, sin tener bienes conocidos de ninguna clase, ni relaciones aparentes con ninguna persona de la colonia?

Dar, no mil sino cincuenta o cien mil pesos a la Iglesia, era una cosa usada y muy sencilla para cualquiera de los ricos colonos de la Nueva España; pero el preso, infeliz y desvalido, regalando mil, esto es una cosa en verdad llena de misterio.

VII

Un año se pasó y en México se olvidaron casi de Benavides, que restablecido de su peligrosa enfermedad seguía siendo juzgado por la audiencia.

Pero el lunes 10 de julio de 1684 se supo que el Tapado había sido condenado a muerte, y que había sido puesto ya en capilla, y como una ejecución de justicia era en aquellos tiempos un espectáculo público muy concurrido, todos comenzaron a disponerse para asistir a ésta que, según las leyes y la práctica, debía verificarse tres días después, es decir, el miércoles 14.

En efecto así aconteció; Benavides pasó en la capilla esos tres días de agonía, que son el más terrible de los castigos y durante ellos hizo llamar a Castillo, el secretario del virrey, para hacerle una revelación: ¿qué le dijo? Jamás se supo.

Amaneció por fin el día 14; la Plaza de Armas y las calles cercanas se llenaron de curiosos, las gentes coronaron las azoteas, y el sol puro y brillante en medio de un cielo limpio y sereno alumbró con sus ardientes rayos una muchedumbre ansiosa de contemplar el suplicio de un hombre que ningún mal le había hecho y a quien sólo de nombre conocía.

Don Antonio de Benavides, con el pecho cubierto de escapularios, sin sombrero, vestido de negro y caballero en una mula, salió de la cárcel rodeado de soldados, llevando a su lado dos sacerdotes que le animaban a morir cristianamente.

La fúnebre comitiva hizo aquella especie de paseo que se acostumbraba hacer con los reos, y en cada esquina el pregonero con voz atronadora publicaba el nombre del ajusticiado, su crimen y la pena que iba a sufrir.

Así llegaron hasta la horca que estaba en el centro de la plaza. Benavides fue bajado de la mula, el verdugo pasó el dogal alrededor de su cuello, los sacerdotes redoblaron sus fervorosas oraciones. «¡Jesús te acompañe!» murmuró la multitud, y... don Antonio de Benavides, marqués de San Vicente, visitador, mariscal de campo y castellano de Acapulco, no era ya más que un cadáver que se mecía en la horca.

Después de esto, los sacerdotes se retiraron y los verdugos descolgaron el cadáver, y conforme a la sentencia le cortaron las manos y la cabeza: una mano se clavó en la horca, y la otra y la cabeza fueron enviadas a Puebla.

En estos momentos, cuando en la plaza resonaban los martillazos del verdugo que enclavaba en la horca la mano, el sol que había ido palideciendo se eclipsó totalmente, la muchedumbre, impresionada con el espectáculo, sintió un terror supersticioso al ver que el sol se oscurecía, y huyó despavorida en todas direcciones.

Un momento después la gran plaza estaba desierta.

El más impenetrable misterio vela toda esta historia. ¿Quién era el Tapado? ¿A qué vino a México? ¿Qué habló con el virrey? Nadie lo supo. Quizá algún día el casual encuentro de algún ignorado expediente, en México o en España, arroje la luz sobre este, hasta hoy, sombrío episodio de nuestra historia colonial.

Vicente Riva Palacio

LA FAMILIA DONGO

Al conde Gálvez imitas,
pues entiéndelo al revés
Que el conde libertó a tres,
y tú a tres a la horca citas.
Pasquín del año de 1789

Por renuncia de don Manuel Flores fue nombrado virrey de México don Juan Vicente Güemes Horcacitas y Aguayo, conde de Revillagigedo, segundo de este título, y muy conocido y popular hasta hoy entre los mexicanos, por las muchas y enérgicas medidas que tomó para el arreglo de la administración de la colonia, y por los excelentes reglamentos de policía que puso en planta, que subsisten actualmente, y que forman la base de las ordenanzas y de las disposiciones municipales.

Llegó este célebre gobernante a México el 8 de octubre de 1789, a poco se presentó un suceso en que acreditó su actividad y su energía.

Vivía en la casa número 13 de la calle de Cordobanes un rico español, comerciante y propietario, llamado don Joaquín Dongo. El día 24 a las siete y tres cuartos de la mañana se dio parte por el alcalde don Agustín Emparan de que la casa se hallaba abierta y tirado en el patio y nadando en su sangre el propietario de ella. Del reconocimiento judicial que se hizo resultó que once personas que componían la familia y criados, habían sido asesinadas de la manera más cruel y más violenta, pues todos tenían numerosas heridas y los cráneos hechos pedazos, y que faltaban veintidós mil pesos que habían sido robados de las cajas.

El conde de Revillagigedo no durmió desde el momento que tuvo noticia del crimen cometido, y dictó toda clase de providencias, aun las que menos se pensaba que podrían dar un resultado satisfactorio. Un relojero de la calle de San Francisco observó en la calle de Santa Clara que de dos personas decentes que platicaban, una de ellas tenía una gota de sangre en la cinta del pelo; porque es menester recordar que entonces los hombres tenían un peinado con trenzas entretreídas con cinta. Don Felipe Aldama, que era el que tenía la mancha, fue reducido a prisión, y poco después dos de sus amigos íntimos, don José Joaquín Blanco y don Baltasar Quintero. Los tres eran personas decentes y aun nobles, como en esos tiempos se decía. El 7 de noviembre, Blanco, Aldama y Quintero fueron ahorcados en un tablado tapizado de balleta negra, que se colocó entre la puerta principal del palacio y la cárcel de corte. Los machetes y varas de la justicia de que usaron para cometer el crimen, fueron quebradas por la mano del verdugo.

En un documento que se publicó consta la narración de este horrible crimen; y como no podríamos añadirle ni quitarle nada sin alterar la verdad histórica, le copiamos a continuación:

Entre cuantos ejemplares de excesos y delitos ha manifestado la experiencia desde la creación y fundación de esta imperial corte mexicana, no se ha experimentado otro más atroz, más alevoso ni más desproporcionado, así por sus cualidades y circunstancias, como por las extraordinarias disposiciones de la ejecución, que el que sucedió la noche del día 23 de octubre de 1789, en esta ciudad, en la calle de los Cordobanes, en la casa de uno de los republicanos de mejor nota, vecino honrado de este comercio, prior que fue del real tribunal del consulado, don Joaquín Dongo, por tres personas europeas, de noble y distinguido nacimiento, quienes en un proviso fueron la destrucción

suya, y de toda su familia, sin reserva, limitación ni excepción alguna, robándoles su vida y hacienda con la mayor inhumanidad.

Es el caso, que el día subsecuente sábado 24, como a las seis de la mañana, vio un dragón cerca de su cuartel en el barrio de Tenexpa, un coche solo, sin quien lo dirigiese y cuidase; con el que daba cuenta a su jefe, le ordenó éste solicitase a su amo, y no faltando prontamente quien lo conociese, asegurando ser de Dongo, ni quien por granjear alguna dádiva o gratificación le pasase noticia, fue un cochero cerca de las ocho a participárselo a Dongo; pero encontrando la puerta cerrada pasó a la de la cochera, y empujándola se le puso a la primera vista el horrendo espectáculo de Dongo y sus criados cocidos a puñaladas, sembrados todos por el patio, con lo que retirado inmediatamente llevó por gratificación aquel asombroso encuentro, que al instante comunicó al alcalde de barrio de aquel recinto, don Ramón Lascano, quien instruido de ello, pasó a participarlo al señor don Agustín de Emparan, del consejo su majestad, alcalde de corte de esta real audiencia, juez de provincia y del cuartel mayor número 4, comprensivo a dicha casa, quien con su notorio celo y eficacia, pasó inmediatamente, y por ante don Rafael Lucero, secretario del oficio de cámara más antiguo de esta real sala, procedieron respectivamente al más prolijo reconocimiento de los cadáveres, a la fe de aquellas atroces heridas, y a la más exacta observación de cuantos indicios, fragmentos y resquicios podía ofrecer la contingencia para inferir luces al descubrimiento de los agresores.

Entrados en la casa por la cochera, se encontró a primera vista bajo la escalera del almacén un xacastle de varias vituallas y trastos de camino, que según se informó era del indio correo, de la hacienda de doña Rosa, propia del difunto, que había de haber salido aquella mañana; a corta distancia un candelero de plata; a la derecha se reconoció el zaguán, y la puerta principal que se hallaba cerrada con llave, y en el suelo unos cordeles delgados del mismo con que parecía estar atados los porteros. Más adelante, en la misma derecha, como a distancia de dos varas de la escalera principal estaba don Joaquín Dongo, tirado en el suelo, envuelto en su capa y sombrero, con varias y atroces heridas, así en la cabeza como en el pecho y manos, y de una de las cuales tenía separados dos dedos enteramente; la del pecho penetrante hasta la espalda, y la cabeza abierta de medio en medio, sin hebillas, charreteras y reloj. A sus pies el lacayo, reclinado a la derecha, con fuertísimas heridas en la cabeza: dividido el cráneo. En la covacha que está bajo de dicha escalera, se vio en medio de ella tirado boca abajo, atadas las manos por detrás, al portero jubilado, que le llamaban el Inválido, revolcado en su sangre, con la cabeza igualmente destrozada. En la puerta de la bodega el cochero con iguales heridas. En el cuarto del portero actual, se halló dentro al indio correo, tirado en la misma forma, con la oreja derecha separada, y destrozada la cabeza. A los pies de éste el portero actual, con las manos atadas por detrás, con igual número y clase de heridas.

Reconocido el segundo patio, sus cuartos y caballerizas, y demás piezas interiores, no se encontró novedad digna de reparo.

Pasado a reconocer el entresuelo, se encontró en la primera pieza un baúl descerrajado o abierto, del que faltaron cincuenta pesos a don Miguel Lanuza, cajero y sobrino de Dongo, según éste expresó últimamente. A la tercera se halló en su cama desnudo a don Nicolás Lanuza, padre de dicho cajero, con una fuerte herida en la cabeza, la que igualmente le dividió el cráneo; otra en la cara hacia el lado derecho; otra en la mano derecha que en el todo tenía separada, con otras varias de igual consideración; el que estaba boca arriba con las piernas encogidas, con una escopeta en la cabecera,

inclinada hacia abajo, en acción de que había intentado usar de día, y los calzones encima de la cama, como que los había querido tomar de su pretina.

Entrando en el almacén se encontraron de menos (según se reconoció por dicho don Miguel Lanuza), varios papeles de medias, y como nueve mil pesos que estaban en plata bajo del mostrador. La siguiente pieza se encontró descerrajada, y aun quebrados los barrotes de la puerta; en medio de ella unos papeles quemados, los que según se reconoció, eran de marca, blancos, y una arca o caja, descerrajada, en que había catorce mil pesos efectivos en plata, y encima de la mesa una vela de cera, que demostraba haberles servido a los agresores en su empresa.

Habiendo subido a las piezas principales y tomado el camino a la derecha hacia el pasadizo de la cocina, se encontró a la puerta de ella a la galopina (que estaba recién entrada, como de quince a veinte años) tirada boca abajo, con la cabeza igualmente destrozada, en grado que los sesos se hallaban por el suelo y los cabellos esparcidos, tan bien cortados que parecía haber sido con tijeras.

En la cocina estaba la cocinera boca arriba, con la cara y cabeza destrozada. Entrando para las piezas principales se halló en la anteasistencia a la lavandera, tirada en la misma forma, con dos heridas penetrantes en la espalda, otra en el brazo derecho, quebrado y dividido el hueso, y varias en la cabeza. En la asistencia se encontró a la ama de llaves en la misma disposición, en el estrado, y con la misma especie de heridas en la cabeza y brazos. En la siguiente pieza, que es la recámara, se halló descerrajado el ropero y un baúl de carey y concha grande. En las salas de recibir no se encontró novedad en el ajuar, que era de plata, ni en la labrada que andaba suelta. En el gabinete del difunto se encontraron descerrajados dos cofres, y en el suelo algunos géneros y calcetas nuevas. Una escribanía abierta con una gaveta menos que se encontró encima del mostrador del almacén. Reconocida la azotea y demás interiores de los altos, no se encontró más novedad que unas gotas de sangre en la escalera que subía a ella, que se supone ser de los sables ensangrentados con que subirían a registrarla, recelosos de no haber sido vistos o sentidos, y asegurarse más para su intento.

En este mismo acto procedieron de orden de su señoría los maestros profesores en cirugía don José Vera y don Manuel Revillas, a la inspección y reconocimiento práctico de los cadáveres con la mayor prolijidad y esmero.

Evacuada esta diligencia, mandó su señoría se pasasen los cadáveres de los criados a la real cárcel de corte, donde fueron conducidos en tablas y escaleras, por medio de los comisarios de su señoría, a lo que fue indecible el numeroso concurso que asistió, quedando en la casa Dongo y don Nicolás Lanuza, los que a la noche pasaron a la iglesia del convento de Santo Domingo, donde al día siguiente por la tarde se sepultaron, con asistencia de dos de sus agresores (según se dice).

Inmediatamente se proveyó auto cabeza de proceso, dictándose las providencias más severas y rigurosas órdenes, expidiéndose en el acto las cordilleras correspondientes, hasta para caminos extraviados, previniéndose en ellas las reglas y método con que debían manejarse los respectivos justicias del Departamento a que se dirigían para su puntual observancia; oficio al capitán de la Acordada para la solicitud y aprehensión de los que pudiesen descubrirse culpados: órdenes a los capitanes de la sala, para que previniesen en todas las garitas lo conducente, por si pasase o hubiese pasado alguno o algunos fugitivos con carga o sin ella, los que aprehendiesen y dieran cuenta, como de cualesquiera ocurrencia o indicio o presunción que se advirtiese, con otras varias al caso conducente. A los hospitales, por si ocurriese algún herido. A los mesones liara tomar razón

individualmente de los que estaban posando, quiénes, de dónde, con qué fin y destino se hallaban en esta ciudad, si la noche del suceso habían salido, o quedándose fuera alguno de ellos. Al cuartel de dragones, por los soldados que hubiesen faltado la misma noche. A los plateros con la muestra semejante a la de las hebillas que faltaban al difunto, por si ocurriesen a venderlas o tasarlas. Al Baratillo y Parián por lo que pudiese importar. A las concurrencias públicas y demás diversiones, por las luces que pudieran producir. A los alcaldes de barrio y sus comisarios, para que por su parte practicasen las más vivas y exactas diligencias. A los demás justicias del distrito, con otras muchas que no tienen número ni ponderación.

No cesando el infatigable celo de su señoría, con cuantos arbitrios le dictó la prudencia, procedió, a consecuencia de lo determinado, a la pesquisa, examinando a los que dieron cuenta del suceso, a los vecinos, y cuantos se consideración útiles a la calificación y descubrimiento de los homicidas.

En este acto se proveyó para entregar las llaves a don Miguel Lanuza, y don Francisco Quintero, de esta vecindad y comercio, a quien se nombró de depositario con las debidas formalidades: se sacó el testamento, que se entregó a la parte de la ilustre cofradía de nuestra señora del Rosario, para que procediese a poner en ejecución las disposiciones del testador, como su albacea y heredera, y que corriesen los inventarios por cuerda separada, como asunto civil e incompatible a esta pesquisa.

En el siguiente domingo 24 se examinaron a cuantos amoladores fueron habidos, por las armas que hubiesen amolado. A los cirujanos que se encontraron, por los heridos que hubiesen curado. A los vecinos de por Santa Ana y calle de Santa Catarina Mártir, sobre un coche que se decía haber pasado la misma noche y hora del suceso, con precipitación, y no consiguiéndose otra cosa que un mar de confusiones; sin embargo, se continuaron haciendo muchísimas extraordinarias en ronda, registrando asesorías sospechosas, cateando casas, vigilando concurrencias, vinaterías y demás parajes de esta clase, hasta que en este cúmulo de confusiones, en que el público y su señoría se hallaban, dio Dios a luz, por un vehemente indicio, a uno de los agresores.

El jueves 25 del mismo ocurrió a su señoría cierta persona de distinción, denunciándole privadamente: Que el sábado anterior, yendo por el cementerio de Santa Clara, como a las tres y media de la tarde, se puso a hablar con un amigo, y que a corta distancia estaba igualmente parado en conversación don Ramón Blasio, con una persona que no conoció, a quien le advirtió en la cinta del pelo una gota de sangre, que aún la conservaba fresca en aquel acto, y vacilando sobre esto, por si acaso pudiese ser alguno de los delincuentes, lo había consultado con personas de juicio y prudencia, con cuyo acuerdo lo participaba a su señoría.

En vista de esta noticia, que tuvo a las cinco y media de la tarde, mandó inmediatamente por el expresado don Ramón, relojero de la calle de San Francisco, quien examinado sobre el particular, dijo: Que el sujeto con quien había conversado en el cementerio de Santa Clara el sábado anterior, era *don Felipe María Aldama y Bustamante*, el que vivía en la Alcaicería; lo que oído por su señoría, dio inmediatamente orden para que lo fuesen a aprehender, y habiendo ido el capitán Elizalde, don Ramón Blasio y los ministros de asistencia de su señoría, no encontrándolo en su casa, se mantuvieron ocultos en ella hasta como a las ocho y media de la noche, que llegó con la ronda de la Acordada, diciendo era reo suyo, pues iba con él, sobre lo que se ofreció disputa y competencia entre ambos, hasta el grado de haber pasado dicho capitán de la Acordada a ver a su señoría, a cuyo

tiempo llegó el señor juez originario, y lo mandó pasar a la real cárcel de corte, donde quedó a su disposición en una bartolina, y cuando volvió de ver a su señoría, dicho capitán se halló con él en la cárcel.

Algunos dicen que iba con Aldama para que entregara a Blanco por querrela de su tía, y otros que iba a catearles la casa por algunos indicios que tenía sobre este particular.

El martes 27, a las siete y media de la mañana, pasó su señoría a la real cárcel, donde habiendo puesto entre otros reos decentes, en una pieza reservada al citado Aldama, hizo entrar al denunciante para identificar la persona, quien al punto lo conoció y entresacó de todos.

Recibídole juramento a Aldama y preguntádole sus generales, expresó ser natural de San Juan Bautista Quesama, provincia de Alava, en el señorío de Vizcaya, soltero, sin ocupación en aquella actualidad, por estar siguiendo una incidencia en la causa criminal que se le siguió en la Acordada, acumulándole un homicidio de que había salido indemne dejándole su derecho a salvo, de que tenía documento, y que cerca de diez años ha que había venido al reino, de edad de treinta y dos años, ser noble notorio hijodalgo, cuya calidad justificaría, y para ello exhibía un documento que se le devolvió con reserva de su derecho para que lo presentase en tiempo oportuno. Preguntado dónde había andado el viernes anterior, con quiénes, y en qué forma, dijo: Que como a las tres y media de la tarde fue a la Plaza de Gallos donde se mantuvo hasta cerca de la oración, que regresado a su casa, llegó a poco rato don Joaquín Antonio Blanco, con quien fue a la casa de su tía a reconciliarlo con ella, por cierta desavenencia; que no habiéndola encontrado se restituyó a su posada, donde se quedó a dormir Blanco, hasta que a la mañana siguiente salió a buscar a su tía. Preguntado dónde y cuándo tuvo noticia del suceso de la casa de Dongo, dijo: Que estando el sábado como a las ocho de la mañana en la esquina del Refugio con don Rafael Longo, llegó con la noticia un galleguito, y hablando con Dongo, Aldama le dijo: hombre, dicen que han matado a Dongo y toda su familia, y que el comercio está alborotado; que asombrados del caso se separaron los tres, y Aldama se fue para la Acordada a participarlo a su capitán. Preguntado con quién estuvo en la calle de Santa Clara aquella tarde, qué trataron, y adónde se dirigió después, respondió que con el relojero don Ramón Blasio, con quien conversó sobre el suceso de que trata la causa; luego pasó a la calle del Águila a la casa de Quintero, y no encontrándolo se pasó a los Gallos. Héchosele cargo sobre la mancha de sangre que tenía la cinta del pelo, que reconoció, dijo: Que como iba a los gallos donde los que mataban solían para sacarlos pasarlos por las cabezas de los concurrentes, no ponía duda en que le hubiese caído alguna gota. Preguntado de qué se mantenía con la decencia que se advertía, dijo: que de las libranzas que le mandaba de Querétaro su primo el marqués del Villar del Águila, y otros sujetos que le prestaban; que desde el último junio había recibido más de mil y seiscientos pesos por mano de don Joaquín Antonio Yermo, a más de que de los gallos solía adquirir algunos reales.

Para la justificación de si había dormido el viernes en su casa con Blanco, hizo su señoría comparecer a la criada cocinera de Aldama, y a su hermana María Guadalupe Aguiar, quienes preguntadas si conocían a Blanco dijeron que con motivo de visitar a su amo lo conocían; el que había dormido el sábado y domingo de la semana anterior, en su casa. Que su amo Aldama estaba pronto a sus horas, en especial de noche; que la del viernes no salió, y a pedimento de ellas había estado tocando en flauta hasta muy tarde que se durmieron. Que el sábado se recogió temprano y que el domingo muy tarde en la noche se había ido a la comedia.

En virtud de la cita hecha a Blanco se libró oficio al juez de la Acordada, para su remisión, al que habían aprehendido la misma noche que a Aldama en una vinatería, por la dicha queja de su tía, el que habiendo comparecido se le tomó su declaración inquisitiva, en la que expresó llamarse Joaquín Antonio Blanco, natural de la Villa de Segura, provincia de Guipúzcoa, soltero, de edad de veintitrés años, sin oficio; y examinado acerca de dicha cita discordó en esto, diciendo que había dormido la noche del viernes a casa de su tía; en cuyo acto se careó con Aldama y las criadas de su casa, y al cabo de varias disputas hubieron de convenir todos en que ambos habían dormido aquella noche en la casa de Aldama, diciendo Blanco que había discordado falsamente, consternado de que no se le atribuyese algún delito por la falta de su tía, la que no se encontraba en su casa; en cuya virtud se restituyó a la Acordada.

El día siguiente 28 se proveyó auto para el embargo de la hacienda de doña Rosa, y comparecencia de su administrador en esta ciudad, cuyo despacho se expidió por la estafeta del día.

El día 29, en prosecución de la pesquisa y con noticia de ser don Baltasar Dávila y Quintero, uno de los amigos de Aldama, lo hizo comparecer por medio del sargento mayor de la plaza, quien expresó llamarse como dicho es, natural de la isla de Hierro en las de Canarias, capitán de mar, y subteniente de milicias provinciales de dicha isla: quien preguntado por el conocimiento de Aldama, y si el viernes había estado con él, respondió conocerle, y que en efecto el citado día fue a visitar al declarante que estaba enfermo en cama, entre cuatro y cinco de la tarde, de suerte que no salió de ella en todo aquel día, ni en la noche. Preguntado de qué se mantenía, respondió: que a expensas de la caridad de don Jacinto Santiesteban y don Manuel Pineda, quienes le habían hecho varios suplementos, como constaría de su libro. Preguntado si conocía a don Joaquín Dongo, o tenía noticia del suceso y de sus agresores, dijo: Que ignoraba enteramente la pregunta, y que aunque se hablaba con mucha variedad de los agresores, el declarante no podía dar razón por no concurrir a las mesas de trucos, ni juegos públicos, donde solían tratarse asuntos de esta naturaleza, recogiendo como se recogía a su casa a las siete de la noche. Preguntado si el sábado por la mañana salió de su casa a comunicar a Aldama, o éste fue a visitarlo, o practicó alguna diligencia que le hubiese encomendado, dijo que no hacía memoria, aunque una mañana que no tenía presente, lo encontró y le había dicho se llegase a la vinatería de la Alcaicería y dijera a su dueño que fuera a su casa de Aldama que quería hablarle.

En este estado, habiéndose hecho comparecer a don Ramón Garrido, administrador de la referida pulquería, se examinó sobre la cita y expresó:

que el sábado 24 (día en que amaneció la desgracia) a las seis y media de la mañana, le llevó Quintero recado de Aldama, diciéndole le llevase una libranza que tenía en su poder para que le diese los cincuenta pesos en que la tenía empeñada con una capa blanca con galón, que inmediatamente pasó y saliendo a recibirlo al medio de la sala, ya con los cincuenta pesos en la mano se los dio, y despidió, observando estaba vistiéndose de limpio: preguntado dónde había vivido aquellos últimos días, y dónde al presente, respondió que en la calle de la Águila en un cuarto interior, y para componerlo se había pasado a la accesoria de la misma casa, y habría como quince días que volvió al referido cuarto (constando de la casera que aquella misma noche había vuelto al dicho cuarto), diciendo tenía miedo no lo mataran en la accesoria por robarlo.

En vista de tan claras y manifiestas contradicciones, le tomó su señoría la espada, y lo mandó aprehender por medio de un piquete de soldados que tenía prevenidos, quienes habiéndolo atado le registraron las faldriquetas, y le encontraron veinte pesos en un pañuelo: con este hecho lo bajaron públicamente como a las diez del día a la real cárcel de corte, y en seguida su señoría,

estando en dicha real cárcel, a efecto de continuar la declaración de Aldama, sobre los nuevos particulares que había ofrecido una mera contingencia, lo hizo parecer ante sí, quien sin embargo de las exquisitas y estudiosas preguntas que le hizo, para venir a dar al objeto del desempeño de la capa y libranza; contestó categóricamente Aldama con el mayor desenfado, concordando en lo declarado por el cajero: diciendo, que los cincuenta pesos había pagado de más de ochenta que había ganado en los gallos, como lo podrían declarar los encomendaderos Villalva y Peredo, los que examinados aseguran haber ganado como diez y seis o veinte onzas: pero que al fin salió perdido, y aunque en la ganancia de este dinero hubo algunas variaciones, con un genio tan astuto y vivo, al instante persuadía, y quería hacer ver lo contrario.

En este estado trajeron la dicha capa blanca que estaba en su casa, y un sombrero negro salpicado de sangre, con una gota de cera en la orilla del casco; y púestoselo de manifiesto, lo reconoció todo por suyo, y héchosele cargo de aquella sangre, dijo: que como había ido a la procesión de desagravios a San Francisco en que había habido azotados de sangre, lo habían salpicado, y aún en la cara le habían caído dos gotas que con la mano se limpió, sobre que se le hicieron fuertes cargos, y se mantuvo con su dicho. Igualmente se le hizo otro acerca de la gota de cera, por haberse alumbrado en la facción de los homicidios y robo con vela de cera, dijo: que como había ido a alumbrar al Señor de la Misericordia el día de la ejecución de Paredes en la Acordada, y como era natural ir con el sombrero en la mano y la vela ardiendo, le cayó la que se le demostró, como otras muchas en la capa que se había quitado el mismo día, con una cuchara con una brasa, por no tener plancha. Reconvenido por su señoría por una mancha de sangre que le advirtió, como medio peso, en el terciopelo de la vuelta de la capa que tenía puesta, dijo que era de las narices, como lo acreditaba con el pañuelo que tenía en la bolsa, que igualmente estaba ensangrentado; y a mayor abundamiento, para mejor prueba, fuesen a ver debajo del petate de la bartolina donde estaba su colchón, la porción que había vertido de las narices el día anterior.

En este estado se suspendió la diligencia.

Inmediatamente el señor juez, en vista de las contradicciones de Quintero, de las mutaciones que

le advirtió en el semblante y la ambigüedad con que declaraba y se retractaba. En seguida mandó se reconociera la accesoria en que había vivido y el cuarto que en la actualidad tenía interior.

Pasado inmediatamente su señoría y el escribano actuario, acompañados del capitán Elizalde y los comisarios extraordinarios de su asistencia; se reconoció la puerta de la accesoria que estaba manchada de sangre, asegurando los reos no haber habido motivo para que la hubiese, pues ninguno salió herido ni llevaron cosa que la manchara, y abierta ésta, se encontró descombrada sin trasto alguno, y levantándose a mano derecha al pie de la ventana la primera viga, se percibieron varias talegas, y levantadas todas, se hallaron 21 634 pesos un real efectivos, incluso ochenta que había con otra porción en un pañuelo. Un envoltorio en otro pañuelo con siete pares de medias de seda, cuatro pares de calcetas, cuatro camisas, una usada y tres nuevas, y una pieza de saya-saya carmesí; en una bolsita de mecate se hallaron las hebillas y charreteras del difunto, dos rosarios y un reloj de plata antiguo, lo que, sacado públicamente, se pasó a reconocer el cuarto interior y levantando sus vigas, no se encontró novedad alguna debajo de ellas; pero sí en la ropa, pues se encontró un chupín rociado de sangre, dos sombreros manchados de lo mismo, que después se verificó ser uno de Quintero y el otro de Blanco; tras de la puerta, de mano derecha, estaba una tranca gruesa con muchas señales de tajarrazos con machete o sable amolado, como que en ella habían hecho experiencia y prueba de su corte o fortaleza. Un belduque bajo un colchón. Todo lo cual se condujo en un carro al real palacio, custodiado de soldados, con más, unas medias de color gris ensangrentadas que estaban debajo de las vigas de la accesoria; y depositándose en cajas reales el dinero, lo demás se pasó a la sala de justicia para el reconocimiento y convencimiento de los reos, a quienes al instante se les puso un par de grillos más.

Como a las cuatro y media de la tarde del mismo jueves se procedió a tomar confesión a los reos, previo al auto correspondiente, que se proveyó, y nombramiento de curador a Blanco por ser menor, el que se hizo en don José Fernández de Córdoba, procurador del número de esta real audiencia.

Habiendo su señoría hecho comparecer a Quintero, le recibió el juramento de estilo y generales acostumbradas, y héchosele el fuertísimo cargo de lo que resultaba y ministraban los autos sobre ser el agresor principal de los homicidios de Dongo y su familia, contestó con gran resolución: que no sabía quiénes fuesen, y mucho menos que él tuviese el más mínimo participio ni complicidad en ellos; y puéstosele de manifiesto las alhajas y ropa robada, demostrándosele cosa por cosa, se le preguntó si las conocía: dijo que no conocía nada; se le reconvino que si conocía tantas talegas que se habían sacado de debajo del envigado de su accesoria, y quería verlas: dijo que no sabía ni conocía cosa alguna. Preguntándole si conocía el chupín, el belduque, los sombreros, la tranca y demás que se encontró en un cuarto, dijo: que sólo eso conocía por suyo, pero que lo de la accesoria no sabía, y algún enemigo, por hacerle daño, lo introduciría en ella; héchosele cargo de la sangre que tenía el chupín, dijo: que eran polvos que tomaba y expelía por las narices. Héchole cargo sobre la tranca y sobre su negativa en caso tan físico y palpable, el que se le iba formando con la mayor severidad, dijo en este acto: señor, ya no tiene remedio; no quiero cansar más la atención de vuestra señoría, pues Dios lo determina y me han hallado el robo en mi casa; ¿qué tengo que decir sino que es cierto todo? Que me alivien las prisiones ya que he dicho la verdad: fuerza es pagar. Aliviándole éstas, le preguntó su señoría quiénes eran los cómplices, cuántos, dónde vivían, y cuanto condujo al caso. Respondió que don Felipe María Aldama y don Joaquín Antonio Blanco, que estaba preso en la

Acordada, quienes lo habían insistido a tal desastre, y como necesitado y frágil había accedido a tan horrendo delito; que aunque se recató, no lo pudo conseguir, pues lo vituperaron y trataron de un collón; que viéndose precisado, hubo de entrar en la casa en su compañía, a las ocho y media de la noche del viernes 23, haciendo Aldama de juez, con el bastón del confesante, el que le tomó al tocar la puerta; que habiéndole respondido, dijo: *abre*, y empuñando el bastón, se metió con Blanco, y el confesante se quedó cuidando la puerta: que no había hecho muerte alguna: que ellos podrían dar razón, pues no quiso ver aquella atrocidad, porque se le partía el corazón, y suplicaba que respecto a que sabía que había de morir presto, se le diese término para disponerse, dándole la muerte conforme a su ilustre nacimiento, lo que haría constar. Héchosele las demás preguntas conducentes, dijo que los otros lo declararían por extenso.

Habiéndose hecho inmediatamente comparecer a Aldama, puesto ante su señoría con un semblante modesto y compasivo. tiró la vista hacia todos, y con un tierno suspiro, dijo: señor, ya ha llegado el día de decir las verdades; y compungido, con lágrimas del corazón, significó que la fragilidad y la miseria humana lo habían conducido a tan horrendo sacrificio, estimulado de su necesidad, ya violentado y estrechado de sus acreedores, ya de sus escaseces, tan extraordinarias, y ya de lo principal, que fue su triste y desgraciada suerte; y pues para Dios no había cosa oculta, y era su voluntad pagase sus atroces delitos, estaba pronto a declarar cuanto ocurrió en el caso.

Recibíndole juramento en forma de derecho, y héchole las preguntas acostumbradas acerca de sus generales, que reprodujo, se le formó el riguroso cargo que ministraban los autos, por el cuerpo del delito acerca de los homicidios, y robo de Dongo y su familia, a efecto de que expresase quién promovió el proyecto, entre cuántos, qué día, en qué disposición, y con qué armas, en qué lugar; con los demás que se tuvo por conveniente para la aclaración de tantas dudas y confusiones, en cuya vista dijo: que había un mes que estrechado Quintero de sus indigencias y necesidades, le propuso el pensamiento de que, siendo don Juan Azcoiti hombre de conocido caudal, y sólo podían matarlo y quedar remediados; a lo que resistió bien por su honor, y por estar muy distante de este pensamiento, contestándole ásperamente sobre que pensase en otra cosa. Que al cabo de pocos días insistió con dicho pensamiento, y ya más sagaz le contestó que lo pensaría, con la intención de no hacer aprecio y prescindir de ello. Que vuelto tercera vez a insistirlo, le dijo: que no había de quién fiarse, pues él no se valía ni de su padre; y proponiéndole Quintero inmediatamente a un primo suyo, quedó de verlo para el efecto; y habiéndolo solicitado, y sabido que estaba ausente en destino, le propuso a Blanco, quien le dijo estaba recién venido de presidio, y como quiera que había servido a Azcoiti, era más a propósito para el caso, a lo que creía no se excusaría; que le contestó lo viese en hora buena. Que habiendo caído malo el confesante, fue a visitarlo Quintero, llevando ya a Blanco, y al entrar le dijo: ve a quien te traigo acá: ahora le puedes decir lo tratado, a que le contestó Aldama: hazlo tú si quieres, que yo no estoy para eso; a poco rato se fueron: recuperado Aldama ya de su enfermedad pasó a ver a Quintero, donde halló a Blanco a quien había hablado ya Quintero, y tratando del asunto entre Aldama y Quintero, acabaron de seducir a Blanco; y habiendo determinado el pasar a verificar su intento, vieron ocupadas las piezas vacías con una familia que vino de fuera, con lo que se les frustraron sus proyectos. Y puesto inmediatamente el pensamiento en Dongo entre los tres, ofreció Aldama el instruirse de la casa, diciendo Blanco que tenía más de trescientos mil pesos en oro, con lo cual salían de penas: que al día siguiente fue Aldama a ver a Dongo con el pretexto de que le

vendiese una poca de haba, con lo que observó la poca familia que le parecía tenía, y convencidos todos, quedaron de acuerdo para acecharlo en sus entradas y salidas de noche, a ver cómo y con quiénes salía, y cómo volvía: que el miércoles 21 del mismo octubre dio Aldama cinco pesos a Quintero para que comprase y dispusiese las armas con que habían de ir; quien compró dos machetes de campo, uno de más de tres cuartas que llevó Quintero, otro más mediano que llevó Aldama, y otro más chico que llevó Blanco, los que amolaron por la calle de Mesones: que a la noche fueron a observar la primera salida de Dongo, y no aguardaron a que volviese: que a la siguiente noche del jueves fueron y estuvieron hasta que regresó a las nueve y media Dongo. Que instruidos ya en la forma que salía y entraba, determinaron asaltarlo a la siguiente noche del viernes: que en efecto fueron dicha noche como a las ocho y media, y tomando Aldama el bastón de Quintero, tocó la puerta, y respuéstole quién era, respondió: *abre*; y habiendo abierto el portero jubilado o inválido, le dijo: ¿tú eres el portero? Le respondió éste: no, señor; está en el entresuelo dando de cenar a don Nicolás: pues llámalo; y entrando para dentro, lo esperó que bajase, y estando presente, le dijo: *pícaro*, ¿qué es de los dos mil pesos que has robado a vuestro amo? Y sin aguardar respuesta, lo mandó atar por detrás, y meterlo en su mismo cuarto, donde puso a Blanco que lo guardase; y volviéndose al inválido, le dijo: y tú, ¿qué razón das de este dinero? Ata a éste también, y en la misma forma lo metieron en la covacha, donde puso a Quintero de guardia, y revolviendo al zaguán, tomó al indio correo del brazo, quien estaba en compañía del inválido, y lo pasó al cuarto del portero, donde estaba Blanco, y entre ambos mataron al indio y al portero, en tales términos y con tal prontitud, que no dieron una voz: de ahí pasaron a la covacha, donde estaba Quintero con el inválido, y examinando a éste sobre la demás gente que había arriba, entre Aldama y Quintero lo mataron en la misma forma: que luego pasaron al entresuelo Aldama y Quintero, dejando a Blanco cuidando la puerta, para que avisase de cualquiera contingencia, y entrando con la vela en la mano, saludando a don Nicolás; ya que se vieron cerca, le habían acometido ambos a un tiempo, y dejándolo muerto, pasaron al instante a las piezas superiores, y preguntando a las criadas: hijas, ¿cuántas son ustedes? Con sencillez les respondieron ser cuatro, y entonces se volvió Aldama a Quintero, y le dijo: usted meta a esas mujeres en la cocina, y custódielas, inter yo las voy examinando una por una. Que inmediatamente las metió Quintero en la cocina, y quedó en la puerta de ella custodiándolas: entonces tomó el confesante a la ama de llaves de la mano, y se la llevó a la asistencia donde la mató: que inmediatamente volvió por la lavandera, y en la anteasistencia la mató; y habiendo vuelto, le dijo a Quintero: dos han quedado: una tú, y otra yo; y tomando el confesante a la galopina, y Quintero a la cocinera, las dejaron en el puesto con la mayor crueldad. Que acabada esta facción bajaron al zaguán a incorporarse con Blanco para aguardar a Dongo, donde se estuvieron sentados hasta después de las nueve y media que oyeron el coche que se acercaba a la puerta; que entonces se pusieron tras de ella y la abrieron cuando llegó, a semejanza del portero, y apeándose del coche, éste entró con su lacayo por detrás con una hacha en la mano, y se le apersonó el confesante, diciéndole con el sombrero en la mano: *Caballero, usted tiene su lugar; dispense el atrevimiento que se ha tenido de perder los respetos a su casa*. Súbase usted con estos caballeros, que yo tengo que hacer con los criados de usted, y echando mano al lacayo, le contestó el caballero urbanamente; pero al subir la escalera debió de recelar, por ver los cuartos cerrados donde estaban los difuntos, y haciendo que metía mano, lo mataron entre Quintero y Blanco; y viendo el confesante que ya estaban

matando a Dongo, mato él al lacayo que tenía de la mano: en este intermedio dio vuelta el coche, y el confesante fue a abrir la cochera para que entrase, y luego que entró cerró la puerta, y estando en esto, ya los otros habían bajado de las mulas al cochero y entre todos tres lo mataron, y fueron a esculcar al difunto; le sacaron las llaves de la bolsa, un rosario, el reloj, hebillas y charretera de oro, de que no supo el confesante. Que habiendo subido arriba, habían tenido mil aflicciones para ver dónde venían; que encontrando en el gabinete una escribanía, le hizo una de ellas, de donde sacaron una gabeta con las del almacén; que descerrajaron un ropero y varios cofres, de donde sólo tomaron la ropa que se les encontró, lo que no había sido con su consentimiento. Que habiendo bajado al almacén, no encontrando el oro que buscaban, tomaron nueve talegas que estaban bajo del mostrador y unos cuantos papeles de medias nuevas. Que de ahí pasaron a descerrajar la pieza siguiente, en la que quemaron los papeles de las medias porque les abultaban, y comenzando a tomar el pulso a las cajas que había, viendo que entre todas una pesaba más, la descerrajaron y sacaron catorce mil pesos, sin tocar la de las alhajas de su mujer, ni una fortísima de hierro que no pudieron descerrajar. Que puesto el dinero sobre el mostrador, de allí lo bajaron al coche, y montando de cochero Aldama, con gran trabajo, por no poderlo retroceder ni sacar, por ser difícil aun a los de profesión, como por la gran carga que llevaba, el que cimbró de tal modo (que expresó), que sueños de bronce que hubieran tenido los vecinos, se hubieran alborotado sólo del estruendo que hizo al salir, y que de un viaje lo condujeron todo después de las once, por la calle de Santo Domingo a torcer por la de los Medinas hasta la accesoria de Quintero, donde bajaron la carga, dejando a Quintero con ella, y el confesante y Blanco fueron a dejar el coche por Tenexpa; y aunque el primero quería llevarlo por Santa Ana, no quiso Blanco, por decir que arriba había guardas y podían ser conocidos; que dejado el coche, arrojaron en el puente de Amaya dos de los machetes, y regresados en casa de Quintero, tomaron una talega que tenía cuatrocientos pesos, y distribuidos entre los tres, les cupo como a ciento y treinta pesos que tomaron para sus prontas urgencias, y el demás dinero, alhajas y ropa, metieron debajo de las vigas; luego se retiró el confesante con Blanco, y al pasar por el puente de la Mariscala tiraron el otro sable que les había quedado, y de ahí pasó el confesante a dejar a Blanco a su casa, quien vivía por el Salto de la Agua, en casa de su tía, y no encontrándola en casa se fueron para la del confesante. En el camino le dijo Blanco que allí llevaba el reloj de oro del difunto, y habiéndolo corregido seriamente, hizo lo echara en el caño de la agua de la esquina de la Dirección del Tabaco. Llegados a la casa del confesante se acostaron, diciendo en la casa que habían ido a un baile. Que al día siguiente mandó sacar sus prendas, como tiene dicho, y a las nueve llevó la noticia a la Acordada, y después se fue a los gallos. En este estado y respecto a que sabía breve había de morir, suplicaba rendidamente a la justificación de su señoría, se sirviese, con atención a la nobleza notoria de su estirpe, se le diera la muerte correspondiente, no por él, pues merecía morir tenaceado y sufrir cuantos martirios se imaginasen, sino por su pobre familia; y mandándose retirar por ser las nueve de la noche, suplicó se le llamasen unos padres del colegio de San Fernando, para que lo fuesen disponiendo a su muerte, lo que así se le ofreció y cumplió.

Inmediatamente mandó su señoría que los capitanes de esta real sala fuesen a sacar los machetes y reloj, que expresó Aldama haber echado Blanco en el caño referido.

En virtud de orden de su señoría se mandó por Blanco a la Acordada, quien hasta esta hora llegó, y estando presente ante su señoría, previo el mismo juramento, se le hizo cargo de sus delitos, quien

sin embargo de haberle puesto todo el cuerpo del delito de manifiesto, negó, diciendo no saber de tal cosa ni haber incurrido en semejante atrocidad; que si lo creía su señoría de él; que si fuera cierto lo confesara, como había confesado en la Acordada cuando robó a su amo: en esto se mantuvo hasta cerca de las once de la noche que se mandó retirar, sin embargo de los fortísimos cargos y convencimientos que se le hicieron.

Al siguiente día viernes se hizo comparecer a Quintero, en virtud de la discordancia que hubo entre él y Aldama, sobre haber sugerido éste a aquél, y aquél a éste, y estando puestos rostro a rostro, previo su juramento, se les hizo cargo de las discordancias de sus deposiciones en esta materia, y de los homicidios; a que contestó Quintero: que era cierto que él había sugerido y propuesto el pensamiento a Aldama: que era cierto cuanto decía, y que él también mató al igual de todos, y dudoso sobre si él había propuesto primero el pensamiento a Blanco y Aldama; que quería disponerse, para lo cual quería también padres de San Fernando, lo que se le cumplió.

A este acto se hizo comparecer a Blanco, y puesto (previo nuevo examen que se le hizo) rostro a rostro, se le hizo cargo de su negativa, quien ratificándose en ella, lo comenzaron a persuadir dijese la verdad, que perdía tiempo, el que era muy precioso: que qué tenía que negar a una cosa tan palpable como aquella: que no había de tener más resistencia que ambos, y viéndose convencidos declararon la verdad: que viera sus mismas medias ensangrentadas, con que le hacían cargo: que de todos modos había de ser lo mismo; con otras muchas expresiones de esta naturaleza, sin embargo de las cuales insistió en su negativa. Recibíndole declaración a la tía de Blanco, sobre con qué medias había salido de su casa, expresó que con unas de color gris, que son las mismas ensangrentadas; y habiéndose hecho comparecer a ésta, luego que se le puso delante, dijo: no es necesario, todo es cierto: yo los acompañé y cometí los mismos delitos, y me remito en todo a la declaración de Aldama. Que le trajeran padres, que quería confesarse y disponerse, lo que también se le cumplió; y todos unánimes y conformes reconocieron las armas que se les pusieron delante, y dijeron ser las mismas que fueron la destrucción de todos; con lo que se suspendió el acto de la diligencia.

En la misma tarde, como a las cuatro, hubo acuerdo extraordinario, con asistencia de los señores regente y fiscal, que duró hasta después de las once de la noche, en el que se determinó se recibiese a prueba por tres días, en los cuales se ratificaron los reos y los testigos sumarios; se entregasen los autos dentro del oficio al licenciado don Manuel Navamuel, a quien se nombró defensor por veinte horas, y concluidas se pasasen al relator.

En la misma hora se hicieron las citaciones correspondientes, y al día siguiente se comenzaron a ratificar los testigos, y como a las diez y media los reos respectivamente, en que añadió Blanco que Quintero lo había seducido, y Quintero se mantuvo en su duda anterior.

El lunes 2 de noviembre produjeron los reos sus pruebas sobre la identificación de sus ejecutorias de nobleza, con tres testigos cada uno.

El mismo día se presentó escrito por el defensor, sobre que le permitiese ver los autos en su casa, a lo que habiéndose accedido, ratificados los cuarenta y seis testigos, se le pasaron los autos por el capellán Elizalde, el mismo lunes a las nueve y media de la noche en que se cumplieron los tres días, y le empezaban sus veinte horas. El martes a las siete y media, que se le cumplieron, pasó dicho Elizalde por ellos, y los condujo al relator por sólo aquella noche.

En este estado declaró Aldama en descargo de su conciencia, que la muerte que se le acumulaba,

y por la que había estado preso en la Acordada, de un mulato, criado de Samper, era cierta, y que él la había hecho por robarle dos mil pesos de su amo, los que en efecto le quitó, al que arrastró y echó en una cueva de mina vieja, yendo él mismo al reconocimiento del cadáver cuando le dieron la denuncia, como teniente general que era de aquella jurisdicción de Cuautla de Amilpas.

Y Quintero expresó haber hecho una muerte en Campeche a un pasajero, a quien le robó seiscientos pesos, lo que también declaró en descargo de su conciencia.

A las ocho de la mañana del día miércoles se comenzó a relatar la causa y se siguió a la tarde, con asistencia del señor regente, el señor fiscal y los reos, cuya relación se concluyó después de la oración, finalizando el relator Echeverría con las causas de Aldama y Quintero, de que se le hizo cargo y vinieron de la Acordada.

Relatada la de Blanco, resultó que el año de 87 se procesó en aquel tribunal por cinco robos que ejecutó en compañía de don Juan Aguirre su paisano, y cajero que fue de la vinatería de don Manuel Pineda, en la casa de Azcoitia, donde servía también de cajero dicho reo, extrayéndole más de tres mil pesos, y cinco que hizo en Guanajuato, en la tienda de su amo Alemán; el uno de varias ropas y los otros dos de reales hasta seiscientos pesos, lo que resultó justificado, por lo que fueron condenados a ocho años de presidio en Puerto Rico, y que de allí fuesen conducidos bajo partida de registro, a la casa de contratación de Cádiz, de donde se dirigieran a los lugares de su origen: que indultado éste por el excelentísimo señor Flores, se vino a esta ciudad desde San Juan de Ulúa, donde desertó.

Por el expediente pasado, con oficio de 2 del corriente, por el excelentísimo señor virrey, se advierte hallarse Quintero, por decreto de la misma fecha, declarado no gozar fuero alguno de guerra, cuya declaración fue expedida de resultas de la instancia que en el superior gobierno seguía sobre goce y restitución del fuero militar, de que se había antes despojado por la causa que se le siguió en la Acordada, a querrela de la viuda de su primo, quien le imputaba haberle extraído como cuatro mil pesos, en la que tuvo absolución de la instancia en 13 de mayo último; y fue puesto en libertad con reserva de su derecho.

Después de dicha relación, informó el abogado de los reos muy sucintamente, en que pidió, que conociendo los graves delitos de los reos, ya que en el estado presente por lo mismo eran dignos de compasión, se mirasen con piedad y se les aplicase la muerte con atención a las circunstancias de su nacimiento, fundando la menos culpa y complicidad de Blanco, por lo que, y por su menor edad, era digno de más indulgencia.

Después siguió el señor fiscal, quien sin embargo de no haberle pasado los autos ni tener más instrucción de ellos que la relación que se hizo por el relator, hizo una oración de las más prolijas y exquisitas, en la que concluyó pidiendo, que respecto a los extraordinarios delitos de los reos, a su gravedad y circunstancias, merecían extraordinarias penas y un castigo ejemplar, por los cuales habían perdido el goce y fuero de sus privilegios; pero atendiendo a ciertas leyes y a la probanza que de su nobleza habían dado, condescendía «en que se les diese garrote saliendo de la cárcel, y el verdugo delante con el bastón y armas con que cometieron los delitos, y siendo regular ser una de las calles acostumbradas la en que vivía Dongo, el pasar por ella, los entrasen por la puerta principal, y estando un rato en ella saliesen por la cochera, por donde salieron triunfantes con el robo, salieran a pagar con sus vidas; que llegados al patíbulo, puestas en alto las armas y bastón al tiempo de la

ejecución, verificada ésta se destruyeran en el mismo tablado y que se mantuviesen los cadáveres por tres días en el suplicio para escarmiento y desagravio de la vindicta pública».

Por ser ya las ocho de la noche no se votó, y se reservó para el jueves siguiente, en el que se pronunció la sentencia, que relativamente es la siguiente:

Hecha la relación acostumbrada de los excesos y delitos de los reos, hallaron que eran de condenar, y condenaron, a que de la prisión en que se hallaban saliesen con ropa talar y gorros negros, en mulas enlutadas, a son de clarín y voz de pregonero que manifestase sus delitos, por las calles públicas y acostumbradas; y llegados al suplicio se les diese garrote poniendo el bastón y armas a la vista del público, y verificada la ejecución se destrozasen y rompiesen por mano del verdugo, separándoseles las manos derechas: que se fijasen dos en dos escarpías donde habían cometido los homicidios, y la otra donde se halló el robo, en la parte superior de la pared, todo con ejecución, sin embargo de suplicación y de la calidad; y que el dinero depositado y demás del robo se entregara a la parte de la archicofradía heredera, como se ejecutó, y esta sentencia fue dada, presente el señor fiscal.

De la que dada parte a su excelencia a las doce de este día, en su consecuencia pasó el escribano Lucero a la primera pieza del entresuelo de la cárcel, y haciéndolos traer a su presencia se las hizo saber y notificó: quienes postrados de rodillas la obedecieron conformes, y asistidos de los padres fernandinos y del rector de las cárceles bachiller don Agustín Montejano, pasaron a la capilla, quien les hizo las mayores exhortaciones de consuelo y conformidad, y postrados ante el altar hicieron una deprecación la más tierna y lastimosa, de donde tomaron sus respectivos lugares, que abrigaron con biombos.

En estos tres días se dispuso el cadalso o tablado, en medio de la plaza principal del real palacio y la de la cárcel, con el alto de más de tres varas, diez de largo y cinco de ancho, todo entapizado y guarnecido de bayetas negras, hasta el piso y palos.

El día sábado, 7 de noviembre, entró el teniente de corte y demás ministros de justicia, y tras ellos los hermanos de la caridad, quien les dijo; Ya es, hermanos, la hora de ver a Dios; y levantándose se arrodillaron delante del altar, y auxiliados a gritos pidieron misericordia, haciendo muchos actos de cristiandad, y puéstoles los hermanos las ropas fueron acompañados de muchas personas eclesiásticas y condecoradas, y tropa, por las calles acostumbradas, hasta el suplicio: subiendo primero Quintero, como capitán de ello, se colocó en el palo de en medio, Aldama en el derecho y Blanco al izquierdo. Se quebraron las armas y bastón, cuya ejecución se concluyó a la una de la tarde, durando a la vista por orden superior hasta las cinco que se pasaron a la real cárcel, y separadas las manos derechas se fijaron como se mandó, las que se quitaron el jueves 17 del mismo año, y con los hábitos de San Fernando se amortajaron y depositaron en la capilla de los Talabarteros, hasta el siguiente domingo que los hermanos de la Santa Veracruz en su parroquia hicieron un decente entierro con misa de cuerpo presente, que cantaron los fernandinos, y costó doscientos veintisiete pesos.

Este fue todo el infeliz suceso de los desgraciados agresores de Dongo y su familia.

Per misericordiam Dei, requiescant in pace. Amén.

Al concluir este artículo debemos llamar la atención de nuestros lectores. El crimen que se ha referido fue, como se ve, cometido por tres españoles, de una condición y clase no común. En ochenta años que van trascurridos no se ha vuelto a perpetrar en la capital otro atentado tan atroz de que sea víctima una familia entera. Esto da una idea del carácter de las gentes que habitan la capital,

entre las que no podemos negar que haya algunas de costumbres bien depravadas; y demuestra también que la civilización, aunque lentamente, adelanta entre nosotros, y esto lo prueban bastante las narraciones históricas que llevamos publicadas.

Manuel Payno

EL LICENCIADO VERDAD

¿Y enmudece
aquella lengua que en el ancho foro
defendió la verdad?

Navarrete, *Elegía en honor del Lic. Verdad*

I

El aliento de fuego de la revolución francesa había hecho brotar a Napoleón.

Pero si las revoluciones son como Saturno, que devoran a sus propios hijos, también es cierto que aquellas madres encuentran siempre un hijo que los sofóque entre sus brazos.

Llegó un tiempo en que Napoleón hizo desaparecer las grandes conquistas de la revolución: la república se tornó en imperio, el pueblo volvió a gemir bajo el despotismo, una nobleza improvisada, la nobleza del sable, vino a sustituir a la aristocracia de la raza, y de allí de donde los pueblos esperaban el rayo de luz que alumbrara su camino, salieron torrentes de bayonetas que llevaron hasta Egipto la conquista y la desolación; Bonaparte se constituyó árbitro de la suerte de las naciones: sin llevar en sus banderas más que orgullo, sacrificó millones de hombres a su ambición, la Francia perdió a sus hijos más valientes, su tesoro quedó exhausto, y un cometa de sangre se elevó sobre el horizonte de la política europea.

Los reyes temblaban ante el enojo del nuevo César, y palidecían cuando volvía el rostro hacia sus dominios.

Llegó por fin su turno a la España. Débil y cobarde Fernando VII, conspiró contra su mismo padre, e imploró como un favor inmenso la protección de Bonaparte. Los franceses invadieron completamente la España, y de debilidad en debilidad, Fernando acabó por abdicar el trono de sus abuelos, y Napoleón colocó sobre él a su hermano José Bonaparte.

Pero el pueblo español, abandonado por su rey, traicionado por muchos de sus principales magnates, sorprendido casi en su sueño por los ejércitos franceses que habían penetrado hasta el corazón del país, merced a la ineptitud o a la cobardía de sus gobernantes, comprendió que le habían vendido; el león que dormía lanzó un rugido; se estremeció y oyó sonar sus cadenas; entonces vino la insurrección.

Los jefes se improvisaban, brotaron soldados de las montañas y de las llanuras, una chispa se convirtió en incendio, el viento del patriotismo sopló la hoguera, y la nación toda fue un campo de batalla.

Santo, divino espectáculo el de un pueblo que lucha por su independencia: cada hombre es un héroe, cada corazón es un santuario, cada combate es una epopeya, cada patíbulo un apoteosis.

Aquella historia es un poema, necesita un Homero; todos los hombres de corazón pueden comprenderla, sólo los ángeles podrían cantarla.

La sangre de los mártires fecundiza la tierra; el que muere por su patria es un *escogido* de la humanidad, su memoria es un faro, perece como hombre y vive como ejemplo.

La grandeza de una causa se mide por el número de sus mártires; sólo las causas nobles, grandes, santas, tienen mártires; las demás sólo cuentan con sacrificios vulgares, sólo presentan uno de tantos

modos de perder la existencia.

España luchaba, luchaba como lucha un pueblo que comprende sus derechos, como lucha un pueblo patriota.

Los hombres salían al combate, las mujeres y los ancianos y los niños fabricaban el parque y cultivaban los campos.

El ejército francés era numeroso, bien disciplinado, tenía magnífico armamento, soberbia artillería, abundantes trenes, y además brillantes tradiciones de gloria.

Y sin embargo, las guerrillas españolas atacaban y vencían, porque el patriotismo hace milagros.

Entonces comenzó a organizarse la insurrección, y se formaron en España las juntas provinciales.

II

Las noticias de los acontecimientos de la metrópoli llegaron a la colonia, y los mexicanos, indignados, olvidaron por un momento su esclavitud para pensar en la suerte de España y en la injusta opresión de Bonaparte.

Hay momentos supremos para los pueblos generosos, en que el texto de su derecho internacional es el evangelio, y olvidando las reglas de la diplomacia y los sentimientos de conveniencia, sienten la gran confraternidad de las naciones, olvidan sus rencores, y brota colectivamente en las masas una especie de caridad, de pueblo a pueblo, de nación a nación.

El duque de Berg, lugarteniente de Napoleón, comunicó sus órdenes al virrey de México que lo era entonces don José de Iturrigaray, teniente general de los ejércitos españoles; pero el virrey no se atrevió a acatar aquellas órdenes ni a desobedecerlas abiertamente: quiso consultar, quiso saber si contaba con algún apoyo, y citó a la audiencia para tratar sobre esto con los oidores.

Reunióse en efecto el acuerdo. El virrey les hizo presente el motivo con que los había citado, y aquellos hombres palidecieron como si vieran a la muerte sobre sus cabezas, y apenas se atrevieron a dar su opinión.

Entonces el virrey tomó la palabra, y con un acento conmovido, protestó que antes perdería la existencia que obedecer las órdenes de un gobierno usurpador; que aún podía ponerse a la cabeza de un ejército, y combatir por la independencia y el honor de su patria. Los oidores se retiraron avergonzados y cabizbajos.

La audiencia aborrecía al virrey y le hacía una guerra sorda, y sin embargo, en aquel momento le había tenido que contemplar con respeto.

Ellos eran el vulgo delante del héroe; sólo el patriotismo pudo haber dado al indigno Fernando VII, vasallos y capitanes como los que pelearon en España y los que gobernaron sus colonias.

La noticia de estas ocurrencias se difundió bien pronto por la ciudad, y el ayuntamiento quiso también tomar y tomó parte en la cuestión.

En el año de 1701 la monarquía española cambió de dueño; el fanático Carlos II legó los extensos dominios que conquistaran y gobernaran sus abuelos a la casa de Anjou, y Felipe V se sentó sobre el trono del vencedor de Francisco I.

Aquel cambio de dinastía se verificó sin que las colonias españolas de la América hubieran dado la menor muestra de disgusto; un rey al morir dejaba a un extraño pueblos y naciones por herencia,

como un particular lega un rebaño o una heredad, porque sus súbditos eran cosas; pero esto acontecía en 1701.

La abdicación de Fernando VII y la usurpación de Bonaparte se sabían en México en 1808, es decir, entrado ya el siglo XIX.

Los nietos conocían mejor sus derechos que los abuelos; México protestó contra la usurpación: México era colonia, por eso aborrecía las conquistas; los mexicanos eran víctimas, por eso detestaban a los verdugos.

Una tarde, el ayuntamiento de México, en cuerpo, presidido de las masas de la ciudad, se presentó en palacio, las guardias batían marcha, la muchedumbre se agrupaba en derredor de los regidores, el virrey salió al encuentro de la corporación, y el alcalde puso en manos de Iturrigaray una representación.

En aquella representación el ayuntamiento, a nombre de la colonia, pedía la formación de un gobierno provisional; el virrey la leyó con agrado y la pasó en consulta a la audiencia.

El ayuntamiento se retiró en medio de las ovaciones del pueblo, que tenía ya noticia de lo que acontecía.

Esto pasaba en el mes de julio de 1808.

III

La Audiencia de México, compuesta en aquella época de hombres tímidos, intrigantes y que debían sin duda el puesto que ocupaban más al favoritismo que a sus propios méritos, no podía estar a la altura de su situación.

Los oidores, hombres vulgares que no pasaban de ser, cuando más, viejos abogados llenos de orgullo y obstinación, no pudieron comprender ni la lealtad del virrey, ni el arranque de generosidad del ayuntamiento de México, ni el esfuerzo patriótico de los españoles.

La medida propuesta por los regidores pareció, pues, al acuerdo muy avanzada, y vista a la luz de ese miedo que las almas pequeñas llaman prudencia, mereció la desaprobación de todos los oidores.

En los momentos supremos de la crisis de un pueblo, fiar el concejo o la ejecución de las grandes medidas a hombres de poco corazón o de mediana inteligencia, es comprometer el éxito, buscar en la inercia el principio de actividad, pedir arrojo al que sólo piensa en precaución.

El virrey Iturrigaray y el ayuntamiento chocaron con la audiencia; el virrey quiso renunciar el gobierno, y lo renunció en efecto, proponiéndose pasar a España a prestar sus servicios; pero este paso fue desaprobado por sus amigos y por el ayuntamiento, y no insistió más.

El 26 de julio la barca *Esperanza* trajo la noticia de que toda la España se había levantado contra la dominación francesa, proclamando la independencia, y esta noticia se recibió en México como el más plausible de los acontecimientos.

Salvas de artillería, músicas, cohetes, repiques, paseos, todo anunciaba el gozo de la colonia, porque en México se aplaudía instintivamente el esfuerzo de un pueblo que buscaba su salvación, porque toda tiranía tiene siempre, tarde o temprano, una reacción de libertad, porque aquella lucha era ya la alborada del día de la independencia de los mexicanos.

El ayuntamiento instaba por la formación de un gobierno provisional, y el virrey, mirando la

resistencia de los oidores, citó una gran junta a la que debían concurrir la audiencia, el ayuntamiento, los inquisidores, el arzobispo, y en fin, todas las personas notables de la ciudad.

El 9 de agosto se celebró por fin esta célebre sesión, a la que concurrió la audiencia, no sin haber protestado antes secretamente, que sólo asistía para evitar disgustos con el virrey.

Iturrigaray presidía la reunión, y con tal carácter invitó al síndico del ayuntamiento, licenciado don Francisco Primo Verdad y Ramos, para que usase de la palabra acerca del asunto para el que habían sido llamados.

Verdad, era un abogado insigne en el foro mexicano, dotado de una gran elocuencia y de un extraordinario valor civil. Habló, habló, pero con todo el fuego de un republicano; habló de patria, de libertad, de independencia, y por último proclamó allí mismo, delante del virrey y del arzobispo y de la audiencia, y de los inquisidores, el dogma de la soberanía popular.

Aquella fue la primera vez que se escuchó, en reunión semejante, la voz de un mexicano llamando soberano al pueblo.

El escándalo que esto produjo fue espantoso, el inquisidor don Bernardo del Prado y Ovejero no pudo contenerse, y se levantó anatematizando las ideas de Verdad; el arzobispo se declaró enfermo y pretendió retirarse.

El velo del templo se había roto, la luz había brotado por la primera vez en la colonia; después de tres siglos de oscuridad, la estatua se animaba, pero el suplicio debía seguir al reto audaz del nuevo Prometeo; los tiranos no perdonan nunca.

IV

El único resultado aparente de la primera junta, fue jurar a Fernando VII como monarca legítimo de España e Indias.

Poco tiempo después, el 30 de agosto, se presentaron en México el brigadier de marina don Juan Jabat y el coronel don Tomás de Jáuregui, hermano de la mujer del virrey, comisionados ambos por la junta de Sevilla, para exigir del virrey de México que reconociese la soberanía de esa junta y pusiese a su disposición el tesoro de la colonia.

Reunióse con este motivo una segunda junta, y allí los comisionados presentaron sus despachos y sus autorizaciones, que se extendían hasta aprehender al virrey en caso de que se negase a obedecer.

Las discusiones fueron acaloradas, la sesión se prolongó por muchas horas, y por fin llegó a resolverse definitivamente que no se reconocía a la junta de Sevilla.

Llegaron pliegos de la junta de Oviedo, conteniendo la misma pretensión: volvió el virrey a citar otra junta, leyólos en ella y agregó, que España estaba en la más completa anarquía, y que su opinión era no obedecer a ninguna de aquellas juntas.

Siguióse aún otra junta, tan acalorada como las anteriores, y el virrey insistía siempre en renunciar, a lo que se oponía con tenacidad el ayuntamiento, y sobre todos el licenciado Verdad.

En fin, Iturrigaray se decidió a formar en México una junta y un gobierno provisional, a imitación de los de España; llegaron a expedirse las circulares a los ayuntamientos, y la villa de Jalapa nombró sus dos comisionados que se presentaron en la capital.

Los oidores no estaban conformes con esa resolución; pretendían indudablemente deshacerse del

virrey, con el objeto de que la audiencia entrase a gobernar, y como en aquellos días el rey no podía nombrar otro virrey en lugar de Iturrigaray, y las juntas españolas no eran reconocidas en México, el poder quedaría durante largo tiempo en manos de la audiencia.

Los oidores Aguirre y Batani, eran el alma de esta conjuración; casi todas las noches se reunían a conspirar los de la audiencia y sus amigos; el fiscal Borbón adulaba al virrey en su presencia, y conspiraba con tanto ardor como los demás; Iturrigaray estaba sobre un volcán.

El ayuntamiento era partidario del virrey, porque el virrey sostenía la buena causa; pero el ayuntamiento de México no pudo o no quiso apoyar a Iturrigaray, y se abandonó, sin conocer que en medio de las tinieblas conspiraba la audiencia, y que el virrey debía arrastrar en su caída a los regidores.

Los comisionados de la junta de Sevilla trabajaban también contra el virrey; Jáuregui, a pesar de ser su cuñado, y Jabat porque era enemigo personal de Iturrigaray desde que éste vivía en España.

La suerte favoreció en su empresa a los conspiradores.

V

El odio de los oidores al virrey no conoció límites; habían jurado perderle, y lo cumplieron.

El 15 de septiembre en la tarde salía Iturrigaray a paseo, y al bajar las escaleras de palacio, una mujer del pueblo se arrojó a sus pies.

—En nombre del cielo, lea vuestra excelencia ese papel —le dijo presentándole una carta.

—¿Qué pides, hija mía? —preguntóle bondadosamente el virrey.

—Nada para mí, sólo que vuestra excelencia lea con cuidado ese papel.

La mujer se levantó y se alejó precipitadamente. El virrey, pensativo, montó en su carroza.

Tenía Iturrigaray la costumbre de ir todas las tardes a pescar con caña en las albercas de Chapultepec; así es que apenas entró en su carroza, los caballos partieron en aquella dirección y el cochero no esperó orden ninguna.

Durante el camino, Iturrigaray leyó la carta que la mujer le había entregado; era la denuncia de una conspiración que debía estallar aquella noche.

El virrey sonrió con desdén, guardó la carta y no volvió a pensar más en ella.

Sin embargo, no era porque no creyese que conspiraban contra él, sino porque esperaba los regimientos de Jalapa, de Celaya y de Nueva Galicia, con los cuales contaba para sofocar cualquiera rebelión.

Pero la audiencia se había adelantado. Don Gabriel Yermo, rico hacendado, se prestó a servir a los oidores en su complot, e hizo venir de sus haciendas un gran número de sirvientes armados.

Con este auxilio, y contando con el jefe de la artillería don Luis Granados, que tenía su cuartel en San Pedro y San Pablo, determinaron dar el golpe.

El día 15 de septiembre de 1808 los conjurados fueron al palacio del arzobispo, y allí el prelado los exhortó y los bendijo para que salieran airosos del lance.

Arrojáronse entonces los conjurados sobre palacio, que tomaron sin dificultad de ninguna especie, porque además de que contaban ya con el oficial de la guardia, habían, por más precaución, hecho entrar allí desde la tarde a ochenta artilleros.

Llegaron, pues, hasta la alcoba de Iturrigaray, que dormía tranquilamente, y que despertó rodeado de sus enemigos, que le intimaron darse a prisión.

El virrey no opuso resistencia; los sublevados se apoderaron de su persona, lo hicieron entrar en un coche, en el que iban el alcalde de corte don Juan Collado y el canónigo don Francisco Jaravo, y le condujeron a la Inquisición, adonde quedó preso en las habitaciones mismas del inquisidor Prado y Ovejero.

La virreina, en compañía de sus dos hijos pequeños, fue conducida al convento de San Bernardo, y los oidores, presididos por el arzobispo, se reunieron al día siguiente muy temprano para comenzar su feliz gobierno.

Así se consumó aquella revolución, que dio por resultado la prisión de don José de Iturrigaray y de su familia, y el secuestro de todos sus papeles y bienes.

Los individuos que formaban entonces la audiencia y que fueron los directores de la conspiración, eran:

Regente: Catani; oidores: Carbajal, Aguirre, Calderón, Mesia, Bataller, Villafaña, Mendieta; fiscales: Borbón, Zagarurieta, Robledo.

VI

La caída del virrey debía producir indudablemente la del ayuntamiento, y así sucedió.

Casi al mismo tiempo que aprehendieron a Iturrigaray, redujeron a prisión al licenciado Verdad, al licenciado Azcárate, al abad de Guadalupe don Francisco Cisneros, al mercedario fray Melchor de Talamantes, al licenciado Cristo y al canónigo Beristáin.

Fray Melchor de Talamantes fue conducido a San Juan de Ulúa, y allí en un calabozo expiró, habiendo sido tratado con tanta crueldad, que hasta después de muerto se le quitaron los grillos. Azcárate estuvo a punto de morir envenenado.

Pero entre todos los presos ninguno tenía sobre sí el odio de la audiencia como el licenciado Verdad.

Verdad se había atrevido a hablar de la soberanía del pueblo delante de los oidores, de los inquisidores y del arzobispo, y este era un crimen imperdonable.

En efecto, si se consideran las circunstancias en que esto aconteció, no puede menos de confesarse que Verdad, con un valor del que hay pocos ejemplos, lanzó el más tremendo reto a los partidarios del *derecho divino*, hablando por primera vez en México de la soberanía del pueblo; este solo rasgo basta para inmortalizar a un hombre.

El licenciado Verdad fue encerrado en las cárceles del arzobispado, y una mañana, el día 4 de octubre de 1808, se supo con espanto en México que había muerto.

¿Qué había pasado? Nadie lo sabía; pero todos lo suponían, y don Carlos María de Bustamante, en el suplemento que escribió a los *Tres siglos de México*, asegura que Verdad, amigo íntimo suyo, murió envenenado.

Bustamante refiere que él fue en la mañana del mismo día 4 y encontró a Verdad muerto en su lecho.

Pero indudablemente Bustamante se engañó: he aquí el fundamento que tengo para decir esto.

Cuando en virtud de las Leyes de Reforma el palacio del arzobispado pasó al dominio de la nación, de la parte del edificio que correspondía a las cárceles se hicieron casas particulares, una de las cuales es la que hoy habita como de su propiedad, uno de nuestros más distinguidos abogados, don Joaquín María Alcalde.

El comedor de esta casa fue el calabozo en que murió Verdad, y cuando por primera vez se abrió al público, yo vi en uno de los muros el agujero de un gran clavo, y al derredor de él, un letrero que decía sobre poco más o menos:

Éste es el agujero del clavo en que fue ahorcado el Lic. Verdad.

Y todavía en ese mismo muro se descubrían las señales que hizo con los pies y con las uñas de las manos el desgraciado mártir, que luchaba con las ansias de la agonía.

Allí pasó en medio de la oscuridad una escena horriblemente misteriosa; el crimen se perpetró entre las sombras y el silencio.

Los verdugos callaron el secreto: Dios hizo que el tiempo viniese a descubrirle.

La historia encontró la huella de la verdad en unos renglones mal trazados, y en un muro, que guardó las señales de las últimas convulsiones de la víctima.

Vicente Riva Palacio

HIDALGO

¿Quién era Hidalgo? ¿De dónde venía? ¿En dónde había nacido? ¿Qué hizo hasta el año de 1810?

¿Qué nos importa? Quédese el estéril trabajo de averiguar todos esos pormenores al historiador o al biógrafo que pretendan enlazar la vida de un héroe con ese vulgar tejido de las cosas comunes.

Hidalgo es una ráfaga de luz en nuestra historia, y la luz no tiene más origen que Dios.

El rayo, antes de estallar, es nada, pero de esa nada brotó también el mundo.

Hidalgo no tiene más que esta descripción: Hidalgo era Hidalgo.

Nació para el mundo y para la historia la noche del 15 de septiembre de 1810.

Pero en esa noche nació también un pueblo.

El hombre y el pueblo fueron gemelos; no más que el hombre debía dar su sangre para conservar la vida del pueblo.

Y entonces el pueblo no preguntó al anciano sacerdote: ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu raza?

—Sígueme —gritó Hidalgo.

—Guía —contestó el pueblo.

El porvenir era negro como las sombras de la noche en un abismo.

Encendióse la antorcha, y su rojiza luz reflejó sobre un mar de bayonetas, y sobre ese mar de bayonetas flotaban el pendón de España y el estandarte del Santo Oficio.

Del otro lado estaba la libertad.

El hombre anciano y el pueblo niño, no vacilaron.

Para atravesar aquel océano de peligros, al pueblo le bastaba tener fe y constancia; tarde o temprano su triunfo era seguro.

El hombre necesitaba ser un héroe, casi un dios, su sacrificio era inevitable.

Sólo podía iniciar el pensamiento. En aquella empresa la esperanza sólo era una temeridad.

Acometerla era el sublime suicidio del patriota.

El hombre que tal hizo, merece tener altares; los griegos le hubieran colocado entre las constelaciones.

Por eso entre nosotros Hidalgo simboliza la gloria y la virtud.

La virtud ciñó su frente con la corona de plata de la vejez.

La gloria le rodeó con su aureola de oro.

Entonces la eternidad le recibió en sus brazos.

Hay proyectos inmensos, que por más que el hombre los madure al fuego de la meditación, siempre brotan informes.

Porque una inteligencia, una voluntad, un solo corazón, no pueden desarrollar ese pensamiento.

Porque el iniciador arroja nada más el germen que debe fecundarse y brotar y florecer en el cerebro y en el corazón de un pueblo entero.

Porque aquel germen debe convertirse en un árbol gigantesco que necesita para vivir de la savia que sólo una nación entera puede darle.

Estas son las revoluciones.

Germen que se desprende, con la palabra, de la inteligencia del escogido.

Árbol que cubre con sus ramas a cien generaciones, cuyas raíces están en el pasado, cuya fronda crece siempre con el porvenir.

México había olvidado ya, que en un tiempo había sido nación independiente; los hijos oían a sus padres hablar del rey de España, como rey de los padres de sus padres.

El hábito de la obediencia era perfecto.

Dios había ungido a los reyes; ellos representaban al Altísimo sobre la tierra; el derecho divino era la base de diamante del trono; para llegar a las puertas del cielo era preciso llevar el título de lealtad en el vasallaje; los reyes no eran hombres, eran el eslabón entre Dios y los pueblos; atentar contra los reyes, era atentar contra Dios, por eso la majestad era sagrada.

La obediencia era, pues, una parte de la religión.

Pero la religión no se circunscribía entonces al consejo y a la amenaza; no eran las penas de la vida futura ni los goces del cielo, el premio o el castigo del pecador, no; entonces la Iglesia dejaba que Dios juzgase y castigase más allá de la tumba, pero ella tenía sobre la tierra sus tribunales.

El Santo Oficio velaba por la religión, y la obediencia al rey era parte de la religión.

Leyes, costumbres, religión, todo estaba en favor de los reyes.

¿Cómo romper de un solo golpe aquella muralla de acero?

La historia de la Independencia de México puede representarse con tres grandes figuras:

Hidalgo, el héroe del arrojo y del valor.

Morelos, el genio militar y político.

Guerrero, el modelo de la constancia y la abnegación.

Quizá ningún hombre haya acometido una empresa más grande con menos elementos que Hidalgo.

¡Ser el primero! ¡Ser el primero y en una empresa de tanta magnitud y de tanto peligro!

Cuando un hombre se reconcentra en sí mismo, y cuando medita en todo lo que quiere decir «ser el primero», entonces es cuando comprende la suma de valor y de abnegación que han necesitado poseer los grandes «iniciadores» de las grandes ideas.

Entonces, al sentir ese desconsolante calosfrío del pavor, que nace, no más, ante la idea del peligro, entonces puede calcularse cuál sería este peligro, entonces se mide la grandeza del espíritu de los héroes.

Colón al pretender la unión de un nuevo mundo a la Corona de España, tenía la fe de la ciencia y el apoyo de dos monarcas. Hidalgo al querer la libertad de México, no contaba más que con la fe del patriotismo.

Colón buscó la gloria, Hidalgo el patíbulo; el uno fio su ventura a las encrespadas ondas de un mar desconocido; el otro se entregó a merced del proceloso mar, de un pueblo para él también desconocido.

Hidalgo comprendió que la religión fulminaría los rayos del anatema contra su empresa; que el rey lanzaría sobre él sus batallones; que los ricos y los nobles se unirían en su contra; que los plebeyos, espantados, escandalizados, ignorantes, huirían de él; que el confesonario se tornaría en oficina de policía; que el clero y la Inquisición no dormirían un solo instante; que la calumnia tronaría contra él en las tribunas, en los púlpitos y en las cátedras; todo lo comprendió, y sin

embargo, en un rincón de Guanajuato, en el pueblo de Dolores proclamó la Independencia.

Dolores es, en la geografía, una pequeña ciudad del estado de Guanajuato.

Dolores, en la historia, es la cuna de un pueblo.

El pedernal de donde brotó la chispa que debía encender la hoguera.

La roca herida por la vara del justo, de donde nació el torrente que ahogó a la tiranía.

Al pisar por la primera vez un mexicano aquella tierra de santos recuerdos para la patria, siente latir con más violencia su corazón.

Al llegar frente a la modesta casa que ocupaba el patriarca de la Independencia; al penetrar en aquellas habitaciones; al encontrarse en la estancia; que en solitarios paseos midió tantas veces el respetable anciano, se siente casi la necesidad de arrodillarse.

Instintivamente los hombres se descubren allí con veneración, y alzan el rostro como buscando el cielo, y las miradas se fijan en aquel techo, en cuyas humildes vigas tuvo mil veces clavados sus ojos el virtuoso sacerdote, mientras la idea de la esclavitud de su patria calcinaba su cerebro.

¡Cuántos días de congoja! ¡Cuántas noches de insomnio! ¡Cuántas horas de tribulación!

Aquellos muros guardaron el secreto del héroe, ahogaron los suspiros del hombre, se estremecieron con el grito del caudillo.

Aquella pobre casa, tan pequeña, podía contener en su recinto todo el ejército de Hidalgo en la noche del 15 de septiembre de 1810. Y sin embargo, con sólo eso se iba a derribar un trono, a libertar un pueblo, a fundar una nación.

Hernán Cortés fue un gran capitán, porque con un puñado de valientes conquistó el imperio de Moctezuma.

Hidalgo, con un puñado también de valientes, proclamó la libertad de ese mismo imperio, por eso fue un héroe.

La superstición y la superioridad de las armas aseguraron el triunfo de Cortés.

El fanatismo y la superioridad de las armas anunciaron la derrota de Hidalgo.

Pero uno y otro triunfaron; Cortés plantó el pendón de Carlos V en el palacio de Moctezuma.

Hidalgo murió en la lucha, pero sus soldados arrancaron ese pendón, y México fue libre.

Hidalgo pasó como un meteoro, y se hundió en la tumba, pero el fulgor que esparció en su rápida carrera, no se extinguió. Unas cuantas fechas bastan para recordar esa historia cuyos pormenores viven en la memoria de todos.

Hidalgo proclamó la Independencia el 15 de septiembre, el 28 del mismo mes entró vencedor en Guanajuato. Triunfó en las Cruces el 29 de octubre, y en Aculco el 7 de noviembre.

El 30 de julio de 1811 moría en Chihuahua en un patíbulo.

Para hablar de Hidalgo, para escribir su biografía, sería preciso escribir la historia de la Independencia.

Débiles para tamaña carga, apenas podemos dedicarle un pequeño homenaje de admiración y gratitud, y creeríamos ofender su memoria, si para honrarle quisiéramos recordar si fue buen rector de un colegio o si introdujo el cultivo de la morera.

Hidalgo es grande porque concibió un gran proyecto, porque acometió una empresa gigantesca,

porque luchó contra el fanatismo religioso que apoyaba el supuesto derecho del rey de España, contra los hábitos coloniales arraigados con el transcurso de tres siglos, contra el poder de la metrópoli que podía poner millares de hombres sobre las armas.

Hidalgo es héroe porque comprendió que su empresa se realizaría, pero que él no vería nunca la tierra de promisión.

Hidalgo será siempre en nuestra historia una de las más hermosas figuras, y a medida que el tiempo nos vaya separando más y más de él, se irá destacando más luminosa sobre el cielo de nuestra patria, y para nosotros llegará un día en que su nombre sea una religión.

Vicente Riva Palacio

ALLENDE

I

Un día, hace ya algunos años, caminaba yo por las montañas. Lira la estación de primavera; los campos habían vestido su verde ropaje, las florecillas asomaban tímidas sus corolas por las grietas de las rocas. Las unas eran rojas como el pudor de la mujer a los diez y seis años, las otras moradas como la tristeza que se apodera del corazón en cierta época fatal de la vida, las otras amarillas color de oro como la alegría de la juventud. ¿Habéis visto los pajarillos volar de una roca a otra, colgarse después de una rama, recoger, batiendo las alas, el alimento que Dios derrama en las praderas para sus lindas criaturas? ¿Habéis visto al insecto dorado besar amoroso a las flores y sacar su néctar y llevarse su polen?... Todo era fiesta y regocijo en la naturaleza. El cielo azul, el campo con los ruidos misteriosos de la naturaleza, el viento arrojando la delicia y la voluptuosidad con sus frescas alas en medio de los rayos del sol, las montañas unas tras otras, altas, azules, majestuosas, dejando ver en sus eternas cimas los pinos viejos y añosos y los cedros tiernos y verdes; grandes y solitarias alamedas plantadas por la mano de la naturaleza...

Repentinamente cambió todo este paisaje, y el camino, por una angosta vereda, me condujo a una de esas mesas interminables de la Sierra Madre, donde la vegetación es mezquina, donde las rocas asoman sus calvas cabezas y donde las aves pasan rápidas en parvadas, porque su vista no descubre ni árboles ni flores. El calor era cada vez más fuerte, los rayos del sol de medio día reflejaban sobre las superficies blancas y producían una especie de vértigo que entraba por los ojos y se respiraba en la atmósfera abrasada. Ni un árbol, ni un animal, ni siquiera una choza en aquella inmensa soledad que se perdía en el horizonte tembloroso y lleno de vapores, que no alcanzaba a percibir la vista: era el verdadero desierto de la Siria.

II

¡Qué encanto! ¡Qué sorpresa, qué sensación tan inesperada y tan agradable! El desierto desaparece repentinamente, se transforma, se hunde a mis pies, y allá en una profundidad diviso una cosa maravillosa. Es un jardín, y dentro de ese jardín una ciudad con altas cúpulas resplandecientes, con casas encarnadas y blancas, con sus almenas feudales y sus balconerías, con calles como si fueran sembradas entre las peñas, y luego diviso los arroyos cristalinos que corren como cintas plateadas, siento la deliciosa humedad, sube hasta mi rostro el perfume de las flores, y se llenan mis pulmones de ese aire embalsamado y vivificante que emana de los mejores amigos del hombre, de los hermosos árboles que crio y cultiva con tanto primor la maravillosa mano del grande y excelso Jardinero del mundo.

Unos cuantos minutos más, y estoy ya dentro de San Miguel el Grande, dentro de esa ciudad donde todo es amable, donde todo es bello, donde son simpáticas hasta las pobres muchachuelas que con sus zagalejos encarnados atraviesan las calles, cargadas con su verdura, con sus aves o con sus manojos de flores.

San Miguel el Grande es en el interior lo que es Jalapa en la costa del Golfo y lo que es Tepic en

el mar del sur. Ciudades que son al mismo tiempo aldeas, pueblos, haciendas, jardines, todo a la vez, y participan en ciertas ocasiones del bullicio y de la animación de la ciudad grande, otras de la apacible quietud del pueblo pequeño, y siempre del aroma y de la belleza de los jardines.

San Miguel, además de su posición, de su hermosura y de su clima, es todo él un libro abierto, un monumento histórico, un almanaque de los sucesos de la Independencia. En Querétaro, en San Miguel y en Dolores nació y se desarrolló todo el drama sangriento cuyo prólogo terminó en los patíbulos de Chihuahua.

III

Allende fue el mosquetero de la revolución. Comenzó batiéndose con la espada y la pistola, y pocos días antes de morir todavía arrojó sus balas a la frente de los jefes españoles. Los historiadores que lo conocieron lo describen como un hombre alto, bien hecho, hermoso, fuerte, ágil en el manejo de las armas, guapo y airoso disparándose en su caballo contra los enemigos, resuelto y pronto en sus ataques, excelente militar para su época, y hombre de previsión. No siempre se siguieron sus consejos y sus inspiraciones, y quizá por esto la guerra de Independencia no terminó en el primer periodo en que hizo el mismo empuje terrible que la pólvora que se prende encerrada en una mina.

La idea de la independencia y de la libertad aparece depositada en el cerebro de Allende mucho antes del año de 1810. ¿Fue el verdadero autor de la idea, o el colaborador de Hidalgo? Parece que lo primero es más probable; pero la gloria reflejó de una manera más intensa en el anciano de Dolores, mientras la muerte y la tumba fueron igualmente negras e inexorables para los dos.

Allende era hijo de ese pintoresco pueblo de San Miguel, de que he hablado, y su familia y su posición social, tan distinguidas que llegó a ser capitán de dragones de la reina. Sirvió en San Luis a las órdenes de Calleja, y después en el célebre cantón de las Villas.

En principios del año de 1810 ya se registran diversas historias y tradiciones que comprueban que Allende, en unión de otros oficiales de su cuerpo, habían pensado en la independencia, y que de todo esto tenía conocimiento Hidalgo. La conjuración se descubre, el intendente Riaño, de Guanajuato, manda prender a todos los que según la denuncia estaban comprometidos; pero Allende intercepta por una rara casualidad la orden, manda ensillar sus caballos, y en medio de las sombras y saltando peñascos y barrancas, corre veloz como el viento, llega a las doce de la noche a Dolores, despierta a Hidalgo, hablan los dos un momento, se deciden a arrojarse a lo desconocido de las aventuras, a lo lúgubre y sangriento de la guerra; en una palabra, allí abren su sepulcro, labran su ataúd, al saludar a la libertad dicen adiós a la vida, se despiden de la bella naturaleza, y dan con cuatro o cinco miserables del pueblo el tremendo e histórico grito de Dolores, el 16 de septiembre de 1810. He aquí la Independencia, historia sencilla, rápida, magnífica, sorprendente, inesperada como todas las grandes cosas.

IV

Comenzaron esta obra terrible media docena de hombres. Los mexicanos nunca han medido los acontecimientos, y una vez decididos, no han conocido tampoco ni la magnitud de las dificultades, ni

han podido ya comprender ese triste fenómeno nervioso que se llama miedo. Se lanzan, se arrojan a una aventura, sin temor de estrellar su frente contra ese obstáculo de fierro que se llama lo imposible.

De Dolores marcharon Hidalgo y Allende a San Miguel el Grande. Lo primero que hicieron fue entrar a una iglesia y sacar el lábaro al derredor del cual había de reunirse el pueblo oprimido y desheredado. De San Miguel, la marcha fue a Celaya. Ya no eran seis los personajes, sino sesenta mil. En momentos habían aumentado en una progresión decimal asombrosa y nunca vista.

Hidalgo era el generalísimo. Allende era su segundo; pero estas distinciones poco importaban entre masas que no podían tener organización. Eran masas, instrumentos, fuerzas depositadas durante siglos, y empujadas por el huracán de la guerra. En vez de seguir a la capital esta avalancha humana, retrocedió y se dirigió a Guanajuato.

En el curso de este libro hemos referido historias bien trágicas; pero la primera cosa verdaderamente terrible que se vio en Nueva España, fue el choque del pueblo desbordado contra la autoridad secular. Es lo mismo en la naturaleza: el río rompe el dique, el mar traga a las playas, el huracán arrebató los árboles, el volcán hunde las ciudades bajo de sus lavas. La revolución arrebató a la autoridad y la destroza. Las fuerzas todas de la naturaleza se parecen. El orden físico tiene una hermandad, una alianza con el orden moral.

Los seis hombres, multiplicados, centuplicados, fueron a romper con sus pedazos de miembros, con sus cabezas erizadas por la rabia, con su sangre derramada por mil heridas, las fuertes murallas del castillo de Granaditas, colocado como un gigante fabuloso, como un cancerbero, a la entrada de ese Guanajuato que encerraba tanta plata, tanto oro, tanta pedrería acumulada por la paz y arrancada a las entrañas de la tierra durante tres siglos.

En la peregrinación a que nos referimos al escribir este artículo, nuestros pasos fueron por todos los lugares donde había algún recuerdo. Recogidos dentro de nosotros mismos, un árbol, la casa de una hacienda, la barranca, la vereda o la loma nos daban materia para pensar en todos aquellos acontecimientos trágicos y extraños que precedieron a nuestra existencia como nación independiente. Así, de rancho en hacienda y de hacienda en pueblo llegamos a Guanajuato, y no volviendo de pronto la vista ni a las tahonas que molían el metal, ni a las minas profundas ni a los tejos de plata que caminaban a la Casa de Moneda, nos detuvimos delante del sangriento castillo de Granaditas. Con la historia en la mano y con muchos testigos a nuestro lado, que nos contaban las cosas como si acabaran de pasar, escribimos entonces algunas líneas. No las podemos hoy ni variar ni escribir de otra manera. Las trasladamos aquí para que formen parte de esta gran colección donde hemos resumido las misteriosas lecciones y las tristes enseñanzas de la suerte de los hombres y de los pueblos.

No olvidemos que estamos el 28 de septiembre de 1810, delante de Guanajuato, en compañía de Hidalgo, de Allende, de Abasolo, Camargo, y de la multitud que seguía este movimiento terrible de la Independencia.

V

Luego que cundió la noticia de la llegada del ejército insurgente, la conmoción fue grande; aquellas calles angostas y pendientes de Guanajuato se llenaron de gente que corría en todas direcciones, se

atropellaban y preguntaban, temerosos cuál sería la suerte de la población. Muchos españoles que calcularon que las cosas no habían de pasar muy bien, tomaron su resolución definitiva, y recogiendo parte de sus intereses y poniendo en seguridad el resto, se marcharon de la ciudad por los caminos no ocupados por las tropas insurgentes. Esta emigración produjo una consternación difícil de pintar; pero fue forzoso que quedaran los que no tenían posibilidad de huir, o los que demasiado entusiasmados por la causa del rey, creían en la victoria.

Por entonces el conflicto hubiera sido mucho mayor, si un hombre, sobreponiéndose al peligro y aun a sus opiniones privadas e íntimas, no hubiera, con su actividad y sangre fría, asegurado medianamente a la ciudad. Éste era el intendente Riaño, y del cual es forzoso hablar dos palabras. Riaño era uno de esos tipos raros, donde por una feliz concurrencia de circunstancias están reunidas las cualidades más brillantes, tanto físicas como morales. Hombre de instrucción, de experiencia y de buen juicio, comprendía perfectamente que los pueblos, como las familias, es forzoso que, trascurriendo un número dado de años más o menos corto, se emancipen y formen otra sociedad. Esta reproducción continua, esta indispensable formación es la que ha criado las naciones y ha dividido el mundo en pequeñas porciones. Así, pues, en el fondo de su conciencia no sólo opinaba por la causa de la Independencia, sino que calculaba que una vez encendido el fuego, sólo se apagaría con los escombros y las ruinas del gobierno colonial; mas español y caballero, y leal ante todo, como esos soldados casi fabulosos e increíbles que seguían a Gonzalo de Córdoba, en los momentos de peligro acalló la voz de su corazón, y no escuchando más que el grito del deber, que como primer funcionario público le obligaba a defender al gobierno, se preparó a una obstinada resistencia, calculando que el resultado no podía ser otro sino sucumbir. Así sucedió; Riaño trazó el plan para fortificar el fuerte de Granaditas, sin pensar que erigía su sepulcro. Siempre es un dolor que el destino reserve un fin trágico a esos hombres que, cualquiera que sea su creencia política, son un modelo de honor y de virtudes. Mas volvamos a nuestra narración.

Riaño, con una actividad increíble, mandó abrir fosos en las calles, construir trincheras, animó a los moradores ya decaídos y abatidos, y puso sobre las armas cuanto fuerza le fue posible. Ejecutadas estas medidas, en las que empleó tres días y tres noches, sin dedicar ni una sola al descanso, pasó revista a sus tropas y aguardó más tranquilo los acontecimientos. Una circunstancia vino a alarmar al jefe y a los propietarios. Pensaron, y racionalmente, que la fuerza era muy corta para defender la ciudad, y que en este concepto las tropas insurgentes se derramarían por algunas calles, entregándose a la matanza y al saqueo. La cosa era urgente; así es que, después de un largo debate entre los personajes de más categoría y Riaño, se decidió que los caudales del gobierno y los de los particulares que quisieran, se encerrarían en el fuerte de Granaditas, y allí la defensa se haría con éxito. La medida no hubiera sido del todo mala si Granaditas no se hallara dominado por el cerro del Cuarto y otros edificios; pero como ya no era posible más dilación, se adoptó la medida que va referida. Inmediatamente comenzó a transportarse dinero, plata y oro en pasta, baúles de efectos preciosos, alhajas, ropa, y, en una palabra, cuanto tenían de más valor y estima los riquísimos comerciantes, mineros y propietarios de la ciudad. En los días 25 y 26 una cadena no interrumpida de cargadores estuvo entrando al fuerte y depositando los tesoros en las salas más cómodas y seguras del edificio. Esta tarea concluida, ya que no había más tesoros que encerrar, se introdujo maíz y otros víveres, y los dueños, con sus armas y municiones, entraron en el edificio, cerraron con dobles

cerrojos y con fuertes trancas las puertas, y esperaron al enemigo.

Éste no se hizo aguardar. En cuanto al pueblo, no era difícil pensar lo que haría, tanto más, cuanto que también tenía un caudillo esforzado que lo guiara. Éste era un muchachillo de poco más de 21 años, pelo rubio, ojos azules y fisonomía inteligente y picaresca. Había sido peón en las minas, y después barretero; poseía, como toda esta gente ocupada en recios y peligrosos trabajos, un grado de valor y de audacia casi prodigiosos. Luego que el cura Hidalgo se aproximó a Guanajuato, el atrevido muchacho salió a reconocer la clase y número de gente de que se componía el ejército invasor, y con aquel instinto natural que muchas veces excede a los cálculos de la ciencia y de la política, pensó que el negocio iba a ser funesto a los guanajuatenses. En consecuencia, el muchacho se dirigió a Mellado, allí tomó una tea, y descendiendo rápidamente por aquellas lóbregas cavernas, comenzó a gritar: «afuera muchachos; ya tenemos independencia y libertad». Los barreteros no comprendían absolutamente el sentido de estas palabras; mas el muchacho les añadió: «que una vez entrado el cura Hidalgo, como de facto entraría vencedor en Guanajuato, los tesoros encerrados en Granaditas serían del pueblo». Desde aquel momento no hubo más que una voz: *afuera muchachos: a Granaditas*. Aquellos hombres, ya preparados a la furia y a la matanza, abandonaron sus trabajos, desoyeron la voz de los capataces y salieron de las minas vociferando palabras de muerte y de exterminio. Algunas bandadas de hombres se dirigieron al cerro del Cuarto, al de San Miguel y a diversas alturas, y otros se desparramaron por las calles de Guanajuato y cercanías de Granaditas, formando grupos silenciosos y afectando una especie de indiferencia fría y terrible. Riaño, que había contado con el auxilio de la plebe, miró con pavor estas masas de gentes que lo amenazaban con su silencio, y se convenció que no tenía ya que esperar más auxilio que el de Dios.

El 28 se presentaron como comisionados de Hidalgo el coronel Camargo y el teniente coronel Abasolo. En la trinchera de la calle de Belén fueron detenidos, y habiendo manifestado el primero que deseaba entrar al fuerte y hablar verbalmente a Riaño, se le vendaron los ojos, y en esta forma se le condujo hasta la sala, donde reunida una especie de junta de guerra, se discutía lo que sería conveniente resolver. Abasolo no quiso aguardar, y se retiró al campo insurgente.

—Estáis en disposición de hablar, señor coronel —dijo Riaño a Camargo con voz afable y serena—; decid el objeto de vuestra comisión.

Camargo sacó un pliego cerrado, y sin contestar palabra lo entregó a Riaño; éste lo abrió, lo recorrió rápidamente con la vista, y luego, volviéndose a los que componían la junta les dijo:

—El cura Hidalgo me manifiesta que habiéndose pronunciado por la libertad, un numeroso pueblo lo sigue...

Un rumor sordo circuló entre los circunstantes: Riaño, que lo advirtió, prosiguió con calma:

—Hidalgo quiere evitar la efusión de sangre, y nos amonesta para que nos rindamos, garantizando nuestras vidas y propiedades: leed.

El oficio se leyó en voz alta por un individuo; un silencio profundo sucedió; ni el aleteo de una mosca se escuchaba, y si acaso sólo se oía el tenue ruido que provenía del latido del corazón de aquellos hombres cuyos rostros lívidos y descompuestos, cuyas miradas tristes y descarriadas anunciaban que estaban poseídos de espanto y de pavor.

Riaño, que notó estos sentimientos, continuó con voz tan tranquila y dulce como si estuviera en una conversación familiar:

—Mi deber como magistrado me ha obligado a tomar algunas medidas de defensa; pero esto no quiere decir que ustedes deban sacrificarse a mis ideas, a mis caprichos. El ejército de Hidalgo puede ser muy numeroso; traerá sin duda artillería, y en este caso la resistencia es inútil y pereceremos...

—Es verdad —dijeron dos o tres voces.

—En ese caso vale más rendirse que no hacer una necia resistencia...

Hubo un silencio de algunos instantes, durante los cuales Riaño y Camargo cambiaron una mirada de alegría, hasta que una voz ronca y firme gritó:

—No, nada de capitulación, nada: vencer o morir.

—Sí, vencer o morir —clamaron también los demás, animándose súbitamente...

—¿Conque estáis decididos? —preguntó Riaño tristemente...

—Sí, enteramente...

—Entonces, como español y como jefe, veréis que sé cumplir con mi deber. Una vez que sé vuestra opinión, no tendréis que quejaros de mí. —Al decir esto sentóse en una mesa y escribió la contestación negativa, y levantándose la dio al coronel Camargo, sin que una sola facción de su rostro se alterara; sin que su voz perdiera ni su firmeza ni su dulzura, sin que una sola de sus miradas pudiese revelar lo que pasaba dentro de aquel hombre que veía ya el sacrificio muy cercano.

—¿No habrá ya medio de allanar estas cosas mejor? —dijo Camargo.

—Ninguno: esta gente no vuelve atrás, y yo no puedo tampoco hacerles más instancias: dirían que soy un cobarde.

Camargo fue llamado a almorzar en compañía de Iriarte y de algunos otros españoles; cuando hubo concluido se dirigió a Riaño:

—Conque por fin...

—Está ya dada la respuesta —le dijo Riaño— pero añadid a Hidalgo, que a pesar de la desgraciada posición en que nos encontramos, por la diferencia de nuestras opiniones, le agradezco en mi corazón su amistad, y acaso aceptaré más tarde su protección y asilo.

Camargo y Riaño se estrecharon la mano; después vendaron los ojos al primero y lo condujeron así hasta afuera de la trinchera.

—Ahora —dijo Riaño con voz de trueno y mirando que todos permanecían en la inacción—, es menester defenderse; y pues no hay otro remedio, morir como buenos españoles.

Inmediatamente dio sus disposiciones y formó a toda la tropa disciplinada en la plazuela de la Alhóndiga; a los que tenían mejores armas los colocó en las troneras del edificio, y otra porción la destinó a la noria y azotea de la hacienda de Dolores que se comunicaba con Granaditas y dominaba la calzada.

En cuanto al ejército insurgente, luego que llegó Camargo con la contestación negativa, un solo grito se dejó oír, y fue el de “mueran los gachupines”, y aquella masa enorme de hombres armados con picas, palos y machetes, comenzó a moverse. Era una larga serpiente la que retorciéndose por los cerros y por el camino se dirigía a Granaditas. A la una del día ya la multitud había ocupado todas las alturas que dominan a Guanajuato, y los sitiados podían oír los gritos de furor que de vez en cuando lanzaban los enemigos, y ver las banderolas azules, amarillas y encarnadas formadas con mascadas, y que eran los estandartes a cuyo rededor se agrupaba todo el populacho. Los españoles

de la hacienda de Dolores dispararon algunos tiros y mataron a tres indios. Esta sangre fue como la chispa que necesitaba esta inmensa cantidad de combustible. Un clamor tremendo se escuchó, que fue reproduciéndose desde las cercanías del fuerte hasta la vanguardia de los insurgentes, y una lluvia de piedras cayó inmediatamente sobre los sitiados.

El ejército se dividió en dos trozos; uno de ellos se dirigió al cerro del Cuarto y a las azoteas y alturas vecinas, y otro al cerro de San Miguel. Los grupos de barreteros que habían aguardado inmóviles y silenciosos el principio de este sangriento festín, se levantaron como impulsados por una máquina, y corrieron a reunirse con los insurgentes y a hacer altísimas trincheras de piedras. Un trozo de caballería se dirigió a las prisiones, puso a los criminales en libertad, y recorriendo las calles, rompiendo puertas y arrollando cuanto encontraba a su paso, volvió finalmente, aumentado con mucha plebe, al lugar del combate. A las dos de la tarde todo el pueblo de Guanajuato se había hecho insurgente: los únicos realistas eran los que estaban en la Alhóndiga. En cuanto a las gentes temerosas y pacíficas, se habían encerrado en sus casas, asegurando las puertas con los colchones y trastos, y esperaban, con la agonía en el corazón, el desenlace de este horrible drama.

Puede asegurarse que desde la conquista hasta hoy, el único movimiento verdaderamente popular que ha habido en México, es el de Guanajuato. Quiero que por un momento el lector se figure colocado en un punto dominante de Guanajuato, y trasladándose con la imaginación al momento en que estos sucesos pasaban, contemple aquellas masas enormes de gente, gritando furiosas, conmoviéndose agitadas como las olas de un mar tempestuoso, cayendo en un profundo y momentáneo silencio, para tronar después de la explosión de las armas de fuego que disparaban los enemigos, como las nubes que con el contacto eléctrico revientan lanzando mil rayos.

En efecto, aquellas montañas se movían, aquellos edificios tenían voz, de aquellas profundas grutas salían aullidos horribles, aquellas calzadas parecían agitarse, levantarse y estrellarse contra el punto defendido por los españoles. Eran los elementos, eran las materias inertes las que se animaban; eran los peñascos los que pretendían lanzarse solos en el aire y caer sobre los enemigos. Cualquiera que a sangre fría hubiera visto estas escenas, habríase creído presa de un vértigo, al contemplar una visión que tenía mucho de sobrenatural y de fantástico... A las dos de la tarde el ataque estaba en toda su fuerza: las descargas de piedras no cesaban, y continuamente se veía en el aire una nube de pequeños peñascos que caía en la azotea de Granaditas, como si los cerros hubieran estado haciendo una erupción. En cuanto a los sitiados, no recibían mucho daño físico, por estar a cubierto en las troneras y bardas. De tiempo en tiempo se suspendía instantáneamente la lucha, y sitiados y sitiadores guardaban un silencio profundo: un casco de fierro de azogue hendía los aires y caía sobre la multitud, que se apartaba, se postraba en tierra; después, cuando el frasco relleno de pólvora reventaba y hacía un estrago espantoso, rompiendo el cráneo y los brazos y piernas de los desgraciados que estaban cerca, aquella masa infinita se oprimía, se lanzaba hasta las trincheras, arrojando alaridos de venganza. En estos momentos los españoles, aterrorizados, no tenían fuerza ni para mover el gatillo de sus fusiles. A poco, el ruidoso estruendo de la fusilería, los gritos y algazara se aumentaban de una manera tal, que se oía en todo Guanajuato. Riaño, entretanto, con la serenidad y sangre fría que le caracterizaban, recorría los puntos de mayor peligro, animaba a los defensores del fuerte, y hacía escuchar su voz de trueno para dar sus disposiciones: su valor llegó al grado que, habiendo visto que un centinela había abandonado el puesto y dejado el fusil, lo tomó y comenzó a

hacer fuego. Allí terminó la existencia de este leal español: una bala certera le atravesó la frente, y cayó moribundo y cubierto de sangre.

El cuerpo de Riaño fue conducido al interior del fuerte, y retirándose también la tropa situada en la plazoleta, cerraron la puerta y la atrincheraron cuanto fue posible. El hijo de Riaño estaba en el fuerte. Luego que vio el cuerpo de su padre desfigurado y cubierto de sangre, se arrojó a abrazarlo, lo regó con sus lágrimas y exhaló las más dolorosas quejas, y luego, acometido de un furor inaudito, quiso exprimirse una pistola en el cráneo.

—¿Qué hacéis? —le dijo uno—; vale más que antes de morir venguéis a vuestro padre. Cerca están los enemigos; id, la sangre y la matanza calmarán vuestro dolor.

—Decís bien, decís bien —contestó soltando la arma—: necesito sangre, necesito venganza. — Al acabar estas palabras se dirigió a la azotea, desde donde continuamente arrojaba frascos de azogue llenos de pólvora.

El generalísimo Hidalgo miraba pasmado esta conmoción horrible del pueblo, en que todas las pasiones hervían, ardientes e imponentes en los corazones, y conocía que no podían concluirse estas escenas sino con la toma del fuerte; así, dirigiéndose al leperillo vivaracho de que se ha hablado al principio, le dijo:

—Sería bueno quemar la puerta de la Alhóndiga, Pípila.

—Ya se ve que sí —contestó el muchacho, dejando asomar una sonrisa en sus labios.

—Pues la patria necesita de tu valor...

Pípila, sin contestar una palabra, tomó una gran losa, y poniéndola en sus espaldas cogió una tea en las manos, y así se fue acercando a la puerta. Los espectadores contuvieron el resuello, y todos los ojos se fijaron en el atrevido muchacho. En cuanto a los del fuerte, hicieron caer una lluvia de balas sobre Pípila; pero todas se estrellaban en la losa, de suerte que llegó a la puerta y arrimó la tea.

En este momento una bandera blanca flotó en lo alto de las almenas, y varias voces gritaron: «se han rendido; paz, paz»; pero algunos de los que guarnecían la hacienda de Dolores, ignorando esto, hicieron fuego. Entonces un grito terrible de «traición» se hizo oír, y los insurgentes se agolparon a la puerta, que ya incendiada, no tardó en arder y caer a pedazos.

Por en medio de las llamas y de los escombros se precipitó el pueblo con puñales y hachas en la mano, y derramándose por patios, escaleras y salones, comenzó a ejecutar una horrible matanza. Linos se defendían obstinadamente; otros, abrazados de las rodillas de algunos sacerdotes, pedían a Dios misericordia y sucumbían traspasados a puñaladas. Los que guarnecían la hacienda de Dolores, viendo que los enemigos habían destruido un puente de madera de la puerta falsa, se replegaron a la noria, y allí se defendieron desesperadamente; pero acosados y oprimidos por la multitud, tuvieron que sucumbir, arrojándose muchos en el pozo.

A las cinco de la tarde un río de sangre corría por las escaleras y patios de Granaditas, y uno que otro había escapado ocultándose debajo de los cadáveres. En cuanto a las riquezas que había encerradas, fácil es concebir lo que sucedería con ellas. En una hora desapareció el inmenso caudal aglomerado durante muchos años por los propietarios de Guanajuato.

En la noche, toda esta multitud frenética se desbandó por las calles que recorría con teas y puñales en la mano, saqueando las casas, sacando de las tiendas los barriles de licores y entregándose a todo género de excesos.

Hidalgo y Allende tuvieron mucho trabajo para contener estos desórdenes con que se anunció la independencia de México. Como si el pueblo en aquella vez hubiera tenido presentes los tiempos primeros de la conquista, la matanza de Santiago y el asesinato de Guatimoc, se vengaba de una manera inaudita.

VI

Hidalgo y Allende, después de permanecer en Guanajuato algunos días, salieron para Valladolid y se posesionaron de la ciudad sin dificultad ninguna. Allí aumentaron y organizaron su tropa tanto como fue posible, y en el mes de octubre todo ese grande ejército independiente, que en su mayor parte se componía de indígenas mal armados, se dirigió a la capital tomando el rumbo de Maravatío, la Jordana, Ixtlahuaca y Toluca.

En México reinaba no sólo la consternación sino el terror. El virrey Venegas creyó en su última hora; pero haciendo un esfuerzo, logró reunir una división de tres mil hombres que puso al mando de don Torcuato Trujillo, el que salió al encuentro de los insurgentes; pero su número sólo le agobiaba, y a medida que Hidalgo avanzaba, el jefe español retrocedía, hasta que en el Monte de las Cruces tomó posesiones que la naturaleza hacía inexpugnables, y se resolvió a esperar.

Fue en esta célebre batalla donde Allende mostró todo su valor personal. Comenzó la acción por el encuentro y tiroteo de las caballerías, y a poco fue ya haciéndose general en toda la montaña. Las masas desorganizadas de indios, formando una algazara terrible, que recordaba los días de la conquista, se arrojaban sobre las tropas españolas, y eran destrozadas por la fusilería y la metralla. Las tropas de Trujillo eran pocas, como hemos dicho, pero disciplinadas, resueltas y bien situadas en alturas, y cubiertas con la misma fragosidad del terreno y con los árboles y malezas del bosque. Sin embargo de esto, se repetían las cargas confusas, y la muerte y la sangre no hacía más efecto sino irritar y hacer más tenaz a la raza indígena. Era, a poco más o menos, el mismo ataque que sufría Cortés en los cuarteles de la ciudad de México en 1521. Es un hecho bien averiguado que los indios de Hidalgo llegaban hasta las baterías españolas y pretendían tapar con sus sombreros de palma las bocas de los cañones.

Allende, al recorrer los puntos de más peligro, tratando, aunque en vano, de organizar el ataque y de reducirlo a las reglas de la táctica española, observó que los enemigos habían enmascarado unas piezas de artillería con unas ramas, de manera que las columnas que atacaban llegaban hasta cierta distancia, y allí eran desbaratadas por la metralla.

En el instante, sin calcular el peligro ni los obstáculos, dice a los que le rodean:

—Es menester quitar esas piezas, y la batalla será nuestra: seguidme.

Desata el lazo que llevaba en la grupa, pone las espuelas a su caballo, y seguido de algunos rancheros corre sobre aquel horno de fuego que cubría la verdura de los árboles.

Se oye una detonación que reproducen los ecos de las montañas, y el intrépido caballero y los que le seguían quedan envueltos en una nube rojiza de humo. ¡Todo se ha perdido!

VII

¡Viva México!, grita Allende que había escapado de la metralla; y de un salto llega adonde están las piezas, les tira el lazo, y lo mismo hacen los rancheros; amarran a la cabeza de la silla, ponen la espuela a los caballos y se llevan la artillería, dejando a los soldados españoles atónitos, con la mecha, el estopín y las balas en la mano.

La batalla se gana completamente; todos los oficiales y soldados españoles quedan tendidos en el campo, y Trujillo, merced a su caballo, se escapa y se presenta como una fantasma sangriento a anunciar la catástrofe al virrey.

Allende da la orden de marchar inmediatamente a la capital; Hidalgo se opone, los dos caudillos se disgustan, y el ejército victorioso se retira en desorden, en las mismas puertas de México. Era necesario nueva sangre y nuevas victorias para que se consumara la obra y el sacrificio de los caudillos, para que quedase santificada con su propia sangre. Las naciones necesitan su bautismo antes de recibir su nombre social.

El ejército se retiró y fue a estrellarse en una desgracia, Aculco, y a desbaratarse en una fatalidad, Calderón.

Los dos caudillos disgustados, porque la desgracia hace a los hombres injustos y enemigos, lucharon algunos días más. Allende fue todavía favorecido por la victoria derrotando en el Puerto del Carnero al comandante español; pero la desorganización había ya destruido la fuerza de los independientes. El huracán que comenzó a soplar en Dolores y se desató terrible en Guanajuato y las Cruces, comenzaba a perder su fuerza.

Los jefes resolvieron, con los restos del ejército y el dinero que pudieron reunir, marchar a los Estados Unidos, y allí disciplinar sus tropas, disponer la campaña y volver de nuevo a recoger seguros laureles, terminando la obra difícil que habían comenzado.

Lo que llamamos suerte, y que no son más que los acontecimientos negros y desconocidos que vienen de un caos profundo, dispuso las cosas de otra manera.

VIII

Hemos comenzado nuestra historia en el pequeño verjel de San Miguel, que después tomó el nombre de *Allende*, y vamos a terminarla al cabo de seis meses en un lugar triste, solitario y desierto. En Acatita de Baján.

Los independientes caminaban lentamente en dirección a la frontera del norte. Llevaban cerca de medio millón de pesos en dinero y plata labrada, recuas de mulas con equipajes, catorce coches, veinticuatro cañones y cosa de ochocientos hombres repartidos en una grande extensión de terreno, escoltando las cargas y los carruajes. Ningún antecedente tenían de que serían atacados, y antes creían que serían escoltados por tropas insurgentes hasta Monclova.

El capitán español Ignacio Elizondo, con 450 hombres formó una emboscada con tan buen cálculo, que fueron sucesivamente cayendo en su poder cuantos componían la comitiva.

Allende, su hijo, Arias y Jiménez, iban en un coche. Fatigados con el calor y con el camino, medio dormitaban cuando escucharon un grito: *Ríndanse al rey*. Allende, bravo y denodado, abrió la portezuela, saltó a tierra, amartilló su pistola e hizo fuego al oficial español que estaba más cerca. Su hijo lo siguió, y tras él Jiménez. Elizondo disparó su pistola sobre Allende, y gritó «fuego» a la tropa

que lo seguía: una nube de balas vino a romper los vidrios y las maderas del carruaje. El hijo de Allende cayó herido entre las ruedas, y Arias, que asomaba la cabeza, quedó fusilado en el mismo respaldo del carruaje; la tropa se echó encima con espada en mano, y los que quedaron vivos fueron maniatados y entregados a la rigurosa custodia de un oficial. Así que Elizondo terminó la captura de toda la comitiva, se encaminó con ella a Monclova.

De este lugar se condujeron los presos a Chihuahua, y allí fueron juzgados y fusilados. Se cortaron las cabezas de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez, y conducidas a Guanajuato fueron colocadas en unas jaulas de fierro en los ángulos del sangriento castillo de Granaditas.

Manuel Payno

EL PADRE MATAMOROS

I

En el sur del rico y hermoso estado de Michoacán, y al pie de un anfiteatro irregular, formado por las montañas, está situada la hacienda de Puruarán.

Allí la vegetación es espléndida: anchos y dilatados valles cubiertos de caña; gigantescas parotas, zirandas, que nacen y crecen al lado de las palmeras y que enlazan en ellas sus nudosos troncos semejantes a los nervudos brazos de un gladiador, y que terminan por ahogarlas y levantarlas, desarraigándolas de la tierra; copados tamarindos entre cuyas ramas habitan numerosas tribus de aves canoras; voluptuosos plátanos cuyas hojas de raso ondulan crujendo en el aura de la tarde, y entretejiéndose por todas partes las lianas, que forman caprichosos columpios, cubiertos de flores y de verdura.

Allí los arroyos cruzan entre alfombras de verdura, o se desprenden sobre peñascos tapizados de musgo, y cuando soplan las brisas, todo tiene un murmullo, un suspiro, un rumor, árboles, lianas, flores, arroyos, cascadas.

Y sobre este paisaje encantador un cielo purísimo, con ese azul sereno que cantan los poetas, y que los pintores fingen en sus cuadros de gloria.

El sol ardiente de la zona tórrida arroja sobre aquella exuberante naturaleza torrentes de fuego y de luz, y todo germina y todo se vivifica, y cada hoja cubre un insecto, y cada peña oculta un reptil, y cada rama guarda un nido, y cada gruta guarece un ser animado.

De aquellos bosques, durante el día sale un concierto, y cuando la noche tiende sus negras sombras, reina por un instante el silencio, y luego los cantores del día desaparecen, el bosque se ilumina de nuevo, ya no con la luz del sol, sino con la fantástica de millones de insectos luminosos que suben y bajan, y cruzan y giran en continuo movimiento, y entonces en aquella misma selva, nuevos cantores con distintas armonías, dulces como las del día, pero más melancólicas y misteriosas, levantan un himno.

Allí la naturaleza canta a Dios eternamente.

En medio de este paisaje está Puruarán, rica hacienda de caña.

La entrada de la casa habitación y de las oficinas de la hacienda mira hacia el norte.

Por el frente de la hacienda pasa el agua sobre un elevado acueducto sostenido por garbosos arcos.

Al pie del acueducto y a los lados de la casa se miran las habitaciones de los trabajadores y dependientes, casi todas formadas de adobe con humildes techos de paja.

II

Era el 5 de enero de 1814.

El ejército independiente, derrotado en las inmediaciones de Valladolid, se había retirado al sur y estaba en la hacienda de Puruarán.

Aquel ejército que había dado tantas pruebas de valor y de heroicidad, que había recorrido

triunfante por casi toda la Nueva España, estaba en aquellos momentos desmoralizado, falto de armas, de parque, y casi sin esperanzas de resistir el inevitable empuje de las tropas realistas.

El ilustre Morelos, jefe de aquel ejército, fue obligado por los demás generales a retirarse de Puruarán, según dicen algunos historiadores, y los independientes quedaron allí a las órdenes del padre Matamoros. Las tropas realistas emprendieron, como era natural, su movimiento sobre los insurgentes, y el día 5 de enero llegaron a Puruarán y atacaron.

La victoria no se hizo esperar, y los jefes realistas Llano e Iturbide se apoderaron de la casa de la hacienda, y de las oficinas adonde se habían hecho fuertes los independientes.

Después del combate, los soldados del rey comenzaron a explorar los alrededores con el objeto de aprehender a los insurgentes que habían logrado salvarse; y en una de las pequeñas habitaciones de los sirvientes de la hacienda, fue hallado el jefe de los insurgentes, el general Matamoros, que encontrándose solo, a pie, y rodeado de enemigos, había buscado allí un refugio.

Según se dice fue entregado por un oficial de los mismos suyos, y hecho prisionero por el soldado Eusebio Rodríguez, al cual se le dio como premio de este servicio, la cantidad de doscientos pesos.

Matamoros fue conducido inmediatamente a Valladolid.

III

Don Mariano Matamoros, en el año de 1810, cuando Hidalgo proclamó la independencia de México, era cura de Jantetelco.

En 1811 se presentó al señor Morelos en Izúcar, y desde esa fecha militó a su lado hasta la desgraciada batalla de Puruarán.

Matamoros es llamado por la mayor parte de los historiadores «el más valiente de los insurgentes».

En el famoso sitio de Cuautla, Matamoros, por orden de Morelos, se puso al frente de una fuerza de caballería y logró romper las líneas enemigas.

Matamoros se inmortalizó con la célebre batalla de San Agustín del Palmar, en cuya acción no sólo dio muestras de su valor y genio militar, sino que además probó, como él mismo lo dice en su parte al señor Morelos, que los independientes no se habían lanzado a la guerra con el objeto de robar.

El *convoy* custodiado por las tropas españolas derrotadas en el Palmar, fue respetado, y todo el comercio de la Nueva España pudo decir entonces que los «insurgentes» eran soldados disciplinados, y no hordas de bandidos, como les llamaba Calleja.

Al hablar Matamoros de esta acción, dice:

La batalla fue dada a campo raso para desimpresionar al conde de Castro-Terreño, de que las armas americanas se sostienen, no sólo en los cerros y emboscadas, sino también en las llanuras y a campo descubierto.

Constantemente estaba Matamoros organizando tropas, a la cabeza de las cuales tenía a cada paso que batirse, y sin duda, a no ser por la desastrosa expedición a Valladolid, Matamoros hubiera libertado completamente todo el territorio que hoy comprenden los estados de Puebla, Oaxaca y Veracruz.

Pero Dios lo había dispuesto de otro modo.

IV

El día 3 de febrero de 1814, en la plaza de Valladolid, iba a ser fusilado un hombre.

Era éste de «pequeña estatura, delgado, rubio, de ojos azules», y su rostro conservaba las huellas de las viruelas.

Marchando con ademán resuelto colocóse al frente de los soldados; se escuchó luego una descarga; aquel hombre había dejado de existir.

Matamoros había muerto en el patíbulo; la causa de la Independencia perdía uno de sus más nobles caudillos.

El señor Morelos, según su propia expresión, «perdía su brazo derecho».

México libre, declaró a Matamoros benemérito de la patria, y sus restos mortales se guardaron en la catedral de esta ciudad.

Vicente Riva Palacio

MORELOS

I

EL VIAJERO

Era uno de los primeros días del mes de octubre de 1810. El sol descendía lentamente en el horizonte, y sus rayos ardientes bañaban el bosque de ciruelos, entre el cual se levantan el humilde templo y las pobres y dispersas casitas que forman el pequeño pueblo de Nucupétaro.

Nucupétaro está situado en el sur del estado de Michoacán, en medio de esa inmensa cadena de montañas que no termina sino hasta las costas del Pacífico.

El pueblo está en medio de un bosque de árboles de ciruela; pero allí el calor excesivo hace a la tierra árida y triste, un sol abrasador seca las plantas, y apenas unos cuantos días, cuando las lluvias caen a torrentes, los campos se visten de verdura, y los árboles se cubren de hojas; después, los árboles no son sino esqueletos, y las llanuras y los montes presentan un aspecto tristísimo.

En octubre, pues, la naturaleza no se ostentaba allí con sus encantos; un viento abrasador levantaba en las cañadas nubecillas de polvo, y el cielo, sin una sola nube, parecía velarse con una gasa que daba a su fondo azulado un tinte melancólico.

Delante de una de las casitas del pueblo, y a la sombra de un cobertizo de palma, se mecía indolentemente un hombre sentado en una hamaca.

Aquel hombre parecía estar en todo el vigor de su juventud; era de una estatura menos que mediana, pero lleno de carnes; moreno; sus negras y pobladas cejas tenían un fruncimiento tenaz, como indicando que aquel hombre tenía profundas y continuas meditaciones, y en sus ojos oscuros brillaba el rayo de la inteligencia.

El vestido de aquel hombre, de lienzo blanco, era semejante al que usaban los labradores de aquellos rumbos; un ancho calzón y una *campana*, que es una especie de blusa.

Tenía entre las manos un libro, y sin embargo no leía, meditaba, porque su mirada vaga se perdía en el espacio.

De repente le sacó de su distracción el ruido de una cabalgadura; volvió el rostro, y casi al mismo tiempo se detuvo cerca de allí un anciano que llegaba caballero en una magnífica mula prieta.

—Buenas tardes dé Dios a su merced, señor cura —dijo el recién llegado.

—Muy buenas tardes —contestó el de la hamaca levantándose y dirigiéndose al encuentro de su interlocutor—. ¿Qué viento nos trae por aquí al señor don Rafael Guedea?

—Aquí vengo de dar una vuelta por Tacámbaro, y a ver si me da posada esta noche su merced.

—Con todo mi gusto —contestó el cura—. Mándese usted apear.

—Vaya, Dios se lo pague al señor cura Morelos.

Don Rafael entregó su mula a los criados que le acompañaban, se quitó las espuelas y el paño de sol, y abrazando al cura con grande efusión, se entró a sentar con él debajo del cobertizo.

II

GRANDES NOTICIAS

—¿Y qué deja de nuevo mi señor don Rafael por esos mundos? —preguntó el cura.

—¡Cómo! —exclamó el otro—, ¿pues aún no sabe su merced las novedades?

—No. ¿Hay algo nuevo?

—Y mucho, y muy grave.

—Cuénteme usted, cuénteme usted.

—Pues ¿recuerda su merced al señor bachiller don Miguel Hidalgo, que estaba en Valladolid en el colegio de...?

—Sí, sí, y mucho; ¿le ha sucedido algo?

—¡Pues no digo nada! Está su merced para saber, que se ha levantado.

—¿Levantado?

—Levantado contra el virrey y contra los gachupines.

—Pero ¿es cierto? ¿Es cosa de importancia? —preguntó Morelos pudiendo contener apenas su emoción.

—Tan cierto, que toda la gente de tierra fría anda ya revuelta; no se dice más, ni se habla de otra cosa, sino del señor Hidalgo que quiere libertar a la América, y que tan grave es el negocio, que el 16 de septiembre amaneció ya levantado el señor cura que era de Dolores, y el día 28 había tomado ya Guanajuato, que dicen que hubo mucha mortandad, y que estará ya muy cerca de Valladolid: cuentan, y es seguro, que trae muchísima tropa, y los gachupines están huyendo y cerrando los comercios y dejando sus haciendas; en fin, no sé cómo vuestra merced no sabe nada, porque la novedad es muy grande, y el señor Hidalgo tiene por todas partes muchos que lo aclaman y lo requieren.

Morelos había seguido la narración de su amigo sin perder una sola palabra; sus ojos se abrían desmesuradamente, su rostro se coloreaba, el sudor inundaba su frente, y su pecho se agitaba como si estuviera fatigado por una lucha.

Por fin, cuando Guedea terminó su relación, Morelos no pudo ya contenerse; levantóse trémulo, dejó caer el libro que tenía en las manos, y alzando los brazos y los ojos al cielo, exclamó con un acento profundamente conmovido, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus tostadas mejillas:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Bendito sea tu nombre!

Después, dejándose caer en la hamaca, apoyó su rostro sobre las palmas de las manos, y parecía que sollozaba en silencio.

Don Rafael Guedea, enternecido también, contemplaba respetuosamente a Morelos, sin atreverse a dirigirle una sola palabra.

Sin duda el viejo hacendado comprendía el choque terrible que debía haber sufrido aquel gran corazón al saber que ya tenía una patria por la que podía sacrificarse.

Morelos se había sentido mexicano por la primera vez; el paria, el esclavo, el colono, escuchaba el grito de independencia.

Aquel placer era capaz de causar la muerte.

III

EL GUERRILLERO

Pocos días después de esta conversación, Hidalgo, con el ejército independiente, salía de Charo (inmediaciones de Valladolid) para dar la célebre batalla de las Cruces, y al mismo tiempo, aunque con opuesta dirección, se desprendía de allí don José María Morelos.

Morelos iba a emprender la campaña por el sur, y por todo elemento para acometer tan aventurada empresa, el señor Hidalgo había dado al cura de Carácuaro un papel con la siguiente orden firmada también por Allende.

«Por el presente comisiono en toda forma a mi lugarteniente el bachiller don José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en las costas del sur levante tropas, procediendo con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado.»

En manos de un hombre vulgar aquella autorización quizá no hubiera servido ni para levantar una guerrilla; pero Morelos era un genio.

Sobre aquellas cuantas líneas trazadas en un papel, Morelos iba a fundar una reputación gigantesca; aquella orden era liara él la vara mágica con la que iba a levantar ejércitos, a fundir cañones, a dar batallas, a tomar plazas, a formidar por fin a los virreyes, y al monarca español.

Durante el camino hasta llegar a su curato, Morelos marchó solo, pero su imaginación le presentaba por donde quiera divisiones en marcha, batallones en movimiento, cargas de caballería, asaltos, combates, escaramuzas, todo el cuadro, en fin, de la terrible campaña que iba a emprender.

Morelos llegó a Carácuaro, y allí reunió 25 hombres mal armados, y comenzó su carrera militar.

Conforme a las instrucciones del señor Hidalgo, se dirigió a las costas del sur.

Saliendo de Carácuaro, llegó a Choromuco, pasó el gran río de Zacatula por las balsas, llegó a Coahuayutla, tomó el camino de Acapulco, siguiendo desde allí toda la costa.

Por último, dos meses después de haberse puesto en campaña con 25 hombres, Morelos contaba ya con 2 000 infantes, gran número de jinetes, cinco cañones y considerable cantidad de pertrechos de guerra.

Casi todo el armamento y todo el parque habían sido quitados al enemigo.

IV EL CAUDILLO

Desde esa época Morelos fue el caudillo prominente en la guerra de Independencia.

Vencedor unas veces, vencido otras, pero siempre constante, valeroso, inteligente, el humilde cura de Carácuaro era un héroe.

Por todas partes se hacía sentir su poderoso influjo; por todas partes, a su nombre, se levantaban partidas, y se organizaban tropas, y se daban combates.

Y no se contentaba sólo con defender su causa por medio de las armas, sino que sostenía constantemente difíciles polémicas con los curas y las principales personas del clero, que valiéndose de la religión, pretendían apartar al señor Morelos del camino que se había trazado.

La historia de las campañas del héroe, es la historia de todas las poblaciones, de todos los bosques, de todas las llanuras del sur de nuestra patria, y sus recuerdos viven imperecederos en todos esos lugares.

Pero el apogeo de la gloria de aquel grande hombre está en el sitio de Cuautla.

Reducido Morelos a defenderse en esa ciudad, que hoy lleva con orgullo el nombre del ilustre caudillo, dio pruebas de la grandeza de su genio.

Una ciudad pequeña en una llanura, abierta por todos lados, con unas fortificaciones hechas de prisa y sumamente ligeras; esta era su posición.

Un ejército bisoño, casi desnudo, con malas armas, con pocas municiones, y constando de un reducido número; estos eran sus elementos de defensa.

Félix María Calleja, el vencedor de Aculco, de Guanajuato y de Calderón, seguido de un numeroso ejército bien armado, perfectamente disciplinado, orgulloso con sus victorias, provisto de abundantes víveres y municiones, y constantemente reforzado; esto representaba el ataque.

Y sin embargo, Morelos resistió sesenta y dos días, y aquel sitio mereció con razón el renombre de famoso.

Viéronse allí episodios de valor inauditos para impedir que los sitiadores cortaran el agua; los sitiados hicieron prodigios, y vivieron los que custodiaban la toma, bajo una constante lluvia de proyectiles.

Por fin la situación se hizo desesperada; el hambre obligó a los insurgentes a tomar una resolución extrema, y la noche del 2 de mayo de 1812, el señor Morelos salió de la plaza, atravesó con su pequeño ejército la línea de circunvalación, abriéndose paso a viva fuerza, y aunque sufriendo grandes pérdidas, y libre ya de aquel peligro, volvió a ser el alma inteligente y guerrera de la lucha de Independencia.

V EL MÁRTIR

La suerte abandonó por fin a Morelos, y en la acción de Tesimalaca (5 de noviembre de 1815) cayó prisionero en manos del general español Concha. El martirio debía coronar aquella vida llena de gloria, y Morelos marchó al patíbulo lleno de valor.

La Inquisición, el clero, el virrey, la audiencia, todos quisieron tener parte en el sacrificio, todos quisieron herir a su víctima, todos hicieron gala de su crueldad con aquel hombre que los había hecho temblar, y a cuyo solo recuerdo palidecían.

Semejantes a una jauría hambrienta que se arroja ladrando y furiosa sobre un león herido, así aquellos hombres organizaron su justicia contra el pobre prisionero de Tesimalaca.

La Inquisición le declaró hereje, el clero le degradó del carácter sacerdotal, la audiencia le condenó por traidor al rey, y el virrey se encargó de la ejecución.

Y el hereje, el traidor, el mal sacerdote, el ajusticiado, era sin embargo un héroe, un caudillo en la más santa y más noble de las luchas; era, en fin, el hombre más extraordinario que produjo la guerra de independencia en México.

Morelos fue fusilado en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de diciembre de 1815.

Cuando la sangre de aquel noble mártir regó la tierra, cuando su cuerpo acribillado por las balas dejó escapar el grande espíritu que durante cincuenta años le había animado, entonces pasó una cosa extraña que la ciencia aún no explica satisfactoriamente.

Las aguas del lago, tan puras y tan serenas siempre, comenzaron a encrespase y a crecer, y sin

que el huracán cruzase sobre ellas, y sin que la tormenta cubriera con sus pardas alas el cielo, aquellas aguas se levantaron y cubrieron las playas por el lado de San Cristóbal, y avanzaron y avanzaron hasta llegar al lugar del suplicio.

Lavaron la sangre del mártir y volvieron majestuosamente a su antiguo curso.

Ni antes ni después se ha observado semejante fenómeno. ¡Allí estaba la mano de Dios!

Vicente Riva Palacio

ITURBIDE

EL APOTEOSIS

I

Llegó por fin el día de la libertad de México. Once años de lucha, un mar de sangre, un océano de lágrimas. Esto era lo que había tenido que atravesar el pueblo para llegar desde el 16 de septiembre de 1810 hasta el 27 de septiembre de 1821. 16 y 27 de septiembre, 1810 y 1821. He aquí los dos broches de diamante que cierran ese libro de la historia en que se escribió la sublime epopeya de la independencia de México.

¡Y cuánto patriotismo, cuánto valor, cuánta abnegación habían necesitado los que dieron su sangre para que se inscribieran con ella sus nombres en ese gran libro!

Pero el día llegó; puro y transparente el cielo, radiante y esplendoroso el sol, dulce y perfumado el ambiente.

Aquel era el día que alumbraba después de una noche de trescientos años.

Aquella era la redención de un pueblo que había dormido en el sepulcro tres siglos.

Por eso el pueblo se embriagaba con su alegría, por eso la ciudad de México estaba conmovida.

¿Quién no comprende lo que siente un pueblo en el supremo día en que recobra su independencia? Pero, ¿quién sería capaz de pintar ese goce purísimo, cuando se olvidan todas las penas del pasado y no se mira sino luz en el porvenir; cuando todos se sienten hermanos; cuando hasta la naturaleza misma parece tomar parte en la gran fiesta?

México se engalanó como la joven que espera a su amado.

Vistasas y magníficas colgaduras y cortinajes ondeaban al impulso del fresco viento de la mañana, en los balcones, en las ventanas, en las puertas, en las cornisas, en las torres. Cada uno había procurado ostentar en aquel día lo más rico, lo más bello que tenía en su casa.

Sus calles parecían inmensos salones de baile; flores, espejos, cuadros, vajillas, oro, plata, seda, cristal, todo estaba en la calle, todo lucía, todo brillaba, todo venía a dar testimonio del placer y de la ventura de los habitantes de México.

Y por todas partes, cintas, moños, lazos, cortinas con los colores de la bandera nacional, de esa bandera que enarbolada por Guerrero y por Iturbide en el rincón de una montaña, debía en pocos meses pasearse triunfante por toda la nación, y flamear con orgullo sobre el palacio de los virreyes de Nueva España.

Aquellos tres colores simbolizaban: un pasado de gloria, el rojo; un presente de felicidad, el blanco, y un porvenir lleno de esperanzas, el verde; y en medio de ellos el águila triunfante hendiendo el aire.

Y entre aquella inmensa multitud que llenaba las calles y las plazas, que se apiñaba en los balcones y ventanas, que coronaba las azoteas, que escalaba las torres y las cúpulas de las iglesias, ansiosa de contemplar la entrada del ejército libertador, no había quizá una sola persona que no llevase con orgullo la escarapela tricolor.

II

El sol avanzaba lentamente; y llena de impaciencia esperaba la muchedumbre el momento de la entrada del ejército *trigarante*.

Por fin, un grito de alegría se escuchó en la garita de Belén, y aquel grito, repetido por más de cien mil voces, anunció hasta los barrios más lejanos que las huestes de la independencia pisaban ya la ciudad conquistada por Hernán Cortés el 13 de agosto de 1521.

1521, 1821. ¡Trescientos años de dominación y de esclavitud!

A la cabeza del ejército libertador marchaba un hombre, que era en aquellos momentos objeto de las más entusiastas y ardientes ovaciones.

Aquel hombre era el libertador don Agustín Iturbide.

Iturbide tenía una arrogante figura, elevada talla, frente despejada, serena y espaciosa, ojos azules de mirar penetrante, regía con diestra mano un soberbio caballo prieto que se encabritaba con orgullo bajo el peso de su noble jinete, y que llevaba ricos jaeces y montura guarnecidos de oro y de diamantes.

El traje de Iturbide era por demás modesto; botas de montar, calzón de paño blanco, chaleco cerrado, del mismo paño, una casaca redonda de color de avellana, y un sombrero montado, con tres bellas plumas con los colores de la bandera nacional.

Al descubrir al libertador, el pueblo sintió como una embriaguez de placer y de entusiasmo, los gritos de aquel pueblo atronaban el aire, y se mezclaban en gigantesco concierto con los ecos de las músicas, con los repiques de las campanas de los templos, con el estallido de los cohetes, y con el ronco bramido de los cañones.

Iturbide atravesaba por el centro de la ciudad para llegar hasta el palacio; su caballo pisaba sobre una espesa alfombra de rosas, y una verdadera lluvia de coronas, de ramos, y de flores caía sobre su cabeza y sobre las de sus soldados.

Las señoras desde los balcones regaban el camino de aquel ejército, con perfumes, y arrojaban hasta sus pañuelos y sus joyas; los padres y las madres levantaban en sus brazos a los niños y les mostraban al libertador, y lágrimas de placer y de entusiasmo corrían por todas las mejillas.

Las más elegantes damas, las jóvenes más bellas y más circunspectas se arrojaban a coronar a los soldados rasos y a abrazarlos; los hombres, aunque no se hubieran visto jamás, aunque fueran enemigos, se encontraban en la calle y se abrazaban y lloraban.

Aquella era una locura, pero una locura sublime, conmovedora; aquel era un vértigo, pero era el santo vértigo del patriotismo.

Por eso será eterno entre los mexicanos el recuerdo del 27 de septiembre de 1821, y no habrá uno solo de los que tuvieron la dicha de presenciar esa memorable escena, que no sienta que se anuda su garganta y que sus ojos se llenan de lágrimas al escuchar esta pálida descripción, hija de las tradiciones de nuestros padres, y nacida sólo al fuego del amor de la patria.

Aquél fue el apoteosis del libertador Iturbide.

I

Era la tarde del 15 de julio de 1824.

Frente a la barra de Santander (estado de Tamaulipas), se balanceaba pesadamente el bergantín *Spring*, anclado allí desde la víspera.

La tarde estaba serena, apenas una ligera brisa pasaba susurrando entre la arboladura del buque, las olas se alejaban mansas hasta reventar a lo lejos en la playa, y los tumbos sordos de la mar llegaban casi perdiéndose hasta la embarcación.

Las gaviotas describían en el aire caprichosos círculos, anunciando con sus gritos destemplados la llegada de la noche, y se miraban de cuando en cuando bandadas de aves marinas que volaban hacia la tierra buscando las rocas para refugiarse.

Melancólica es la hora del crepúsculo en el mar cuando el sol se oculta del lado de la tierra; tristísimo es contemplar esa hora desde un buque anclado.

Sobre la cubierta del bergantín había un hombre que tenía fija la mirada en la playa.

Mucho tiempo hacía que permanecía inmóvil en la misma postura. Esperaba y meditaba.

Y esperaba con paciencia, porque no se contraía uno solo de los músculos de su fisonomía, y meditaba profundamente, porque nada parecía distraerle.

La noche comenzó a tender su manto, y aquel hombre no se movía.

Por fin, los contornos de la tierra desaparecieron entre la oscuridad, las estrellas brillaron en el negro fondo de los cielos, y asomaron sobre las inquietas olas esos relámpagos de luz fosfórica, que son como las fugitivas constelaciones de esa inmensidad que se llama el océano.

El hombre del bergantín no veía pero escuchaba, y repentinamente se irguió.

Era que en medio del silencio de la noche había percibido el acompasado golpeo de unos remos.

Aquel rumor era a cada momento más y más distinto; sin duda alguna se acercaba al bergantín una lancha.

—¿Jorge, eres tú? —dijo el hombre del bergantín a uno de los remeros cuando la pequeña embarcación llegó.

—Sí, señor —contestó una voz desde la lancha.

—¿Y Beneski?

—Espera aquí —contestó otra voz.

El hombre saltó resueltamente a la escala, y con una firmeza que hubiera envidiado un marinero, descendió por ella y llegó a bordo de la lancha.

— ¡A tierra! —exclamó sentándose en el banco de popa.

Los bogas no contestaron, sonó el golpe de los remos en la agua, y la lancha, obedeciendo a un vigoroso y repentino impulso, se deslizó sobre las aguas, ligera como una ave que hiende los aires.

II

Al día siguiente, cerca ya de Soto la Marina, caminaba una tropa de caballería, en medio de la cual podía distinguirse al mismo hombre que el día anterior había desembarcado del bergantín.

Al lado de aquel hombre marchaba otro que parecía ser el jefe de la fuerza.

Los dos caminaban en silencio, los dos parecían hondamente preocupados y poco dispuestos a emprender una conversación.

Por fin, el hombre del bergantín rompió el silencio, y acercando su caballo al de su acompañante, le dijo con una voz firme:

—Señor general Garza, supuesto que soy su prisionero de usted ¿no podría decirme la suerte que se me espera?

Garza levantó los ojos, le miró por un momento, y con acento casi lúgubre contestó:

—La muerte.

El prisionero no palideció siquiera, pero tampoco volvió a desplegar sus labios; poco después llegaron a Soto la Marina.

En la misma noche toda aquella población sabía que a la mañana siguiente sería pasado por las armas el destronado emperador de México don Agustín Iturbide, hecho prisionero al desembarcar en la barra de Santander, por el general don Felipe de la Garza.

Los historiadores no están conformes en el modo con que fue aprehendido don Agustín de Iturbide.

Algunos de sus biógrafos, más apasionados de la memoria del desgraciado emperador que de la verdad, afirman que Iturbide llegó a las playas mexicanas ignorando el decreto de proscripción fulminado contra él en la República, y agregan que desembarcó disfrazado, fingiéndose colono, en compañía de Beneski; pero que fue reconocido por el modo expedito y airoso que tenía de montar a caballo.

Todas estas dudas se disipan y todas esas relaciones se desmienten con sólo transcribir el principio de una carta que en el momento casi de desembarcar escribía Iturbide a su corresponsal en Londres don Mateo Flétcher, y que inserta don Carlos Bustamante en su apéndice a los *Tres siglos de México*.

Dice así:

A bordo del bergantín *Spring* frente a la barra de Santander, 15 de julio de 1824.

Mi apreciable amigo:

Hoy voy a tierra, acompañado solo de Beneski, a tener una conferencia con el general que manda esta provincia, esperando que sus disposiciones sean favorables a mí, en virtud de que las tiene muy buenas en beneficio de mi patria... Sin embargo, indican no estar la opinión en el punto en que me figuraba, y no será difícil que se presente grande oposición, y aun ocurran desgracias. Si entre éstas ocurriere mi fallecimiento, mi mujer entrará con usted en contestaciones sobre nuestras cuentas y negocios, etcétera.

Y esta carta está firmada: *Agustín de Iturbide*.

Toda la versión, pues, sobre el incógnito de Iturbide, no pasa de ser una novela.

III

Amaneció el día 17, y se notificó a Iturbide que dentro de pocas horas debía morir.

Su muerte estaba decretada por Garza, que se fundaba para dar esta determinación en la ley que proscribía a Iturbide para siempre de la República.

Notificóse al preso la sentencia, y la escuchó sin inmutarse; pidió que viniera, para auxiliarle en el último trance, su capellán que había quedado en el buque, y envió a Garza un manifiesto que había escrito para la nación.

La serenidad de Iturbide y la lectura del manifiesto conmovieron sin duda al general, porque mandó suspender la ejecución y se puso en marcha para Padilla, en donde estaba reunido el Congreso del estado, llevando consigo al prisionero y tratándole con tantas consideraciones como si él fuera mandando en jefe.

Llegaron por fin a Padilla, y el Congreso determinó que sin excusa ni pretexto fuese pasado por las armas. En vano Garza, que asistió a la sesión, procuró probar, convertido entonces en defensor de Iturbide, que el decreto de proscripción no alcanzaba a tanto, que Iturbide daba pruebas de sus intenciones pacíficas, trayendo consigo a su esposa y a sus pequeños hijos. El Congreso se mantuvo inflexible, y Garza fue encargado de ejecutar la sentencia dentro de un breve término.

Volvió entonces a notificarse a Iturbide que podía contar con tres horas para arreglar sus negocios, después de las cuales debía morir.

Iturbide se preparó a morir como cristiano, y se confesó con el presidente del Congreso que era un eclesiástico, y que había salvado su voto cuando se trató de la muerte del prisionero.

Las seis de la tarde del día 19 fue la hora señalada para ejecutar la sentencia. Iturbide salió de la prisión sereno y firme, y deteniéndose al encontrarse en el campo exclamó:

—Daré al mundo la última vista.

Después pidió agua, que apenas tocó con los labios, y se vendó él mismo los ojos.

Se trató entonces de atarle los brazos; resistióse al principio, pero después se resignó con humildad.

Detúvose allí, caminó cosa de setenta u ochenta pasos y llegó al lugar del suplicio, repartió el dinero que llevaba en los bolsillos entre los soldados, y entregó su reloj, un rosario y una carta para su familia al eclesiástico que le acompañaba.

En seguida, con firme acento habló a la tropa, rezó en voz alta algunas oraciones y besó fervorosamente un crucifijo.

En ese momento el jefe hizo la señal de fuego y se escuchó el ruido de la descarga.

Cuando se disipó el humo de la pólvora don Agustín de Iturbide no era ya más que un cadáver cubierto de sangre.

IV

Iturbide libertador de México, Iturbide emperador, Iturbide ídolo y adoración un día de los mexicanos, expiró en un patíbulo, y en medio del más desconsolador abandono.

Los partidos políticos se han pretendido culpar mutuamente de su muerte. Ninguno de ellos ha querido hasta ahora reportar esa inmensa responsabilidad.

En todo caso, y cualquiera que haya sido el partido que sacrificó a don Agustín de Iturbide, yo no vacilaré en repetir que esa sangre derramada en Padilla, ha sido y es quizá una de las manchas más vergonzosas de la historia de México.

Guerrero e Iturbide consumaron la independencia, y ambos, con el pretexto de que atacaban a un

gobierno legítimo, espiraron a manos de sus mismos conciudadanos.

No seré yo quien pueda hablar de la muerte de Guerrero; pero en cuanto a la de Iturbide, exclamaré siempre que fue la prueba más tristemente célebre de ingratitud que pudo haber dado en aquella época la nación mexicana. Iturbide reportaba, si se quiere, el peso de grandes delitos políticos, venía a conspirar a la República, bien; ¿pero no hubiera bastado con reembarcarlo?

El pueblo que pone las manos sobre la cabeza de su libertador, es tan culpable como el hijo que atenta contra la vida de su padre. Hay sobre los intereses políticos en las naciones, una virtud que es superior a todas las virtudes, la gratitud.

El pueblo que es ingrato con sus grandes hombres, se expone a no tener por servidores, más que a los que buscan en la política un camino para enriquecer y sofocan todas las pasiones nobles y generosas.

Dios permita que las generaciones venideras perdonen a nuestros antepasados la muerte de Iturbide, ya que la historia no puede borrar de sus fastos esta sangrienta y negra página.

Vicente Riva Palacio

MINA

I

En este libro hemos consignado el fin trágico que la suerte reservó a los primeros caudillos de la Independencia mexicana. Sin experiencia en las armas, sin elementos para la guerra, y educados en la sedentaria y tranquila carrera de la Iglesia, su mérito y su gloria han consistido más bien en su abnegación y en su amor a la libertad, que no en el éxito de sus expediciones militares.

Después del suplicio de Morelos, de ese hombre singular a quien sus mismos enemigos no pueden negar ni el talento natural para la guerra, ni la constancia ni el valor, comenzó la fortuna a mostrar su faz hosca y sañuda a la mayor parte de los caudillos mexicanos que habían conservado las armas en la mano, y que llenos de fe en la causa de la patria, habían visto con desdén los ofrecimientos de perdón y aun las más lisonjeras promesas de parte del gobierno español. Todo parecía concluido. Las partidas de insurgentes que habían quedado, siendo ya poco numerosas y escasas de elementos para la campaña, no inspiraban ya temor al gobierno, y el virrey creyó por un momento que había ya recobrado plenamente el dominio en la antigua colonia.

Repentinamente un suceso inesperado sacude en sus cimientos a la Nueva España, y el fuego de la independencia, que parecía completamente apagado, se encendió de nuevo para no extinguirse nunca, pues se encuentra aún vivo y ardiente en el pecho de los mexicanos.

Mina fue el relámpago que un momento iluminó el horizonte de la revolución, y desapareció en esa insondable eternidad que no podemos comprender.

Era labrador, pero labrador en la montaña, no en la llanura. Los montañeses tienen que habituarse a la vida aventurera y casi salvaje. Los fenómenos todos de la naturaleza parece que se desarrollan de una manera más imponente en la montaña, y esto y el ejercicio de la caza preparan a esa clase de hombres a la vida militar.

Napoleón I hizo del labrador montañés un guerrillero.

Mina peleó por la independencia de su patria y llegó a ser jefe de la Navarra, provincia donde vio la luz en fines del año de 1789.

Terminada la invasión, Mina se encontró con otro enemigo, el despotismo, y basta para personificarlo nombrar a Fernando VII, soberano tan repugnante que ni aun ha tenido la consideración para los españoles más sumisos y monarquistas. Mina, en unión de su tío Espoz y Mina, conspiró en Navarra para restablecer la Constitución. Desgraciado en esta tentativa, tuvo que huir para salvar la vida, y emigró a Francia y pasó poco tiempo después a Inglaterra.

Encontró allí un personaje al que no hemos dado todavía todo el honor y la celebridad que merece. Este personaje era el doctor don Servando Teresa de Mier. Este padre fue el primero en propagar las ideas de la desamortización eclesiástica y de la separación de la Iglesia y del Estado. Sus obras no las mejoraría en ciertas capitales el progresista más exaltado de 1870.

Un fraile y un proscrito sin un cuarto en la bolsa, el uno con su entusiasmo y el otro con su espada, intentan, a más de dos mil leguas de distancia, derribar un gobierno que había triunfado de los más valientes y esforzados caudillos mexicanos. Desde este momento comienza una serie de aventuras, propias más bien para un romance.

El mismo día que resolvió Mina hacer una expedición a México, alentado por los consejos y entusiasmo del padre Mier, se presentó resueltamente en la casa de dos o tres comerciantes ingleses.

Quizá una semana después, a las tres de la tarde (y hay sobre esto un canto popular), el guerrillero español abandonaba las costas inglesas, y surcaba los mares en un barco mercante que tomó a flete, y fue el principio de su escuadrilla. Le acompañaban el infatigable padre Mier y treinta hombres terribles y desalmados, que dieron prueba más adelante de una energía indomable. La primera idea de Mina fue poner directamente la proa a las costas de México; pero varió de resolución, y para proveerse de más gente y recursos, se dirigió a los Estados Unidos del Norte, donde reclutó, en efecto, más de doscientos soldados aventureros, que indistintamente habían servido con los ingleses y con los franceses en las últimas guerras. Con estas fuerzas, y con otros buques aunque pequeños, organizó su expedición y se dirigió a Puerto Príncipe, donde se encontró con que un terrible huracán le había destruido uno de los buques que mandó con anticipación, y con que muchos de los aventureros enganchados se habían desertado.

De Puerto Príncipe salió a la mar la expedición con dirección a Texas, con el fin de reunirse con el comodoro Aury, jefe de unos cuantos piratas que había reunido bajo sus órdenes. El vómito prieto se declaró a bordo de la improvisada escuadrilla, y comenzaron a morir oficiales y marineros. En el estado más triste llegaron a la isla del Caimán. Las frescas brisas y una pesca abundante de tortugas volvieron la vida y las fuerzas a los enfermos. Mina, resistiendo a las enfermedades y a todo género de contratiempos, llegó por fin a Galveston, donde abrazó al pirata Aury, refrescó los víveres, estableció su campamento, se dedicó a formar sus regimientos, a preparar la expedición, y publicó un manifiesto que circuló poco tiempo después en México, y reanimó el entusiasmo por la Independencia.

II

Las aguas de la costa del Nuevo Santander (hoy Tamaulipas) estaban por lo común solitarias, y una que otra barca de pescador rompía aquellas olas cansadas de rodar en las calientes arenas de la playa.

El tiempo había estado borrascoso. Recios vientos habían soplado sin duda más lejos, pues venían las olas todavía gruesas y enojadas a azotarse contra la costa. Se observó el palo de una embarcación. Empujada por una fuerte brisa que hinchaba sus velas, en breve llegó al puerto, y se pudo reconocer que era un barco grande armado en guerra. En electo, era la *Cleopatra*, y a bordo venía el general don Francisco Javier Mina.

El desembarco se hizo sin dificultad y sin experimentar resistencia ninguna el 15 de abril de 1817.

El 22 salió Mina para Soto la Marina. Caminaba a pie, con su espada en la mano, al frente de la tropa. Tres días anduvo perdido en los bosques, pero al fin llegó a la población, donde fijó su cuartel general. Sus buques quedaron en la costa. Un marino español salió de Veracruz a atacarlos. La goleta *Elena*, que era muy velera, escapó a la vista del enemigo; las tripulaciones de la *Cleopatra* y del *Neptuno* vinieron a tierra, y en este estado, el marino español que montaba la fragata Sabina, se encaró fieramente con la escuadrilla silenciosa del aventurero capitán.

El marino español rompió un vivo fuego de cañón. La *Cleopatra* no contestaba, y esto irritaba al enemigo.

—Que redoblen el fuego —gritó con voz de trueno.

El cañoneo continuó más fuerte. La *Cleopatra*, siempre silenciosa, parecía resistir las balas sin que le hicieran un daño visible.

—¡Esta es una asechanza sin duda! —exclamó el jefe español—, se tratará de que nos acerquemos, para echarnos una andanada y sumergirnos en el agua. ¡Al abordaje! ¡Al abordaje! Y no hay que perdonar a nadie. Hombres, mujeres, niños, que todos sean pasados a cuchillo.

Los botes, tripulados con un buen número de gente provista de escalas, garfios, picas y demás instrumentos propios para el abordaje, se desprendió de la *Proserpina* y resueltamente se dirigió a la *Cleopatra*. El mismo silencio, la misma terrible inmovilidad.

—¡Ánimo, marinos! —gritó el jefe que mandaba los botes—; acordáos que sois españoles y que estáis en la tierra de Cortés. ¡Arriba! ¡A ellos! Y no haya misericordia.

Los marinos españoles se lanzaron como leones.

Un gato, único defensor que había quedado a bordo, corrió por la cubierta, y mirándose atacado por los marinos de la *Proserpina*, corrió sobre cubierta, se precipitó, sin saber dónde, cayó sobre la cara del comandante, se afianzó con las uñas de sus barbas y carrillos, y al grito de sorpresa y de dolor del bravo marino, el gato cayó en el agua y desapareció entre las ondas. Los asaltantes tuvieron que soltar una carcajada.

Sin embargo, el brigadier don Francisco de Beranger, que mandaba esta expedición, dio a su regreso a Veracruz un parte en que describía una terrible batalla naval y un sangriento abordaje. El virrey los recomendó a España, y decretó que llevaran en el brazo derecho un escudo con el siguiente epígrafe: *Al importante servicio en Soto la Marina*.

III

Mina no perdió su tiempo. Construyó un fuerte regular en Soto la Marina, y resolvió expedicionar en el interior del país.

La mañana del 24 de mayo, Mina, ya con su espada ceñida, estaba en la plaza al frente de sus tropas, que eran las siguientes:

General y su Estado Mayor	11
Guardia de honor al mando de Young	31
Caballería	124
Regimiento del mayor Sterling	56
Primero de línea	64
Artillería	5
Criados	12
Ordenanzas	5

Era ridícula esta expedición. Mejor dicho, era sublime. El comandante tenía en sus ojos la victoria.

Mina llamó al mayor Sardá.

—Te dejo cien hombres, mayor. Con esta fuerza te defenderás hasta el último extremo. Te han de sitiar, sin duda alguna; pero no haya cuidado, yo volveré y haré a balazos que te dejen quieto. — Mina estrechó la mano del mayor, y espada en mano, salió de la plaza de Soto la Marina, tambor batiente y bandera desplegada.

Después de tres días de marcha por aquellos desiertos fallos de víveres y de agua, la tropa comenzaba a fatigarse y a murmurar.

No hay cuidado, mis amigos; antes de algunas horas tendremos víveres frescos, y habitación magnífica, y dinero.

En efecto, Mina, burlando con la rapidez de su marcha la vigilancia del jefe don Felipe de la Garza, sorprendió una hacienda y se apoderó de una buena cantidad de efectos y provisiones que repartió entre sus soldados.

Ninguna de las muchas combinaciones militares que hizo el gobierno con una actividad sorprendente, pudo detener la marcha de Mina. Derrotó a Villaseñor en el Valle del Maíz, y el 14 se hallaba instalado en los magníficos edificios de la hacienda de Peotillos, que en esa época pertenecía a los carmelitas. Los dependientes y mozos habían huido, llevándose todas las provisiones. La tropa, cansada y hambrienta, se acostó sin cenar. No habían cerrado los ojos, cuando el enemigo se presenta. Armiñán y Rafols, con fuerzas considerables, tocan, como quien dice, a las puertas de la hacienda.

Mina recibe el aviso de sus avanzadas, se ciñe la espada, sube a la azotea del edificio y observa entre el polvo y la ardiente reverberación del campo, una fuerza de infantería como de 1 000 hombres, seguida a cierta distancia por una numerosa caballería.

—Amigos —dice a sus soldados, que habían salido en seguimiento de su jefe—; vamos a ser atacados dentro de pocos momentos. Si nos encerramos en las casas, pereceremos, si no por las balas, sí de hambre. No hay más recurso que salir al campo y atacar al enemigo antes de que se acerque más.

La respuesta de esta tropa denodada fue un ¡hurra! estrepitoso, y cosa de 170 hombres formaron en momentos y se dirigieron a paso veloz al encuentro de la formidable columna española.

Mina, a los pocos momentos de comenzada la acción, se vio envuelto por la caballería, y sus escasas fuerzas diezmadas por las balas enemigas. En este trance supremo, con los pocos que le quedaban, formó un cuadro, hizo una descarga a quemarropa a la caballería que se le venía encima, mandó calar bayoneta y se lanzó con espada en mano, haciendo un agujero sangriento en la masa compacta de enemigos. El pánico se apoderó de ellos, comenzaron a vacilar y a desorganizarse, y concluyeron con abandonar el campo y echar a correr. El coronel Piedras, de las tropas realistas, no paró hasta Río Verde. Rafols se escapó en las ancas del caballo de su corneta de órdenes, y Armiñán se retiró a San José. Esta fue la célebre acción de Peotillos dada el 15 de junio.

Mina, con el puñado de hombres que le había quedado, resolvió seguir al interior del país, y al

día siguiente se puso en camino, no deteniéndose sino delante del Real de Pinos, cuya plaza estaba fortificada y defendida por trescientos hombres y cinco cañones.

Para Mina no había dificultades, y a todo trance necesitaba apoderarse de este mineral. Mina intimó rendición a la plaza, y habiendo recibido una respuesta altanera, se decidió a obrar. Llamó a quince de sus más atrevidos soldados, les indicó una tapia, y con una escalera subieron sin ser sentidos a las azoteas de las casas. Descendieron a la plaza, sorprendieron la guardia y se apoderaron de la artillería. Mina entonces asaltó la ciudad, y no habiendo resistido ya los defensores, entró a ella, permitiendo el saqueo para castigarla de su resistencia. El 24 de junio Mina se hallaba en el corazón del país, y posesionado del fuerte del Sombrero, que mandaba el jefe independiente don Pedro Moreno.

A los cuatro días, y cuando apenas sus soldados comenzaban a descansar de una marcha de más de 250 leguas por un país desierto, se supo que el jefe español Ordóñez, con una fuerza de 700 a 800 hombres, se dirigía sobre el fuerte. Mina, rápido en sus concepciones, resolvió atacarlo, y acompañado de Moreno y del Pachón (Encarnación Ortiz), se puso en marcha, y a la media noche llegó a las ruinas de una hacienda, donde encontró 400 insurgentes armados con unos cuantos fusiles inútiles. Al día siguiente muy temprano continuó su marcha, y algunas horas después se hallaba frente del enemigo con dos columnas de cien hombres, y en menos de ocho minutos Mina derrotó a los españoles, y regresó al fuerte con los cañones, fusiles y dinero ganados en esta batalla donde murieron los jefes realistas Ordóñez y Castañón.

IV

En poco tiempo Mina llenó con su nombre toda la Nueva España. Las gentes, cuando pasaba por algún pueblo, salían a verle con admiración, y el virrey, al acostarse y al levantarse tenía en sus oídos este nombre fatal.

El gobierno colonial desplegó la mayor actividad, reuniendo en Querétaro un cuerpo de tropas escogidas que puso a las órdenes del mariscal Liñán, y apeló, además, a los medios de costumbre, que fueron declarar al héroe de Peotillos traidor, sacrílego y malvado. Ya en fines de julio, Mina tenía sobre sí en la provincia de Guanajuato a Liñán, Orrantía, Negrete, Villaseñor, Bustamante (don Anastasio), y cuantos otros jefes se consideraron capaces de afrontar el ataque rápido y terrible de los atrevidos aventureros que militaban bajo sus órdenes. Las fuerzas españolas se fueron colocando en puntos convenientes, hasta que al fin se acercaron y establecieron un sitio al fuerte del Sombrero. Este lugar dista de Guanajuato 18 leguas, y 6 de la ciudad de León. Mina, con cosa de mil hombres mal armados y unas viejas piezas de artillería, se resolvió a esperar y defenderse hasta el último extremo.

El 1º de agosto el enemigo rompió el fuego de cañón, que continuó sin interrupción durante cuatro días. Creyendo Liñán que los defensores estarían ya acobardados, dispuso un asalto por cuatro puntos, y por todos ellos fue rechazado. Entonces se hicieron a Mina proposiciones muy lisonjeras, que rehusó constantemente.

El fuego de cañón comenzó otra vez con más fuerza; la escasa agua que había en un algibe del fuerte se acabó, y las nubes derramaban en las cercanías frescas y abundantes lluvias, mientras los

hombres del fuerte morían de sed. Mina, entonces, para contener la desesperación de sus soldados, hizo una salida sobre el campo de Negrete, le mató mucha gente y le tomó un reducto, pero tuvo que retirarse y volverse a encerrar en aquellas rocas secas y fatales.

El 15, Liñán hizo un terrible empuje y arrojó todas sus columnas sobre el fuerte, pero fue rechazado, perdiendo más de 200 hombres que quedaron tirados en las barrancas.

Los independientes no podían, sin embargo, sostener la posición. La sed los hacía rabiosos, y la peste los diezmaba. Resolvieron en una noche oscura abandonar el fuerte, pero al atravesar la barranca fueron sentidos, y las tropas españolas cayeron sobre ellos, y hubo en la oscuridad una horrible matanza de que pocos escaparon. Liñán ocupó el fuerte el 20, y su primera disposición fue mandar fusilar a los enfermos y heridos que habían quedado abandonados en esa noche triste de la Independencia mexicana.

Mina, protegiendo la salida, animando a los débiles, recogiendo a los dispersos, sostuvo la posición hasta lo último; pero ya rodeado de tropas españolas, no le quedó más arbitrio que abrirse paso con cien caballos, logrando escapar de la fuerza enemiga y llegar al fuerte de los Remedios, en el cerro de San Gregorio.

El 27, Liñán con todas sus tropas se presentó delante del fuerte de los Remedios. Mina, dejando sus buenas tropas en esta posición, expedicionó por el Bajío con cerca de 900 insurgentes de caballería. Se posesionó a viva fuerza de la hacienda del Bizcocho y de San Luis de la Paz. Fue rechazado de la Zanja y derrotado por Orrantia en la hacienda de la Caja. No pierde, sin embargo, el ánimo, y con veinte hombres que le quedaron, se dirige a Jaujilla a conferenciar con la Junta, y empeñado en auxiliar a los sitiados en el fuerte de los Remedios, vuelve otra vez a Guanajuato, reúne a los insurgentes, toma la mina de la Luz, penetra en las calles, y allí desorganizadas las tropas que eran colecticias, bisoñas e insubordinadas, es completamente derrotado. Con 40 infantes y 20 caballos pasa la noche cerca de la mina de la Luz, y al día siguiente se dirige al rancho del Venadito, cuyo dueño era su amigo don Mariano Herrera.

Por las noticias que Orrantia adquirió en Guanajuato, supo el lugar donde Mina debería encontrarse, y a las diez de la noche salió con 500 caballos, dejando la infantería en Silao. Mina, a quien había venido a ver Moreno en la confianza de estar seguro en un lugar tan oculto con las precauciones que había tomado, se propuso descansar, y por primera vez después de muchas noches se quitó el uniforme y permitió que desensillasen sus caballos.

Al amanecer del 17, Orrantia llegó al rancho, y su avanzada de caballería rodeó la casa y sorprendió a los que todavía dormían tranquilos. Moreno murió defendiéndose, y Mina, hecho prisionero y llevado delante de Orrantia, fue insultado por éste y maltratado de una manera villana, hasta el extremo de darle de cintarazos.

El 11 de noviembre, a las cuatro de la tarde, fue conducido Mina al Cerro del Bellaco, donde fue fusilado por la espalda, a la vista de los campamentos español e insurgente, que suspendieron las hostilidades para presenciar la muerte del indomable aventurero, que aún no cumplía veintinueve años, y que hizo temblar al antiguo virreinato de la Nueva España.

Manuel Payno

GUERRERO

I

Si Mina fue la tempestad y el rayo que hizo temblar al virrey en la silla dorada, Guerrero fue la luz de la Independencia. Encendida siempre en las ásperas y ricas montañas del sur, los mexicanos siempre tuvieron un punto adonde dirigirse, una esperanza que invocar y un representante que abogase siempre por la causa justa, pero al parecer perdida, por las victorias de las armas españolas. Si Guerrero hubiese sido uno de esos romanos que desde la oscuridad del campo se solían elevar hasta la gloria de la República, Tácito le habría consagrado un envidiable escrito como el que le dedicó a Julio Agrícola.

II

No vamos a escribir la biografía de Guerrero. Su vida fue un tejido de aventuras y una serie de rasgos heroicos, que están íntimamente unidos con nuestra guerra de once años. Sería necesario escribir la historia entera, pues Guerrero tuvo la fortuna de sobrevivir a su obra, y la desgracia de ser jefe de la República y de morir a manos de sus mismos compatriotas.

Nació Guerrero por los años 1783, en Tixtla. Su familia era de pobres labradores, restos escapados de la conquista, y que desde esos tiempos quizá buscaron una poca de libertad en las montañas del sur. Los años primeros de Guerrero se pasaron en la fatiga y en el trabajo. ¿Qué educación, qué literatura, qué ciencias podían penetrar en esas apartadas montañas y en la casa rústica del campesino? El hombre era natural, el árbol con la corteza, la flor con todo y las espinas, el oro con el cuarzo. Pero la alma era en efecto de oro, y la aptitud moral, la inspiración de lo bueno, bastó para conducirlo por el camino de la gloria y de la honra, hasta los grados superiores de la milicia y hasta el primer puesto de la República.

III

En 1810, como todo el mundo sabe, Hidalgo proclamó la independencia en Dolores. En 1811 ya encontramos que Guerrero había seguido la inspiración patriótica, figuraba como capitán, y servía a las órdenes inmediatas de don Hermenegildo Galeana.

El hombre caminaba por una senda derecha, y con rapidez. En febrero de 1812, Guerrero ya mandaba fuerzas no despreciables, ya se ponía frente a frente con los jefes españoles, ya alcanzaba en Izúcar una victoria sobre las tropas regulares que mandaba el brigadier Llano; ya, en fin, sin saber quizá entonces ni escribir en el papel, había, sin embargo, escrito su nombre en el libro misterioso de la posteridad. Esto es lo que se llama *genio*. Mientras menos son los elementos primitivos, mientras más inculta es la educación, mientras más oscura es la personalidad, más mérito y más gloria refleja en el que abre las puertas de la sociedad, y grita a los tiranos con la justicia en el corazón y con la espada en la mano: *¡Aquí estoy!*

En 1814, Guerrero había hecho una laboriosa campaña en el sur de Puebla, había militado a las

órdenes del gran Morelos, había pasado muchas aventuras y peligros, y era ya por fin uno de los *jefes* de la Independencia; pero se hallaba en una singular situación. Los azares de la guerra y la envidia de sus enemigos, le habían dejado reducido a un soldado asistente, a un fusil sin llave y a dos escopetas. Con estas terribles fuerzas emprendió una tercera campaña. ¡Es singular! Todos esos hombres, es fuerza que tengan algo del hidalgo de la Mancha en el cerebro. Un sabio, en vez de lo que hizo Guerrero, entierra las escopetas, despide al soldado, y se encierra en su casa.

Sin embargo, salió a los pocos días de su situación, de una manera inesperada.

Se presentó por el rumbo una fuerza española al mando de don José de la Peña, de cosa de 700 a 800 hombres. En cuanto lo supo, imaginó que la Providencia le deparaba un arma mentó y un material de guerra, tal cual se lo había figurado.

En lo más silencioso y negro de la noche, recorrió el pueblo de Papalotla, despertó a los indígenas, los armó con palos; esas armas son fáciles de encontrar; y un puñado de hombres medio desnudos atravesó en silencio las humildes chozas del pueblecillo, hasta la orilla del río. Allí, Guerrero dio el ejemplo, y todos se arrojaron al agua, y aquel cardumen de extraños peces dio en la orilla opuesta, sin haber hecho el menor ruido. El campamento del enemigo estaba a poca distancia. Guerrero cae sobre él, y los soldados de España son despertados a garrotazos, quedando algunos muertos, otros atarantados, y los más, presas del pánico, pues no acertaban ni a concebir, cómo tan de repente tenían a los enemigos encima. Cuando amaneció el día, Guerrero, como lo había pensado, era dueño de 400 fusiles y de un abundante material de guerra.

IV

En la larga campaña que hizo Guerrero en el sur, habría necesidad de llenar un volumen si nos pusiéramos a referir todos los rasgos de su valor personal. Citaremos, sin embargo, otro, quizá más notable que el anterior.

Un día llegó con una corta fuerza al pueblo de Jacomatlán, y observando que un alto cerro dominaba la población, prefirió ocupar esa posición militar, como lo hizo en efecto, estableciendo su campamento. La tropa estaba cansada; en su larga marcha por las asperezas, se había mantenido con raíces y frutas silvestres, y además, tenían necesidad de bañarse, pues las enfermedades comenzaban a desarrollarse entre aquel puñado de valientes.

Guerrero no pudo desentenderse de estas necesidades, y así, accedió a las súplicas de la tropa, y les permitió que pasasen al pueblo a proveerse de algunos víveres para surtir el campamento, donde pensaba permanecer una o dos semanas, y los que se hallaban enfermos, se bañasen en un arroyo que a la sazón tenía una hermosa corriente de agua. La tropa, pues, descendió del cerro, se diseminó entre las casas del pueblo, y otra parte de ella se dirigió al arroyuelo. Guerrero quedó sólo con el tambor de órdenes y el centinela que cuidaba el armamento.

Así, a las seis de la tarde y cuando Guerrero dormitaba en el recodo de una peña que le había proporcionado alguna sombra, un muchachuelo llegó casi sin aliento.

—Señor, el enemigo ha entrado al pueblo y está matando y haciendo prisioneros a los soldados y a todas las gentes.

Guerrero da un salto, monta en su caballo que tenía ensillado, deja al centinela con orden de

dejarse matar antes de entregar las armas, monta a la grupa al tambor, armado de un fusil, y se lanza a todo escape por aquellos breñales.

Pero en vez de huir, como el tambor lo había pensado, Guerrero entra a las calles del pueblo. El tambor se apea y comienza a tirar de balazos sobre los enemigos. Guerrero, con espada en mano, se lanza sobre ellos, y asustados de la intrepidez de un hombre que se atreve solo y tan denodadamente a pelear, dejan el botín que estaban recogiendo, sueltan a los prisioneros y huyen. Guerrero reúne entonces a los soldados, y con algunas armas que los españoles habían dejado tiradas, los persigue y los derrota completamente.

Guerrero había peleado contra 400 hombres mandados por un jefe valiente que se llamaba don Félix Lamadrid.

En pocos días se encontraron dos veces Guerrero y Lamadrid en el campo de batalla, y en Xonacatlán la lucha fue a la bayoneta y cuerpo a cuerpo, como en las guerras de la antigüedad. Guerrero, aunque con fuerzas inferiores, salió siempre vencedor.

Después de estas campañas, Guerrero había aumentado mucho sus tropas, porque su nombre, su fortuna y su trato amable le granjeaban amigos por todas partes. Tenía, pues, necesidad de vestuario, de municiones, de armamento y de multitud de otras cosas necesarias para tener en orden y en servicio a su gente. No tenía más arbitrio sino proveerse a costa de sus enemigos.

Sin dar cuenta a nadie de su designio, se dirigió con mucho sigilo al cerro del Alumbre, y allí, al parecer permaneció ocioso y sin objeto durante muchos días. Una noche puso en movimiento su tropa y la situó convenientemente en la cañada del Naranjo. Una madrugada salió personalmente de Acatlán, a la cabeza de una fuerza, toda decidida y valiente, y antes de que amaneciera el día sorprendió un rico convoy que don Saturnino Samaniego conducía de Oaxaca para Izúcar, haciendo huir al jefe y a los soldados, que escaparon.

Samaniego se reunió en Izúcar con Lamadrid, el eterno antagonista de Guerrero, y volviendo juntos a la carga, atacándole furiosamente en Chinantla. La acción duró desde que rompió el día hasta muy entrada la noche; pero Guerrero quedó vencedor, y Lamadrid y Samaniego, llenos de rabia, huyeron, dejando en el campo cuantos pertrechos y equipajes tenían.

Guerrero, que al día siguiente examinó todo el botín, volviéndose a sus soldados, les dijo: «Nuestros almacenes están ya bien provistos, y nuestros enemigos nos traen los efectos hasta la puerta de nuestra casa, y ni aun el flete tenemos que pagar.»

V

El amor propio de Lamadrid se hallaba excitado al más alto punto; así que buscó nuevos encuentros con Guerrero; pero en todas ocasiones salió derrotado, teniendo a veces que huir, a uña de caballo, como suele decirse.

Los últimos sucesos de esta especie de desafío a muerte entre el jefe español y el caudillo insurgente, fueron en los años de 1815 y 1816. Lamadrid estaba en la orilla izquierda del río Xiputla, y Guerrero llegó y ocupó la derecha. Desde las dos orillas, las tropas se estuvieron tiroteando y prodigando durante dos días toda clase de improperios. Guerrero, en una noche oscura pasó el río, dio furiosamente sobre el campo enemigo y destrozó a su rival. En Piaxtla y Huamustitlán, corrió una

suerte igualmente adversa Lamadrid a mediados de 1816.

La prisión y muerte de Morelos, y el indulto a que le acogieron algunos jefes notables, arruinó por ese tiempo la causa de la Independencia. Guerrero era ya un hombre formado en la guerra y en las fatigas, atrevido para las sorpresas e impetuoso para el ataque. El gobierno español conoció su importancia, y llamó al padre de nuestro héroe, le puso un indulto amplio y completo en la mano, facultándole para que hiciese a su hijo todo género de promesas, ya de empleos, ya de dinero.

El anciano se encaminó hacia el rumbo donde creía encontrar a su belicoso hijo, hasta que al fin dio con él.

Abrazó Guerrero con efusión al autor de sus días; pero así que se enteró de su misión, tomó la mano del anciano, la besó respetuosamente, y acaso la humedeció con una lágrima; recibió el papel en que estaba escrito su perdón, quedó un rato pensativo, y después le dobló y le entregó tristemente a su padre.

—He jurado que mi vida sería de mi patria; y no sería el digno hijo de un hombre honrado, si no cumpliera mi palabra.

El viejo abrazó a su hijo, le bendijo y se retiró silencioso, lomando de nuevo el camino, para poner en conocimiento del virrey el mal éxito de su comisión.

En el año de 1817 Mina desembarcó en Soto la Marina, y en pocos días hizo la brillante campaña de que hemos dado idea en nuestro anterior artículo; pero una vez fusilado este caudillo, el desaliento más completo se apoderó del ánimo de los mexicanos.

Un párrafo de la biografía del general Guerrero, que escribió el señor Lafragua, pinta perfectamente este periodo, y da una idea de cuánta era la energía moral del caudillo del sur.

La muerte de Morelos, Matamoros y Mina; la prisión de Bravo y Rayón, y el indulto de Terán y otros jefes, habían derramado el desaliento y el pavor en toda la Nueva España, que aunque más cercana que nunca a la libertad, gemía más que nunca atada a la metrópoli...

Un hombre solo quedó en pie, en medio de tantas ruinas: una voz sola se oyó en medio de aquel silencio. Don Vicente Guerrero, abandonado de la fortuna muchas veces, traicionado por algunos de los suyos, sin dinero, sin armas, sin elementos de ninguna especie, se presenta en ese periodo de disolución, como el único mantenedor de la santa causa de la Independencia...

Solo, sin rival en esa época de luto, Guerrero, manteniendo entre las montañas aquella chispa del casi apagado incendio de Dolores, trabajaba sin tregua al poder colonial, cuyos sangrientos himnos de victoria eran frecuentemente interrumpidos por el eco amenazador de los cañones del sur.

Lindero de dos edades, Guerrero era el recuerdo de la generación que acababa, y la esperanza de la que iba a nacer.

VI

En el año de 1820, Guerrero era ya un general habituado a la metralla, familiarizado con la sangre de las batallas, heredero legítimo del valor, de la constancia y del genio militar del gran Morelos. Triunfante, al fin, aunque lleno de cicatrices, levantaba la cabeza como los colosos de los Andes, para anunciar a las Américas la buena nueva de la independencia.

Fue en ese año cuando pudo conocerse la grandeza de su alma y la elevación del carácter del hombre oscuro que vio la luz en un pobre pueblecillo de las montañas.

Nombrado don Agustín Iturbide comandante del sur, salió de México el 16 de noviembre de 1820, resuelto a proclamar la Independencia. El general español Armijo atacaba a Guerrero; y éste,

recobrando su buena estrella, salía siempre triunfante como años antes del desgraciado Lamadrid.

Iturbide creyó que era necesario contar de todas maneras con un hombre de tanta importancia, y le dirigió una carta realmente diplomática. Guerrero le escribió otra llena de franqueza, que se resumía en estas palabras: *Libertad, Independencia o Muerte*.

Esta correspondencia dio por resultado una entrevista de los dos caudillos en el pueblo de Acatempan. Se hablaron, se explicaron, se dieron un sincero y estrecho abrazo. A pocos meses la sangrienta lucha había cesado, la Independencia estaba consumada, México tenía un gobierno nacional.

Guerrero en la campaña había sido valiente. En Acatempan fue grande; se inscribió, por la generosa inspiración de su alma, en el catálogo de los hombres ilustres de Plutarco. Entregó el mando de las fuerzas a Iturbide, y puso el sello con este acto raro de confianza, de modestia y de abnegación, a la independencia de su patria.

VII

El destino de algunos hombres ilustres, es como el de ciertos astros brillantes que recorren la bóveda del cielo, y parece que al amanecer el día se hunden y mueren en un horizonte sangriento.

Hemos sólo, a grandes rasgos, apuntado las cualidades militares de Guerrero. Los partidos trataron de manchar con mil calumnias y cuentos malévolos este gran carácter, que en lo familiar era sencillo como un niño, consecuente con sus amigos, humilde en la prosperidad, generoso con los enemigos, y grande y noble con la patria. Llegó feliz a los linderos de la independencia, y tuvo la fortuna de ver a la patria libre, pero no dichosa. Apenas terminó la lucha de independencia, cuando comenzó la guerra civil que todavía no cesa. Guerrero fue arrastrado en sus muchas y tenebrosas combinaciones. Herido y abandonado en una barranca, en enero de 1823, por defender el principio republicano, vuelve a aparecer en la escena en 1828. La elección presidencial fue uno de los acontecimientos más notables de esa época, y en la cual los partidos trabajaron y combatieron terriblemente, divididos y perfectamente marcados por los ritos masónicos escoceses y yorkino.

Don Manuel Gómez Pedraza, que era el caudillo de los escoceses, salió electo legalmente presidente de la joven y turbulenta república. El partido yorkino no se dio por vencido ni por derrotado, apeló a las armas y colocó en la presidencia a su jefe, que era el general Guerrero, el cual entró a funcionar con este alto carácter en abril de 1829.

En esa época los españoles invadieron a Tampico. Santa Anna y Terán triunfaron, y la independencia se consolidó; pero la seguridad del país exigía un ejército cerca de la costa, y se estableció un cantón en Jalapa, a las órdenes del general don Anastasio Bustamante, que era vicepresidente.

Bustamante se pronunció contra Guerrero, con las tropas que mandaba. ¡Extrañas anomalías de la historia, y funestas inconsecuencias de las repúblicas! Guerrero, que había *sido capaz de hacer la independencia*, fue declarado *incapaz*, por el Congreso; Bustamante entró a gobernar, y el caudillo del sur volvió desengañado, triste, enfermo de sus heridas, a sus montañas del sur, donde tuvo que tomar las armas para defenderse de la venganza y de la negra y ponzoñosa saña de sus enemigos.

VIII

Ninguna fuerza pudo vencer a Guerrero en las montañas, en tiempo de la colonia; ningunas fueron bastantes tampoco en tiempo de la República. Fue necesario apelar a la más negra y la más odiosa de las traiciones. «La historia de México tiene algunas páginas oscuras.» Esta es negra; y ni los años, ni el polvo del olvido, serán bastantes para borrarla.

A principios del año de 1831 se hallaba fondeado en la hermosa bahía de Acapulco el bergantín genovés *Colombo*. Era su capitán Francesco Picaluga, amigo íntimo de Guerrero, y quizá de toda su confianza. Un día apareció un magnífico banquete preparado a bordo del bergantín. Guerrero fue convidado, y sin recelo ni sombra de desconfianza, pasó a bordo. La comida fue alegre y espléndida; y concluida, los convidados salieron sobre cubierta a respirar las brisas de la magnífica bahía. Picaluga, con una sangre fría que honraría a Judas, declaró a su huésped que estaba preso, levó las anclas y se dio a la vela, dirigiéndose al puerto de Huatulco, donde entregó a Guerrero por sesenta mil pesos que le había dado el traidor y feroz ministro de la Guerra, don José Antonio Facio. Guerrero fue conducido por el capitán don Miguel González a Oaxaca, y juzgado en consejo de guerra ordinario.

El caudillo de la Independencia, el mantenedor del fuego sagrado de la libertad, el hombre que tenía destrozado su cuerpo por las balas y las lanzas españolas, fue condenado a muerte por unos miserables oficiales subalternos, y fusilado en el pueblo de Cuilapa el 14 de febrero de 1831.

Picaluga fue declarado enemigo de la patria, y condenado a muerte por el almirantazgo de Génova, en 28 de julio de 1836; pero bergantín y capitán desaparecieron como si un monstruo del océano los hubiera devorado. La existencia de Picaluga es en efecto un misterio. Unos dicen que se le ha visto años después, en las calles de México; otros que se hizo mahometano y vive en un serrallo de Turquía, y otros aseguran que varios mexicanos le han visto en un convento de la Tierra Santa, con una larga barba y un tosco sayal, haciendo una vida de penitencia para expirar en esta tierra el horrendo crimen que cometió, y que el Señor misericordioso pueda a la hora de su muerte abrirle las puertas del cielo.

Manuel Payno

OCAMPO

I

Una noche, cerca de las once, don Melchor Ocampo salía de la casa de una persona con quien tenía íntima y respetuosa amistad, y que entonces vivía en la calle de...

Cuando cerró tras sí la pesada puerta del zaguán, un hombre, embozado hasta los ojos con un capotón negro, pasó rápidamente, y después otro. Ocampo no hizo caso, y siguió lenta y tranquilamente hasta la esquina. Atravesó la bocacalle, y entonces advirtió que los dos embozados se habían reunido y marchaban delante a pocos pasos, a la vez que otros dos venían detrás, a algunas varas de distancia. Comprendió, aunque tarde, que había caído en una emboscada. Si retrocedía a la casa de donde salió, o seguía a la suya, se hallaba siempre en el centro. Registró maquinalmente sus bolsas, y encontró que no tenía armas; pero sí un reloj de oro, unas cuantas monedas y un lapicero. Siguió su camino derecho, pero muy des pació y sin dar muestras ningunas de que había observado a los que le seguían, y decidido a entregarles el reloj y el poco dinero que traía.

¡La rara casualidad! En todo el largo tránsito que la vista podía abarcar, no había ningún sereno, ni una alma se encontraba en la calle. En este orden, Ocampo y los embozados caminaron dos o tres calles, y Ocampo se creyó en salvo cuando divisó ya a pocos pasos la luz de su habitación. Llegó por fin a la puerta, tocó, y con la prontitud que acostumbraba el por tero, le abrió; pero notó, con la poca luz que pudo entrar dría calle, que el portero estaba también embozado. Esto podía ser una casualidad. Ocampo vivía solo, y aunque preocupado y curioso, subió a su habitación sin miedo alguno. Al entrar en el pequeño salón encendió una luz y se encontró sentados en el sofá a otros dos embozados. Ocampo sonrió entre resignado y colérico.

—Señores; si es para broma, basta ya —les dijo—. Yo no he gastado bromas con nadie; pero bien se puede permitir a los amigos que se diviertan alguna vez; y si es alguna otra cosa, acabemos también. La casa y todo está a disposición de los que no tienen valor para descubrirse la cara.

Al decir esto, echó a los pies de los embozados un manojo de llaves pequeñas, arrió un sillón y se sentó.

Uno de los embozados se inclinó, tomó las llaves, encendió otra vela y se dirigió a la alcoba y a las demás piezas de la casa. A este tiempo los embozados de la calle se presentaron en la puerta del salón.

—Lo había adivinado —dijo Ocampo con voz firme—. Este es un golpe de mano, de acuerdo con el portero. Lo siento, porque le tenía yo por hombre honrado. Advertiré a ustedes —continuó dirigiéndose a los embozados—, que sin duda han recibido malos informes de mi portero, y se han pegado un buen chasco. Yo no soy hombre rico, y aunque lo fuera, aquí no tengo gran cosa. Encontrarán ustedes cincuenta o sesenta pesos, alguna ropa que no vale mucho, y libros que no han de servir a ustedes de nada, porque si tuviesen amor a la lectura, seguramente no tendrían afición al robo. Acaben, pues no vale la pena de que pierdan así su tiempo ni me desvelen. Tengo sueño.

Los embozados contestaron con una respetuosa cortesía, y se sentaron; sólo uno de ellos se dirigió a las otras piezas. Al cabo de algunos minutos, los dos hombres que habían entrado a registrar salieron con un baulito de viaje y un legajo de papeles.

Ocampo volvió a sonreír.

—Otra equivocación tal vez —les dijo—. Creerán que yo tengo papeles reservados. ¡Qué error! Todo lo que ustedes traen no contiene más que apuntes sobre diversas plantas de Michoacán, y sentiré mucho que se extravíen.

Los embozados, al oír esto, descansaron el baúl en el suelo, le abrieron y metieron cuidadosamente los papeles.

—Esto sí es singular —pensó Ocampo; y luego, dirigiéndose a ellos, les dijo—: Como habrán ustedes observado, no soy hombre que tengo miedo, ni menos trato de armar escándalos ni de procurar que la policía intervenga. Esto sería lo más molesto para mí. Deseo únicamente que ustedes me digan lo que tengo yo que hacer, y que ustedes hagan breve lo que les convenga, y me dejen en paz. Les aseguro que en el acto que se marchen, me acuesto en mi cama y no vuelvo a ocuparme más de lo que ha pasado.

Uno de los embozados se descubrió. Era un hombre de una fisonomía dura, y se podía reconocer al momento, que lo que dijese lo llevaría a cabo irremediablemente. Ocampo le examinó de pies a cabeza con mucha sangre fría, y no pudo reconocer quién era, si bien recordaba haber visto quizá esa misma figura alguna otra ocasión.

—Supongo que no me he equivocado, y que usted es el señor don Melchor Ocampo —le dijo el hombre misterioso.

—Jamás he negado ni negaré mi nombre en ninguna circunstancia de mi vida; pero ahora me permitiré saber por qué razón me veo asaltado por gentes que se cubren el rostro. ¿Se trata de algún atentado?

—Tiempo hemos tenido para cometerlo —le respondió el desconocido con alguna dureza.

—¿Pues entonces?

—Aquí están las llaves de los roperos. Hemos encontrado un baúl a propósito, y hemos únicamente acomodado en él la ropa necesaria. El dinero que estaba en una tabla del ropero, y todo lo demás, queda en el mismo estado, y tendríamos mucho gusto si el señor Ocampo pasa a cerciorarse de que lo que digo es la verdad.

—Me doy por satisfecho.

—Entonces —dijo el hombre misterioso—, el señor Ocampo tendrá la bondad de seguirme.

—Y si no es mi voluntad, ¿qué sucederá? —preguntó Ocampo con calma.

—No quisiera yo que llegáramos a ningún extremo, y sentiría de veras hacer cualquiera cosa que pudiera ofender a usted.

Ocampo se puso un dedo en la boca, bajó la cabeza y se quedó pensando un rato, y luego dijo:

—Creo comprender perfectamente, y como un caballero protesto que sin oponer resistencia alguna estoy decidido a seguir con toda calma esta aventura. Vamos... supongo que se me permitirá tomar un abrigo.

—Había ya pensado en ello, pues que la noche está un poco fría —respondió el hombre presentándole una capa que tenía en el brazo.

Ocampo se embozó en ella, entró a sacar a su ropero el dinero que tenía, y tomando la delantera bajó él primero. En el patio estaban los otros hombres embozados, y el cuarto del portero oscuro y silencioso.

Echaron a andar por las calles solas y lúgubres, desperdigándose y colocándose a ciertas distancias los embozados, mientras el hombre con quien Ocampo había tenido el diálogo que acabamos de bosquejar, le tomó del brazo y marchaba unido con él, como si fuera su íntimo amigo. Así llegaron hasta el barrio escampado y triste de San Lázaro, sin haber atravesado una sola palabra en todo el camino. Cerca de la garita estaba un coche con un tiro de mulas. La portezuela se abrió, y Ocampo, el hombre misterioso, y dos más, subieron al carruaje. Contra las prevenciones usuales de la policía y de la aduana, las puertas de la garita se abrieron y el coche pasó, tomando el camino de Veracruz. En el tránsito Ocampo recibió todo género de atenciones de sus compañeros, que se descubrieron naturalmente, pero a los cuales no pudo reconocer. Los alimentos eran buenos, dormían en las mejores posadas; pero evitaron la entrada a Puebla y a Jalapa. Llegaron a las afueras de Veracruz una tarde a la hora del crepúsculo. Se dirigieron a pie al muelle, e inmediatamente se trasladaron a una barca que estaba ya con las velas henchidas y el piloto a bordo. Antes de anochecer sopló un viento favorable, y a la media noche apenas distinguían ya el faro de San Juan de Ulúa. A los sesenta y cinco días llegaron a Burdeos.

—Antes de que nos separemos —dijo el hombre misterioso a Ocampo—, quiero pedirles perdón. He tenido que cumplir un encargo difícil, y lo he hecho de la mejor manera posible. Ninguno de nosotros ha traspasado los límites de la buena educación, y me atrevo a creer que nuestra compañía no ha sido tan molesta como era de esperarse, atendida la situación rara en que nos hemos encontrado.

—Los viajes y los matrimonios deben hacerse repentinamente —dijo Ocampo con cierto acento irónico—; pero en verdad, yo no estoy enfadado con ninguno de ustedes. Me resta preguntar qué es lo que me falta que hacer, y si la compañía de ustedes debe aún continuar algún tiempo más.

—Aquí nos debemos separar, y sólo espero que en cambio de nuestros cuidados nos prometa usted no pasar a tierra sino hasta que haya salido aquel barco que cabalmente comienza a levantar sus anclas. Aquí está una cartera que suplico a usted reciba y no abra ni examine hasta que se halle instalado en la posada que elija en Burdeos.

—Prometí seguir lo que los mahometanos llaman el destino, y a nada me opongo, contestó.

Los hombres estrecharon cordialmente la mano de Ocampo, y con sus ligeros equipajes se trasladaron al barco que habían indicado, el cual antes de dos horas había ya salido de! puerto y perdiéndose entre las ondas y el horizonte de la mar. Ocampo entonces desembarcó y se dirigió al hotel que le pareció más modesto y apartado del centro. Allí abrió la cartera y se encontró con una orden de una casa de comercio de México a otra de París, para que pudiese disponer de una mesada equivalente a 250 pesos. La cartera, además, tenía otro papel de una letra que quizá no fue desconocida para Ocampo, en que se le aconsejaba que viajase, que observase el mundo y que no volviese a México sino cuando personas que se interesaban sinceramente por él, se lo indicasen.

Esta aventura la refirió a mi padre una persona respetable y formal, y yo no he hecho más que evocar recuerdos que, aunque de época lejana, se conservan frescos y vivos en mi memoria. No salgo garante de la verdad, y de la cual tuve el mayor empeño en cerciorarme.

Muchos años después, y platicando yo familiarmente con Ocampo, hice rodar la conversación sobre los viajes, y me atreví a preguntarle si era cierto lo que había oído referir respecto a su primer viaje a Europa. Ocampo sonrió de la manera triste y sarcástica que le era peculiar, y desvió la

conversación preguntándome si conocía yo una flor que, aunque se la daban por nueva, era originaria de México y muy conocida de todo el mundo. Comprendí que no debía instarle más; pero sí me llamó la atención el que no me dijese que era una fábula lo que se contaba; así, ni negó ni confirmó la narración.

El hecho fue que Ocampo permaneció muchos meses en Francia, que probablemente no hizo uso de la carta de crédito, pues vivió no sólo con economía, sino hasta con miseria, y se dedicó a estudiar las ciencias naturales, y con especialidad la botánica, en lo que fue muy notable.

Otra anécdota ha llegado a mi noticia; y quien pudo conocer el carácter de Ocampo, no dudará de ella. Entró una noche en Burdeos a un café donde acostumbraba tomar un frugal alimento. Sabía ya y entendía perfectamente el francés, y habiendo oído decir algo de México, fijó la atención en un grupo que se hallaba a poca distancia. Entre otras cosas graves e injurias relativamente a México, uno de los tertulianos fijó esta proposición general: *Los mexicanos todos son ladrones.*

Ocampo se levantó de su asiento, y dirigiéndose al grupo, dijo en muy buen francés:

«Señores, alguno de ustedes ha dicho que todos los mexicanos son ladrones. Yo soy mexicano, y con mi conciencia les aseguro que no soy ladrón; en consecuencia, el que ha sentado tal proposición, *¡miente!*»

Ocampo se retiró lenta y tranquilamente a su asiento y siguió tomando su café.

Entre los del grupo hubo un momento de silencio y de estupor; pero a poco comenzaron a discutir y a vociferar. Ocampo les volvió la espalda en señal del más soberano desprecio. Ya no pudieron sufrir, y uno se levantó, y dirigiéndose a Ocampo, le dijo:

—Espero que mañana, antes de las seis, os presentaréis aquí con vuestros testigos.

—Ahora mismo, es mucho mejor, y dos de los señores serán mis testigos.

Dos de los concurrentes se levantaron, estrecharon la mano a Ocampo y se pusieron a su disposición.

—¿Cuáles son vuestras instrucciones?

—Todo lo que queráis convenir lo acepto sin observación ninguna.

Al día siguiente, en un lugar aislado y apartado de Burdeos, tuvo lugar el duelo. Ocampo, que era menos diestro en la esgrima, salió herido y tuvo que estar en cama cerca de un mes. Su adversario le visitó y le satisfizo amplia y públicamente. Otros refieren que hubo un segundo encuentro, en que el adversario recibió una herida grave; pero de una manera o de otra, Ocampo dejó bien puesto su honor y el de la patria. No vaya a creerse que era espadachín, pero sí hombre muy pundonoroso y delicado, y cuando creía tener razón y obrar conforme a su conciencia y a su deber, no conocía el miedo.

II

Algo más hay que contar de la vida privada de Ocampo. Tocóle en herencia una grande y productiva hacienda de campo en el estado de Michoacán, que se llamaba *Pateo*. Era aún muy joven, y de pronto no se le juzgó a propósito para la dirección de sus propios negocios. A los pocos días de haber recibido sus bienes, dio pruebas evidentes de su aptitud, y más que todo de su rara probidad.

La finca era extensa y valiosa; pero reportaba muchos gravámenes, y había, además, una cantidad

de deudas pequeñas que satisfacer. La primera providencia de Ocampo fue llamar a todos sus acreedores.

—Esta hacienda —les dijo—, es más bien de ustedes que no mía. Examíenla a su gusto, y convengamos en la parte de ella que cada uno quiera tomar para pagarse su deuda.

La mayoría de sus acreedores consentían en renovar las escrituras. Ocampo rehusó y quiso pagar. Los acreedores eligieron convencionalmente las fracciones que les pareció, y quedó a Ocampo un potrero sin casa ni oficinas. Sus acreedores se mostraron satisfechos y fueron pagados, y él comenzó materialmente la vida ruda y laboriosa del colono.

Fijó su residencia debajo de un grande y frondoso árbol, que todavía existe, y ayudado personalmente de los sirvientes que le eran adictos, comenzó a levantar una casa pequeña, a cavar las zanjas, a formar las cercas, a establecer las tierras de labor, a formar, en una palabra, de una tierra salvaje una hermosa propiedad, que literalmente regó con el sudor de su frente. En el discurso de pocos años había ya una casa modesta, pero cómoda; un jardín cubierto de las flores más exquisitas, y unas tierras de labor benditas por Dios, y abonadas con el sudor y el trabajo de un hombre honrado, y no solamente admirador de la naturaleza, sino muy inteligente en la agricultura. A esta nueva propiedad le puso por nombre *Pomoca*, anagrama de su apellido.

III

Vulgarmente se decía: «Ocampo es un hombre raro.» En efecto, no era común, y en este sentido había razón para calificarle así. Tenía un sistema de filosofía peculiar que no pertenecía realmente a ninguna de las escuelas antiguas ni modernas. Era el conjunto de todas ellas, modelado en su propio cerebro, con independencia de toda preocupación. Ocampo pensaba en la misión del hombre sobre la tierra, y para él, esta misión era la de hacer el bien y propagar la libertad en toda su mayor y más aceptable latitud; así, la política tenía necesariamente que formar parte de sus creencias íntimas. ¡Pueden hacer tanto bien los gobiernos! ¡Pueden proporcionar una suma de libertades tan apetecibles y preciosas! El constituir una parte de esa entidad que podía dispensar los más grandes beneficios a la sociedad, era para un ciudadano un grande honor y un motivo de legítima aspiración. He aquí el aspecto bajo el cual Ocampo miró siempre las cosas públicas; y no hacemos más sino recordar hoy muchas de las conversaciones que tuvimos con él.

Con unos precedentes tan sinceros y generosos, jamás pudo entrar, ni aun remotamente, en sus ideas, ni la consideración de un sueldo, ni el deseo del mando, ni la necia vanidad de figurar. Desde el momento que se persuadía que no podía hacer el bien en un puesto público, lo dejaba positivamente, y omitía esas fórmulas y esas ceremonias propias de los que no obran con la firmeza de una conciencia ajena de todo interés.

Ocampo escribió para el público menos que Otero, que Rosa, que Morales y que otros muchos hombres distinguidos del partido liberal, y sin embargo, ejerció en su época mayor influjo que ellos en la marcha de las cosas políticas. Cuando se establecía en México el gobierno conservador y dictatorial, Ocampo, o era perseguido y desterrado, o desaparecía de la escena pública y se encerraba en su hacienda a leer o estudiar, y a cuidar sus pocos intereses, que tenía en un perfecto estado de orden. Cuando triunfaba el partido liberal, inmediatamente era llamado a ocupar algún

puesto distinguido. Se prestaba a servir los cargos populares o políticos; jamás quiso recibir ningún empleo, aun cuando le instaron para que aceptara muchos y muy buenos, entre ellos el de director del Montepío.

Así, fue gobernador de Michoacán, cuyo estado ha añadido el nombre de *Ocampo* a su antigua denominación tarasca. Gobernó bien, estableció prácticamente sus doctrinas de libertad; fue, como en todos los actos de su vida, nimiamente honrado y delicado, y se puede asegurar que jamás tomó un solo peso que no fuese adquirido con su personal trabajo.

Fue llamado al ministerio de Hacienda en marzo de 1850, durante la administración del general Herrera.

En octubre de 1855 entró a desempeñar el ministerio de Relaciones, siendo presidente el general don Juan Álvarez.

En 1858 volvió a desempeñar el mismo ministerio, siendo presidente el señor Juárez, y en 1859 y 1860 estuvo encargado al mismo tiempo de los ministerios de Guerra y Hacienda. Fue en esta última época cuando desplegó Ocampo toda la energía de que era capaz, y participando de los inconvenientes y peligros de toda la época tormentosa de la guerra de la Reforma, firmó en Veracruz el célebre manifiesto del gobierno constitucional, y las leyes se expidieron una tras otra hasta completar la serie de providencias y circulares necesarias para consumir la obra que había costado tanta sangre y tantos trastornos en los últimos años.

IV

Triunfante el gobierno del señor Juárez, volvió con él a México el señor Ocampo; pero a pocos días fue organizado otro gabinete, y el infatigable ministro de la Reforma, sin ninguna aspiración, sin llevar un solo peso, sin pretender, y antes bien rehusando todas las posiciones que se le brindaron, se retiró a su hacienda de Pomoca, donde se ocupaba de poner en orden sus negocios, y en cultivar sus hermosas flores, que fueron el encanto de su vida.

Llevó a su hogar sus manos limpias. Ni el dinero ni la sangre les habían impreso algunas de aquellas manchas que, como dice Shakespeare, no pueden borrar todas las aguas del océano.

Los restos del ejército reaccionario, pasados los primeros momentos, volvieron a aparecer con las armas en la mano; y en la república, que por un momento pareció tranquila, volvió a aparecer la guerra civil.

En la hacienda de Arroyozarco había un español llamado Lindoro Cajiga. Por motivos más o menos fundados, que no es del caso calificar, se separó del servicio de los señores Rosas, y reuniéndose con una colección de hombres desalmados, formó una de esas temibles guerrillas que han sido espanto de las poblaciones pequeñas y de las haciendas de campo.

Un día, el menos pensado, se presentó Cajiga en Pomoca y encontró a Ocampo desprevenido, inerme, confiado y tranquilo, en medio de sus hijas y de sus sirvientes. Bruscamente le intimó que se diera por preso; y a pie, y según se dijo con generalidad, tratándole de una manera indigna, le condujo hasta donde había una fuerza mandada inmediatamente por don Leonardo Márquez, y que también estaba a las órdenes de don Félix Zuloaga, que se decía presidente de la república. ¿Lindoro Cajiga obró de su propia cuenta, o fue enviado expresamente por Márquez o Zuloaga? El caso fue

que, apenas este hombre respetable cayó en manos de estos jefes militares, cuando determinaron que fuese fusilado.

Ocampo no suplicó, no pidió gracia, ni aun algunas horas para disponer sus negocios; recibió con una completa calma la noticia de su próximo suplicio.

Pidió únicamente una pluma y una hoja de papel, y escribió, en pocas líneas, el testamento que ponemos a continuación, con una mano tan firme y un carácter de letra tan regular y tan conecta como si en medio de su vida tranquila del campo hubiese estado describiendo las maravillas de la naturaleza.

Fue fusilado y colgado en un árbol el día 3 de julio de 1861, frente a la hacienda de Jaltengo.

TESTAMENTO

Próximo a ser fusilado según se me acaba de notificar, declaro que reconozco por mis hijas naturales a Josefa, Petra, Julia y Lucila, y que en consecuencia las nombro mis herederas de mis pocos bienes.

Adopto como mi hija a Clara Campos, para que herede el quinto de mis bienes, a fin de recompensar de algún modo la singular fidelidad y distinguidos servicios de su padre.

Nombro por mis albaceas a cada uno *in solidum et in rectum* a don José María Manso de Tajimaroa, a don Estanislao Martínez, al señor licenciado Francisco Benítez, para que juntos arreglen mi testamentaría y cumplan esta mi voluntad.

Me despido de todos mis buenos amigos y de todos los que me han favorecido en poco o en mucho, y muero creyendo que he hecho por el servicio de mi país cuanto he creído en conciencia que era bueno.

Tepeji del Río, junio 3 de 1861. *M. Ocampo.*

Firman este, a mi ruego, cuatro testigos, y lo deposito en el señor general Taboada, a quien ruego lo haga llegar a mis albaceas o a don Antonio Balbuena, de Maravatío.

En el lugar mismo de la ejecución, hacienda de Jaltengo, como a las dos de la tarde, agregó, que el testamento de doña Ana María Escobar está en un cuaderno en inglés, entre la mampara de la sala y la ventana de mi recámara.

Lego mis libros al Colegio de San Nicolás de Morelia, después de que mis señores albaceas y Sabás Iturbide tomen de ellos los que les gusten. *M. Ocampo. J. I. Guerra. Miguel Negrete. Juan Calderón. Alejandro Reyes.*

Así terminó su carrera, a la edad de 54 a 56 años, uno de los hombres más distinguidos, más honrados y mejores de la República. [22]

Manuel Payno

LEANDRO VALLE

Amigo: te felicitamos por haber dado a tu fe republicana hasta el último aliento de tu vida, hasta el último latido de tu corazón. Te felicitamos por haber sufrido, por haber muerto.

Victor Hugo

I

Leandro Valle es una de las figuras más prominentes de la revolución progresista.

Esa figura, que yace alumbrada por la luz de la historia, dice a la actual generación que surge la juventud en la tormenta revolucionaria, como el rayo que va a incendiar los escombros del pasado, para echar los cimientos del porvenir.

Valle apareció en la revuelta arena de nuestro anfiteatro guerrero bajo los estandartes de la Reforma, cuando el clero era una potencia y parapetaba en sus ciudadelas a sus soldados para defender sus tesoros y prominencias.

Cuando para escándalo del siglo y vergüenza de la historia, nos encontrábamos como en la Edad Media, en pleno feudalismo.

Las escuadras invasoras arrojaban sobre la ciudad heroica sus primeras bombas en 1847, y la capital se envolvía en las llamas de la guerra civil, a la voz de *Religión*.

Valle combatía por primera vez al lado de los reformistas, arrebatado por ese espíritu gigante, que no le abandonó ni en los últimos instantes de su existencia.

Aquel niño cuya frente serena se ostentó en esos días a la luz resplandeciente de los cañones, se dejó ver en el combate con el extranjero, en cuyo estadio se trazaban los preliminares de una carrera de gloria y de heroicidad.

La fortuna negó a nuestras armas la victoria, pero fue impotente para borrar las hazañas de nuestros héroes; se veneran aún en aquellos campos de recuerdos patrióticos, las cenizas sagradas de nuestros mártires.

¡Gloria a vosotros, que llevásteis vuestra sangre como una ofrenda a los altares de la patria!

¡Gloria a vosotros, que rindiendo un homenaje al patriotismo, caísteis en la arena lanzando vuestro último grito como un saludo eterno a la libertad!

¡Gloria a vosotros, que sobrevivís a esos días de prueba y arrastráis una existencia de olvido; vosotros sois los templos vivos de nuestras memorias, la tradición palpitante de las batallas; cada vez que las descargas anuncian que uno de vosotros baja al sepulcro, nos parece que se arranca una hoja de ese libro histórico de nuestras glorias!

II

Cuando una sociedad encalla, se necesitan los choques de la revolución para sacarla de los arrecifes.

El torrente irresistible del siglo destruye y crea al mismo tiempo; por eso vemos al mundo antiguo desaparecer con sus tradiciones, con sus hombres, con su filosofía, y si invocamos como un

derecho las creencias de nuestros padres, no recordamos las de nuestros mayores.

La independencia de las naciones no trae siempre consigo la idea de la libertad.

México, independiente, cayó bajo el poder del clero, y la sociedad yacía esclava de las prácticas religiosas en su orden político y su construcción administrativa.

Acabó la *unción* de los reyes; pero el presidente iba a consagrar su cabeza bajo el palio y a arrodillarse en los mármoles de la catedral, y a inclinar la frente agobiada, al resonar en las bóvedas el canto de los salmos.

El poder civil desaparecía ante la potestad canónica, ante esa vara mágica que abre a su contacto las puertas del cielo y las del abismo.

Desde las aldeas hasta las ciudades, ostentaban templos y monasterios, sitios de tormento para las vírgenes, foco de pe reza y de histérico para los cenobitas, rompiendo de continuo los votos, esas cadenas que el ascetismo de los siglos medios ha querido imponer a la naturaleza.

Avasallada la sociedad por el sentimiento religioso, subyugada por el fanatismo y ultrajada por una soldadesca inmoral y desenfrenada, sintió la necesidad del sacudimiento; la prolongación del letargo podía llegar hasta la muerte.

Brotó la idea de la Reforma como una fosforescencia de su cerebro; la idea necesitaba armarse, combatir, triunfar.

Los que habían puesto el dogma de la intolerancia en las cartas políticas, no eran seguramente los hombres de la revolución.

Los que habían combatido al lado del estandarte de la fe, pertenecían al pasado. No quedaba sino la nueva generación para realizar el pensamiento reformador de la sociedad.

Pero la juventud necesitaba una guía en el terreno práctico de sus aspiraciones patrióticas.

Hidalgo había dado el grito de libertad cuando su cabeza estaba cubierta con el hielo de la vejez; era necesario buscar para la *Reforma* otra organización privilegiada que no cediera a los embates de la revolución, que se presentaría terrible como nunca.

Un antiguo caudillo de la libertad daría con su voz autorizada el prestigio a la revolución. En el mapa de nuestros recuerdos se encuentra señalado con una estrella roja el pueblo de Ayutla, punto de la erupción cuya lava debía extenderse sobre los campos todos de la república.

No seguiremos en esta vez la marcha trabajosa de esa revolución hasta su triunfo definitivo, porque vamos en pos de la huella de un hombre, objeto de nuestro artículo.

El gobierno democrático quedó instalado, y la idea de la *Reforma* aceptada como una conquista del siglo y de la civilización.

El gigante se sintió herido; alzóse terrible en sus convulsiones; rota su armadura, aún podía empuñar la clava y provocar una reacción momentánea; pero qué diría de sus esfuerzos sobrehumanos antes de declararse vencido y humillado ante sus adversarios.

El motín, la conspiración tenebrosa, la tribuna eclesiástica, la cátedra, todo, todo se puso en juego para falsear los principios victoriosos.

El 11 de enero de 1858, la reacción tornó a enseñorearse de la capital, comunicando su movimiento a los puntos más distantes de la república.

Juárez, después de una marcha trabajosa y de vicisitudes por el interior del país, se embarcó en el *Manzanillo*, y atravesando el istmo de Panamá, entró sereno, como la barca que le conducía, a las

aguas del Golfo, y estableció su gobierno en Veracruz hasta el triunfo definitivo de la idea progresista.

La revolución tronaba como la tempestad en el cielo de la república.

Se alzaron cien patíbulos, corrió la sangre, se consumaron venganzas inauditas, el clero se arrancó la máscara, y se entró en la lucha más terrible que registran nuestros anales.

Volvamos a nuestra individualidad. Leandro Valle quedó fiel a su bandera, quemó sus últimos cartuchos en las calles de la capital, y marchó después a unirse con el ejército al interior de la república.

La reacción había tenido un éxito inesperado, el ejército del clero ganaba batallas por doquiera, y cosechaba triunfos, de los cuales él mismo se sorprendía.

Estrechos son los márgenes de este artículo para narrar las vicisitudes de los demócratas y sus grandes sacrificios por la causa de la libertad.

Aparecía un hombre empujado por el huracán revolucionario, se hacía célebre por su heroicidad, y desaparecía después en una oleada de muerte y exterminio.

De esa peregrinación de combates, queda una estela de sangre, como una marca de fuego, sobre los campos y las montañas.

III

El terrible sitio de Guadalajara y las jornadas de Silao y Calpulalpan anunciaron al mundo de la *reacción*, que había muerto para siempre, hundiéndose en el pasado con el anatema de los buenos.

Valle venía de ese ejército victorioso, de *cuartel-maestre*, distinguiéndose por su arrojo y pericia militar. El 25 de diciembre de 1860 el ejército liberal ocupó la plaza de México, y los prohombres del partido clerical huyeron despavoridos, unos al extranjero y otros a las encrucijadas, donde se hicieron a poco de los restos desmoralizados de su ejército, entregándose al pillaje desenfrenado y a las escenas de sangre más repugnantes.

Juárez estaba de regreso en su palacio presidencial, como el pensamiento de la revolución triunfante.

Convocóse desde luego la asamblea nacional, y el nombre de Valle surgió en las candidaturas populares, y el joven caudillo tomó asiento en los escaños de la Cámara.

Arrebatado por su carácter fogoso, fue uno de los que propusieron la Convención, cuya idea no pudo llevarse hasta su término. Valle se había colocado entre los exaltados, y votaba los proyectos de reforma más avanzados en nuestra política.

En aquellos días de efervescencia, cuando las pasiones estaban desbordadas, se supo en la capital que don Melchor Ocampo, uno de los hombres más prominentes de nuestro país, había sido asesinado alevosa e impiamente por la reacción acaudillada por Márquez, ese miserable que está fuera de la compasión humana, entregado al desprecio y vilipendio del mundo entero.

El pueblo se sintió herido por aquel rudo golpe, y se lanzó a la cárcel de reos políticos, en busca de víctimas: entonces Leandro Valle se apresuró a contener el desorden, habló al pueblo en nombre de su honra sin mancha, de la gran conquista que acababa de alcanzar en su gran revolución de reforma, y de su porvenir.

La tempestad se calmó; pero de aquellas olas inquietas todavía se desprendió una voz fatídica como la de un agorero: *Cuando el general Valle caiga en poder de los reaccionarios, no le perdonarán.*

Hay palabras que las inspira la fatalidad y las realiza el destino.

El general don Santos Degollado, de cuya biografía vamos a ocuparnos próximamente en la galería de *El libro rojo*, pidió ir en busca de los asesinos de Ocampo. Desgraciadamente, una mala combinación militar le hizo caer en poder de sus enemigos, que derramaron aquella sangre que dejó unguida la tierra.

El gobierno dispuso que Leandro Valle saliera en persecución de los asesinos.

IV

Hay detalles que recargan las sombras tenebrosas de un drama.

Valle estaba en la fuerza de la juventud, en esa alborada de la vida en que la luz de la fantasía extiende pabellones de fuego en nuestro cerebro y envuelve el corazón en una densa nube de aromas; cloroformo que nos hace soñar en el encanto engañoso de la existencia, y horas de amor en que el ángel de la dicha llama a las puertas del corazón y transporta el alma al mundo bellissimo de las esperanzas...

Valle amaba por la primera vez; su corazón, que parecía encallecido entre el rumor de las batallas y los trabajos del campamento, rindió su homenaje a la hermosura, palpitéo lleno de cariño, y evocó los genios de la felicidad y del porvenir... Sarcasmo ruin de la existencia... Aquella alma virgen y llena de ilusiones, estaba ya en los dinteles de otra vida...

Valle debía salir a la mañana siguiente... a los desfiladeros de las Cruces, donde el enemigo le esperaba.

Al joven general, que acababa de asistir a combates de primer orden, le parecía de poca importancia aquella expedición; así es que se entregaba al esplendor de una fiesta en medio de sus ilusiones de amor y la efusión simpática de sus amistades.

Valle ofrecía a los pies de su prometida, traer un nuevo laurel de victoria, cosechar un nuevo triunfo, manifestarse héroe al influjo santo de aquella pasión.

Resonaba la música poblando de armonía aquella atmósfera de perfumes; las flores exhalaban su esencia, como el corazón sus suspiros y el hervidor champagne apagaba sus blanquísimas olas en los labios encendidos de la belleza... Ilusiones, amores, esperanzas; velas flotantes en la barca de la vida.

En medio de aquel mundo de ensueños, resonó una palabra que es de tristeza en todas circunstancias... ¡Adiós!

¡Frase misteriosa, exhalación pavorosa del alma, voz de agonía, acento desgarrador que anuncia la separación, parecido al choque de una ola que se aleja en el mar para no volver nunca!... ¡Ay! ¡Cuántas olas han desaparecido en ese mar siniestramente sereno de la existencia, dejándonos la huella imborrable de los recuerdos!

Valle partió emocionado al campo de batalla; oyóse el rumor de las cajas, el paso de los batallones, el rodar de la artillería... después, todo quedó en silencio.

Estamos en la mañana del 23 de junio de 1861: las nubes se arrastran entre los pinares del Monte de las Cruces, y una lluvia menuda cae en el silencio misterioso de aquellos bosques.

Todo está desierto; por intervalos se escuchan los golpes del viento que agita las pesadas copas de los árboles y arrastra a gran distancia el grito de los pastores.

Ni un viajero cruza por aquellas soledades, reciente teatro de una catástrofe.

El huracán de la revolución tiene yermos aquellos campos.

Se ignora la altura del sol, porque las montañas están alumbradas por luz de crepúsculo.

Repentinamente aquel sitio se turba; grupos de guerrilleros comienzan a aparecer en todas direcciones, posesionándose de las montañas y desfiladeros, indicando el movimiento de una sorpresa.

Unos batallones se sitúan en la hondonada de un pequeño valle, en actitud de espera.

Pasan dos horas de expectativa, cuando se dejan ver las primeras avanzadas de una tropa regularizada; se oyen los primeros disparos, y comienza a empeñarse un combate parcial; los soldados de Valle se extienden por las laderas, desalojando a los reaccionarios, y con el grueso de sus tropas hace un empuje sobre las del llano, que resisten a pie firme algunos minutos y comienzan después a desordenarse.

Los guerrilleros de la montaña pierden terreno y se repliegan a su campo.

Valle debía obrar en combinación con las fuerzas del general Arteaga que se le reunirían en aquel campo; pero alentado con el éxito de su primer movimiento, cree alcanzar, sin auxilio, una fácil victoria, y se lanza con arrojo sobre el enemigo que huye en desorden.

Una coincidencia fatal viene a arrebatarse su conquista.

Márquez llega al campo enemigo accidentalmente, con fuerzas superiores a las de Valle; le sorprende en ese desorden que trae consigo la victoria, y alcanza a derrotarle completamente.

Valle hace esfuerzos inauditos de valor; sus oficiales le quieren arrancar del campo; pero él prefiere la muerte, a presentarse prófugo y derrotado en una ciudad que le aguardaba victorioso.

El joven general cae prisionero después de disparar el último tiro de su pistola.

El tigre de Tacubaya, la hiena insaciable de sangre, tiene una víctima más entre sus garras, y no la dejará escapar.

¡Está en su poder el soldado a cuyo frente había retrocedido tantas veces, el que le había humillado en los campos de batalla... su sentencia era irremisible! Valle comprendió desde luego la suerte que se le reservaba, y escuchó con serenidad su sentencia de muerte.

Márquez quiso humillar en su horrible venganza al joven general, mandando que se le fusilase por la espalda como a *traidor*.

Entre aquella turba de miserables asesinos, no hubo una voz amiga que se alzara en favor del soldado que había perdonado cien veces la vida de los prisioneros, y evitado en la capital que la cólera del pueblo consumase una represalia en personajes de valía entre los reaccionarios.

El vaticinio popular se cumplía: «Caerá en poder de sus enemigos, y no le perdonarán.»

Cerraba la noche de aquel día aciago, cuando Valle fue conducido al lugar de la ejecución.

De pie, reclinó su frente sobre la tosca corteza de un árbol, se apoyó en sus brazos, y esperó

resuelto el golpe de la muerte.

Oyóse una descarga cuyos ecos repercutieron en el fondo de las montañas, y al disiparse el humo de la descarga, se vio en el suelo al general Valle tendido en un lago de su propia sangre, agitándose en las últimas convulsiones.

El rencor de los hombres tiene por límite la muerte; pero hay seres que en mala hora han venido al mundo para deshonra de la humanidad. Aquel cadáver, mutilado por el plomo, provocaba aún las iras de su asesino; no le bastaba la sangre, no; aquello era poco a la venganza; le faltaba la ostentación del crimen; ¡el alarde de la impiedad!

Aquel cadáver fue colgado a un árbol que han desgajado ya los huracanes, como el pregón, no del delito de Valle, sino de la infamia de sus verdugos.

¡Desde aquel leño ensangrentado pedía el cadáver justicia a Dios, cuya sombra se alza terrible delante de los malvados, como la amenaza del cielo en sus horas de inexorable justicia!

V

El cadáver de Leandro Valle fue recibido en la capital con pompa fúnebre, y se le tributaron los honores de los héroes.

Sus restos mortales descansan en el panteón de San Fernando, al lado de las cenizas veneradas de los mártires de la libertad y de la Reforma.

Juan A. Mateos

SANTOS DEGOLLADO

I

Hay seres a quienes el destino manifiesto lanza en el mundo pavoroso de la adversidad, como relámpagos desprendidos de una nube de tormenta, para alumbrar el caos y quedar perdidos en los pliegues gigantes de la tiniebla.

Seres revestidos de una alta misión, apóstoles de una idea sobre el ancho camino de los mártires, glorificadores del pensamiento, honra de un siglo y veneración de la humanidad.

Ante esos seres del privilegio histórico, es necesario descubrirse la frente, como a la vista de un monumento que señala una conquista civilizadora, o la reivindicación de un derecho hollado.

Hay una palabra que asume el destino entero de una época, ya se opere en la religión, en la política o en la filosofía: se llama Reforma.

Cuando esa idea grandiosa encarna en un hombre, hace de él un mártir, a veces un héroe.

El mundo oye decir: *ese hombre es un reformador*, y su mirada se posa en la tribuna, y después en ese Gólgota ¡donde ha caído gota a gota la sangre redentora de la sociedad humana!

¡El cadalso! Trípode magnífico levantado sobre los gigantes círculos de la tierra, donde la voz, en sus últimas entonaciones, adquiere el poder de resonar en los ámbitos del globo.

Diez y nueve siglos vienen las palabras del ajusticiado de Jerusalén disputándose las lenguas, reapareciendo con los idiomas nuevos, incrustándose en los monumentos, porque esas palabras cayeron al pie de la cruz en los momentos supremos de la agonía.

Y es que al extinguirse el aliento del hombre, comunica a la idea ese soplo vivificante de la inmortalidad.

Delante de las cenizas de un reformador venimos a pronunciar las palabras del contemporáneo, para que sean recogidas en son de ofrenda por los historiadores del porvenir.

No vamos a buscar en la cuna del pontífice de la democracia mexicana la voz del augurio, ni la constelación dominante en la hora de su advenimiento al mundo; porque esos misterios los encerramos todos en la idea que opera transformaciones tan gigantes.

La democracia no cree más que en una raza, en una sangre: la que corre al través de la humanidad entera.

Dios arrojó sobre el globo las inquietas aguas del océano; en vano el orgullo de los hombres les ha impuesto un bautismo; son tan salobres las ondas del mar Índico, como las del estrecho de Bering.

Sabemos que viene el hombre del sexto día del Génesis, y eso nos basta.

Negamos la profecía sobre el ser que despierta al aliento de la vida, como negamos la infalibilidad; porque sabemos que cederá a la influencia de su época en las transformaciones sociales.

Vemos al gladiador sobre la arena del anfiteatro sin preguntar si mecieron su cuna los vientos emponzoñados del Ganges, o las brisas del Nuevo Mundo.

La filosofía no abre las hojas del pasado, sino para estudiar el fenómeno.

Hay tanta oscuridad en derredor nuestro, que apenas podemos determinar algo sin auxilio de otro misterio. Ver salir a un hombre a la vida social, apoderarse de una idea, convertirse en campeón,

luchar, sufrir, sacrificarse y vencer al fin, con sólo el esfuerzo de su voluntad indomable, con sólo el magnetismo de la palabra, es más de lo que puede hacer el resto de los hombres; esto se consigna, se palpa, pero no se comprende.

Sale del humilde pueblo Nazaret un inspirado, se hace oír en la tribuna, desciende a las márgenes del Galilea, inquieta a la sociedad pagana, funda una doctrina, sube con serenidad las rocas del Calvario, acepta por completo su misión de mártir, y el mundo antiguo sobrevive apenas a la agonía del Crucificado. El catolicismo se apodera del mundo moderno y le encadena; ya no son los cristianos los que entran en el circo; de víctimas se tornan en verdugos que arrojan al fuego a sus enemigos. Entonces se levanta de la humilde celda de un convento de la Alemania la voz terrible de Martín Lutero, iniciando la reforma religiosa y la idea protestante; señala ya al siglo xix como el crepúsculo del catolicismo. Decididamente Martín Lutero vale tanto como Mahoma y Sakia-Muni.

Estos grandes movimientos religiosos coinciden con los cambios políticos, porque la idea civil y religiosa se tocan en la práctica de las sociedades.

No entraremos en esas apreciaciones históricas y filosóficas, porque es otro el objeto de nuestro artículo.

II

Don Santos Degollado fue el Moisés de la revolución progresista; murió señalando la *tierra prometida*, al pueblo a quien había guiado en el desierto ensangrentado de los combates.

Salió de las oscuras sombras de una catedral, donde la curia eclesiástica le veneraba como a uno de los servidores más leales de la Iglesia; seguramente aquella soledad despertó en su cerebro la idea de la reforma, vio al pueblo encadenado a los hierros de la tiranía, y pesando sobre la frente de la sociedad la mano inexorable del clero. Le pareció ese abatimiento la abyección deshonrosa de una nación, el envilecimiento del ser humano y el síntoma precursor del desaparecimiento en la absorción conquistadora.

Sintióse humillado en su calidad de hombre y de ciudadano, operóse en su alma una metamorfosis heroica, arrojó de sí la pluma, empuñó la espada y sentenció en el alto juicio de su patriotismo las ideas condensadas durante medio siglo en el cielo de la sociedad.

La Iglesia le cerró sus puertas como a un *relapso*; entonó los salmos penitenciales al condenado, le excomulgó a su vez, diciéndole anatemas y borrándole de los registros católicos.

Pero el pueblo formó valla a su paso, respondió a su voz que le llamaba al combate, y le aclamó el campeón de sus libertades.

Entonces se desarrolló a la vista del mundo entero un espectáculo magnífico. La juventud se apoderó de aquellos estandartes que debían llegar al último reducto acribillados por la metralla. Hubo una sucesión de combates sangrientos en que los ejércitos de la Reforma desaparecían en medio de los desastres más sangrientos; pero el bravo campeón parecía llevar en sus labios el *fiat* de la creación; porque sus filas aparecían como por encanto sobre los mismos campos de la derrota.

Luchaba contra la fatalidad; pero hay algo que está sobre el fatalismo: la constancia y la abnegación.

Aquel ejército, impulsado por el aliento sobrehumano del patriotismo, recorrió los campos

escarbados de la república en una sucesión de duelos y de batallas que registran las páginas más terribles de nuestra historia.

El 11 de abril de 1859 las huestes se presentaron al frente de la capital después de sostener en su tránsito tres combates formidables. Don Santos Degollado creyó dar un golpe de mano tomando por asalto la ciudad; pero Dios no había señalado aún el término de aquella lucha.

Mientras una parte del ejército republicano conquistaba el laurel de la victoria a bordo de la *Saratoga* en las aguas de Antón Lizardo, y rechazaba a los reaccionarios desde los muros de la Ciudad Heroica, una nueva catástrofe tuvo lugar en las lomas de Tacubaya.

El ejército de Degollado se retiraba después de un combate sangriento, dejando en poder de los soldados del clero un grupo de jóvenes que no quisieron separarse del campo, unos por asistir a la batalla hasta el último trance, y otros por estar en calidad de médicos, prestando auxilios a los desgraciados que yacían en la arena, víctimas del plomo.

Dice la sombría historia de aquella noche memorable, que los prisioneros fueron ejecutados en medio de una saturnal espantosa de sangre y de venganza.

El autor de la hecatombe yace proscrito y con la maldición de Dios vibrando sobre su frente, perseguido de los espectros de las víctimas que no le han abandonado desde entonces, ni en las apartadas regiones europeas, ni en su peregrinación a la Tierra Santa, ni en su ostracismo en los hielos del norte.

¡Esas augustas sombras presenciarán la trabajosa agonía del malvado, tomarán asiento sobre la piedra de su sepultura, y permanecerán allí serenas, inmóviles, impasibles, hasta que el soplo de Dios pase sobre esos huesos maldecidos, y los mártires pidan justicia en la hora solemne de la resurrección!

III

La época del oscurantismo entraba en agonía; su causa estaba sentenciada, pero le daba aliento la sangre, como si refrescase los labios de un moribundo. Las huestes de la Reforma sitiaban las ciudades, se apoderaban de los puertos en el Pacífico y el Atlántico, y atravesaban el centro del país reconquistando las plazas en son de guerra.

La revolución moral estaba efectuada. Don Santos Degollado era el héroe de aquel gran movimiento; tenía por soldado a Zaragoza.

El reducto inexpugnable de la reacción acababa de capitular ante las armas republicanas. Guadalajara estaba recuperada.

No queremos recordar la combinación política que motivó la separación del general Degollado de la dirección de un ejército levantado por él, y por él llevado a los campos de victoria. El insigne patriota rindió un homenaje a la autoridad constitucional, y bajó en silencio de su alto puesto, sin pronunciar una palabra, sometiéndose a las eventualidades de un proceso.

Le faltaba la última decepción para llenar la vida de un héroe. En cuanto a su muerte, el destino se ocuparía de realizarla.

Desde aquel momento su estrella se empañó en el cielo del oráculo, y comenzó a resbalar sobre la huella que termina en el desastre.

Solo, pobre y abandonado, sin más compañía que aquella espada que le había acompañado durante tantos años de vicisitudes, partió del campo de la ingratitud con la faz serena, pero con el corazón hecho pedazos.

Aquel hombre extraordinario tenía un consuelo, la religión; era como Morelos, se persignaba y decía oraciones momentos antes de la batalla.

Se le vio atravesar por los pueblos que respetaban el grande infortunio, viendo a aquella figura histórica como el paso del alma de la revolución, que iba peregrinante por el suelo de los combates.

Unióse a la división Berriozábal que venía de triunfo del Puente de Calderón, y tomó hospedaje en la ciudad de Toluca.

La reacción no se dejaría arrebatar el poder sino hasta el último momento; así es que haciendo un esfuerzo supremo, organizó sus fuerzas y cayó sobre aquella división avanzada, dándole una sorpresa.

El general Degollado fue hecho prisionero y conducido como un trofeo entre los estandartes de la reacción.

El pueblo se agolpó a su tránsito, deseaba conocer a aquel hombre que había llenado las páginas de cuatro años con sus milagros y sus hazañas.

El ilustre prisionero aceptó por completo su destino; sabía que el genio de la vicisitud batía las alas sobre su existencia, y estaba resignado.

La victoria de Calpulalpan vino a decidir el triunfo completo de la idea reformista; sobre aquella arena quedó vencida para siempre la reacción. Un monumento sería en aquel lugar histórico el sarcófago de la sociedad antigua.

IV

El ejército de la Reforma clavó sus estandartes vencedores en la capital de la república, el día 25 de diciembre del año memorable de 1860.

Las puertas del calabozo que guardaban a don Santos Degollado se abrieron, y aquel mártir de la fe republicana se refugió en un silencio heroico, sacando su barca del mar borrascoso de las agitaciones políticas.

Un golpe inesperado vino a herirle cuando yacía en el silencio de su hogar. Las hordas salvajes de la reacción, esos grupos de miserables asesinos, marea infecta en el lago oscuro de los motines, perpetraban el más cobarde de los asesinatos en la persona ilustre de don Melchor Ocampo, en el hombre del pensamiento, en el salvador de la idea, en el cerebro de la revolución reformista.

Los restos ensangrentados del mártir de Tepeji, colgados a un árbol del camino, y agitándose al soplo del viento, eran desde el suplicio el pregón de la infamia de sus verdugos, el ejemplo palpitante, la enseñanza heroica a las generaciones del porvenir.

La sociedad entera se estremeció ante ese drama pavoroso. La hiena de Tacubaya, ese miserable, hecho del barro de Troppman, y animado por el soplo del crimen, era el autor de ese atentado, que rechaza con indignación la severidad humana.

El pueblo se agolpó a las galerías de la Cámara, buscando un eco bajo aquellas bóvedas, y se encontró con un espectáculo que no esperaba, y que se registra en la sesión del 4 de junio de 1861.

En medio de la terrible fermentación de los ánimos, cuando todas las voces se convertían en un alarido de venganza, se vio aparecer sobre la tribuna a un hombre de aspecto siniestramente sereno, dejando ver, no obstante, las señales marcadas del dolor sobre su rostro.

El aparecimiento repentino de aquella figura solemne aplacó la tempestad desencadenada; entonces se dejó oír el acento patriótico, que había resonado tantas veces en los campos de batalla y la tribuna revolucionaria; era la voz de don Santos Degollado, que vibraba con una entonación lúgubre, demandando de sus jueces el permiso para vengar la sangre del patriarca de la democracia. *Ave.*

V

El 16 de junio, ese año histórico de 1861, el general Degollado presentaba batalla a la reacción en el Monte de las Cruces.

El enemigo le tendió un lazo horrible, aparentó retroceder e hizo caer en una emboscada a los soldados republicanos. En medio del desorden que sigue siempre a una sorpresa, el general quiso reconquistar lo perdido, y llamó con su voz de trueno a sus huestes, que se perdían entre los pinares y rocas de la montaña.

Aquella voz atrajo la atención del enemigo, que se precipitó sobre el general, a quien el caballo le faltó en los momentos supremos, rodando sobre las piedras. Pocos momentos después, la reacción llevaba en triunfo el cadáver de don Santos Degollado, horriblemente mutilado y como un despojo de la batalla.

¡Descansa en paz, sublime mártir de la libertad republicana! ¡Los pendones enlutados de la patria sombrearán tu sepulcro en son de duelo, y el libro de la historia guardará tu nombre en esa página reservada a los mártires y a los héroes!

Juan A. Mateos

LOS MÁRTIRES DE TACUBAYA

I

El huracán sombrío de las revoluciones arrastra a su paso los despojos de las sociedades, desquiciándolas y hundiéndolas en un abismo, ¡tumba abierta al extravío humano!

El libro ensangrentado de nuestra historia, es uno de aquellos monumentos terribles donde se ve la expiación y el castigo que deja caer la mano vengadora de Dios, sobre los pueblos a quienes azota la guerra fratricida.

Medio siglo de combates, de duelos, de asesinatos, han sembrado de tumbas el territorio de la república, y es que al desencarrilarse nuestra sociedad de la vía tenebrosa de la conquista, ha llevado en su paso a dos generaciones con el tren inmenso de sus costumbres, de su superstición y de sus creencias.

La Reforma ha pasado, como en todos los pueblos, sobre un campo de muerte; porque las sociedades antiguas se hunden en medio de la catástrofe.

Reaparece la sociedad moderna bajo la luz de la civilización y de la nueva idea, y sentada sobre los escombros ensangrentados, pasea su mirada en torno, y entonces la historia se escribe, y el gran libro de la experiencia llena sus páginas con el relato de los desastres.

Registramos hoy en las hojas de *El libro rojo* la hecatombe más pavorosa, que llenó de indignación al mundo civilizado, y determinó la caída de la usurpación armada.

He aquí el relato de ese hecho que pasa ya entre los romances populares, con todas sus sombras e invencible horror.

La hora había sonado para las antiguas preocupaciones; el poder del clero se hundía al *dies irae* de la revolución en los avances del siglo, y los últimos *soldados de la fe* luchaban desesperados en nombre de una causa sentenciada en el tribunal augusto de la civilización.

El pueblo combatía bajo los pendones del progreso, y oponía su sangre, como en los días primeros de su emancipación, a los golpes postreros de sus enemigos.

El patriarca de la libertad, que como el mito de la religión pagana convertía las piedras en hombres, levantando ejércitos con sólo el esfuerzo de su aliento y la fe de su constancia, acercó atrevido sus trágicos estandartes a la capital de la república, clavando su bandera sobre ese cerro histórico de Chapultepec, como un cartel de desafío a sus adversarios. Menguaba el astro de aquel hombre sublime, mientras ascendía en el cielo de la patria el sol de sus libertades. La historia señalaba el 11 de abril de 1859 como una fecha siniestramente memorable para la República.

Libróse una batalla sangrienta en que las huestes del pueblo quedaron derrotadas sobre aquel campo. Hasta ahí, nada presentaba de particular el lance de guerra, sino la heroicidad de los vencidos.

Abrimos un paréntesis para dar lugar al relato escrito en la misma noche del 11 de abril, y bajo las impresiones dolorosas de aquel suceso:

El 11 de abril de 1859 trabóse una batalla en las lomas de Tacubaya, y el general Degollado resolvió emprender una retirada, señalando una corta sección que resistiera el empuje de los soldados de la

guarnición de México. Esta sección combatió con valor hasta agotar sus municiones; la villa fue invadida, el palacio arzobispal ocupado por los soldados de la reacción, que viendo vencidos a sus enemigos les hicieron fuego y los lancearon en todas partes, sin hacer distinción entre los heridos.

Algunos jefes y oficiales quedaron prisioneros al terminar la acción del 11. Los heridos no pudieron seguir la retirada, y quedaron en hospitales improvisados en el arzobispado y en algunas casas particulares. Con ellos quedó el jefe del cuerpo médico-militar del ejército federal y tres de sus compañeros que creyeron inhumano y desleal abandonar a hombres cuyas vidas podrían salvar, cuyas dolencias podrían mitigar.

Un día antes de la acción se supo en México que eran muy pocos los profesores que venían en el ejército federal, y que esta escasez podía hacer mucho más funestos los resultados de una batalla. Esta noticia hizo que algunos jóvenes estudiantes formaran y llevaran a cabo el noble proyecto de ir a Tacubaya a ayudar gratuitamente a los facultativos, y a cuidar y operar a los heridos de los dos ejércitos.

Terminada la acción, varios vecinos recorrían el teatro de la batalla para informarse de lo ocurrido y auxiliar a los moribundos.

Otros jóvenes llegaban en aquel momento a la población, viniendo de tránsito para México a completar su educación.

La contienda había concluido; contienda entre compatriotas y hermanos, no quedaba para el vencedor más que el triste y piadoso deber de curar a los heridos, de sepultar a los muertos y endulzar la suerte de los prisioneros: esto habría hecho cualquiera caudillo que hubiera tenido de su parte el derecho y la legitimidad. Pero pocas horas antes había llegado a México don Miguel Miramón como primer disperso del ejército que anunció iba a tomar Veracruz y retrocedió espantado de los muros de aquella heroica ciudad, sin haberse atrevido a atacarla. Humillado, caído en ridículo, prófugo, quiere vengar los desastres que debe a su impericia, y vuela a Tacubaya. ¡El genio del mal, el demonio del exterminio y del asesinato, cayó sobre aquella población!

Durante el desorden de la ocupación de la villa, se oían tiros por todas partes. Unos huían, otros se defendían vendiendo caras sus vidas, otros sucumbían; pero, aunque desigual, había lucha todavía.

Miramón reúne en San Diego a Márquez y Mejía; sabe allí los nombres de algunos de los prisioneros, y estos tres hombres reunidos en un claustro decretan la muerte de los vencidos y de cuantos se encuentren en su compañía. Estos tres hombres pronuncian el *vae victis!*, de los tiempos más bárbaros. Varios jefes palidecen al recibir las órdenes de los asesinos; pero hay cobardes que se encargan gustosos de la ejecución de la matanza.

Los soldados caen sobre los heridos; penetran hasta los lechos que les ha preparado la caridad, y allí los acaban a lanzadas, animados por la voz de Mejía.

Los médicos, pocas horas antes habían dicho a un oficial que estaban prestando socorros urgentes a los heridos. El oficial les dijo que hacían muy bien en cumplir con su deber, y desde entonces los auxilios de la ciencia se impartieron por ellos, sin distinción, a liberales y reaccionarios.

Llegó la noche, y comenzó a cumplirse la orden de los jefes de asesinos.

En el jardín del Arzobispado sucumbió la primera víctima, el general don Marcial Lazcano, antiguo militar, que acababa de batirse con un valor admirable, y que al ser conducido al suplicio fue insultado por oficiales que habían sido sus subalternos, y a quienes había corregido faltas de

subordinación y disciplina. El general les dijo: *Hay cobardía y bajeza en insultar a un muerto.*

Inmediatamente corrieron la misma suerte: el joven don José M. Arteaga, el capitán don José López, el teniente don Ignacio Sierra.

Los cuatro murieron con valor, y fueron fusilados por la espalda; los cuatro animaron a sus verdugos, diciéndoles que no temblaran al hacerles fuego.

Los médicos oyeron los tiros, conocieron lo que pasaba, y sin embargo seguían haciendo vendajes y practicando amputaciones. Hubo quien dijera a don Manuel Sánchez que huyera, y él, mostrando un instrumento quirúrgico que tenía en la mano, y el enfermo a quien operaba, dijo: «No puedo abandonarlo.»

La soldadesca llega hasta las camas de los heridos, arranca a los médicos y a los estudiantes de las cabeceras de los pacientes, y un momento después caen acribillados de balas: don Ildefonso Portugal, don Gabriel Rivero, don Manuel Sánchez, don Juan Duval (súbdito inglés), don Alberto Abad.

Portugal pertenecía a una de las familias más distinguidas de Morelia, era notable por su ciencia y por su filantropía, y era primo hermano de don Severo Castillo, el llamado ministro de guerra de Miramón.

Rivero ejercía las funciones de jefe del cuerpo médico del ejército federal, y no quiso retirarse cuando salieron las tropas.

Sánchez fue el que permaneció al lado de los enfermos, aunque se le advirtió el peligro que corría.

Duval era un hombre estimado por su caridad, por la conciencia con que ejercía su profesión, y que jamás se había afiliado en nuestros bandos políticos.

Con estos hombres eminentes que así terminaron una carrera consagrada a la ciencia y a la humanidad, perecen los dos estudiantes: don Juan Díaz Covarrubias, don José M. Sánchez.

Díaz Covarrubias tenía diez y nueve años; era hijo de Díaz el célebre poeta veracruzano, su aspecto era simpático, en su frente se veían las huellas prematuras del estudio y de la meditación. Estaba para concluir los cursos de la escuela, y consagraba sus ocios a cultivar las bellas letras. Es autor de varias novelas de costumbres y de poesías líricas, que revelan una alma pura, sensible y ansiosa de gloria. Todas sus ilusiones juveniles, todas sus esperanzas se extinguieron cuando le anunciaron que lo llevaban a la muerte. Este joven, este niño, pidió que se le permitiera despedirse de su hermano; los verdugos le dijeron que no había tiempo. Quiso escribir a su familia; los verdugos le dijeron que no había tiempo. Pidió un confesor; los verdugos le dijeron que no había tiempo. Entonces el poeta regaló su reloj al oficial que mandaba la ejecución, distribuyó sus vestidos y el dinero que tenía en los bolsillos entre los soldados; abrazó a su compañero Sánchez, y resignado y tranquilo se arrodilló a recibir la muerte. El oficial dio con acento ahogado la voz de fuego, y los soldados no obedecieron; la repitió dos y tres veces, y al fin sólo dos balas atravesaron el cuerpo del joven; sólo dos hombres dispararon sus armas. Los soldados lloraban; Díaz Covarrubias, agonizante, fue arrojado sobre un montón de cadáveres; algunas horas después, aún respiraba... ¡Entonces lo acabaron de matar, destrozándole el cráneo con las culatas de los fusiles!

El mundo calificará estos horrores, que jamás había presenciado ni en las guerras más encarnizadas. Se ha visto entrar a saco a los ejércitos en país enemigo; se ha visto el incendio de las

ciudades; se han visto actos de crueles represalias; pero ni en los tiempos bárbaros, ni en la Edad Media, ni en las conquistas de los musulmanes, ni en la guerra de Rusia en Polonia, ni en la del Austria en Italia y en Hungría, ni en los desastres de los carlistas de España, ni en la actual sublevación de la India, se han encontrado bárbaros que arranquen de la cabecera del enfermo al médico para asesinarlo. A los ojos de ningún tirano ha sido delito curar al herido; el médico de ejército no se considera como prisionero; jamás es permitido disparar contra la bandera blanca de los hospitales de sangre; en medio de la guerra, los hombres todos respetan ciertas reglas de humanidad, cuya observancia es la gloria del valor.

A nuestro siglo, a nuestro país estaba reservada la triste singularidad de ofrecer un espectáculo tan inhumano, tan cruel, tan salvaje, que hace retroceder la guerra a los tiempos de Atila y de los hunos.

Los médicos asesinados en Tacubaya, son mártires de la ciencia y del deber. Sus verdugos, que defienden los fueros de clérigos y frailes, han atropellado los fueros de la humanidad, las leyes de la civilización, los preceptos del derecho de gentes sancionados por los pueblos cristianos.

Entre los prisioneros estaba don Manuel Mateos, joven de veinticuatro años que hace un año se recibió de abogado, y tenía felicísimas disposiciones para el cultivo de las letras, habiéndose desde niño dado a conocer por sus poesías, que respiraban un entusiasta patriotismo, y en que cantaba las glorias de nuestros primeros héroes.

Este joven valeroso, instruido e inteligente, había combatido varias veces contra la reacción; hacía pocos días que, después de haber sufrido una larguísima prisión, se había incorporado al ejército federal.

Llevado al suplicio, camina sin temblar, indaga quiénes han muerto antes que él: cuando quieren fusilarlo como traidor, se irrita, forcejea para recibir las balas por delante, y arenga a sus verdugos, diciéndoles que *los perdona porque no saben lo que hacen cuando consienten en asesinar a los que luchan por darles la libertad; hace votos porque su sangre no sea vengada, dice no lo aterra la muerte porque ha cumplido con sus deberes de mexicano, y acepta gustoso el sacrificio de su vida...* Sus palabras son interrumpidas por las balas que le hieren el pecho; un oficial ha tenido miedo de que siga hablando, y manda hacerle fuego antes de tiempo. ¡Mateos cae, y expira victoreando la libertad!

Cuando este joven fue como voluntario a la campaña de Puebla y estuvo en la batalla de Ocotlán en medio de la confusión de aquel día, descubrió a su lado a unos oficiales reaccionarios que estaban perdidos. Mateos se acerca a ellos, les estrecha la mano, los viste con el uniforme de los rifleros, cede a uno su caballo, y así los salva, trayéndolos a México y ayudándoles a ocultarse mientras pueden obtener el indulto. Uno de los oficiales así salvados por Mateos, era ayudante de Haro y Tamariz.

¡Y hombre tan generoso perece en la flor de su edad, sin encontrar un corazón amigo!

Las víctimas completan hasta el número de *cincuenta y tres*.

Entre estas víctimas se oyen crueles despedidas, gritos de los que pedían un confesor, plegarias dirigidas a Dios, y vítores a la libertad. Algunos habían sido prisioneros, otros no tenían más culpa que estar cerca del teatro de los sucesos: unos eran artesanos, otros labradores; muchos quedaron con los rostros tan desfigurados, que nadie ha podido reconocerlos. ¡Mártires sin nombre, pero cuya

sangre no dejará por esto de caer sobre las cabezas de sus asesinos! Entre los testigos de esta tragedia, muchos lloraban, y a veces soldados y oficiales abrazaban a las víctimas...

Los cincuenta y tres cadáveres quedaron amontonados unos sobre otros, insepultos y enteramente desnudos, porque los soldados los despojaron de cuanto tenían, y de paso saquearon algunas casas.

Las madres, las esposas, los hermanos, los hijos de las víctimas, acudieron al lugar del trágico acontecimiento, recia marón a sus deudos para enterrarlos, y se les negó este último y tristísimo consuelo.

A los dos días, los cadáveres fueron echados en carretas que los condujeron a una barranca, donde se les arrojó y donde permanecen insepultos.

Quienes así trataron a los que estaban salvando a sus heridos, ¿de quién habrán de tener piedad?

El licenciado don Agustín Jáuregui estaba tranquilo en su casa de Mixcoac, al lado de su esposa y de sus hijos, sin haber tenido la menor relación con los constitucionalistas. Era hombre que, si bien deploraba los males del país, estaba exclusivamente consagrado a su familia. Un infame, cuyo nombre ignoramos, lo denuncia a Miramón como hombre de ideas liberales, y esto basta para que lo mande aprehender.

Jáuregui tiene aviso de esta denuncia; duda, nada teme, sus deudos le aconsejan la fuga; pero era ya tarde: una gavilla de soldados se apodera de él, y maniatado es conducido a Tacubaya. No se le pregunta siquiera su nombre; es llevado al matadero, y cae fusilado como los otros.

¿Cuál era su delito? ¿De qué se le acusaba?

Nadie lo sabe.

¡Víctimas de la ciencia, de la caridad y de la abnegación, dormid en paz! Vuestros verdugos os han abierto las puertas de la inmortalidad, y han coronado vuestras frentes con la aureola del martirio y de la gloria. ¡Estáis ya libres de la opresión; no sufrís el sonrojo del abatimiento de la patria; no veis triunfante el crimen, y estáis ya en la mansión de la eterna justicia!

Esta justicia ha condenado ya a los verdugos, que no podrán librarse del castigo de su culpa. Malditos serán sobre la tierra que empaparon con la sangre de sus hermanos, a quienes cobarde y alevosamente asesinaron: malditos sobre la tierra, sí, porque aunque huyan de la patria, en el destierro los perseguirán sus remordimientos, y todas las naciones cultas los recibirán con horror y con espanto. No hizo tanto el general Haynau en la guerra de Hungría, y al llegar a Londres el pueblo lo apedreó y lo escarneció en memoria de sus iniquidades.

¡Dios Santo! Tú que amparaste al pueblo mexicano en sus tribulaciones; tú que diste fuerza a su brazo para filiarse entre las naciones soberanas; tú que inspiraste a su primer caudillo la obra sublime de la abolición de la esclavitud, aliéntalo para que lave la tierra que le diste, y la purifique de las manchas sangrientas que le imprimen sus verdugos. ¡Dios de las naciones! ¡Tú que eres misericordioso y justiciero, alienta, alienta a este pueblo para que recobre sus inalienables derechos, para que asegure su porvenir, para que sea digno de contarse entre los pueblos cristianos que siguen la ley de gracia, traída al mundo por tu hijo a costa de su sangre!

¡Dios de las naciones! ¡Haz que el crimen tenga expiación; permite que este pueblo se lave del baldón de sus opresores, haciendo reinar la paz, la justicia y la virtud; y haz, por fin, que este pueblo oprimido quebrante sus cadenas y sea el terrible instrumento de tu justicia inexorable!

¡Ay de los asesinos! ¡Ay de los verdugos! ¡Ay de los modernos fariseos! ¡Malditos serán sobre la tierra que regaron con sangre inocente, con sangre de sus hermanos que vertieron con crueldad y alevosía!

II

Once años han pasado, y está aún abierto el libro de la historia y palpitante el recuerdo de la catástrofe.

La iglesia de San Pedro Mártir, en cuyo cementerio reposan las cenizas de los patriotas, no existe ya; los huracanes la derribaron por el suelo, y hasta sus cimientos han perecido.

Una aguja de mármol señala el lugar del sacrificio; sobre una de sus piedras se lee en letras negras: ACELDAMA, (*campo de sangre*) palabra de la Biblia, que reasume el misterio de aquel lugar que velan los pabellones de la muerte.

III

Víctimas y verdugos duermen ya el sueño eterno; las primeras vestirán en el cielo la túnica de los mártires y empuñarán la palma del sacrificio; los verdugos, rojos con la sangre de sus hermanos, pedirán con labios trémulos misericordia; Dios, sobre la alta justicia de los hombres, pronunciará su inexorable fallo.

Uno solo, el principal autor de la hecatombe, vive expatriado de la sociedad humana, yace como un condenado entre los hombres, con la carga pesada de su existencia, maldito de los suyos, aborrecido de los extraños, y con la marca del asesino sobre su frente.

Huye del castigo humano. ¿Podrá esconderse a la mirada de Dios?

México, octubre de 1870.

Juan A. Mateos

COMONFORT

I

La sincera amistad que le profesamos en vida, y el pesar y respeto que nos causó su muerte trágica y prematura, harán quizá que no seamos enteramente imparciales al consagrarle unas líneas en esta publicación donde hemos consignado el funesto fin de hombres célebres y distinguidos en las edades de nuestra historia. No es una biografía la que vamos a escribir, sino el recuerdo familiar de algunos de los rasgos más marcados de un personaje que, de todas maneras, tendrá que figurar en nuestra historia contemporánea.

II

Puebla pasa por uno de los estados donde ha penetrado con más trabajo la civilización. No tengo esa creencia, y me parece simplemente que el apego religioso a sus antiguas costumbres y creencias, da motivo a una crítica que tiene mucho de injusta y de apasionada. Los hombres distinguidos que ha producido, bastarían para destruir en parte esta preocupación. Comonfort era originario de un pueblo del sur de ese estado. Sus primeros años fueron, como es común, dedicados a la escuela y al colegio, donde fue condiscípulo de don Antonio de Haro y Tamariz, que murió el año pasado en Roma con el hábito de jesuita.

Nada se encuentra en los años de la juventud de Comonfort que revelara el alto destino que debía ocupar en la república, y la marcada influencia que debía ejercer en los negocios públicos. Los empleos que desempeñó en los primeros momentos de su carrera política, fueron subalternos y de la esfera política. Después vivió algunos años reducido al círculo privado, y dedicado al cultivo de una propiedad que tenía en el campo, situada entre México y Puebla, y la cual enajenó en los últimos días de su gobierno.

III

Hubo una época en que una tertulia de hombres eminentes y distinguidos gobernó a México. Esta era la tertulia que se reunía en la casa de don Mariano Otero.

Otero era redactor en jefe del *Siglo XIX*, senador, después ministro. Yáñez era diputado, después fue ministro. Lafragua, diputado varias veces, después también ministro. No había persona de las que concurrían habitualmente, que no ejerciese un importante cargo público, y un influjo más o menos eficaz en los asuntos del gobierno. El alma de toda esta reunión era don Manuel Gómez Pedraza, que jamás en su delicadeza y respeto por los demás, pretendió constituirse en director o jefe; pero que se complacía en los últimos años, de ejercer su influjo y de tener íntima amistad con personas cuyos talentos él más que nadie sabía estimar. A esta reunión de liberales moderados pertenecía Comonfort, y fue verdaderamente la época en que se colocó en una esfera de acción y comenzó a tomar más o menos parte en la política.

Antes había ya dado una prueba de patriotismo y de valor personal. Había sido militar, como

muchos mexicanos, de milicias nacionales; pero no era su profesión: sin embargo, cuando las fuerzas americanas llegaron al valle de México, y el general Santa Anna se puso al frente del nuevo ejército que formó, Comonfort ofreció sus servicios y desempeñó el cargo de ayudante de toda la campaña del valle, atravesando por entre las balas y la metralla, y dando pruebas de una serenidad y una calma, en medio del peligro, que le captó las simpatías de los antiguos oficiales que servían en los cuerpos de las tropas de línea. Concluida la campaña, volvió Comonfort a su vida quieta y a sus ocupaciones privadas.

En la tertulia de Otero, Comonfort era verdaderamente querido de todos. De un carácter extremadamente complaciente y suave, de unas maneras insinuantes, de unos modales propios de una dama, como decía Pedraza, no había persona que le tratase, aunque fuese un cuarto de hora, que no quedase prendado de su amabilidad. Así sucedió constantemente durante su gobierno, y más de un enemigo que hubiese querido aniquilarle, se reconcilió con sólo una media hora de conversación. Decían que Maximiliano era en su trato verdaderamente seductor. Yo no he conocido otro hombre más agradable, por sus maneras, que Comonfort. La finura y cortesía del gentilhombre francés de los buenos tiempos, estaba personificada en él.

IV

Comonfort se hallaba en 1854 de administrador de la Aduana de Acapulco. Santa Anna, que gobernaba entonces, le destituyó. He aquí el principio pequeño de una gran revolución social que se llamó de la *Reforma*, y que se ha enlazado posteriormente con sucesos tan importantes como fueron los de la Intervención, y hoy mismo la próxima destrucción de la dinastía de los Bonaparte.

Comonfort fue el verdadero promovedor y autor del plan que proclamaron en Ayutla los generales Álvarez, Moreno y Villarreal, que se reformó en Acapulco, en 11 de marzo de 1854. Sosteniéndolo con las armas en la mano, se hizo notable Comonfort, no sólo como hombre de valor, sino como caudillo dotado de una gran constancia y de cierta capacidad militar. Fue realmente una aparición repentina en la escena de nuestro gran drama revolucionario, que recordaba aquellas figuras que se levantaban repentinamente de cualquier parte, en los últimos años de la dominación española.

Santa Anna, que por política o por carácter había sido el amigo de todos los partidos y el favorecedor de todos los partidarios, en la última vez que gobernó el país fue perseguidor, vanidoso, vengativo, hasta cruel. Esta tiranía, y el aparato monárquico con que revistió su gobierno, chocó generalmente a los mexicanos; así, que en los últimos días del año 1853, tenía ya la opinión pública enteramente contraria, y su administración sin recursos pecuniarios no contaba con más apoyo que el de la fuerza armada. La revolución de Ayutla era la chispa, pero el reguero de pólvora estaba ya tendido de uno a otro extremo del país. Los gobiernos personales han sido frecuentes en la república: como el gobierno personal ya cansaba al carácter movable de los mexicanos, un plan que prometiese una organización constitucional debía tener eco en toda la república, como en efecto le tuvo el de Ayutla.

Santa Anna despreció al principio este movimiento; pero pocos días bastaron para persuadirle que si no le sofocaba, prontamente podría acabar con su gobierno. Como todo gobierno que está para

caer, multiplicó sus actos de opresión, y no confiando desde luego en ninguno de sus generales, o creyendo conquistar fácilmente una gloria militar, se puso a la cabeza de una división de cinco mil hombres y marchó al sur.

Venciendo las dificultades de un país desprovisto de recursos, y los ataques poco importantes de algunas guerrillas, Santa Anna llegó frente al puerto de Acapulco el 19 de abril de 1854.

La gloria de Santa Anna se apagó para siempre en esta jornada, y Comonfort comenzó a ser el hombre de la revolución y el personaje distinguido de la época. Se encerró con un puñado de hombres en el castillo de San Diego, y de allí no le sacaron ni los cañonazos ni el oro. Santa Anna llevaba y ofrecía pólvora y oro, y la influencia y dinero de don Manuel Escandón, no fueron del todo extraños en esta expedición.

Santa Anna, que temió acabarse de estrellar y perecer con todo su ejército en las ásperas montañas del sur, levantó el sitio de Acapulco y regresó a la capital, teniendo que forzar varios pasos y que perder en cada uno un pedazo de su prestigio y algunos de sus soldados.

El dinero que recibió Santa Anna por el Tratado de La Mesilla, prolongó por unos días más su existencia; pero la revolución creció en el sur y se propagó por Michoacán y Tamaulipas.

Entretanto, Comonfort salió de Acapulco para San Francisco de Californias, donde no pudo conseguir ningunos recursos. De San Francisco pasó a Nueva York, y allí encontró a don Gregorio Ajuria. Era hombre especulador y audaz, y jugó un verdadero albur. Prestó a Comonfort sesenta mil pesos, parte en dinero y parte en armas, estipulando que recibiría doscientos cincuenta mil pesos si la revolución triunfaba. La revolución triunfó, y Ajuria fue pagado, y más adelante arrendó, en compañía con otra persona, la Casa de Moneda de México.

El lance fue atrevido, y sea lo que se fuere, Comonfort regresó a Acapulco el 7 de diciembre de 1854 con algunos recursos, y la revolución tomó un carácter más positivo y más serio. Comonfort pasó al estado de Michoacán con el carácter de general en jefe de las tropas de aquel estado, y Santa Anna por su parte salió también de la capital con un ejército, a combatir a su enemigo; pero regresó el 8 de junio de 1855, sin haber podido obtener sino triunfos efímeros, y dejando en peor estado el resto del país donde cundía el incendio de la revolución.

V

El 13 de agosto de 1855 fue día de holgorio y de fiesta revolucionaria para el pueblo de la capital. Los bustos de mármol del ministro don Manuel Díaz de Bonilla, los libros de pastas blancas italianas, el piano, los retratos del personaje, los muebles, todo volaba de los balcones a la calle, donde la plebe furiosa se arrojaba sobre los destrozos del menaje del que representaba la aristocracia pocos días antes, y lo entregaba a las llamas. Por otras calles conducía una multitud frenética los coches de Santa Anna, untados de brea y ardiendo como unos hornos o fraguas ambulantes. El aspecto de la ciudad, llena de gentes de los barrios dispuestas a la venganza y próximas al furor y al desbordamiento, hicieron que los habitantes cerraran sus casas y tiendas, y que los hombres que habían hasta ese momento gobernado, se pusieran en salvo.

¿Qué cosa había ocasionado este movimiento?

Santa Anna, cansado ya de luchar, y persuadido de que no podía dominar la revolución, abandonó

el gobierno, y a las tres de la mañana del 9 de agosto salió para Veracruz, donde llegó pocos días después y se embarcó con dirección a La Habana.

Como los reyes, dejó en un pliego cerrado nombrados los gobernantes que debían de sucederle; pero la revolución avanzaba a grandes pasos al centro.

Comonfort continuaba sus hazañas militares, y se hacía a la vez temer y amar de los pueblos por donde pasaba.

Obraba ya con unas tropas medianamente regularizadas, y en un extenso estado como el de Jalisco. Zapotlán era una plaza fuerte, guarnecida con fuerzas del gobierno. Comonfort la atacó, asaltó personalmente una fortificación y llegó hasta la plaza, precediendo a mucha distancia a sus soldados. Este triunfo, puede decirse personal, le granjeó la admiración de todas esas poblaciones, y cuando se dirigió a Colima, la ciudad le abrió sus puertas, y en lugar de balas y pólvora, hubo banquetes, bailes y regocijos.

En la capital se organizó una presidencia interina que ocupó el general Carrera; pero no siendo reconocido por la revolución, las fuerzas que desde entonces podían llamarse liberales, se avanzaron a la capital, y cosa de cincuenta mil hombres de línea que había dejado Santa Anna, o se disolvieron o fueron tomando parte en el movimiento.

VI

El general Álvarez, patriarca centenario del inexpugnable sur, fue también el jefe de una revolución. Vino a Cuernavaca, y allí una junta, como era de esperarse, lo eligió presidente. Álvarez eligió a Comonfort para su ministro de la Guerra, y con este carácter vino a la capital, después de derrocado Santa Anna. La revolución era en el sentido liberal, pero no progresista. El partido moderado, teniendo por principio no hacer peligrosas innovaciones, era en ese sentido antagonista del partido rojo. Comonfort, representante de esa revolución y de ese partido moderado, fue elegido presidente sustituto el 12 de diciembre de 1855, no sin haber tratado de impedirlo el partido liberal exaltado.

A los pocos días y cuando apenas acababa la revolución llamada de Ayuda, brotó otra nueva en Zacapoaxtla. Todas las tropas de que podía disponer el gobierno, le abandonaron; mientras que los pronunciados, a cuya cabeza estaba don Antonio Haro, se posesionaron de Puebla con una gran fuerza, y amagaban la capital.

Fue necesario reclutar nuevas tropas, armarlas, vestirlas y enseñarles hasta los primeros rudimentos del arte militar; pero con la actividad y energía que desplegó la administración en esos momentos supremos, se vencieron todos los obstáculos, y en el mes de marzo de 1856 Comonfort se hallaba frente de Puebla con cerca de 16 mil hombres.

Dotado Comonfort, como se dice vulgarmente, de un buen ojo militar y de un valor sereno e inalterable, arriesga una batalla en Ocotlán, contra los mejores jefes del ejército de línea, que mandaban las fuerzas contrarias, y triunfa completamente el 8 de marzo; estrecha sus operaciones sobre Puebla, toma la plaza, y habiendo dominado la más formidable de todas las revoluciones que han estallado contra los gobiernos de México, regresa triunfante a la capital, donde es recibido con unas festividades y unos banquetes populares nunca vistos hasta entonces.

Aunque las fiestas que se hicieron se llamaron de la paz, la paz no duró sino unos cuantos días.

En Puebla hubo otra sublevación y otro sitio, y en San Luis estalló otro pronunciamiento. De todos estos peligros salió Comonfort airoso, y logró vencer y tener en su poder a todos sus enemigos.

Las tendencias progresistas se hicieron sentir forzosamente en la administración, y la reforma tenía que comenzar. Don Miguel Lerdo de Tejada ocupó el ministerio de Hacienda con ese designio, y la ley de 25 de junio continuó la reforma civil que se había ya comenzado sin éxito, hacía algunos años, por don Valentín Gómez Farías, el doctor Mora y el licenciado don Juan José Espinosa de los Monteros.

Comonfort, no sólo por opinión sino por carácter, era moderado. Enemigo de la violencia, lleno de bondad, no sólo con sus amigos sino con sus enemigos, nada de lo que se le pedía negaba, y pasaba por falso cuando no le era posible contentar todas las aspiraciones ni llenar todas las exigencias de los que siempre solicitan favores del hombre que gobierna. Con un fondo tal de carácter, los choques que debía producir en su espíritu y en la ejecución material todo lo que era necesario hacer para llevar a cabo lo que el partido progresista exigía, eran demasiado fuertes y superiores a su organización. Valiente por naturaleza, ni el temor de ser asesinado, ni las balas, ni los cañones le amedrentaban; pero vacilaba ante las observaciones de los hombres notables del partido conservador, a quienes siempre trató con una grande consideración. Lo que labraba en su ánimo en el día el partido progresista, lo destruía en la noche el partido conservador, y venía a quedar en ese término moderado; quizá bueno en unas circunstancias normales y ordinarias, pero peligroso e inútil en las crisis políticas, que tienen forzosamente que sufrir a su vez y en determinado tiempo todas las naciones. Quería la reforma, pero gradual, filosófica, sin violencia y sin sangre. ¡Esto era imposible; tanto más, cuanto que el clero, después de la ley de 25 de junio, tenía ya que defender sus cuantiosos bienes materiales y su eterno principio de administración de esos bienes, sin ninguna injerencia de la autoridad civil!

Así combatido, como la nave por las olas entre dos escollos, su vida era una verdadera tortura, y las medidas del gobierno parecían algunas veces enérgicas y decisivas, y otras débiles e ineficaces. El 5 de febrero de 1857 se promulgó la Constitución.

La Constitución era una base que se trataba de hacer normal y permanente para el orden de la sociedad. La Reforma tenía que ir más adelante. ¿Cómo habían de conciliarse estas dos fuerzas morales que luchaban en el seno mismo del Congreso? La solución tenía que ser violenta y revolucionaria. Este fue el golpe de Estado, y sin él, la Reforma, tal cual se realizó, habría sido imposible, como habría sido también imposible, sin el golpe de Estado de Chihuahua, el completo y definitivo triunfo sobre la intervención europea. El tiempo, la experiencia y los hechos, hacen que los hombres sean más indulgentes, y poco a poco la justicia se hace lugar en la historia de las debilidades y de las pasiones de la humanidad. Hoy se puede presentar el ejemplo patente, vivo e innegable. Si pudiéramos colocarnos en la época de diciembre de 1857, tendríamos la Constitución republicana, pero no tendríamos la Reforma. Hoy existen unidas estas dos cosas, contradictorias entre sí, y el golpe de Estado hizo sobrevivir la Constitución y realizó la Reforma. Que por los medios lentos que el mismo código señala se hubiera hecho todo lo que hizo el gobierno de Veracruz, y estaríamos en las primeras letras de este abecedario, que las naciones de Europa no han aprendido sino a costa de los mayores y más terribles desastres. No hay más que recordar los tiempos de Enrique VIH, de Lutero y de la Convención francesa. Clero y aristocracia, moderados y progresistas,

comparad, y todos quedaréis contentos de cuán poco ha costado entre nosotros lo que en este momento todavía tiene que comenzar la Francia republicana.

VII

Comonfort fue la víctima. Su carácter, su posición y los acontecimientos, de que él no era el dueño ni el regulador, le condujeron al destierro.

Salió tranquilamente de entre las bayonetas de sus enemigos, tomó el camino de Veracruz, y allí, la buena amistad del gobernador don Manuel Gutiérrez Zamora proporcionó un asilo al proscrito. Embarcóse, y en breve se encontró en los Estados Unidos, en esa tierra única donde encuentran asilo y seguridad los desgraciados y los proscritos de todo el globo.

Todo el tiempo de la tenaz y larga guerra que se llamó de la Reforma, vivió Comonfort en el extranjero. Restaurada la República, Comonfort trató de volver a su país, de abrirse camino con nuevos servicios a la patria, y de borrar con la brava conducta el error personal que como presidente había cometido, sin apercibirse acaso de que no había sido más que un medio, un instrumento necesario para el desarrollo de una revolución social. No es el ingeniero que comienza un camino de fierro, el que suele recorrer toda la línea concluida. Así en la política, el que inició el movimiento progresista, no recogió más que los peligros, las amarguras y los desengaños, y otros fueron los que recogieron la fama, los honores y el poder.

El señor Juárez, siempre amigo de Comonfort, le abrió completamente las puertas de la patria, por donde ya el infortunado don Santiago Vidaurri le había dejado entrar. Comonfort con su familia residió en Monterrey algún tiempo, inspirando celos y temores al partido exaltado, que veía en su residencia en la frontera, una nueva revolución y un amago a la constitución restaurada. Nada de eso era: Comonfort no quería más que una rehabilitación, y la guerra extranjera le abrió el camino de la capital.

Comonfort llegó con una corta fuerza compuesta de esos hombres del desierto, fuertes y atrevidos, acostumbrados a luchar en la frontera con los filibusteros y con los indios salvajes. A estas buenas tropas se agregaron otras, y se formó un corto ejército que se llamó del centro, y se colocó en la línea de México a Puebla.

Cerca de dos meses de un sitio riguroso puesto por las tropas francesas a la plaza de Puebla, habían necesariamente agotado los víveres y municiones. Se necesitaba a toda costa introducir un convoy, y esta operación imposible se encargó al general Comonfort, y en verdad, de los que la sugirieron, los unos obraron por patriotismo y otros por venganza. La muerte o la derrota eran inevitables. Comonfort no podía tener ni la más remota probabilidad de vencer a un número más que triple de las tropas regulares y bien armadas que mandaba el general Bazaine. Con efecto, el día 8 de mayo de 1863, en poco más de dos horas, las columnas de zuavos y de feroces argelinos pusieron en desorden a nuestras tropas acabadas de reclutar y de organizar, y ni la muerte de Miguel López, ni la bravura de muchos de los jefes mexicanos, ni la intrepidez de Comonfort que se arrojó en lo más recio de la pelea y buscó desesperado la muerte, ni el sacrificio de muchos infelices soldados que fueron materialmente asesinados por los árabes, fueron bastantes para restablecer la acción que definitivamente fue ganada por el mismo mariscal que hoy ha dado pruebas en Metz de no haber

olvidado las lecciones de constancia, de tenacidad y de desesperada resistencia que aprendió en sus campañas de México. Comonfort había ya recibido un nuevo bautismo, y se presentó en la capital todavía con el polvo y la sangre de la batalla. Puebla, como consecuencia forzosa de la desgraciada batalla de San Lorenzo, fue ocupada por los franceses cuyo general era el memorable Forey, que permaneció todo el tiempo del sitio en el cerro de San Juan, y no se atrevió a entrar a Puebla sino cuando ya habían ocupado todas las calles y fortines las columnas de Bazaine. Forey, que merecía ser destituido y condenado lo menos por diez años a un castillo, recibió sin embargo el bastón de mariscal.

Cuando los franceses emprendieron la marcha para la capital, se pensó en una nueva defensa; pero, en verdad, pocos elementos existían para esto, y al fin, sin un ejército auxiliar competente para medirse con el enemigo, la suerte hubiera sido igual a la de Puebla, donde la historia no podrá negar que hubo una resistencia, que sin exageración se puede llamar heroica. El gobierno, pues, salió de la capital, y Comonfort comenzó la larga peregrinación que no había de terminar sino el señor Juárez. El 16 de octubre de 1863 fue nombrado Comonfort general en jefe del ejército que se trataba de reorganizar para resistir sin descanso a la intervención. Este honor, dispensado no sólo por la amistad que profesaban los señores Juárez, Lerdo y Núñez a Comonfort, sino porque reconocían en él valor, abnegación y las cualidades militares con que le había dotado la naturaleza, fue el origen conocido y visible de su fin trágico, y de que por uno de esos designios de la Providencia, que escapan a la indagación de la inteligencia humana, muriese oscuramente a manos de unos bandidos, en vez de acabar gloriosamente delante del enemigo extranjero, empuñando la bandera de la independencia y de la libertad.

No pudiendo nosotros describir tan minuciosamente ni mejor los últimos sucesos que acabaron con la existencia de este mexicano distinguido y valiente, copiamos lo que el general Rangel, que fue siempre su íntimo y fiel amigo, escribió con este motivo, haciéndole sólo una ligera variación.

El general Comonfort fue nombrado general en jefe del ejército, como por el 16 de octubre, y el 26 marchó para Querétaro, con tan amplias facultades como las que tenía el presidente de la República, excepto las que se cifraban en ciertas restricciones, impuestas por este mismo magistrado. Establecidas las bases para el plan de operaciones, y las de regimentación de todo el ejército con que se contaba entonces, para su movilidad conforme a dichas bases, faltaban únicamente los caudales necesarios, que se estaban reuniendo en San Luis bajo la influencia del presidente Juárez y por las agencias de su ministro H. Núñez.

El día 8 salió de Querétaro para San Luis el general Comonfort, en compañía del señor Cañedo, que acababa de llegar allí de Guanajuato; de un oficial del Ministerio, el teniente coronel Vergara; de su ayudante de campo, que estaba ese día de guardia, el coronel Cerda, y de un empleado de la secretaría particular del señor Comonfort, el comandante Velázquez. El día 9 llegó a San Luis, alojándose en la casa del señor Lerdo, y el día 10 recibió libranzas por valor de sesenta y tres mil pesos.

El día 11 salió por la diligencia para Querétaro, con todo el séquito que había traído, y además el coronel Rul, ayudante del presidente.

Poco antes de llegar a La Quemada, alcanzó a la diligencia un extraordinario, por medio del cual el presidente mandaba decir al general Comonfort que se cuidara mucho, porque se decía que en el

camino se hallaba una contraguerrilla que le quería salir al encuentro.

El día 12 llegaron a comer a San Miguel de Allende, siempre por la diligencia de Querétaro. Allí determinó el señor Comonfort tomar caballos, para continuar por el camino de Chamacuero para Celaya; éstos fueron proporcionados por la autoridad, y se tomaron tantos como eran necesarios para su séquito, que era el mismo con que salió de Querétaro para San Luis, y además un ayudante del presidente, el coronel Rul.

En San Miguel tuvo aviso el general Comonfort, de que los Troncoso, bandidos de profesión, merodeaban por cuenta de Mejía, desde las inmediaciones de Querétaro hasta las de Guanajuato, donde días antes habían asesinado en Burras a un oficial de policía.

El día 13 el general Comonfort salió de San Miguel como a las ocho de la mañana, por el camino de Chamacuero, con su repetido séquito y una escolta de menos de 80 caballos.

Entre San Miguel y Chamacuero encontraron un batallón que iba en marcha para el primer punto, cuyo jefe manifestó al señor Comonfort hallarse en el camino algunas fuerzas vandálicas, y le propuso escoltarlo, pero él se rehusó, porque el informe que le habían dado de estas fuerzas, era considerándolas muy despreciables y mal armadas, y porque el mismo jefe le aseguró que había otro batallón situado en Chamacuero.

A esta población llegó como a las once del día, en ella almorzó y recibió detalles más minuciosos del enemigo.

Desde allí mandó un correo extraordinario a Ignacio Echeagaray, avisándole de que esa misma tarde llegaría a Celaya.

Este extraordinario fue interceptado en el monte de San Juan de la Vega, por una de las contraguerrillas de Mejía, al mando de Aguirre, que se titulaba comandante, quitándole la comunicación que llevaba y exigiéndole declarase si venía allí Comonfort, con qué fuerza, y cuál era la calidad de ésta, a fin de sorprenderlo, dejando entretanto prisionero al correo.

Como a las dos de la tarde salió de Chamacuero el señor Comonfort en su carretela, que casualmente había encontrado en San Miguel, con dirección a Querétaro. El coronel Cerda se ofreció a montar en el pescante, con el fin de dirigir mejor las mulas para el caso de que ocurriese algún ataque.

Los demás señores del séquito montaron a caballo, colocándose el señor Cañedo junto a la carretela al lado del señor Comonfort, del otro lado el señor Velázquez, y en seguida los señores Vergara y Rul. A poco andar llegaron al molino de Soria, adonde sus dueños dieron la bienvenida al señor Comonfort, ofreciéndole su casa con el mayor afecto, pues creyeron que era su ánimo pernoctar en ella; pero grande fue su sorpresa cuando les dijo que seguía para Celaya, porque les pareció poca la fuerza que le escoltaba. Con este motivo le hicieron presente que a poca distancia se encontraban en acecho fuerzas enemigas, que podrían verse desde la azotea. El general despreció estos avisos porque le parecieron temores infundados, pues las fuerzas que se le anunciaban eran de rancheros mal armados con lanzas y machetes, para las que creía por lo mismo suficiente su fuerza, para contenerlos o para batirlos, si era necesario.

Los dueños del molino, interesándose por la seguridad del general, le indicaron que había una vereda a la izquierda del camino, por donde se podía evitar una emboscada saliendo al llano, adonde podría defenderse con éxito, y cargar la caballería, por ser de esta arma la fuerza que escoltaba al

general. Éste aceptó el consejo, y emprendió la marcha con su comitiva y escolta en el mismo orden en que había llegado allí.

El comandante de la escolta dispuso que el alférez José María Lara, se adelantase con cuatro exploradores a formar la descubierta, a cien pasos del carruaje, para no ocasionar polvareda.

El coronel Cerda, que empuñaba las riendas, se pasó algún trecho de la entrada de la vereda, la cual no era muy ancha; pero cuando lo advirtió lo comunicó al general, proponiéndole volverse para entrar en ella, quien lo rehusó para no perder tiempo.

A poco andar se oyeron unos tiros, y en seguida se advirtió que eran de los exploradores que se batían contra la emboscada. El coronel Cerda detuvo el carruaje; el general montó a caballo, mandó cargar a la escolta, y después de dar esta orden mandó al general Cañedo que avanzasen los infantes que venían a retaguardia, para que apoyados en los árboles, hiciesen fuego protegiendo el paso de la caballería. A este mismo tiempo y habiendo deshecho la corta descubierta, cargaron los contraguerrilleros, que eran muchos, y envolvieron a los jefes y a la escolta, haciéndola sucumbir, a pesar de la superioridad de sus fuegos, cayendo muertos al derredor del general Comonfort, el comandante Velázquez, el teniente coronel Vergara, y el coronel Cerda gravemente herido.

El general Comonfort, no obstante haber sido cubierto por su séquito y por su escolta, había recibido un machetazo en la cara, desde el ojo, que le había dividido el carrillo, y conservaba aún su pistola, ya descargada, para intimidar a los muchos cosacos que le acometían; cuando se le presentó delante el famoso capitancillo Sebastián Aguirre, en un brioso caballo tordillo que bailaba aún, alborotado por las detonaciones de las armas de los carabineros de la escolta, que casi habían cesado. El dicho capitancillo traía su lanza en ristre, arma común a toda su fuerza, y deteniéndose delante del general Comonfort, bien fuera por el respeto que éste infundía, o por asestarle un golpe seguro, le dio lugar para dirigirle la palabra, y le dijo: «Amigo, no me mate usted, y le ofrezco hacerle una bonita fortuna.» Aguirre, lejos de aplacarse, le contestó: «Que no venía a robar sino a cumplir con las órdenes de su general», dándole al mismo tiempo una lanzada que le dividió el corazón, cayendo consiguientemente en tierra, inmóvil, el general Comonfort.

En seguida los bandidos de Aguirre no se ocuparon de otra cosa que de desvalijar el carruaje y aun a los muertos que habían quedado en el campo.

El general Cañedo se encontraba a alguna distancia queriendo someter a los llamados infantes para que fueran a batirse, conforme a las órdenes del general Comonfort, y que hasta allí habían venido custodiando las cargas de fusiles; éstos no quisieron obedecer, y corrieron para el monte.

Al día siguiente fue conducido a Chamacuero el cadáver del general Comonfort.

Cualesquiera que hayan sido los errores que como gobernante cometió Comonfort, su memoria debe ser grata para los mexicanos, porque era valiente, honrado, sencillo, afectuoso, franco, generoso y bien intencionado; y representaba en conjunto la parte buena, amable y noble de la raza mexicana.

Manuel Payno

NICOLÁS ROMERO

I

Cuando encontramos en las hojas sagradas del Génesis que el Creador del Universo tomó un trozo de barro que sólo había recibido el peso de su augusta planta, forma al hombre, y con su aliento vivificador lo levanta a la altura de su destino, admiramos como hechuras del Omnipotente a esos seres que se levantan del seno oscuro de la humanidad y describen una elipse luminosa en el corto trayecto de su aparición a su muerte.

Dios ha impreso una marca sombría en la frente de los héroes; ellos ceden a la predestinación de su alto oráculo, y con la íntima convicción de su destino, aceptan el fuego del martirio, como la aureola de su glorificación histórica.

Dios marca el momento, y el hombre obedece, impulsado por el oleaje que lo lleva a las playas desconocidas de su porvenir; enciende en su cerebro la antorcha de la idea, y lo coloca en esa vía que conduce a la inmortalidad; desencadena su espíritu, lo fortalece, y se opera esa trasustanciación de un ser mezquino a un gigante que arranca un lauro a su siglo y una estrofa de gloria a la humanidad.

Nicolás Romero era uno de esos hombres, y sus glorias pertenecen al pueblo mexicano.

He aquí las páginas del Calvario de la revolución, trazadas por uno de los caudillos que hoy recibe en el extranjero los homenajes rendidos al patriotismo:

II

La libertad es como el sol.

Sus primeros rayos son para las montañas, sus últimos resplandores son también para ellas.

Ningún grito de libertad se ha dado en las llanuras, como en ningún paisaje se ha iluminado primero el valle.

Los últimos defensores de un pueblo libre, han buscado siempre su asilo en las montañas.

Los últimos rayos del sol brillan sobre los montes, cuando el valle comienza a hundirse en la oscuridad.

Por no desmentir este axioma, la Convención francesa en 93 tuvo su llanura y su montaña.

Zitácuaro está situado en una fragosa serranía del estado de Michoacán.

Era una graciosa ciudad de ocho mil habitantes.

Sus calles, rectas; sus casas, aunque no elegantes, limpias y bonitas.

Su comercio activo, y su agricultura floreciente.

Esta era Zitácuaro en 1863.

La República de México había sido invadida por los franceses.

Los malos mexicanos se habían unido con ellos.

El gobierno legítimo abandonó la capital después de esa gloriosa epopeya que se llamó el sitio de Puebla.

El ejército de Napoleón III ocupaba las ciudades y los pueblos sin resistencia.

Aquella era la marcha triunfal de la iniquidad.

El paseo militar de la fuerza que vence al derecho.

Pero el derecho debía tener sus representantes sobre la tierra, para protestar y combatir. Debía tener sus mártires, y los tuvo.

Y los representantes del derecho y de la libertad se refugiaron en las montañas para protestar y combatir.

Y los mártires encontraron en las montañas su Calvario.

Al principio, es decir, antes de que comenzara esa larga serie de sangrientos combates que con fuerzas tan desiguales sostuvieron los defensores de aquel heroico pueblo, la hospitalidad no fue de lo más cordial. Después que el fuego enemigo los encontró juntos, todos fueron unos.

En las primeras invasiones, la población emigraba en masa.

Así podía llegar la noticia de la venida del enemigo a la mitad del día como a la mitad de la noche; en una mañana serena o en una tarde tempestuosa.

La alarma corría veloz como la electricidad, y todo el mundo se ponía en movimiento, y la población en masa emigraba a los bosques, llevando cada una de aquellas familias lo poco que podía de sus muebles y de sus animales.

Era un espectáculo tierno y sublime.

Las madres cargando a sus hijos, los hombres llevando a cuestras a los enfermos, las ancianas conduciendo con los niños y pesadamente, los mansos bueyes y los corderos, las gallinas y los cerdos; todo en una inmensa confusión, pero sin gritos, sin sollozos, sin maldiciones; con la resignación de los mártires, pero con la energía de los héroes.

Y esa desgraciada muchedumbre se ponía en marcha muchas veces de noche, en medio del agua que caía a torrentes, y alumbrada apenas por hachas de brea, que la tormenta y el aire apagaban a cada momento.

Y así caminaban entre aquellos precipicios, como una procesión fantástica, resbalando en las lodosas pendientes, cayendo a cada instante, pisados, maltratados, estrujados, llenos de fango, hasta la orilla del bosque, en donde cada familia buscaba, no un abrigo, sino un lugar en que esperar la salida del sol y los acontecimientos del otro día.

Pero las invasiones y los combates se hacían más y más frecuentes.

Las tropas fieles de Toluca buscaron un asilo en Zitácuaro.

Apenas se pasaba una semana sin que los ecos del orgulloso cerro del Cacique, en cuya falda se extendía la población, repitiesen los gritos de «viva el imperio», y con las detonaciones de la fusilería.

Las familias comenzaban a cansarse, pero no transigían con el enemigo.

Poco a poco fueron dejando abandonada la ciudad y retirándose a los pueblos y ranchos de Tierra Caliente, adonde el enemigo no había logrado aún penetrar.

Nicolás Romero escogió el estado de Michoacán para teatro de sus hazañas.

El león de la montaña, como le decían los franceses, era un hombre como de treinta y seis años, de una estatura regular, con una fisonomía completamente vulgar, sin ninguna barba, el pelo cortado casi hasta la raíz, vestido de negro, sin llevar espuelas, ni espada, ni pistolas: con su andar medurado, su cabeza inclinada siempre, y sus respuestas cortas y lentas, parecía más bien un pacífico

tratante de azúcares o de maíz, que el hombre que llenaba medio mundo con rasgos fabulosos de audacia, de valor y de sagacidad.

Y sin embargo, Nicolás Romero era para sus enemigos y para sus soldados un semidiós, una especie de mito. Jamás preguntó de sus contrarios: ¿cuántos son?, sino ¿dónde están? y allí iba.

Romero tenía orden de escaramucear y retirarse después sin pérdida de tiempo para Tacámbaro.

Pero Romero era un valiente, y no se contentó con esto, sino que se batió un día entero con los franceses, y al otro emprendió su marcha.

III

Treinta leguas había caminado la división en cuatro días, y Romero determinó dar un día de descanso a la fuerza.

Estaban en una pequeña ranchería que se llama Papasindán.

El camino que había traído la fuerza, y que era el mismo que debía llevar el enemigo en caso de una persecución, era una vereda incómoda y en donde no cabían dos hombres de frente, escabrosa, y costeano la montaña; un ejército podía haberse descubierto desde una legua de distancia, que tardaría lo menos tres horas en atravesar, y con cien hombres podía cerrarse el paso a tres mil.

Esta es una cañada en medio de montañas elevadas, pero montañas sin árboles, sin verdura, sin vegetación. El ardiente sol de los trópicos calcina los peñascos que las cubren; la yerba que se atreve a brotar, muere como tostada por sus rayos, y apenas se descubren algunos arbustos raquíuticos y sin hojas, retorciéndose a la viveza del fuego que parece circular en la atmósfera: ni aves, ni cuadrúpedos, ni aun insectos.

Por eso la cañada de Papasindán forma un delicioso contraste: arroyos caudalosos, grandes y majestuosas zirandas y parotas, muchas aves, mucho ganado, y una grama verde y tupida. Es un oasis en aquel ardiente desierto.

Romero, pues, podía estar tranquilo.

Pero la suerte de los hombres y de las naciones depende de la Providencia.

Eran cerca de las diez de la mañana; la tropa descansaba bajo los árboles, los caballos desensillados pacían libremente, y los oficiales y los jefes departían alegres en grupos esparcidos acá y allá.

Se habían escuchado algunos tiros, luego un rumor extraño, y repentinamente los zuavos, seguidos de una caballería de imperialistas, invadieron el campo republicano.

Nadie pensó en resistir; el pánico de la sorpresa se apoderó de todos, y el enemigo mataba y aprisionaba sin el menor embarazo.

La división de Nicolás Romero se deshizo como el humo, y el caudillo fue hecho prisionero a pocos momentos.

IV

En los primeros días de su dominación en México, los franceses eligieron por teatro de sus ejecuciones la plazuela de Santo Domingo, que está casi en el centro de la población, y que tiene por

límites, al sur, edificios particulares; al norte, la antigua iglesia de los dominicos, que da su nombre a la plazuela; por el oriente el edificio de la Aduana, y por el poniente una portalería que sirve de asilo a esos escribientes y poetas pobres que se llaman en México vulgarmente «Evangelistas», y que, sentados en un pequeño taburete, delante de un miserable pupitre, ganan escasamente su vida escribiendo y redactando versos y cartas de todas clases para los criados domésticos, para los aguadores y para los amantes pobres que no saben escribir; escritores que son la primera grada de esa inmensa escalera en cuyo último peldaño se disputan un lugar Milton y Shakespeare, Cervantes y Quintana, Víctor Hugo y Lamartine, el Dante y el Petrarca.

Aquella plazuela está verdaderamente empapada en sangre. Allí han sido sacrificadas tantas nobles víctimas, que si un laurel o una palma brotara en memoria de cada mártir, ese lugar sería el bosque más impenetrable de la tierra.

Pero hay modas hasta en el asesinato, y Santo Domingo cayó de la gracia de los civilizadores de México, y la plazuela de Mixcalco pasó a la categoría de favorita de los franceses.

Mixcalco está al oriente de la ciudad, cerca de la garita de San Lázaro.

En otro tiempo había sido el lugar de la ejecución de los criminales; por eso tal vez causaba cierto pavor a los habitantes de la ciudad, y por eso casi siempre estaba desierta.

Absurdas consejas corrían sobre aquella plazuela: quién contaba que un hombre ahorcado allí por haberse robado unos vasos sagrados, paseaba de noche envuelto en un sudario; quién refería que la cabeza de un reo muerto impenitente, aparecía en las altas horas también de la noche, pidiendo «confesión»; quién decía haber oído un grito agudísimo y desgarrador que lanzaba una mujer vestida de blanco y con el pelo suelto, y que era nada menos que una madre infanticida, muerta allí mismo por manos de la justicia.

Sea por esto, o por lo que es más probable, por la escasez de agua de aquel barrio, las casas que forman la plazuela se fueron quedando vacías y arruinando; de modo que en la época en que los franceses ocuparon la capital, sólo vivían por allí pobres carboneros que durante el día salían a expender su mercancía.

En aquel lugar triste y apartado debía tener su desenlace ese drama que hemos visto comenzar en Papasindán.

Se oyó un rumor en la multitud; el movimiento uniforme y simultáneo de las armas de los franceses produjo, con la naciente luz del sol, un relámpago siniestro que cruzó por encima del agrupado pueblo, y Nicolás Romero, sereno y animoso, casi indiferente, penetró en el cuadro en unión de otros dos oficiales que iban a sufrir su misma suerte.

Infinitas precauciones había tomado la plaza para llevar a efecto la sentencia; la popularidad de Romero y la notoria injusticia del procedimiento, hacían temer una sublevación popular. Se había adelantado la hora; la guarnición estaba sobre las armas, la artillería lista, las patrullas y la gendarmería en movimiento, y sobre todo, la policía secreta, esa víbora que brota como la yerba venenosa de los pantanos, del seno de los gobiernos impopulares, en una actividad espantosa.

Romero fumaba desdeñosamente un puro. Los dos oficiales que le acompañaban, y que también debían morir, eran: un subteniente que había sido el mariscal de un escuadrón de la brigada de Romero, y el comandante Higinio Álvarez, jefe de los exploradores de la misma brigada. Romero iba envuelto en la misma capa que usaba en campaña, y Álvarez en un sarape tricolor, que imitaba la

bandera de la república.

¿Para qué referir la ejecución? Los tres murieron con tanta sangre fría y con tan orgulloso desdén, como si no fueran a morir.

El sargento francés dio a Romero el golpe de gracia; y sin embargo, como si aquella alma de gigante no hubiera podido desprenderse del cuerpo, al conducir el cadáver de Romero a su última morada, hizo un movimiento tan fuerte, que rompió el miserable ataúd en que le conducían sus verdugos.

El pueblo se dispersó sombrío y cabizbajo.

A las diez de la mañana de ese día, la tierra había bebido ya la sangre de aquellos mártires; el sol había secado otra parte, y los vientos habían borrado con su polvo los últimos rastros.

V

Un sol de gloria da de lleno sobre esas tumbas abandonadas, y la patria aún no señala con un monumento el lugar de tantas ejecuciones.

¿Compareceremos ante el juicio de la historia con la fea marca de la ingratitud? ¿No habrá quien coloque una piedra en ese Gólgota, para decir a nuestros hijos: aquí levantó la iniquidad su *piedra de sacrificios* para inmolar a los patriotas de la independencia mexicana?

Nosotros desde el fondo de nuestro corazón enviamos el más santo de nuestros recuerdos a los *Mártires de la libertad*, y consagramos en las páginas de *El libro rojo* la ofrenda de justicia a los héroes cuyos sublimes hechos servirán de grandes enseñanzas a las futuras generaciones.

Juan A. Mateos

ARTEAGA Y SALAZAR

Quisiera no tener la necesidad de escribir este artículo; los recuerdos que para hacerlo tengo que evocar, punzan mi corazón, pues que a pesar de los años que han transcurrido desde la época en que acaeció el sangriento drama que voy a referir, hasta hoy siento aún aquella penosa angustia que era consiguiente al negro y tempestuoso porvenir que nos presentaba la lucha de independencia, y el doloroso vacío que dejaron en mi alma las terribles ejecuciones de Arteaga y Salazar, Villagómez y Díaz.

Lo que voy a contar no está apoyado en documentos oficiales, ni en citas históricas, ni en comentarios de sabios; es lo que yo mismo presencié, y lo que llegó a mi noticia por las sencillas relaciones de los jefes, de los oficiales y de los soldados que militaban a mis órdenes, y que fueron hechos prisioneros en unión de Arteaga y Salazar.

Comenzaba el mes de octubre de 1865, y la suerte no podía ser más contraria para los republicanos que componíamos el ejército que se llamaba del Centro.

Reducidos a un número escaso de combatientes, con malísimo armamento, con poco parque de fusil, y eso de mala calidad, faltos de recursos pecuniarios, y sobre todo sin esperanza de mejora, los esfuerzos combinados de todos los jefes, su fe ciega en el triunfo de la causa de la independencia de México, podían apenas mantener encendida la chispa en las feraces montañas del heroico estado de Michoacán.

Arteaga era el general en jefe de aquel ejército, y en los días en que pasaron los acontecimientos que voy a referir, el general Carlos Salazar era el *cuartel-maestre*.

El general don José M. Arteaga era un hombre cuya edad difícilmente podría haberse conocido en su rostro, porque su cutis rosado y transparente como el de una dama, sus ojos negros, rasgados y brillantes, y el fino bigote que sombreaba su boca, le daban el aspecto de un joven que apenas contara veinticinco años; y sin embargo, Arteaga pasaba ya de cuarenta; y sólo su obesidad, y la torpeza de sus movimientos, proveniente de las heridas siempre abiertas que tenía en las piernas, podía desvanecer la idea que se formaba uno al ver su rostro constantemente risueño y alegre.

Salazar era casi de la misma edad que Arteaga; pero Salazar, por el contrario, representaba tener mayor número de años de los que en realidad contaba, y su aspecto era imponente, porque a las musculosas formas de un Hércules se unía la frente despejada y serena, y la mirada penetrante del hombre de gran inteligencia.

Durante algún tiempo, Salazar y Arteaga estuvieron desavenidos, lo cual fue causa de que el primero se separara temporalmente del servicio; pero pocos días antes de la ejecución de ambos, Arteaga llamó a Salazar, tuvieron una explicación en mi presencia, y sin dificultad volvieron a reanudar su antigua amistad, y Salazar fue nombrado *cuartel-maestre* del Ejército del Centro.

¡Tristes días eran aquellos para nosotros! En el mes de julio de ese mismo año habíamos sufrido un revés terrible en las inmediaciones de Tacámbaro, atacados por la legión belga y por las fuerzas imperiales que mandaba Méndez, y de aquel desastre apenas habíamos salvado algunos elementos de guerra; todo parecía perdido, y sin embargo, la constancia y el entusiasmo de los jefes volvió a salvarnos del conflicto.

Por todas partes se trabajaba con una actividad prodigiosa; los coroneles Villagómez, Vicente Villada y Francisco Espinosa por un rumbo, Eugenio Ronda y Rafael Garnica por otro, Méndez, Olivares, Valdés, Díaz, Alsati, etc., todos levantaban e instruían batallones y escuadrones, y para el día 1° de octubre, es decir, tres meses después de la desgracia de Tacámbaro, pudimos pasar en Uruapan revista a una división, formada de esta manera, y que contaba ya con muy cerca de cuatro mil hombres, y esto, fuera de los que habían quedado de guarnición en algunas plazas como Zitácuaro, Huetamo, Tacámbaro, etcétera.

Aquella revista se pasó en medio de la mayor alegría y del entusiasmo más santo. Y tal era la fe de nuestros soldados, que al verse así reunidos, se creían tan fuertes, que se hubieran atrevido a batirse contra un ejército diez veces superior en número.

Pero aquella alegría y aquel entusiasmo eran los precursores de nuevos días de duelo y de tribulación; aquellas esperanzas iban a desvanecerse como el humo, a disiparse como una nube de verano.

El día 10 de octubre, desde las diez de la mañana comenzamos a tener por diversos conductos, noticias de que Méndez, con una fuerte división, había salido de Morelia y se dirigía a Uruapan con el objeto de batirnos; y estas noticias, como era natural, nos tenían en alarma y dispuestos para emprender la retirada o salir al encuentro del enemigo, según dispusiera el general en jefe.

Sería la una de la tarde, cuando llegó a mi alojamiento uno de los ayudantes del general Arteaga, a decirme que el general me esperaba en su casa; seguí al ayudante, y encontré a Salazar y a Arteaga que discutían sobre los movimientos del enemigo.

—General —me dijo Arteaga— el enemigo debe estar aquí a las cuatro de la tarde; ¿qué opina usted que debemos hacer?

—Mi opinión —le contesté— es que debemos dar una batalla.

Expliquéle en seguida mi plan, que no fue de su aprobación, y la cuestión comenzaba ya a acalorarse, cuando entró el coronel Trinidad Villagómez.

Villagómez era un joven de veinticinco a veintiséis años, valiente, pundonoroso, patriota de corazón, leal, y muy dedicado al estudio; le había yo encargado el mando de una pequeña brigada de infantería, que con jefes tan dignos como Villagómez, prometía dar al Ejército del Centro muchos días de gloria.

El general Arteaga hizo a Villagómez la misma pregunta que poco antes me había hecho a mí, y Villagómez fue de mi misma opinión.

Entonces insistí yo; Salazar apoyó la opinión de Arteaga, y éste ordenó la retirada.

Pero esta retirada no debía hacerla nuestra fuerza en un solo cuerpo, sino que debía dividirse en tres secciones: la primera, con los generales Arteaga y Salazar, tomaría el rumbo del sur, internándose por la Tierra Caliente; la segunda, a las órdenes del coronel (hoy general) Ignacio Zepeda, se dirigiría al estado de Jalisco, a expedicionar por Zapotlán; y yo, con la tercera, debía ir hasta Morelia, si no a intentar la toma de la ciudad, porque estaba fortificada y la mayor parte de mi fuerza consistía en caballería, sí a poner en alarma a la guarnición.

Con esta resolución ya se dictaron las disposiciones necesarias, y a las cinco de la tarde, bajo una espantosa tempestad, comenzaron a desfilar las tropas, tomando cada una de las secciones el rumbo designado; Zepeda el camino de San Juan de las Colchas, Arteaga el de Tancítaro, y yo el de

la sierra de Paracho.

En estos momentos, Méndez, con las tropas imperiales, estaba ya a muy poca distancia de nosotros.

Arteaga llevaba la brigada que mandaba Villagómez, una sección que estaba a las inmediatas órdenes del coronel Jesús Díaz, y algunos piquetes de infantería y caballería que no estaban incorporados en ninguna brigada.

A pesar de la tormenta y del mal estado de los caminos, Arteaga hizo caminar a la tropa que le acompañaba toda la noche del día en que se efectuó la retirada, y al siguiente día llegaron al pueblo de Tancítaro.

Aquella precipitación había sido una medida prudente, y que los acontecimientos posteriores confirmaron de necesaria, porque el día 12, en el momento en que los soldados iban a tomar «el rancho», llegó la noticia de que el enemigo estaba tan cerca de Tancítaro, que sin permitirse tomar el primer bocado a los soldados, se emprendió violentamente la retirada rumbo a Santa Ana Amatlán.

Sin embargo, Méndez logró alcanzar la retaguardia de los republicanos; pero Villada, que la cubría con un batallón, sostuvo bizarramente la retirada, y por esta vez volvió a salvarse aquel pequeño ejército. Toda la tarde y parte de la noche caminó Arteaga, hasta llegar a una pequeña finca situada a siete leguas de Tancítaro, en donde acampó.

La distancia recorrida por las tropas republicanas en aquel tiempo, parecerá muy corta a los que no tienen conocimiento de los caminos por donde tenían que atravesar; pero cuando se miran aquellos desfiladeros, en que los infantes no pueden cruzar sino de uno en uno, en que los jinetes necesitan echar pie a tierra, en que cada paso es un peligro, y cada peligro es mortal, entonces es cuando se considera que aquellos senderos, en el tiempo de las lluvias, son casi intransitables de día, y la tropa los atravesaba de noche; entonces es cuando se comprende, por qué se caminaba durante tanto tiempo para avanzar sólo unas cuantas leguas de terreno.

Por fin, aquellos pobres soldados, que apenas habían podido dormir, hambrientos, fatigados y empapados por las constantes lluvias, llegaron a Santa Ana Amatlán a la mitad del día 13.

Arteaga y Salazar se creyeron en completa seguridad, fiados en la vigilancia del coronel Solano, a quien el primero de aquellos generales había ordenado que, con cincuenta caballos, permaneciese cerca de Tancítaro, en observación de los movimientos de Méndez.

Como para dar más seguridad a Arteaga, pocos momentos después de que llegó a Santa Ana Amatlán, se le presentó un oficial de Solano, pidiéndole, de parte de su jefe, un cajón de parque, y confirmó lo mismo que habían dicho ya algunos exploradores: que el enemigo no había hecho movimiento alguno.

Arteaga, pues, sin temer nada, y seguro de que Méndez había dejado ya de perseguirle, mandó desensillar, dispuso que se preparase la comida de la tropa, y él mismo se retiró tranquilamente a su alojamiento, y quiso descansar también, aunque fuera por algunas horas.

Las armas estaban en pabellón, los calderos comenzaban a hervir con la pobre ración de carne, los soldados, abrumados por el ardiente sol de aquellos climas, se procuraban un abrigo bajo los árboles y los portales de la población, y los oficiales y los jefes buscaban en las modestas tiendas algún alimento para calmar su necesidad.

Repentinamente se escuchó un rumor extraño, carreras de caballos y de hombres, gritos y disparos de fusil, y luego la confusión más terrible, más espantosa.

Los republicanos habían sido sorprendidos, y era inútil pensar en la resistencia; un terror pánico se apoderó de los soldados, como sucede siempre en estas ocasiones; y ya no escuchaban la voz de sus jefes, y no volvían siquiera el rostro para el lugar en donde estaban sus armas, y no pensaban más que en salvarse por medio de la fuga, que emprendieron ciegos y por todas direcciones.

Todos los jefes, incluso Arteaga, fueron sorprendidos en sus alojamientos y hechos allí prisioneros: Salazar, con sus ayudantes y algunos criados se hizo fuerte en su casa, y se batió durante algún tiempo; pero fue obligado a rendirse, y sólo el coronel Francisco Espinosa, gracias a su sangre fría, logró escapar de las manos de los imperialistas.

Para consumarse aquella terrible desgracia, había bastado apenas una hora, es decir, dos horas después de haber llegado Arteaga a Santa Ana Amatlán, él y Salazar, y todos sus jefes y oficiales, y gran parte de sus soldados estaban prisioneros.

¿Quién fue culpable de aquella sorpresa? ¿Cómo pudo Méndez haber llegado hasta Santa Ana Amatlán, sin ser sentido por las fuerzas del general Arteaga, sin ser detenido por el coronel Solano y por el comandante Tapia, que habían quedado con dos cuerpos de caballería cubriendo el camino y en observación de los movimientos de los imperialistas? Misterios han sido y son estos para mí, a pesar del empeño que tomé para saber la verdad.

Arteaga, Salazar y muchos de los que con ellos iban en aquella desgraciada expedición, creyeron que Solano y Tapia se habían puesto de acuerdo con Méndez; pero esto me parece imposible, porque Solano era un joven honrado y patriota, a quien se habían encargado comisiones peligrosas, y siempre había correspondido perfectamente a la confianza de sus jefes; y Tapia, por sí solo, nada hubiera podido hacer, aun cuando hubiera querido traicionar.

A pesar de todo, algo habría podido averiguarse, si en aquellos días no hubiera muerto Solano de fiebre, en el pueblo de Tancítaro; y como sucede en las guerras de insurrección, la muerte de un jefe produce, necesariamente, la desorganización más completa, y luego la dispersión de las fuerzas que manda, sobre todo si son, como aconteció entonces, tropas levantadas y organizadas por el mismo jefe, y merced a sus esfuerzos y a sus simpatías personales.

A Tapia no lo volví a ver más.

Treinta y cinco fueron los prisioneros hechos por Méndez en Amatlán, incluso los dos generales, y todos ellos, aun algunos heridos, pasaron el resto de la tarde y la noche del día de la sorpresa, encerrados en un cuarto frente a cuyas ventanas las músicas de los vencedores tocaban alegres sonatas, celebrando aquella poco costosa victoria.

Al día siguiente se emprendió la marcha de regreso para Uruapan, y a los treinta y cinco prisioneros se les entregaron quince caballos para que pudieran caminar.

Muchos tenían que marchar a pie, pero todos convinieron en que, de preferencia, uno de los caballos debía servir al general Arteaga, y se le dio en efecto.

Arteaga era un hombre sumamente grueso, y por consecuencia pesado y torpe en sus movimientos; necesitaba, pues, una montura especial y una cabalgadura fuerte y vigorosa, y ni una ni otra cosa se le daba; en vano pidió que se le entregase la mula que él montaba ordinariamente, y que con todo y

arreos estaba en poder de los soldados de Méndez; nada consiguió, y se encontró en la necesidad de montar el caballo que le habían dado.

El camino estaba casi intransitable; el caballo era débil, la silla pequeña, y a cada paso el desgraciado general Arteaga caía con todo y caballo, causándose grave mal en sus abiertas y dolorosas heridas.

Salazar hacía casi todo el camino pie a tierra.

Seis días duró aquella terrible peregrinación, durante la cual el cansancio y los sufrimientos físicos y morales de los prisioneros, no encontraron más compensación que las muestras de simpatía de los pueblos del tránsito, y sobre todo de Uruapan adonde llegaron el día 20 de octubre.

Según me han referido los jefes que estaban allí entre los prisioneros, ninguno, incluso Arteaga y Salazar, creía que después de los días transcurridos, se les fuera a fusilar, y en esta confianza ya todos hablaban sólo de las penalidades del camino, y del día en que probablemente debían llegar a la capital de Michoacán.

Descansaban todos reunidos en su prisión, adonde algunas buenas y nobles familias les habían enviado abundantes comidas, cuando a las tres de la tarde se presentó el coronel Pineda, y en alta voz llamó a los generales Arteaga y Salazar, a los coroneles Villagómez y Díaz y al capitán González, y los hizo pasar a una pieza inmediata.

Ninguno de los otros prisioneros sabía cuál era el objeto de aquella separación, pero todos los corazones lo adivinaron, todos comprendieron que iba a representarse allí una terrible y sangrienta escena, todos, sin vacilar, aseguraron que aquellos cinco separados iban a ser las primeras víctimas.

Entonces desapareció la tranquilidad, reinaron la incertidumbre y el temor, y una nube de tristeza cubrió el rostro de aquellos desgraciados que ya no esperaban sino su turno para morir.

En aquellos días se había promulgado en la ciudad de Morelia el tristemente célebre decreto llamado “del 3 de octubre” por la fecha en que fue expedido, y conforme a ese decreto que recibió Méndez en Uruapan, iban a ser pasados por las armas los prisioneros.

Pero ese decreto no podía aplicarse a hombres a quienes no se había hecho conocer; ese decreto no podía autorizar al mismo Méndez cuando aún no se promulgaba en los lugares en que él estaba, ni aun lo conocían sus mismos oficiales.

Nunca Arteaga, Salazar, Villagómez, ni ningún otro de sus compañeros de infortunio se habrían sometido al imperio, ni dejado de combatir por más que ése y otros decretos los amenazaran con la muerte; pero en estricto derecho, esa ley no pudo ni debió haberseles aplicado.

Separados ya de los demás prisioneros, Arteaga, Salazar, Villagómez, Díaz y González, se les notificó que en la mañana del siguiente día debían morir, y se les exhortó a prepararse para aquel horrible trance.

Todos ellos recibieron la noticia con noble serenidad, sin quejas, sin recriminaciones, con un valor heroico.

Pocos momentos después se presentó en la prisión el señor Ortiz, cura de Uruapan, eclesiástico lleno de virtudes, hombre de corazón recto y de sentimientos generosos; su palabra fue un bálsamo consolador para aquellos desgraciados que no miraban en derredor más que rostros amenazadores, y quizá risas sardónicas y de desprecio.

El cura Ortiz no abandonó un solo instante a Salazar y a sus compañeros que se sintieron ya

menos abandonados, menos aislados en aquella última y suprema hora de su vida.

Toda la noche la pasaron escribiendo a sus familias y a sus amigos, y dando sus últimas disposiciones, de las cuales fue encargado el padre Ortiz, y en todas aquellas cartas se nota un pulso firme, un ánimo sereno, una conciencia tranquila, y sobre todo un patriotismo ardiente.

Consejos, recomendaciones, profesiones de fe política, todo con tanta calma como si no les faltaran tan pocas horas para morir.

Amaneció el día 21, y a las seis las tropas de Méndez salieron de sus cuarteles y formaron el cuadro frente a la prisión.

Eran ya los tres cuartos para las siete; había llegado el momento, y los sentenciados se presentaron. A pedimento suyo se les permitió marchar al lugar del suplicio sin llevar los ojos vendados.

Con paso firme se adelantaron, Arteaga pálido pero sereno, Salazar fiero y amenazador, Villagómez frío y desdeñoso, Díaz con una resignación cristiana, González con un aire burlón y despreciativo.

Salazar arengó a la tropa, pero como de costumbre, los clarines y las cornetas, y las cajas de guerra resonaron ahogando su voz.

Arteaga quiso arrodillarse para recibir la muerte, pero Salazar se lo impidió; se oyó la voz de «fuego», retumbó la descarga, y poco después la columna imperialista desfilaba al lado de cinco cadáveres que Méndez dejaba abandonados, sin cuidar siquiera de que se les diese sepultura.

Aquella sangrienta ejecución en las montañas de Michoacán preocupó apenas a los defensores de la intervención, y apenas se ocuparon de ella los periódicos de las capitales; pero la historia la recogió en sus fastos, y la justicia eterna la grabó en su libro, y quizá tuvo un grande influjo en el porvenir.

Dios es justo.

Vicente Riva Palacio

MAXIMILIANO

6 de julio de 1832.

19 de junio de 1867.

Aquella fecha fue el día en que nació Fernando Maximiliano José archiduque de Austria. Ésta, en la que murió.

La ciudad de Viena, Schönbrum, fue su cuna; la de Querétaro, Cerro de las Campanas, fue su tumba.

Su nacimiento tuvo el esplendor grandioso de un regio alumbramiento. A su muerte, un golpe eléctrico tocó todos los corazones, para no dejar esa memoria en el reposo del olvido. La luz de la existencia no se extinguió en las tinieblas de su último día. Al morir acabó el hombre, para dejar al dominio de todo el mundo la vida del príncipe, la del político infortunado.

¡Insondable es el destino del hombre!

Al nacer, los plácemes se multiplican y se anuncia una esperanza de felicidad.

El que nace despierta toda la fe del porvenir.

Un príncipe que viene al mundo, es la alegría de la familia, es la ilusión dorada de una dinastía; puede ser el genio benéfico de un pueblo, de una sociedad entera. El contento se generaliza, y las demostraciones de júbilo resuenan en el extenso ámbito de una monarquía. Los más lisonjeros ensueños de los padres encuentran la entusiasta predicción de los amigos, de los partidarios, de los adictos, y el horizonte de la vida se dilata más allá de donde en el curso natural de la existencia se puede pasar.

El príncipe, al nacer, parece que lleva un destino que cumplir: inmortalizar con sus hechos un nombre que ya suena como gloriosa herencia que en la sucesión de los siglos han conquistado sus antepasados. Esperanza de gloria. Esperanza de inmortal nombre. Esperanza de los amigos y de la patria; ella y ellos hacen votos por que el príncipe esté predestinado para encumbrar los altos intereses de la nación; y así lo quieren; porque también quisieran que el que nace para gobernar, fuese un conjunto de las más grandes virtudes. El valor, la generosidad, el genio, la más elevada educación, la ciencia y el amor a la humanidad, debieran ser inseparables compañeros de los que se creen con título para mandar.

La pasión de mando en los príncipes, lo mismo que en los demás hombres públicos, puede ser una virtud o un vicio. El anhelo de hacer el bien, es una virtud, y ese anhelo tiene a menudo los caracteres de una pasión... pasión inmensa, superior a todas las pasiones; porque ella lisonjea las más nobles aspiraciones que el hombre puede traer a la vida. Ser feliz por la felicidad pública, vivir para un pueblo, trabajar sin descanso para una nación, darle vida, esplendor, nombre, poder, independencia, respeto, bienestar, libertad, orden, paz, fraternidad y dicha, es sin duda la más grande y noble pasión, como también la virtud más digna del reconocimiento público.

¡Cuántos hombres, sin embargo, habrán tenido estos ensueños, esos delirios patrióticos, esas aspiraciones que embriagan, y qué distante habrán visto el resultado! ¡Cuántas veces los medios empleados conducen a las naciones al inverso fin de los pensamientos y proyectos concebidos!

Tomad vuestro libro, príncipes, recorred la historia, y al llegar a las páginas de Luis XVI, Iturbide, Murat, Carlos I y Maximiliano, medita en ese destino.

Abrid el vuestro, hombres públicos; y cuando lleguéis a las páginas de Hidalgo, Morelos, Matamoros, Guerrero, Ocampo, Alberto Brum, César, Cicerón, Terault de Sahelles, Filipeaux, Danton, Robespierre, Russel, Riego, Camilo Desmoulin, y otros y otros, pensad con detenimiento en el trágico fin de hombres que hoy suenan como gloria de las naciones que impasibles los vieran morir. Llegad con valor a las tumbas de esos príncipes y de esos hombres, removed su pasado entero, tocad uno a uno los puntos de su vida pública, y fijad, si podéis, con criterio indefectible, con la conciencia de juez severo, con la luz indeficiente de la razón, con la firmeza de la conciencia universal, el motivo determinado, seguro, fijo, que causó su muerte. Para ello, remontad vuestro estudio a la intención, que es la guía de la criminalidad.

No separéis vuestra atención de los propósitos. Deteneos un poco. Llamad a la filosofía en vuestro auxilio. Con el espíritu indagador del verdadero filósofo, buscad la criminalidad de los políticos en la violación de una ley clara como la luz del día, evidente como el sentimiento de nuestra existencia, universal como los preceptos de moral. ¿La encontraréis siempre? No.

¿Y la dañada intención de ejecutar una criminal voluntad?

¿Y el propósito de hacer mal?

¿Y la conciencia de sus faltas?

¿Y la depravación de sus miras?

¿Y el remordimiento de sus actos, y la agitación de su espíritu, y el terror de su fuero interno, y la inquietud de su alma, y la pasión ciega de sus deseos, y el abominable arranque de un corazón vengativo? ¿Lo encontraréis? Decidlo. Decidlo con franqueza. La filosofía no permite disimulo; externad vuestro juicio con la severidad filosófica de Catón.

Pero ¿a dónde vamos?

¿A condenar la pena de muerte por delitos políticos?

Esto ya lo hemos hecho. Derramar la sangre humana como medida represiva o preventiva, podrá tener su resultado positivo para la paz que forma el vacío; pero hay en el fondo de nuestro corazón una profunda repugnancia, inconcebible para algunos, poderosa para nosotros.

En esa lucha de las necesidades públicas, hay una verdad que respetamos con toda sinceridad: la extinción de la pena capital es un pensamiento que ha encontrado resistencias que han parecido invencibles. Políticos profundos han creído que sin la pena de muerte, la sociedad perdería sus elementos de vida rompiendo el respeto que inspira la posibilidad de la muerte por la ley.

A través de diez y nueve siglos que tiene la era cristiana, no se han podido realizar todas las esperanzas que despertó su existencia; pero la lentitud del progreso asegura su triunfo sobre el desmoronamiento de los antiguos elementos de política. La filosofía de la libertad vendrá más tarde a purificar doctrinas que en su desarrollo detienen el espíritu progresivo de la humanidad. El tiempo, armado de su poder irresistible, con la sucesión de algunos años en que la paz, condenando las malas pasiones, abra el alma a la luz de la enseñanza que entraña la fraternidad, será el mejor obrero de lo que hoy se llama utopía irrealizable.

¡Sombra de Maximiliano, espíritu de ese príncipe en cuya defensa tuvimos un encargo de confianza; desde esa mansión donde todo es luz, arrojad alguna sobre este cuadro de vuestra vida, para pintar con caracteres de innegable verdad las causas de un gran drama político!

¿Qué causa determinó ese contraste de destino entre el nacer y el morir?

¿Quién guió esos pasos que conducían al patíbulo a un príncipe heredero de una gloria secular?

¿Por qué causa vino a morir a Querétaro, en el Cerro de las Campanas, quien pudo ser rey en Europa? ¿Qué había de común entre la dinástica nobleza de Austria y el pueblo de esta república?

México pasaba por una crisis cruel en su naturaleza misma; porque era trágica y suprema. Las instituciones eran todo y eran nada; porque ellas servían de bandera de libertad y de apoyo de gobierno. Eran nada, porque en la práctica no regían. Su vida perfecta era imposible en una nación de combatientes. Era ese periodo en que se rompe para siempre con las tradiciones del pasado. Las reformas religiosa y política habían sacudido de raíz aquel árbol secular a cuya sombra la sociedad se forma de una aristocracia de fueros y privilegios notables en el clero y en el ejército. La ley de la igualdad se había proclamado, incorporando a las clases privilegiadas dentro de una misma ley civil.

El antagonismo de clase, condenado por los principios políticos, era una nueva ocasión de guerra. La nacionalización de bienes eclesiásticos, secularización de regulares, extinción de la vida monacal y demás reformas religiosas, preparaban algunos espíritus para una lucha sangrienta, como guerra de religión, interminable por un avenimiento; porque alimentada por pasiones que tocaban los extremos, era terrible, asoladora. Sus efectos se hacían sentir ya poderosos, cuando estalló la revolución que proclamó en la patria de Washington la independendencia de los pueblos del sur.

Los gobiernos de Europa, que presentían las consecuencias de un triunfo glorioso de la democracia, pensaron en que México pudiera ser un punto de apoyo, un arsenal inmenso, un cuartel general para ulteriores operaciones; y aprovechando las disensiones apasionadas de sus hijos, ofrecieron crear una monarquía en la tierra de promisión, que descubierta por el ilustre genovés Cristóbal Colón, fue la perla de la corona de España.

Esta colonia que llevó a su tesoro torrentes de plata y oro en cambio de una civilización cristiana, no era aún conocida el año de 1862 en su poder nacional.

Frágil la memoria de los hombres poderosos, olvidaron pronto los sacrificios de México por su independendencia, desconocieron su adelanto en medio de sus guerras intestinas, y creyeron obra de una visita militar la fundación de una monarquía que renovara las antiguas tradiciones, despertando el espíritu de orden y obediencia en que tan notable fue este virreinato por tres siglos.

En los años pasados después de la Independencia, la educación ha cambiado las antiguas costumbres. México ha obtenido en medio siglo lo que pudiera ser obra para otros pueblos de centenares de años. De 1821 a 1863 recorrió desde la monarquía absoluta hasta la república más democrática, y la obediencia pasiva del antiguo sistema se ha cambiado por los fueros de la libertad.

Ese año de 1863 será siempre inolvidable en la historia de los sucesos que vamos a referir; porque este fue el periodo en que el príncipe Maximiliano aceptó lo que, obra de los hombres, parecía altamente glorioso en sus fines al archiduque de Austria.

Inglaterra, Francia y España, unidas por la convención de Londres el 21 de octubre de 1861, enviaron en diciembre del mismo año al puerto de Veracruz algunos miles de soldados, representada la primera para los fines de la convención por sir Charles Wyke, ministro inglés residente en México; la segunda por el almirante Jurien de Lagraviere y por el conde de Saligny, ministro de Francia en México; y España por el teniente general don Juan Prim, conde de Reus.

El tratado que celebró en el pequeño pueblo de la Soledad, distante pocas leguas de Veracruz, el ministro de Relaciones don Manuel Doblado, permitió a las tropas de las tres naciones venir a

Orizaba y Tehuacán, ajustando un armisticio para acordar, entretanto, los medios de llevar a un término prudente las diferencias que en lo ostensible tenían aquellas naciones con la República mexicana. Ese tratado que con el señor Doblado firmaron los representantes de las tres naciones el 31 de octubre de 1861, ha sido juzgado por muchos como el monumento más glorioso de la habilidad diplomática de este ministro. Aplazada la guerra, podía crear la división en los invasores, y permitir, además, que se viese con claridad el fin a que se encaminaba y los medios de que disponían cada una de las partes que formaron la convención.

Había en lo íntimo, en lo secreto de las instrucciones reservadas que traían los tres representantes, algo contradictorio que no podía llevarlos a una inteligencia fácil, a un acuerdo seguro.

Los representantes de España e Inglaterra vacilaron, los de Francia traían una consigna que cumplir, Napoleón III quería un rey para este suelo virgen. El príncipe que debía ceñir la corona, sería acaso dudoso; pero la resolución estaba tomada. México sería una monarquía.

Aún es un misterio si la voluntad enérgica del conde de Reus rompió la convención, llevando tras esta resuelta conducta el acuerdo del representante de Inglaterra; o si instrucciones superiores prepararon el rompimiento que dejó al ejército francés solo en este suelo para llevar adelante las órdenes de su gobierno, que ejecutaba por su cuenta y riesgo, la más aventurada, peligrosa y estéril de cuantas intervenciones se registran en los siglos de la historia política del mundo.

La república supo con asombro que, rotas las estipulaciones del Tratado de la Soledad, avanzaban en son de guerra los franceses al mando del general Laurencez, y ligeros encuentros en las Cumbres de Aculcingo, obligaron a las tropas de la República, al mando en jefe del general Zaragoza, a resistir el choque del ejército francés en la ciudad de Puebla.

El 5 de mayo de 1862, a las once, comenzó la acción sobre el Cerro de Guadalupe, y a las tres retrocedieron las fuerzas francesas, llevando ya en su retirada a Orizaba, la convicción profunda de que la misión que debían cumplir era algo más peligrosa que un paseo militar.

México ha recogido en la memoria de esa jornada, la de un día de gloria nacional que solemniza en su aniversario, como la de una segunda independencia. El recuerdo del 5 de mayo fue la bandera de la República en sus días de prueba y de desgracia. Los nombres de los generales Zaragoza, Mejía, Díaz, Berriozábal, Negrete y otros, han tenido desde entonces un lugar de preferencia en el corazón de un pueblo que se apasiona por la superioridad del valor en el cumplimiento del deber.

Después de algunos meses, grandes refuerzos llegaron al ejército francés mandado ya por el general Forey, y se emprendió un nuevo golpe sobre la ciudad de Puebla, la que sucumbió el 17 de mayo de 1863, obligada por un sitio de más de sesenta días. El hambre puso término a ese sitio, rindiéndose la plaza, después de romper el ejército mexicano sus armas y clavado su artillería.

Hoy que Francia sufre, y los peligros y el sufrimiento fanatizan el amor patrio, habrá comprendido Napoleón III, capitulando en Sedan, todo el inmenso placer que habría en la victoria, toda la inmensa pena de las derrotas, todas las inexplicables amarguras de una capitulación, y todas las desgracias de conflictos entre pueblos que derraman su sangre, gastan sus tesoros, aniquilan sus elementos de vida en luchas que excitan las malas pasiones, en cuyo desenfreno todo lo pervierten, a pesar de la buena índole de las masas. México joven, nacida en este siglo a la vida nacional, ha sido mártir por los celos extraños de su propia infancia. Nacida y codiciada, independiente y dividida, su

escuela ha sido la guerra interior y exterior. Francia en el apogeo de sus días, con su gobierno de veinte años, su rico tesoro, sus preparativos de guerra, y teniendo por capital la ciudad de París, centro del mundo, donde se encontraban bienestar y dicha, porque había algo de magia en aquella gran ciudad para que el viajero de todo el mundo, a pesar de la diversidad de sus hábitos y costumbres, encontrara allí la asimilación de lo que era la patria, ha sido el objeto de todas las miradas; era el baluarte poderoso donde por el hambre podrían sucumbir hombres que, héroes en el combate, grandes en su patriótica desesperación, tenían la sentencia de su destino en una triste capitulación, después de ese sitio de titanes que será el asombro de los tiempos modernos. El siglo *xIx* en sus transformaciones políticas, en su marcha poderosa a los fines de la democracia, y en su grandeza universal, necesitaba para ser inolvidable, el gigantesco sitio que oprimió a la ciudad del orbe. Frente al poder del dinero, de la ciencia y del progreso, se presenta la guerra, la muerte, la destrucción, el sitio y el hambre.

Francia y Prusia en gigantesco duelo, es víctima la primera, en medio de su grandeza, y vencedora la segunda, provocada al duelo. París se enloquece en su desgracia y enarbola la bandera de guerra civil. París, antes resplandeciente de prosperidad y lustre, da muerte a su propia vida devorando a sus propios hijos, arrojando, a semejanza del suicida, elementos corrosivos a sus entrañas, para morir en el fuego, la destrucción, el aniquilamiento y la desesperación.

París, reina de las ciudades modernas, sociedad poderosa para imprimir movimiento a las ciencias y a las artes, centro privilegiado del orbe donde la historia ha grabado sus fechas gloriosas con monumentos que recuerdan guerras, gobiernos, luchas, victorias, triunfo de la idea y del arte; ciudad que llora hoy los más grandes infortunios que la más negra imaginación no podía alcanzar; arrojad de vuestro seno los elementos de esa vida cenagosa a que la corrupción levantara altares, y Dios permitirá que de ese huracán espantoso de pasiones desencadenadas, de ese fuego que destruyó la materia y el espíritu, brote la libertad pura y santa, que haga a los pueblos hermanos en el progreso y émulos sólo en el trabajo.

¡Pobre Francia! ¡Cuánto atormentan los terribles golpes de la adversidad sobre las masas de un pueblo! ¡Cuántas víctimas inocentes que no merecen el castigo de esas grandes desgracias!

México ha sufrido los males del incesante anhelo de otras naciones para intervenirla. Francia llora hoy la ardiente pasión del imperio, para imponer su intervención a otras naciones. México pobre, débil, joven y desheredada por sus propias y extrañas guerras, debe a la constancia de sus hijos y a su fe, la restauración de la República. Su ejemplo lo ha invocado Francia, no sólo como lección adversa de su política, sino como bandera de guerra por su nacionalidad. Reciba nuestros votos por una paz duradera que afiance en esa poderosa nación la libertad. Ella será fecunda también para una gran parte del mundo que, por la lectura, por la tradición, por la costumbre de imitar y por los hábitos de educación, está dispuesta a aceptar la política de Francia, que tiene, por su grandeza nacional, un poder mágico, casi irresistible, de propaganda y de asimilación política.

¡Cómo cambia el poder de las naciones constituidas al abrigo de un poder personal! En 1863, Francia imperial enviaba algo menos que el sobrante de sus legiones a esta tierra víctima de sus disensiones civiles; y hoy la República mexicana envía los votos de muchos de sus hijos al pueblo francés, por su pronta y sólida libertad. ¡Ojalá y ellos se cumplan! ¡Ojalá y el año de 1871, Francia regenerada y libre, sea también la Francia de la paz y la prosperidad!

La tarde del 31 mayo de 1863 salió de esta ciudad el señor presidente don Benito Juárez. Ese día tuvo lugar la clausura de la Cámara, y más bien que una solemnidad, fue una lúgubre ceremonia. Era el adiós de amigos que se dispersaban: fue la triste asistencia oficial de un día de duelo para la patria. Tras de ese día todo era desconocido. El único pensamiento de aquellas horas, era partir de la ciudad que debían ocupar las fuerzas francesas como fruto de su triunfante expedición sobre Puebla.

La noche arrojaba sobre el alma de esta gran ciudad una melancolía abrumadora. La agonía de una época, el término de un orden de cosas, el misterio del día siguiente, daban un tinte sombrío a todas las fisonomías. ¡Toda la noche fue de movimiento de salida! ¡Cuántas lágrimas derramadas en ese día de luto! Una despedida sin saber el día del regreso, tiene algo de semejante a la muerte.

¿Cuándo volverán los que hoy salen?

Sólo Dios puede saberlo...

Esa pregunta del corazón, y esta respuesta de la cabeza, daban a tan triste despedida una amargura que es fácil sentir y difícil explicar.

Los poderes de la Federación se dispersaban, dándose una cita para el interior del país. El presidente de la república, al partir, había renovado su inquebrantable juramento de vencer o morir. La lucha era a muerte, porque no cabía capitulación. Así lo había dicho este supremo magistrado el 21 de marzo, al recibir las felicitaciones como día de su cumpleaños.

Abiertas quedaron las puertas de la capital que no podía resistir, y tomaron vida por casi todo el país los elementos de un nuevo orden de cosas que generalizó el proyecto de la monarquía mexicana.

En la dispersión de los poderes públicos, México quedaba sólo al abrigo de un ayuntamiento presidido por el señor don Agustín del Río. Hombre de valor y de corazón generoso, inspirado por su ardiente amor a la patria, supo llenar cumplidamente sus deberes, lo mismo que la corporación que presidía. Merced a su actitud, la ciudad no sintió el enorme peso de la crisis. La historia consagrará algún día una honrosa página al ayuntamiento de México y su digno presidente.

El 1º de junio, un repique en la catedral anunciaba que se abría para la capital de la República mexicana la primera página del libro de la intervención. ¡Pobres campanas! Inanimados pregoneros que hablan al impulso del que los hiere, y lloran, gritan, pregonan y aplauden a nombre del pueblo. ¡Cuántas veces pregonan lo que debieran callar! ¡Cuántas veces aplauden lo que debieran condenar! El atronador repique con que se pretende a nombre del pueblo engañar al pueblo mismo, ha sido el medio más usual con que solemniza la alegría oficial lo que ha sido muchas veces el duelo de la nación. Entonces, entre el ruido de la armonía del repique, hay siempre una voz que habla más alto: es la conciencia pública, que condena el sacrificio de un pueblo.

La historia del periodo de la intervención, en sus detalles, no es del momento. Pocos renglones debe ocupar la narración sencilla de la muerte del infortunado archiduque de Austria.

Preparado el terreno por la invasión francesa, perdida para muchos la esperanza de una restauración nacional mientras la guerra de escisión entre los Estados Unidos no llegara a un término, fatigado el espíritu por la serie de incesantes revoluciones, el establecimiento aunque pasajero de una monarquía, era un suceso que la más corta previsión alcanzaba. El imperio, para la nación, sería un hecho; para los que lo deseaban, una gloriosa conquista; y su duración un problema para muchos, envuelto en el misterio del tiempo en que debieran realizarse los grandes sucesos de América.

El príncipe solicitado era Fernando Maximiliano, que residía en su palacio de Miramar. Allí fue

donde los enviados del emperador Napoleón hicieron despertar en su corazón ese sentimiento de gloria por lo grande y desconocido, a que tenía irresistible inclinación. Allí fue donde los augures del porvenir espléndido de una gran monarquía en el mundo de Colón, fundaban con la riqueza de una imaginación fecunda el trono de México. Allí las vacilaciones de un espíritu, que dominado por la idea de la gran política, estaba sin embargo preparado para todo lo que abría las puertas de ese futuro lleno de encantos por la pasión que se llama gloria. Allí ese consejo íntimo de familia, con su esposa la princesa María Carlota Amalia, que era su secretario, su amigo, su confidente, la compañera, sin duda, de proyectos, de pensamientos y de ensueños de un glorioso porvenir; y de allí partieron para esta tierra regada por muchos años con la sangre mexicana.

Más allá de la política, que glorifica a los hombres y apasiona a la multitud, hay algo en una minoría que, con la fe del que mira en lontananza los sucesos venideros, pronostica el porvenir como el apóstol de una idea; combate y lucha por ella hasta el heroísmo, y sostiene la verdad, desconocida para muchos, que parece el patrimonio especial de un círculo reducido de hombres.

Thiers y Julio Favre en Francia, Juárez, Zaragoza, Díaz y otros en México, vaticinaron el mal éxito de la aventura monárquica, y predijeron que la intervención sería para Napoleón III el camino seguro del abismo donde sepultara su trono.

Hasta dónde se hayan realizado esas profecías, la historia contemporánea puede ya apreciarlo. Maximiliano llegó a la capital de la república el 12 de junio de 1864. Pasados los primeros días, llamó en lo privado a algunos hombres del partido liberal, y presentándoles un programa extenso sobre las bases de independencia nacional, libertad y consolidación de las conquistas de la Reforma, obtuvo de algunos su participio en la formación del gobierno.

El programa podía condensarse en estas palabras:

Difundir la enseñanza a costa de los más grandes sacrificios, promover toda mejora material, alentando la colonización en masas y la inmigración de ricos capitalistas, afianzar las conquistas obtenidas por la República en favor de la libertad, y encaminar ésta a su aceptación por todos los partidos.

Difícil era la reconciliación de las clases y de los corazones. Ese milagro político no podía ser el instantáneo fruto de un programa. Sólo el tiempo y la libertad práctica unen a los hombres divididos en política por opiniones encontradas.

Francia gastaba, entretanto, algunos millones en el apoyo de su aventura; pero el cansancio en una empresa toda de peligros, no tardó en expresar palabras de arrepentimiento y de abandono. La versatilidad del imperio francés en los actos que llamaba de alta política, era una presunción de que pondría término a sacrificios que no podían tener compensación.

El príncipe Maximiliano luchaba con todo esfuerzo por nacionalizar su gobierno, y su programa democrático, a su juicio, en lo compatible con la forma monárquica, está consignado en seis tomos de decretos.

Por un corto periodo, la fortuna sonrió a la monarquía. Las fuerzas de la república habían perdido los grandes centros de las poblaciones, y el señor presidente don Benito Juárez, y su ministerio compuesto de los señores Lerdo, Iglesias y Mejía, se habían refugiado en Paso del Norte, pequeña aldea en los confines de la república, a orillas del Río Bravo. Su fe era su bandera, su constancia la base del porvenir.

Algunos jefes de inquebrantable energía sostuvieron siempre la guerra; entre ellos el ilustre general don Vicente Riva Palacio, por cuyo encargo escribimos esta sencilla historia.

El país estuvo por un periodo sometido a la sorpresa de los grandes sucesos; pero la impresión fue pasajera, y las armas de la república acudieron a combates repetidos que despertaban en la nación la fe del porvenir.

Cuernavaca era la residencia del archiduque el mes de junio de 1866, cuando recibió las noticias definitivas sobre la conducta de Napoleón III. Había resuelto retirar sus tropas y los recursos pecuniarios con que apoyaba al imperio mexicano. Éste dejaría de percibir los quinientos mil pesos de que todos los meses disponía a cargo del tesoro francés.

Tan grave noticia tenía altamente preocupado al príncipe, quien con su triste fisonomía reveló a la princesa Carlota el pesar de alguna nueva desgracia. La mala posición a que se veía reducido el ensayo de monarquía en México, despertó en el espíritu de los dos príncipes la idea de enviar un comisionado, un embajador especial al emperador Napoleón, para exigirle francas explicaciones, resoluciones firmes sobre sus compromisos para con el naciente y agitado imperio de México, y muy particularmente para con el mismo archiduque de Austria, antes de partir de Miramar. «¿Quién podrá desempeñar esta misión importante? —decía Maximiliano—. ¿A quién escuchará Napoleón? ¿Quién podrá hacerle oír todos los deberes que tiene que cumplir? ¿Quién podrá hacerle comprender las consecuencias de su falta, si niega hoy lo que antes tenía ofrecido?»

Se trajeron a la memoria diversos nombres de personas a quienes el emperador de Francia en otro tiempo recibía de buena voluntad; pero que en la situación a que habían llegado las cosas, con probable seguridad, casi con evidencia, serían desairadas.

En un momento de ese silencio que impone la perplejidad de ciertas circunstancias, dijo la princesa Carlota: «Yo tengo un embajador fiel a todos sus compromisos políticos, resuelto a todos los sacrificios, y que se hará escuchar de grado o por fuerza. Ante su resolución no habrá obstáculos.»

«¿Quién puede reunir —dijo Maximiliano— todas esas virtudes de adhesión, y además las facilidades de llegar oportunamente cerca de Napoleón para contrariar resoluciones tomadas acaso de una manera irrevocable?»

«Yo —contestó la princesa Carlota—, y tal vez sólo yo pueda lograr que se modifique lo que respecto de México se tiene ya acordado.»

El archiduque meditó sobre este pensamiento, lo encontró oportuno, y presentándole sólo en oposición dificultades de viaje, recordó que estaba próximo el 6 de julio, que era el día de su cumpleaños, y que según la tradicional costumbre de su casa, la emperatriz recibía y hacía todos los honores en la solemnidad de ese día.

Los proyectos de conveniencia que se combaten con accidentes de fácil solución, están aceptados. Así sucedió con el viaje de la emperatriz. El movimiento de la casa era luego el testimonio vivo de la resolución tomada. El emperador y la emperatriz regresaron a México, y el seis de julio, después de las solemnidades de la mañana, se hicieron los preparativos para el viaje a Europa.

El día ocho salió para Veracruz la princesa Carlota, emprendiendo, con el valor digno de un hombre, una empresa que era superior al empeño de las más grandes habilidades diplomáticas.

Francia, en la historia de su último imperio, y la del Vaticano en la de sus días de prueba, tendrán que consagrar algunas líneas a la infortunada y virtuosa princesa Carlota Amalia visitando en 1866, víctima ya de un principio de enajenación mental, a Napoleón III y a Pío IX.

En su ciencia y brillante educación no alcanzó todos los peligros de la intervención en la República mexicana. La historia de todas las intervenciones es la del suplicio de los pueblos, la del peligro de la independencia, la del sacrificio de la autonomía, y muchas veces el de los actores mejor intencionados. Los años que corren de este siglo daban ya abundante materia para demostrarlo sin necesidad de las sangrientas peripecias del gran drama en que tan sentido se presenta el fin de Maximiliano, vencido, y la vida congojosa de la princesa Carlota, que es la personificación del pensamiento monárquico en la rectitud de su intención y en la gloria de la fundación; pero también en el extravío de su juicio, por confiar su suerte a una protección extraña, y en el sufrimiento de su pesar profundo. Figura histórica, pasajera en su vida real, transformada por su dolor en una existencia sombría y melancólica, que conservando en su memoria las negras páginas de su martirio, sin el orden que imprime el juicio, tiene grabado como en álbum fotográfico el periodo de su vida en México. La memoria, el corazón y el entendimiento funcionan en la demencia, siempre con el pasado a la vista; pero las páginas de ese gran libro se desencuadernan, se confunden y mezclan, para hacer de la vida un repertorio donde la memoria, sin orden ni armonía, sin concierto ni exactitud, renueva del tiempo feliz de la razón lo que más hirió el conjunto de las facultades. La historia del viaje de la princesa Carlota, si llega a escribirse, podrá dar alguna luz sobre la materia, y fijará también el verdadero periodo de su enajenación mental. Maximiliano aparece, según la tradición, vivo en la adoración de la princesa su esposa; pero en el altar de sus rezos derrama lágrimas que como flores deposita en la tumba de una memoria. Tal vez junta en un solo punto, a semejanza de visión extraña, dos ideas de vida y muerte, como el que ve en medio de una tempestad lanzarse a pique una nave sin socorro posible.

El mes de noviembre de 1866 todo anunciaba la retirada del príncipe y la del ejército francés. El primero marchó a Orizaba, y la *Novara*, que lo trajo lleno de entusiasmo y de esperanzas, debía también conducirlo, atormentado por el mal éxito de su empresa, a su antigua residencia de Miramar. Lo esperaba en Veracruz para partir.

El príncipe estaba de choque con el ejército francés, que abandonaba su obra.

Aun las relaciones de cortesía se habían cortado. El mariscal Bazaine y el general Castelnau habían concertado la retirada del ejército francés; y el voto unánime y sincero de los mexicanos era que jamás otra intervención pisara este suelo privilegiado, que sólo necesitaba para su prosperidad la unión de sus hijos. El imperio francés recibía una lección severa. Los gobiernos que no miden las cuestiones exteriores más que por la fuerza física, sacrificando la justicia, se suicidan, porque preparan ellos su propio sacrificio. Francia, arrebatada por el poder militar, sintió todo el peso de sus desgracias en la condenación universal de su política, en el triunfo de la oposición, y en la aceptación tácita de la doctrina Monroe.

Libre Maximiliano de los compromisos de la intervención, llamó a Orizaba su consejo, y sometió a su examen la resolución de su viaje. La duda atormentaba su vida, y necesitaba una resolución. Creía llegado el momento en que el hombre público debe pertenecer todo a su causa, a sus principios, a sus partidarios.

Muchos atribuyen a diversos miembros del consejo, y muy particularmente a las inspiraciones del joven general Miramón, el regreso a México. Nosotros no participamos por completo de esa opinión. Causas de otro género fueron las que ocasionaron esa resolución. A la llegada del paquete francés a Veracruz, en noviembre, recibió el príncipe multitud de telegramas combinados en cifras. ¿Qué traían de Europa esos telegramas? No se ha sabido; pero el hecho es que al día siguiente se dieron las órdenes de regreso, y fue gratificado el jefe de la oficina del telégrafo con quinientos pesos, entregados en monedas de oro.

Desde ese momento cambió la fisonomía del príncipe. Su vida tomó la animación de quien tiene un gran propósito que cumplir. Aislado por su propia voluntad los días anteriores, incomunicado con los demás, vagando como un sonámbulo por los cercanos campos de Orizaba, volvió a la vida cuando resolvió morir o vencer, jugando la existencia hasta perecer en la demanda.

El 25 de diciembre de 1866 salió para esta ciudad el archiduque, con el propósito de dar vida al ministerio conservador que había formado antes de partir para Orizaba.

Reciente la historia del gobierno del imperio, no es posible tocarla en el reducido espacio de que se puede disponer al ocuparse sólo de la muerte del príncipe que fue elevado al trono. La historia de esa sombra de gobierno monárquico no puede aún escribirse; porque las lecciones que de ella se derivan, se pierden cuando todavía están vivos los sentimientos de una lucha y de una restauración en un corto periodo de tristezas y alegrías, de esperanzas y decepciones, de tragedias políticas, de piedad y de rigor, de templanza y de exceso, de virtud y de vicio, de persecución y de amnistía, de gemidos y de bendiciones, de duelo y de vida.

Los siete años de 63 a 70, son el gran libro de una historia rápida y compleja, que a semejanza de la de los naufragos, estará llena de vida en la narración misma de la agonía. Ella entrañará lecciones saludables para un pueblo que, al sacudir el yugo de la fuerza extraña, ha proclamado la libertad de todos sus hermanos.

Esa historia la conocerán siempre aun los niños y las mujeres; porque es la historia de los sentimientos populares y el fin de las disensiones religiosas en la política militante. Las pasiones todas tomaron parte, todas se mezclaron. El entusiasmo y el dolor se tocaban a cada paso como resultado de esos resortes del corazón, que apasionado en una lucha de hombres contendientes, son tan fieles y cumplidos como la personificación de un deber sagrado, tan resueltos como una virtud heroica, y tan firmes como ciegos por la fe, tan adictos a su causa como a la de su Dios, su religión y su patria. Por esto creían muchos pelear, y aun los seres inculpables en ese conflicto aterrador tributaban un culto a la exaltación de sus propias pasiones, como la expresión de la conciencia recta, como el eco de la conciencia nacional.

Los más grandes errores toman en política las proporciones de un deber, y a la pasión que se llama patriotismo, virtud facticia muchas veces por su origen, pero sincera por el tiempo, sólo se le puede desarmar con la frialdad de la razón, la luz de la justicia y la generosidad de los sentimientos.

Este periodo era el punto más grave en la escala de las disensiones de los partidos; pero también debía ser el término de las profundas divisiones.

La confirmación que el príncipe Maximiliano imprimió a las conquistas de la libertad, a los hechos consumados, y a los principios de la revolución por la reforma religiosa, puso el sello a cuestiones que antes fueron el abismo de odios y de sangre entre los partidos.

Los peligros de una existencia precaria para el porvenir de nuestra patria, amenazada siempre por los elementos internos y conflictos internacionales, ¿no abrirá el corazón mexicano a sentimientos de unión, único vínculo de poder nacional?

Estos eran los pensamientos de esa época en que, al través de un corto periodo, todos veían como indefectible la restauración de la República.

Entretanto las fuerzas organizadas bajo la dirección de los generales Díaz, Escobedo, Corona y Riva Palacio, marchaban sobre las ciudades de Puebla, México, Guadalajara, Toluca y Querétaro, donde los más caracterizados jefes del partido militar, ligado en sus últimos días a la suerte del archiduque de Austria, hacían grandes aprestos de resistencia. Ingrata la suerte al príncipe, los franceses se retiraron, dejando sin más apoyo a su protegido, que la fuerza mexicana y algunos escuadrones de alemanes al servicio del archiduque, mandados por dos valientes jefes y el joven coronel Kevenüller.

Todos los prodigios de valor habrían sido estériles contra el país levantado en masa proclamando la restauración de la República. Una a una fueron cayendo las ciudades en poder de las armas republicanas.

Querétaro era el lugar que absorbía la atención del gobierno, porque un fuerte ejército que mandaba en persona el archiduque Maximiliano, era compuesto en su mayor parte de jefes de un valor a prueba, de una decisión enérgica. Bastaba que entre ese grupo estuviesen los generales Miramón y Mejía, para comprender que la lucha sería sangrienta, desesperada, heroica.

Dos meses de sitio en que hubo combates dignos de una memoria especial en la historia general del país, pusieron término a la lucha desigual entre sitiados y sitiadores. Éstos tuvieron abundantes recursos que les enviaban de todo el país abierto a su poder, mientras que en la ciudad faltaban los elementos necesarios para la vida.

Toda crisis política tiene su término, que es principio y fin de goces y sufrimientos. La ocupación de una plaza sitiada es una página de doble vista: para unos todo es vida, animación, alegría, gloria, poder, porvenir, lisonjas, plácemes, felicitación; para otros es un negro abismo.

La ciudad de Querétaro el 15 de mayo de 1867, que fue ocupada por las fuerzas de la República al mando del general Escobedo, era para muchos un cementerio donde más que por la muerte misma, tenía el alma de la población una tristeza aterradora, porque era la tumba de mil esperanzas, el sepulcro de una época. Pudiera ser la de personas queridas... y el misterio del porvenir arrojaba sobre el corazón sus negras sombras, que sólo disipa el curso de los acontecimientos elocuentes en su lenguaje, mudo para vaticinar el futuro, y poderoso para abrir el horizonte.

Al derrumbarse el imperio y caer el monarca en manos de los sostenedores de la República, la vida se contaba por minutos, y todos los que se deslizaban en la sucesión de las primeras horas, depositaban una esperanza de salvación.

Prisionero Maximiliano en el Cerro de las Campanas, después de salir del convento de la Cruz, fue conducido a Querétaro por el general don Vicente Riva Palacio. Las altas consideraciones con que este jefe lo distinguió, quiso corresponderías el archiduque con alguna demostración, y dirigiéndose al general Riva Palacio, le dijo: «Permitidme, señor general, que os ofrezca al entrar a mi prisión mi caballo ensillado: recibidlo como una memoria de este día.»

Una celda del convento de Capuchinas de Querétaro fue la prisión del príncipe Maximiliano.

Humilde como todas las habitaciones de quienes hacen solemne voto de pobreza, aquella celda tenía que ser histórica. Edificada para recibir en su seno los suspiros religiosos de alguna alma que, rompiendo los vínculos de la tierra, sólo miraba en la eternidad la esperanza de su dicha, recogía hoy a un hombre que en su destino adverso tenía que mirar siempre al cielo como única fuente de donde podía venir al alma la luz, o siquiera de ella un débil rayo sobre la oscuridad en que va la vida, que en todo su poder, en su pleno vigor, por todas partes tiene la imagen de la muerte, por todas partes la presencia de la agonía, que en todos los momentos oye la última hora que suena en el reloj de la conciencia.

Aquella celda, santificada tal vez años atrás por la vida pura de una mujer santa, iba a ser la capilla donde depositara sus últimas oraciones el descendiente de muchos reyes, el hermano del emperador de Austria, el hijo del archiduque Francisco Carlos José.

Querétaro era todo un cuartel militar. Vencedores y vencidos ocupaban la plaza. Unos como guardianes y otros como prisioneros.

El presidente de la república, desde San Luis Potosí, que era la residencia del gobierno, dio orden el 21 de mayo, por conducto del Ministerio de la Guerra, al general Escobedo, de abrir un proceso al archiduque de Austria y a los generales don Miguel Miramón y don Tomás Mejía. Seis días se tomó el Ministerio para dictar una resolución, que quiso fuera hija de una profunda meditación, para que no estuviese sujeta a los vaivenes de lo impensado.

El príncipe Maximiliano quiso que el señor don Mariano Riva Palacio y nosotros fuésemos sus defensores, y así lo manifestó en el siguiente telegrama:

Remitido de San Juan del Río, mayo 25 de 1867. Recibido en Guadalupe Hidalgo a las 9 y 12 minutos del día.

El emperador Maximiliano al barón de Magnus, ministro de Prusia en México. Tenga usted la bondad de venir a verme cuanto antes, con los abogados don Mariano Riva Palacio y don Rafael Martínez de la Torre, u otro que usted juzgue bueno para defender mi causa; pero deseo que sea inmediatamente, pues no hay tiempo que perder. No olviden ustedes los documentos necesarios. *Maximiliano*.

Para cumplir este encargo marchamos a Querétaro acompañados del ilustre abogado don Eulalio María Ortega, que por su ciencia y carácter independiente era a propósito para encargarse de seguir el proceso mientras íbamos a San Luis a pedir la vida de nuestro defendido. El indulto era la única esperanza.

En Querétaro había sido encargado también de la defensa un ilustre abogado, el señor don Jesús María Vázquez. La noticia de la prisión del archiduque fue un rayo inesperado en esta ciudad, muy conmovida también a la presencia y con los sufrimientos de un sitio. La inquietud de aquellos días de angustia, sólo se calmaba con la confianza que inspiraba el general Díaz y demás jefes superiores que mandaban el ejército sitiador. El cuartel general era Tacubaya, por donde salimos el 1º de junio los defensores, acompañados en nuestro viaje a Querétaro del barón Magnus, ministro de Prusia, y del señor Hoorick, encargado de negocios de Bélgica.

La severa ley publicada en 25 de enero de 1862 por el ministro Doblado, no permitía tener confianza en la absolución del Consejo de Guerra a que se debía sujetar el archiduque. Someterse a esa ley y morir, era consecuencia natural. Caer bajo la aplicación del decreto citado, era perder hasta la más remota esperanza de otra pena que no fuese la capital.

El único arbitrio era pedir el indulto; y cuanto se hizo para lograrlo, lo hemos publicado en el

año de 1867, en el memorándum de los defensores.

Tomad los decretos del periodo de mi gobierno, [decía el archiduque en las instrucciones verbales que nos dio]; leedlos, y su lectura será mi defensa. Mi intención ha sido recta, y el mejor intérprete de mis actos todos, es el conjunto de mis diversas órdenes para no derramar la sangre mexicana. La ley de 3 de octubre fue creada para otros fines que no se pudieron realizar. La consolidación de una paz que parecía casi obtenida, era el objeto de esa ley que, aterradora en su texto, llevaba en lo reservado instrucciones que detenían sus efectos. Dispuesto a sacrificarme por la libertad e independencia de México, no habrá en el examen de mi vida un solo acto que comprometa mi nombre. Decidle al presidente Juárez que me otorgue una entrevista que creo provechosa para la paz de la república y para su porvenir.

Tales fueron las palabras que como despedida dio el archiduque el 6 de junio, al salir para San Luis Potosí.

El presidente creyó que ningún motivo debía detener el curso del proceso.

El Consejo de Guerra continuó sus procedimientos, y el 14 de junio de 1867 se pronunció la sentencia, después de haber agotado los abogados Ortega y Vázquez, en Querétaro, cuanto recurso tiene un defensor.

La sentencia es esta:

Vista la orden del C. general en jefe, del día veinticuatro del pasado mayo, para la instrucción de este proceso; la del veintiuno del mismo mes, del Ministerio de la Guerra, que se cita en la anterior, en virtud de las cuales han sido juzgados Fernando Maximiliano de Habsburgo, que se tituló Emperador de México, y sus generales Miguel Miramón y Tomás Mejía, por delitos contra la nación, el orden y la paz pública, el derecho de gentes y las garantías individuales: visto el proceso formado contra los expresados reos, con todas las diligencias y constancias que contiene, de todo lo cual ha hecho relación al Consejo de Guerra el fiscal, teniente coronel de infantería C. Manuel Aspiroz: habiendo comparecido ante el Consejo de Guerra que presidió el teniente coronel de infantería permanente, C. Rafael Platón Sánchez: todo bien examinado con la conclusión y dictamen de dicho fiscal, y defensas que por escrito y de palabra hicieron de dichos reos sus procuradores respectivos: el Consejo de Guerra ha juzgado convencidos suficientemente: de los delitos contra la nación, el derecho de gentes, el orden y la paz pública, que especifican las fracciones primera, tercera, cuarta y quinta del artículo primero, quinta del artículo segundo, y décima del artículo tercero de la ley de veinticinco de enero de mil ochocientos sesenta y dos, a Fernando Maximiliano; y de los delitos contra la nación y el derecho de gentes, que se expresan en las fracciones segunda, tercera, cuarta y quinta del artículo primero, y quinta del artículo segundo de la citada ley, a los reos Miguel Miramón y Tomás Mejía; con la circunstancia que en los tres concurre, de haber sido cogidos *infraganti* en acción de guerra, el día quince del próximo pasado mayo, en esta plaza, cuyo caso es del artículo veintiocho de la referida ley; y por tanto condena con arreglo a ella a los expresados reos Fernando Maximiliano, Miguel Miramón y Tomás Mejía, a la pena capital, señalada por los delitos referidos.

Querétaro, junio catorce de mil ochocientos sesenta y siete. *Rafael Platón Sánchez*. Una rúbrica. *Ignacio Jurado*. Una rúbrica. *Emilio Lojero*. Una rúbrica. *José V. Ramírez*. Una rúbrica. *Juan Rueda y Auza*. Una rúbrica. *Lucas Villagrán*. Una rúbrica. *José C. Verástegui*. Una rúbrica.

El fallo del Consejo fue confirmado en los términos siguientes:

Ejército del Norte. General en jefe. Conformándome con el dictamen que antecede del ciudadano asesor, se confirma en todas sus partes la sentencia pronunciada el día catorce del presente por el Consejo de Guerra, que condenó a los reos Fernando Maximiliano de Habsburgo, y a sus llamados generales don Miguel Miramón y don Tomás Mejía, a ser pasados por las armas.

Devuélvase esta causa al ciudadano fiscal, para su ejecución.

Querétaro, junio diez y seis de mil ochocientos sesenta y siete. *Escobedo*. Una rúbrica.

El 16 de junio de 1867, en la celda de su prisión, preocupado acaso por lo adverso de su destino, a las once de la mañana se notificó la sentencia al príncipe que había pretendido fundar una monarquía en la República mexicana, llamándose Maximiliano Emperador de México. No se inmutó, ni dio

testimonio alguno de sorpresa o indignación. Su respuesta fue lacónica, pero muy expresiva. Dijo: «Estoy pronto.» El valor le acompañaba siempre, y no le faltó en la hora suprema de la agonía, en medio de una vida llena de vigor. Sin duda había pensado mucho en aquel momento, y su raza y su sangre le habían dado en instantes tan críticos la frialdad alemana que parecían disimular en los buenos tiempos, su fisonomía franca y expresiva en sus pasiones, su razón pronta y oportuna, su espontánea palabra, su locución de artista, su deseo de cautivar, su inquietud incesante en trabajos diversos, su entusiasmo ardiente por las ideas de su programa, y su amor a la popularidad. Dominaba en aquella naturaleza mucho de la susceptibilidad latina, que no es compañera de la inalterable tranquilidad sajona.

Había en aquel sentenciado a muerte una resignación que se asemejaba a una extraña, inexplicable y casi espontánea conformidad. Superiores los acontecimientos a las fuerzas y a la voluntad del hombre, Dios imprime el sello de sus altos decretos a los golpes rudos de la adversidad, ante la que se postra la naturaleza humana para pedir misericordia, no al mundo ni a sus pasiones, sino al único juez infalible de la conciencia del hombre.

Católico el príncipe, tomó sus disposiciones espirituales. Arregló también su testamento bajo la impresión dolorosa de la muerte de la princesa Carlota Amalia. La lloró muerta por la Providencia, a la que bendijo en medio de su dolor.

Había muerto, en efecto, para la vida animada, para los placeres y la dicha. Su razón extraviada la colocaba en ese mundo siempre nuevo y siempre misterioso de la enajenación mental, en que la brújula del criterio se pierde en los delirios incomprensibles de una enferma imaginación.

¡Pobre mujer, que no ha tenido el consuelo de llorar a plena luz, con conciencia perfecta, y el corazón comprimido por todo el peso de su dolor! ¡Desdichada princesa, que acaso tiene un instinto superior a su extravío, y a medias percibe y mide, allá en el fondo de sus lúgubres y siniestros desvaríos, la gravedad de su infortunio!

Algunas lágrimas del príncipe a la memoria tierna de su esposa, le volvieron la serenidad, y su alma, llena de pensamientos, y sin dudas sobre el destino del hombre más allá de la tumba, sintió la paz de quien está dispuesto a la muerte, como el paso para otra vida.

¿Adónde dirige el alma sus primeros pensamientos después de una sentencia de muerte? ¿Dios y la familia serán la primera impresión tan grande y dolorosa, como aterrador el paso que abre las puertas de la eternidad? ¿Habrán en el espíritu una maldición para los hombres y una bendición al Ser Supremo?

Morir en salud, perder la vida sin agonía, saber el momento preciso de un adiós eterno a los amigos, a la patria, a la familia, y no saber qué hay más allá de ese instante supremo en que el cuerpo, perdiendo sus resortes, cae en el abismo de una eterna noche para penetrar el misterio de la eterna vida tiene algo de dolor profundo y de resignación filosófica. La conciencia se abre toda para iluminarse como a la luz de un relámpago, y la revista en examen de la vida pasada, es tan súbita, que se dibujan, sin duda, como puntos de meditación, los grandes bienes y los grandes males de la conducta. Al tocar el término de la vida, cuando llegamos al terrible enigma que separa el tiempo de lo infinito, ¿será todo luz, todo evidencia, porque allí esté la presencia de Dios iluminando la conciencia del hombre?

Maximiliano, Miramón y Mejía, en sus tres celdas de Capuchinas, oyeron casi al mismo tiempo

su sentencia de muerte. Al juzgar por su serenidad, la vieron como la transformación gloriosa de la vida. Compañeros de campaña, prisioneros del mismo día, juntos debían morir. Miramón realizaba un pensamiento de su vida. Al ver en Europa el sepulcro del mariscal Ney, había dicho: «Esta muerte es dulce porque es pronta. Gloria en la vida, honor en la historia y muerte rápida si el destino es adverso, es una carrera que yo apetezco.»

En la resignación de la muerte hay un sello de grandeza que da a el alma el brillo de grandes pensamientos, y al corazón un manantial de sentimientos tiernos para la vida, y de esperanzas para la eternidad.

Maximiliano, a la presencia de sus últimas horas, trajo a su corazón toda la fuerza de quien ha querido hacer de su vida por los peligros una existencia de gloria, y de su muerte por su valor, una historia toda de vida. Formó su testamento como soberano y como artista. Encargó que se escribiese la historia de su gobierno, y también que se acabasen trabajos de arte en Miramar; hizo obsequios como memoria de despedida, y puso cartas expresivas de gratitud a sus defensores. Habló de sus amigos, de sus adictos, y tributando un culto de adoración al porvenir que no le pertenecía, a ese futuro que no podía mirar, su conversación frecuente era la paz de la república, la unión de los mexicanos: bajo esta impresión escribió al señor Juárez la carta siguiente:

Señor don Benito Juárez. Querétaro, junio 19 de 1867. Próximo a recibir la muerte, a consecuencia de haber querido hacer la prueba de si nuevas instituciones políticas logran poner término a la sangrienta guerra civil que ha destrozado desde hace tantos años este desgraciado país, perderé con gusto mi vida, si su sacrificio puede contribuir a la paz y prosperidad de mi nueva patria. Íntimamente persuadido de que nada sólido puede fundarse sobre un terreno empapado de sangre y agitado por violentas conmociones, yo conjuro a usted de la manera más solemne y con la sinceridad propia de los momentos en que me hallo, para que mi sangre sea la última que se derrame, y para que la misma perseverancia que me complacía en reconocer y estimar en medio de la prosperidad con que ha defendido usted la causa que acaba de triunfar, la consagre a la más noble tarea de reconciliar los ánimos, y de fundar de una manera estable y duradera la paz y tranquilidad de este país infortunado.

Maximiliano

No satisfecho aún con esa carta, encargó al señor licenciado Vázquez, que al llegar el presidente Juárez a Querétaro le hiciese luego una visita a su nombre, y le dijera que al morir Maximiliano no llevaba a la tumba resentimiento alguno.

El señor Vázquez cumplió el encargo, y el presidente contestó manifestando toda la pena que había tenido en aplicar inflexible la ley por la paz de la república.

Estas palabras eran el resumen de lo que los defensores habíamos oído en San Luis, cuando perdida toda esperanza pedíamos aún economía de sangre, como prenda de reconciliación; y el señor Juárez decía:

Al cumplir ustedes el encargo de defensores, han padecido mucho por la inflexibilidad del gobierno. Hoy no pueden comprender la necesidad de ella, ni la justicia que la apoya. Al tiempo está reservado apreciarla. La ley y la sentencia son en el momento inexorables, porque así lo exige la salud pública. Ella también puede aconsejarnos la economía de sangre, y este será el mayor placer de mi vida.

Estas fueron las últimas palabras que oímos en San Luis Potosí la noche del 18 de junio, después de haber presentado tres exposiciones pidiendo el indulto, y de haber agotado en multitud de conferencias los recursos de nuestros sentimientos y de nuestro entendimiento.

En espera de algún incidente favorable a la vida de nuestro defendido, habíamos pedido una ampliación del término para la ejecución, que se difirió para el miércoles 19, y en ese periodo Maximiliano puso el siguiente despacho:

Línea telegráfica del Centro. Telegrama oficial. Depositado en Querétaro. Recibido en San Luis Potosí a la 1 hora 50 minutos de la tarde, el 18 de junio de 1867. C. Benito Juárez. Desearía se concediera conservar la vida a don Miguel Miramón y don Tomás Mejía, que anteayer sufrieron todas las torturas y amarguras de la muerte, y que como manifesté al ser hecho prisionero, yo fuera la única víctima. *Maximiliano*.

Nada se obtuvo, y cuando se cerró la puerta de toda esperanza, comprimido nuestro espíritu por el fin trágico que se presentaba a nuestra vista, pusimos este telegrama:

Telegrama de San Luis Potosí para Querétaro. Junio 18 de 1867. Señores licenciados don Eulalio María Ortega y don Jesús M. Vázquez. Amigos: Todo ha sido estéril. Lo sentimos en el alma, y suplicamos al señor Magnus presente a nuestro defendido este sentimiento de profunda pena. *Mariano Riva Palacio. Rafael Martínez de la Torre*.

En la mañana del miércoles 19 de junio, formadas las tropas en la ciudad de Querétaro, sonaban las seis cuando salían de su prisión Maximiliano, Mejía y Miramón. Antes de salir habían oído misa, que dijo el padre Soria. ¡Cuánta veneración hubo en aquel acto religioso! ¡Con qué respeto se asiste al solemne oficio de una religión que alumbra en el último momento de la vida el porvenir de la que no tiene fin!

Al salir Maximiliano de la prisión, abrazó a los señores Ortega y Vázquez. Marchó al suplicio con la calma de quien ve el fin de una jornada, como el principio de una gloriosa conquista.

El Cerro de las Campanas era el lugar designado para el trágico fin del segundo imperio en México.

Poco antes de la hora de salida, comprendió que se acercaba el último momento de la vida. Después de dar un abrazo al joven militar que debía mandar la ejecución, salió del convento de Capuchinas, y como despedida tierna y expresiva de todo lo que le rodeaba, dijo: «Voy a morir...»

Voy a morir... Negro, horrible pensamiento, presencia de insondable abismo, lúgubre, aterrador sentimiento que sobrecoge al espíritu de miedo y pavor, que anonada y aterra al corazón que aún ama, que tiene gratas impresiones, que acaricia aún esperanza de la vida; pero Maximiliano, notificado de muerte, se había despedido del mundo para no verlo más... ni una ilusión, ni una esperanza alimentaba. Extranjero en su patria adoptiva, solo en el mundo nuevo de una prisión, su alma no tenía ya quejas que exhalar, ni memorias que evocar. Su dolor fue mudo y grande, muy grande su disimulo, o grande, mucho más grande su resignación filosófica, su conformidad cristiana, la aceptación valerosa de su destino adverso.

En tres coches caminaban al Cerro de las Campanas, acompañados cada uno de un sacerdote, Maximiliano, Mejía y Miramón.

¿Qué pensamientos llevaba en su alma el infortunado príncipe Maximiliano? ¿Qué sentimientos se desbordaban de su corazón?

¿La luz purísima de ese cielo azul de Querétaro en la mañana del 19 de junio, al caminar al lugar de la muerte, llevaría al alma de Maximiliano la amargura de la nada en la vida que se extingue, la verdad terrible del polvo en que se resuelve aun la más gloriosa existencia? ¿La razón fría y expedita, o las pasiones nobles y generosas, serían sus compañeros al abrirse a sus pies la sepultura de su terrestre vida? ¿La noche eterna de la tumba, embargaría antes con su impenetrable oscuridad

todas las potencias? ¿Esa luz diáfana, brillante, sería la atmósfera en que se hacía sensible la presencia de Dios para el que en su infortunio lo invocaba como el único consuelo?

Ni un solo pensamiento de odio, ni un sentimiento de disgusto, ni una palabra de rencor se le oyó a Maximiliano; y su alma y su corazón, su memoria del pasado y su pensamiento del porvenir, formaban una corriente incesante de votos por la paz de la república y su libertad e independencia. Estas fueron sus últimas palabras:

Voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!

Maximiliano, sin ligas ni vínculos sagrados de parentesco, sin patria que recibiera sus restos inanimados en un monumento destinado a la memoria de los grandes de Austria, sin familia que llorase su muerte, hizo de México, de sus amigos, de sus defensores, de sus adversarios, de sus jueces, de sus vencedores, su propia familia; porque a todos consagró recuerdos, y para todos deseaba bien y felicidad. Sus conversaciones, sus votos todos y sus últimas cartas, son irrecusable testimonio de esta verdad.

Sus últimos momentos fueron sin duda de oración. El que cree, ora. Hablar con Dios cuando se tocan las puertas de la eternidad, es ley del pensamiento. Éste forma la parte de nuestro ser divino; y cuando se rompe el velo de la vida para descubrir el misterio de la eternidad, Dios y el alma son inseparables. Entre la altura del Ser omnipotente y el camino que conducía al Cerro de las Campanas, había una cadena impalpable: no estaba sujeta al dominio de los sentidos, porque la verdadera oración es mental; pero Maximiliano pensaba en Dios, en su omnipotencia, en su misericordia, y Dios recibía esta corriente de pensamientos como la expresión sincera y religiosa de quien cumple lleno de fe los deberes de un providencial destino.

Maximiliano, Mejía y Miramón, poetizaron con el valor su muerte. Antes de pronunciar el primero las palabras que precedieron a la descarga que imprimió a su vida tan trágico fin, dio a cada uno de los soldados un *maximiliano* de oro, moneda valor de veinte pesos mexicanos. Momentos después, traspassado su cuerpo cayó desprendido de los espíritus vitales. Una descarga arrancó su alma del Cerro de las Campanas, para que fuera a ser juzgada por el único juez infalible. Su cuerpo quedó a merced de los elementos que combaten la corrupción de la materia, y su nombre fue saludado como el del héroe mártir del gran drama de la intervención en México.

El 6 de julio de 1832, una multitud saludaba llena de entusiasmo el nacimiento de un príncipe de la casa de Austria.

El 19 de junio de 1867, una multitud lloraba la muerte del príncipe Maximiliano.

Nació en medio de los suyos, rodeado de una familia numerosa, en medio de un pueblo amigo.

Murió lejos de sus parientes, separado de toda su familia; pero la política es una liga superior a las de sangre, más poderosa que las de afinidad. El amor y el odio son el fruto de la política. Ella forma alianzas impalpables, vínculos sin pacto, simpatías de instinto, afectos profundos, adhesión inmensa, entusiasta hasta el delirio, resuelta hasta el martirio. Ella despierta sentimientos grandiosos hasta el heroísmo, y la admiración sincera, y el entusiasmo ardiente, y la gratitud reconocida, dan siempre una familia numerosa al que muere por una causa política. Las lágrimas son más abundantes, y su sinceridad está en el luto que cubre el corazón que trunca su vida, colocando en el altar de sus

esperanzas el negro sudario de la muerte.

La patria, la familia, los hijos, esa continuidad de la existencia, renueva sin embargo nuestro ser, abre el corazón a los sentimientos generosos, el entendimiento a la luz; y después de los sangrientos dramas de la política, sólo hay un deseo, la salvación de la patria, la unión de los mexicanos, la libertad práctica, la consolidación de la independiencia.

La historia con el inexorable poder de su criterio, es la única que al través de los años que calman las pasiones, mide bien los acontecimientos públicos. Ojalá y ella, al juzgar a esta generación de que formamos parte, pueda decir: *El velo que la nación arrojó con el decreto de amnistía en 1870 sobre el periodo de la intervención y los de las guerras civiles en la República, puede levantarse sin temor para el examen filosófico de sus causas; porque están asegurados los votos de Maximiliano al morir; los de Juárez como vencedor y juez, son ya una verdad: la paz, la libertad y la independiencia de México.*

El 6 de julio de 1832, el corazón de la princesa Sofía se ensanchaba de gozo. Un nuevo hijo en una dinastía reinante, era un refuerzo, un apoyo, un elemento de poder que se ofrece en el alumbramiento de un niño que para la sociedad es la esperanza de la gloria, y para la madre la admiración de una preciosa existencia. El 19 de junio de 1867, el corazón de la princesa Sofía ha de haber presentado toda su desdicha, y dirigiéndose al Ser Supremo, único consuelo de una madre que ve a un hijo en la desgracia, derramaría a torrentes el llanto del alma que, en sus penas y dolores, en su desvarío y en sus grandes amarguras, viste de luto la existencia que inquieta se desliza llena de sobresalto, en medio de la congojosa melancolía de un negro presentimiento.

Poco tiempo después llegaba a México el almirante Tegetthoff a pedir los restos inanimados del príncipe Maximiliano, para conducirlos al sepulcro de sus antepasados.

El cadáver frío, yerto; pero conservado por la ciencia que momifica, permitía llevarlo al sepulcro de los grandes de Austria.

El cuerpo sin el alma es la presencia aterradora que aviva todo el dolor por la existencia perdida. Donde el alma se evaporó, no hay luz ni brillo, no hay amor ni esperanza, no hay más que tristeza, sombra, horror, ausencia, amargura, negra atmósfera que oprime el corazón. La única luz es Dios. La única esperanza es la transparencia inexplicable pero firme en la conciencia, de ese infinito que está más allá del día de la muerte. En ella encontró su consuelo la princesa Sofía, madre adorada por el archiduque.

La *Novara*, en 1864, traía a México la vida de un imperio lleno de pensamientos, proyectos e ilusiones. Cubierta de luto volvía en 1867, conduciendo el cadáver de aquel príncipe que, jefe de la marina austríaca, renunció a la posesión tranquila de sus honores, por la gloria de fundar una monarquía en México. La *Novara* será un navío histórico de un periodo de que fue principio y fin. En 1864 traía a bordo toda la esperanza de lo misterioso, de lo desconocido, que engendra para algunos la vida y para otros la duda y el temor. En 1867 llevaba la muerte: era el transporte fúnebre de un rey ajusticiado, era un ataúd provisional. En 1864, la *Novara* fue saludada con ardiente entusiasmo por los creyentes en la eficacia de la monarquía; en 1867 la luz artificial de los cirios que rodeando el cadáver del príncipe, chispeaban al cruzar el mar, era la más negra sombra que se proyectaba sobre el alma de la tripulación. La luz que oprime, la luz que hiere el alma, la luz que arroja sombras, luto y

aflicción, es sólo la luz del sufragio porque es el tributo a la nada en que se resuelve la vida que se extingue; pero hay aun en algunas naturalezas, para esa nada del espíritu, para esa nada de la vida, un amor inmenso, desgarrador, capaz de aniquilar nuestro propio ser, convertido al andar del tiempo en panteón ambulante de memorias queridas.

Una ceremonia fúnebre oficial, después del estremecedor y triste recibimiento de familia, tuvo lugar en el convento de Capuchinas de Viena, donde se depositó el cadáver de Maximiliano. Una historia enseñaban aquellos restos, y la familia hizo grabar sobre el ataúd de aquellos despojos regios la siguiente inscripción:

FERDINANDUS. MAXIMILIANUS
ARCHIDUX. AUSTRIE
NATUS. IN. SCHOENBRUNN
QUI
IMPERATOR. MEXICANORUM. ANNO. M.DCCC.LXIV. ELECTUS
DIRA. ET. CRUENTA. NECE
QUERETARI. XIX. JUNNI. M.DCCC.LXVII
HEROICA
CCM
VIRTUTE. INTERUIT

Nosotros quisiéramos también poner una inscripción que, a semejanza de un epitafio, reasumiera la vida de un periodo y de un orden de cosas que no tiene posible resurrección; pero esto sería pretender un imposible.

México, julio de 1871.

La mano del hombre más poderoso, el amor inmenso de los padres, la voluntad decidida de los adictos, el entendimiento de más privilegiada fuerza, la historia inflexible en sus sentencias, son impotentes para reasumir en un epitafio toda una narración que abraza una época, que sólo puede juzgar hoy con imparcialidad el superior de todos los jueces. A ese juicio severo e impasible sólo se aproxima la inspiración tardía de los pueblos, que se erige, al desaparecer las pasiones, en criterio de la historia. Ella juzgará y su sentencia, detallada en miles de páginas, no llegará tal vez a los oídos de los actores ni de la generación contemporánea; porque nuestra vida es corta, y el soplo de los años, poderoso para hundirnos en la nada de esta existencia, es un instante inapreciable en la vida de las naciones. Héroe o mártir, vencedor o vencido, afortunado o infortunado los actores del periodo a que consagramos estos renglones, tienen ya en sus manos el porvenir de la República: hay ya en el corazón mexicano un resorte de inmenso poder. Una ley de amnistía llama a todos a trabajar por el bien de la patria.

Esta página de nuestra historia debe ser también la llave del porvenir. Si aún ciegos y obcecados los partidos no abren su corazón y su conciencia a las inspiraciones santas del patriotismo y de la unión, México sucumbirá; porque la anarquía será el preludio de catástrofes que hoy nos amenazan como negra y aterradora sombra... Pero no... la adversidad no puede, inexorable, perseguirnos: el destino de nuestra patria perderá lo sombrío de algunas profecías, y la transformación de su ser se explica ya en el deseo general, inmenso, evidente de la paz. La Providencia lleva muchas veces a los pueblos a sus grandes fines por medios imperceptibles, y ha llegado para México el periodo de su resurrección. La experiencia de nuestros errores, el instinto de nuestros peligros, la advertencia de las lecciones pasadas, los episodios sentidos de las vicisitudes políticas, forman el hilo hoy invisible

de la unión que dará al país la fuerza y el poder de su propia salvación. Sacudimientos ligeros, convulsiones pasajeras, pueden aún herir el sentimiento nacional; pero éste, superior a las disensiones de partido, se levantará poderoso contra toda tendencia revolucionaria que amenace la paz de la república. México había significado antes anarquía, desorden, rebelión constante; pero la sangre a torrentes derramada, la fortuna perdida a impulso de las revoluciones, la paz deseada y siempre perturbada, ha cambiado el carácter revolucionario y versátil del pasado que sucumbió para siempre, merced a los sacrificios de una generación que quiere para su patria orden, paz, progreso, independencia y libertad.

La regeneración de México ha comenzado, y esta regeneración se saluda como la vuelta de un joven lleno de esperanzas a la vida normal. Alimentemos todos esa preciosa existencia de la patria, con el inmenso amor del suelo en que nacimos, y unidos trabajemos por la paz, que es la más grande herencia que podemos legar a nuestros hijos.

Llamemos a nuestra mente la trágica historia nacional desde la Independencia; evoquemos recuerdos del sentimiento expresado por los hombres todos que han muerto por la patria, y como epílogo de esos solemnes y lúgubres momentos de la muerte, en que están presentes la patria, la familia, la conciencia, Dios y la eternidad, pudieran reasumirse esas palabras de agonía santificadas por la presencia del suplicio, en esta exclamación: «Patria, patria infortunada y querida: si de los votos de estas víctimas dependiera tu felicidad, la unión de tus hijos te abriría el más brillante porvenir, y México sería grande y feliz con la unión de los mexicanos.»

Tales deben ser también los votos de los que sobrevivimos, y a su realización debemos encaminar nuestra conducta. Hoy tales propósitos aparecerán como un error: antes de mucho tiempo tendrán la evidencia de un axioma, y más tarde serán el poderoso elemento de nuestra vida nacional.

¡Ojalá y la generación que ha asistido al drama sangriento de las disensiones por la patria, sea también la que abra por la fraternidad y conciliación, una nueva vida en el suelo privilegiado de la república! ¡Dios permita que el nombre de México, que al pronunciarse evocaba recuerdos de sus dolores y lúgubres peripecias, sea saludado en el porvenir como el pueblo digno de la libertad, tan grande por sus virtudes, como ha sido sufrido en su infortunio!

Rafael Martínez de la Torre



MANUEL PAYNO (México, 1810 – San Ángel, Distrito Federal, 1894). Escritor mexicano a quien se considera uno de los iniciadores de la novela costumbrista.

Aunque cultivó la poesía en su juventud y escribió para el teatro, la mayor aportación literaria de Manuel Payno está en el campo de la novela. Siguiendo los pasos de José Joaquín Fernández de Lizardi, cultivó la narrativa costumbrista, pero, a diferencia de aquél, no lo movió una intención moralizante; su literatura manifiesta más bien un deseo de entretener. Es, en este sentido, un autor folletinesco; sus libros están llenos de peripecias y lances increíbles, e incluso en algunos introdujo elementos fantásticos.

Con la novela folletinesca *El pistol del diablo* (1845-1846) inició en México la modalidad de la edición por entregas, e inauguró el cultivo de la novela romántica, a la que aproximó al realismo. Su obra más importante, escrita durante su estancia en España, es *Los bandidos de Río Frío* (1889-1891), recreación del México de la primera mitad del siglo XIX. Aunque Payno en esta última pretendió escribir una novela naturalista, resulta obvio que no lo logró. *Los bandidos de Río Frío* más parece, pasado el tiempo, un guión de cine del género *western* que una obra de arte; se le reconoce, sin embargo, haber utilizado hábilmente este estilo folletinesco para trazar ese gran cuadro épico del inicio de la vida independiente del país.

Otros títulos de su producción son la novela *El hombre de la situación* (1861), ambientada en la época colonial, y *Tardes nubladas* (1871), colección de narraciones cortas. Payno fue también un impulsor del periodismo y colaboró activamente en *El museo mexicano*, para el que escribió los cuentos y narraciones de viajes reunidos en *Tardes nubladas*. También escribió en el *Ateneo mexicano*, *El año nuevo*, *Don Simplicio*, *El federalista* y en la *Revista científica y literaria de*

México, donde dio a conocer su novela *El fistol del diablo*.



VICENTE RIVA PALACIO (Ciudad de México 1832 – Madrid, España, 1896). Escritor, político y militar mexicano. Considerado por su obra narrativa uno de los principales cultivadores de la novela histórica y folletinesca en el ámbito hispanoamericano, fue una de las personalidades más ricas y de vida pública más activa en el convulso México del siglo XIX.

Practicó la novela y la poesía, el cuento corto y la dramaturgia, los folletines satíricos publicados en prensa y los ensayos historiográficos. Fue, quizá, la faceta de narrador la que le dio una mayor popularidad. El conjunto de su narrativa (ocho novelas y dos compilaciones de cuentos breves), por lo demás, también posee un tono muy variado. Se pueden encontrar, por ejemplo, novelas históricas ambientadas en la época colonial, en las que se cruzan los avatares históricos con las aventuras y los melodramas románticos: *Martín Garatuza* (1868) y su continuación, *Los piratas del Golfo* (1869), por ejemplo, son relatos clásicos sobre bucaneros y piratas.

Del acceso que tuvo a la documentación histórica y a los procesos del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición nació *Monja, casada, virgen y mártir* (1868). La primera de sus novelas, *Calvario y Tabor* (1868), es la única de temática militar, y constituye una recreación de sus propias experiencias durante la Segunda intervención Francesa; en la última, *Memorias de un impostor, don Guillén Lampart, rey de México* (1872), se establece una clara analogía con el período histórico del Segundo Imperio, y aparece con mayor claridad la influencia de Alejandro Dumas. Aunque en muchos de estos libros se advierte un trasfondo político, el principal objetivo del autor era divertir a los lectores con lances y aventuras extraordinarias, dramáticas e incluso espeluznantes. En este

sentido, su obra se emparenta con la de los folletinistas franceses, como Eugène Sué y Ponson du Terrail.

En cuanto a la poesía, aunque le ocupó menos tiempo, dio la vida (junto con Juan de Dios Peza) a una creación singular: la poetisa romántica imaginaria Rosa Espino, seudónimo con el que publicó el poemario *Flores del alma* (1875). Recopilaciones de sus invenciones líricas fueron *Páginas en verso* (1885) y *Mis versos* (1893), así como una nueva colaboración con Juan de Dios Peza: las leyendas en verso *Tradiciones y leyendas mexicanas* (1917). Escribió dos volúmenes de relatos muy breves: *Cuentos de un loco* (1874), que vieron la luz en forma de folletín en su periódico *La Orquesta* (en cuyas páginas aparecieron también parte de sus artículos periodísticos y poemas), y *Cuentos del general* (publicado póstumamente en Madrid, 1896).

Cultivó la dramaturgia también a cuatro manos, en este caso con Juan A. Mateos, con quien dio a la imprenta una colección de breves sátiras y zarzuelas teatrales con el trasfondo de la política mexicana: *Las liras hermanas* (1871). Entre 1861 y 1862 salieron publicados una serie de dramas teatrales de parecido corte y temática. El Vicente Riva ensayista e historiador destaca por la obra enciclopédica *México a través de los siglos*, que dirigió junto al editor Santiago Balleescá, y de cuyo segundo tomo (titulado *El virreinato: Historia de la dominación española en México desde 1521 a 1808*) se encargó en su totalidad. Además, en 1870 se editó *El libro rojo*, un exhaustivo recorrido por la historia de la violencia en México, en el que Riva Palacio trabajó junto con Manuel Payno, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre. Al final de su vida fue nombrado miembro correspondiente de la Real Academia Española.

Notas

[1] La narración de los últimos días de este infortunado monarca, se refiere en este artículo enteramente ajustada a las historias y crónicas antiguas. <<

[2] La aparición de este cometa que tanto miedo causó a los mexicanos, parece que es la que señala Arago en su Catálogo en el año de 1514. <<

[3] *Historia de las Indias de Nueva España* por Fray Diego de Durán, publicada por Don José Fernando Ramírez. <<

[4] Fray Diego Durán. <<

[5] Torquemada, *Monarquía Indiana*. <<

[6] Prescott, *Historia de la Conquista*. <<

[7] Prescott, *Historia de la Conquista*. <<

[6] Se ha adoptado para finalizar este escrito la tradición más probable de la muerte de Moctezuma, y puede verse en el tomo 10 del *Boletín de Geografía y Estadística* la disquisición histórica hecha por el señor don Fernando Ramírez. <<

[9] Fray Diego Durán. <<

[10] Prescott, *Historia de México*, Gomara, Ixtlilxóchitl, Herrera, Camargo. <<

[11] Torquemada y Sahagún. <<

[12] Herrera, *Décadas*; Cabo, *Los tres siglos*; Alamán, *Disertaciones*. <<

[13] *Actas del Ayuntamiento de México*, año de 1525; Alamán; Cabo. <<

[14] Los datos están tomados de Torquemada, el padre Cabo, y especialmente de la curiosa noticia histórica escrita por don Manuel Orozco y Berra. Algunos de los pormenores se encuentran esparcidos en las crónicas antiguas de los conventos; así, en estos estudios no hacemos sino animar a los personajes y ponerlos por un instante de bulto ante el lector, pero conservando en todo la verdad histórica. <<

[15] Alamán, *Diserts*. Prescott, *Historia de la conquista de Nueva España*. <<

[16] Cabo, *Los tres siglos*; Mota Padilla, *Conquista de la Nueva Galicia*; manuscrito citado por el señor García Icazbalceta en su artículo «Alvarado», *Diccionario de historia y geografía*. <<

[17] Este cometa es sin duda el mismo que registra Arago en su catálogo bajo el número 82, y que fue observado en 1577 por Tycho-Brahe, y calculado por Halley y Woldsted. <<

[18] Cabo, *Los tres siglos de México*, libro 5; Torquemada, par. 6, cap. 28. <<

[19] Cabo, *Los tres siglos*; Dávila Padilla, *Historia de los dominicanos*; Sahagún, *Historia de Nueva España*. <<

[20] Cabo. *Los tres siglos.* <<

[21] Cabo, Torquemada, Vetancurt. <<

[22] Como los datos que personas que trataron íntimamente al señor Ocampo no podríamos tenerlos antes de un mes, hemos tenido que reducir este artículo a meros, apuntes, por no detener más la publicación de *El libro rojo*. <<